

OBRAS

DE

MEDARDO RIVAS

PARTE SEGUNDA

VIAJES POR COLOMBIA, FRANCIA, INGLATERRA Y ALEMANIA



BOGOTA

1885

FERNANDO PONTÓN, Editor

IMPRENTA DE MEDARDO RIVAS

Calle de los Chorritos de la Enseñanza.

A MIS HERMANOS

RAFAEL, RICARDO, MATILDE, TERESA Y MERCEDES.

Ante el lecho de muerte de nuestro padre prometimos estar unidos siempre; y así hemos atravesado el camino de la vida, para nosotros tan árido.

En memoria de los que ya rindieron la jornada: de nuestra madre amada, y de Alejo de la Torre, Concepción Tejada de Rivas, Dolores Rivas de la Torre, Dolores Ortega de Rivas, Federico y José María Rivas, dedico á ustedes este libro.

El es la sencilla relación de mi vida mientras estuve ausente del suelo patrio, época en la cual el cariño de ustedes me siguió á todas partes y en que su recuerdo fué mi compañero.

MEDARDO RIVAS.



VIAJES

CAPITULO I.

Bogotá—Mi primera peregrinación—El regreso—Nueva peregrinación—Evaristo de la Torre—La sabana de Bogotá—Fontibón—El camino de la sabana—Facatativá—El Aserradero—Hermoso panorama—Chimbe—El descenso hasta Mabe—Villeta: recuerdos.

BOGOTÁ, capital de Colombia, se halla situada en el extremo oriente de la hermosa sabana que riega el Funza, al pié de dos elevadas cordilleras que parecen ser el límite de la tierra habitada por el hombre y cuyas cimas, frecuentemente envueltas en la bruma, se confunden con las nubes y se pierden en el cielo. Es una ciudad quieta, callada: los bajeles no llegan sino á trescientas leguas de distancia; jamás ha oído el silbido de la locomotora; ningún carruaje interrumpe el sueño de los moradores; y allí se vive en completa calma y se goza de verdadera paz. Bogotá ha acumulado grandes riquezas, cultiva las ciencias con incansable anhelo, tiene los refinamientos de una civilización muy avanzada en el interior de las familias, y por la dulzura de su clima y la suavidad de sus costumbres, es la mansión más grata de toda la República.

Para el que nace en Bogotá, vivir allí siempre y morir donde están los huesos de sus padres, es una necesidad; y dejar la amada ciudad, apartarse de la familia y decir adiós á todos los seres que lo han acompañado desde la infancia, es un dolor cruel. Por eso, un viaje es

un acontecimiento grave en la vida; y se cuentan los viajes como las épocas más notables de la existencia, pues á menudo deciden de la suerte del hombre en lo futuro.

Era yo muy joven cuando salí por primera vez de Bogotá para ir á Caracas en una misión del Gobierno; y salí llorando, pues dejaba á mi venerable padre, á mi adorada madre y á ocho hermanos que, unidos siempre y amándonos, habíamos formado un grupo que vivía del trabajo, presidido por la virtud y bendecido por la felicidad.

Pero cuando uno es joven, la vida necesita expansión: el alma busca horizontes; ama lo desconocido como ama la dicha; el corazón está repleto de valor y de audacia, y el mundo parece la patria común donde ha de encontrarse la fortuna, la gloria y la felicidad. Por eso, á pesar de las lágrimas, en aquella época yo veía las ráfagas de luz que de lejos venían, y con una especie de embriaguez seductora partí de Bogotá.

Mi amor por la familia y por la patria creció durante la separación, y volví lleno de entusiasmo á abrazar á mi madre y á consagrar á la causa de la República cuanto había de noble y de generoso en mi corazón. Mas ya mi padre duerme silencioso; mi madre también está en el sepulcro, y al lado de ella dos de sus hijos; el grupo de la familia paterna ha sido despedazado por los golpes de la desgracia, y la patria desprecia mis ofrendas y no necesita de mis sacrificios.

Vuelvo ya viejo, con el corazón medroso y el ánimo apocado, á emprender una nueva peregrinación, y dejo mi nueva familia: una esposa idolatrada y cinco preciosas niñas, que me aman y que todo lo aguardan de mi porvenir. Ahora como antes lloro al despedirme, y nada seca la fuente de mis lágrimas, nada embellece á lo lejos el camino, pues no aspiro á la gloria, y todas las dichas imaginables las cambiaría por un beso de mi amada ó una sonrisa de mis hijos.

¡Adelante! El orgullo humano le ha hecho creer al hombre que hay un destino que lo guía severo, inflexible é inevitable, y que lo lleva á la desgracia ó lo conduce á la felicidad. Oh! yo tengo necesidad de esa creencia en estos momentos de vacilación, de duda, de incertidumbre y de supremo dolor. ¡Que me arrastre el destino!

Atravesé la sabana en un ómnibus con mis dos hijos, José y Evaristo, que iban á educarse en Europa, y acompañado de varios amigos,—Evaristo de la Torre, su hermano Cándido, José Prieto Solano, Jacinto Corredor,—y mis sobrinos Alejo y Francisco de la Torre, Luis Rivas y Roberto Herrera, quienes fueron volviéndose, uno á uno, de distintos puntos, sin decirme adiós, como se van alejando, una á una, todas las

ilusiones de la vida, en distintas épocas también, y sin decirnos adiós al separarse.

Los antiguos levantaban templos á la Amistad, en donde ardía un fuego constante, mantenido por los hombres más ancianos de la ciudad, y ante las aras de esos templos iban á jurarse amistad los jóvenes al empezar la carrera del porvenir; los que se hacían hermanos de armas y que debían ampararse en la vida y honrarse en la muerte, y los Jefes de las naciones al formar la alianza de sus pueblos. Los muros estaban colgados de ofrendas traídas por aquellos á quienes la benéfica diosa había hecho venturosos, y pocas veces había perjuros ó desleales que conducir allí, para ser castigados.

El culto ha cambiado, pero la virtud reina aún en los corazones; y yo, que tan amargas pruebas he soportado en la vida, y que he sufrido tantas decepciones, ingrato sería si no llevara mi ofrenda á la amistad y no confesara que he tenido los más nobles y generosos amigos, y que á ellos he debido muchas lágrimas ahorradas y algunas dichas.

Fué para mí el más íntimo, y lo fué de toda mi familia, Evaristo de la Torre, de largos años atrás; y jamás desmintió la nobleza de su carácter, la bondad de su corazón y una generosidad instintiva, que le hacían fácil la consagración al servicio de sus amigos. En todos los momentos de felicidad él estuvo conmigo: hicimos duras campañas juntos, trabajámos en compañía, y siempre que la desgracia me hirió, encontré su corazón lleno de cariño y de ternura.

Evaristo de la Torre fué un ejemplo de lo infecunda que es la virtud en este país, de lo estéril del trabajo y de lo difícil de todas las relaciones de la vida. Trabajó desde joven con prodigiosa actividad, con un talento reconocido por todos y en las mejores especulaciones, y murió viejo y pobre. En las grandes dificultades del país, él puso á disposición de la causa liberal su fortuna, su inteligencia y su vida. Su partido creyó que á ello estaba obligado, y apenas si se lo reconoció con despecho, mientras que el partido contrario no se lo perdonó nunca. Sus amigos y los extraños y el que se vió necesitado alguna vez, saben que en mucha parte la pérdida de su caudal se debió á su desinterés llevado hasta el abandono; y, sin embargo, de la Torre recogió amargos frutos de su generosidad.

El tránsito por la sabana de Bogotá es monótono y triste. A uno y otro lado grandes potreros en donde pastan los ganados, y á lo lejos un horizonte indefinido. La llanura es fértil, pero no hay una fuente que murmure, ni un árbol que dé sombra: el viajero recorre las siete leguas que hay de Bogotá á Facatativá, fatigado por el sol, envuelto en polvo y cansado de contemplar siempre un mismo espectáculo.

Sorprende ver una región tan hermosa y tan próxima á la capital, completamente desierta: no hay quintas, no hay casas rústicas, ni cultivo alguno; y á veces se recorre la extensión de una legua sin descubrir habitación humana en derredor, y sin ver más que grandes y tristísimos prados. Pero la sorpresa concluye cuando se sabe que la sabana está dividida en grandes propiedades, cuyos dueños no residen en ellas, y que están destinadas sólo á la cría y ceba de ganados, para lo cual no se necesita ni la industria del hombre, que todo lo embellece, ni el cultivo de la tierra, que anima los paisajes.

Esa monotonía se interrumpe por un corto espacio en Fontibón, donde las sementeras variadas forman cuadros de vivos colores y de alegre aspecto. Allí hay también algunos sauces que dan sombra al camino, y la laguna, que á lo lejos se divisa, forma un hermoso panorama.

En Fontibón algunos de los antiguos moradores conservan aún los pequeños lotes de tierra que les correspondieron por la ley, y los cultivan con sus familias; por eso hay alguna vida y animación. En el resto de la sabana los indígenas vendieron sus terrenos, con los que se han formado grandes haciendas.

Este mal económico se ha hecho sentir ya:

1.° Con el alza de los artículos de menos consumo, como las verduras,– arvejas, lechugas, &c., – que antes cultivaban los indios con sus familias y podían dar muy baratos; y

2.° Con la despoblación de la sabana, según aparece del censo decreciente en las diversas épocas.

Era éste el hermoso *Valle de los Alcázares,* poblado por muchos millones de indios y cultivado en toda su extensión por los naturales al tiempo de la conquista; y al ver ahora su aspecto desolado, es preciso reconocer que la civilización no ha sido benéfica para la infeliz raza americana, ni ha mejorado estas regiones.

En Inglaterra, donde la tierra está vinculada á la familia, se tiene por el dominio que á cada una corresponde un cariño grande, pues la tierra está unida á todas las tradiciones gloriosas de los abuelos, y allí han de nacer y vivir los hijos. Todo cuanto puede hacer productiva la tierra, cuanto puede hermosear una propiedad y hacer agradable y cómoda una residencia, todo se encuentra en las grandes propiedades de los lores y en las pequeñas quintas de los ricos.

Ninguno de los propietarios de la sabana de Bogotá vive en su hacienda. Las familias jamás van á ellas, y se compra la tierra únicamente como medio de tener el capital asegurado contra el húsar de la libertad ó

el guerrillero de la religión, y se destina siempre á aquello que da menos trabajo y que exige menos atención, como lo es la ceba de ganado.

El problema insoluble que estanca y paraliza todo adelanto en el país, es también el que mantiene estas regiones en tan triste estado. No se producen ni se introducen máquinas, ni se hacen esfuerzos para ello, porque no hay consumo ; no hay consumo, porque no hay exportación ; ésta no existe, porque no hay caminos ; y caminos no hay, por falta de artículos que exportar. Las familias de Bogotá no viven en el campo, porque allí carecen de sociedad ; están aisladas como en un desierto, y les faltan todas las comodidades de la vida. Pero en el campo hay todos esos inconvenientes, precisamente porque las familias no viven en sus haciendas.

El camino por el cual se atraviesa la sabana es el mismo que construyeron los señores Alejo, Eustacio y Evaristo de la Torre hace ya 35 años: no se ha mejorado ni extendido en nada. Y el ómnibus en que vamos es uno de los que por la misma época hizo venir de los Estados Unidos el señor Guillermo París. No se sabe qué admirar más, si el estancamiento del país ó la duración de los ómnibus.

Este camino fué llamado por los hombres de su época el *camino de terciopelo,* porque costaba á cinco pesos la vara, precio á que se vendía aquel género en el comercio, y fué costeado por la Nación; y para que se juzgue del carácter é índole del país, preciso es tener en cuenta lo que vamos á referir.

Todos los gobiernos, desde los de la antigua Colombia hasta los de nuestra época, han gastado ingentes sumas en ejércitos, buques de guerra, armamentos y municiones, y esto con el beneplácito, ó por lo menos con el silencio de la sociedad. Pues bien: la Administración del General López emprendió la composición de este camino, y jamás se había desplegado mayor energía, más celo y más violencia, que los que se emplearon en combatir, censurar é impedir esta obra. Lo que nos sorprenderá es que no eran los habitantes de Santander, ni los hijos del Cauca, los que despedazaban la reputación de los contratistas y de la Administración, sino los periódicos de Bogotá, ciudad que recibía todo el beneficio.

Los campos de Facatativá son muy bonitos : el paisaje cambia con algunas colinas suaves que, como ondas de un mar en calma, se levantan en la llanura; y la proximidad de la cordillera, limitando el horizonte, recrea la vista.

Facatativá es una de las pocas poblaciones del interior que muestran síntomas de vida, y que progresan, aunque lentamente. Va cambiando sus tristes ranchos de paja por elegantes casas de teja; tiene varios hoteles,

donde la ostentación, preciso es decirlo, se prefiere á la comodidad ; ha puesto una hermosa fuente en la plaza y está levantando una nueva iglesia.

En Facatativá dejámos el ómnibus para tomar las mulas en que debíamos bajar hasta Honda. Debo hacer constar que el ómnibus costó veinticinco pesos hasta Facatativá, y diez pesos de flete á Honda cada una de las mulas en que iba el equipaje. Las mulas de silla no se encuentran en alquiler ó son muy malas; por manera que es necesario ir en bestias propias ó deberlas al favor de un amigo. De Honda hay que devolverlas con las monturas, ruanas, zamarros, &c., que generalmente se extravían ; y el flete sale sumamente caro.

Con lo que se gasta de Bogotá á Honda habría para visitar todas las capitales de Europa.

Esa noche llegámos á *Agua-larga*, distante diez leguas de la capital ; y calculando el tiempo empleado y el dinero invertido, puede asegurarse que en Europa se habría hecho en el mismo tiempo y con igual capital un viaje de 200 leguas (poco más ó menos como de Bogotá á la Costa).

El *Aserradero* es una comarca de gigante vegetación, de terrenos accidentados, con aguas por todas partes; unas que descienden en forma de cascadas, otras que, cristalinas, atraviesan el camino ; de elevadísimas montañas á uno y otro lado, y cuajada de árboles, cerros y colinas que forman un círculo que encierra siempre al viajero. Aquí debieran tener sus quintas de recreo los ricos de Bogotá.

De repente la cortina de verdura que impide la vista se rompe, y un espléndido panorama se descubre á los ojos del viajero encantado. Ah ! el que no lo ha contemplado á las seis de la tarde, no tiene una idea cabal de la suntuosidad de la creación !

Los grandes árboles que crecen á la orilla del camino extienden sus sombras prolongadas, y forman fantásticas figuras con los rayos de luz que por sus copas entran. Verdes colinas ó bosques solitarios se extienden á uno y otro lado hasta llegar á la sombría montaña que á la espalda se levanta, cubierta de nubes, y de continuo se escucha bramar el ventarrón.

Al frente se divisa la *tierra caliente* entre una atmósfera de rosa y polvo de oro, que embellece todos los objetos y que les da un aspecto mágico, como si fuesen la reflexión de un espejo, más bien que la hermosa realidad. El verde animado de las plantaciones de café contrasta con el verde oscuro de la floresta; y las colinas azules que se levantan, se abaten y vuelven á aparecer, tienen todas un perfil rosado, como las del Olimpo descritas por los griegos.

Más allá, pero á nuestras plantas, la cordillera del *Alto del Trigo* se cierra

como para formar cuadro á este paisaje maravilloso, que necesita esta masa inmensa que detenga la mirada y haga creer en la realidad. Más allá el *Alto del Raizal*, otra inmensa barrera puesta por la naturaleza. Más allá el *Alto del Sargento*, que separa el valle del Magdalena y se extiende hasta la cordillera central, apenas divisada como leve humo azulado. Y más allá un cielo de fuego, y el sol que va á morir en Occidente.

La vasta región comprendida entre el descenso de la cordillera y la tierra caliente, tanto por el lado Sur en los valles del Bogotá y del Apulo como por Occidente, extendiéndose hasta Guaduas y San Juan, y por el Norte en Pacho y toda la hoya del Rionegro ; esta bella región, digo, es sin duda la más prodigiosa, la más poética, la más agradable de nuestro país. Suelo fértil, clima suave, aire puro, aguas abundantes, cielo sereno y flores ; perfumes, vida y armonía por todas partes.

Esa región es también la propia para la siembra del café, y Cundinamarca sólo necesita bajar su población inútil y miserable del interior á estos lugares sanos y agradables, y emplearla en el cultivo de aquella planta, para ser un Estado muy rico y tener con qué construir un ferrocarril al Magdalena.

Sólo dos inconvenientes se presentan para la realización de este proyecto, que cambiaría completamente el aspecto industrial y comercial del país :

1.° Los capitales son escasos en el país y la usura en Bogotá los embarga todos con gran provecho para sus dueños ; y

2.° Cuatro años son necesarios para que la planta empiece á producir, y esto es una eternidad para nuestro carácter y para las necesidades diarias que el plantador tiene que satisfacer.

Los establecimientos que en Chimbe han fundado los señores Moore, Mejía, Ospina, Lorenzana y Montoya y otros hombres laboriosos y benéficos, les dejan ya buenas utilidades y ocupan á infinidad de familias. Estos establecimientos llenan sólo un punto en el inmenso espacio que abraza esta región, y sin embargo, ya empiezan á animar el comercio.

Al llegar á Chimbe, valle pequeño formado por una de las mil arrugas de la cordillera y que es como una *etapa* entre la *tierra caliente* que se divisa ya y la tierra fría que se acaba de dejar, el paisaje es espléndido. Al Oriente la inmensa cumbre de la cordillera del Tablazo se muestra casi encima, elevadísima, perpendicular, siempre envuelta en niebla, oscura y misteriosa, como si hubiese allí un punto en donde acaba la tierra y principia el cielo, guardado por el genio de las tempestades.

Al Occidente, nada limita el horizonte. Muy lejos, las nubes del Ocaso,

de púrpura y de oro, el cielo naranjado y con ráfagas de luz y las azuladas cordilleras envueltas en un manto de tul, bordan el lago de fuego en que el sol se baña. Más acá, la hoya del *Rionegro* se divisa, como en un panorama ideal, mostrando de un lado pedazos de un verdor sombrío como el de las selvas primitivas, y de otro el alegre verdor de los cañaverales, ó bien el terreno incendiado, levantando una pirámide de humo y mil serpientes de fuego subiendo precipitadas á la cima de la cordillera. Más cerca el valle es de un verde claro, y tupidos guaduales marcan, como cordones de seda mezclados con plata, los lugares por donde van las fuentes de agua. Las plataneras extienden sus largas y hermosas hojas, dejando ver debajo sus racimos, amarillos y provocativos; y en el aire vuelan y cantan los toches, los cardenales y las mirlas.

Este vallecito, por donde todos pasan sin fijarse en su belleza, porque fatigados de un largo camino, los que de Honda vienen, sólo quieren ver atrás las cordilleras que los separan de Bogotá, lejano y suspirado término de la peregrinación ; y porque los que de la sabana descienden llevan la mirada extendida á lo lejos, por el inmenso espacio, que á cada momento cambia de perspectiva, aun pudiendo verse las riberas del Magdalena ; este vallecito encierra hoy en embrión el porvenir de Cundinamarca y el establecimiento agrícola más pintoresco de todo nuestro territorio.

« Por aquí pasó Arquimedes,» exclamaba un viajero al tomar hacia la derecha del camino real, y cruzando por el de Sasaima, viendo unas zanjas rectamente trazadas, que limitan una pequeña posesión, en la cual se divisa una casita blanca, coquetamente rodeada de flores, que revela algo distinto de las mil casas pajizas que á cada instante se encuentran en el campo.

Esas zanjas limitan la posesión del señor Tyrell Moore ; posesión que no tiene más de cien hectáreas de tierra y que es una escuela modelo de agricultura ; y esa casita pajiza es la en que vivían él, su señora esposa y sus dos hijos.

El señor Tyrell Moore fué un ciudadano inglés que vivió entre nosotros hace muchos años ; hombre profundamente científico, ingeniero de minas y á quien se deben todos los adelantos que en la minería se han hecho últimamente en Antioquia. Fué empresario en grande escala y habiendo venido á residir á la capital últimamente, más bien por fundar una escuela que por especulación, se dedicó á cultivar café, poniendo el establecimiento más perfecto, más bien arreglado y más de acuerdo con las reglas del arte, que puede conocerse ; y con el fin de que todos pudieran visitarlo, estudiarlo y sacar de allí cuanto necesitasen saber para el cultivo del café.

El señor Moore opinaba, como nosotros, que la faz económica y social del Estado de Cundinamarca cambiaría totalmente el día en que se sembrara de café la inmensa extensión de tierras que tiene á propósito para esto, en todas las que se encierran en la caída de las cordilleras hasta las tierras calientes : tierra que hoy permanece inculta, que tiene poco valor, ó que se destina á las rozas de maíz ó al cultivo de la caña morada, de tan mala calidad, que apenas deja un miserable jornal á los que hacen la miel. Mientras que dedicándola al cultivo del café, daría, con la misma población que hoy existe dedicada á esos cultivos, una renta de treinta á treinta y cinco millones de pesos por año.

Tal renta no es como la de criadores ó cebadores de ganados, que representa una gran masa de riqueza, de la cual sólo el propietario se aprovecha, y cuya industria, excluyendo el trabajo humano, tiende á formar esos inmensos desiertos que se llaman haciendas en la sabana de Bogotá ó en las tierras calientes. Por el contrario, esa renta, por la naturaleza misma del cultivo, se reparte entre toda la población, va alzando el jornal, mejora la condición del pueblo, y la industria forma al rededor de cada hacienda de café grupos de población para atender á las mil operaciones que su cultivo y preparación demandan.

Todo esto lo demostraba el señor Moore con la poesía inglesa de los números, y de tal modo, que es difícil al que lo escuchó y visitó su establecimiento, no sentirse animado á sembrar café ó á recomendar la siembra en Cundinamarca.

Es inútil decir que el establecimiento del señor Moore está en el terreno más á propósito para el café, pues él recorrió el territorio de Cundinamarca en diversos sentidos, examinando las distintas calidades de la tierra, su composición y el grado de temperatura, y no se decidió sino cuando, con los ojos de la ciencia, adquirió la convicción de que aquél era el mejor. Así, al llegar allí, él no sólo enseñaba la calidad que se debía buscar siempre, sino que indicaba también, en un mismo lugar, las fajas que debían aprovecharse y la colocación que al cafetal había de darse para obtener los mejores resultados.

Después, con ese placer del que posee la ciencia y quiere hacer el bien, iba el propietario iniciando en el arte á quien lo había menester, como el maestro al niño, desde el abecé ; y no le mostraba el espléndido cafetal sino cuando ya el iniciado podía estimar su mérito y admirar su belleza.

¿ Habéis visto pasar una gran revista militar siquiera de treinta mil hombres en San Petersburgo ? ¿ Habéis contemplado esos soldados rusos con sus levitas verdes idénticas, formados en cuadro á iguales y matemá-

ticas distancias, dejando calles de batallón á batallón, y líneas trasversales en las divisiones, por donde puedan hacerse las evoluciones regularmente y sin embarazo ? ¿ Nó ? Pues entonces no podéis juzgar del cafetal del señor Moore, de su regularidad, de su belleza y de su precisión matemática, si no es yendo á verlo.

¿ Habéis estado en Versalles y visto esas alamedas de naranjos, iguales, parejos, idénticos el uno al otro, no diferenciándose en tamaño, ni en frondosidad ni en forma ? ¿ Nó ? Pues entonces, amado lector, tenéis que ir al establecimiento del señor Moore para ver treinta mil árboles de café colocados todos á igual distancia, de igual altura, igualmente verdes, igualmente floridos y en la ocasión cargados de frutos á un mismo tiempo.

Pero ¿ conocéis el lindo jardín de Casiano Salcedo en Bogotá, en donde reina el buen gusto, y donde el cuidado, un esmerado cultivo y una atención constante logran las más bellas y delicadas flores ? ¿ Sí ? Imaginaos, pues, ese cultivo y ese esmero empleados en el cuidado de treinta mil matas de café, y habréis formado una cabal idea del cafetal del señor Moore.

La poesía inglesa de ese vasto pensil está en que la forma y colocación del cafetal, la distancia matemática de las matas, la igualdad de su forma y la naturaleza del cultivo resuelven este problema : obtener la mayor cantidad de café y de la mejor calidad al precio más barato posible.

Cuando visitámos el establecimiento del señor Moore, nuestra imaginación, siempre soñadora, creía ya ver á los jóvenes que con poco capital se casan en Bogotá,—viviendo ahora estrecha y penosamente en la ciudad, solicitando un empleo, consagrados á tristísimas especulaciones, ó á la literatura y á la política,—sacudir las preocupaciones, y trayendo su esposa, ir á las caídas de las cordilleras, donde hay un clima suave y un cielo sereno, tomar una corta extensión de tierra, levantar una modesta casa, cultivar café ; y como van viniendo los hijos, y la familia aumentándose, vería también la afortunada pareja crecer los árboles del café, aumentar su plantación y aguardar tranquila una futura bienandanza.

Cuando esto suceda, en vez de esa aglomeración de casas en Bogotá y de esa inmensa ciudad donde la vida es tan difícil, y donde es tan triste el porvenir de las familias pobres, se encontrará la población difundida por todas partes, y los hoy desiertos campos convertidos en hermosos cafetales. A uno y otro lado de los caminos se verán huertas amenas y casitas elegantes, habitadas por familias acomodadas y dichosas.

Y esta poesía y este idilio representarán para el Estado una renta de treinta millones de pesos anuales ; alcanzando con esto el grado de civilización y de prosperidad que sus amantes hijos le deseamos.

Si en Antioquia dejó el señor Moore una grata memoria por sus benéficas empresas y los adelantos que introdujo en la minería, en Cundinamarca conquistó la estimación general por su ciencia y por el interés que tomó en que todos se dedicasen al cultivo del café, como el más útil para el Estado.

Al descender principia la brisa tibia y perfumada á sentirse. Los pájaros saltan de rama en rama entre los coposos árboles, llaman á los hijuelos, aletean y cantan. Los moscardones zumban, los insectos se cruzan y millares de cigarras, unidas y á compás, lanzan al aire sus destempladas voces ; y el fuerte olor que de los bosques viene, el matiz de que está cubierta la soledad, el sol que brilla sobre nuestras cabezas y la atmósfera que lo envuelve todo, embargan los sentidos y deleitan el alma.

Poco á poco la intensidad del calor aumenta, la vegetación se hace más vigorosa. Se ven ya las matas de plátanos extendiendo sus anchas hojas como para ofrecerle sombra y paz al viajero, y cargadas de inmensos racimos. Los verdes naranjos que rodean las chozas muestran también entre sus ramos sus *manzanos de oro*, como los llama Fenelón ; y la caña de azúcar se ve por todas partes.

Verdaderamente, si á las poblaciones famélicas de Irlanda que sólo comen las papas que una labor infatigable arranca á la tierra ; si á los habitantes de Rusia, donde el sol es avaro y el frío enemigo terrible ; si á los obreros de las ciudades de Europa, que sólo conocen los muros de la fábrica, ó á los desgraciados mineros que nacen, viven y mueren en las entrañas de la tierra sin ver jamás la luz ; si á todos ellos, por un milagro de la civilización, se les transporta á estas regiones, donde todo es abundancia, ¡ qué pasmo ! ¡ qué admiración ! ¡ cuán felices serían !

Por desgracia este clima es enervador y predispone á la anemia y al cretinismo ; lo cual, junto con la mala alimentación y el uso del *guarapo*, bebida ácida apenas empezada á fermentar, de la que los habitantes abusan, la rústica y casi salvaje vida que llevan y el abandono de todo régimen higiénico, han formado aquí una raza débil, fea y descolorida, que apenas trabaja y que se arrastra penosamente en medio de esta esplendo rosa vegetación.

Para el que viene de tierra fría, el calor de Mabe para abajo se hace sofocante; busca ansioso un espacio de sombra, se asila debajo de todos los árboles coposos que en el camino encuentra, se siente devorado por la sed, y entra á Villeta quemado y con la molestia que dan la sofocación, el sudor copioso y las picaduras de los mosquitos.

Villeta es una población de las fundadas por los españoles, dista catorce

leguas de la capital y está en la mitad del camino entre Honda, puerto sobre el Magdalena, y Bogotá, y sin embargo no adelanta nada y es hoy tan triste y tan desapacible como ahora muchos años, en que la vi por la primera vez.

Pero cuando empezaba para mí esa edad en que concluye la niñez festiva y empiezan los sueños y las aspiraciones inciertas de la adolescencia, no me parecía melancólica, bien al contrario, la encontraba risueña, poblada de encantos y habitada por mujeres que todo lo embellecían con sus atractivos. Ahora no sucede lo mismo : entonces muchas familias de Bogotá salían á Villeta á *mudar temperamento*, á cambiar de aire, á divertirse, y en ciertas épocas se formaba una colonia de bogotanos que tenían paseos, daban bailes, iban al río á bañarse en *parranda* y pasaban el día y la noche en constante diversión. Las señoras de Bogotá abandonaban la fría etiqueta de la corte española, que tan rigurosamente se guarda hasta ahora en la ciudad, y eran francas y obsequiosas. Las señoritas tenían más libertad que la que las costumbres les conceden en Bogotá, y mostraban la gracia que á la verdad poseen. Los jóvenes desplegaban la generosidad característica de los españoles, y eran fastuosos en los obsequios á sus damas. En Villeta, en la época á que me refiero, había una fiesta perpetua, con sus emociones, sus goces, sus desbordes y sus escándalos.

A ese tiempo se refieren la carta de Joaquín P. Posada y mi contestación, que están publicadas en el primer volumen de mis obras.

Yo tenía un triste deber que cumplir y una peregrinación sagrada que hacer en el cementerio de Villeta.

De mi antigua familia quedan tres hermanas que habitan el hogar paterno, *nuestra casa*, asilo en todas las desgracias de la familia, refugio en toda enfermedad, consuelo en toda desolación. A aquel que sepa meditar en la Providencia, vigilante, consoladora y amable ; la cual envía goces al uno y al otro, y alivia sus dolores, sin olvidar nunca al proscrito ni al muerto, es al que yo llamo para que admire la obra de ella en el amor con que á todos los miembros de la familia cubren mis tres hermanas.

Ellas me habían dado una corona para colocar sobre la tumba de nuestro muy amado hermano FEDERICO RIVAS, muerto en Villeta hacía poco menos de un año.

Fuí con mis dos hijos; sólo los tres: llevaba el uno la corona y el otro un pobre recuerdo que yo quería dejar.

Eran las tres de la tarde de un día despejado: el sol llenaba todos los lugares de luz, y la tierra, azul, reverberante, se confundía á lo lejos con el espacio infinito, en el cual todo es misterio.

Los árboles inclinaban sus ramas al peso del calor que los agobiaba; el aire estaba mudo, y dominaba ese silencio imponente que reina en las selvas de América cuando el sol está en el cenit é inunda la naturaleza. Yo abrí el templo de la muerte, que era un recinto pequeño, agreste, con algunos árboles coposos; alta la yerba, que lo invadía todo; y esparcidas y solitarias algunas tumbas blancas, que á los rayos del sol reverberaban. Solícita la mirada, buscaba la tumba donde yacían los restos de mi hermano; y mi corazón temblaba de encontrarla, como si la ilusión de no hallarla le quitara á la verdad la triste realidad de que allí estaba. Inútil vacilación! Al levantar la vista del suelo, vi escrito sobre una gran tumba de piedra el nombre de

FEDERICO RIVAS.

No lloré: no fué dolor lo que mi alma sintió, fué terror.

Me estuve parado, quieto, mudo, leyendo ese nombre que tenía tan pocas letras y encerraba la historia entera de una vida de virtudes, de abnegación y de sacrificios. Una gran ciencia conquistada con largos años de estudio y evaporada en el instante de la muerte: un corazón noble y generoso que no dejó de amar sino cuando dejó de latir para la vida; y de tantas ilusiones de gloria, de riqueza y de inmortalidad, lo único que quedaba era un sepulcro!

Largo tiempo debió durar esa muda contemplación de los estragos de la muerte; esa especie de adoración del pasado, en que mi corazón le tributaba al hermano querido los más hondos recuerdos; ese delirio del terror, encontrando allí, entre los muertos y apartado de mí para siempre, á aquel con quien había jugado en la niñez, soñado en la juventud y viajado muchas veces; pues cuando la voz y el llanto de mis hijos me volvieron á la vida, el sol declinaba ya y una gran sombra cubría la tumba que yo había estado contemplando.

Me acerqué como un niño que va al lecho de su padre á despertarlo; dí algunos golpes sobre la piedra con la mano abierta y suavemente, de manera que no turbaran el silencio; y por tres veces exclamé: Federico, Federico, Federico! Nadie contestó: nadie se levantó de la tumba!

Si el amor y la gratitud fueran una realidad consoladora, yo debía acompañar día y noche á mi hermano en el cementerio; y, sin embargo, lo dejé allí solo y le dije para siempre ¡Adiós!

Debo dar las gracias á los señores Lucano Posada y José María Guzmán, por haber cuidado y aseado la tumba del que fué su amigo.

Hoy tiene en su sepulcro de Bogotá esta inscripción :

« FEDERICO RIVAS

« FUÉ UN MÉDICO EMINENTE.

« Cubrió á su familia con supremo amor y derramó sobre los desgraciados los tesoros inagotables de su caridad y de su ciencia.

1876.»

¿ Tiene fe ? Temeroso, creyente,
Con espanto y temblor á Dios mira,
Y llevando á su altar un presente,
Cree aplacar el rigor de su ira.

¿ Ambición ? ¿ Puede acaso el destino
Contrariar, mejorando, su suerte ?
Siempre el blanco le traza un camino,
Y por él marchará hasta la muerte.

¿ Es valiente ? La patria de huesos
Ve cubiertos sus fértiles prados.
¿ Para qué su valor ? ¿ No son ésos
Los que abonan los ricos sembrados ?

Jamás hace á los blancos la guerra,
Ni levanta altanero la frente ;
La mirada clavada en la tierra,
Busca astuta venganza en su mente.

Él se roba los blancos corderos,
O los cerdos de inmensa piara ;
Él se roba los frutos primeros
Que produce la tierra que ara.

Y al hacerlo sonríe gozoso,
Porque el robo es la sola venganza
Contra el blanco, feliz, poderoso,
Que le roba también su esperanza.

Cuenta el pueblo que él llama á sus hijos,
Cuando muere desnudo en un banco,
Y les dice : tened siempre fijos
Mis consejos : robad siempre al blanco.

En la tierra caliente las poblaciones son más irregulares. Frecuentemente están separadas las habitaciones una de otra por huertos donde hay plataneras, árboles frutales ó sólo rastrojo. Las casas son abiertas, es decir, están sin paredes ó con puertas que jamás se cierran, y la cocina se hace debajo de un árbol. La plaza, si la hay, tiene una gran ceiba, un frondoso

caucho ú otro árbol que dé sombra ; y la iglesia en la mayor parte de ellas está siempre en construcción.

En la semana se ve siempre á los calentanos tendidos á lo largo en su hamaca de fique, ó sentados medio desnudos en el corredor de la casa cuando el tiempo refresca.

El domingo la población se anima ; de todos los senderos se ven salir hombres pálidos y delgados, vestidos de blanco y llevando un ligero sombrero ; y mujeres esbeltas, vestidas de vivísimos colores y con aire gracioso y desenvuelto, que se dirigen al mercado.

Éste dura unas pocas horas, y á las doce del día hombres, mujeres y niños cantan, ríen y beben aguardiente de caña hasta el día siguiente.

Extraviósenos en el camino de Villeta á Guáduas una de las bestias de remuda, sin que hubiésemos podido descubrir por qué sendero había echado, y yendo en su busca, llegamos á la casa de un calentano en el momento en que, sentado sobre una raíz de palma, que remedaba un taburete, se acariciaba las piernas con el filo de su *belduque* ó cuchillo que de la vaina había sacado. No se movió siquiera al vernos venir, ni interrumpió su grata ocupación.

—Buenos días, amigo, le dije yo cariñosamente.

—Se los dé Dios, me contestó distraído.

—¿ Me vió usted pasar por aquí un caballo rucio ?

—Há nadita que cogió para el chontal.

—¿ Pudiera usted ir á buscármelo ?

—No señor.

—Yo le pago á usted.

—No puedo.

—Pero ¿ por qué no puede ?

—Porque no puedo.

—Indíqueme siquiera por dónde es el chontal.

—Por ahí, me dijo sin levantarse y haciendo una especie de señal con el cuchillo.

—¿ Hace mucho que pasó por aquí ?

—*Nomasito.* Y siguió tranquilo en su grata ocupación.

El dinero que para el viaje á Europa llevaba, iba en oro, porque en la compra de letras se pierde más de un 30 por 100, lo que prueba el deplorable estado de nuestro comercio de exportación, y lo llevaba repartido entre mis dos hijos y yo, en fajas que teníamos atadas á la cintura ; pero es tan penoso este medio y tantas las inquietudes que proporciona, que no aconsejo á los viajeros que lo practiquen.

Como no tenía mucha confianza en que uno de los niños no sufriese un olvido, ó que la faja reventase y el dinero cayese sin saberlo él, habíamos convenido en que á cada vez que yo les preguntara cómo se sentían de salud, ellos, tocando la faja, me contestasen *bien* ó *mal*, según fuera el dinero.

De tanto oirme preguntar una señora que con nosotros venía, me dijo:

—¿ Es que los niños van enfermos, que usted á cada momento les pregunta cómo se sienten ?

Confieso que me dió vergüenza ver mi interesado pensamiento noblemente interpretado, y no volví á preguntarles nada.

El camino desde Villeta lo hicimos en compañía del señor Demetrio Paredes y su encantadora señora, quien tenía siempre una palabra cariñosa para los niños, una sonrisa dulce y amistosa para mí. Diestra amazona, subía y bajaba las pendientes rápidas del camino sin vacilación y sin temor, admiraba todos los paisajes, veía todas las flores y mantenía una conversación interesante y agradable. Fueron ellos nuestros compañeros en el camino de tierra, en la navegación del río y en el paso del mar. Ella siempre amable, él servicial y afectuoso.

Mucho hay que admirar en el tránsito hasta Honda ; pues no solamente los paisajes se desenvuelven uno en pos de otro á cada instante, y todos completamente diversos, sino que la vegetación es lozana, se va por entre árboles corpulentos, y los helechos gigantescos y elegantes, los cámbulos cubiertos de flores rojas, los carboneros vistosos y morados, las mil plantas trepadoras y las parásitas que cuelgan de los troncos, forman decoraciones teatrales de magnífico efecto.

Descendíamos una de las elevadísimas cordilleras que cortan el camino en el momento en que el sol, apenas levantándose, alegraba y embellecía la naturaleza, haciéndola reir y cantar. La *flor de batatilla*, cantada por *Antioco*, lucía con toda su galanura para morir pocos instantes después, marchitada por el calor, como esas criaturas inocentes que se engalanan para inspirar amor y que mueren abrasadas por sus rayos. Los *toches* lanzaban al aire *sus no aprendidos sones*. No existe ave que cante como el toche, pues hay en sus trinos notas melancólicas y dulces como el recuerdo de un pasado amor, tiernas y cariñosas como la voz de la mujer que calma nuestras penas, risueñas y alegres como las de los hijos que juegan sobre el prado, vibrantes, expresivas y apasionadas, como si la esposa llamase al pájaro que abandona su nido y sus hijuelos. Las mariposas, amarillas, azules, blancas y encarnadas, agrupadas en los lugares húmedos del camino, formaban como un tapiz de vivísimos colores, y al acercarnos se disper-

saban y huían, tomando cada cual en el aire un sendero que era imposible seguir con la vista; y las abejas construyendo su morada, los insectos jugueteando felices, y los lagartos arrastrándose por entre las hojas secas, componían un concierto solemne de la naturaleza.

De repente se oye salir de la enramada un quejido lento, triste, prolongado, como un ay de agonía, de cansancio, de dolor; todos los viajeros nos parámos sorprendidos y nos interrogámos unos á otros.

Era el crugir de un trapiche ó molino de caña tirado por mulas el que nos había sorprendido, y pronto vimos la pajiza ramada, la chimenea echando humo, y las dos mulas que penosamente tiraban, azotadas por un hombre para hacer mover un enorme mayal, que rechinaba y bramaba durante el tiempo de la vuelta.

¡ Triste cosa ! ¡ Todo en la naturaleza es armonía, y sólo hay fealdad y ruido triste en la obra del hombre !

La descripción de un trapiche fué hecha hace ya muchos años por uno de nuestros hábiles escritores: yo sólo añadiré que el corazón se encoge, el alma se abate y el espíritu se acongoja al ver tanta barbarie y al contemplar á esos peones embrutecidos luchar con las dificultades, y á esas infelices mujeres sucias, casi desnudas y repugnantes, *sacar su tarea* como las mulas y cantar indiferentes mientras *meten la caña* y *reciben* el *bagazo*.

No lejos de allí está Cune, en donde el señor Guillermo Wills edificó una suntuosa casa que se divisa en medio de naranjos « plantados,—dice él sencilla y poéticamente en uno de sus libros,—por mi esposa y por mí en nuestra juventud »; y en donde puso hace muchos años un famoso ingenio de agua con todo lo que la civilización ha inventado para hacer la industria productiva y mejorar la suerte de los trabajadores. El ingenio existe aún, la casa está deshabitada, y el señor Wills murió en la pobreza! ¿ Qué es lo que hay en este país, en donde la rutina, la pereza y la barbarie forman un nido tan sabroso, y donde todo adelanto es imposible, toda mejora encalla y toda especulación fracasa ?

El viajero debe un tributo á la memoria del señor Wills, en cuya casa, en otro tiempo, todos recibían hospitalidad; porque fué un extranjero útil é ilustrado, un patriota fervoroso, un republicano entusiasta y un colombiano (pues él adoptó nuestra nacionalidad) de las más distinguidas dotes como hombre industrioso, como famoso escritor y como padre de la lucida familia que levantó en el país.

Estábamos una ocasión con mi amado hermano Rafael en la casa del señor Wills, en Cune, y cuando nos bañábamos en una grande alberca de piedra cubierta de jazmín, cuyas flores caían sobre nosotros y perfumaban el agua, él, volviéndose hacia mí, dijo :

—¡ Bendito sea el descubrimiento de la India y la conquista que de ella hizo Inglaterra !

—¿ Qué quiere usted decir ?

La explicación no se hizo esperar.

—Estamos aquí disfrutando, añadió, del dinero que los ingleses han ganado en la India y que, acumulado en Londres, tiende á repartirse por todas las regiones. En efecto, el señor Wills había traído de Londres un buen capital para especular en Colombia, y lo había perdido.

El país no tiene que resolver más que este problema: cómo traer á él la civilización que en Europa se desperdicia; la población que allá se desborda y los capitales que buscan colocación. Desgraciadamente nuestros gobiernos, ocupados en las cuestiones de política interna, se han preocupado poco con esta solución; y otros países de América, como la República Argentina, con menos elementos y más dificultades, han empezado á resolverlo y á engrandecerse, mientras que nosotros permanecemos estacionarios y en la barbarie. Esto es muy triste.

El Nuevo Reino de Granada estaba al nivel de Méjico, y era muy superior á Chile y Buenos Aires al tiempo de la emancipación : Venezuela y el Ecuador apenas llevaron juntos la mitad de la deuda que la antigua Colombia contrajo; y hoy Chile vale treinta veces más que Colombia. La Argentina es una gran nación : Venezuela tiene un comercio diez veces mayor que el nuéstro. Preciso es reconocer que nuestros grandes hombres han logrado hacer bien miserable á nuestro pobre país.

El valle de Guaduas es precioso. Está perfectamente circunvalado por cordilleras que suavemente se levantan y que dejan ver en la cima el bosque como una corona de verde oscuro. Luégo en las faldas el verde más claro de las sementeras de maíz, y más adelante el verdor alegre de los cañaverales. Hay sembrados por todas partes; casas de habitación de teja ó de techumbre pajiza, é infinidad de ríos y de quebradas, por entre alamedas de guaduas, que descienden hasta el fondo del valle. Y allí está la linda villa, dormida sobre un cojín de terciopelo verde, á los rayos de un sol suave y benéfico, y adornada de azahares y flores de granada.

A lo lejos, y en medio de la soledad, se oyen con profunda emoción las campanadas del reloj de la ciudad que da las horas, y que le dice al trabajador que es llegado el momento en que su esposa debe traerle el apetecido alimento, ó que es tiempo de levantar el trabajo y volver á la choza á descansar y á recibir las caricias de los hijos. El General Joaquín Acosta, hijo de Guaduas, fué quien hizo á la ciudad este útil regalo.

Hubo en esta ciudad en otra época un caballero, conocido por todos

con el nombre de *el Coronel Acosta*, que recibía con agasajo á todos los viajeros y les daba en su casa franca y generosa hospitalidad.

Quejábase conmigo una de sus hijas de que ninguno de los viajeros que por él habían sido obsequiados, hubiera mandado una lápida para su tumba, que hasta hoy no tiene inscripción; y yo, conviniendo con ella en que había en efecto en esto ingratitud, decía para mí: esto le acontece siempre al que sirve al público, ninguno se cree responsable del olvido de la comunidad, y nadie paga cuando son muchos los que deben.

En Guaduas nació mi heroína favorita « La Pola,» y hay una plaza que lleva su nombre; y de Guaduas son los señores Samperes, Guzmanes y otras personas que se han ido á Bogotá á aumentar el crédito, el brillo y la riqueza de aquella ciudad.

Siempre he lamentado el que en vez de esa ciudad monstruo que llaman Bogotá y que absorbe toda la civilización y toda la riqueza que hay á su alrededor, no tengamos su enorme población repartida en pequeñas ciudades, como Guaduas, La Mesa, Cipaquirá, Ubaté, &c., en donde residieran las familias de los dueños de los terrenos adyacentes, y hubiera, por lo mismo, comodidades, cultura, colegios, imprenta y todo lo que allá está acumulado y de que por todas partes se carece.

El camino de Guaduas á Honda se hace subiendo por senderos escarpados hasta la cima de las montañas, y descendiendo lo mismo hasta el fondo de los valles. Las mulas tienen que dar á veces peligrosos saltos, y en el tiempo del invierno se pasa por entre lodazales, en que la bestia se entierra, teniendo con frecuencia que dejarle la rienda suelta para que ella, con su prodigioso instinto, busque lo menos malo del camino. Sucede, sí, en ocasiones, que la mula toma una vereda que comienza fácil y practicable y que va á terminar en un abismo.

El calor es intolerable para los habitantes de la tierra fría; hay muy pocos recursos, y las posadas son tan incómodas (sobre todo para las señoras, que no pueden quedarse en la sala común) que los bogotanos debemos morirnos de vergüenza de que por ese camino vengan extranjeros.

Encontramos bajando la cuesta del Sargento á una infeliz india que, habiendo apoyado el enorme fardo que traía contra una barranca para descansar, habiéndose desmoronado la barranca, se le cayó, sin que ella pudiera zafar la cincha que llevaba al pecho. Hacía una hora que estaba boca arriba recibiendo los rayos del sol en los ojos, y la encontrámos casi ahogada. Nos desmontámos inmediatamente, la salvámos y vimos que su enorme carga era la caja de un espejo, que pesaría por lo menos nueve arrobas.

Hé aquí el símbolo de la civilización en nuestro país. Una mujer lleva

á la espalda, y quizás muere agobiada por su carga, el objeto en que otra mujer de Bogotá se ha de recrear. ¡ Bogotá progresa !

No creo exagerar si digo que la mayor parte de los indios de la sabana han muerto, en estos últimos años, conduciendo bultos de Honda á Bogotá: unos, porque han adquirido la fiebre del Magdalena, y otros por consecuencia de los enormes pesos que conducen y que los hacen reventar. El lujo, la elegancia y el refinamiento de comodidades europeas de la ciudad capital no representan otra cosa que la muerte de una generación entera de hombres y la destrucción de una raza. Esto no más bastará para que la historia juzgue á los gobiernos que se han sucedido en el país y á los hombres que lo han gobernado.

Al descubrirse el suntuoso valle del Magdalena, por donde este río se desliza mansa y lentamente por en medio de selvas frondosas ó de prados de pasto de guinea y pará, viene á mi memoria el tiempo que á su orilla pasé en Guataquicito abatiendo los bosques para sembrar pastos y fomentando el cultivo del tabaco. Época de rudo trabajo, de aislamiento y soledad, de sufrimientos, y estéril en todo, porque después de diez años, en los cuales más de una vez vi cercana la muerte, volví á Bogotá pobre y desalentado.

De esa época son estos versos, que recordé viendo á un calentano tendido y pasando la siesta en un caney:

LA HAMACA.

Ya en occidente majestuoso muere
El sol quemante, y la nevada cima
Que levanta á las nubes el Tolima
Es del sol que declina el panteón.
Con tibios rayos las estrellas lucen
En la callada inmensidad del cielo,
Y, envuelto en honda oscuridad, el suelo
Siente llegar la paz de la oración.

Todo reposa en cumbre y selva y llano;
Los dulces toches de la voz canora
Hasta que vuelva la rosada aurora
Sus no aprendidos cantos guardarán;
Sólo el nocturno cárabo en el bosque
Lanza su voz de duelo y agonía,
Y en la selva tristísima y sombría
Se oye bramar siniestro el huracán.

De tronco á tronco mi flotante hamaca
Tiendo á la sombra de la selva oscura,
Y el viento que revuela en la espesura
Viene á mecerme en plácido vaivén;
Y al movimiento embriagador y suave
La sién no late; y el ardor se calma,
Y en blandos sueños de pereza el alma
Halla entre sombras el supremo bien.

¡ Salud mil veces ! mi sabrosa hamaca,
Cómplice fiel de mi letal pereza,
Hora que el sol oculta su cabeza
Vengo en tu seno blando á descansar ;
Y mientras yazgo en lánguido abandono,
El trueno puede retumbar violento,
Rugir el tigre, rebramar el viento,
Sin que mi sueño vengan á turbar.

Que al fácil movimiento de tus cuerdas
El dolor en mi pecho se amortigua ;
Y entre el misterio de la selva antigua
Torno mi vieja cítara á pulsar ;
Y al ritmo grave con que al viento ondulas
El grave ritmo de la lira ajusto,
Ritmo que en medio del boscaje augusto
Los ecos sólo pueden escuchar.

¡ Todo acabó !...: los sueños, las quimeras,
Los gajos de laurel, la luz de gloria,
Del entusiasta trovador la historia
Y de la ciencia el consagrado altar ;
Sólo me quedas tú, que entre tus mallas,
Para hacerme olvidar los muertos bienes,
Me llevas en undívagos vaivenes
Y sabes mis pesares ahuyentar.

Sueños del corazón. ¡ Ah ! las mujeres,
Que fe y amor constante me juraron,
Una tras otra todas me olvidaron,
Y al desierto ninguna me siguió;

Mas al vaivén en que te mueves suave,
Por la brisa caliente adormecido,
Mi altivo y noble corazón herido
También su amor y halagos olvidó.

Nada me importa la fortuna esquiva
O andar como el mendigo á la ventura;
Ya no rebosa el pecho de amargura,
Viendo á un rival para el placer vivir;
Que en oriental pereza sumergido,
Sólo mi hamaca por riquezas quiero,
Y, cual sectario de Mahoma, espero
El infalible y cierto porvenir.

Sólo un recuerdo de mi vida guarda
Con religioso amor el alma mía,
Recuerdo que con dulce poesía
Aleja otras memorias de dolor.
Sí, yo recuerdo que mi santa madre,
Al mecerme en la hamaca con cariño,
Sobre mi frente cándida de niño
Besos me daba de supremo amor.

Fué mi amado hermano Rafael Rivas quien trajo al país el pasto de *pará* en 1851. Nadie lo sabe, pero las tradiciones de la familia conservan ese recuerdo. Los de nuestra familia tenemos que quejarnos mucho, ó de la injusticia de la suerte, ó de la indiferencia de la sociedad en que hemos vivido, ó de nuestro carácter un tanto duro y altanero. Rafael Rivas, por ejemplo, es hombre de gran capacidad, de notable instrucción y de una probidad política y una virtud individual raras en nuestra época; y sin embargo ha vivido como planta de otro clima que da flores pero no sazona frutos; no ha figurado en el puesto que le correspondía, mientras que hombres muy inferiores á él han sido más estimados por la sociedad.

Cuando se dió la libertad del cultivo y comercio del tabaco, ambos monopolizados por el Gobierno, las desiertas riberas del alto Magdalena se animaron; las selvas cayeron al golpe del hacha civilizadora; la población del interior se fué á ellas. Como por encanto se levantó la ciudad de Ambalema, y por todas partes se veían cultivo, vida y comercio: la exportación alcanzó cifras extraordinarias; el comercio interior duplicó su impor-

tancia, y se creyó asegurada ya para Colombia una éra de industria y de comercio. ¡ Vana ilusión !

Mil contrariedades políticas detuvieron el progreso ; el verano seguido de muchos años arruinó las plantaciones, y últimamente una enfermedad que nacía con la planta, el *amulatamiento*, acabó enteramente con el cultivo. Hoy las selvas recobran su antiguo dominio ; de los grandes establecimientos sólo quedan ruinas que pronto desaparecerán del todo ; la ciudad de Ambalema murió, y nuestro comercio está aniquilado.

Los colombianos somos bien desgraciados. Una cosa semejante sucedió con la industria y el cultivo de añil, que tantas esperanzas prometía: la tierra se hizo estéril ; la juventud, que se había dedicado al trabajo, perdió sus ilusiones de riqueza, y muchos capitales invertidos en los establecimientos, hoy del todo abandonados, se perdieron para siempre.

No resta más, como esperanza para el porvenir, que el cultivo del café, y este artículo necesita caminos fáciles y baratos para poder resistir la competencia que le hacen el Brasil, Caracas, Costa Rica y otros países ventajosamente situados.

En Colombia se prefieren la Universidad, el Capitolio, los grandes ejércitos y las bandas de música á los caminos; y esto da á la civilización colombiana un carácter raro y extravagante, comparable sólo al de la civilización de la Arabia antes de las Cruzadas. Damasco, Bagdad, La Meca, grandes, ricas y fabulosas ciudades, donde las ciencias se cultivaban con esplendor, las artes florecían y el lujo y los placeres llenaban los sueños de las imaginaciones orientales. Pero al salir de ellas, la soledad, la barbarie y el desierto. Así está Colombia.

Llegámos á la ribera izquierda del Magdalena cuatro días después de haber salido de Bogotá, y del lado opuesto divisámos la arruinada ciudad de Honda, en un tiempo próspera y alegre, cuando venían del Cauca, Antioquia y hasta del Ecuador á buscar allí las mercancías, pero que debe su decaimiento, primero al terremoto de 1805, que derribó gran parte de sus edificios, y luégo, á la languidez del comercio, que ha buscado otros centros y tomado otras vías.

El hombre á cierta edad no vive más que de recuerdos. Para mí Honda tiene el imperecedero de los días que en ella pasé como Capitán ayudante mayor del General Joaquín París en el ejército constitucional destinado á debelar la Dictadura que proclamó en 1854 el General José María Melo.

Hay placer y orgullo en haber estado en intimidad con esos hombres fabulosos de la Independencia, con esos guerreros formidables, y en haber peleado á sus órdenes y merecido su estimación y su cariño. Los

enemigos pueden quitarle á uno todo, pero no alcanzarán á borrar este placer del alma.

Las familias de Parises y de Ricaurtes formaban en otro tiempo una sola en Bogotá, y se hallaban tan íntimamente ligadas, que en la mente del pueblo están hoy confundidas y mezcladas las hazañas y hechos gloriosos de los unos y de los otros en la magna guerra de la Independencia. La verdad es que ambas han dejado un reguero de luz y de gloria y los más altos ejemplos de valor personal.

Las centellas desprendidas de la revolución de Francia, que iluminaron de repente á los pueblos y les dejaron ver sus derechos y la tiranía de los gobiernos, llegaron también hasta el centro de las selvas de la América del Sur, y aclararon la mente de muchos hombres en cuyos corazones nació el sentimiento de la patria y de la libertad ; y los acontecimientos que tuvieron lugar en Europa de 1808 á 1810, prepararon la transformación política de todas las colonias españolas; transformación la más notable que registran los siglos y que para Colombia principió el día 20 de Julio.

Ese día se verificó en Santafé una gran revolución, para la que el pueblo no estaba preparado ; pero fué acometida por gigantes capaces de resistir el peso de las reformas, la cólera de los españoles y la animadversión del pueblo que amaba su rey, que temblaba por su religión y que á las convulsiones de vida de la República prefería la tranquila esclavitud de la Colonia. Varones egregios cuya alta talla no podemos medir nosotros, hijos degenerados que nos postramos ante una preocupación, y que después de medio siglo no hemos podido fundar la democracia.

Algunos hombres pensadores resolvieron redimir á su patria de la servidumbre en que yacía, dándole independencia ; otros, conquistar la libertad y un gobierno constitucional, bajo la dirección de la metrópoli ; todos, sacarla de la ignorancia y del abatimiento ; y á la manera que en Francia el pensamiento de la revolución bullía en todas las mentes antes de que se pensase en abatir la monarquía, que cayó impulsada por el aliento del pueblo, así entre nosotros la independencia y la República nacieron de la mente de los hombres de 1810, á quienes Dios concedió su aliento soberano.

Los sucesos empujaron el carro que parecía imposible mover en aquel día : España no pudo venir á apoyar el incendio que ardía en todas sus colonias ; la necesidad hizo prodigios, y á poco tiempo hubo aquí un gobierno independiente, constitucional y libre, que se confió á la virtud, á la ciencia y al patriotismo.

El ejemplo de la América del Norte, también colonia redimida y que, bajo el amparo de la forma republicana, marchaba próspera y feliz ; el genio de la revolución que iba abatiendo en Europa las viejas monarquías para fundar repúblicas y confederaciones ; la educación clásica de los próceres de la independencia, y la sublime virtud que inspiraban sus consejos, incapaz de reservarse para sí privilegios de castas, hicieron adoptar la forma republicana en el gobierno, bajo el sistema federal.

Es preciso arrancar de Grecia las páginas más hermosas ; robar las virtudes de Camilo, la probidad de Aristides, el genio de Milcíades; arrebatar el fuego sagrado que animó á Leonidas y sus compañeros en las Termópilas, y empaparse en ese perfume intelectual que sólo se ha respirado al rededor del Partenón, para poder hablar algo de esa época sublime que siguió á 1810 ó invocar sin profanar los nombres sagrados de Camilo de Torres, los Lozanos, Torices, Castillo Rada, Pey, Caldas, Madrid, Rivas, Gutiérrez, Acevedo Gómez, Caicedo Camacho, Morales, Azuola, Nariño, Umaña, Alvarez, Domínguez, y los mil más que forman la constelación brillante que en el cielo de la gloria lleva el nombre de la *Patria boba* y para nosotros el de la PATRIA DE LOS INMORTALES.

El 1.º de Abril de 1811 se expidió para Cundinamarca una Constitución que consagra los derechos del hombre, basada sobre los principios más adelantados de la ciencia ; y como para probar que en el imperio de la libertad no hay rencores ni la pasión política es implacable, la Constitución fué acompañada de un *indulto general para todas las personas presas, un olvido para todo lo pasado, y el reconocimiento de hermanos y amigos de todos los españoles que la respetasen.*

Herederos de sus doctrinas, en mi admiración enmudezco, y no encuentro otra cosa que decir en su elogio, que las frases con que ellos concluyeron la Constitución dirigiéndose á los pueblos.

« *Conciudadanos de la Provincia de Cundinamarca, ministros respetables del santuario, padres de familia : veis aquí al americano por la primera vez en ejercicio de los derechos que la naturaleza, la razón y la religión le conceden, y de que los abusos de la tiranía le habían privado por el espacio de tres siglos : no es ésta la voz imperiosa del despotismo que viene del otro lado de los mares : es la de la voluntad de los pueblos de esta Provincia legítimamente representados. No es para vivir sin ley para lo que habéis conquistado vuestra libertad, sino para que la ley hecha con vuestra aprobación se ponga en lugar de la arbitrariedad y caprichos de los hombres. Leedla, estudiadla, meditadla, y luégo que en los corazones de vuestros*

parroquianos, de vuestros hijos y de vuestros domésticos se hayan profundamente grabado los santos misterios y máximas del cristianismo, poned en sus manos este volumen, enseñadles á apreciar el dón que hemos adquirido, y hacedlos sensibles á los intereses de la libertad y felicidad de su patria.»

En todo el antiguo Virreinato se erigieron Estados soberanos : hubo un Gobierno general y un Congreso federal, en donde se legislaba con la sabiduría de Licurgo ; y la República principió su marcha gloriosa con tal esplendor y sabiduría, que debió pasmar al mundo.

Pero el mundo estaba entonces ocupado seriamente en los vaivenes que las ideas de libertad nacidas de la revolución francesa, la ambición de Napoleón y el poder de los reyes promovían en la política de Europa, y dejó abandonada la naciente República; y en vano se enviaron á Inglaterra y á los Estados Unidos plenipotenciarios en busca de simpatías y en consecución de armas : estas dos naciones, sordas á la voz de su interés y á los estímulos de la libertad, nada le dieron.

Entre tanto, ese gobierno civil cuya debilidad tanto han censurado, organizaba la *legión sagrada*, compuesta de granadinos, en la cual iban los hijos de las primeras familias de Bogotá, D'Elhuyar, Girardot, los Ricaurtes y cuatro jóvenes de la familia París y Ricaurte, y que á las órdenes de Bolívar dió libertad á Venezuela en 1813.

De los cuatro miembros de la familia París, el mayor siguió con Bolívar, de triunfo en triunfo, de victoria en victoria, realizando prodigios en esa inmortal campaña que hicieron los granadinos desde Cúcuta hasta Caracas, y alcanzó, joven todavía, el grado de Coronel. Y cuando la fortuna le volvió la espalda á la República, cuando las hordas del feroz Boves triunfaron, el Coronel París cayó prisionero y fué fusilado, y conquistó la inmortalidad.

El segundo, Antonio, si no más valiente, más atrevido que su hermano, gustaba de jugar con la muerte, y herido gravemente en la batalla de San Carlos, se hizo conducir en una camilla á la cabeza de su batallón hasta que se dió término á la pelea.

Recuerdo haber conocido, siendo yo muy niño, á Antonio París, á quien faltaba una pierna, y de quien oí contar lo siguiente :

Herido en el muslo, fué preciso hacer la amputación y aserrarle el hueso. Empezó el cirujano á cortar la carne, pero viendo la impasibilidad de París, que no se quejaba, ni lanzaba un ay de dolor, ni fruncía siquiera las cejas, se equivocó al creer que cortaba carne muerta, y rebanaba y rebanaba sin misericordia, hasta que la hemorragia empezó á disipar su error.

—¿No le duele á usted? preguntó á París, temeroso de que la gangrena hubiera invadido.

—¡Cómo nó, si hace una hora que usted me está martirizando!

Los otros dos hermanos, Joaquín y Mariano, se volvieron con el General Castillo para tomar servicio en las campañas de la Nueva Granada; y del segundo sólo sé que llegó á un alto grado en la milicia y que tuvo un desastroso fin en la guerra civil de 1833.

El Capitán Joaquín París fué escogido por el General Antonio Nariño para esa expedición brillante que emprendió en el Sur contra los españoles; expedición que fué también dando grandes batallas, todas ellas victoriosas, y que en la historia llevan los nombres de Juanambú, Calibío y Tacines, pero que estaba también condenada á morir en Pasto, para desgracia de la patria.

En esa serie de batallas y de triunfos, Joaquín París, como si tuviese rivalidad de glorias con sus hermanos de Venezuela, se distinguió siempre en los combates y mereció recibir varias heridas y una condecoración de su General.

Cuando la hora de la desgracia sonó, cuando Nariño cayó porque le mataron su caballo, y disparando las dos pistolas á un mismo tiempo, mató á los dos primeros que se acercaron, el Mayor Joaquín París llegó á tiempo, y á sablazos dispersó á los enemigos y salvó la vida de su General.

Nariño cayó prisionero, pero París se salvó; y unido al noble General Cabal, al intrépido Coronel Liborio Mejía y al bravo Coronel Serviez, dió la gloriosa batalla de El Palo, cerca de Cartago, en la cual las fuerzas españolas fueron completamente derrotadas.

Pero el tiempo había pasado: España se había sustraído al poder de Napoleón, y en ejercicio ya de su soberanía, volvió la vista á sus ricas colonias y encontró que no estaban perdidas del todo, porque de sus mismos hijos, muchos mantenían viva la guerra y se empeñaban en perpetuar el dominio de los reyes. Resolvió entonces mandar una formidable escuadra y un poderoso ejército que viniesen á someterlas, al mando de D. Pablo Morillo.

En los momentos de supremo conflicto, sin desmayar ninguno de los patriotas, no creían posible que la causa de la justicia, defendida por pobres soldados, sin armas y desnudos, fuese vencida por la causa de la iniquidad, amparada por formidables ejércitos; y cada vez que la realidad venía á sorprenderlos, se irritaban, y resueltos todos á morir, echaban sobre sus compañeros la culpa de lo que no era más que la consecuencia inevitable del triunfo del más fuerte.

La heroica ciudad de Cartagena resistió un sitio formidable: pelea, lucha, combate, muere de hambre y de fatiga; y sin tener de dónde recibir recursos ni refuerzos, espera vencer, renueva los hechos de Sagunto, y al fin un puñado de cadáveres, que se mueven sobre un montón de ruinas, se adelantan para abrir la puerta al vencedor el día 6 de Diciembre de 1815.

La división de Calzada que penetró por los Llanos con dos mil hombres, bastaba para ocupar todo el territorio de la República: pero no era sola, y por todas partes era invadida á un mismo tiempo. Morillo subía con su formidable ejército por el Magdalena; Latorre avanzaba por Ocaña, y en el Sur estaba Sámano; y sin embargo, los patriotas intentaban resistir, les parecía debilidad lo que no era sino impotencia, y acusando en su desesperación al gobierno del virtuoso Camilo de Torres de lo que Dios no quería conceder entonces á la patria, eligieron al no menos distinguido ciudadano José Fernández Madrid.

El ilustre General Urdaneta, auxiliar de la joven República, con su denuedo acostumbrado, peleó en Chitagá, y allí pereció el resto de su valiente ejército. El cívico General Rovira, joven, cuya alma estaba templada por el fuego que hace héroes republicanos, creyó poder detener la marcha de un ejército veterano, armado, vestido y aguerrido, con una falange de soldados bisoños, sin armas ni municiones; y en el frío campo de Cachirí dió una victoria á los españoles.

Sin un aliado en el extranjero, sin esperanza de recibir ningún auxilio, sin puertos siquiera por donde comunicarse, sin ejército, sin armas, olvidada de todos, traicionada de muchos, ¿qué le quedaba á la débil República? La indomable voluntad de sus fundadores, que creían, como Anteo, recibir nuevas fuerzas de la tierra á cada caída, y que no se resolvían á ver desaparecer todas sus ilusiones de libertad, dicha y bienestar para la patria.

El señor Madrid, imaginación de poeta, alma ardiente, corazón generoso, ni ignora, ni desprecia el peligro; acepta el gobierno como un nuevo sacrificio impuesto á su patriotismo; toma en sus manos la República, exánime y moribunda, quiere volverla á la vida con su aliento y animarla con su fuego; pero todo es inútil. El espíritu público no le sigue, el pueblo le es hostil, el tesoro está agotado, y el miedo reina en todas partes, menos en el corazón de los fundadores de la República. Llama á las armas, excita el patriotismo, convida á juntas numerosas, arenga en las calles públicas, se sacrifica, se multiplica; mas todo en vano: *sólo le rodean algunos valientes, que, sin contar con el apoyo de los pueblos*, dice él mismo, *no podrían hacer otra cosa que lo que hicieron: morir en los brazos de la*

gloria ó retirarse del campo con la remota esperanza de volver á ocuparlo algún día.

Esto hace el señor Madrid : se retira con los restos del gobierno, con la guardia de honor y con algunos voluntarios hacia el Sur, en medio de las poblaciones hostiles y por páramos desiertos, sufriendo mil fatigas, pero con algunas esperanzas. Mas al llegar á Popayán encuentra con un enemigo más fuerte é impedido el paso.

El peligro era inminente, los momentos preciosos : sólo la audacia podía salvarlo ó perderlo todo; los ánimos exaltados, en medio de la desesperación, acusan al señor Madrid de lo que había sido acusado el señor Torres: de impotencia para detener el curso de los acontecimientos; los valerosos militares arden en deseos de pelear, y los comisionados del Congreso reconocen la necesidad de nombrar un nuevo Presidente.

Hay en el ejército un joven austero, arrogante, de mirada altiva ; instruído y exacto en el cumplimiento de los deberes de su profesión; fervoroso republicano, que todo lo sacrifica á su patria, pero que no se humilla ante nadie ; el genio brilla en su frente y el valor le da un inmenso prestigio. Este joven es Liborio Mejía.

Elegido Presidente, reúne los restos del ejército, convoca lo que queda de legítimo y sagrado en la República, y con la serenidad de un espartano que no tiene esperanza, lo lleva todo á la *Cuchilla del Tambo*, en donde, de 750 patriotas que atacaron á 2,000 españoles atrincherados, quedaron 450 cadáveres sobre el campo de batalla.

Allí sufrió terrible desastre la obra de 1810: allí concluyó, entre sangre, esa éra brillante que iluminó la virtud y el heroísmo; allí se extinguieron por entonces la libertad y la República, y allí cayó prisionero el Coronel Joaquín París.

....

La época del terror sucedió á los días de la virtuosa República. Morillo, Sámano y los demás tiranos españoles impusieron como leyes sus caprichos, que fueron obedecidos con miedo en todo el territorio. Los hombres de 1810 que no habían muerto en los campos de batalla perecieron en los cadalsos. Sus familias fueron perseguidas, sus bienes confiscados y las cabezas de los más prominentes puestas en escarpias para espanto de los pueblos. Había sido arrasada la obra de los republicanos, y sobre sus escombros se habían regado lágrimas y sangre.

Liborio Mejía fué capturado y murió fusilado en la plaza de Bogotá, dejando una tradición de honor y de virtud á su familia.

Con todos los otros prisioneros, el Coronel París fué conducido á

Popayán, en donde sufrió el más infame trato con José H. López, el Coronel Posse, Cuervo y otros valientes, que fueron diezmados para ser fusilados, obligándolos el feroz vencedor á sacar ellos mismos las papeletas de VIDA ó MUERTE.

Por fortuna, al tiempo de conducirlos al patíbulo, por una aberración de los mandatarios, se les hizo gracia, y todos ellos fueron conducidos á Bogotá, donde se les sometió de nuevo á juicio. Muchos fueron arcabuceados, y París alegó que él no podía serlo, por haber sido ya diezmado y favorecido por la suerte. Fué condenado á presidio, y como presidiario conducido entre el séquito de Morillo cuando emprendió su viaje á Venezuela, luégo de haberse ocupado en Bogotá, durante seis meses, sólo en hacer derramar lágrimas y sangre.

Posteriormente las aventuras de París, referidas por él en todo lo que no se roza con su valor y su virtud, son para formar un romance, más bien que para escribir la historia de un héroe.

El buque en que lo llevaban prisionero y con grillos fué asaltado por un pirata en alta mar, quien pasó á cuchillo á todos, carceleros y presos. El pirata perdonó á París y á una joven, pero los arrojó á una isla desierta, en donde no había ni agua ni alimentos. Su compañera fué madre de un niño, y él tuvo que socorrer á ambos en aquella soledad. La casualidad envió un buque á recoger cocos á esa isla, cuando ya estaban resignados á la muerte; y los recogió á él y á la joven madre y los llevó á Curazao, nuevo desierto en donde nadie conocía á París; y hambriento, miserable, enfermo, arrastró la vida de un mendigo. Nueva sorpresa fué la de la llegada de un buque allí, en el cual navegaba un colombiano amigo suyo, quien le dió recursos para que regresara á Colombia.

Sigue la vida del héroe.

Bolívar había formado un nuevo ejército con los restos que se habían salvado de la catástrofe: Páez, Mariño, Saraza, Monagas y el desgraciado Piar, á quien la patria no ha erigido una estatua y á quien debe más que á todos los otros libertadores.

Así es la humanidad: erige arcos triunfales á los que entran victoriosos, pero se olvida de los que caen en el campo de batalla.

París fué recibido en Venezuela como un viejo compañero, y se le dió el mando de un batallón.

Cuando en Ocumare se resolvió por ese ejército unirse al del General Santander en Casanare y juntos atacar á los españoles en Nueva Granada, en cuya audaz expedición el General Bolívar jugó la suerte de la América llevando en contra todas las probabilidades, al Coronel Joaquín París se le

confió el mando del batallón de vanguardia. Este Jefe, atravesando los ardientes climas de los llanos y los páramos más desiertos, por entre breñas y malezas, dió buena cuenta de su comisión y enarboló la bandera tricolor sobre las dos cimas heladas de Socha; la defendió en Corrales y la mostró triunfante en el Pantano de Vargas.

En la gran batalla de Boyacá, donde la pericia militar de Bolívar, la inteligencia de Santander, la habilidad de Soublette, la disciplina de la legión británica y el valor de Anzoátegui y de Rondón á la cabeza de los llaneros, dieron la victoria al ejército republicano y decidieron de la libertad de todo el continente, el Coronel París peleó como león ; y después del triunfo, por su carácter caballeroso y noble, mereció ser el encargado de llevar á Bogotá á todos los prisioneros de guerra.

La victoria de Boyacá no fué más que el principio de una larga campaña, que se emprendió por el Libertador en Venezuela, donde obtuvo el triunfo de Carabobo, y concluyó en el Norte con la victoria de Pichincha.

Para esta última campaña escogió el Libertador al Coronel París, quien, en las sangrientas batallas de Cariaco ó Bomboná, perdió una mano.

París no dejó descansar su espada, como buen caballero, hasta que la Independencia se consumó y fué libre su patria.

En la guerra contra la dictadura de Melo tendría el General París sesenta y cinco años, pero gozaba de una salud admirable y estaba fuerte para sufrir los rigores y las penalidades de la campaña : tenía muchas cicatrices, le faltaba parte de una mano, y un cañonazo lo había vuelto sordo. Mas la viveza de su espíritu suplía la sordera, y su serenidad y su bravura inspiraban tal confianza al ejército, que todos le obedecían gustosos y él tenía poco que sufrir.

Ese bravo león de las batallas tenía un corazón manso y bueno y un carácter un tanto suave. Sus hijos, dos de los cuales murieron en esa guerra, lo acompañaban y lo rodeaban, formando un grupo encantador ; grupo que se disolvía en el momento de la pelea, yendo cada cual á cumplir su deber y á batirse gallardamente.

Sucedió en Honda durante la campaña lo siguiente :

Bañábanse juntos y amigablemente en el hermoso y ancho Gualí, el noble General Tomás Herrera, la figura militar más hermosa que ha producido en nuestro país la democracia ; el doctor Manuel Murillo, el expositor más avanzado de su época y el más acreditado apóstol de las nuevas ideas ; el señor Julio Arboleda, genio estupendo que concebía como Mazarino, escribía como Lord Byron y mandaba ejércitos como el Marqués de Lantenoer en la Vandé ; el señor Pedro Gutiérrez Lee, el más vigoroso

atleta de su partido ; el doctor Francisco E. Alvarez, distinguido abogado que ha ayudado eficazmente á la fundación de la República democrática ; el señor Justo Briceño, quien conservó y cultivó con honor las tradiciones liberales del General Santander; el señor Lázaro María Pérez, poeta y fiel servidor de su partido, y otros muchos liberales y conservadores notables que había arrojado allí la ola revolucionaria; se bañaban, digo, contentos, cuando una creciente repentina del río los arrastró á todos, salvándose con mil dificultades.

Nadie podrá decir hoy si esa corriente habría hecho bien ó mal en ahogarlos á todos, ni se puede calcular cuáles habrían sido los destinos de la República sin esos hombres.

Honda es la patria de los Armeros, de los Gutiérrez y de los Tancos, que prestaron grandes servicios á la causa de la Independencia, rindiendo algunos de sus miembros la vida en los cadalsos y cuyas familias han ido á residir en Bogotá.

Honda es también la patria del historiador señor José Antonio Plaza, y esto le basta á aquélla para ser ilustre.

Las *Memorias para la Historia de la Nueva Granada desde su descubrimiento hasta el* 20 *de Julio de* 1810, forman la obra más instructiva, más amena y más juiciosa de cuantas sobre la materia se han producido en Colombia, y fiel guardián de la verdad tradicional, relator minucioso y elevado espíritu, su autor ha sido una de las eminencias de la patria.

El genio es dón gratuito de la naturaleza, y sólo merece que se exalte cuando, para glorificación de la humanidad, se le da un empleo benéfico, como hizo Plaza consagrándose á embellecer y perpetuar las tradiciones de su país, á conservar la historia de nuestros antepasados, haciéndola una lección para las generaciones venideras y enseñando con ella la filosofía y la moral.

Las páginas inmortales de Tácito, más que á la verdad histórica, deben la admiración del mundo entero á su juicio elevado sobre los hombres que pinta y los acontecimientos que relata ; de manera que lo que él enalteció, la humanidad entera lo enaltece, y á quienes execró, la humanidad entera los execra; y ésta, y nó otra, debería ser la misión de la Historia.

Esta misión la llenó cual ningún otro el historiador Plaza en su obra, llena de juicios acertados, de sublime filosofía, y escrita con tal rigidez de espíritu y elevación de ideas, que lo señalan como notable en su época y superior á los hombres de su generación.

Las largas horas de la navegación fueron para mí muy amenas con la lectura de esa obra en compañía de mis hijos.

CAPITULO III.

Bodegas de Bogotá—Vapor *Colombia*—Las balsas—Puerto de Caracolí—Navegación en el Magdalena — Nare—Vapor *Simón Bolívar* — Pasajeros — A un niño—Castillo Rada — Mompox — Puerto Berrío — Bocas de Carare—Barranca-Bermeja—Lago de Paturia—Puerto Nacional—Recuerdos de la campaña de 1854.

LLEGÁMOS en nuestro viaje á las Bodegas de Bogotá abrasados por un sol de fuego que no será más cruel en los desiertos de Africa, y sin haber almorzado, siendo las doce del día. ¡Qué cosa tan extraña! En aquel puerto, el principal del río Magdalena, el que comunica al interior con la Costa, en el que se embarcan ó desembarcan los viajeros que salen de la capital ó vienen á ella, no hay un hotel, ni una posada, ni una casa que albergue al viajero, ni una choza que le ofrezca sombra, ni donde tomar un vaso de agua. El señor Alejandro Weckbecker, hombre muy estimable, no ha permitido, sin embargo, que edifiquen allí, que viva nadie, que cultiven el terreno, ni aun que se detengan las mulas más que el tiempo necesario para sacar los bultos de la bodega y cargarlos en Caracolí. Esto es imperdonable; y cuando un hombre abusa de tal manera de su derecho ó propiedad, haciendo nugatorio hasta su propio provecho, justo es que la sociedad ó el Estado tome para sí esa propiedad, la destine al uso público é indemnice del valor á su dueño.

Por fortuna para nosotros, el vapor *Colombia* estaba anclado ahí aguardando el correo, y no tuvimos que demorar mucho tiempo; pero ¿cuál es la suerte de los viajeros que llegan allí y no encuentran bestias para seguir al interior ó cuando no está listo el vapor para embarcarse?

Estaban acabando de descargar el buque, y mientras duraba esta operación, fuí á inspeccionar la bodega, que es una gran sala, no bien ventilada, en donde están tiradas en espantosa confusión todas las cargas. De las mercancías extranjeras era fácil, para el que ha sido comerciante, saber el contenido, y se componían de ropa inglesa en su mayor parte, artículos franceses de uso personal, varios pianos, muchos espejos y grande abundancia de licores.

No encontrámos quien pusiese á bordo del vapor nuestro equipaje, y tuvimos que hacerlo mis dos hijos y yo, con gran peligro de que los bárbaros bogas que sacaban la carga nos derribasen al pasar el puente provisional de tablas que conducía al buque, pues no solamente no tenían ningún cuidado, sino que exprofeso nos empujaban con los bultos que sacaban á la espalda.

Una vez nosotros á bordo, se trató de subir el equipaje á la cámara, y entonces un boga se me ofreció y tomó uno de los baúles, otro una caja, éste el paraguas, aquél una maleta, y así formaron una procesión. Creyendo darlas de generoso, saqué un peso fuerte y se lo dí al que en mi opinión hacía cabeza ; lo tomó, lo echó al bolsillo y se alejó ; vino el otro, é inútil fué observarle que el peso era para todos. En un idioma del que yo no podía comprender más que la palabra *branco*, me hizo entender que eran cuentas aparte las de él y las del otro boga ; le dí, pues, dos reales y se fué. La cuestión era grave: los peones empleados eran más de diez, y resolví dar á cada uno un real ; pero aquí fué el renegar, maldecir é insultar, pues cada uno pretendía que á él solo debía pagarle, que él solo había trabajado y que su solo trabajo valía un peso. Hay una cosa más triste que esta clase de socaliña, y es la nota de imbecilidad que adquiere el que se deja explotar á los ojos de estos bárbaros ; por lo cual resolví resistir, lo que produjo un tumulto en el vapor.

Media hora después el vapor crugía y pasábamos á la otra orilla á recibir la carga que debía bajar á la Costa.

Iba con nosotros el señor Comandante Martínez, natural de Antioquia, de color negro, de fisonomía simpática, de modales suaves, servicial y caballeroso en todas ocasiones ; iba encargado del correo, llevaba mucho oro para la Costa y tomaba el más vivo empeño en cumplir bien su comisión; pero los encargados de los vapores nada hicieron para que el correo marchase aprisa, y no bajó de Honda hasta que la última petaca de tabaco no estuvo á bordo.

Al Gobierno se le sirve por esta compañía de navegación como de misericordia, y á su Comisario no se le trata con las consideraciones y el respeto que merece.

Es una diversión llena de emociones la de ver bajar las *balsas* cargadas de quina el *salto* de Honda, corriente espantosa que forma allí el río y que interrumpe la navegación entre el alto y el bajo Magdalena. Se necesita para atreverse á bajar así el salto un valor extraordinario, una audacia grande y una habilidad admirable.

La balsa, arrastrada por la suave corriente del río, empieza á temblar y á extremecerse, como si comprendiese el peligro ; de repente es arrastrada por una fuerza irresistible y parece que desciende al fondo de las aguas y va á perderse; mas luégo flota sobre las espumas de la catarata, se hunde, se levanta, va de un lado al otro, da vueltas, desaparece entre el turbión, y al fin, tranquila, sigue de nuevo la corriente. Un desvío hacia un lado, el choque con una piedra, un poco más de peso, y la balsa se estrella, se despedaza y los bogas se ahogan !

La canoa que hace la travesía entre la orilla derecha del río y Honda pasa á pocas varas arriba del salto, y muchas veces es arrastrada y llevada al abismo. Así pereció el señor Vernaza, y frecuentemente se refieren accidentes como el de que voy á hablar.

Tenían que venir una vez del pueblo de Pabón á Honda varios señores, y entre ellos N. Rubio y R., Antonio Cuervo y Justo Román. Este individuo, que es el hombre más valiente que se ha conocido, siempre de buen humor y amigo de chanzas, se ofreció á pilotear ó conducir la canoa, como hombre práctico, cosa que jamás había hecho.

Al principio, yendo para abajo, estando manso el río y ayudado por el boga, fué muy bien, de modo que los demás no notaron su inexperiencia; mas cuando ya llegaban á Honda y estaban cerca del salto, el señor Rubio notó que no iban bien.

—Llame usted la canoa á la derecha, dijo á Román.

Él no entendía una palabra, y principió á decirle:—Manuelita! Pichona ¿ cómo es que te llamas ?

—Llámela usted, que nos perdemos !

—Jesusita ! Paulina ! No responde.

—¿ No sabe usted pilotear ?

—No señor.

—¿ Por qué se ofreció usted ?

—Porque quería aprender.

—Ah ! Esto es intolerable.

—Pues bien, si tan bravos se ponen conmigo, á pesar de que hago cuanto puedo, rece cada uno lo que sepa, y ¡ adiós !

Esto diciendo, tiró el canalete al agua, y la canoa, sin dirección y remolineando, fué llevada al salto.

Por fortuna nadie se ahogó, pero el señor Rubio estuvo un mes en la cama del estropeo que sufrió contra las piedras del salto. Una canoa de pescadores logró salvar á los otros.

Las balsas son una especie de cama cuadrada, formada de troncos de balso ú otra madera liviana. Río abajo las arrastra la corriente y ruedan sobre la superficie del agua ; pero no habría fuerza suficientemente poderosa á hacerlas mover para arriba. Por lo mismo, cuando las balsas llegan al lugar de su destino, se las abandona.

En los tiempos en que el comercio del tabaco se hacía por cuenta del Gobierno, un secretario de hacienda, de gran reputación como financista en Bogotá, dispuso que el tabaco que iba para Antioquia siguiese el río Nare arriba en las mismas balsas en que había bajado de Ambalema.

Los viajeros que vayan de Bogotá al Magdalena, ó los que vengan de Europa al interior, deben prevenirse con almohadas, sábanas, mosquitero y petate, pues en los vapores sólo se da un catre para dormir. No se comprende cómo compañías tan ricas, que gastan tanto en los vapores y que tienen establecidos tan crecidos fletes, hayan fijado la economía en ahorrar unas sábanas y unos mosquiteros para los infelices transeuntes. Y es necesario saber que el viajero que haya olvidado el toldo mosquitero, es despedazado por el mosquito, y muere de la fiebre que producen sus picaduras.

En el puerto de Caracolí se creería uno en la India. Un inglés vestido de blanco y con su *casco ó sombrero* como los que allá se usan, es el Intendente de los vapores, y va de uno á otro lado á cada momento. Los capitanes hablan en inglés. Muchos extranjeros establecidos en Honda ó en las Bodegas van al vapor á inspeccionar su carga y á dar sus instrucciones ; y por todos lados oye uno *yes*, *very well*, y juramentos y reniegos en inglés.

En el vapor se duerme en un salón central, colocadas las camas, de viento ó catres, una en pos de otra, y cubiertas por sendos mosquiteros; el calor es intolerable. Las señoras tienen á cada lado camarotes pequeños, en donde creo que mueren asadas. Como yo no podía dormir, me salía á la proa del vapor, y la casualidad me hizo contemplar la escena más hermosa que mis ojos han visto.

Todo estaba en silencio y sólo se escuchaba el ruido melancólico é igual de la corriente, cuyas ondas pasaban murmurando por lo bajo palabras misteriosas pero dulces, como las confidencias que se hacen los jóvenes amantes: parecía que temieran despertar á los genios de la noche que yacían en el seno de la inmensa floresta. A veces se oía lejos, muy lejos, el ruido de un árbol viejo que caía al impulso de los años, y el eco iba repi-

tiendo el sonido, cada vez más leve, hasta que se perdía en la inmensidad: de tiempo en tiempo se escuchaba el triste graznido del pájaro nocturno que vela en la selva y que cuenta las horas, como el centinela del desierto vela el campamento en donde todos duermen.

Ah! si pudiera conservar yo para mi Rosa amada algo de este magnífico espectáculo! Si pudiera siquiera grabar en mi alma la imagen, para que ella pudiera encontrarla al abrazarnos!

Este silencio es solemne, y el alma se engrandece y se eleva,—inundada de luz, llena de ensueños, inspirada, sublime,—á la región hermosa á donde van rodando eternamente los astros.

El vapor se mecía suavemente y estaba atado á la orilla por una gruesa toa que lo mantenía cautivo. De un lado la luna esplendente y solitaria desplegaba su majestad y su belleza sobre un cielo azul, que ella misma iluminaba con sus rayos; y del otro, la selva oscura, sombría y melancólica. El río se veía tranquilo y terso como un hermoso lago, y en sus ondas movedizas reflejaba, con constantes variaciones, la bóveda estrellada. Los árboles de la orilla, al través de los cuales pasaba la luz, tomaban un aspecto fantástico, y parecían mudos gigantes que, sorprendidos por el buque en la soledad de la noche, venían á contemplarlo.

La luna es un astro querido y amigo, porque él nos ha acompañado desde la niñez con su luz apacible y simpática: él ha iluminado las horas de dicha y de amor de nuestra juventud, y, como lámpara funeraria, alumbra la blanca tumba donde están nuestros padres, y los acompaña en la soledad del cementerio y en la eterna noche que lo rodea. Y encontrar la luna en medio del desierto es un placer grato y melancólico que trae á la memoria los seres amados ya perdidos, y el recuerdo de los que allá, muy lejos, contemplan quizás también su esplendidez y su belleza.

La inmensidad tiene un poder mágico sobre el hombre, y el desierto lo atrae como esas divinidades que en el centro del océano encantaban á los viajeros para hacerlos morir perdidos en los escollos. Sí, yo quisiera vivir en el desierto, levantar allí mi tienda solitaria y pasar mi vida mirando hundirse el sol en Occidente, rodeado del olvido, y morir al fin.

La luna iba declinando hacia occidente, é iluminaba un inmenso horizonte, en el cual sólo se veía la selva, la selva sin fin; luégo, con suprema belleza, envuelta en levísimas transparentes nubes, que semejaban los encajes de una novia, entraba como á descansar en su lecho. La soledad inspira á la poesía.

La oscuridad lo invadía todo: apenas se distinguían sombríos, tristes, aterradores los árboles de la selva; y una negra cortina, al través de la cual brillaban las luciérnagas, cubría todo el espacio.

Un bramido terrible que conmovió la soledad, que hizo temblar la tierra y erizó los cabellos, se oyó á lo lejos. Fué como un trueno sordo, como un grito de guerra, como una voz de rabia que salió de en medio de la montaña. Era un tigre que tenía hambre y que estaba cerca de nosotros.

Salud, monarca del desierto, á cuya voz se erizan los cabellos y se tiembla de miedo, sinembargo de que eres más benigno que los monarcas de los hombres, ante los cuales todos se humillan con respeto! Salud á ti, que sólo viertes sangre cuando tienes sed, y no haces más víctimas que las necesarias para saciar tu hambre; mientras que los Césares la vierten á torrentes y matan por millares á los hombres para satisfacer su ambición y sus caprichos! Salud á ti, que has recibido en patrimonio estas inmensas soledades, donde el hombre no habita, así como los reyes han recibido naciones enteras y ciudades populosas, que someten á esclavitud ó queman y destruyen! Salud á ti, que siquiera tienes la fuerza que impone y el instinto á que obedeces, mientras que los otros son débiles, astutos y cobardes! Salud, monarca del desierto! Tu imperio, creado por la naturaleza, durará mientras que en él penetre el hombre y te mate; pero durará más tiempo que el de los reyes de este siglo, contra los cuales está ya armada la cólera terrible de los pueblos!

¡ Qué soledad la del hombre en estas desiertas regiones! ¡ Qué miserable es en presencia de la naturaleza! Aquí viven el león, el tigre y la serpiente como señores y dueños de la creación; pero el hombre es un infeliz huésped, á quien todo,—el clima, las fieras, las espinas de la selva y la terrible fiebre,—viene á espantar y á echar con violencia.

Y sin embargo, el hombre someterá estas regiones, matará las fieras, abatirá las selvas, destruirá las serpientes, y donde hoy reina sólo la fiebre, levantará ciudades espléndidas y sanas! Yo quisiera ser uno de los iniciadores en esta obra civilizadora. En tiempo de la conquista yo habría sido aventurero como Ursúa, ó misionero católico como San Francisco de Borja; después filibustero, y en la Independencia, uno de los compañeros de Maza en Tenerife. He sentido siempre la necesidad de hacer algo grande, algo arriesgado, pero de influencia en el porvenir, y he visto pasar estériles mis años en una ciudad muerta, sin hacer nada y obligado á reconocer mil fueros que detesto, y como bueno y justo lo que yo comprendo que no es más que una apariencia de justicia, bajo la cual se encubre la violación de los más santos y legítimos derechos.

Yo reconozco que mi corazón se ha exacerbado y quizás mi mente se ha extraviado; porque me dió Dios un alma donde se han concentrado los dolores de todos los que sufren por la sociedad, donde han resonado los

ayes de todos los esclavos, de todos los pobres, de todos los ignorantes, y mi alma se ha rebelado contra los que ha creído autores de las desgracias sociales; y en la lucha no he conquistado sino odio contra mí y nada para los que lloran.

Bajaban en el vapor el señor y la señora Paredes, la señora de Zea y el señor Martín Lleras, que iba para Antioquia: la compañía no podía ser más agradable.

El Capitán Santrich, Comandante del *Colombia*, es un hombre franco, sencillo, que refiere anécdotas con chiste y que entretiene á los pasajeros en la sobremesa.

El río desde Caracolí hasta Nare está lleno de pasos peligrosos, en donde han encallado multitud de vapores, cuyos restos se muestran á cada instante, ó bien el lugar en que perecieron. Nosotros no tuvimos accidente alguno, y habiendo salido de Caracolí el día 22, á las cinco de la tarde, llegámos á Nare el 24 á las cinco de la mañana.

El momento en que el vapor zarpa es de suprema emoción para todos, y los adioses que se dan desde la playa y los pañuelos que se agitan sobre cubierta revelan bien los sentimientos que á todos afectan.

La partida del vapor me inspiró estos versos ·

ADIOS !

Me alejo de mi Patria idolatrada,
Del suelo en que corrió mi edad primera,
Del viejo muro do colgué mi espada,
Del sauce en que mi lira suspendíera.

—

Me alejo del hogar donde mi esposa
Llora en los brazos de mis tristes hijos,
Mientras tiene en mi senda polvorosa
Los grandes ojos, como el alma, fijos.

—

Si yo pudiera en la floresta umbría
Donde sólo la voz de Dios se escucha,
Vivir soñando con la amada mía,
Lejos, muy lejos de la humana lucha;

Siendo allí los tranquilos soberanos
Del ancha soledad, al mundo ajenos,
Sin el odio y rencor de los humanos,
Con la paz y la dicha de los buenos.

—

¿ Qué me obliga á partir? Nada : el destino,
El que estas aguas lleva al Oceano;
Y, á mi pesar, del triste peregrino
El bordón llevo en la rugosa mano.

—

Quiero mi noble Patria tan amada
Al mundo señalar con entusiasmo,
Y ver del extranjero en la mirada,
Con mi relato, el religioso pasmo.

—

Decirle : Ved el ancho Magdalena
Cruzar las selvas con rumor sonoro,
Y es lecho de oro su mullida arena,
Como son sus riberas montes de oro.

—

Ved más allá de la región que anima
El sol, brillar la nieve inmaculada;
Ved entre las tormentas el Tolima
Al cielo alzar la cresta encapotada.

—

Y más allá mirad al Tequendama
Que, cual huyendo siempre de sí mismo,
Por entre rocas su caudal derrama
Con broncos tumbos al oscuro abismo.

—

Y como atleta que al hollar la arena
Siente que el pié y el corazón vacila,
Nublada la razón, antes serena,
Y el alma temerosa, antes tranquila,

Pero que luégo contra el brazo doble
Con fuerza ajusta el poderoso escudo,
Y ardiendo el alma en el coraje noble,
Pronto se lanza en el combate rudo,

—

Así vacila el caudaloso río
Y el curso pára ante la rota breña,
Mas de repente con pujante brío
Por las cóncavas simas se despeña.

—

Y borbotones de brillante espuma
En alto vuelan cuando el agua choca;
Se oye el fragor, y luégo blanca bruma
Los filos cubre de la agreste roca.

—

Mirad en los eternos horizontes
Erguirse los nevados valladares;
Con venas de oro contemplad los montes,
Con venas de coral los hondos mares.

—

Y esa comarca poderosa y rica
Es patria de los libres y los bravos,
Nadie ante un rey su orgullo sacrifica,
Y no hay soberbios, como no hay esclavos.

La navegación en el Magdalena es agradable y entretenida. Siempre al frente una cortina de verdura que forman los árboles de la orilla, y los bejucos que entre ellos crecen; cortina que toma la forma de una decoración de teatro á veces, y es interrumpida por un lindo paisaje, ó por algún espacio abierto en la selva, en donde hay una choza pajiza rodeada de árboles de totumo, muchas gallinas en el patio, uno ó varios cerdos, en los alrededores una vaca, y en la cual choza habita una familia que sale á la orilla á ver el paso del vapor.

En los lugares donde el vapor arrima para tomar leña, ésta está preparada ya en grandes montones que se llaman *burros*, cada uno de los cuales vale un peso. Generalmente dos ó tres hombres están allí derribando los árboles, desnudos, sin más que un abrigo por delante, flacos, descarnados y melancólicos.

Las poblaciones son muy escasas y en extremo miserables. Se reducen á unas pocas chozas pajizas colocadas en el espacio robado á la selva y que ésta intenta siempre recuperar ; sin calles, sin plaza y sin iglesia. Pero las mujeres que en ellas viven están aseadas y bien vestidas, y los hombres se manifiestan contentos.

Pasando por delante de una de esas chozas habitadas por una familia que no posee más bienes que una canoa fabricada por el hombre y un chinchorro tejido por la mujer, familia que vive íntimamente unida en presencia de la naturaleza, sin ninguno de los dolores ni ninguna de las necesidades sociales, involuntariamente se pregunta el viajero: ¿ dónde está la felicidad ? ¿ No es envidiable este primitivo estado para un hombre que tiene corazón ? ¿ Da en goces sociales la civilización lo que quita en libertad y placeres sencillos ? ¿ No es más el Adán creado por Dios, ese hombre que con su mujer vive en la selva, que el hombre encerrado en las ciudades, lleno de vicios y carcomido por el odio y la envidia ? ¿ Está alguna vez satisfecho el hombre en sus aspiraciones de riqueza, de poder ó de gloria ? ¿ Por qué, pues, tanto afán por conseguir estos bienes y pasar así la vida consagrada á obtenerlos sin descansar jamás y sin volver siquiera á mirar la naturaleza, que parece siempre esperarnos ?

Pero en esto el hombre se somete á una ley ineludible. El hombre que hoy vive en la soledad, aspira á mejorar la condición de sus hijos. La mujer quisiera vivir en el vecino caserío, y que su hija tuviese un buen collar. Los que allí viven son felices cuando van á las ciudades de Honda ó de Mompox. Y así, sin saber por qué, los hombres van buscando y ayudando á la civilización, hasta llegar á fundar naciones poderosas como las de Europa y ciudades como Londres ó París, que parecen la obra de titanes ó de seres privilegiados á quienes el cielo reveló sus misterios y sus encantos, y á quienes concedió el poder de hacer milagros.

Cuando se remontaba el río en champán, empleando en el viaje hasta cuarenta días, y las jornadas se hacían de caserío en caserío, las poblaciones de la ribera del río eran indispensables para el viajero y se encontraban relativamente prósperas. Hoy que los buques suben y bajan rápidamente, las poblaciones han decaído, muchas casas y plantíos se han abandonado y aun muchas poblaciones se han acabado del todo.

El viajero que por primera vez viene á Colombia, que llega á nuestras costas desiertas y luégo sube el Magdalena por entre un bosque primitivo, y á través de leguas sin fin, no puede presumir que allá á lo lejos, en la cima de las cordilleras, se encuentre una ciudad como Bogotá, con una civilización que no se sabe cómo le ha llegado ; ciudad en la que se escribe, se discute y se legisla como en cualquiera de las que están situadas en el centro de la civilización y del comercio.

Nuestra tierra tuvo un albor de progreso y engrandecimiento, que se extinguió pronto, habiendo quedado luégo como parada en medio del movimiento universal, debido en mucha parte á las revoluciones, pero indudablemente también en gran parte á los gobiernos. La influencia que éstos ejercen en las sociedades americanas es tan poderosa, que ellos no pueden declinar la responsabilidad que les toca en el estancamiento y atraso del país. Este albor tuvo lugar después de constituída la antigua Colombia, cuando el señor Juan Bernardo Elvers, el más digno y laborioso extranjero que ha venido al país, estableció la navegación por vapor en el Magdalena, empresa que arruinó un decreto dictatorial de Bolívar, cuando aquél se prometía que en pocos años quedarían descuajadas las selvas y cultivadas sus riberas.

Al pasar por Conejo, donde hay una bodega hecha de paja para depositar los cargamentos cuando los vapores no pueden ir más arriba y cuyo terreno inculto es de la familia del General Joaquín París, recordámos haber oído referir á éste que por uno de esos terrenos, llamado « La Egipciaca,» le habían ofrecido á la familia $ 150,000 en época de ilusiones y de esperanzas.

Es Nare el punto en que se depositan los cargamentos que los vapores traen para el Estado de Antioquia, los cuales van por el río de este nombre hasta Islitas, y luégo siguen en mulas ó á la espalda de hombres hasta Medellín. Nare es triste y enfermizo. Se refiere que cada año, para hacer la fiesta de las *Animas*, en la cual figura una calavera, hay necesidad de mandar conseguir una á Honda, porque la humedad es tal allí que los cuerpos se consumen apenas enterrados.

En Nare trasbordámos al vapor *Simón Bolívar*, elegante y más cómodo que el *Colombia*, y en el cual hallámos un buen Capitán, el señor Navarro con su señora y un niño de cuna, un excelente Contador, el doctor Pardo, del Estado de Bolívar, cuyas finezas con mi hijo Evaristo, que enfermó, jamás olvidaré, y los señores Salvador Camacho Roldán y Leonardo Canal, que se dirigían á Ocaña en una comisión del Gobierno. El doctor Camacho, al ver al niño dormido sobre cubierta, dijo : Buen augurio ;

éste será el ángel que nos guiará en la navegación. El pueblo dice que la compañía de un niño espanta al diablo. Yo digo que su inocencia encanta el alma y que nada hay más benéfico que la sonrisa de un niño.

—Medardo, me dijo Salvador, compónle unos versos. Entonces hice éstos:

A UN NIÑO.

Mientras que duermes en sabrosa cuna,
Donde ninguna pena llegará,
Y tu madre con dulce cantinela
Tu sueño vela,
Aguardando tu grato despertar,

Díme, ¿ del sueño de la estéril nada,
De la ignorada incógnita mansión,
Quién te arrancó con mano omnipotente,
Y así viviente
Sobre tu blanda cuna te arrojó ?

¿ Por qué, criatura, no naciste rosa,
Fresca, olorosa, y gala del jardín ?
Fueran así tus horas más ligeras,
Mas no sintieras
Marchitarse tu tallo en el pensil ;

O ave canora que en su dulce canto
Imita el llanto de perdido amor,
Mas que no sufre entre las verdes hojas
Esas congojas
Con que el dolor desgarra el corazón.

¿ Por qué si duermes, plácida sonrisa
Como la brisa del perdido Eden
Vaga en tu labio, dulce y lisonjera,
Como si fuera
Que en tus sueños á Dios pudieras ver ?

¿Ó bien conservas de pasada historia
Leve memoria de sabroso amor,
Y que se escapa luégo de la mente,
Cuando se siente
Haber llegado á la mortal región ?

Duerme tranquilo, y guarda tu secreto,
Que yo indiscreto pretendí arrancar,
Queriendo audaz despedazar el velo
Con que á este suelo
Cubre de Dios la eterna voluntad.

Quiero mirarte: adorna tu cabeza
De la belleza la temprana flor,
Y la inocencia en tu tranquilo pecho
Hace su lecho,
Murmurando en tu oído una canción.

Quiero estampar en tu graciosa frente
Un beso ardiente, un beso nada más,
Y á su contacto respirar contento,
Sólo un momento,
De la inocencia el aire virginal:

Que su perfume, misterioso y santo,
Quizás un tanto anime el corazón;
Quizás recuerde que encantó mi infancia
Esa fragancia
Que ya del alma para siempre huyó.

Es nuestro paso por la vida breve,
Cual nube leve que disipa el sol ;
Mas nos parece largo y fatigoso,
Porque enojoso,
Por compañero nos tocó el dolor.

Nada mi ruego del destino alcanza,
Mas la esperanza sueña para ti
Que siempre el Genio adorne tu cabeza;
Que á tu grandeza
Siempre el destino venga á sucumbir.

El Genio: que coloca reverente
Sobre alta frente gajos de laurel;
Que eleva al hombre del estéril suelo,
Y allá en el cielo
Le enseña la verdad, la dicha, el bien.

El Genio: que hace en la feliz mañana
Mostrar ufana á la mujer que amó;
Y fervoroso su ídolo besando,
Sigue cantando,
Y el placer y el amor son su canción.

El Genio: que hace del dolor su trono,
Del abandono, del destino cruel,
Una corona para orlar su frente,
Que refulgente
Brilla, ocultando su marchita sien.

El Genio: que de luz, de fuego vive,
El que recibe aplausos de su edad,
Que llena un siglo con su sola historia,
Y á su memoria
El porvenir le da vida inmortal.

Este es mi voto. Duerme ya en tu cuna,
Donde ninguna amarga pena te alcanzará,
Pues que tu madre con tierno arrullo
El sueño tuyo
Vela aguardando tu despertar.

El viaje por el Magdalena en vapor se parece mucho á un campo de batalla, en el que se atraviesa por entre muertos y heridos, sin cuidarse de ellos, y esperando la muerte á cada instante. Encontrámos los restos de más de cinco vapores: tres estaban varados, el *Cauca* estaba roto, el *Verther* había volado la caldera y bajaba como inválido, el *Antioquia* acababa de naufragar. Séame permitido expresar aquí un concepto. Las discusiones frecuentes que presencié entre el piloto y el Capitán, y la manera como se hacen las cosas, me hicieron presumir que es la falta de ciencia y de habilidad en los pilotos lo que hace perder con tanta frecuencia los vapores.

El viajero acostumbrado al servicio regular y exacto del criado inglés, al comedido y lleno de atenciones del francés, al respetuoso y bueno del alemán, ó al humilde del indio del interior de Colombia, encuentra detestable, infame, el de los criados de los vapores en el Magdalena, pues son insolentes, perezosos, lenguaraces, aturdidos, alborotadores é inútiles.

En cada vapor hay más de quince criados que podrían ser sustituídos por dos criados ingleses. Todos ellos conversan y discuten, se reúnen en el comedor del vapor, y sentados sobre las mesas ó en los asientos de los pasajeros, cantan, ríen y llevan con los pies y con las manos el compás, con lo cual aturden á todo el mundo.

Daré una idea del servicio.

Reparten agua de panela con limón á mediodía. Como mi hijo estaba enfermo, no pudo levantarse á tomarla á la hora en que se sirvió para todos. Pero tenía sed, y esto me movió á ir á pedir de tal agua al primer sirviente que encontré.

—Necesito, le dije, para mi hijo, un poco de agua con limón.

—Branco, va y písdala ar depensero.

—Necesito (al despensero) un poco de agua con limón.

—¡ Juancho! Este branco pide limonáa. Va, branco, pídala á Juancho.

—Necesito (á Juancho) un poco de agua de limón.

—Hole Lucas ! Este branco no ha bebío limonáa.

—Se la habrá jartao el *cucho*. ¡ Cucho !

—Limonáa !

—Onde querés que yo saque limonáa. La limonáa se acabó.

—Pide limonáa á Mister Eduardo.

—Anda tú que estás ahí plantao.

—¿ E tú por qué no lo hace ?

—No me ra la gana.

Fuí á verme con Mister Eduardo, el despensero, que era un mulato de Curazao que hablaba todos los idiomas y no entendía ninguno.

—Me dicen que es usted quien debe dar los limones para hacer un poco de agua.

—Yo he rao esta mañana bastantes. Jilrao! ¿ tú no le diste los limones al Juras ?

—Eh, toítos.

—Los mesmos cuatro limones que se gastaron ; pero Curruco fué quien hizo la bebira, él debe de sabés. ¡ Curruco !

—¿ Quién me quiere ?

—¿ Tú no tienes limones ?

—Quien hizo la agua fué *el coima*. ¡ Coima !

—Valiente estarme llamando.

—Es que este branco quiere limonáa y tú rebes tener limones.

—Guá ! Anda y recógelos junto á la rueda.

—Yo tengo que limpiar las mesas.

Fuimos con el Coima, después de una hora de discusiones, á buscarlos, y encontrámos un cerro de limones, que se estaban pudriendo.

¿ Cómo encontrar panela ? Fácilmente. Le dí dos reales al Coima, y en el acto me la proporcionó.

El hastío de la navegación lo matábamos con sabrosas conversaciones, y era de noche principalmente cuando, reunidos en la proa para tomar el fresco, oíamos con el mayor placer á Camacho Roldán relatar versos, dar datos estadísticos ó contar anécdotas.

Siempre he admirado y envidiado esa memoria, que podría llamar *à propos*, que tienen algunos hombres, la que les permite recordar en el momento preciso lo que saben y exponerlo con facilidad.

El hombre más notable que Colombia ha producido, es, sin duda, el señor José María del Castillo y Rada, según he podido juzgar por sus Memorias como Secretario de Hacienda en tiempo de la antigua Colombia; y como hombre instruído y feliz para relatar, no tuvo igual, en concepto de sus contemporáneos. Las exageradas tradiciones que aun se conservan, lo patentizan.

Mi madre me contaba que en las tertulias familiares que en su casa se daban, Castillo dejaba algunas veces su estudio, en donde quedaban Santander, el Obispo Sotomayor, el doctor Restrepo y cien personajes más, y pasaba á la sala á conversar con las señoras; y que en estas conversaciones le oyó describir con admirable encanto todo lo que se refería á las modas desde el tiempo de Luis XIV hasta el de la Emperatriz Josefina.

Como él tenía por admiradores á todos los que le escuchaban, y á oírlo iban muchos amigos á la tienda del señor Peñarredonda, situada en la

Calle Real de Bogotá, el señor Florentino González, que no lo quería, dijo una vez :—El doctor Castillo estudia por la noche lo que ha de relatarnos al día siguiente,—lo cual dolió á sus amigos.

A poco rato llegó, como de costumbre, el señor Castillo, y estando en lo mejor de la conversación, entró un muchacho gritando : ¡ Maní agarrapiñado !

Tomaron algunos cucuruchos, y se los ofrecieron unos á otros.

Entonces el señor Castillo manifestó lo conveniente que sería para el país el cultivo de esa planta ; y á propósito de esto refirió su origen, en dónde la hallaron los europeos, la manera de cultivarla, usos á que podía aplicarse, comercio que de ella se haría y valor del maní en el mercado.

Todos miraban al señor González, quien no pudo contener su despecho.

Al discutirse en el Congreso la aprobación del contrato sobre arrendamiento de las minas de Santana, un diputado dijo que esas minas eran más ricas que las de Méjico y que habían sido mal arrendadas. Entonces el señor Castillo, con admiración general, nombró cada una de las minas de plata de Méjico, señaló su situación y fijó la cantidad que cada una producía y los costos de elaboración.

Es fama que Bolívar y Santander, siempre que necesitaban conocer alguna ley, saber una fecha histórica ó definir un punto de derecho, llamaban al señor Castillo, como depositario de toda la ciencia en el país, y que jamás dudaron de su certidumbre.

Como será grato á los lectores conocer la historia de este grande hombre, creo oportuno insertarla aquí.

José María del Castillo Rada nació en la poética ciudad de Cartagena de Indias, la de las grandes murallas y recuerdos heroicos, el 20 de Diciembre de 1776, de una familia de patricios ; se educó al lado de su hermano Manuel, y fueron ambos impulsados por un destino común. Tocóle al General Manuel del Castillo Rada recorrer en pocos años el camino de la gloria; pelear por la independencia de su patria; mandar la defensa de la plaza en el espantoso sitio de Cartagena del año de 1816; caer entre las ruinas y escombros de la hambrienta y desolada ciudad, y morir en el cadalso para santificar su causa y dejar un grande ejemplo á la posteridad; y al hermano, José María del Castillo Rada, ejercer, por su sabiduría y su virtud, una grande influencia en la fundación y desarrollo de la nueva República.

De Cartagena vino aún muy joven Castillo Rada á Bogotá, y entró á estudiar, como todos los nobles de aquel tiempo, en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario. El genio lo guió, la ciencia le descubrió sus misterios,

la sabiduría lo colmó de tesoros; y el que entró allí niño é ignorante, salió sabio profundo, jurisconsulto eminente é ilustrado maestro.

¡ Inexplicable prodigio de la suerte ! El Colegio de Nuestra Señora del Rosario, que fué la cuna de su grandeza, fué más tarde la cárcel estrecha de sus sufrimientos, la tribuna de sus enseñanzas, el templo de sus adoraciones y la tumba que guarda hoy sus cenizas.

Tenía veinticinco años de edad Castillo Rada, era abogado de los tribunales del Reino, y ocupaba una alta posición social, cuando eligió por esposa á la señorita Teresa Rivas Arce, mujer de suprema belleza, según las tradiciones, y de tan grandes virtudes y alto mérito, que supo hacerse digna compañera en todas las vicisitudes de su varia existencia. Ella le siguió con valor y energía en las empresas patrióticas contra los españoles; le salvó la vida cuando cayó en poder de los pacificadores; hizo de la casa del Presidente del Consejo de Ministros el centro de reunión de todos los hombres notables del país, y llegó á merecer el que el Congreso del Perú enviase *á la distinguida patriota colombiana, Teresa Rivas del Castillo, un diploma de honor y una medalla de oro.*

En esa conspiración sorda y misteriosa contra España, que principió en América, como oculto incendio nacido de una chispa perdida de la inmensa hoguera que ardía en Francia, en esa conspiración que encabezó Nariño en Bogotá y en la que entraron todos los jóvenes que tenían ciencia, corazón y honor, tomó parte también Castillo Rada, exponiendo así, por un ideal generoso, vida, esposa, familia y porvenir.

Pasado el 20 de Julio de 1810, día glorioso para Colombia, encontráronse los patriotas libres y dueños de sus propios destinos,—suprema aspiración de sus esfuerzos y fin de sus arriesgados trabajos ; pero se hallaron como hombres cargados de riquezas y perdidos en el desierto. Dios, que no guía ya á los pueblos como guió á los Israelitas, con una columna de fuego, levanta, en las épocas difíciles para la humanidad, hombres eminentes que, por sus virtudes y su genio, adquieren prestigio bastante para guiarlos en su trabajosa peregrinación ; y Castillo Rada fué en aquella época uno de esos hombres portentosos.

Como escritor, difundió en *El Argos* luminosas ideas sobre legislación, ciencia constitucional y economía política ; como orador, mantuvo las asambleas pendientes de su palabra, inspirada siempre en favor de la razón y del derecho ; y como político ayudó á sacar de la nada gobiernos regulares, que pudieron figurar dignamente ante el mundo civilizado, el cual por primera vez volvió entonces sus miradas hacia la América española.

En aquel tiempo fué miembro del Colegio constituyente de Bogotá,

génesis prodigioso de las Repúblicas del Nuevo Mundo ; hizo parte del Congreso federal reunido en la Villa de Leiva el 4 de Octubre de 1814,— areópago donde sólo resonaron los ecos de la sabiduría y de la justicia ; ejerció las funciones de Gobernador de la provincia de Tunja, manifestando habilidad, energía y valor ; y, en fin, formó, con Frutos Gutiérrez y José Fernández Madrid, ese triunvirato desgraciado á cuyo amparo se acogió la República.

Breve fué esa época gloriosa llamada por la Historia la *Patria boba*, y por nosotros la *Éra de los Inmortales*, y en la cual se vieron lucir las virtudes de Camilo, la elocuencia de Demóstenes y el valor de Milcíades. Sueños áticos, patria libre, república naciente, todo sucumbió en 1816 ante el poder de Morillo y del *ejército pacificador*, enviados por España á reconquistar estas regiones.

Durante el tiempo del terror, Castillo Rada huyó de Bogotá, pero inútilmente ; fué aprehendido por los españoles, sometido á juicio como insurgente y encerrado, con muchos de sus compañeros que de allí salieron para el cadalso, en el edificio del Colegio del Rosario, convertido en cárcel por Morillo y Sámano. Su salvación fué un capricho del destino, que en esos días jugaba con la vida y con la muerte de los hombres egregios de la revolución, un milagro del amor, ó un prodigio alcanzado por la virtud y el mérito.

Castillo Rada, como Lamartine, ejercía un prestigio mágico sobre el bello sexo, por el encanto de su palabra dulce, por sus exquisitos modales y por la fama de virtud y de saber de que gozaba ; y cuando las damas de Santafé supieron que estaba preso y condenado en primera instancia á muerte, se extremecieron de horror, y todas, realistas y patriotas, se propusieron ayudar con sus lágrimas, con sus ruegos ó con su influencia á la amante esposa, que intentaba salvarlo del patíbulo. Sorprendido Tolrá, fiscal de la causa, del vivo interés que las señoras de Santafé mostraban por el prisionero ; oyendo hablar siempre de él con elogios ; conquistado quizás por alguna belleza, ó movido por la curiosidad, quiso conocer á Castillo, y fué á la prisión, donde, después de una larga conferencia, hubo este diálogo, cuya autenticidad afirmaba el señor Mariano Escobar y Rivas, también patriota y prócer :

—Bien, decía Tolrá, ¿ quiere usted salvarse ?

—¡ Cómo nó !

—Dígame usted, pues, quiénes son sus cómplices.

—El género humano, señor, que busca la libertad y conspira contra el despotismo.

—Pídale usted perdón al Gobierno, y ofrézcale que en adelante, como todo hombre honrado, será usted partidario del rey.

—No sé mentir, señor.

—Niegue usted, al menos, que ha tomado parte en la revolución.

—No puedo sacrificar á la vida mi honor y el honor de todos mis compañeros.

—Entonces, prepárese usted para morir.

¿ Qué pasó entre estos dos hombres de profundas y diversas convicciones, árbitro el uno de la vida ó de la muerte del otro, y sin más defensa en Castillo que su ciencia y su virtud ? ¡ Misterio !

Castillo Rada fué condenado á presidio perpetuo.

Abierta la puerta de oro de la Independencia por la batalla de Boyacá, dada el 7 de Agosto de 1819; derrumbado el poder de los Virreyes, que huyeron espantados; reunidas por primera vez la Nueva Granada y Venezuela para formar una sola y gloriosa nacionalidad; congregados los representantes del pueblo, que venían unos de las orillas del Neverí, y otros desde el extremo Carchi ; instalado el memorable Congreso de Cúcuta el 12 de Julio de 1821, Asamblea de veintisiete republicanos animados por el patriotismo, inspirados por la ciencia y presididos por la virtud, se le asignó á Castillo Rada el puesto de Vicepresidente interino de la nueva nacionalidad.

Como tal, encargado del poder ejecutivo, tocóle firmar, mandar ejecutar y anunciar al mundo la *Ley fundamental de la República de Colombia.*

Obra fué ésta que pasmó de admiración á los hombres, y con justo motivo. Era la proclamación de la alianza invencible de dos pueblos para su defensa; era el lenguaje de la sabiduría hablado por los indios de América; eran las reglas de Solón para salvar la democracia, dictadas por los siervos rebeldes; era el desafío que la Francia hizo á todos los reyes de la tierra, hecho también por los colonos al Rey de España é Indias; y ella, en fin, contenía este artículo, que la elevaba al cielo:

« La Nación colombiana es para siempre irrevocablemente libre é independiente de la monarquía española y de toda otra potencia ó dominación extranjera. Y no es, ni será nunca, el patrimonio de ninguna familia ó persona.»

Tocóle también á Castillo Rada el honor de sancionar y poner en vigor la *Ley sobre libertad de los negros y abolición del tráfico de esclavos,* noble doctrina de José Félix Restrepo; generosa inspiración de Bolívar; audaz determinación del Dictador Corral, y Evangelio sublime del Nuevo Mundo,

que fué de pueblo en pueblo, de nación en nación, por todo el Continente, redimiendo infelices y ahorrando lágrimas, y que, al cabo de cincuenta años de escrita, dió libertad á cuatro millones de seres humanos que eran esclavos en la Unión Norte-americana.

¿Qué gloria ha habido en el mundo igual á la de los fundadores de Colombia?

Como si aquellos hombres hubiesen tenido la conciencia divina de los dioses, de dar inmortalidad á sus obras, dictaron también las leyes que Castillo Rada sancionó, de *Honores á los vencedores de Carabobo, y memoria de los muertos por la patria.* Estas leyes son, como las inscripciones de las Termópilas, imborrables; y todas las edades ratifican sus fallos.

La primera dice:

SIMÓN BOLÍVAR,

VENCEDOR EN CARABOBO, ASEGURÓ LA EXISTENCIA DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA.

La segunda declara:

Todos los colombianos muertos en el campo del honor y de la gloria, defendiendo la independencia de su patria, son beneméritos de ella en grado eminente, y su memoria debe conservarse en los anales de la República.

Los que por sus servicios y su opinión perecieron en los patíbulos, condenados en odio de la virtud y con el designio de afirmar la tiranía, son mártires ilustres de la libertad de la patria, y su memoria debe transmitirse á la posteridad.

Nombrado Presidente de la República el Libertador Simón Bolívar, y Vicepresidente el General Francisco de Paula Santander, quien se encargó del Poder Ejecutivo y trasladó el Gobierno á Bogotá, ciudad designada como capital, constituyó aquél su ministerio así: Pedro Gual, Ministro de Relaciones Exteriores; José Manuel Restrepo, Interior; Pedro Briceño Méndez, Guerra y Marina, y José María del Castillo Rada, Hacienda.

Entonces Castillo, inteligente como Colbert, ilustrado é infatigable en el trabajo, apasionadamente consagrado á poner orden en las finanzas, al bien público y á la grandeza de su país, llevando al servicio del Estado miras superiores á su época, dió recursos para la guerra, fundó la Hacienda nacional y echó las bases de la prosperidad de la República en el porvenir.

La *Historia Económica y fiscal del país*, obra eminente del señor Aníbal Galindo, dice:

« Pasando ahora de las leyes á las ideas, nadie que estudie la historia

de aquella época (1821 á 1830) hallará exagerado decir que el señor Castillo, solo, la llena en el orden económico con sus avanzados principios, su erudición, su probidad y su talento. Es verdaderamente admirable ver que á un hombre educado en las escuelas de la Colonia le fueran familiares, y en grado de lucidez que es hoy mismo superior al nivel común, los principios más profundos de la ciencia de la economía.»

Diez mil hombres mandó levantar el Congreso de Cúcuta para acabar la guerra que, «continuándose más, decía la ley, asolaría el país, por lo cual era preciso que todos los hijos de Colombia, defensores natos de la Patria, se armasen, requeridos por el Gobierno.» Era necesario continuar la guerra en Venezuela, enviar tropas á la Costa, dominada por los realistas, y al Sur, invadido por los enemigos; y Colombia no tenía tesoro: las rentas públicas, producto de las absurdas contribuciones de la Colonia, habían sido destruídas por los Congresos ó aniquiladas por la revolución; la Nación estaba arruinada, el pueblo miserable, y sólo se veían por todas partes escombros y desolación. Pues bien, Castillo Rada, como Carnot en Francia, sacó tesoros inagotables y dió recursos para que Bolívar, Páez, Urdaneta y los demás libertadores concluyeran su grande obra en Venezuela; para que Montilla, Narváez y Sardá pacificaran la Costa, y para que Sucre fuese á libertar al Ecuador y á poner la bandera tricolor sobre la nevada cima del Pichincha.

Al mismo tiempo organizaba la Hacienda, recaudaba las contribuciones, ponía orden en las rentas y fundaba el crédito nacional, sobre el cual se levantó el empréstito de treinta millones, empréstito que sirvió para consolidar la Independencia, para pagar la deuda sagrada de los batalladores en diez años de campaña, y para enviar al Libertador y al grande Ejército á triunfar en Junín y Ayacucho, á libertar al Perú, á fundar á Bolivia y á emancipar para siempre la América.

Castillo Rada recibió, manejó y distribuyó la parte de este empréstito que llegó á Colombia; y en una democracia celosa y suspicaz como la de entonces, teniendo, como patricio, émulos y rivales, y habiendo partidos llenos de rabia y de rencor, jamás se levantó una voz para acusarlo: las sospechas no le dañaron siquiera, como á la esposa de César; y puro y pobre descendió á la tumba, no dejando á su familia más que su memoria inmaculada.

Como Ministro de Hacienda propuso al Congreso tres medidas que le enajenaron todas las voluntades y le hicieron caer en una grande impopularidad:

La creación de una contribución directa;

La abolición de los diezmos; y

La desamortización de los bienes eclesiásticos.

Los gigantes que nos dieron independencia y libertad encontraron después pequeña para su ambición la América. A las fiestas de la Patria libre sucediéronse los rencores y las revoluciones: la conspiración del 25 de Septiembre contra el Libertador se inscribió entre las páginas luctuosas de nuestra Historia, y el General Santander fué condenado á muerte.

El Libertador, retirado á su quinta, profundamente herido de la ingratitud de los hombres, sólo oía á su alrededor decir que Santander era Catilina, y que su muerte era necesaria á la salud de la Patria, cuando entró á su habitación Castillo Rada, y fué interrogado por el Libertador con una mirada de profunda ansiedad.

Castillo, como adivinase el pensamiento del Héroe, dijo á éste:—César, perdonando á Cinna, fué alabado por su clemencia, hizo de sus enemigos generosos aliados, tranquilizó á Roma y conquistó un nuevo título á la inmortalidad.

La pena de muerte fué conmutada al General Santander por el mismo Bolívar.

Disuelta la Convención de Ocaña y asumido el supremo poder por el Libertador, partió éste para el Sur el 28 de Diciembre de 1828, dejando encargado del Gobierno de la República al Consejo de Estado, compuesto de los señores José María del Castillo, que lo presidía, José Manuel Restrepo, General Rafael Urdaneta, Estanislao Vergara, Nicolás María Tanco, doctor Fernando Caicedo (Arzobispo de Bogotá), José Rafael Revenga, Francisco Cuevas, Joaquín Mosquera, Jerónimo Torres, Félix Valdivieso y Martín Santiago de Icaza ; gobierno que se había hecho la más pesada carga impuesta á hombros humanos ; pues había guerra con el Perú, de la que era preciso vencer ; la ambición impulsaba á los caudillos de la Independencia, y todos querían mandar la República ó dividírsela como se dividieron el Imperio los Generales de Alejandro ; los odios y los rencores ardían profundamente ; la anarquía se veía por todas partes, y nadie creía ya en los grandes destinos de la República.

En la sesión del 3 de Diciembre de 1829 el Consejo de Ministros acordó que el Ministro de Relaciones Exteriores entrara en negociaciones con los representantes de Inglaterra y Francia, y les manifestase la necesidad que tenía Colombia de cambiar de forma de gobierno, estableciendo una monarquía : que el Libertador gobernaría con tal título durante su vida, y que después se llamaría como Rey á un miembro de las familias dinásticas de Europa.

Mecio Curcio se arrojó inútilmente en un abismo por la salvación de su

patria, creyendo la voz de los oráculos. ¡ Qué de extraño tiene que el Consejo de Estado de Colombia se arrojara también en un abismo por miedo á la anarquía y por amor á su Patria !

El Libertador, en el oficio de contestación al en que se le comunicó esta resolución, improbándola, dijo al Consejo por medio de su Secretario general :

« S. E., sin embargo, no deja de conocer, al mismo tiempo, y de admirar, cuán grande ha sido el esfuerzo patriótico y el heroico valor con que el Consejo ha acometido, por el bien de la República, una empresa tan arriesgada, y se ha empeñado en la negociación más peligrosa que pueda ocurrir en los anales de un gobierno. Por lo mismo me ordena S. E. dar las gracias al Consejo de Ministros por este sacrificio, que si no obtiene un fin satisfactorio, puede ser la causa de los más crueles compromisos para los miembros que lo componen.»

Dividida para siempre Colombia, muerto el Libertador de amargura y de dolor, constituído el Gobierno regular y legítimo de la Nueva Granada, Castillo Rada abandonó la vida pública y se dedicó á una tarea que debía conquistarle más legítima inmortalidad.

Levantó su cátedra de enseñanza en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario; y á la manera que Platón, bajo los olivos y plátanos de la Academia, revelaba á los griegos la ciencia divina de la filosofía, Castillo Rada derramaba los tesoros de una ciencia sublime entre sus apasionados discípulos, que absortos le escuchaban y que recogían cada una de sus palabras y la guardaban en la memoria, como se guarda siempre una prenda preciosa recibida por herencia.

Con sesos de león eran alimentados en la antigüedad los hijos de los reyes y de los héroes, y el sabio Castillo alimentaba los hijos de la República con el ejemplo de los grandes hombres, y fortificaba su alma con las lecciones de la más severa virtud, porque ella debe ser la vida de la democracia.

A los jóvenes de aquella época, en que el imperio de los libros no existía, cuando la luz de Europa sólo arrojaba pálidos resplandores sobre esta apartada tierra, cuando la prensa, pobre é incipiente, apenas podía satisfacer á las necesidades de la política del momento, y cuando la ciencia tenía aún cerrado su templo ¡ cuán sublime debía parecerles ese maestro que en las fuentes sagradas del derecho bautizaba su espíritu, el cual salía de allí santificado por el recuerdo del culto que á la Justicia tributaron Grecia y Roma ! Cuán portentoso ese hombre que les enseñaba á resolver los grandes problemas políticos y sociales de su siglo con sólo una palabra: Libertad ! Cuán sabio ese guía que los iniciaba en los misterios

de esa ciencia nueva que mide la riqueza y el poder de los imperios, que derrumba las viejas murallas que separaban á los pueblos, que funda la riqueza de las naciones y levanta la prosperidad universal ; y cuán amable ese apóstol que guiaba sus corazones al bien, les predicaba la bondad y les hacía adorar la virtud !

La muerte interrumpió su palabra ; pero el último eco ha llegado hasta nosotros, y debemos transmitirlo á la posteridad.

Castillo Rada murió el día 5 de Junio de 1833, estando de Rector del Colegio de Nuestra Señora del Rosario ; y los alumnos de este instituto resolvieron, como un tributo de amor y un homenaje á su memoria, hacerle funerales suntuosos.

Su muerte fué un duelo general para la Patria.

El ciudadano José Ignacio París, hermano del General, gran repúblico, generoso patriota y corazón romano, al mismo tiempo que erigía una estatua de bronce al Libertador, levantaba un soberbio sepulcro de mármol á Castillo Rada en la Capilla del Colegio de Nuestra Señora del Rosario, donde hoy reposan sus cenizas.

Volvamos al vapor.

Si en la generación á que perteneció Castillo Rada no hubo quien tuviera, como él, esa facilidad de relación y esa memoria feliz que á todos fascinaba, en la generación á que pertenezco, ninguno posee esas cualidades como Salvador Camacho Roldán, á quien se escucha siempre con agrado.

Una noche, ya tarde, se habló de hechos sobrenaturales, inexplicables por lo menos, y de *espantos*, y Camacho, con maravillosa facilidad, relató los que constan de la historia, los que á él le habían referido, y últimamente, los que á él y á otros amigos les habían pasado.

Las imaginaciones se hallaban exaltadas, todos estaban pendientes de sus labios ; las señoras instintivamente se estrechaban unas contra otras, y los niños, con los ojos extremadamente abiertos, creían ver salir ya los fantasmas blancos de entre la montaña.

Por término de la conversación contó, con los más sombríos colores, el espanto que él, el señor Pradilla y yo habíamos tenido en la «Imprenta de la Nación.» Como él me interrogara y mis hijos estuvieran allí, yo no pude menos de tomar la palabra para decir que lo que él había creído un espanto no había sido sino el efecto de nuestra juvenil exaltación; que jamás había hechos maravillosos, sino alucinaciones del espíritu, fenómenos físicos que no se estudiaban bien, ó enfermedades morales que podían curarse. Mi discurso fué como agua fría que cayera sobre todos,

y principalmente sobre las mujeres, que estaban temblando y gozaban en temblar, y que lamentaron que yo las sacase de su alucinación. Sin embargo, yo creí cumplir con mi deber y decir la verdad. Así me ha pasado siempre en el mundo; cuando he hablado la verdad, he producido desencanto.

El boga del Magdalena es el *llanero del agua*: rústico, salvaje, valiente, deslenguado, ignorante, espiritual, vicioso, honrado y lleno de originalidad y de gracia. El tipo va desapareciendo, si no ha concluído ya, con la sustitución de los champanes por los vapores; muchos de los bogas han pasado á ser peones, con lo cual han perdido su antigua independencia, y por supuesto su carácter.

La patria de los bogas; el oasis de dicha y de ventura; la Palmira en medio del desierto y en donde para ellos existía cuanto la imaginación puede soñar y el corazón desear; la linda y poética ciudad de Mompox también se acaba ya.

Situada la ciudad en una hermosa ribera del río, casi en la mitad de la distancia entre la Costa y Honda, era la escala del comercio, el lugar obligado de una larga estación, el astillero de todos los champanes y bongos que navegaban en el Magdalena, y había reunido bastante riqueza, acumulado una gran civilización y tenía una sociedad alegre y esmerada.

Cuando el comercio de Honda cayó, Mompox fué por mucho tiempo un importante centro de tráfico, principalmente para las provincias de Antioquia y Mariquita, y hubo en aquella ciudad muchas casas de comercio y de consignación y empresarios de champanes. La principal era la del señor José María Pino, cuyo nombre lleva hoy un vapor del Magdalena en justo recuerdo de aquel ciudadano industrioso, que en la época de decadencia comercial de la Nueva Granada fué uno de los hombres más laboriosos y más activos del país.

Colombia es fecunda en políticos que, eternamente en agitación, se forjan la ilusión de dejar monumentos suntuosos que recuerden su nombre, y al morir, los castillos que habían levantado en el aire se derrumban, y con ellos la fama del fundador: también lo es en bravos Generales, cuyos nombres publica la trompa de la fama por todos los ámbitos de la República; pero á su muerte el silencio encubre aquellos nombres, que nadie vuelve á recordar; y en sabios que, efímeros, pasan la vida en eternas disputas gramaticales ó en la fundación de escuelas filosóficas y religiosas, como los sabios bizantinos explicando misterios, pero que se van á la tumba llevándose los tesoros de su sabiduría.

¡Mas, cuán pocos hombres industriosos produce! Por muchos años pudo asegurarse que los señores Lorenzana y Mejía, en Antioquia; el

señor Francisco Montoya, en Ambalema; el señor Santos Agudelo, en Honda; el señor José María Pino, en Mompox, y el señor Abello, en Santa Marta, representaban toda la actividad industrial de la República.

El señor Pino, en cuya casa me alojé cuando en 1854 fuí á la Costa en comisión oficial ante el General Mosquera, era en aquella época un anciano bondadoso, lleno de amabilidad, hospitalario y generoso, que tenía grande influencia en Mompox; y esa casa, en la cual reinaba su esposa, la señora María Josefa Colorete, era el centro de la buena sociedad y la residencia agradable de todos los que subían ó bajaban el Magdalena.

Mompox fué también la patria adoptiva del gran Pinillos, hombre de riquezas fabulosas que apenas alcanzó á emplear en las necesidades de su generosidad, y que fundó y dotó el Colegio Pinillos, que tantos servicios ha prestado á la causa de la civilización en Colombia.

El prócer de la Independencia, el venerable señor Francisco Martínez Troncoso, también fué de Mompox.

Una breve historia:

Cuando estábamos en Nueva York, en 1853, mi hermano Rafael y yo, se hallaba allí un don Ignacio, de Mompox, y tan mal trazado andaba siempre (con levita de mahón amarillo, calzón blanco y sombrero de jipijapa, en el invierno), que los paisanos se reunieron y le hicieron una demostración á fin de que se vistiese bien.

—¿ Para qué ? les contestó el anciano. Aquí nadie me conoce. Aquí nadie sabe quién es Ignacio.

Vínose él adelante, y cuando llegámos á Mompox, el primero que fué á visitarnos fué don Ignacio, con la misma levita, los mismos pantalones y el mismo sombrero que usaba en Nueva York.

—¿ Qué es esto ? le dijimos nosotros. Lo creíamos á usted ya en otro vestido.

—¿ Para qué ? nos contestó. Aquí todo el mundo me conoce y todo el mundo sabe quién es Ignacio.

La *albarrada* de Mompox antes estaba llena de vida, de ruido y de animación. Más de quinientos carpinteros, bajo enramadas de palma ó á la orilla del río, trabajaban en la construcción de los champanes. Centenares de bogas, unos medio ebrios, otros cantando alegres; despidiéndose éstos de sus familias, aquéllos viniendo de un largo viaje; aquí descolgando una canoa, más allá embarcando tabaco, pero todos hablando á un tiempo, jurando, renegando, insultándose, hacían un ruido espantoso.

En la misma *albarrada* se levantaban los gritos de las negritas, quienes, con una batea ó un canasto en la cabeza y haciendo equilibrio, las

manos puestas en la cintura, un vestido alegre, un chal transparente en los hombros y arrastrando á compás unas chancletas sueltas, ofrecían toda especie de comestibles.

Mompó, la tierra de Dió, decían los bogas ; pero hoy su albarrada está desierta, sus calles solitarias, el comercio abandonó la ciudad y sólo se ven casas deshabitadas y almacenes vacíos.

Dos causas han producido esta triste ruina.

Primera : el río ha tomado otro rumbo, enviando la mayor parte del agua por el Brazo de Loba, y ya todos los vapores se van por Magangué; y

Segunda : el comercio no necesita de esa escala, ni de buques ni de champanes.

Mompox tiene gratos recuerdos históricos de la época de la Independencia. El General Bolívar dijo después de los desastres de Venezuela, cuando vino á la Nueva Granada en 1812:—«Si á Caracas le debo la vida, á Mompox le debo la gloria» ; y la apellidó la *Ciudad Redentora*, título que ella conserva con orgullo. Estas consideraciones la hacen digna de que el Congreso vote una cantidad para que pueda abrir el caño que lleve allí otra vez la vida.

Nada más hermoso, nada más pintoresco ni más risueño que la *Ladera de Margarita*, que está arriba de Mompox. Una gran población se ve diseminada en una extensa y cultivada vuelta del río ; alamedas sin fin, de naranjos y de limoneros ; las casitas debajo de palmas de coco, y la sementera á uno y otro lado ; en la orilla del río, las mujeres lavando la ropa y cantando melancólicas canciones; los niños jugueteando en la playa y los hombres pescando con su atarraya en canoas.

Los bogas que suben el río conduciendo un champán, van jadeantes; colocan contra el pecho uno de los extremos de una horqueta y el otro contra la tierra de la orilla, y al empuje que dan todos á un tiempo y al compás de un canto ó grito salvaje, el champán ó bongo se desliza sobre el agua y vence la corriente. La labor es terrible, es trabajo de bestias; todos tienen una llaga ó un callo en el pecho, y se dice que todos mueren jóvenes por consecuencia de la fatiga y de los vicios á que se entregan.

Cuando un champán baja el río, va por la mitad, impulsado por la corriente, y los bogas que lo manejan se mofan de los que suben contra la corriente y que están fatigados y rendidos. Éstos, á su turno, hacen lo mismo. Esta es *the old, old story* de la humanidad.

Los bogas son excesivamente supersticiosos: creen en brujas y duendes, en el *Mohán*, que es una divinidad perversa que habita el río y que hace naufragar las embarcaciones, y en el *familiar*, que es un *demonio familiar*

(un *muñeco* de balso) que se puede comprar por siete pesos en cuartillos y que le ayuda al hombre en todas sus empresas.

El señor Santos Agudelo era empresario de champanes en el Magdalena é hizo una gran fortuna, porque los bogas decían que tenía un familiar que le revelaba todo, y contra el cual ellos no podían luchar; por eso eran sumisos y cumplidos.

Un día se esparció el rumor de que el *familiar* se le había huído á don Santos: todos los bogas quisieron probar si era cierto ó nó, y empezaron á ser pícaros, y los negocios siguieron tan mal, que murió arruinado.

Un boga nos contaba que Tomasón (valiente negro inglés, caudillo en la revolución de 1840) tenía familiar, y que las balas caían aplastadas al tocarlo, y los machetazos no le dejaban más que una línea blanca en el cuerpo, como hecha con tierra blanca.

A pesar de su *familiar*, el infeliz negro cayó prisionero, y los vencedores lo condenaron á muerte. El día de la ejecución todo el mundo asistió á verlo morir: á la primera descarga el negro se paró del banquillo, y todos,—tropa, escolta y populacho,—corrieron espantados y dejaron la plaza desierta. Tomasón, sin embargo, había sido herido por tres balas, y pasado el terror, volvieron á arcabucearlo.

Oir referir cuentos maravillosos á un boga, es cosa de no cansar; y yo me entretuve mucho en el vapor oyendo á uno que iba de peón, referir que él había visto una burra que en la *albarrada* esperaba siempre á un su compadre, y que de repente se *transfiguraba* en una *branca hermosa* con flores y peinetón en la cabeza. Pero su compadre salió una noche á pasear y no volvió; el demonio *que se lo había llevao*. Sólo se halló el *calavere toa comio* de los animales en un remanso que el río hace más *abajito.*

Hablando de los bogas, fuíme derecho á Mompox, sin hacer mención de que llegámos y arribámos á Puerto Berrío, en donde se está principiando el ferrocarril del Estado de Antioquia, que debe ir hasta Medellín.

Grato, muy grato es para el alma hallar á los obreros del progreso en donde se creía encontrar una partida de soldados de la revolución. Con gran placer estrechámos la mano de aquellos hombres, verdaderos misioneros de la civilización, que, en aquella playa enfermiza, solos, aislados en medio de selvas inmensas, muchos enfermos ya, todos tostados por el sol, flacos y descoloridos, se ocupaban en derribar el monte, penetrar en la selva, allanar los inconvenientes y colocar los primeros rieles.

Quiera el destino de la Patria que el señor Francisco J. Cisneros lleve á cabo su gigantesca empresa y adquiera con ella riqueza y fama; y ojalá la fortuna dé á cada uno de los trabajadores con qué volver á su hogar y ofrecer á su esposa y sus hijos un dichoso porvenir.

A pesar de las revoluciones, el señor Cisneros no ha abandonado su obra, y ha construído más de dos leguas, por donde circulan los carros. Al partido liberal, triunfante hoy en Antioquia, toca emplear lo que ha quedado de la guerra, en llevar el ferrocarril á Medellín.

A recorrer la parte ya hecha fueron invitados el señor Camacho y otras personas. Como ni yo ni mis hijos lo fuimos, nos quedámos en el vapor. A fe que lo sentí. Yo quisiera ir al territorio antioqueño, querido para mí, por ser patria de mi madre, y saludarlo en nombre de mi amor, de la civilización y del progreso ; y que á mi entusiasta saludo contestara entre el bosque el silbido de la locomotora que ha de llevar allá la vida, el engrandecimiento y la libertad.

El vapor en que íbamos siguió varándose á cada instante, y yo, durante la navegación, iba meditando en el lento progreso del país y en los inconvenientes materiales y morales que tenemos que vencer para apresurarlo. Entre los primeros está la insalubridad de nuestras costas, que impide que allí se aclimate la población industriosa y la civilización, y que luégo se interne, como sucede en Chile y Buenos Aires ; después siguen la inmensa extensión de territorio con que á veces tropiezan las obras gigantescas, el desierto que existe entre la costa y el interior, que no se puede colmar, y la difusión de la población en todo el país, de manera que no hay obra que sea de provecho común ; y como cada Estado y cada ciudad necesita una obra de distinta naturaleza, resulta que no se pueden aunar los intereses y los esfuerzos para hacer algo en común.

Entre los segundos está la Federación, que si políticamente es un buen sistema, entre nosotros ha debilitado el patriotismo, reducido las aspiraciones, empequeñecido á los hombres, pervertido los caracteres con las luchas de círculo y matado el sentimiento de la grandeza en el país: los odios políticos, que hacen más amable la guerra y sus estragos que la paz y sus bienes; la debilidad y la corta duración de los gobiernos, que les impide hacer algo de provecho; y, entre los últimos, *la ciencia* de nuestros hombres notables, que todo lo saben, todo lo discuten, todo lo censuran y todo lo impiden.

El ferrocarril del Norte por Carare ó por Paturia (yo no discuto el punto) no tuvo más dificultad real y verdadera que los intereses políticos de los que fueron sus opositores, por orgullo herido en unos, por miras ambiciosas en otros, por rivalidades de Estado en éstos, por miseria y envidia en los más. Pero todos reunidos, todos se opusieron, y el ferrocarril no se hizo; pero se hizo la revolución de 1876. La historia tomará cuenta de este inmenso mal hecho al país.

La navegación en el Magdalena nunca cansa, porque el río, en sus infinitas vueltas, va presentando siempre el aspecto de lagos hermosísimos, que se suceden unos á otros, teniendo cada cual su belleza especial, y cambiando prodigiosamente según la luz los ilumina, alegre en la mañana, deslumbradora al mediodía y melancólica á la tarde.

Cuando llegámos á la *Boca del Carare*, mi corazón les dijo adiós á tantas ilusiones concebidas, á tantas esperanzas fundadas, de las cuales no quedará ni el recuerdo, pues se perderá entre el odio y los rencores de las revoluciones.

Hasta ese punto la navegación del río Magdalena es muy difícil por falta de agua, por la multitud de desparramaderos y playas que tiene y por los muchos troncos de árboles que se entierran en medio del río y aguardan como *torpedos* á los vapores. Sobre todo buques tan grandes como el *Simón Bolívar* suben y bajan por milagro, y á cada momento se tiene *el credo en la boca.*

El señor Leonardo Canal, que bajaba con nosotros, es hombre de gran capacidad y de variada instrucción. Atendidos su mérito y los servicios que á su partido ha prestado, éste no lo ha colocado á la altura que él merece. Pero lo raro es que el señor Canal, ardoroso revolucionario, no se preocupa con otra cosa que con la paz del país, y tiene elaborado un sistema por el cual los comisionados de uno y otro partido puedan entenderse siempre para arreglar pacífica y lealmente, por medio de una especie de congreso, todas las dificultades y reparar las injusticias que se cometan. El sistema es verdaderamente sabio, filantrópico, hermoso, y él aguarda que se presente la ocasión de ponerlo en planta. Esta es nuestra República. Aquí la guerra es una necesidad, un vicio, una pasión á la cual todos estamos sujetos.

El vapor se varó en el desparramadero de *La Estrella*, y como daba pocas esperanzas de flotar, el Capitán dispuso que el correo y los pasajeros trasbordasen al *Isabel*, que pasaba sano y salvo. El Capitán del *Isabel* objetó que su vapor llevaba los heridos del vapor *Werther*, cuya caldera había estallado hacía dos días, matando á varios é hiriendo á muchos. La noticia nos hizo erizar los cabellos.

Tuvimos informe de que el *Isabel* estaba infestado por los heridos, y resolvimos vivir y morir, si posible era, á bordo del vapor *Simón Bolívar*. Después de todo, allí se nos daba muy buen trato. El Capitán era comedido y atento, y el contador un cumplido caballero.

Hice la observación de que todos los Capitanes de vapor son ingleses ó saben hablar inglés, y que se hace mucho hincapié en esta circunstancia, pues siempre que entre ellos hablan lo hacen en ese idioma y no pierden ocasión de echar sus párrafos de inglés. ¿ Por qué y para qué ?

Al fin arrancó el vapor, adelantó al *Isabel*, y desde entonces se entabló

una especie de lucha entre los dos buques, apostando á cuál caminaba más para llegar primero á Barranquilla. Llegámos á *Barranca-Bermeja*, en donde sale el camino que el señor Lengerke, súbdito alemán establecido en Bucaramanga, hizo á su costa y con privilegio del Gobierno, desde Zapatoca y Piedecuesta hasta el Magdalena. Esta empresa, en la que empleó más de ciento cincuenta mil pesos, ha sido ruinosa, pues el tránsito es tan escaso, que no alcanza á dar en peajes con qué mantener siquiera el camino en buen estado. Dentro de poco tiempo estará perdido. ¡ Qué suerte la de Colombia !

Y no es sólo esta empresa la que se ha arruinado, mientras que la usura medra y hace ganancias fabulosas en Bogotá. El señor Roberto A. Joy, jefe de la empresa de vapores, acometió, en asocio del señor Temístocles Paredes, la de abrir el camino de *Paturia* que del Departamento de Soto salía al lago de Paturia. Después de una labor inmensurable, de haber descuajado las montañas, en cuyo trabajo murieron muchos devorados por las fiebres, habiendo empleado cuanto la ciencia da y la riqueza puede, el camino se abrió; pero la empresa fué ruinosa, y pronto, por falta de tránsito, se acabará el camino. El señor Joy, viendo su empresa arruinada y su capital perdido, ha sido el iniciador del pensamiento del ferrocarril de Paturia, que debe llevar á cabo la compañía que el señor Ross, ingeniero, acaba de formar en Londres. Tampoco se realizará este pensamiento.

En Barranca-Bermeja nos informó un joven alemán que allí reside, que el tránsito había cesado del todo, porque los indios del Opón habían salido al camino y asesinado á un viajero hacía quince días, con lo cual ningún otro osaba atravesarlo. No estamos autorizados para hablar en esta materia; pero no podemos menos de preguntar: ¿ qué se hicieron el celo y el fervor de los misioneros que conquistaron para la religión y redujeron en otro tiempo á las más bravas tribus de América ?

También acusamos á los políticos de infecundos para el bien, de fanáticos insensatos que se agitan y se apasionan defendiendo principios é ideas sin aplicación en un país que está desierto, despoblado y cubierto de selvas primitivas; donde hay todavía infinidad de tribus salvajes que poseen la mayor parte del territorio y atacan á los hombres civilizados ; donde la escasa población, difundida y dispersa, es impotente para vencer los obstáculos que la naturaleza presenta por todas partes á la civilización, y donde se ve á los hombres vencidos por el clima, por las fiebres y por los enemigos comunes á todos los hombres civilizados y á los salvajes.

En presencia de esas inmensas soledades, al imaginarse uno en ellas extraviado, perdido, solo, hambriento, despedazado por las espinas, amena-

zado por las culebras, sin guía, sin horizonte y viendo que la noche se acerca ¡ qué terror ! y al oír lejos un grito humano, una voz de hombre, ¡ qué alegría, qué felicidad ! «¡Hermano, hermano! gritaría. ¡Sálvame, salvémonos! Aquí, aquí. Ven pronto. ¡Desfallezco ! ¡Hermano, hermano !» Ésta es la condición de todos los que habitamos en Colombia. El desierto, la soledad, los peligros, la barbarie están á nuestro rededor ; y amándonos todos, deberíamos ayudarnos todos como hermanos.

Es necesario estar en el desierto, conocer el país, abandonar la ciudad y ver nuestra naturaleza primitiva y nuestra salvaje situación, para comprender que son insensatos los motivos de odio y de rencor que aquí nos dividen, y que todos debemos ser hermanos y trabajar en común por la verdadera civilización del país.

El dique que une el lago de Paturia al Magdalena es navegable aun por los más grandes vapores; y el lago, que es hermosísimo, en todo tiempo tiene fondo suficiente para la navegación. El ferrocarril, pues, que allí se construya, cuenta con la inmensa ventaja que la naturaleza le ofrece.

Llegámos al pueblo de *San Pablo,* límite entre los Estados de Antioquia y Bolívar y que no tiene en la actualidad ningún interés.

No sucede lo mismo con el *Puerto Nacional* de Ocaña, á donde llegámos esa misma tarde, y que es hoy un lugar feo, el punto más caliente del Magdalena y bastante insalubre, pero que habrá de ser muy importante en el porvenir, cuando el valle de Ocaña esté bien poblado y aumente el comercio de esa parte del Estado de Santander desde Ocaña hasta Salazar.

Voy á referir un rasgo característico del General Tomás C. de Mosquera, el hombre más audaz, más afortunado y el más entendido político que ha tenido la República, y cuyo nombre figuró durante medio siglo, ya como guerrero, estadista y diplomático, ora como legislador y Supremo Director de la Nación.

En 1854, habiendo estallado la revolución del General José M. Melo, Comandante general en la capital, los Generales Herrán y Mosquera se vinieron inmediatamente de Nueva York, su residencia, á salvar las instituciones y restablecer el poder civil; y al llegar á la Costa, el General Herrán siguió para el interior y el General Mosquera se quedó organizando fuerzas en Barranquilla, auxiliado por los Generales Posada, que estaba en Cartagena, y González, que también se había venido con tan noble propósito desde Guayaquil.

En Barranquilla lo primero que hizo el General Mosquera fué mandar montar unos cañones que estaban tirados en las calles y organizar una banda de música ; y sin tener nombramiento de nadie, titulóse « Coman-

dante general de las fuerzas de la Costa atlántica,» haciéndose guardar los fueros y tributar los honores de su rango; montar guardia con los cívicos que se organizaron y dar retreta en su palacio.

El General Posada logró con su influencia salvar un batallón veterano en Cartagena, entusiasmando á algunos de los jóvenes de aquella ciudad, y con estos elementos vino á ponerse á las órdenes del General Mosquera.

Esto constituía todo su ejército, cuando llegué á Barranquilla en comisión del Gobierno. Al día siguiente se me hizo volver con una comunicación dirigida al Coronel Collazos, que se había pronunciado en el Norte con un batallón en favor de Melo, y que estaba allegando mucha gente, titulándose « Jefe superior, civil y militar, de las provincias del Norte.» La comunicación, en cuanto alcanzan mis recuerdos, estaba concebida así:

República de la Nueva Granada—Comandancia general de las fuerzas de la Costa atlántica-Cuartel general en Barranquilla, á 18 de Julio de 1854.

Señor Coronel Agustín Collazos, &c. &c.

El Capitán Medardo Rivas, ayudante del Estado Mayor, pondrá en manos de usted esta comunicación, y va encargado por mí de una misión importante cerca de usted. Debe usted dar fe y crédito á todo lo que él le comunique de mi parte, y hacerle guardar los fueros y consideraciones de su encargo.

Usted pasará inmediatamente, con el batallón 5.º que está á su mando y con todas las demás fuerzas que en esas provincias pueda organizar, á incorporarse á la 1.ª División del Atlántico, que manda el General Vicente González, y que hoy mismo parte de aquí en el vapor *Nueva Granada* á situarse en Ocaña (era el batallón que el General Posada había sacado de Cartagena y que siguió conmigo).

Usted asumirá el mando de las fuerzas como General de Brigada, cuyo grado confiero á usted de orden del Gobierno, en premio de sus muchos servicios y de su lealtad al Gobierno legítimo.

El General Joaquín Posada Gutiérrez queda en la Costa con las Divisiones 2.ª y 3.ª, y yo marcho á Honda con la artillería para emprender, de acuerdo con el Gobierno, operaciones sobre el Norte.

La Patria, á quien tantos sacrificios hemos hecho, lo espera todo de sus leales servidores.—Soy &c. &c.—TOMÁS C. DE MOSQUERA

Esta comunicación no pudo ser entregada, pues antes de llegar yo á Piedecuesta, supe que el Coronel Collazos había sido batido y muerto por algunos jóvenes que, al mando de Rojas Pinzón, Rafael Niño y Cándido Rincón, se habían organizado; y el General Mosquera dió el parte de la victoria obtenida por la vanguardia de su ejército.

Bien: el General Mosquera, que llegó solo á la Costa, levantó un ejército de más de cinco mil hombres, perfectamente organizado, disciplinado, armado y vestido, que de triunfo en triunfo y de victoria en victoria, en la Ciénaga al mando del General Posada, en el Cornal, en Sátiva, en Petaquero &c., vino al fin á la gran batalla del 4 de Diciembre en Bogotá; en el cual ejército tuve el honor de figurar por haber levantado y mandado el batallón *Libres de García Rovira*, que se incorporó en Piedecuesta.

Esto se llama en la Historia, genio.

Volvamos al Puerto Nacional.

En 1854 arribó allí el vapor *Nueva Granada*, viniendo á su bordo un batallón de 400 plazas, el General González con su Estado Mayor y ayudantes, la Comisaría del ejército, todas las mujeres de los soldados, llamadas *voluntarias*, y algunos pasajeros para el interior.

La población del puerto no está á la orilla del río, sino distante de ella como un cuarto de hora, y para llegar allí es preciso caminar por tierra un trecho de montaña ó ir embarcado en una pequeña canoa y remontar un estrecho caño, que los pedestres atraviesan por un puente de débiles varas.

Entonces nos dividímos en dos grupos, yéndose en la canoa los hombres más pusilánimes y muchas mujeres, y emprendiendo nosotros el camino de tierra, por la orilla izquierda del caño. Al atravesar éste, la gente se apresuró, y cuando varias personas estaban sobre el puente, las varas se quebraron y todos fueron al agua, corriendo riesgo de ahogarse ó de ser devorados por los caimanes de que el caño estaba plagado, caimanes que tuvimos que ahuyentar á gritos y balazos los que estábamos en la orilla.

Restablecióse el puente con el servicio de los soldados, y empezó el desfile en orden y sin más accidente, cuando un grito unísono, espantoso, se dejó oír en la falúa que iba adelante. Una enorme serpiente, la más grande que he visto en el Magdalena, saliendo de la selva, pasó al bote por encima de todas las mujeres, y pugnando por encontrar salida por entre las tablas de la embarcación, andaba por ella de un lado á otro. La mayor parte de las gentes se tiraron al caño, y otras, estáticas, mudas, llenas de horror, se quedaron á bordo. La serpiente, sin causar daño alguno, se arrojó también al agua y pasó al otro lado.

Por la noche el cuartel parecía el infierno, los soldados tenían hambre y el terrible zancudo no dejaba dormir á nadie. Los hombres renegaban, las mujeres gritaban, y los niños que éstas llevaban en sus brazos, lloraban sin misericordia.

Nuestra casa quedaba al frente, y á media noche oí quejarse horriblemente á uno de los oficiales. Le pregunté qué tenía, y me dijo que un espantoso cólico. En el acto me levanté para llamar al médico, y al

encender luz vi que atravesaba la sala en donde estábamos un animal horrible, tan grande como un gallo, pero que andaba á saltos, que brillaba como el fuego y cuyos ojos me pareció que echaban chispas. Era un enorme sapo, que había entrado de la calle. El doctor Beltrán vino inmediatamente, y cuando entramos á la pieza, los gritos se oían en otro lado; nos dirigímos allí, y al frente gritaba otro: sálveme usted, sálveme, doctor! Me muero! me muero!

Cinco oficiales habían cenado un postre llamado *ariquipe*. Dos murieron esa noche y tres se salvaron y siguieron enfermos para Ocaña.

Esa noche y el puerto de Ocaña no se borrarán de mi memoria.

Ocaña, situada en un pintoresco y extenso valle, con un clima delicioso y aguas frescas, era una linda ciudad española, pero muerta y sin comercio, como Pamplona ó Tunja. Distinguíase por la belleza de sus mujeres y por el valor de sus guerreros, y porque en su sociedad había una mezcla indefinible de la libertad de costumbres de la Costa y de la cultura del interior, que la hacía muy amena. ¡ Pero qué pobreza ! ¡ Qué soledad la de sus calles !

Por los años de 1854 fué á temperar allí el señor Ramón Santodomingo: enamoróse del clima, radicóse allí, compró tierras y empezó á sembrar café. Le fué mal, creo que se arruinó y murió pobre; pero las haciendas empezaron á producir café y á hacer ricos á sus dueños. El ejemplo cundió. Todos empezaron á poner plantíos; la industria se desarrolló, el comercio tomó grande aliento y hoy Ocaña es una ciudad rica y floreciente.

Yendo de Ocaña para Pamplona, después de haber trasmontado la inmensa cordillera, se encuentra el pueblo de *Salazar de las Palmas*, pueblo que era miserable en extremo; pero vino un buen cura y empezó á imponer por penitencia á los que se confesaban, que en vez de rezar rosarios, sembraran matas de café. « Trabajad, hermanos míos, les decía en el púlpito: la ociosidad es la madre de todos los vicios, y muchos de los pecados que se cometen son debidos á la pobreza y á la ignorancia. Sembrad café. Sembrad café.»

Hé aquí que, como por encanto, la riqueza llama á todas las familias, las cuales se hacen industriosas y morales; los vicios se alejan, y el pueblo se convierte en una linda ciudad. Aquel sacerdote fué un hombre admirable.

En el Puerto Nacional el ganado no tiene casi cola, porque la pierde defendiéndose de los mosquitos; los huevos se empollan en siete días y *los niños no se crían* por causa del temperamento.

Allí se despidieron de nosotros los señores Camacho Roldán y Canal, dejando entre sus compañeros de viaje profunda tristeza y un recuerdo siempre grato.

CAPITULO IV.

Magangué : su *feria* — Una tempestad — Anécdotas curiosas — Dique de Cartagena — Barranquilla—Hotel *San Nicolás*—Ferrocarril.

TOMÁMOS nosotros el Brazo de Loba, que une el río Magdalena con el Cauca en la boca de Tacaloa, y llegámos a Magangué.

Sorpresa agradable recibe el viajero que, después de tantos días de atravesar por entre selvas, llega á esta población, donde hay casas de cal y canto y azoteas, muchos almacenes bien surtidos y una calle espaciosa y llena de gente animada y bien vestida.

Varios caballeros benévolos vinieron á saludarme al vapor y á ofrecerme sus servicios. Confieso la verdad: soy tan amante del trato con mis semejantes, que me encantó su hospitalaria acogida y me pareció tan bonito Magangué, que con mucho placer me hubiera quedado allí.

La prosperidad y engrandecimiento de Magangué se debió á la *gran feria* que allí había todos los años, para la cual los comerciantes de la Costa preparaban con anticipación mercancías extranjeras en abundancia y á propósito, los de Antioquia llevaban oro, Ambalema enviaba tabaco y los del interior mandaban ropas de batán y todos los artículos de exportación, y los artefactos que en la Costa tienen gran consumo.

La feria duraba sólo tres días, se hacían negocios de grande importancia cambiando unos efectos por otros, y se vendía con el plazo de un año. Reinaba la mayor animación, y la algazara de todos los que llegaban era inmensa ; pues poblaciones enteras se transportaban allí, y desde que

descargaban sus embarcaciones no había descanso en el tráfico. Había ocasiones en que se reunían treinta mil personas donde había alojamiento sólo para dos mil.

Esta feria ha desaparecido, porque los malvados iban también á ella y se aprovechaban del desorden y la inseguridad para incendiar y robar, y, más que todo, porque la mala fe en la calidad de los artículos que se vendían y la informalidad en el cumplimiento de los plazos produjeron grandes pérdidas á los comerciantes, quienes se han retraído, obligándose, para evitar la tentación, á no concurrir á la feria, bajo la pena de una gran multa.

Es en verdad de sentirse la destrucción de una feria que venía animando el comercio y las relaciones entre las diversas secciones del país, desde largos años atrás. En los países de civilización incipiente, las grandes ferias satisfacen una necesidad indispensable. En Oriente las hay, y á ellas concurren los comerciantes de regiones tan distantes, que muchas veces emplea una caravana seis meses en el tránsito, y se cambian en ellas los artículos que llegan de Abisinia por los que se llevan de Marruecos.

En Colombia, donde las poblaciones están tan separadas unas de otras; donde el carácter de sus habitantes, sus hábitos y costumbres varían según las localidades; donde la naturaleza de los artículos que se producen es tan variada, y donde el comercio interior es tan lánguido, la institución de las ferias es de grandes y benéficos resultados.

La feria es una *Exposición* de los diversos productos del país, de la cual saca provecho el que expone, y puede ser igualmente útil al que la conoce. Es una fiesta en donde se reúnen los hombres para el bien, aquí, donde se reúnen sólo para las revoluciones; es un panorama en donde se ven los diversos habitantes del país, con sus vestidos, sus costumbres, sus maneras y sus inclinaciones; es la unión que funde los caracteres, que hace conocer á las familias, estrecha las relaciones y amalgama los intereses.

Unir, estrechar, mezclar, confundir las razas, los intereses, las cualidades, hé aquí una obra de civilización, á la cual pueden ayudar y han estado ayudando las grandes ferias; obra importantísima, socialmente considerada, y muy necesaria aquí, donde la federación divide, separa y crea intereses opuestos y rivales.

Pocos son los hombres que de Colombia van á Europa; las familias no pueden viajar; y las mujeres de nuestra tierra, inmóviles, encerradas en un estrecho círculo, sin ver más que lo que sus madres vieron, convertidas así en una especie de flores exóticas, poco ó nada pueden conocer del mundo y de la civilización para su propio provecho y el de la condición de sus familias y de su hogar.

El habitante laborioso y económico del interior á poco costo puede ir á la feria de Magangué y aprender hábitos de aseo y esa soltura de modales que tanta falta le hace y que es tan natural en la Costa; quizás pueda llevar á su esposa tímida y modesta, la que se complacerá en observar la gracia y elegancia de las damas de aquella comarca, y traerá al regreso para su hogar infinidad de cosas útiles y baratas que hagan su trabajo menos árido y más cómoda su morada. Y los de la Costa ¡ cuánto ganarían con el trato serio de las personas instruídas del interior, cuyo carácter honrado y hábitos de orden y de trabajo son tan recomendables!

Es preciso reconocer que á la rivalidad de lugar á lugar, que parece fué inspirada por el gobierno español para debilitar á los americanos, se han agregado por las revoluciones otras causas de división entre el interior y la Costa, á las cuales sólo el comercio recíproco puede dar fin. Del interior van de paso por la Costa los que se dirigen á Europa. De la Costa sólo vienen al interior los miembros del Congreso. Los habitantes de cada una de las otras regiones tienen las ideas más erróneas y extravagantes sobre las costumbres que existen en la otra. El habitante del interior afecta un desprecio profundo por el *piringo* (nombre vulgar del costeño) y lo cree frívolo, afeminado y disoluto. El de la Costa se burla del *lanudo* estúpido y montaraz. Esto se acabaría con el comercio.

Al anochecer, se comenzó á encender luces en toda la ciudad, y las de las casas y tiendas de la albarrada, reflejándose en las aguas del río, hacían un efecto maravilloso. Más tarde se oyó un canto á lo lejos, y las canoas que del uno al otro lado del río iban y venían, daban al paisaje algo de veneciano y pintoresco.

A las nueve de la noche emprendió el vapor la marcha, en medio de una oscuridad pavorosa y siniestra, y no habíamos caminado dos leguas, cuando uno de los hombres de la tripulación cayó al agua. Detuvieron el buque cuando ya había andado demasiado ; echaron el bote y fueron á buscarlo. ¡ Qué agonía para todos los pasajeros ! ¿ Cómo hallarlo en medio de las tinieblas ? ¿ Habría sido devorado por un caimán ? Todos querían penetrar la oscuridad con la mirada. Nadie hablaba, temiendo que el ruido ahogase las voces del náufrago. Sólo se oía el ruido acompasado de los remos del bote que lo buscaba, y se divisaba á veces la espuma que los remos levantaban. Al fin oímos una conversación, y el Capitán nos gritó con alegría que habían encontrado al tripulante. El interés y el afán que el Capitán mostró por el infeliz caído, me conmovieron.

A las doce de la noche se desató una furiosa tempestad. El vapor, atado á una de las orillas del río, en medio de la selva primitiva, parecía la

imagen del joven misionero pintado por Chateaubriand, prisionero de los indios, atado á un árbol y solo en las sabanas del Nuevo Mundo ; pero tranquilo, con la mirada fija en el cielo, esperando de Dios la redención.

Reinaba profunda oscuridad. Un silencio pavoroso venía de la selva, y el río, mudo, se deslizaba entre las sombras. El viento era sofocante y abrasaba el pecho al respirarle. Las sienes de todos los pasajeros estaban abatidas por el calor, y agobiados y sin aliento se mantenían sobre la cubierta del buque, temiendo algo siniestro.

Lejos, muy lejos, allá en la inmensidad, se veía de repente cruzar rápida una serpiente de luz que se perdía en el espacio ; y continuaban la oscuridad, el silencio y el calor. En el lado opuesto del horizonte, de ese horizonte que no tiene límites y que se confunde en el cielo, brillaba fugaz otra serpiente de fuego.

Luégo, como haces de trigo, se desprendían del cielo, siempre muy lejos, infinidad de rayos ; los cuales, sin embargo, no alcanzaban á aclarar la atmósfera, ni producían trueno.

Como por un juego terrible de los elementos, del lado opuesto se abría en el cielo una caverna en cuyo fondo los rayos se sucedían unos á otros tan rápidamente, que la vista no podía seguirlos, ni el pensamiento contarlos

Al rededor del buque aumentaba la oscuridad, y el espanto dominaba todos los ánimos, en presencia de ese drama tremendo que se representaba en el espacio.

A cada instante los rayos se hacían más visibles y eran más frecuentes y más brillantes, mientras que la caverna del lado opuesto se distinguía mejor, brillando en su fondo innumerables chispas.

Eran como dos combatientes terribles que se buscaban en la oscuridad; que se hacían tiros á lo lejos; que se aproximaban poco á poco y que se amenazaban implacables. El campo de batalla era la inmensidad: los enemigos, el infierno rebelde y el cielo irritado.

Los enemigos se acercaban sobre nubes enormes aclaradas por la luz incesante de los rayos, que á veces atravesaban el río, y á veces se levantaban y se perdían. La luz de los relámpagos, roja y momentánea, al caer sobre la selva, hacía más horrible la oscuridad.

Los enemigos avanzaban...... el deslumbramiento cegaba !....el trueno aturdía !......

Las mujeres caían de rodillas pidiendo á Dios misericordia, y no había un solo hombre que permaneciera sereno ante esa explosión terrible de los elementos.

Tras un rayo caía otro, y seguían otros y otros, sin descanso, sin interrupción, y todos deslumbraban, amenazaban, llenaban de espanto.

El cielo, negro y sombrío al principio, estaba rojo, y nubes más rojas aún, en espantoso torbellino, se agitaban, como carros en una gran batalla; y de cada una de esas nubes se desprendía un rayo que amenazaba al buque. La selva parecía incendiada. Los árboles, impelidos por un viento desencadenado, se movían y parecían fantasmas que tomaban parte en el combate; y sus hojas, brillantes con la lluvia é iluminadas por la siniestra luz de los relámpagos, eran como los ojos de fuego de esos combatientes.

Los truenos, formidables, incesantes, hacían temblar la tierra é iban á resonar en las montañas. El viento, furioso, estremecía la selva, rompía los árboles, que caían con espantoso fragor y hacían crugir á los que les resistían. La lluvia caía del cielo á torrentes; sus gotas, al través de la luz, parecían chispas, é iban á azotar el río con implacable cólera.

Se oía un ruido múltiple de cañones, que aturdía ; de carros que rodaban ; de árboles que se quebraban ; de cordilleras que se hundían ; y, como si el infierno hubiese mandado á todos los condenados á combatir, se oían también ruidos de cadenas y gemidos que salían de las tinieblas.

El combate se eternizaba, y el caos iba á reemplazar á la creación.

Una brisa suave como el aliento de un ángel vino, y fué bastante poderosa para arrastrar las nubes, las que se retiraron lanzando apenas algunos rayos á su enemigo : la atmósfera encendida se refrescó ; el vendaval, avergonzado, huyó á sus cavernas ; las cataratas del cielo se cerraron; los hijos del infierno se retiraron humildes ; la selva enmudeció ; la tierra adoró ; y en el cielo, por oriente, apareció la estrella de la mañana.

Cuando la tormenta amenazaba, el doctor Pardo, hombre avisado y precavido, se quitó el reloj y la leontina, y junto con su portamoneda lo puso lejos de sí. Al pasar el peligro, volvió á recogerlos, y nos dijo: « Los metales atraen los rayos, y yo no quería morir por causa de mi reloj.»

Hízome esto recordar que el señor don X. X, en Bogotá, cuando el General Mosquera expidió los billetes de tesorería que debían recibirse como dinero y que eran la moneda forzosa del país, al principiar también una tempestad, arrojó lejos todos los billetes que tenía en el bolsillo, diciendo:

—Los metales atraen el rayo.

—Cómo ! ¿ metales los billetes de papel ?

—Por supuesto, bárbaro, ¿ no ve usted que son moneda, según lo manda Mosquera ?

Hay en todas las ciudades hombres necesarios, como lo fué Quevedo en España, para cargar con la fama de todos los chistes que cada uno

inventa, y que no quiere presentar como suyos; otros, para ser los autores pacientes de todos los absurdos humanos; y otros, para que se les atribuyan todas las muestras de la más acendrada avaricia y de la más estrecha miseria. Desgraciados de todos ellos, porque la sociedad, para su diversión, los sacrifica y hace recaer sobre ellos todas las ridiculeces de la humanidad.

Del mismo señor son las siguientes ocurrencias:

—¿ Qué es más hermoso, señor don X. X., el sol ó la luna ?

—Es más hermoso el sol, quién lo duda, pero es más útil la luna, porque sale cuando se necesita, que es de noche, cuando no hay luz; mientras que el sol sale siempre cuando ya es de día, y no sirve para nada.

Regaláronle un bastón con rico puño, pero como aquél le quedaba muy largo, le quitó éste.

—¿ Por qué hace usted eso ?

—Porque es de arriba que me sobra.

Los señores Schloss eran dos ingleses mellizos que se parecían tanto, que todos los confundían.

Un día que uno de ellos visitaba á don X. X., éste le preguntó:

—¿ Me hace el favor de decirme si es con usted con quien estoy hablando, ó con el señor su hermano ?

Preguntóle el Ministro ecuatoriano á su llegada á Bogotá:

—¿ Me haría usted el favor de decirme cuál es su gracia ?

—Yo no tengo ninguna, contestó, mi hermano Joaquín es quien toca violín.

Faitura de los hijos que voy tuviendo, escribía un día.

1.° No nació;

2.° No fué hijo sino hija;

3.° Id. id. se casó con Javierito y ha sufrido mal trato;

4.° Este es el único hijo fiel á mamá;

5.° Juanito. Un fenómeno de poesía, puede entrar á la academia por este resumen que ha hecho de mi familia.

Agapito con Regina
(Somos nosotros),
José Pablo con Dolores,
Máximo, Jesús y Juan
Son los hermanos mayores.
Alejandro y Margarita,
Antoñito de las flores,
Ego mismo y la cubita,
Son los hermanos menores.

(Aquí concluyó la factura).

Detuvímonos en Calamar algunas horas, mientras el vapor se proveía de leña, y fuí á ver la entrada del *Dique de Cartagena*, que está casi cegado. Esta obra importantísima para aquella ciudad, empezada desde el tiempo del gobierno español, está aún sin concluir, después de tantos años: parece que es el trabajo de Sísifo, y ha llegado á mirarse como un sueño.

Recuerdo que en 1854, estando yo en Calamar, había también un joven, literato de aldea, que había compuesto una *necrologia*, que á todos leía y que había hecho imprimir en Cartagena, y á muchos daba un ejemplar, y cuando iba solo, se le oía repetir la necrología en todos los tonos. Nos disputábamos (pues entonces yo era joven) una hermosa señora establecida allí, y que amable siempre, á ninguno le daba la preferencia. «Niña Pepita, le dijo el literato un día, ojalá que se muera usted para plantarle su necrología.» Esta oferta terminó la disputa, la hermosura fué de mi rival. (Hasta en literatura he sido desgraciado).

Encuéntranse en el bajo Magdalena inmensos playones cubiertos de pará y guinea, que nadie ha sembrado, y algunos juzgan que son las semillas del alto Magdalena que han venido á germinar allí. En algunos de estos playones hay ganados de hermoso aspecto, y esto no más ofrecerá inmensa riqueza á los pobladores el día que haya inmigración.

Díjose en Bogotá en tiempo de la primera Administración del doctor Manuel Murillo, que un comisionado de los Estados Unidos había ido á ofrecer al Gobierno una inmigración de los negros del Sur; y que el gobierno de Bogotá no había aceptado, porque los sabios dijeron que no son buenos inmigrantes. No creo que en la clara inteligencia del doctor Murillo cupiese semejante preocupación; pero en muchos sí existe.

¡ Qué diferencia habría, si en vez de esas selvas primitivas, de esa inmensidad de verdura que existe á uno y otro lado, se viesen casitas habitadas por negros, la selva abatida, la cultura comenzada y la civilización siquiera en sus principios !

Es preciso reconocer una verdad dolorosa. Nuestro país, por no estar favorablemente situado para la inmigración, será el último que se poblará en la América. A sus costas ardientes y malsanas, á las orillas del Magdalena no puede venir inmigración europea, porque toda moriría ; y al interior no pueden llegar sino los inmigrantes ricos; y como allí el jornal es tan barato y la industria tan limitada, ningún aliciente tienen los inmigrantes para establecerse.

La Sierra Nevada de Santa Marta, Chiriquí y otros lugares de la Costa del Atlántico, son una feliz excepción; pero esos lugares no están en

contacto con el resto de la República, y por consiguiente su fomento apenas podría influír en la obra de la civilización común.

En el vapor no se hacía nada; el tiempo parecía dormirse, y para matarlo hacía versos á una hermosa señora que con nosotros iba.

Quédate así, sobre la suave hamaca
Que te columpia en plácido vaivén,
Para dormirte con el sueño hermoso
Con que Eva duerme en el perdido Edén.

Quédate así, fantástica, graciosa,
Voluptuosa y gentil, echada atrás;
Mientras que el sol que en el Oriente nace
Baña de fuego tu divina faz.

Quédate así, que en medio de las selvas,
Por donde pasa rápido el vapor,
Eres la imagen de la diosa indiana
Que al *Nuevo Mundo* consagró su amor.

Quédate así, risueña, encantadora,
Como sueño fugaz, como ilusión,
Mientras mi labio trémulo se atreve
A entonar á tu lado esta canción.

Se advierte al lector:

Hacer versos es una manía como la de morderse las uñas; un vicio como lo es en los chinos el de tomar opio; una vanidad, como la de torear ó montar en potros; una necesidad, como la de atormentar al prójimo; una pasión, como la del juego; y si se perdona al maniático, al vicioso, al presumido y al tahúr ¿por qué mostrarse todos implacables contra el que hace versos?

Y si es porque no son buenos, voy á referir lo siguiente:

Había en la vecindad de mi casa un caballero llamado Rufo, aficionado á tocar clarinete, lo que hacía muy mal; estaba enamorado de la hija de un vecino suyo, y empezaba infaliblemente á las diez de la noche á improvisar en aquel instrumento cuantas sonatas se le ocurrían. Hubo de quejarse el vecindario, de una manera disimulada, de las sinfonías aquéllas, y él, sorprendido, no podía comprender nunca cómo su música no gustaba, cómo no conmovía con ella el alma de la niña, ni cómo pudiese haber músicos mejores que él ni sonatas más armoniosas que las suyas.

Como á don Rufo nos pasa á los que hacemos versos: nunca sabemos si son buenos ó malos ; y no comprendemos, hasta que los publicamos, que son intolerables para los que los leen ; y como lo que es malo para unos es bueno para otros, nos queda aún la esperanza de que el error está en el juicio común y nó en nuestros versos.

Pasámos por San Antonio y otros pueblecitos tan miserables, que el ánimo se apoca viendo lo imperceptibles que son los puntos en donde el hombre ha puesto el pié en ese inmenso desierto, y la gigante lucha que aun se le espera con la naturaleza.

Alcanzámos á divisar á Barranquilla, y el vapor, separándose del río y tomando un caño estrecho, llegó al fin á la ciudad deseada.

Después de tantos días de bosque, de soledad, de estar en presencia de la naturaleza primitiva y salvaje, ¡ cuán grato es encontrar la morada del hombre, una ciudad animada, y los goces de la civilización !

Todos los viajeros en la proa del buque miraban contentos los vapores que estaban amarrados á uno y otro lado del caño, admiraban la elegancia de los almacenes de la « Compañía de navegación,» y se deleitaban escuchando el ruido que de lejos venía. El más contento era el Contador del vapor, joven cubano, simpático, á quien todos los viajeros amábamos por sus buenos modales y aire siempre alegre, y que parecía contar con impaciencia los momentos. Al llegar al puerto, el primer boga que sube á cubierta le cuenta bárbaramente que su esposa ha muerto, y con ella la criatura que había dado á luz. ¡Qué terrible golpe para el infeliz !

Al atracar el vapor, muchos vienen á tomar noticias del interior, á recibir á los amigos y á ofrecer los hoteles. Nosotros tomámos un coche con el doctor Simmonds, nuestro compañero, y nos fuimos al *Hotel San Nicolás.*

Las casas de azotea, no conocidas en el interior, las palmeras que levantan al cielo su elegante ramaje, la transparente atmósfera y el sol de fuego que refleja sobre todo, dan á la ciudad una belleza oriental que agrada mucho al viajero del interior cuando llega. Después se distrae en ver la población negra y bulliciosa que cruza las calles, todos aseados y bien vestidos. Las negras, en general, con trajes blancos de muselina transparente, un elevado peinado con flores naturales ó artificiales y arrastrando unas babuchas ó pantuflos que van haciendo castañetas contra el talón á cada paso que dan. Generalmente las negras cargan en la cabeza, haciendo admirable equilibrio, los cántaros con agua y las grandes bateas, y con las manos en la cintura, parece que el mundo es chiquito para ellas.

Andan los muchachos y muchos hombres en burros; pero no van

cabalgando en la silla, sino en la grupa, y llevan adelante barriles de agua ó alguna otra carga.

Para el que sólo conoce las ciudades oscuras y melancólicas del interior, es un encanto ver por la noche á Barranquilla, iluminada, con todas las puertas y ventanas abiertas, por donde se derrama la luz sobre las calles; las familias en las puertas de las casas tomando el fresco y conversando alegremente ; las salas de todas las casas iluminadas también, y en ellas tocando piano ó charlando al rededor de una mesa las señoras, vestidas como para baile ; y en fin, encontrar tanta vida, tanta animación y una ciudad tan diferente de las conocidas.

No tuve la fortuna de recibir más visita en Barranquilla que la de los señores Noguera y Fergusson; no conocí una sola familia, y, por lo mismo, nada puedo decir de la sociedad.

Fuí á visitar á la señora Paredes en la casa del señor Roberto Joy, casa que me pareció espléndida como un palacio de Granada, y me hizo recordar á Caracas, su lujo y su elegancia.

El *Hotel Saint Nicolás* es muy bueno: piezas ventiladas y frescas, camas aseadas, servicio eficaz; mucha atención para los viajeros y una mesa esmerada. Su propietario, Mr. Summers, estaba ausente, pero su amable señora y el contador del establecimiento, Mr. Alberto Berhoud, hicieron muy bien los honores. Su propietario el señor Summers es el autor del «Turbio Magdalena,» versos que tradujo el señor Rafael Pombo.

A una señorita que estaba allí y que me dió su álbum, le compuse éstos:

No esperes, nó, palabras seductoras
Del que dejó sus hijas y su hogar:
De aquel que, peregrino, en breves horas
Ha de confiar su suerte al hondo mar.

Ese no tiene corazón ni aliento,
Ese no tiene inspiración ni voz,
Ese si hallara algún humano acento,
Sería para pedir piedad á Dios.

Vine bajando el ancho Magdalena
Por en medio de inmensa soledad ;
Vine agobiado de tristeza y pena
A demandar asilo á la ciudad.

Venecia juvenil; bella sultana
Como lo fué la habitación del Dux,
Dormida entre palmeras; soberana
A quien corona el sol de eterna luz.

Y al estar junto á ti, gentil doncella,
De aire inocente y plácido mirar,
En cuya frente la virtud destella,
De terso cutis, de color de azahar.

Al contemplar tu mágica belleza,
Belleza nó de aquí, sino oriental,
Treguas al fin pidiendo á la tristeza,
Quise cantar tu gracia virginal.

Pero no pude levantar mi canto,
Ni en tus ojos beber la inspiración,
Ni envolver mis endechas en el manto
En que envuelve un arcángel tu visión.

No tuve el fuego que en tus ojos brilla,
Ni tuve el eco de tu linda voz
Para serte agradable. Esta sencilla
Palabra de cariño guarda: ¡ Adiós !

El día 3 de Julio á las siete de la mañana tomámos el tren que de Barranquilla debía conducirnos á Salgar. Cuando atravesábamos las selvas, me preguntaba yo: ¿ estamos verdaderamente en Colombia ? ¿ No alcanza hasta aquí la maldición de andar en mula, de usar zamarros, espuelas y encauchado ? ¿ Nuestros grandes hombres no han podido impedir que colocaran estos rieles para unir á Barranquilla con el mundo civilizado ?

El tren marchó lentamente, pero con regularidad y sin peligro. El precio de pasaje es enorme, pero se paga con gusto; y en una hora y tres cuartos está uno en la orilla del mar.

Tardámos media hora en embarcar el equipaje en los remolcadores, que son muy incómodos, y después en diez minutos estuvimos á bordo del vapor *Tasmanián*, de la Mala Real inglesa.

CAPITULO V.

El mar —Vapor *Tasmanián*—Sabanilla — Cartagena — Los hermanos Narváez—Los españoles y los árabes.

EL MAR ! Belleza suprema, soledad infinita, maravilla inmensa de la creación ; desierto espantoso para el alma. El mar ! monstruo que devora y atrae, cuya voz es el huracán, cuyo aliento es la tempestad y en cuyas entrañas viven el leviatán y la ballena: suave, azul alfombra, sobre la cual juegan serenas y apacibles las olas, la cabellera de espuma destrenzada y murmurando canciones que el corazón comprende. El mar ! ese misterio entre Dios y el cáos, se mostraba con todo su esplendor, y mis dos hijos lo contemplaban absortos, el uno como admirando su belleza, el otro como midiendo su inmensidad.

El *Tasmanián* era un hermoso vapor de 3,000 toneladas, que hacía la travesía entre los puertos de Colombia, las Antillas y Southampton; y el lujo del comedor, sus barandas de cobre relumbrantes, el brillo de los cristales, la situación de los camarotes, todo lo hacía fantástico á nuestros ojos.

Antes que todo voy á contar un chasco que tuve con mi dinero.

El agente de la Mala Real en Barranquilla, señor Federico Stacey, persona muy atenta y comedida, vino con nosotros á bordo y le dijo al Contador que me guardase el dinero que llevaba. En el vapor había muchos que querían hacer lo mismo que yo, pero como el Contador estaba muy ocupado, no lo consiguieron. Entreguéle cerrado el guarniel en que llevaba

el dinero, y como me preguntase por mi nombre, le dije muy despacio : Medardo Rivas. Luégo escribió una tarjetita, la adhirió al guarniel y me volvió la espalda. Yo me creía seguro. En el curso de la navegación, de varias partes entraron pasajeros, á todos los puertos saltaron otros, y por tanto, el Contador no los podía conocer á todos ni se ocupaba en eso. Cuando divisámos las costas de Inglaterra, me acerqué á él con aire humilde, como es preciso hablarles á los ingleses á bordo, y le pedí mi guarniel.

Me miró como quien no comprende ó como quien oye una necedad; pero yo traté de explicarle bien mi reclamo. Me preguntó mi nombre y le entregué mi tarjeta; abrió la caja, miró adentro, y volviéndose, me dijo en el inglés más claro que jamás he oído :

—No tiene usted nada aquí.

Sentí que el buque se hundía bajo mis pies ó que iba á desmayarme, pues en el momento me vi pobre, abandonado en Europa y con mis dos hijos.

Díjele cuando pude hablar y con tono más humilde aún, cómo habían pasado las cosas en Sabanilla, y él, alzando los hombros, como quien dice : y eso á qué viene, volvió á registrar en la caja. Yo metí la cabeza también y divisé como entre nubes, pues la vista se me oscureció, mi amado guarniel.—Mírelo usted, mírelo usted, le grité en español, tocándolo con el dedo.

Era en efecto el mío, y sobre él había escrito el Contador " Mr. *Methar Dor y Vas.*"

Cuando me vi en posesión de mi guarniel, lo abracé, lo besé, y quería abrazar al Contador, al Capitán, á los marineros, á todos los pasajeros, á la máquina, al *Tasmanián* entero y á la Inglaterra toda, que estaba á mi vista.

Con nosotros se embarcaron para Cartagena muchos colombianos, y para Europa el señor y la señora Paredes, el señor y la señora Husmanr, de Barranquilla, el señor Alejandro Pérez, que iba de Secretario de la Legación en Europa, su sobrino Raúl y varios otros caballeros con quienes no tenía ningunas relaciones.

Mientras el vapor estuvo anclado, muchos estábamos sobre cubierta dichosos y contemplando el mar espléndido y sereno, limitado por las verdes montañas de la costa ; unos jugaban tresillo, otros formaban grupos de conversación, y mis hijos subían y bajaban por todas las escaleras á los diversos pisos, entraban al comedor, abrían las puertas de los camarotes, visitaban el entrepuente, y conociéndolo todo, tomaban posesión pacífica y pública del *Tasmanián.*

Cuando el enorme monstruo que en sus lomos nos llevaba empezó á respirar, echando bocanadas de humo y lanzando el aliento con una especie de gemido sordo, atronador y acompasado; cuando empezó á desperezarse con remesones, como un terremoto, y levantando en el mar olas tan grandes como una montaña, todos los rostros palidecieron, los juegos se acabaron, las conversaciones cesaron de repente, y sentímos algo como el frío de la muerte, como la agonía de miedo, como el desaliento de una larga enfermedad; cayendo muchos como atacados del cólera morbo, y las señoras procurando llegar á sus camarotes.

Era el mareo que empezaba á sentirse.

La suntuosidad de los vapores de mar, aseados hasta la pulcritud, cuyos pasamanos de cobre brillaban como de oro, alfombrados, llenos de espejos y de lámparas, y donde se reúne todo cuanto puede ser cómodo y agradable, deslumbra mucho, principalmente á los que vivimos en el interior de la República; y esta primera mirada á una nueva civilización encanta y fascina, creyéndose uno transportado á un mundo distinto, donde los seres que lo habitan son superiores y hablan un idioma diverso, y se halla uno, á su pesar, como amilanado y vergonzoso. Poco á poco se recobra el ánimo con la consideración de que todo eso está preparado para uno, que es quien paga; que todo eso es suyo por algunos dias, por haberlo alquilado con un costoso pasaje, y se habitúa á las comodidades y aun le hacen falta muchas otras.

Mis hijos, verdaderamente sorprendidos con la magnitud y lujo del *Tasmanián*, no dejaban de admirar hasta los menores detalles; y en los momentos en que el mareo se lo permitía, lo examinaban todo con extremada curiosidad y satisfacción, creyendo que allí se había acumulado cuanto el hombre puede crear y la imaginación soñar. Pues bien, sólo habían pasado tres días, y ya todo lo miraban con indiferencia. Llegámos á Colón, fuimos á visitar los vapores americanos que estaban en el puerto, vapores donde la elegancia, el gusto y la riqueza levantan en el mar palacios dotados con jardines, palmas y flores, y cuando volvimos al *Tasmanián*, lo encontraron ya oscuro, viejo y triste.

La bahía de Sabanilla es espléndida, y las armadas de todas las naciones podrían venir allí á anclar sus buques sin chocarse y estando á cubierto de los vientos y de las tempestades; pero mientras los buques no puedan entrar por las *Bocas de ceniza* al río Magdalena; mientras tengan que quedarse afuera, y los remolcadores tengan que venir á recoger los pasajeros y las mercancías; y mientras haya un trasbordo costoso y difícil, el comercio sufrirá y nos mantendremos en ese aislamiento del mundo en

que vive Colombia y que la tiene estacionaria, al paso que las demás naciones caminan rápidamente por el sendero de la civilización.

Y este aislamiento de nuestra sociedad contribuye á mantener ardiendo el fuego de los partidos, alimentado por los odios, que jamás se extinguen, y por la necesidad de una política agitada que ocupe todos los instantes, que satisfaga las aspiraciones de espíritus apasionados y fogosos, y entretenga la imaginación calenturienta de una juventud que se debate en vano en busca de un porvenir dichoso para su país.

Además, la falta de ejemplo y de estímulo en los hombres, enerva sus facultades, limita sus aspiraciones y trae una conformidad tal con la medianía y con la pobreza, que pudiera ser llamada filosofía, si no mereciera el nombre de pereza ; y en tanto que el yankee abandona á Nueva York y á Filadelfia y todos los centros civilizados y se va al *lago Salado*, al desierto, á California, en busca de una fortuna que jamás le sacia, y le parece lento el vapor para transportarse, débil la electricidad para comunicarse, pequeña su patria para emprender en ella, el colombiano nacido en Tunja, en Medellín ó en Bogotá, con tal de tener una mala choza y un escaso alimento para el día, no aspira á más, ni ambiciona otra cosa, y cree que vive en el mejor de los mundos conocidos, y que Bogotá es la Atenas de América ; Medellín, la Nueva Londres, y Tunja el paraíso terrenal. El colombiano nunca mira adelante, cuando más vuelve la vista atrás para suspirar por un pasado que jamás volverá, y lamenta el que no hablemos como escribió ó habló Cervantes ; que no creamos como en tiempo de Felipe II, y que la ciencia no recorra el camino que se le trazó en Salamanca ; que las mujeres no se parezcan á las antiguas castellanas, y que el pueblo no viva con las mismas costumbres y ocupaciones que en tiempo de los virreyes ; y para contribuír á lo que desea en este sentido, funda Universidades que monopolicen la enseñanza, establece Academias dependientes de la española, que entraben el lenguaje ; organiza Ateneos y sociedades que mantengan el antiguo régimen, y busca predicadores y panegiristas de las viejas costumbres. ¡ Pobre Colombia !

Ábranse las Bocas de Ceniza ; ábranse caminos ; ábrase campo al comercio, á la luz, á la civilización, y todos los problemas económicos, religiosos, políticos y sociales de Colombia estarán resueltos.

Hay en la bahía de Sabanilla una torre pigmea y un faro que no alumbra; y por esta obra miserable el Congreso concedió al empresario el privilegio de cobrar un derecho con el cual habría para levantar el faro de Mesina ó la estatua de la Libertad que la Francia ha regalado á los Estados

Unidos, más grande que el antiguo coloso de Rodas, y cuya lámpara, sostenida en la mano derecha, arrojará luz diez leguas mar afuera.

Las desgracias que sufrieron los conquistadores en las Bocas de Ceniza las describe así Piedrahíta:

«Con adversa fortuna se hizo la Armada á la vela con los cinco bergantines y dos carabelas, pues no pudiendo coger el río por la borrasca que levantaron las brisas en su boca y de ordinario se experimentan en aquel paraje, se derrotaron los tres de ellos y las carabelas, de las cuales la una naufragó luégo, salvándose la gente en un islote del río, y la otra dió sobre la punta de Morro hermoso de la costa de Cartagena, poblada de indios Caribes, á cuyas manos perecieron todos cuantos el mar arrojó vivos á tierra. Poco más adelante, en el sitio de la Arboleda, chocó el bergantín de Juan de Urbina en que iba Juan Dolmos, de donde amparados de la noche y por su buena diligencia sacaron su gente á salvo, mientras con mejor fortuna corrieron las embarcaciones del General y Antonio Díez Cardoso, pues dando ésta en el Ancón de Zamba y la otra en la punta de Icacos, tierras pobladas de indios pacíficos, pudieron fácilmente llegar á Cartagena libres de aquel peligro, de que más bien escaparon los dos bajeles restantes, que por sorreros tuvieron tiempo de andarle antes de la borrasca en la boca del río para que á veces se experimenten mayores aciertos producidos de la flema que de la cólera, pues con ella consiguieron que aplacado el mar navegasen hasta Malambo, habiendo recogido de paso la gente de la carabela que quedó en el islote, desde donde sabido el naufragio de las otras embarcaciones, dieron aviso al Adelantado, á quien llegó la nueva juntamente con Hortún Velásquez y Antonio Díez Cardoso, que de correr fortuna y agregar así al Capitán Luis de Manjarrés, conquistador antiguo de Santa Marta, á quien hallaron con un buen navío en el puerto de Cartagena, volvieron á Santa Marta en dos de los bergantines derrotados, con quienes asimismo fué Juan Dolmos, que habiéndose encontrado en Cartagena con quien le dió embarcación para que pasase al Perú, no quiso hacerlo, sino revolver con cinco camaradas á Santa Marta, donde la fineza fué bien estimada del Adelantado, y más cuando supo que mudando casaca el General y Diego de Urbina con D. Diego de Sandoval y otros remitían los dos bergantines dándole aviso del suceso y de su resolución, que fué de pasarse con la gente voluntaria que los seguía á los Reinos del Perú, donde bullía la fama de su riqueza y esperaban mejorar fortuna mientras perdido el tiempo lo gastasen otros en seguir los designios del Adelantado.»

Desde el mar dijimos adiós á Cartagena, cuyas gigantes murallas veíamos derrumbándose, y cuyas casas moriscas levantan todavía altivas

sus azoteas y sus almenas. Los vapores ya no entran por Bocachica, ni hay mercancías que desembarcar, y una lancha ligera lleva y trae á los pasajeros.

¡ Ah ! ¡ la hermosa ciudad, emporio un día de la civilización y del comercio del Nuevo Mundo, cuán solitaria y arruinada está ! ¡ Quién le hubiera dicho, cuando venían las naves de todo el Continente á rendirle tributo y á traerle como ofrenda pieles, esmeraldas, oro y perlas, y cuando de su seguro puerto salían los galeones llevando á Carlos V riquezas bastantes á hacer la guerra á todas las naciones de la Europa ; quién hubiera dicho que llegaría el día en que el único vapor que se aproximara á sus costas se mantendría apartado de ella, como si fuese una de aquellas ciudades de Oriente, invadidas por la peste, que infestan los buques que á ellas llegan, y contagian y matan al que pisa su suelo ! ¡ Quién que vió la plaza de la *Media-Luna* rebosando de un pueblo animado y bullicioso, podrá verla hoy desierta y muda ! Cuán triste es ver hoy la ortiga invadiendo los patios silenciosos de aquellas casas elegantes, mansión en otro tiempo de la nobleza y la opulencia, las cuales resonaban con el ruido de las fiestas y de los placeres ; los muros caer como impulsados por la acción destructora del tiempo, y en los salones solitarios oír sólo el eco de las pasadas dichas ! Cuando ella sola, con sus ilustres hijos Castillo y Granados, Piñeres y García Toledo, desafió, hizo frente y detuvo al ejército invasor de Morillo, y cada día dió un combate y cada noche resistió un asalto ; cuando por sus calles un pueblo enérgico, altivo é indomable luchaba por la libertad, haciendo fuego de todas las casas y trepando por las murallas para insultar al enemigo, en el momento en que cien bocas de fuego lanzaban la muerte en medio del ruido del combate, entre el fragor de las bombas y el estrépito de la artillería, ¡ quién te hubiera predicho, Cartagena la Heroica, que un día todos te olvidarían y que no tendrías más que recuerdos de gloria y una diadema de palmas como memoria de tus sacrificios !

¡ Despierta, Cartagena ! ¡ Vuélve á las calles el pueblo alegre que cantaba y reía ; abate las selvas que te cercan ; cultiva el campo de esmeraldas que te circunda ; envía al mundo tus ricos tesoros escondidos, y él te devolverá el oro que á España enviaste en otro tiempo ; y las naves de nuevo visitarán tus puertos, y el porvenir igualará á tu gloria ! ¡ Despierta, Cartagena !

La linda y poética ciudad de Cartagena ; la de los recuerdos de gloria y tradiciones heroicas ; la en otro tiempo reina del Atlántico, orgullo de los reyes de España y codicia de todos los piratas ; única plaza fuerte

de Colombia, cuyas murallas son obra admirable de ciencia y de constancia ; patria de Torices, Castillo Rada, Narváez y tantos otros grandes hombres ; la que antes reía y cantaba, y era sitio de amores y de fiestas, ahora melancólica oye el ruido de las olas que azotan sus murallas derruídas, sin traerle ningún bajel; ve su espléndida bahía desierta y solitaria, y sus calles abandonadas, pues sus antiguos moradores han huído á otras regiones.

¿ Cómo es posible que una Nación joven, en donde todo es soledad, desierto y barbarie, deje extinguir una rica ciudad sobre el Atlántico, y perecer todo lo que el Gobierno español, el comercio y el genio de los habitantes habían acumulado en ella de civilización, de riqueza, de bienestar, de elegancia y de gloria ?

Se cree que con cien mil pesos de auxilio del Gobierno nacional se puede abrir el dique salvador. ¡ Cien mil pesos ! ¡ y se vacila ! ¡ Diez millones ! Pues la ciudad de Cartagena vale miles de millones ; y ella va á desaparecer para la República si este auxilio no se le da prontamente !

Ciudades hay que inspiran amor como las mujeres hermosas, que hacen soñar y cantar á los poetas, y cuya decadencia y aflicción son motivo de dolor para todos los viajeros. Venecia sobre el Adriático y Cartagena de Indias han tenido este privilegio.

Dentro de algunos años los poetas nacionales cantarán los dos gloriosos sitios de Cartagena : el primero cuando la escuadra inglesa, al mando del Almirante Vernon, fué destruída, y el segundo el que sufrió por la Independencia en 1815.

He aquí una relación de los sitios que ha sufrido Cartagena:

« La primera invasión á Cartagena,» dice el señor Demetrio Porras, «la hicieron los bajeles de corsarios que sorprendieron á los habitantes de la ciudad, y que la ocuparon y saquearon en 1544.

« La invasión segunda la realizó Francisco Drake, llamado el *Destructor de las nuevas conquistas*, el año de 1585. Después de entregar la ciudad al saco, la hizo incendiar. La mitad restante pudo salvarse de una destrucción total, porque se puso á disposición del pirata, en rescate, la suma de 120,000 ducados de plata y las alhajas existentes.

« Ejecutó la tercera Roberto Baal, en 1594, pero sin lograr su objeto.

« La cuarta fué acometida por Pointis, quien funcionaba como Almirante de la marina francesa, luégo que Luis XIV declaró la guerra á España, habiendo aceptado la ayuda de los piratas que dirigía Ducasse.

« El 14 de Abril de 1697 empezó el ataque á la ciudad, y el hecho heroico por excelencia en aquel sitio fué la defensa de Bocachica, ejecutada

por don Sancho Jimeno, que durante un mes resistió con 300 hombres contra 4,000, y no capituló sino cuando la ciudad estaba rendida y su guarnición más que diezmada, reducida á menos de 30 hombres, pues los más habían muerto y los otros estaban encadenados en los calabozos del castillo por haber querido rendirse. La conducta del castellano despertó la admiración de Pointis, quien lo nombró Gobernador de la plaza. Él impidió el incendio ya que nó el saqueo, y consumado éste, los invasores se llevaron diez millones de pesos, ochenta piezas de artillería de bronce, y el sepulcro de plata destinado á las ceremonias religiosas de la Santa Semana (1). Cuando la escuadra se retiró del puerto, regresaron sobre la ciudad los piratas á saquearla segunda vez, mas por fortuna pudo saberlo Pointis, quien volvió sobre ella por amistad con don Sancho Jimeno, impidiendo así la completa ruina de la ciudad.

« La sexta y última invasión de Cartagena tuvo lugar el año de 1741 por el Almirante Vernon, siendo don Sebastián Eslaba Virrey y Gobernador de la plaza, Teniente general de los ejércitos realistas, y don Blas de Lezo, Almirante de la escuadra (2). La armada inglesa más formidable que había surcado el Atlántico, apareció en el horizonte el 13 de Marzo, y á los dos meses y cinco días de una lidia tenaz y de una resistencia sin ejemplo, quedó el puerto desembarazado de la presencia de los buques enemigos, y éstos, en su arrogancia, al retirarse vergonzosamente, destruyeron los fuertes exteriores de que se habían apoderado. (3)

---

(1) Este sepulcro fué llevado como prenda del saqueo á Francia, y en 1713 (paz de Utrech) fué devuelto á la ciudad por Luis XIV, junto con una valiosa palma del mismo metal. Ambas reliquias fueron acuñadas en 1815 para racionar las fuerzas durante el sitio de la Ciudad Heroica. ¡No podían tener mejor destino! Ese sepulcro sirvió para la redención de un Continente, cual el de Cristo para la redención del humano linaje: esa palma representaba la del martirio!

(2) Don Blas de Lezo inauguró su carrera de guardia-marina en las aguas de Málaga, en el combate librado contra la escuadra anglo-holandesa. Era reducida la fuerza naval de España en el desastroso reinado de Carlos II, y la Gran Bretaña y Holanda eran á la sazón las potencias marítimas más poderosas. Se sintieron pronto los golpes de los aliados en Cádiz, Vigo y Gibraltar, y en Cartagena de Indias después. Nació Lezo en Pasajes, pueblo vasco, y tomó su puesto en la Capitana que arbolaba la insignia del Conde de Tolosa. Una bala de cañón le llevó la pierna izquierda en su bautismo de sangre, perdió el ojo del mismo lado en el sitio del Castillo de Santa Catalina, en Tolón y el brazo derecho en Barcelona, más tarde. En 1737 atravesó el océano encargado de la escolta de galeones, y vino á desempeñar la Comandancia del apostadero de Cartagena, puesto entonces en manos que sabían dar buena cuenta de su custodia.

(3) Diario llevado por Lezo, que se ha publicado en los *Anales de Instrucción pública*.

« Todos estos desastres, todas estas devastaciones sufrió Cartagena en los tiempos del coloniaje ; pero en los de la República debía continuar cumpliendo su destino. Dió el grito de independencia contra la Metrópoli el 11 de Noviembre de 1811, imitando en esto el ejemplo de Cartagena de Levante, que fué la primera que dió el de guerra contra los franceses en 1808, para sacudir el yugo extranjero, pasando así á la posteridad el nombre de ambas, en alas de la fama.

«Las disensiones intestinas y las rivalidades personales debían también contribuir á acrecentar el infortunio que pesaba sobre la ciudad heróica. Ellas prepararon el campo al jefe español expedicionario, al General Morillo, que se presentó con sus aguerridas huestes al frente de Cartagena, en 1815, y que había partido de España con el propósito de sofocar las revoluciones americanas. Comenzó entonces el terrible asedio que terminó con la rendición de la plaza, tras larga y sangrienta lucha.»

Yo referiré sólo una anécdota relativa á Cartagena, quizás ignorada de muchos, y que prueba que una mujer ha sido en varias ocasiones, como Helena, la causa de grandes guerras.

En el siglo XVII vivía en la ciudad de Santo Domingo, y era Fiscal de aquella Audiencia, don Pedro de Sandoval, hombre cruel, bárbaro y celoso de su mujer, la más linda y coqueta andaluza que había pisado las playas de América.

Llegó allí el Conde de Montbars, filibustero poderoso que, lleno de riquezas, vivía en la isla de Tortuga, y que de incógnito quiso ir á gozar de los placeres de aquella ciudad, entonces la primera del Nuevo Mundo.

Hubo de enamorarse de la señora doña Natividad de Sandoval; y ella, como el Conde fuese un apuesto joven, lleno de gracia, pródigo y valiente, correspondió á su amor, y entraron en sabrosos devaneos.

Descubriólos una criada infiel, y Sandoval sorprendió á su esposa en cita con su amante, en su propia casa.

Hizo coger á éste por sus esclavos, lo extendieron en mitad del patio, y en presencia de la amada adolorida, lo hizo azotar con extrema crueldad.

El castigo era justo, aunque algo exagerado ; y el Conde, apenas repuesto de sus vergonzosas heridas, volvióse á la isla de Tortuga, y de allí, cargando un buque con sus inmensas riquezas, embarcóse para Francia.

Corría el año de 1697, y Sandoval, que de Santo Domingo había pasado de Oidor á la ciudad de Cartagena, vivía allí tranquilo y feliz, pues su mujer había cambiado de conducta desde el día del horrible castigo de su amante, y era dulce y amorosa con su esposo; cuando el día 12 de Abril

de aquel año la ciudad consternada vió llegar á la bahía una formidable escuadra que venía á sitiarla.

En efecto, Montbars no había descansado un momento desde el día de su humillación ; ardía en ira y lo carcomía el deseo de la venganza. Su proyecto primero fué aumentar el número de los filibusteros para dar un golpe sobre Santo Domingo, residencia de su odioso rival; pero habiendo sabido por los espías su traslación á Cartagena, allí dirigió sus miradas.

« Vengo, le dijo á Luis XIV, á ofreceros tres millones de pesos y una escuadra para que aumentéis, si es posible, vuestras glorias, haciéndoos señor de Cartagena de Indias, la más rica joya del rey de España, y para que de allí os hagáis dueño de toda la América.»

Gustóle al rey el consejo, aceptó la oferta, y ordenó una expedición sobre Cartagena, al mando del Almirante Pointis, que salió de Haití, y que constaba de trece navíos de filibusteros mandados por Montbars, diez y seis de la Marina real, mandados por el Gobernador Ducasse, 5,250 soldados de línea y 1,650 bucaneros : total, 6,900 combatientes.

El Almirante Pointis esperaba que, sorprendidos y desprevenidos, los españoles se rindieran sumisos; pero se engañaba. La plaza, mandada por don Sancho Jimeno, hizo una resistencia formidable, y detuvo la expedición en Bocachica.

Eran corridos ya diez y ocho días de batalla constante; las tropas regulares habían sido quintadas ; el segundo de la expedición, el valeroso Conde Castaglión, había muerto, y la ciudad resistía. El día 1.º de Mayo se resolvió dar un último y formidable ataque, en el cual fué rechazada también la expedición, y ya iba á retirarse, cuando Montbars, que veía escaparse su venganza, le grita al Jefe :—« Almirante, hoy entraremos á Cartagena.»

Da la orden de ataque á sus filibusteros. De éstos, los unos derriban las puertas con hachas, bajo el fuego enemigo ; los otros se asen con las uñas de las piedras de las murallas, y suben. La carnicería es horrible : el cañón retruena, los baluartes se derrumban, y á las doce del día los franceses son dueños de Cartagena.

La guarnición fué pasada á cuchillo ; más de doscientos españoles y americanos, que se habían refugiado en el palacio del Gobernador, perecieron : todas las casas fueron pilladas, y los filibusteros se complacían en aumentar el terror, haciendo de las iglesias el sitio de sus bacanales y el lugar á donde llevaban á las infelices mujeres que se robaban.

El feroz Montbars, apoderándose de su rival, lo hizo azotar lentamente, prolongando el tormento y la agonía, hasta que, sangriento y despedazado, murió.

Tomó entonces en sus brazos á doña Natividad de Sandoval, y llevábala para su galera, cuando un soldado ebrio intentó disputársela. La lucha se traba, Montbars hiere al soldado, y éste, lleno de rabia, hiere en el corazón á la mujer que no le dejan disfrutar.

Cuando sobre las murallas de Cartagena, en medio de noche sombría, se ve ondular un fuego fatuo, los cartageneros dicen que es *el alma de doña Natividad de Sandoval.*

Al terminar el *Sitio de Cartagena*, la mayor parte de las familias emigraron á la isla de Providencia: unas fueron arrojadas sobre playas desiertas por los buques de piratas que las conducían; otras traidoramente entregadas á los españoles ; y las más afortunadas llegaron á San Luis de Providencia, después de mil azares y de crueles sufrimientos. Entre estas últimas estaba la del Coronel Juan Salvador Narváez, emparentada con la mía, y cuyos hijos, mis primos y amigos, supieron conservar su nombre y hacerse dignos de sus descendientes.

La memoria de los buenos debe ser recordada siempre por los que los conocieron, para ejemplo de las generaciones venideras, y es un deber de la amistad pagar en todas ocasiones un tributo de estimación á aquellos que nos amaron. Esta es la razón por la cual pongo aquí la biografía de los tres hermanos Narváez, de Cartagena.

La virtud embellece siempre el cielo de la patria, y el genio es como el sol que tiene ocaso pero nunca muere, pasa á otra región pero no extingue su luz ni pierde su belleza.

Estoy seguro de que la historia sencilla y patética de Juan Salvador Narváez interesará á todas las almas, porque la desgracia es bien común de la humanidad, y la compasión es una cuerda que vibra siempre en los corazones generosos, cuando el que la despierta está adornado de talento, de virtud ó de belleza.

El padre de nuestro amigo perteneció á una ilustre y poderosa familia de Cartagena de Indias, honrada siempre por los reyes y cuya fortuna era fabulosa; abrazó la causa de la independencia y libertad de su patria, llegó á un alto grado en la milicia y mereció las más grandes distinciones de sus contemporáneos; pero murió cuando apenas había acariciado algunos años la cabeza de Juan, y cuando su fortuna estaba ya extinguida.

Sólo quedó la madre, la señora Ana Herrera de Narváez: mujer admirable, de exquisita belleza en su juventud, de encantadoras maneras; que sufrió resignada el sitio de Cartagena con su esposo, dividió con él su destierro y á su muerte supo conservar las tradiciones de virtud en la familia, el esplendor de la casa y el amor entre sus hijos.

Su niñez corría dichosa, embellecida por la gracia, y empezaba á despuntar ese raro ingenio que fué después el encanto de sus amigos y la única alegría de su hogar; pero hay presentimientos secretos, infalibles, que de vez en cuando abren á los niños las puertas del porvenir, permitiéndoles ver su fondo oscuro y tenebroso.

Estábamos en Fucha Juan y yo, en la quinta de recreo del señor Castillo Rada, situada á orillas de aquel poético río, y que era en nuestra niñez el lugar donde se reunían una familia numerosa y muchos amigos, bajo la cordial acogida de la esposa de aquel sabio: en Fucha, que, con sus colinas elíseas, su cielo sereno, su brisa embalsamada y su hermoso horizonte, era en aquel tiempo un pueblo de niños, de amantes, de músicos, de poetas, que llenaban el espacio con sus cantos, sus gritos y suspiros de amor ; en Fucha, donde pasámos las horas más bellas de la vida, huyendo del regazo de nuestras madres, llevando las frentes húmedas aún de sus besos para correr en pos de las mariposas ó para juguetear en las ondas de su claro río.

En ese lugar mágico para nosotros, una tarde, á la hora del crepúsculo, cuando el sol, rodeado de vistosas nubes de grana y de oro, iba á ocultarse en el inmenso mausoleo del Tolima y la brisa del campo acariciaba nuestra rubia cabellera, cansados de jugar, nos sentámos á la orilla del río, cuyo murmurio acompasado y armónico conmovía á nuestro pesar tristemente el corazón; y Narváez, como herido de un presentimiento doloroso, principió á llorar.

Con el solícito interés de los niños cuando ven llorar á sus compañeros de juego, interrogué la causa de su repentino llanto.

—Ay ! me dijo, tengo como tristeza, tengo como miedo, me duele el corazón. Mira, ahora somos muchachos, pero después seremos hombres, y yo voy á ser muy desgraciado.

La noche, extendiendo sus sombras, vino á interrumpir esta melancólica conversación, tan extraña entre dos adolescentes.

Esta escena debió impresionarme con cierta vehemencia, pues todavía la traza vivamente la fantasía, después de treinta años, y aun me parece ver el sol candente iluminando la faz llorosa de nuestro niño amigo.

El tiempo, el estudio, los recuerdos militares de su padre y de la antigua opulencia de su familia, el solícito cuidado de su madre, y sus propios instintos, hicieron de él un joven elegante, altivo y generoso, que era el encanto de la sociedad, que componía versos, se batía en duelo é iba en pos del placer, de la gloria y del porvenir con un gran corazón y una sed insaciable.

Pero, ¡ ay! apenas había cogido las primeras rosas que se ofrecen en el

campo de la vida; apenas sus labios sedientos habían libado la ancha copa del placer, cuando la copa se cambió en ponzoña; cuando una enfermedad cruel como la venganza, implacable como la fatalidad, espantosa como el delito, vino á entumecer sus miembros y á escribir sobre su corazón

LASCIATE OGNI SPERANZA.

Estaba elefanciaco!

Desde entonces sólo pudo rebelarse contra Dios como Job y decirle: « tomad vuestro funesto dón de la existencia,» ó postrarse á sufrir; pero él sabía adorar á Dios en sus profundos designios, tenía valor para comprender que la muerte resignada ó el suplicio lento del último mendigo es más sublime que el ostentoso aparato con que los romanos concluían su vida, y se resignó como cristiano. Tan sólo decía á Dios: — Estoy, Señor, en la primavera de mi vida; la fecunda ilusión habita aún en mi seno: gloria, amor, fortuna, todo está en mi camino, aparta de mí esta enfermedad; pero si ésta no es tu voluntad, envíame algún consuelo.

¡ Compensaciones eternas de la Providencia! Una gran desgracia, un gran genio, y el amor de una mujer, hé aquí su vida.

Bogotá, cuya brisa serena había mecido su blanda cuna, en cuyos prados había jugado de niño y cuya sociedad acababa apenas de recibirlo en sus espléndidos salones, fué ya triste á sus ojos y quiso huír del dolor de los recuerdos y buscar en el mar agitado un nuevo horizonte y en las tempestades del océano una distracción capaz de conmover su afligido corazón; por eso dejó el suelo natal y fué á Cartagena, cuna de su padre, hogar de la antigua familia y donde quedaban aún algunos restos de la pasada fortuna.

Atesoraba nuestro amigo el dón divino de la poesía, que eleva el pensamiento al cielo, que abraza de una mirada la suprema hermosura de la naturaleza y que bebe la inspiración en el desierto; y en la soledad inmensa de los mares, contemplando las ondas que á sus piés morían, el desgraciado vate exhaló sus más bellos versos; gemidos de profundo dolor que armonizaban bien con el murmurio eterno del océano y la augusta majestad de aquella escena.

Allí, como blanca visión consoladora, le envió Dios á su Carmen, mujer que abandonó familia y porvenir, juventud y hermosura, guiada por el amor, para consagrarse á embellecer las horas del infeliz proscrito.

Su Carmen, ángel de bendición lleno de belleza celeste bajo el velo mortal de la mujer; hermosa maga de sus poemas melancólicos, que inspiró su lira y á quien consagró la mayor parte de sus cantos llenos de unción y

sentimiento; santa hermana de la caridad que, llena de amor y fe, cumplió contenta su dolorosa misión.

Largos años pasámos separados en la vida los que antes habíamos jugado siempre unidos ; y cuando volvímos á encontrarnos, Narváez era ya un hombre cuyo corazón estaba madurado por el infortunio, cuyo espíritu se había fortificado con la conversación de los muertos, con la lectura de esos libros filosóficos que los ilustres varones de todos los siglos han dejado para pasto de los hombres que sufren. Su rostro llevaba el sello de la tristeza, sus ojos llenos de fuego estaban velados por el pensamiento interior, y sus labios contraídos revelaban ese mudo desprecio de un destino injusto, única protesta de las almas fuertes contra la ciega é implacable fatalidad.

Como patriota, en 1854, al proclamarse la dictadura militar, vino á ofrecer á la patria sus servicios, los restos de su vida, y su talento, y á pesar de su situación, hizo una dura y larga campaña, en la que nos tocó algunas veces vivaquear juntos y renovar el fuego de nuestra amistad, nunca extinguido.

Como escritor político redactó varios periódicos con notable mérito en defensa de su causa. Si esta causa no fué la nuéstra, si es verdad que hubiéramos deseado verlo en las mismas filas empleando su poderosa inteligencia y su valor en ayuda de nuestras convicciones y de la causa democrática, no por eso su amistad se entibió en nuestra alma, ni hoy nos atrevemos á juzgarlo ; porque sólo Dios puede medir la justicia de los partidos y solo él es poseedor de la verdad.

Sus últimos años fueron tristes, muy tristes. Condenado á un duro aislamiento, olvidado de la sociedad, la pobreza sí vino á visitarlo cuando no podía trabajar, y entonces tuvo por consuelo la piedad de sus hermanos y el amor inagotable de su esposa.

Quizás creyó alguna vez que nosotros también apartábamos la mirada del cuadro de su desgracia; pero no es verdad; tan sólo, oprimidos de dolor é impotentes para remediarla, quisimos no añadir á sus congojas el importuno llanto de los que compadecen en presencia del desgraciado como para saborear su propia fortuna y renovar en el infeliz las adormidas penas.

Su lira no enmudecía en aquella mansión de dolores, y de vez en cuando atravesaban el umbral de su estrecha prisión algunas quejas armónicas que revelaban sus aspiraciones religiosas, su eterno sufrir y sus júbilos momentáneos: verdaderos cantos de cisne que con admirable gracia mezclaban los sentimientos del amor á la idea de la muerte.

Poeta, ciudadano, amante, de este hombre que atravesó como un meteoro los días de felicidad y se arrastró lentamente en la senda de la

desgracia, nos quedan versos que viven en la memoria de sus amigos, el reconocimiento de la patria, y deudos dignos de su amor.

¡ Admirable poder el del genio, que hace de la vida un poema, embellece la desgracia en la tierra y deja sobre la tumba coronas inmortales cuyo perfume alcanza á embalsamar el porvenir !

Manuel I. de Narváez no conoció á su padre, y bajo la inspiración de su madre, la señora Ana Herrera de Narváez, tipo y modelo de las madres, se formó su alma, recibió la primera educación, comprendió el mundo, y se grabaron en su corazón las máximas de moral y el respeto á la fe religiosa de sus mayores, que siguió inquebrantable hasta que tranquilo se durmió en el seno de ese Dios que su madre le había enseñado á adorar, y seguro de encontrarla más allá de la tumba.

Su alma tenía la delicadeza, el sentimiento, la poesía entusiasta y generosa del alma de una mujer: dominaban en ella los instintos más bellos, el amor con su abnegación suprema y sus peligros, la gratitud pronta al sacrificio, la inclinación al ideal vago y sublime, la sensibilidad llevada á la melancolía y al delirio.

Poned en un mismo hombre todas las delicadezas morales con muchos defectos físicos; una indomable timidez, nacida del hábito de sufrir; mucho amor á las cosas más elevadas del espíritu, pero una imaginación infecunda y una palabra difícil; un corazón entusiasta, una alma recta y una virtud inquebrantable, pero sin el brillo que fascina ni la energía que arrastra, y os habréis formado una idea cabal de Manuel I. de Narváez.

Su niñez fué muy débil y enfermiza, por lo que su madre lo mimó en extremo y lo cuidó como á una niña nacida tarde en el hogar, teniéndolo siempre á su lado, velando sus acciones, impidiéndole todo acto de energía, toda manifestación de una voluntad independiente, todos los juegos en que el cuerpo se vigoriza y el alma goza desafiando y venciendo pequeños peligros que de día en día van creciendo con el hombre hasta que lo hacen fuerte para vencer los peligros de la naturaleza y los obstáculos de la sociedad. Con esta educación Narváez hubiera sido un hombre inútil, si dos cosas no lo hubieran favorecido, á saber: el empeño que su madre tomó en cultivar su corazón con la virtud é iluminar su mente con la ciencia, de tal modo que, niño aún, sorprendía por el cúmulo de conocimientos que encerraba en su cabeza ; y el haber tenido un hermano algo mayor que él, Juan S. Narváez, que era valiente, enérgico, vivo, audaz, dominador; que

conservaba en su corazón las tradiciones gloriosas de su familia, y que, animándolo y excitándolo, le inspiró ese sentimiento de honor que Juan ponía en la boca de una pistola, y Manuel en el exacto cumplimiento de un deber.

Entró Narváez al colegio que los padres dominicanos mantenían en esta ciudad con el título de *Santo Tomás de Aquino*, y bajo la dirección del padre Bonilla, religioso ilustrado, y el padre Vásquez, después Obispo de Panamá, estudió filosofía, matemáticas, física y ciencias intelectuales, desplegando una gran disposición, y aprendiendo á razonar con la exactitud lógica de Balmes, al mismo tiempo que formaba su carácter serio, meditabundo y piadoso.

La filosofía, la moral y la religión parece que nacen de una misma fuente; pero para acercarse á ésta hay infinitos y variados caminos, sin que ninguno de ellos lleve al término ; y los filósofos, los profetas y los reformadores todos, queriendo enseñar la verdad, sólo muestran algo de lo que han alcanzado á ver de la divina y escondida fuente; pero empeñados en mostrar que ellos solos huellan el recto sendero, y que los otros andan extraviados y perdidos, hacen el camino más largo y difícil, de manera que la vida entera del hombre apenas alcanza á recorrerlo.

Así, un joven educado en ciertas ideas y reconociendo un sistema moral, difícil es, si no imposible, que cambie en el curso de su vida, porque tendría que deshacer un largo camino y empezar otro nuevo, para lo cual no tiene tiempo; y esas conversiones rápidas de uno á otro sistema, de una á otra creencia, son generalmente falsas ó hijas del entusiasmo y nó de la reflexión. Narváez, educado por una madre piadosa y creyente y por dos religiosos que poseían toda la ciencia que su sistema filosófico podía encerrar, fué un hombre que, sin participar de las ideas del siglo en que vivimos y de la época que atravesamos, sin discutir jamás lo que á su fe se oponía, tuvo, sin embargo, con su claro espíritu, mucha ilustración, cabal concepción de la República, y una tolerancia por las opiniones ajenas, apenas comparable á su genial benevolencia. Haber exigido de él más, ó amarlo menos porque sus creencias y sus opiniones no eran las mías, hubiera sido fanatismo; pues él no había ido en pos de la verdad por los senderos que yo creí seguir para encontrarla.

Concluídos sus estudios de filosofía, fué al Colegio de Nuestra Señora del Rosario, y después á la Universidad nacional, á cursar jurisprudencia; y bajo la dirección de eminentes maestros como Márquez, Cuervo, Zaldúa y Vergara, hizo la más lucida carrera: recibió de ellos las mayores distinciones y títulos de honor, le fueron concedidos los grados de bachiller,

licenciado y doctor, y se recibió al fin en la Suprema Corte de Justicia como abogado de los tribunales de la República.

Esta fué su carrera de honor: lucida, brillante, pura como la de nadie; y defendiendo la persona, la honra y los intereses de los ciudadanos, ó sentenciando como magistrado, no tuvo jamás otra norma que la ley y la justicia, la virtud y el derecho.

Para Narváez era un sacerdocio el ejercicio de la magistratura, nó un acto humano cuyas huellas, borradas al día siguiente, se confundirían con todas las otras que deja la generación que se extingue; era el paso de la justicia que debía dejar un sendero luminoso al través de la edad para guiar á los pueblos en la oscuridad y salvar á las sociedades de los amagos del crimen y de la inmoralidad.

Tenía una energía indomable en el ejercicio de sus funciones, la integridad de los cancilleres franceses que la historia ha inmortalizado, una escrupulosidad minuciosa y precavida, y la mayor consagración; y era allí donde desplegaba todo el valor cívico de que estaba dotado.

Como Ministro del Tribunal de Cundinamarca, condenó á muerte al señor Jesús Malo por la que éste diera á su hermano José María Malo Blanco. La pena de muerte horrorizaba á su alma sensible y delicada. Contra la pena de muerte se había pronunciado la sociedad abiertamente; y ya, después de mucho tiempo de no presentarse ese espectáculo sangriento, había una verdadera indignación contra los que volvían á ofrecerlo. El partido radical quería impedir la ejecución á todo trance, á fin de que, en adelante, á nadie se pudiera condenar á la pena capital; la caritativa piedad del Prelado se interesaba por el que iba á morir; la familia misma de la víctima no quería que hubiese un arcabuceado entre los suyos; la esposa del delincuente, hermosa señora, le suplicaba presentándole un niño de pocos meses; los amigos de Narváez lo asediaban; y todo género de empeños, ruegos y súplicas fueron impotentes para que él dejara de cumplir con la ley: él, cuyos ojos se inundaban de lágrimas á la sola relación de una desgracia, y cuya exquisita sensibilidad hacía plegar su alma como la de una doncella en presencia del dolor, fué inflexible. Dichosamente hubo otros medios para salvar al señor Malo.

Narváez estuvo por muchos años en ejercicio de la magistratura; fué el abogado de más fama; tuvo á su cargo los negocios de mayor confianza, como mortuorias, albaceazgos &c., y murió pobre, muy pobre, después de una vida de severa y modesta economía; todo lo cual lo hizo acreedor á los honores que se le tributaron á su muerte. Pero si se considera que al lado de Narváez la sociedad ha visto levantar fortunas colosales á abogados que

han negociado con la justicia, se echará de ver que esta ovación rendida á la probidad y á la virtud, era también una lección para esos hombres que la sociedad tolera, pero á quienes no perdonará nunca.

Narváez dió en cierta ocasión un fallo que le valió el desafío de un caballero. Fué al campo del honor y estuvo con serenidad. Al día siguiente se arrodillaba á los pies del Prelado, pidiéndole que le levantara la excomunión en que había incurrido. Este rasgo da una idea cabal del carácter y creencias de Narváez.

Aquel caballero fué después leal y entusiasta amigo de Narváez, admirador de su talento y probidad; y á él confiaron sus herederos el arreglo y cuidado de su valiosa testamentaría.

Narváez no tuvo juventud, si ésta es la edad de las ilusiones, los ensueños, los placeres, la disipación y los vicios; pues su carácter serio y reflexivo lo apartó del bullicio, su amor al estudio le arrebató las más bellas horas, y la mayor parte de sus ilusiones murieron en flor.

Amó mucho, amó con ternura, con delirio, con adoración á una mujer, como puede amar un niño, como amaría un hombre que divisase en sueños un arcángel; y bajo la ruda corteza, bajo ese continente frío y sereno, ardió por mucho tiempo un fuego que consumió su alma, que le preparó una vejez temprana, y que le quitó todo vigor para luchar con las pasiones, con la soledad y el aislamiento.

Cuando la desgracia vino á cubrir con un manto de lepra á su noble hermano Juan, fué cuando el corazón de Narváez desplegó toda su energía, cuando mostró que eran inagotables su ternura y su amor, y acreditó una virtud admirable y una constancia á toda prueba. Ahorrarle dolores y lágrimas al proscrito; proporcionarle goces en medio de su infortunio; llenar todos los momentos de su vida para que no sintiera la desesperación; no dejarle ver la pobreza ni la soledad á que estaba condenada su vida por la suerte; hé aquí el poema que Manuel Narváez escribió por mucho tiempo: y él, que no era poeta, realizó esta obra sublime y conmovedora, que no concluyó sino llevando á su hermano al sepulcro, mientras preparaba el viaje que pronto debía emprender él mismo.

Si los más bellos días de mi infancia; si las hermosas horas de embriaguez y de amor fueron para mí santificadas por su amistad; si en los momentos de suprema amargura, siempre que lloré encontré en él consuelo; si en la pérdida del padre, de la madre, del hermano y de las hermanas él estaba conmigo, y al volver la mirada atrás encuentro mi vida identificada con la suya, ¿quién vendrá á colmar el inmenso vacío que su muerte dejó en mi alma? ¿Cómo empezar de nuevo, y viejo ya, una carrera en que me

falta su leal cariño, su oportuno consejo, su amante solicitud, su festiva risa en mis dichas, sus lágrimas en mis dolores ?

Cuando el cedro es abatido por el hacha del leñador, cae también la hiedra que lo envuelve ; pero quitarle, cuando el huracán gime y dobla los ramos, la planta que á su lado creció, aquella que amó y con la cual, abrazado y unido, estaba acostumbrado á desafiar las tempestades, eso es cruel. Perder la amistad de la niñez, de la juventud, de la edad madura, esa amistad íntima y sagrada, coronada con todos los recuerdos, y en el momento en que es más fuerte la tempestad y cuando ya la edad y las contrariedades han debilitado el espíritu y doblado el vigor, es una gran pena. ¿ Se ha prolongado demasiado mi existencia, que ya el vacío se extiende á mi rededor, y que todos los nombres que de niño amé están ya escritos sobre mármol ? ¿ Es éste un castigo, ó una expiación por haber amado demasiado la vida, por haber encontrado bello el mundo, dulce la amistad, suave el amor, encantadora la existencia y prodigado al amor, á la familia, á la amistad mi corazón, mis sueños y mi alma ? ¿ Es que la amistad y todo lo noble, generoso y santo no tiene en el mundo más que un templo sombrío para rendirle adoración, que es el sepulcro ?

En ese templo cuyos límites son la nada y la eternidad, está ya extendido el cuerpo de mi amigo, frío, inanimado, impasible á mi llanto, indiferente á mi dolor; y allí fuí á ofrecerle ¿ qué ? ¿ flores ? Mi esposa colocó una guirnalda en su féretro, que ya está marchita, y mi dolor aún vive. ¿ Lágrimas ? Ayer regué el polvo de su huesa con las mías, y después no encontré ni señal ; el sepulcro es árido, el suelo estéril, y el hombre no se renueva, como las plantas, con el riego.

¿ Qué hay inmortal ? La virtud, á la que Dios presta sus galas y le da su poderoso aliento para que venga á vivir entre los hombres; y la más sublime oración del espíritu, la que es propia de los sepulcros, es el recuerdo consagrado á los hombres que, como Manuel I. de Narváez, sirvieron á la justicia, y al pasar por la tierra honraron la virtud y amaron la verdad.

Antonio R. de Narváez fué el mayor de los varones de la familia y el último á quien la muerte arrebató.

Sus fáciles y suaves modales, el lustre de su familia y una figura simpática y agradable, le dieron en la sociedad un rango distinguido ; y por mucho tiempo, entretenido con sus encantos, seducido por las fiestas, sólo pensó en gozar de su juventud y en apurar la copa del placer.

Mas de repente suena el clarín guerrero : late su corazón con nuevas emociones, la sangre de Narváez aun hierve altiva ; la campaña lo llama, la pelea lo seduce y la gloria militar, esa maga que entre el fragor del combate, al ruido de las armas que se chocan y entre el humo de la pólvora se muestra más hermosa que ninguna mujer, para adornar nuestras sienes con el laurel de la victoria; la gloria lo llama, y él abandona el hogar querido, los besos de su madre y los encantos de la ciudad, para sentar plaza de soldado.

Es necesario haber hecho largas campañas para conocer el mérito de este joven que abandonaba la ciudad y sus goces por ir á hacer la guerra de Pasto en 1841. Es preciso saber que en Colombia la guerra es cruel, y que si el valor es común, éste no es la primera de las cualidades en un oficial, pues están primero la resignación para todos los sufrimientos, para todas las penas, para sentir hambre y sed, para caminar á pie por desiertos arenales, como los del Tolima ó de la Costa, ó dormir á la intemperie en los páramos helados del Ruiz ó las cimas del Suratá, para atravesar á nado ríos caudalosos y emprender retiradas por selvas impenetrables.

A cada instante hay que dar un asalto ó salvarse de una emboscada, y la vida siempre está en peligro; sufriendo enfermedades se llega al día de la batalla, dada por jefes decididos que mandan á la muerte á sus valientes batallones, y cuya gloria está en el mayor número de vidas que ha costado la victoria.

Antonio R. de Narváez se fué muy joven á la campaña de Pasto, y volvió hecho un oficial de honor, conocedor del servicio, exacto en la disciplina, maduro en sus determinaciones y mereciendo el aprecio de sus jefes.

En Colombia se habita en un suelo eternamente agitado ; el cráter de los volcanes está siempre arrojando humo y fuego; la atmósfera parece incendiada por la electricidad, y las tormentas revolucionarias y las guerras civiles se suceden unas á otras, como los rayos y los truenos en una noche de tempestad.

El Coronel Antonio R. de Narváez atravesó por todas ellas, y no dejó ni un recuerdo doloroso ni una huella de sangre.

Cuando al rey de España, que estaba en Cádiz, le presentaron la cuenta de los millones de duros que las murallas de Cartagena costaban, se asomó al balcón que daba sobre el mar, y les dijo á los cortesanos :

—No las veo.

—¿ Qué, señor ?

—Las murallas de Cartagena que tanto dinero han costado, que indudablemente han de ser tan altas que desde aquí se divisen.

En contra de Cartagena hay una anécdota del doctor Vicente Lombana que hace reír.

Discutíase en el Senado un proyecto cuyo título era :

Ley por la cual se auxilia con $ 100,000 la apertura de Boca-grande.

—¿ Dónde es eso ? preguntó un tunjano.

—Pues está claro ¿ hay boca más grande que la de Cartagena ?

El magnífico espectáculo del mar inmenso, sin límites ni fin, llena el alma de sublimes ideas y de poéticas sensaciones. Se sigue con la mirada la onda leve hasta perderla en el horizonte : extasiado contempla uno la estela espumosa y llena de luz que deja el buque en su rápida carrera, y se deleita viendo morir el sol en occidente, en un lecho de fuego, mientras que sus últimos rayos esmaltan de oro y grana el firmamento azul.

Y esa onda de forma voluptuosa que por un instante llevó sobre sus espaldas nuestro buque y que se contempló con encanto, que inspiró nuestra mente, se va ! se va fugitiva, allá, á la inmensidad, de donde jamás volverá ; como esas ilusiones de la vida que acariciamos en nuestra juventud, que forman el encanto y la alegría de un momento, que las amamos con delirio y que después se van para no volver jamás y para perderse en el abismo insondable del pasado.

La inmensidad tiene un poder mágico sobre el hombre, y el alma despliega su magnífico vuelo en presencia de lo infinito, que va siguiendo del mar inmenso al espacio celeste, de allí á la bóveda estrellada y de allí... perdiéndose en las infinitas sendas que los astros siguen en su eterno girar, vive por siglos, contemplando desde la creación hasta la inmensa catástrofe que todo lo ha de destruír, y vive con una vida múltiple, y con divina inspiración, en sólo el instante en que dirige del buque su mirada al cielo.

¿Qué es la vida del hombre, sino la onda leve que por un momento aparece en medio del tumulto de millones de ondas que se agitan y la empujan, y que desaparece pronto, sin dejar en el océano rastro de su ligero paso ? Las olas á veces se encrespan, se amotinan y forman furiosas tempestades que hacen hundir el bajel que sobre sí llevan, como la humanidad á veces se amotina, se levanta y hace hundir en un momento la civilización que sobre sus hombros ondulantes se había levantado y que estaba destinada á vivir largos siglos.

Es poético á la orilla del Fucha, respirando uno el perfume de las rosas y estando acariciado por una brisa suave, contemplar las ondas cristalinas del río, que, como jóvenes amantes, van pasando en el suave camino de la vida,

haciéndose juramentos de fidelidad y de constancia; y es grato escuchar sus cantos de felicidad y el ruido de los besos que debajo de los salvios se dan. Es hermoso atravesar las corrientes del turbio Magdalena en medio de las selvas primitivas, verlo correr impetuoso en busca de su destino y escuchar el rumor que las ondas van dejando á su paso ; rumor que tiene algo de terrible, como la protesta de Caín contra su destino, lanzada al huír de las habitaciones de los hombres; pero sólo es sublime estar en medio del mar, viendo agua y cielo, y oyendo el rumor siniestro y misterioso de sus olas, que son como el eco de la eternidad.

Por la noche, en el mar, la luna sale del fondo mismo del océano, como una ninfa que, undida en las aguas, levanta apenas su cabeza entusiasmada y acaricia al universo con su sonrisa apacible y su mirada de luz. Después se va levantando erguida y radiante sobre el mar, dando un tinte de plata al azul de las aguas y dejando entrever el horizonte hasta que domina magnífica en el cielo, y llena de esplendor y de luz derrama la claridad por todas partes.

La contemplación de la inmensidad del Océano me inspiró los siguientes versos á

DIOS.

Largos años pasaron de mi vida,
Pasó la infancia con sus bellos días,
Pasaron las sencillas alegrías,
La edad de ensueños y de fe pasó.
Pasó la juventud, que con su gloria
Iluminó mi porvenir brillante,
Pero esa luz, que ardiera un solo instante,
Con el soplo del tiempo se apagó.

¿ Qué me han dejado los pasados años
Al hundirse en la noche del olvido ?
¿ Tanto mortal afán, tanto gemido ?
¿ Tantas horas de duda y de pesar ?
Y del placer los goces voluptuosos
Que embriagaron mi loca fantasía,
Con el amor, la gloria y la poesía
¿ Qué perfume dejaron al pasar ?

Mi pasado es un templo derruído,
Donde el fulgor de lumbre que declina
Con moribundos rayos ilumina
Mis ídolos de amor volcados ya;
Volver allí, volver con los recuerdos,
Profanar su silencio con cantares,
Querer quemar incienso en sus altares
Es ilusión : el templo rodará.

Y hoy, ya triste, un aliento soberano
Sobre el mar tormentoso me levanta,
Y esta profunda soledad me espanta
Y me hace de pavor estremecer.
¿ Dónde fijar los ojos extraviados ?
El abismo á mis plantas, el abismo
En el callado cielo, y en mí mismo
Hallo el abismo de mi propio sér.

¿ A qué tiendo ? ¿ qué grave voz me llama ?
En el volar tranquilo del ambiente,
En el murmurio de apacible fuente
Yo supe oír desconocida voz;
La misma que hora escucho entre las olas,
Donde reinan eternas soledades;
La que brama en las roncas tempestades :
Y esta voz debe ser la voz de Dios.

La voz del que derrama como lluvia,
Sobre la inmensa bóveda vacía,
Los universos que su mano guía,
Y eternamente igual hace girar.
La del que el sol, la luna y las estrellas,
El leviatán, el león y la paloma,
La música, las flores y el aroma
De la nada y del caos pudo sacar.

La voz de Aquel á quien humildes todos,
El sol radiante iluminando el día,
Y la azucena dando su ambrosía
Le rinden fiel y eterna adoración.

Porque del mar el rebramar sombrío,
El terrible rugir del león valiente,
Y la canción de pájaro inocente,
Himnos de amor y de alabanza son.

Si una centella de la luz divina
Hace inmortal y eterna mi existencia,
Si es mi alma un soplo de la eterna esencia,
Yo quiero ver á Dios en donde está.
Quiero escuchar la voz solemne y grave
Que siempre está la eternidad oyendo,
La que van estas ondas repitiendo,
La que al fin de los tiempos vibrará.

El Almirante Villalobos metía mucho ruido en el vapor refiriendo sus proezas marítimas, sus batallas y sus abordajes, y había logrado un asiento al lado del Capitán y se veía rodeado de todos los que hablaban español y estaban pendientes de sus labios.

Yo no lo conocía, porque me veía obligado á no bajar al comedor por el mareo, y porque siendo, como soy, naturalmente huraño, permanecía siempre lejos de los otros pasajeros; pero una noche que estaba sobre cubierta, tendido en uno de los duros bancos que sirven de asiento á los pasajeros, oí á un caballero que, con voz arrogante, contaba en español sus hazañas como marino en el Pacífico, y se refería á la escuadra conservadora, al buque de guerra *General Trujillo* y á la corbeta *Radical.* Llamáronme la atención esas alusiones y me puse á escuchar.

« Solté las amarras, decía, en el puerto de la Buenaventura en la noche del 16 de Noviembre de 1876, y me hice á lavela en la goleta *Radical*, debidamente tripulada, llevando, además, á bordo doscientos hombres de desembarco y cuatro cañones por costado. Al amanecer, con viento favorable de levante, dejé las costas y fuí mar afuera en busca del *Julio Arboleda* y *La Peregrina*, que navegaba á todo trapo con bandera conservadora. A medio día nos avistámos; hice virar de bordo, y cuando estuvo á una distancia conveniente, le eché una carrada de balas con las baterías de la babor, que envolvió al *Julio Arboleda.* El bergantín, así atacado, se vino de frente, mientras que *La Peregrina*, enviándome sus fuegos de costado, logró tumbarme el palo mayor y hacer caer muchas de sus balas sobre la obra muerta. Entonces hice levar la mesana, solté rizos á todas las velas y me fuí á encontrar al *Julio Arboleda,* que

vomitaba fuego por todos los costados, y al que yo le devolvía también bala sin misericordia. Cuando estuvimos á una cuadra de distancia, mis tiradores hicieron descarga cerrada de fusilería y causaron á la tripulación enemiga grandes daños. El choque de los dos buques fué terrible, levantando una montaña de espuma y elevándose el mío hasta el cielo. En el acto eché las jarcias y nos fuimos al abordaje; á la media hora el *Julio Arboleda* estaba en mi poder.

« Propúseme entonces darle caza á *La Peregrina*, que después de haberme estado tiroteando, se había deslizado bonitamente al Levante. Perseguíla sin descanso, y la condenada era bien velera ; díle alcance á la altura de Tumaco, le hice fuego á quema-ropa, y después de dos horas arrió el pabellón y recogió velas, pues ya se iba á pique.»

«Así concluyó la guerra naval de Colombia en la pasada revolución, después de un año de diarios y sangrientos combates.»

¡ Oh poder de la audacia y la mentira !

En Colombia no hay ni ha habido escuadra ; no ha habido guerra naval, ni el Almirante Villalobos es tal Almirante, sino simplemente un muchacho plegador de periódicos de mi imprenta, que tomó servicio en la revolución pasada, que hoy es un pobre Teniente de artillería, y que va á incorporarse á su batallón en Panamá, habiendo conocido el mar sólo ahora, en que por primera vez ha salido de Bogotá.

Por no llegar á Colón el día *4 de Julio*, aniversario de la Independencia de los Estados Unidos, celebrado allí por los yankees con un alboroto y estrépito poco gratos á los ingleses, y en cuyo día suelen cometerse por muchos ebrios infinidad de escándalos en la ciudad, el Capitán del *Tasmanián* puso poco vapor á las calderas, y como íbamos remontando, la navegación fué lenta y penosa. El mar estaba agitado y bravo, el calor era insufrible, y nadie permaneció sobre cubierta.

Es mejor morir que embarcarse en un vapor inglés para cruzar el mar de las Antillas, agitado y tempestuoso siempre, si se tiene la imprecaución de tomar camarote en el costado izquierdo del buque, porque esta es una agonía eterna en que no se llega al descanso del que muere. El olor del buque produce infaliblemente ansias,principalmente al pasar por cerca de la bomba : el natural mareo debilita las fuerzas y produce un malestar inevitable. El sol del trópico cae como una lluvia de fuego sobre cubierta, y calienta el estrecho camarote desde las doce del día hasta las seis de la tarde sin interrupción, enrarece el aire y lo daña, calienta las tablas del buque de tal modo que al andar uno descalzo quemaria el pié, derrite la alfombra de

hule de que está cubierto el piso, y durante la noche mantiene una temperatura superior á la que un sér humano puede resistir.

Sudando, ahogándose, sediento, trastornado, el infeliz viajero, atravesadas como por un clavo las dos sienes, cayéndose cuando intenta levantarse, y exánime y extenuado, no tiene más alivio que tomar limonada fría, y el criado que ha de traérsela se dilata, no llega pronto y muchas veces no se presenta en el camarote. ¡ Qué existencia !

Como algunos de mis compatriotas, quizás alguna vez tengan el mal pensamiento de abandonar sus comodidades y bienestar, halagados por la ilusión de viajar, séame lícito, para evitarles males, darles varios consejos.

1.° Tomar siempre los vapores franceses y jamás los de la Mala Real inglesa. Aquéllos son más cómodos, el servicio es mejor y la comida infinitamente superior. Nada hay más altivo, más insolente y más presuntuoso que el Capitán de un vapor inglés, que cree ser el representante del orgullo del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, señora de los mares. Jamás habla francés ni español : con esto se juzgaría degradado. Le gusta hacer ostentación de su poder y altivez delante de las señoras que hay á bordo, y su mayor placer es representar á lo vivo el viejo papel de *lobo marino.*

Los oficiales son estirados y desdeñosos ; los marineros brutales, y los criados ásperos, duros y poco cuidadosos.

El que se haya sentado á la mesa de un vapor inglés y probado alguno de sus manjares, ya tiene hecho su aprendizaje para el infierno, y no debe temer que le den allí á comer *fierro candente* y á beber *plomo derretido.* Y luego ¿ quién puede estar en aquel comedor caliente, con un olor insufrible y nauseabundo ; viendo ir y venir las lámparas colgantes, y por las claraboyas divisando las malditas olas del mar, que son una pesadilla ?

2.° Hacerse pasar por muy rico, por millonario si es posible, para llamar la atención y merecer las consideraciones de los pasajeros y de los sirvientes del buque. Esto cuesta poco, porque á los pasajeros no hay que darles nada; el precio del pasaje á Europa es igual para el rico que para el pobre, y la propina de los sirvientes es inevitable, aun para el que quiera hacer un viaje muy económico ; y

3.° Hacerse inglés, alemán, turco, ruso ; pero no pasar por español á bordo de un buque inglés.

Hay indudablemente entre las dos razas, la anglo-sajona y la latina, una diferencia tan grande, que, puestas juntas, harían vacilar á los más entusiastas defensores de la unidad del género humano. Esta diferencia levanta entre las dos razas una verdadera antipatía, inspirando al inglés un

ofensivo desprecio por todo español, y al español un instintivo pero indomable odio por todo inglés, y es cosa inevitable un choque cuando los dos se encuentran.

Mi hijo José María estaba tirado sobre uno de los duros bancos que hay sobre cubierta, y por hacer estorbo para una de las maniobras, ó por cualquiera otra causa, un marinero estúpido lo cogió de un brazo y lo arrastró por toda la cubierta como á un perro muerto. A la leona cuando le quitan sus cachorros no la enfurecen más que á mí en aquel momento; y me lancé sobre el marinero con ánimo de extrangularlo. Olvidé que yo era un sér débil delante de aquel gigante de brazos de hierro y piel de ballena; que estaba á bordo, y que aquel hombre, con un leve movimiento, podía lanzarme á las olas y á la muerte; olvidé que estaba *en territorio inglés* y sujeto á la tiranía del sultán, que llaman Capitán, y sólo me sentí animado de todo el odio y con todo el poder de Felipe II cuando mandó sobre Inglaterra la Armada Invencible.

Yo logré que soltara á mi hijo, pero hubo tumulto entre los pasajeros; y habiendo salido el Capitán, todos le hablaron en mi favor, sin que por esto hubiera dejado de llamarme *Maldito español!* y me hubiera amenazado.

Lleno de cólera, ardiendo en ira impotente, y odiando como nadie en el mundo ha odiado, le dije en el mejor inglés que pude:

—Algún día, y esto será muy pronto, he de celebrar el naufragio del *Tasmanián*.

La cólera pasó, y concluído el viaje, no volví á acordarme de tal escena. Un año después, estando yo en París, leí en los periódicos el naufragio del *Tasmanián*, cerca de Santo Domingo. En vez de alegría me dió tal lástima y tristeza, como si hubiera perdido á un amigo ó algo que me perteneciera; y tuve como remordimientos.

En aquellos momentos, en el buque, sentí hervir la sangre de las dos razas á que debo mi origen: la española y la árabe; la primera, la raza del valor, de la energía, de la altivez, de la generosidad, del entusiasmo; la segunda, la raza del corazón, del pensamiento, de la poesía, de los sueños, de las investigaciones, de las ciencias, y á la que debe la humanidad todo cuanto se salvó de la Grecia y cuanto existe hoy de civilización. Tengo orgullo de ser el representante de esas razas superiores en presencia de esa raza anglo-sajona, inferior, fría, inerte, sin alma, sin corazón, y que lo debe todo á su tenacidad y á la falta misma de esas nobles cualidades que á las razas latinas extraviaron.

Séame lícito mencionar lo que la humanidad debe á la raza arábiga,

de la cual, más ó menos, tenemos todos los blancos de Colombia, principalmente los antioqueños decentes, pues los otros de la que tienen sangre es de la semítica ó judía ; porque yo siento algo, algo que no me he podido explicar, que me dice que fueron árabes los progenitores de mi familia ; y todos los Mejías hemos tenido algo indolente, soñador, entusiasta y temerario de la raza arábiga; eso que llevó á Liborio Mejía á morir en el cadalso por la Independencia, y á mí á mezclarme en todas las revoluciones, para recoger odios, sinsabores y amarguras.

Vamos á los árabes.

Después de las conquistas hechas por los sucesores de Mahoma, la dinastía de los Abasidas quedóse dominando el Africa y el Asia; y en las fértiles llanuras del Eufrates, en la Arabia misma, y en las márgenes del Tigris, vuelven á levantar las fantásticas creaciones de Semíramis, reproducen las glorias de Nínive y Babilonia, y sobrepujan en suntuosidad á los Persas.

Ya en el siglo X la bella y nueva *ciudad de la Paz*, la rica y voluptuosa ciudad de Bagdad es el asiento de la civilización, de las artes, de los goces, del comercio y de la ciencia. Codicia Bagdad la posesión de la sabiduría y recuerda que Mahoma había dicho en el Alcorán: «Un entendimiento sin erudición es como cuerpo sin alma.» Los kalifas llaman á su corte á los médicos, á los filósofos, á los literatos, á los artistas, sin distinción de patria ni religión, así cristianos como judíos ó mahometanos; los engrandecen, los agasajan, forman con ellos el vínculo moral único que podía salvar á la humanidad de la barbarie, y á su influjo, en aquella época, renacen los estudios antiguos, griegos y latinos. Imposible es contar las coronas de gloria que los árabes conquistaron en aquella época. Animados de la más generosa tolerancia, encomiendan á los cristianos la versión de las obras de los filósofos griegos; fomentan el estudio de la *ciencia de la razón*; protegen las escuelas de los judíos para la propagación de la filosofía alejandrina; piden á los emperadores de Bizancio que les envíen sus sabios y sus libros; enriquecen sus bibliotecas con los tesoros de la sabiduría persa ; nombran comisiones que traduzcan á Homero, á Tolomeo, á Aristóteles, y crean universidades é institutos científicos en Firuzabad, en Samarkanda, en Bagdad, en Damasco, en Bugda y en Bashorah; adelantan y engrandecen las matemáticas y la astronomía, perfeccionan la náutica y mejoran los caminos de la Meca á Bagdad ó Damasco, frecuentados á todas horas por caravanas inmensas; atraen con su comercio los productos del mundo entero, y poseedores de una gran riqueza intelectual, dan impulso al arte, la ciencia y la poesía.

La civilización que había en el mundo en aquella época se debió á los árabes.

Mientras tanto los mismos árabes invaden á Europa ; entran en la península ibérica ; levantan allí una nueva civilización ; pretenden hacer al mundo islamita, y convertir el Alcorán en la piedra angular del edificio social, intelectual y político del orbe, deslumbrando á los bárbaros reyes de Europa con su ciencia, su poder y su grandeza.

Los árabes de España fundaron ciudades como Córdoba, de la cual decía en su tiempo San Eulogio: « Córdoba, llamada antes la patricia y ahora la ciudad real, por tener en ella su asiento los califas, debe á los árabes el hallarse en la cumbre de la ciencia, de la grandeza, de los honores y de la gloria, colmada de riquezas y convertida en el emporio de las delicias del mundo entero hasta un punto inexplicable é increíble.» En esa Córdoba famosa hay alcázares magníficos: de la inmediata sierra, y por un espléndido acueducto, se ha traído agua que va á todas las casas, alimenta los baños públicos y riega todos los huertos ; las plazas son espaciosas, las calles anchas y enlosadas; no hay un mendigo ; existe una Universidad á donde concurren de todas las naciones de Europa á aprender matemáticas, filosofía y medicina; el más suntuoso Observatorio astronómico es erigido en la Giralda (inmensa torre que hoy mismo pasma al mundo); hay escuelas para todos los niños, alumbrado público, y sobre todo, la famosa mezquita *Aljama* (hoy Catedral de Córdoba), cuya descripción hace así un autor contemporáneo :

« Ved esa casa de adoración majestuosamente asentada al confín meridional de la gran ciudad, junto á la verde orilla del más hermoso río andaluz ; ocupando una extensa área de 460 pies del septentrión al mediodía y de 280 de oriente á occidente, cercada de altos y gruesos muros almenados y bien guarnecidos ; flanqueada en su recinto por robustos estribos, con torres albarranas y un enhiesto minarete; abierta á los muslines por nueve espaciosas y riquísimas puertas exteriores y once interiores, cuatro á cada lado de oriente y occidente, una principal al norte y las once en la fachada interior, dentro del pensil de las oblaciones, comunicando á otras tantas naves del templo. Contemplad la hermosa disposición interna de ese insigne monumento, el gran patio que le sirve de atrio, con anchos pórticos en las tres bandas del norte, oriente y occidente, fuentes para las abluciones y purificaciones, y frescas alamedas de naranjos y palmeras en los lados, y bien dispuestas plantaciones de flores ; luégo el majestuoso buque de la inmensa casa de oración, sencillamente compartido en once largas naves que, dirigiéndose de norte á sur, se cruzan en ángulo

recto con veintiuna naves menores que van de oriente á occidente ; luégo la elegante é ideal combinación de esas galerías, en que las pilastras se sobreponen á las columnas, y unos arcos á otros arcos, dejando paso á la luz entre la columnata superior y la inferior, como remedando la arquitectura, los atrevidos juegos gimnásticos de las ágiles caravanas del desierto : luégo la sabia y ligera forma de esas once riquísimas techumbres de alerce, labradas, pintadas y doradas, que recuerdan al que las mira las sutiles armaduras de las voladoras naves de la conquista. Finalmente, el misterioso y recóndito santuario donde se guarda el Korán, en cuyo recinto ha agotado el arte oriental toda la riqueza de sus recursos fascinadores. Figuráos ahora realzada la imponente majestad de esa gran mezquita con las galas de que pueden revestirla el más exquisito gusto y la riqueza, de consuno con las exigencias de una religión inventada para cautivar los sentidos, y se deslumbrarán vuestros ojos con la masa de luz de los candelabros ; se embriagará vuestro olfato con las preciosas esencias quemadas bajo aquellos taraceados artesones; halagarán vuestro cuerpo las libres auras primaverales, impregnadas de azahar, que se deslizarán por vuestra sien trayendo deshechos en ráfagas los trinos de los ruiseñores con los globulillos del agua que se estrella contra el duro mármol de las fuentes.

« Las once grandes puertas que conducen del patio á la mezquita están abiertas, y son once soberbios arcos ultra-semicirculares y dobles, todos en fila, sostenidos por esbeltas columnas de mármol, como lindas esclavas gemelas que, dando la espalda al majestuoso dueño, se enlazan entre sí, volteando lindas guirnaldas. Estas once puertas muestran á los que cruzan el atrio el interior del templo como en combustión; y á los que ocupan el templo, los jardines del suspirado edén, donde bullen las aguas y brillan los rayos del sol por entre las verdes ramas, cuajadas de pomas de oro. Hé aquí la santa casa de oración, que sobrepuja en suntuosidad y en belleza á todas las que hay magníficas en Siria y Persia.»

Cuando todo en Europa está envuelto en tinieblas ; cuando Inglaterra es una isla miserable, pantanosa y habitada por salvajes sajones que sufren el yugo del normando ó del que llega á las puertas, y se muestra rebelde á toda civilización, los árabes de España comunican á las otras naciones la luz que entre ellos resplandece, y les enseñan á contar lo mismo que á resolver altos problemas científicos. La literatura llega á un alto grado de esplendor; y sólo las naciones que tienen algún contacto con los musulmanes empiezan á aprender sus poesías y sus gallardas anécdotas. La música se oye allí como si hubiese bajado del cielo únicamente para ensalzar las glorias y el poder de Alá ; y sabios, ricos, guerreros, nobles caballeros, los

árabes de España son, después de los griegos, la raza á quien más deben la ciencia y la civilización.

¡ Qué ciudades ! ¡ qué monumentos los que se levantaron en la España arábiga! Murcia, Bilbao, la imperial Toledo, Algeciras y Granada: la poética, la hermosa, la gentil Granada, sueño de hadas y emporio de grandeza, asiento de la civilización, con esa Alhambra levantada por los genios, y que es la ciudad de los recuerdos, de las tradiciones y de las fábulas que han llenado el mundo por 400 años !

Oh ! y España fué la legítima reina y señora del mundo, mientras que Inglaterra no era nada ; y después esta nación egoísta, astuta como un *parvenu*, se ha apoderado de todas las grandezas y bienes de la familia, sin que nada le hayan costado, sin tener que mantener siquiera el brillo del escudo heráldico del que nace caballero, y lo ha debido todo á la casualidad ó á la perfidia.

Cuando Inglaterra nada había hecho en favor de la civilización; cuando su isla brumosa se incorporaba entre las naciones de segundo orden, hace tres siglos apenas, España tenía por residencia, bajo el más hermoso cielo, la península ibérica, bañada al levante por el Mediterráneo, al occidente por el Atlántico y separada del Africa sólo por el estrecho de Gibraltar.

Era dueña de Serpa y de Tanger, poseía á Gibraltar, y, según quería, abría ó cerraba este estrecho y hacía del Mediterráneo un mar ó un lago interior. Tenía sobre este mar veintiocho puertos espléndidos y treinta sobre el Océano, de donde enviaba sus innumerables armadas á hacer descubrimientos, á dominar el mundo y á llevar el prestigio de la Cruz ; mientras que sus comerciantes llevaban á todas partes el bienestar, la civilización y el adelanto.

Poseía en Africa, conquistados por ella después de largas guerras, el Peñón de los Vélez, Melilla, Orán, Marzacabil, Nazagán y toda la costa desde el cabo Gardafú. En Asia se había hecho señora y dominaba en Ormuz, Diu, Goa y Malaca, Daman, Bacin, Zanda, Ciaul, en donde tenía grandes centros comerciales; poseía los grandes reinos de Camanur, la Cochinchina y Colan y toda la ribera del Océano Índico.

Daba leyes á Cerdeña, Sicilia, Nápoles y los Países Bajos.

Tenía en el mar innumerables islas: las Baleares, las Canarias, las Azores, Santo Puerto, Madera, Cabo verde, la isla de Dios, Mozambique, la isla de Baaren, Manar, Ceilán, las islas Filipinas y las islas del mar del norte, todas ganadas por conquista y convertidas en grandes centros comerciales.

No contenta España con esto, insaciable de ambición y de gloria, mandó á Colón á descubrir la América, y luégo á Hernán Cortés, á los Pizarros y á Almagro, á Gonzalo Jiménez de Quesada y á otros mil héroes, valientes como Alejandro, sufridos como los espartanos, arrogantes como Bayardo, temerarios como Carlos, á que subyugasen los pueblos que la habitaban ; y ordenó que desde el Cabo de Hornos hasta la Florida, así como en Cuba, Jamaica y demás Antillas, se estableciesen colonias con carácter de provincias españolas, y enlazadas por el vínculo de una misma lengua y una misma religión, en donde se venerara al Rey de España, se hablara el español y se ádorara la Cruz ; colonias que hoy forman las nuevas repúblicas de Sur América y gran parte de los Estados con que principió á fundarse la Confederación americana.

Pero España hizo más. El turco salido del fondo del Asia, bárbaro, feroz, salvaje, indomable, venía haciendo una excursión sangrienta y terrible, sin que nada pudiera resistirle; arrasaba á su paso todas las regiones, incendiaba las ciudades, talaba los campos, esterilizaba la tierra, difundía la peste; ya era dueño de todo el Asia y de gran parte del Africa; se había instalado en Constantinopla, capital del Imperio griego y metrópoli de la civilización; había esclavizado la Grecia, poseía las bocas del Danubio, había echado á los caballeros de Malta y asolaba la Italia; tenía una armada tres veces superior á las de todas las naciones cristianas juntas, y ya iba á poner en el centro de Europa la cola de caballo, estandarte de sus ejércitos, cuando España manda su armada á las órdenes de don Juan de Austria; desafía á la del turco, la ataca, y el día 7 de Octubre de 1571 la vence en la memorable batalla de Lepanto, en que se salva así la civilización y el cristianismo.

¿ Qué hacía entretanto Inglaterra ?

Enrique VIII degollaba á sus mujeres, y, según la expresión de la época, *los que estaban por el Papa eran quemados y los que estaban en contra eran ahorcados*; la nobleza mantenía al pueblo en constantes revueltas, ó Isabel hacía morir en el cadalso á María Stuard. ¡Famosas hazañas!

Pero el *parvenu* ha crecido y hoy es dueño de todo lo que España descubrió, conquistó y dominó ; y su bandera cubre todos los mares. ¡Casualidad ! ¡ Astucia !

Inglaterra no quiso auxiliar á Bartolomé Colón, y España envió á Cristóbal Colón. Cuando España había atravesado el estrecho de Magallanes, Drake vino por primera vez á América ; y cuando Raleigh vino en pos de las minas de Guayana, ya España tenía fundada allí una ciudad y lo recibió cual merecía—á cañonazos. Cuando Cavendish y Haukings se aventuraron á dejar las costas de Inglaterra para emprender grandes viajes,

ya España conocía todas las partes del mundo como su propio territorio. ¡ Maldita sea la casualidad !

Felipe II envió sobre Inglaterra la *Armada Invencible*, compuesta de veinticinco grandes naves de Sevilla, veinticinco de Vizcaya, cincuenta de Cataluña y de Valencia, cincuenta de la Costa de Levante, veinticuatro goletas de Guipúzcoa, ciento de Portugal, diez y ocho galeras de Nápoles, doce de Sicilia, veinticuatro de Cádiz y treinta urcas de Alemania, en todo trescientas velas, manejadas por nueve mil marineros.

Esta flota llevaba un ejército de veinticinco mil españoles, cinco mil italianos, seis mil canarios, veinticinco mil alemanes, mil doscientos soldados de caballería y el resto de los diversos dominios de España, hasta completar setenta y seis mil hombres.

Acabó con este monstruoso armamento (que hubiera aniquilado á la débil Inglaterra) una tempestad que sobrevino la noche del 2 de Septiembre de 1588. ¡ Esta tempestad cambió la faz del mundo !

CAPITULO VI.

La ciudad de Colón—Ferrocarril de Panamá—Ricardo de la Parra—Jamaica—Haití—La Española—Santo Domingo—Expedición de los Cayos.

LA ciudad de Colón, adonde llegámos el día 5 por la mañana, se compone casi toda de casas de madera colocadas en un lugar bajo y pantanoso, sin tener hermosa vista sobre el mar, ni aspecto risueño; pero como allí llega el ferrocarril que de Panamá viene, y es la escala obligada de muchos vapores, hay alguna animación, y apenas pudiera creer uno que está en su patria, pues casi no se habla español sino inglés, y la población se compone de negros de Jamaica, chinos y yankees. Aspinwall la llaman los americanos en honor del Director de la Compañía comercial que hizo el ferrocarril al través del Istmo, lo que prueba el carácter de la raza anglo-sajona. En opinión de ésta, la gloria del inmortal navegante debe estar debajo del mérito que tiene el comerciante que desde su escritorio en Nueva York dirigió la obra del ferrocarril.

Aspinwall se llamará quizá en el porvenir, porque la raza española del Istmo nada va á significar ante la inmensa emigración que, dirigida por los yankees, inundará estas regiones; porque la soberanía de Colombia es ficticia hoy, y será imposible mañana; y porque siendo ineficaz el ferrocarril para el comercio del mundo, habrá de hacerse un canal interoceánico, y este canal será inevitablemente de los americanos del Norte, el día que quieran, aunque el canal sea abierto por otros, y entonces se establecerán aquí para ser señores absolutos de toda la América.

Querer Colombia impedir esto, es querer detener una ola del océano. Llamar en su auxilio á las naciones europeas, cosa inútil, que le traerá dificultades y complicaciones solamente, pues ocupadas todas aquellas naciones en sus propios negocios, y en su política, más y más complicada cada día, ninguna de ellas vendrá á batirse con los poderosos yankees por garantizarnos el Istmo ; y á los Estados Unidos les bastará comprar caras las acciones del Canal.

Lo único que en previsión de aquello puede hacer Colombia, es adelantarse á garantizar, como pueda, la existencia de la poca población indígena que existe en Panamá ; asegurar sus derechos y sus intereses, y luégo, en la forma de concesión ú otra más digna, entregar á los americanos el Istmo. Más tarde esto que ahora se mira con horror, se hará por la fuerza é inevitablemente, y la suerte de los infelices españoles que queden será muy triste.

El ferrocarril viene cargado de café y otros productos de las Repúblicas de Centro-América, que tienen que sacarse al Pacífico antes de atravesar el Istmo ; y Panamá, que tiene mayores facilidades, nada exporta. Costa Rica, con población casi igual á la del Estado de Bolívar, exporta diez veces más que éste, situado al frente de Europa. Las Repúblicas del Pacífico, apartadas de los principales centros comerciales del mundo, y cuyos productos tienen que pasar por nuestro territorio ó dar la vuelta por el Cabo de Hornos, están prósperas y florecientes, y Colombia está pobre, sin exportación, sin comercio, y ha quedado muy atrás en el camino del progreso. Esta es una maldición.

La Emperatriz Eugenia, de la familia de los Montijos de España y esposa de Napoleón III, déspota que por cerca de veinte años dominó á Francia, corrompiendo las costumbres y degradando el carácter nacional ; esa simpática y dulce mujer inmortalizó su nombre, como lo hizo Santa Helena con las iglesias que levantó en Oriente, regalando á Colombia la hermosa estatua de bronce de Cristóbal Colón que se ve en este puerto.

La estatua es colosal, magnífica : en nada inferior á la de Nelson en la plaza de Trafalgar en Londres ; de pureza y perfección admirables, y de gusto exquisito.

No está el Almirante dominando los mares con su mirada arrogante; no está aplacando la multitud amotinada, ni con el estandarte de España en la mano y tomando posesión de estas regiones, como uno se lo imagina. Está Colón bondadoso, jovial, apacible, paternal, echando los brazos á una hermosa india á quien ha sorprendido debajo de unas matas de plátano,

y que azorada lo mira, vacilando entre huír por miedo, ó enamorada arrojarse en sus brazos.

Dice al pie:

VICENZO VELA.

Torino, 1866.

Hay en Colón otro monumento, muy grato para los amantes del progreso, y que está enteramente de acuerdo con el espíritu del siglo, que rechaza ya la gloria militar sangrienta y cruel, y que trata de elevar la gloria industrial que tiende á extender la civilización en el mundo y á mejorar la condición de la humanidad. Este monumento es el levantado por la Compañía del ferrocarril de Panamá á los iniciadores de esa obra y á los que murieron en la ejecución de ella.

Se compone de una base de granito negro, sobre la cual, en forma de medallones de mármol blanco, están los bustos de tres personajes, terminando el monumento en un cono de granito rojo, bruñido, de mucha elevación y admirablemente trabajado.

La ciudad es muy fea, pero en los alrededores y sobre la costa hay lindas casas, residencia de los directores del ferrocarril y demás altos empleados, rodeadas de jardines, cuidados con el mayor esmero por sus familias, que han traído á esas regiones el bienestar y el *confort* de la vida civilizada y elegante de Nueva York.

En Colón vimos por primera vez un *chino*, y luégo conocimos á varias familias de esa raza, verdaderamente *amarilla*, fea y repugnante.

Los *chinos* que á Colón han llegado son la espuma de las olas sin número que del Celeste Imperio han invadido á California, y muchos de los Estados del Sur de la Unión Americana, llegando hasta la Habana y el Perú; olas que no calman, que todos los días crecen é invaden una región, y que al fin van á ahogar la raza blanca y quizás á matar la actual civilización.

Los comunistas de Europa inspiran terror á los políticos, creyendo éstos seriamente amenazada la existencia y la sociedad actual por las doctrinas de aquéllos; sin desconocer que el peligro existe, y que es preciso prevenirlo dando una mejor organización á la sociedad, de manera que ella sea ventajosa para el mayor número y ampare á todos, no juzgo, sin embargo, que peligre la civilización. La *jaquerie* en Francia fué una verdadera cruzada comunista; y en Alemania los *husistas*, verdaderos comunistas desesperados que habían enarbolado una bandera que decía *Venganza del pequeño contra el grande;* que derribaron al rey Segismundo y lo echaron á

Niuga; establecieron un congreso Czaslau; derrotaron dos cruzadas enviadas por el Papa Martín V; batieron ocho veces los ejércitos que los atacaron, mandados por los primeros capitanes del siglo; perecieron, sin embargo, todos estrellándose contra los grandes y verdaderos intereses de la sociedad. Así pasará á los comunistas.

El peligro inminente para la raza blanca y para la civilización que ha levantado, está en la *raza asiática*, y en su invasión sobre las regiones ya civilizadas, favorecida, buscada y empujada por los mismos blancos.

Las razas china, couly, india, japonesa y todas las asiáticas son completamente diferentes de la blanca europea, y están en razón de ciento á uno. La población en Asia no cabe ya y tiende á derramarse en todas formas sobre el mundo. Tras de algunos miserables chinos que empezaron á sacarse como esclavos por los comerciantes de carne humana, se ha venido la corriente: débil arroyo al principio, luégo impetuoso torrente, y ahora caudaloso río, que no alcanzará á detener el esfuerzo de Europa y América unidas.

Pero en vez de diques se abren canales á este río. El chino es un peón barato y sufrido, y con chinos se ha reemplazado á los negros en los Estados del Sur de la Unión norte-americana; el chino es un marinero económico, y con chinos se han llenado todos los buques de los Estados Unidos; el chino es humilde, oficioso y el servicio de las casas en aquel país está en poder de los chinos. En California no dejan trabajo para los blancos en los talleres, ni en el comercio por menor, ni en las calles, por lo cual ellos tienen que apelar á la violencia.

El jornal del obrero en Europa y América apenas le alcanza para su familia, y todos los días se hace más exigente y difícil. Para reemplazarlo se emplea en América á los chinos, que no tienen ni familia ni aspiraciones, y que ofrecen su jornal por la mitad.

Inglaterra empezó, á la sola perspectiva de una guerra con Rusia, á mover sus tropas de la India; Inglaterra puede poner un ejército de indios diez veces superior al de todos las naciones europeas; ejército que formará tarde ó temprano, porque tendrá guerras continuas, y éste será el único medio de vencer y de salvarse. Una vez dirigida la inmensa población de la India hacia Europa, nadie la contendrá, y al estar su ejército victorioso, no habrá quien lo haga volver al Asia.

Así va á concluír la civilización del siglo XIX y el dominio de la raza caucásea.

El Istmo de Panamá es la portada de Colombia, y el mundo general-

mente no conoce de nuestro país, por desgracia, más que esta portada, por la cual nos juzga y con razón nos condena.

Desde hace treinta años, cuando las minas de California y sus soñados *placeres* de oro llevaban allí á todos los desheredados, á todos los aventureros y á todos los bandidos del mundo, el tránsito obligado era por Panamá, subiendo el río Chagres por en medio de las mayores dificultades y miserias. Muchos de los pasajeros morían de fiebres; otros eran asesinados por bandidos á la vuelta de California para robarles el oro; y algunos se volvían al considerar los innumerables trabajos que les ofrecía la travesía del Istmo; y el que regresaba á su país relataba, quizás exageradamente, lo malsano de estas regiones y su horrible barbarie.

Después se estableció por una compañía americana el ferrocarril de Panamá, por el cual pasan todos los que vienen de California, de Centro-América y de las Repúblicas del Pacífico; y pasan como por delante de un apestado, sin detenerse un momento y sin volver siquiera á mirar á uno y otro lado.

Verdad es que nada les es grato: Panamá es una ciudad sucia y sin atractivos; el trayecto se hace por entre selvas primitivas, y Colón es un pantano. Por otra parte, muchas veces los combatientes en las no escasas revoluciones del Estado de Panamá han mostrado su salvajismo á los ojos de los viajeros; y se publica, además, en esta ciudad, en inglés, un periódico, el *Panamá Start*, que se ocupa en comunicar al mundo, exageradamente, todos nuestros escándalos.

El Istmo, á pesar de ser el entrepuente del mundo y no obstante el gran movimiento que por él ha habido en los últimos treinta años, no ofrece un territorio cultivado, ni su población se educa, ni mejora moral, material é intelectualmente.

Cuando el canal se abra, los buques pasarán por allí como en alta mar, sin dejar más que una estela espumosa que las ondas borrarán pronto.

Era yo muy joven cuando se le hizo á la compañía del ferrocarril de Panamá la concesión del privilegio, y entre otros derechos se le concedió el de las tierras baldías situadas á los extremos del ferrocarril, dejando, eso sí, porciones iguales á uno y otro lado, que el Gobierno se reservó.

Las tierras que á la compañía se adjudican, se decía entonces, van á ser pobladas inmediatamente; en ellas se establecerán plantaciones de caña de azúcar, grandes ingenios, sementeras de algodón y de arroz, y, como por encanto, toda la civilización y progreso de la parte Sur de los Estados Unidos vendrá á Panamá, y éste será un emporio. Las porciones que el Gobierno se reserva tendrán un valor fabuloso, y el dueño de una cuarta

de terreno allí se hará poderoso, gritaba con entusiasmo el malogrado Ricardo de la Parra en aquella época.

Cofre, *corazón* y *cabeza* son las tres cosas indispensables al hombre, nos decía aquel eterno soñador; y para tener cofre fuerte, el remedio es comprar tierras baldías en el Istmo.

Con tales inspiraciones se formó una sociedad en Bogotá, que se hizo adjudicar más de cien mil hectáreas de tierras baldías en Panamá; y Parra se hizo dueño de la Isla del Muerto, donde creía fundar nó un imperio, pues él jamás tuvo ambición, sino un inmenso Falansterio para todos los pobres del mundo.

La compañía norte-americana no ha pedido sus tierras : abandonadas permanecen las que están á los lados ; la Isla del Muerto está desierta, y Parra concluyó sus días en medio de decepciones y miseria.

¡ Cuántos sueños !

Ricardo de la Parra no fué uno de los hombres más notables de nuestra República, pero sí el más raro de su generación, el más extraordinario de su época, el más ajeno á los hábitos, costumbres, vicios é inclinaciones de la sociedad en que vivió, y jamás fué comprendido por sus contemporáneos, ni estimado por los partidos, ni honrado como lo merecía por la misma sociedad.

Ricardo de la Parra era llamado el *indio Parra*, por su color moreno cobrizo, propio de esa raza, aunque sus progenitores fueran de la blanca, ó quizá por el pasmo que causaba el ver que, desde niño, un hombre de ese color hubiese tenido ideas, concepciones y pensamientos que jamás había escuchado á los blancos, y que lo hacían muy superior á todos los otros. Tenía frente espaciosa y bien delineada, cabeza de profeta, mirada de sabio y una boca grande que no alcanzaba á dar salida al torrente de palabras que brotaban de sus labios inspirados.

Jamás hablaba reposado ni tranquilo, cual si un fuego interior lo agitase y á veces lo atormentase como á la pitonisa sentada en el trípode sagrado ; no atendía al círculo que lo rodeaba, ni medía el auditorio que lo escuchaba ; y la revelación de un pensamiento sublime ó una repentina inspiración, lo exaltaba lo mismo en una sociedad de señoras que en el Congreso ó en la soledad, adonde con frecuencia se retiraba á discurrir sobre sus propias dudas y sobre las dificultades de la ciencia.

Parra nunca fué niño, pues la seriedad de sus ideas, el amor al estudio y el instinto de la investigación se revelaron en él aun antes que la adolescencia. Nunca fué joven, ni las pasiones lo arrastraron, ni el placer lo sedujo, ni amó el deleite, ni se dejó conquistar por el atractivo de los vicios.

Nunca fué viejo, pues su alma permaneció hasta lo último apasionada y ardiente, su corazón entusiasta, su imaginación fecunda, su trato sencillo, su amor inocente; y al sentir el beso de la muerte, soñaba, quizá, con el *beso de un ángel.*

Voltaire y Rousseau fueron los maestros de su primera juventud, cuando, sediento de ciencia y ansioso de encontrarla en los libros, leyó del primero la historia, la filosofía, los dramas, las novelas y cuanto produjo ese genio fecundo; pero muy pronto se hastió de aquel frío escepticismo que tan poco armonizaba con su alma, ávida de ciencias y amor, y de esa burla perpetua á lo sagrado, cuando él era entusiasta admirador de lo bello. No así con el autor del *Emilio*, por quien conservó siempre un respeto mezclado de ternura y de dolor, recordando y lamentando con frecuencia que tanta ciencia, tanta grandeza de alma, su elocuencia, sus altas aspiraciones, sus sueños generosos, sólo hubieran servido para llevar á la miseria, al destierro, al aislamiento, á la desesperación, y aun al suicidio, á su inmortal maestro.

Pero no eran los estudios morales y políticos los que más llamaban su atención, sino los que se referían al *alma humana*. Devoró á Bacón, á Descartes, á Tracy, á Kant: los comparó, los adelantó, aprendió fisiología y medicina, y con el escalpelo en la mano fué á buscar el alma, y la encontró donde Broussais no había hallado sino la blanda masa que cubre la región del cerebro.

Embebióse en estos estudios y profundizó de tal manera en el laberinto abstracto del sér, que á sus ojos las funciones del alma llegaron á ser claras y visibles al través del cuerpo, que hizo transparente; y el mundo real fué nada ante el mundo en que él vivía con el espíritu.

Hoy soñador, su espíritu, elevado por el vuelo fantástico del ángel, va hasta Dios, se arrodilla en su presencia y entona un cántico de alabanza con la misma lira inspirada de David. Mañana matemático, resolverá los problemas geométricos con Kepler; medirá los espacios, y describiendo ángulos y aglomerando guarismos, trazará una línea exacta de aquí á Saturno, y á su extremo estará él con el espíritu, importándole poco que le falte el instrumento material que pueda arrastrar también su cuerpo. Y el mismo hombre lloraba con una madre por la muerte de un niño.

Dotado de la más noble generosidad, la del espíritu, repartía sus ideas como un rico pródigo sus dones. Los filósofos, los políticos, los poetas y los ignorantes lo escuchaban, hallando siempre algo nuevo, algo sorprendente, algo superior á lo que ellos habían pensado, concebido ó soñado.

Todo el que lo escuchaba decía : « Esto es verdad ; » y en pos de él hubiera ido la multitud con el mismo interés que en otro tiempo seguía á los profetas, si la realidad de la vida, de la que él andaba siempre apartado, á cada instante no hubiese disipado el encanto de sus palabras.

Apasionado por la naturaleza, la amó confundida con la idea de Dios, la que encontraba en el éter impalpable, en todas las grandes manifestaciones de la materia, en la vida de todos los seres, en la luz de los astros, en el átomo que se mira en un rayo de sol, y en su propio pensamiento ; y para él, sentir, creer y amar, fué siempre una misma cosa.

Arrastrado por el impulso de su poderosa inteligencia, Parra no había meditado en una cuestión, cuando ya la había generalizado y llevado á un extremo en donde para él la verdad brillaba como un fanal en medio del océano, pero donde para los demás quedaba envuelta entre una bruma espesa, y sin utilidad para alumbrar al pueblo ó á la sociedad en las crisis por que atravesaba.

El tenía poder bastante para juzgar y condenar la teogonía de todos los pueblos, la filosofía de todas las épocas, la forma política de todas las sociedades. Sus juicios severos eran incontestables, y á todos los fundadores de religión, á los maestros de moral, á los publicistas y á los reyes, los veía pasar el que escuchaba sus palabras, como en una gran revista, avergonzados de su propia pequeñez. Y sin embargo, Parra no tuvo influencia política en su patria ; no ayudó á luchar contra el poder de una religión que juzgaba opresora ; no fundó, como pudo hacerlo, la escuela de la emancipación del espíritu ; no dió las bases de la moral independiente, y la libertad y la República sólo le debieron un amor puro y leales sacrificios, pero ninguna enseñanza para el porvenir.

Parra había reunido y tenía en su entendimiento todos los tesoros de los conocimientos humanos que los siglos habían ido depositando en la biblioteca de Alejandría ; parecía haber seguido con los árabes el curso de las ciencias; sabía lo que la humanidad debe á la China y al Japón, y cuanto la ciencia moderna ha descubierto de maravilloso. Y no estaba todo esto confundido, mezclado y aglomerado en su mente, pues con admirable y prodigioso instinto había encontrado el camino que une todas las ciencias : la filosofía con la moral, la poesía, la religión, y el lazo místico de cuanto puede servir al engrandecimiento de la especie humana; y repetía con la convicción de un iluminado : « No hay más que un pequeño grupo de verdades, de las que pronto estará el hombre en posesión.»

Jamás dudó de la resolución de los problemas sociales y científicos que hasta hoy han detenido á la humanidad, pues creía que ella iba

en un progreso constante é indefinido, iluminada por el *mens divinor*, que es la misma razón, venciendo obstáculos, descubriendo horizontes y hallando fácil lo que ayer había creído imposible, hasta llegar á la suprema perfección. Esta fe en el porvenir, en el cual vivía adelantándose á su siglo, fué, sin duda, la que enervó su espíritu para luchar también y ayudar á resolver los problemas que á nuestra época y á nuestra generación están encomendados.

Si ha habido en nuestro tiempo un hombre de profunda fe, y de fe entusiasta, éste ha sido Parra ; pero él creía lo que los demás no creen, ó le daba á su fe una forma que armonizaba con la razón, con la ciencia y con la adoración del genio en sus espléndidas manifestaciones. Quizás ésta fué su falta : apasionarse mucho por el genio, mostrándose débil ante su fascinación, y aun sacrificando en su altar algunas de sus más perfumadas convicciones.

No tuvo gracia ni armonía en sus versos, que eran más bien inspirados por la musa de la filosofía ; pero había en ellos siempre profundos pensamientos, delicadezas infinitas, tintes admirables, y la sublime y misteriosa revelación del genio.

Fué valiente, y en las luchas políticas tomó servicio en el ejército para defender su causa; en el combate mostróse sereno, y jamás su mano se manchó con sangre.

Su corazón era una joya de resplandeciente belleza, su carácter benévolo, y su trato sincero y agradable.

¿ Hacer mal á otro ? Nunca. ¿ Por qué ? ¿ Para qué ? ¿ Por odio ? En su pecho había amor al niño, al anciano, al indio, al negro, al sabio, al ignorante, al justo, al criminal, y, sobre todo, al desgraciado. Como miembro de la Cámara de Representantes en tiempo en que se hallaban presos los militares de la revolución de 1854, gritó un día: « Vamos á romper las cadenas de nuestros conciudadanos ;» y quedó sorprendido de que todo el Congreso no lo siguiera.

¿ Por venganza ? A él nadie lo había ofendido, ni herido, ni ultrajado, sin embargo de que se había oído llamar impío, insensato, corruptor y malvado cuando había sido redactor de *El Joven*.

¿ Por celos ? Su amor fué ideal, puro, casto y generoso; y á la mujer la creyó siempre una divinidad impecable, á quien no se tributaba un culto digno de sus merecimientos.

¿ Por interés ? Jamás en su alma tuvo asiento el amor al lucro. Vivió y murió honrado y pobre. Quiso como en una fantasía ser rico, muy rico, soñando encontrar para su patria las fuentes de bienestar y de pro-

greso que él le abría, y de donde sacaba mucho oro para los desgraciados; pues él de nada necesitaba, y despreciaba el lujo, los deleites y las superfluidades.

Parra tuvo grandes desgracias y dolores supremos que á nadie reveló; y en vez de lanzar estériles gemidos, buscaba en la ciencia el remedio á una enfermedad terrible que devoraba á su familia, remedio con el cual habría de salvar también á infinidad de desgraciados que en su patria y en el mundo la sufrían como una maldición.

Su obra sobre « La Elefantiasis de los griegos » es un prodigio de investigación; y él no creía morir antes de ir á Asia en busca del precioso remedio.

Tuvo por Cristo la fe de un discípulo, la admiración de un filósofo, el entusiasmo de un mártir y el amor de una virgen.

Murió en Envigado, Estado de Antioquia, á la edad de 56 años.

A la noticia de su muerte, la Cámara de Representantes acordó por unanimidad la siguiente proposición:

« La Cámara de Representantes lamenta profundamente la muerte del distinguido ciudadano Ricardo de la Parra, y registra su nombre en el acta de este día como un testimonio de reconocimiento á sus virtudes cívicas, su talento y su rectitud de espíritu; y recomienda á la patria la memoria de este apóstol del progreso, que dedicó gran parte de su vida al servicio de la humanidad.»

Esperábamos que el vapor completara su carga y que llegaran los pasajeros que del Pacífico venían, cuando una mañana recibí el siguiente telegrama:

« El Presidente del Estado de Panamá, en nombre de la patria del General Tomás Herrera, saluda al General Medardo Rivas.

Buenaventura Correoso.»

Más galante y más fino no podía ser el telegrama: lo contesté manifestando al General Correoso mi agradecimiento; y conmovido por los recuerdos, quise ir á Panamá á colocar una corona sobre la estatua que tan dignamente han levantado los hijos del Istmo al General Herrera, hombre de los más notables de nuestra historia contemporánea, y que fué devorado, como todo lo bueno en nuestro país, por el monstruo de la guerra civil; pero ya era tarde y no pude cumplir ese deber de compatriota, de copartidario, de amigo y de admirador.

Más que la toma de la Bastilla por el pueblo, admiro siempre en la Historia de la Revolución francesa el acto solemne en que los nobles depu-

sieron ante la Asamblea nacional sus títulos y renunciaron á sus privilegios para fundar el santo principio de la igualdad. Amo á Laffayette, noble, hermoso y rico, consagrado á la causa del pueblo, y me repugna la figura de Marat.

Así, para mí fué siempre muy simpático el General Tomás Herrera, miembro de noble familia, ciudadano de alta posición y de gran valor, que todo lo puso al servicio del pueblo; y como una prueba de mi sincera admiración por sus virtudes, formé parte del grupo de jóvenes que propusieron su candidatura para la presidencia de la República, en oposición á la del General José María Obando, eminentemente popular.

Si nosotros hubiéramos triunfado, la idea de las *dictaduras* en Colombia se habría perdido para siempre; la de Melo no se habría sentido, y la desastrosa revolución de 1854 no habría tenido lugar. El pueblo se engañó.

En la guerra contra la dictadura perdió una batalla, y murió en otra ganada para la libertad. Pocos momentos antes de entrar en el combate, cuando ya el fuego de fusilería se escuchaba por todas partes, pasó por delante de mí, que estaba con mi batallón abajo de la Quinta de Bolívar, me animó y siguió á la cabeza del ejército.

Su gallarda figura en ese momento terrible está aún viva en mi memoria, y su cariño vivirá siempre en mi corazón.

Estuvimos anclados en Colón hasta que el tren del ferrocarril trajo á todos los pasajeros del Pacífico que debían seguir á Europa; y las horas de hastío las pasamos viendo embarcar innumerables tortugas vivas que del fondo de las aguas se habían sacado para mandar á Europa á que fueran á halagar el paladar de los lores y ricos de Inglaterra, y ellas, inconscientes de su destino, iban tan orondas como muchos de los pasajeros que abordaban también sin saber por qué seguían á Europa. Entre éstos iban dos lindas niñitas, de ocho á doce años, hijas de un señor Goyeneche, rico peruano, cuya señora se había ido á París dejándolas en Lima, y mandaba ahora por ellas, y las cuidaban dos criadas. ¡Qué civilización la franco-americana!

Atendíalas mucho un caballero peruano que entró al buque mirándonos con un antipático lente, parándose delante de las señoras y examinándolas de pies á cabeza con insolencia insoportable. Hacía ruido, corría con las niñas por el entrepuente, y cuando bajó al comedor, tomó el asiento que le pareció mejor, charló sin término y á cada instante llamaba á algún criado para que le alcanzase la cosa más distante.

A pocos momentos de su entrada, ya todos sabíamos que era el cuarto viaje que hacía, que no se mareaba, que tenía grandes haciendas en Lima, que era abogado, que había redactado un código, ganado muchos pleitos y

dado los más sabios consejos á todos los Presidentes del Perú, de los cuales unos se habían salvado por seguirlos y otros perdido al país por no escucharlos. Entre los últimos estaban los que habían manejado el negocio del guano, que él había querido se hiciese de otro modo; pero que aun podía remediarse todo con los planes que llevaba en la cabeza.

Como después de algunos días ya no lo escuchaba nadie, cogió bajo su protección á mi hijo Evaristo, y á pocas vueltas ya lo tenía condecorado (así se lo ofreció) con la cruz de Carlos III, pues era íntimo amigo de la reina de España, y sobre todo había puesto á su disposición en París su hotel y en el Havre un *chateau* que tenía á la orilla del mar, junto al de la reina Cristina.

A este pasajero lo pusieron á bordo «El tío de la reina.»

Menos ruidoso fué un inglés que allí se embarcó también, que entró tambaleando, cayéndose sobre las señoras, á pesar de estar sostenido por un criado, y cuya primera y única palabra fué ¡ champaña!

Trajéronle champaña, bebió sobre cubierta, pidió más, trajéronsela, bebióla, y así continuó por dos días, al cabo de los cuales murió y fué arrojado al mar.

Embarcáronse también varios jóvenes jesuítas que con su director habían sido expulsados de una de las Repúblicas de Centro-América y que se dirigían á la casa central de la Compañía en París. Su entrada al vapor fué tenida por los ingleses y por los marineros como un funesto augurio del viaje, y la insolente chusma los mortificaba mucho.

Una de las cosas que les hacían era que, cuando ellos salían á pasearse en el entrepuente, los grumetes corrían y les pintaban con tiza cruces en el suelo, las que los jesuítas tenían que pisar con manifiesto desagrado.

Tantos vejámenes les hicieron, que me indigné profundamente é invité al señor Alejandro Pérez y á otros caballeros españoles á que me acompañasen á hablar sobre eso con el Capitán, á quien hicimos una protesta enérgica y del todo atrevida. El Capitán se enfureció y acabó de cogerme entre ojos, pero los jesuítas no volvieron á ser molestados.

De Colón hicimos rumbo para Jamaica, á donde llegámos, y lo primero que descubrímos fué á Port-Royal, antigua ciudad arruinada por un terremoto, pero que aun conserva restos de su grandeza. Después divisámos la ciudad de Kingston, á cuyo frente está una soberbia fortaleza y la estación militar, que ponen á la isla á cubierto de toda tentativa de invasión.

Antes de llegar, vino á bordo una comisión de sanidad á informarse del estado de salubridad del buque, y encontró que venía con *bandera limpia*. Llaman *bandera sucia* la que enarbola un buque cuando llega de

un puerto apestado, ó cuando tiene á bordo enfermos de fiebre amarilla ó de otra peste.

En los puertos ingleses no hay ya *cuarentenas*, lo que ha facilitado mucho el comercio. En España, donde existen todavía, porque todo atraso está allí acentuado y se conserva con amor, obligan á los infelices viajeros á permanecer cuarenta días á bordo, cuando vienen de donde hay fiebre amarilla ; pero los vapores saben ya burlar esta precaución, yéndose á Lisboa, donde desembarcan los viajeros, que toman el ferrocarril, y por la frontera entran á España mientras que el buque está detenido en el puerto.

Para el que ha nacido y se ha criado lejos del mar, hay novedad y encanto en todo lo que pasa en los puertos, y al llegar á Jamaica, donde indudablemente hay para el bogotano otra civilización; al ver los muchos buques anclados en el puerto, los innumerables botes que cruzan, van, vienen y desaparecen, y la infinidad de negros y negras que, con vestidos raros y fantásticos, invaden el vapor, ofreciendo frutas y flores, ó aguardan en la playa, la novedad es muy grande y todo le parece á uno pintoresco.

¡ Honor á Inglaterra ! Cuando una raza entera estaba condenada á la esclavitud como maldita por Dios ; cuando en el interior del Africa se fomentaban guerras sangrientas entre las tribus negras para comprarles á todas sus prisioneros ; cuando se cazaban los negros como leones en las costas de Africa para llevarlos á América á matarlos por el rigor del trabajo y de los castigos ; cuando en la gran República había tres millones de esclavos, y en el Brasil la esclavitud era institución fundamental del gobierno ; cuando desde México hasta el Paraguay toda industria estaba sostenida por esclavos; cuando las colonias de la Gran Bretaña, enriquecidas por la esclavitud, enviaban al mundo inmensa cantidad de frutos tropicales y consumían en gran cantidad mercancías inglesas ; cuando el mar estaba poblado de buques negreros, y ser capitán negrero era un medio de llegar á la cima de la fortuna ; en fin, cuando el mundo entero vivía de lo que los esclavos negros producían, Inglaterra gritó : Abajo la esclavitud !

Arruinó sus colonias, luchó contra España, contra América, contra todos los intereses creados, contra todas las preocupaciones reconocidas ; pero triunfó, rescató una raza, emancipó la industria y fundó una nueva civilización.

¡ Viva Inglaterra !

¡ Honor á Inglaterra y simpatía para Jamaica, que fué la primera colonia americana donde se promulgó la libertad de los negros !

Séame lícito hacer aquí un recuerdo histórico, ajeno enteramente á la cuestión política, que todo lo envenena y lo hace odioso.

En Nueva Granada, desde 1821, se había dictado la Ley en virtud de la cual los negros que nacieran en adelante quedarían libres á los diez y ocho años de edad, y se habían creado fondos para la manumisión de los esclavos; pero en Nueva Granada, hoy Colombia, la sociedad era esclavócrata; y como en todo el mundo, en Venezuela como en el Perú y en todas las Repúblicas, la esclavitud se había perpetuado, estaba en las costumbres, era la base de la industria minera y agricola, era el único servicio doméstico, y representaba gran parte de la propiedad en el país.

En 1850 se reunieron tres jóvenes que acababan de salir de la Universidad: Antonio María Pradilla, Salvador Camacho Roldán y Medardo Rivas; fundaron con sus propios recursos un periódico, *El Siglo*, y en él predicaron, pidieron y exigieron la inmediata y absoluta abolición de la esclavitud de los negros.

En *el 20 de Julio* de ese año se conmemoró la Independencia con la libertad dada á muchos negros en la Plaza de Bolívar, con una solemnidad regia, á la que asistieron las más distinguidas señoras de la época, el Presidente y el Vicepresidente de la República, la Legación inglesa, el Gobernador de la Provincia, todos los empleados, muchos miembros del Cuerpo diplomático, y un concurso numeroso. Esta manumisión se hizo con el valor de una suscripción que recogieron los mismos redactores, y con la espontánea renuncia del valor de algunos negros, que sus dueños hicieron.

Grande fué esa fiesta, á la que contribuyeron los colombianos de todos los partidos, y recordamos aún á los Generales París, López y Barriga saliendo al estrado, que se levantó á propósito, y dando cada uno libertad á sus esclavos.

Pocos quedan ya de la generación que presenció ese magnífico y conmovedor espectáculo, en el cual lloraban los viejos veteranos como el General Espina, los negros al recibir el *gorro frigio*, las damas llenas de ternura y los jóvenes de entusiasmo.

Los redactores de *El Siglo* merecieron el honor de ser nombrados *Vicepresidentes del Instituto africano*, fundado y sostenido en Inglaterra para la abolición de la esclavitud, y de cuyo instituto es primer Presidente la Reina de Inglaterra.

Un año después se publicaba la Ley de la abolición, y no quedó un esclavo en Colombia; y esto diez años antes de que se hubiera declarado aquélla en el Perú, y cinco años antes que en Venezuela; ley que fué la

primera que se expidió en América, y que, puede asegurarse, fué la que dió el ejemplo á todas las Repúblicas latinas.

Hay la singularidad de que, apartados unos de otros los tres redactores y habiéndoles tocado varia suerte, siempre profesaron los mismos principios políticos y fueron leales amigos hasta que la muerte arrebató á Pradilla, con lo cual perdió un leal amigo la democracia, un hombre encantador la sociedad y un generoso defensor la República.

La isla de Jamaica, una de las grandes Antillas, fué descubierta por Cristóbal Colón en 1494, y España la conquistó, gobernó y rigió, fundando en ella muchos establecimientos, introduciendo su legislación y civilizando á sus habitantes ; pero en 1665, casi dos siglos después, el Almirante W. Penn, en tiempo de Cromwell, se la arrebató; y desde entonces, por fortuna, ha pertenecido á los ingleses.

Esta isla tiene doscientos cincuenta kilómetros de largo y cincuenta de ancho ; es muy fértil, produce las más ricas frutas tropicales y gran cantidad de azúcar, de añil y de ron ; exporta también maderas de ebanistería y de tinte ; tiene cuatrocientos dos mil habitantes, de los cuales sólo se cuentan cincuenta mil entre blancos y mestizos, que los demás son negros.

La suerte de la isla ha sido varia mientras ha pertenecido á los ingleses. Al principio fué centro de piratas y *bucaneros* que infestaban los mares ; después llegó á alto grado de prosperidad, constituyendo el punto de escala del comercio inglés y el centro del contrabando que se hacía con la América del Sur. Pero cuando las puertas de todas las repúblicas americanas se abrieron al comercio del mundo, y las comunicaciones con Europa se hicieron fáciles y rápidas, Jamaica perdió su importancia ; su comercio se acabó ; sus ciudades, antes emporios de riqueza, decayeron ; y como la agricultura, mantenida por la esclavitud, fué abandonada cuando los negros quedaron libres, la ruina fué casi completa.

Háse levantado de nuevo, sobre bases sólidas y permanentes, con el trabajo libre. Los negros se han civilizado, han vuelto al trabajo y mantienen en la isla una agricultura muy adelantada. El comercio, limitado al tráfico con las islas vecinas y algunas partes del continente, va de día en día tomando incremento ; y en sus adelantados talleres se fabrican artefactos tan buenos como los ingleses, y son muy baratos para el consumo de sus habitantes.

Un ferrocarril recorre toda la isla y comunica á Spanish Town, su capital, con Kingston, su principal ciudad y puerto. Sorprenden los grandes ingenios de azúcar y de destilación que hay; los inmensos pastales de guinea

y pará, donde hay razas de ganado y de caballos aclimatadas ya, tan buenas como las de Europa; y sobre todo hay tal gusto y elegancia en las habitaciones del campo y en los establecimientos industriales, que revelan una *civilización de tierra caliente* que da envidia transportarla á la región afortunada del Tolima. Y á propósito de este vivo deseo, me atrevo á dar un consejo á los hombres acomodados de Colombia, y especialmente á los de nuestras tierras cálidas, que, deseosos de educar á sus hijos, los envían á Alemania á que mueran tísicos, á Francia á corromperse ó á Inglaterra á inutilizarse, y es el de que en vez de mandarlos á iniciarse en los misterios de una civilización que ningún punto de contacto tiene con la de las tierras calientes de nuestro país, y de la cual, por mucho que aprendan, nada pueden aplicar en su patria, los envíen á Jamaica, donde encuentran ya muy buenos colegios y una civilización aclimatada á los trópicos, y donde aprenden, nó cómo se cultivan las viñas en el Rin, sino cómo se hace producir doble miel á la caña de azúcar, cómo se construyen los hornos de un trapiche, se cultiva el arroz, y hasta cómo se vive en casas frescas, cómodas y alegres, rodeadas de huertos con árboles que dan sombra y frutos, y de jardines donde la naturaleza tropical se ostenta con toda su belleza y todo su esplendor.

Dimos al rededor de la ciudad de Kingston un paseo en coche, por medio de alamedas de tamarindos y de mangos, cuyos racimos de vivos colores caían sobre el camino. Visitámos un inmenso cuartel que hay en el campo para los soldados europeos; contemplámos las hermosas *Montañas azules*, sembradas de casitas rojas, donde los ingleses van á pasar las noches en la estación del estío, y donde hay también un famoso hospital militar para los que enferman de la fiebre; y, en fin, visitámos un poético é inmenso cementerio, donde cada tumba está debajo de un cinamomo, de una ceiba, de un naranjo ó de una acacia roja, y donde las calles son de jazmines, de naranjos y de rosas.

Edificio de mercado como el de Jamaica no lo hay igual en Europa, ni puede describirse como debiera; pero siendo mi propósito dar de todo lo que veo alguna idea á mis amigos y á mis paisanos que no pueden tener la fortuna de viajar, voy á ensayar su descripción.

Sobre columnas delgadas de fierro, que están barnizadas de blanco, en un espacio como de una cuadra, situado en la orilla del mar, se ha levantado un techo, también de fierro y barnizado, que libra todo el recinto de los rayos del sol, pero que está abierto á intervalos en forma de arabescos, para que el aire se renueve y se mantenga fresco. La entrada está abierta por todas partes, y las columnas que sostienen el edificio se hallan colocadas de

manera que forman calles espaciosas, por donde circula con desahogo y comodidad la gente; y entre columna y columna hay mesitas de mármol blanco de diferentes tamaños, para expender las carnes, el pescado, las legumbres, las frutas y las flores; dispuestas de modo que cada calle tiene su especialidad, y el que se coloque en un extremo divisa todos los artículos de una misma clase y puede escoger los mejores y los más baratos; y las calles transversales tienen los víveres de semejante naturaleza.

Vimos y comprámos á muy bajo precio todas las frutas de tíerra caliente que conocemos en Colombia, y muchas otras que jamás habíamos gustado.

Las vendedoras son negras, pero hay algunas que pudieran competir en belleza con la reina Sabá, y otras espantosamente feas, mas todas vestidas de vivos colores, con flores en la cabeza ó un pañuelo de madrás, y cargadas de joyas. Como las compradoras son también negras de las que sirven en las casas, y la raza negra es habladora, bulliciosa, alborotada é inquieta, el mercado es lo que en nuestro país llamámos una *merienda de negros.*

Triste es recordar la plaza de mercado de Bogotá, verdadera pocilga de todo lo inmundo y de todo lo asqueroso; pasquín puesto á la civilización de la capital de Colombia, lugar de robo y de estafa hecho por el Gobierno á los expendedores, y donde todos los frutos, tirados en el suelo, amontonados, sucios, dañados, corrompidos, se expenden al sol ó en corredores indecentes, en los cuales la multitud se reúne, se aglomera, se estrecha, se atropella ; y en recio combate, saltando las mujeres por sobre los tercios de frutas, es como logran hacer un mercado escaso, caro y detestable.

Visitámos también dos templos, el uno católico, dedicado á San José, sencillo, elegante, aseado, primoroso, con un solo altar de frente, todo de mármol blanco brillante, y notámos que ya desaparecían las imágenes vestidas de telas y las cortinas que se usan en Colombia. El segundo era una imitación de capilla gótica, y estuvimos en el momento en que, acompañadas del armonio, cantaban himnos sagrados con admirable voz todas las negritas que, bien vestidas y con aire recogido, estaban sentadas en sus bancos.

Dije que afortunadamente la isla no había vuelto al dominio español, y abona mi dicho el contraste que existe entre las colonias españolas, Cuba por ejemplo, donde reina la esclavitud é impera el capricho del Capitán general enviado por el gobierno instable y despótico de España, y Jamaica, donde el trabajo es libre, reina la misma libertad que en Inglaterra, y hay legislatura propia, limitándose la madre patria á enviar un gober-

nador que vea por la prosperidad de la isla y que sea el guardián respetuoso de sus leyes, quien tiene como garantía la grande armada inglesa.

Yo quería á Jamaica, y habría asegurado que la conocía, pues mi padre, en tiempos en que un viaje al otro lado del océano era cosa extraordinaria, la había visitado, y como conservaba de ella gratos recuerdos, nos hacía relación de ella y de los usos y costumbres de sus habitantes ; relación que yo oía con verdadera atención y que, guardada con cariño por mí, he recordado al pisar su suelo, para mí sagrado, por las ya borradas huellas de mi padre.

Con él vino á llevar ancheta don Esteban Tenorio, de Honda, *cachaco* rumboso y elegante de su tiempo, en quien la civilización que encontró en Jamaica hizo tal impresión, que al volver á su país, toda relación se le hacía pálida para deslumbrar á sus oyentes, y se dió á contar mentiras que han pasado á la posteridad.

« Las calles de Jamaica, decía, están forradas en gutapercha, y son tan elásticas, que cuando cae una basura, la arrojan como por resorte. Hay máquinas por medio de las cuales se guardan los rayos del sol, rayos que por la noche se difunden por la ciudad; y los coches no necesitan de caballos, sino que andan y se detienen por medio de un resorte que uno mueve á su voluntad. En una visita apenas se oye lo que se conversa, porque todos los caballeros usan cajas de música en los tacones de las botas; cajas que forman un delicioso concierto, mientras mujeres tan lindas como las ninfas de Calipso ofrecen á los viajeros una espléndida hospitalidad. En la lucha de un *bulldog*, perro inglés de presa, con un formidable mastín español, hubo apuestas de ingentes sumas entre ingleses y españoles á sus respectivos perros. Éstos salieron al sangriento circo por diferentes lados: se miraron furiosos, se atacaron y se *tragaron mutuamente, no quedando de ellos más que las dos colas.*»

De vuelta al vapor, lo encontrámos lleno de nuevos pasajeros, y sobre todo, de *señoras, señoritas y caballeros negros*, de Haiti ; ellas, finas, elegantes, amables como la más pulcra parisiense, y ellos con toda la dignidad y cultura de un español. Mi gozo fué inmenso, pues yo he sido en mi país *negrófilo, gólgota y visionario*, abogando siempre por las razas oprimidas y por las abandonadas de la suerte.

Muchos se burlaban del vestido extravagante de los caballeros, de sus corbatas rosadas, camisas ricamente bordadas y con botonadura de diamantes ó de corales, pantalones claros y de grandes cuadros y cadenas cargadas de juguetes, con que sostenían el reloj. Las señoras hallaban feo el que las señoritas negras besasen á los hombres al darles el *bon jour* ; encontraban

que la *toilette* de las señoras era demasiado *recherché* y que estaba muy cargada de joyas, y les parecía extraordinaria la afectación en la sociedad de los negros. A mí me parecía todo delicioso y de buen gusto.

El choque antipático de las razas es tan natural como el de la electricidad ; y á pesar de mi buena voluntad, dos seres me fueron sumamente antipáticos.

Era el primero un negro afectado, presuntuoso, arrogante, gran político en su país, del que había sido desterrado, y al cual volvía por haber triunfado en la reciente revolución el partido de que era jefe. Siempre estaba rodeado de sus partidarios, y entre ellos dejaba caer algunas palabras sentenciosas que ellos recogían llenos de admiración y de entusiasmo. Si hubiera podido, yo lo habría mandado á desherbar caña á un trapiche.

Fué el segundo una matrona negra, de la *crême*, con unas *pasas* erizadas y blancas como cuero de perro, cargada la flaca garganta de joyas riquísimas, vestida de raso morado y calzada con medias de seda y chinelas de color ; matrona que se hacía subir sobre cubierta en un mecedor por dos negritos, y permanecía allí con el abanico en la mano y con aire majestuoso, exigiendo siempre nuevos servicios, y recibiendo los homenajes de todos sus amigos.

¿ Esas tenemos ? decía yo. ¿ También hay *matronas y crême* entre los negros ? ¿ También hay desigualdades sociales, orgullo y arrogancia ? ¡ Pues que vuelva la esclavitud !

Esto sentía yo ; y confieso que era una excepción de mis eternas ideas de igualdad y democracia.

Dejámos á Jamaica, y después de dos días de navegación llegámos á *Port Républicain*, en Haiti, donde nos sorprendió agradablemente el aspecto hermoso de la ciudad, sus anchas calles, sus edificios de azotea y sus grandes iglesias y un aire de civilización imposible de creer en los descendientes de los *cafres*, *congos y mandingas* transportados de África á América, y condenados como bestias á morir en el trabajo. Prodigio de la libertad, que desarrolla todas las inteligencias y ennoblece todas las razas.

La Española fué el teatro de las glorias de Colón, el hombre que se ha levantado más alto, sin que el pedestal de su grandeza haya sido formado de cadáveres ; el que conquistó para el genio y legó á todos los que, como él, sienten arder en sus sienes el fuego sagrado, el dominio del mundo ; el que en su época llenó de admiración á los reyes y á los pueblos; el que realizó la más grande empresa que han soñado los hombres, y el que dejó una gloria y una fama tales, que cuando pasen los siglos y Carlos V se halle confundido con la serie de déspotas que se han sucedido en todas

las naciones; cuando apenas pueda distinguirse á Napoleón de Gengiskan ó de cualquiera otro de esos destructores de la humanidad, entonces, en todas las naciones prósperas, ricas y poderosas que se levanten donde hoy no se ven sino selvas, en toda la América, se repetirá con amor y veneración el nombre de Colón.

La Española fué también el teatro de sus dolores, de sus humillaciones, de esa agonía terrible del que se siente grande, bueno, poderoso, magnánimo, y se ve atacado, mordido, despedazado por mil serpientes á un mismo tiempo, como son las viles pasiones de la humanidad, excitadas por la medianía, la rivalidad, los celos y la envidia.

La Española, donde fué fundada la ciudad de Santo Domingo, primer establecimiento cristiano en el Nuevo Mundo, y que llegó á un alto grado de prosperidad cuando de allí salían todas las expediciones sobre el Continente ; primer arzobispado americano ; primera Audiencia española en este Continente, y suprema autoridad, en los días de la Conquista, para toda la América, *La Española* fué siempre colonia de la Península hasta el siglo XVII, en que los *bucaneros* franceses, sin permiso de las autoridades españolas, se establecieron en la isla de Tortuga, cerca de la costa septentrional de Santo Domingo, mandando expediciones piráticas á todas partes, fundando haciendas de cañas y destruyendo las de los españoles: *bucaneros* ó *filibusteros* que fueron reconocidos como súbditos franceses por el Rey Luis XIV, á quienes confió muchas expediciones marítimas, y que al fin fundaron una colonia francesa en la parte occidental de la isla, cuyo territorio les fué adjudicado definitivamente por el Tratado de Riswik en 1697.

Desde entonces la isla fué dividida por mitad : la parte española y la parte francesa ; en la primera se ha levantado la *República de Santo Domingo*, de blancos ; y en la segunda la *República de Haiti*, de negros. Esta última, que conquistó su Independencia en 1804, después de haber tenido que luchar contra la ambición de muchos caudillos que se han alzado con el poder titulándose reyes ó emperadores, con los nombres de Jacobo I ó Faustino I, ha logrado fundar un gobierno formalmente republicano y popular ; tiene Cuerpo legislativo, compuesto de dos Cámaras ; Presidente que ejerce el Poder Ejecutivo, y tribunales independientes. Allí se habla francés ; la religión común es la católica, pero hay libertad verdadera y eficaz de cultos. Sólo los negros pueden ser llamados á los puestos públicos y tener el título de « Ciudadanos de Haiti.»

Esta última condición es, sin duda, motivo del justo encono que se abrigaba entre ellos contra los blancos ; pero en cambio hay un pensamiento consig-

nado en la Constitución, que consagra la fraternidad con toda la raza negra en la extensión del universo; pensamiento que no han tenido los blancos, y que hace haitiano á todo negro nacido en Egipto ó en Virginia ó en el Chocó, en cualquiera parte del mundo, al llegar á las puertas de la libre República. ¡ Viva Haiti !

Saludemos los colombianos al llegar á Haiti, llenos de respeto, la memoria venerable del Presidente Petión, del noble negro que estrechó como amigo la mano de Bolívar, que le brindó una regia hospitalidad cuando llegó á sus puertos pobre, abandonado y perseguido, y que luégo, del Tesoro público y con su propia fortuna, formó esa memorable « Expedición de los Cayos,» más famosa y más aventurada que la de Jason en la Grecia con los argonautas, y que tanto contribuyó á mantener la idea de libertad en todos los americanos, y á animar á los venezolanos á la guerra y á la lucha triunfal y definitiva de Colombia.

Petión, al decir adiós á Bolívar, ni le pidió indemnizaciones ni le exigió garantías por los gastos que hacía: sólo le encargó que « al llegar á su patria diera libertad á sus hermanos los negros esclavos.» ¡ Qué hermoso es esto !

De los Cayos salieron los dos heroicos hermanos Carabaños á intentar una expedición sobre la Nueva Granada, y habiendo caído en poder de los españoles, fueron ambos fusilados.

Acerca de la fabulosa expedición dirigida á Venezuela, honra de Petión y gloria de Bolívar y de sus compañeros, nada puedo decir que sea igual á lo que paso á insertar, escrito por Larrazábal:

« Marchó el Libertador hacia los Cayos, donde llegó unos días antes que la escuadra conductora de las tristes reliquias de Cartagena. De los Cayos se fué á la capital de Haiti, Puerto Príncipe, donde le recibió cordialmente el generoso Presidente Alejandro Petión, para quien llevaba una carta de introducción dada por el señor Roberto Southerland, rico comerciante de los Cayos y uno de los hombres que con más largueza protegió al Libertador en su desgracia.

« Southerland era originario de Inglaterra y, como tal, amante de la libertad de los pueblos. Nada escaseó de cuanto podía necesitar en Haiti; interesó á Petión en favor de la independencia de Venezuela, y él, de su parte, auxilió con armas, dinero, municiones y buques. Fué tal la parte que tomó Southerland en la expedición que proyectaba Bolívar, que, convenido Petión en auxiliarla generosamente, se resolvió: que para no comprometer á Haiti con España, dueña entonces de una gran parte de Santo Domingo, el Libertador giraría sus letras contra Southerland, á

quien se abonarían, sin que en la tesorería de la República hubiera constancia de haberse franqueado á Bolívar tales auxilios. Fué así como pudo completarse el apresto de aquella expedición

« ¡ Honor á Brión, á Southerland y Petión, dignos amigos de Bolívar, magnánimos sostenedores de nuestra independencia ! Un noble sentimiento impulsó sus ánimos, y nada estrecho ni mezquino, nada personal cupo en el ámbito extendido de sus generosos corazones.

....

« Graves fueron, sin embargo, las dificultades que tuvo que superar (Bolívar); y mayores habrían sido si Petión, que tomó la empresa bajo sus auspicios, no hubiese escrito dos veces al General Marión, para que dejase obrar con libertad á Bolívar en su arrojado y colosal designio, facilitándole al mismo tiempo fusiles, pólvora, plomo y hasta marineros para la escuadra.

....

« Componíase la expedición de seis goletas y una balandra, mandadas por Brión. Se embarcaron á su bordo ciento cincuenta oficiales con algunos pocos soldados y otras personas capaces de desempeñar cargos civiles.

« El número total no alcanzaba á doscientos cincuenta hombres.

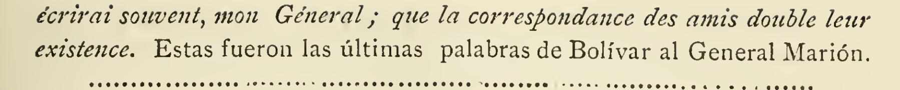
« El parque y las municiones eran bastantes para armar seis mil hombres, llevando elementos de reserva.

....

« En vísperas de partir, Bolívar fué á Puerto Príncipe á decir adiós al Presidente Petión y á mostrarle cuánto agradecía la protección de que le era deudor.—« Yo no puedo pagar vuestras generosidades, le dijo abrazándole, sino con los sentimientos más puros de mi amistad y de mi gratitud.» Petión, derramando lágrimas de ternura, le contestó: QUE LE BON DIEU VOUS BÉNISSE DANS TOUTES VOS ENTREPRISES !

« En ese acto, el magnánimo magistrado de Haiti exigió á Bolívar que, al llegar á Venezuela, diese libertad á los esclavos— ¿ Cómo podréis fundar la República, le dijo, existiendo la esclavitud ? Bolívar se lo prometió, añadiéndole: no me pidáis ese acto de justicia como recompensa de vuestras liberalidades, sino como una diligencia feliz de mi destino.

« Después (en la tarde del 28 de Marzo), Bolívar estuvo á despedirse del General Marión. También le significó su gratitud, tanto por los servicios que había hecho á la causa de Venezuela, como por las bondades de que le colmara personalmente, durante su residencia en los Cayos.—« Yo no las olvidaré jamás,» le decía Bolívar; y con esto le suplicó que aceptase su retrato, y un abrazo expresivo de verdadera y fiel amistad. *Je vous*



écrirai souvent, mon Géneral ; que la correspondance des amis double leur existence. Estas fueron las últimas palabras de Bolívar al General Marión.

....

«Antes de terminar este capítulo, permítaseme dedicar unas líneas á la dulce memoria del inmortal Petión.

....

«Petión amaba la virtud por inclinación, y quiso á Bolívar por simpatía.— «Yo tributaré siempre mi admiración á este grande hombre, escribía á Francia ; yo le conozco y sé de lo que es capaz. Siento inclinación por él, como la siento por los grandes hombres de la antigüedad.»...

La navegación por un mar tranquilo es tan igual, que se hace monótona ; una onda es igual á la que pasó, una hora igual á la otra, un día igual al anterior ; y por fin, profundo fastidio y aburrimiento constante dominan el ánimo. Además, la tristeza que la ausencia de los seres amados inspira y la soledad en que uno se halla, contribuyen á hacer inaguantable la vida á bordo.

Vayan otros versos que hice por pasar el tiempo :

Dichosa tú, que ves indiferente
Las encrespadas olas reventar,
Tú, á quien no pasa por la noble frente
Nada que pueda la quietud turbar.

Pobre de mí, que miro tembloroso
Las encrespadas olas del turbión,
Y que contemplo tímido y medroso
La tempestad que agita al corazón.

Dichosa tú, que cruzas por la vida
Llena de gracia y fresca juventud,
Por el amor tu nave conducida,
Y triunfante y gloriosa tu virtud.

Pobre de mí, que voy, rota la vela,
Arrastrado por recia tempestad
Y perdida mi pobre carabela
En inmensa y desierta oscuridad.

Dame tu fe para mirar al cielo,
Dame tu luz para tener valor :
Siga mi barca de tu nave el vuelo,
Sé tú en el mar mi norte salvador.

Poco á poco se forma en el buque un pequeño mundo, con sus pasiones, sus placeres, sus odios y sus rivalidades, y hay anécdotas que referir y escándalos de que tratar.

Los oficiales ingleses son muy afectados y presuntuosos. Uno de ellos venía de Damerara y quería ser el Adonis del buque. Llevaba gran casco de cuero ó *sombrero á la Campbell*, con velo blanco que dejaba caer de un lado con coquetería; chaqueta ó dolmán azul con galones, abrochado, y pantalones de paño rojo en extremo ajustados. Dió la desgracia que un día se sentara sobre un clavo que le desgarró los pantalones por detrás; y desde entonces las señoras no dejaban de reírse de aquel Adonis, que llevaba siempre una de las manos en las posaderas.

La señora N......no podía bajar al comedor, porque se mareaba horriblemente, y hacía que su esposo le enviase de la mesa los mejores platos; mas por una rara coincidencia, el Capitán escogió la hora de comer para vigilar sobre cubierta, sin duda por ser la más á propósito. A los pocos días la señora sabía tomar la hora en el cuadrante solar, medir los nudos que el vapor corría, y estaba iniciada en otros muchos misterios de la náutica y en otras ciencias que jamás le había enseñado su marido.

El camarote de una vieja literata inglesa estaba junto al *gabinete de baño*, y las puertas, que quedaban á un tiempo cerradas, se confundían perfectamente, abriéndose ambas por medio de un botón de metal. Cierta noche un paisano nuéstro (antioqueño) tenía mucho calor y quiso darse un baño, y como no esperaba encontrar á nadie, se envolvió en su sábana, pero se equivocó de sitio y se presentó casi en cueros á la inglesa. ¡ Qué escándalo! Por poco lo echan al mar los malditos ingleses por ataque al pudor de una virgen.

Yo *no dejo de ignorar algo el inglés*, como dicen en mi tierra, y una noche que estaba tendido en un banco retirado, noté que dos enamorados habían escogido también aquel sitio para conversar.

—Te amo mucho, mucho, y tú debes ser mía, le decía el galán á la dama en el momento en que yo involuntariamente me volví de un lado; y habiendo notado ambos mi presencia, dijo ella:

—Chist! nos oyen.

—No hay cuidado, replicó el amante; es un *spaniard* (un español, como quien dice un perro); con lo cual ella se tranquilizó y siguieron los dulces coqueteos. El abanico se le cayó á la niña, por casualidad; él se agachó á recogerlo, y al entregárselo le cogió una mano, la que permaneció entre las suyas mucho rato. Poco á poco el brazo pasó por detrás de la cintura, los rostros se inclinaron, los labios trémulos.........

—¡ Go head! dije, y recité como distraído esta estrofa:

« When I see those lips of thine
Their hue invites my fervent kiss
Yet I forego that bliss divine
Alas ! it were unallow'd bliss,»

en el mejor inglés que pude; que quiere decir, poco más ó menos :

Siempre que tus labios vi,
Un beso me provocó,
Pero esta dicha, ¡ ay de mí !
El cielo me la impidió.

Un rayo que hubiera caído al pié de los amantes no habría causado más impresión que mi intempestivo verso. La niña se escapó azorada y temblorosa, y el galán quiso armarme camorra ; pero yo era un pobre *spaniard*, y seguí durmiendo sobre mi banco.

El domingo la tripulación uniformada y mandada por sus oficiales, también en uniforme, toda la servidumbre del buque y todos los pasajeros protestantes bajaron al comedor, transformado en capilla, al *oficio divino*. La bandera inglesa estaba extendida sobre una mesa, y allí colocada la biblia ; un protestante leyó algunos versículos en el libro sagrado, y después pronunció un discurso que todos oyeron, llenos de veneración, durante dos horas que duró la ceremonia. Mis hijos y yo bajámos para presenciar el acto, limitándonos á permanecer respetuosos mientras se celebró.

Cuando subímos, el padre Superior de los Jesuítas, de quien fuí grande amigo, pues nuestras conversaciones nunca pasaban los límites de la ciencia, estaba rodeado de españoles y americanos que le argumentaban y combatían las doctrinas católicas, en presencia de los protestantes, y sin consideración al ejemplo que les acababan de dar tan solemne y dignamente. Desembarazándose de todos ellos, y con el aire comedido y caballeroso que lo distinguía, se acercó á mí y me preguntó sobre todos los detalles de la ceremonia, añadiendo :

—Si no me fuese prohibido y no fuese además una cosa impropia en un sacerdote católico, yo habría oído el discurso protestante.

El *tío de la Reina* (así llamábamos al peruano fachendoso) quiso jugar ese día *damas* sobre cubierta, lo que le fué prohibido con la brusquedad que acostumbran los ingleses, y el Capitán declaró que hasta la conversación en voz alta era prohibida á bordo los domingos, por lo cual el buque quedó silencioso, como si la peste y el escorbuto reinasen allí.

Llegámos á San Thomas, cuyo puerto, cerrado por todas partes, excepto en la boca por donde entran los buques, es perfectamente redondo, está á cubierto de todos los vientos, y es el más seguro de los de las islas antillas. En el fondo del puerto está la ciudad en la pendiente de una colina, y dividida en tres grupos que, empezando en la playa del mar, se van levantando suavemente hasta la mitad de la falda, con sorprendente simetría.

Como un aderezo de corales colocado en su caja de terciopelo verde es San Thomas para el que lo contempla desde el mar ; y lo rico de sus almacenes, la belleza de sus casitas de persianas verdes y de tejados rojos, el aseo, la animación y el comercio que se nota por doquiera, hacen encantadora esta isla para el viajero.

San Thomas es llamada la *Isla virgen*, pertenece á Dinamarca, tiene un comercio activo con las costas de Venezuela, y la ciudad de su nombre, que cuenta seis mil habitantes, es el refugio de todos los venezolanos que, alternativamente y por causas políticas, tienen que salir de su país.

La isla se gobierna casi autonómicamente; y la madre patria, que no lo es, pues sus habitantes no son dinamarqueses, se limita á darle seguridad y á imponerle fuertes exacciones por un sistema tributario muy original, reducido á cobrar una patente por el ejercicio de cada profesión ú oficio, cuyos derechos van al Tesoro Real. Estas patentes son casi un privilegio, y por la única botica que existe allí paga el propietario diez y ocho mil pesos por año.

Desembarcámos para conocer la ciudad, darnos un baño en agua dulce y comer, y sobre todo para dormir en tierra, en piso firme y cama quieta, todo lo cual deseábamos mucho ; y fuimos al mejor hotel, que es el *Turco-Español*, diabólica mezcla.

El baño nos lo dieron con poca agua y costónos un peso por persona; la comida, que nos pareció exquisita después de la de á bordo, y la cama, que era un catre de viento, sin vacilación y sin ambajes la más espléndida del mundo, y todo lo demás, á fuerza de extras y añadiduras, alcanzó á $ 50 por tres personas.

Mi amigo Pérez, gastador como ninguno, creía que lo habían robado abusando de su generosidad y de su franqueza ; pero yo le observé que no de otro modo podían venirse los europeos, dejando su patria, á proporcionarle todas las comodidades al viajero, en una isla ardiente y malsana ; y hecha esta reflexión, como era hombre muy impresionable, juzgó que nos habían llevado muy barato y obsequió con un peso á cada criado.

Nos fuimos de San Thomas y con esto le dijimos adiós á la tierra y adiós á la América, engolfándonos desde allí en el inmenso océano.

CAPITULO VII.

Opiniones sobre la navegación — La señorita Wilson — Victor Hugo — Southampton — Los ferrocarriles — Ricardo Rivas — Londres.

DISCUTÍAN sobre navegación tres de mis compatriotas, y sus reflexiones eran éstas, poco más ó menos: «Es en presencia del mar, decía uno, cuando yo admiro el poder de Dios, inmenso, incomprensible, capaz de crear esta maravilla suntuosa, grande como la inmensidad, sublime como la gloria, hermosa como el sol, terrible como el infierno; y en su presencia me siento postrado, rendido, y mi corazón, lleno de admiración, de fe y de entusiasmo, le rinde al Supremo Creador adoración y culto.»

«Yo lo que siento es orgullo de pertenecer á la raza humana, decía otro, esa raza que desnuda y desprovista de todo lo que á las otras razas sirve para su defensa, es echada al mundo á cumplir una peregrinación de necesidades y de miseria. El mundo la recibe con espinas y con hambre: las fieras la devoran, las enfermedades la aniquilan, el calor la postra, el frío la entumece, los ríos la detienen, el océano la espanta. Y sin embargo, con sus propios esfuerzos, sin ayuda extraña, quiebra las espinas que herían sus pies, abate las selvas, rompe y domina la tierra, haciéndole producir ricos dones, destruye ó hace huír pavorosas las fieras, le arranca á la naturaleza el secreto para tener encerradas en su odioso antro la mayor parte de las enfermedades, levanta ciudades donde el frío no penetra y el calor se mitiga, encadena los ríos y pasa sobre ellos con soberbia planta, domina todos los continentes, posee todos los climas y al monstruo océano le echa primero una barca leve á ver si la devora, y ve

que la barquilla juega sobre las escamas de sus espaldas. Después le agrega una vela de lienzo á la barquilla, vela que el viento hincha y á su impulso la nave se aleja de la amable ribera; luégo en más grande aparato se lanza á otras regiones, y por último, sobre palacios inmensos, suntuosos, magníficos, atraviesa los mares, obligando al fuego á que impulse su morada regia, burlándose de los huracanes, dominando las tempestades y mandando al océano como rey y soberano. Esto es grande, esto es hermoso!»

«Lo que yo admiro más, decía el tercero, es la gran bestialidad de dejar mi casita y mi familia allá en mi tierra para venir á marearme, á comer mal, á pasar trabajos, y á estar á dos dedos de la muerte, y de día y de noche en peligro inminente de servir de alimento á los amables tiburones, que están siempre rodeando el vapor! Esto sí es de admirar! Si de ésta escapo y no muero, no más boditas al cielo!»

Un año hacía que la señorita Wilson, que iba en el vapor, se había casado en Londres con un joven oficial destinado á la guarnición de Jamaica, y llena de juventud, de hermosura, de amor y de ilusiones, se había embarcado en este mismo vapor, confiándole á su esposo inocencia, fortuna y porvenir.

En una camilla de mimbre se veía algunas veces sobre cubierta, abandonada de todos, una mujer pálida y devorada por la fiebre; torcida, contrahecha y desfigurada por el reumatismo; envejecida y paralizada por los dolores, y de la que no quedaban más que dos magníficos ojos azules y una mirada llena de dulzura, de santidad y de resignación. Esta infeliz mujer era la señorita Wilson, que en un año había visto desaparecer todo: belleza, juventud é ilusiones; pues su esposo había resultado un disipado jugador y un perverso que le había malgastado su fortuna en la isla, y que removido del empleo de Teniente por sus vicios, volvía á Londres.

No podía hablar la infeliz criatura, y sin embargo sus ojos conversaban, su mirada sonreía: á su lado pasé muchas horas encantado y casi venturoso.

Cuando la subían en su camilla, miraba á todos lados hasta que me encontraba; después dirigía la vista en busca de mis hijos, y cuando estaba reunida la familia, me llamaba á su lado.

¡Cuánto amor brillaba en su mirada! ¡Cuando su indiferente esposo se le acercaba, cuánto dolor y cuánta amargura revelaban las lágrimas que le vi derramar!

Admiraba de mis hijos más á José María, y me decía que ella estaría orgullosa de tener un hijo como él; pero sus simpatías eran por Evaristo, de quien todo le caía en gracia.

Como oía perfectamente, yo le leía en inglés, y mi mala pronunciación

la hacía sonreír. Con su mano débil me indicaba los pasajes que debía repetir, y me marcaba las frases que quería ella decirme, manteniendo así, durante la navegación, largas conversaciones que todavía recuerdo con ternura.

El día de separarnos en Plimouth me dijo adiós, lloró y me pidió que la besara: yo estreché su mano y la besé con amor en la marchita frente.

Es imposible para un hijo de las montañas sentirse bien á bordo: la monotonía, el cansancio y el fastidio se apoderan de él, por más comodidades que tenga y más ventajas que lo rodeen, creyéndose en la condición más penosa y desgraciada de la vida ; y en su egoísmo no vuelve á mirar á los pasajeros de *segunda clase* que van sobre cubierta ó tienen los peores camarotes, que comen en un comedor apartado y á quienes nadie sirve, sin embargo de que entre éstos van madres de dos ó tres párvulos, ancianos débiles y extenuados y lindos niños que no pueden salir siquiera á respirar la brisa del mar; y jamás pasa á ver á los de tercera clase que van en el entre-puente, aglomerados como carneros, expuestos á la lluvia y comiendo con los marineros; ni se fija en los infelices *caldeleros*, criaturas que alimentan el fuego de las calderas del vapor, y condenados á vivir ardiéndose siempre y á morir á los tres años de una vida infernal!

Esta es la condición de la humanidad, y no puede uno conformarse con que ni la civilización ni el progreso alcancen á cambiar en nada los caprichos del destino. Algunos hombres, llevados en alas de la fortuna, atraviesan gozosos el sendero de la vida; otros, cargados con el peso del infortunio, lo atraviesan entre fatigas y dolores. ¡ Ay ! y los dichosos se complacen á veces en echar el peso de leyes inexorables, religiosas, políticas y sociales sobre los pobres que de generación en generación van pasando, sin que la carga llevada por los padres en su peregrinación se disminuya en nada para los hijos. Yo no pude aliviar á los miserables que iban con nosotros. ¿ Valen algo las lágrimas de la compasión ?

El día 29 por la mañana los marineros se presentaron sobre cubierta aseados y con sus vestidos nuevos; á las diez divisámos tierra de Europa, y multitud de alegres pájaros vinieron como á recibir á los mensajeros del Nuevo Mundo y á revolotear al rededor del buque. ¿ Cómo será Europa ? me preguntaban mis hijos llenos de curiosidad; y yo, más ansioso que ellos, procuraba descubrir con el anteojo el aspecto de la tierra, hasta que alcancé á ver bien un terreno elevado sobre el mar, y las olas de éste que se estrellaban contra gigantescas rocas, y más allá una grande extensión plana del aspecto de la hacienda de Fute, sembrada de trigo, sin árboles y sin agua. El aspecto de Liset-Point, que ésta era la tierra que divisábamos,

no es hermoso, y sin embargo, ¡ qué emoción tan poderosa la de nuestra alma al ver la tierra después de tantos días de soledad y de tristeza en el mar!

El contento era general, y el buque resonaba con los gritos de pláceme y de alegría de todos los viajeros que con afán se preparaban para desembarcar, los unos en Inglaterra, los otros en Francia. Más de trescientos pasajeros que íbamos unidos, llevando una vida común, participando de igual suerte, expuestos á unos mismos peligros y entre quienes se habían establecido relaciones de amistad y de simpatía, debíamos separarnos allí, yendo los unos á Noruega, los otros á Jerusalén, aquéllos á la Siberia y éstos tornando á América, sin que jamás volviéramos á encontrarnos ni á saber nada de nuestros varios destinos.

Esa es la vida. ¿ En dónde está ahora la hermosa danesa que todas las tardes salía sobre cubierta y con su blanca mano de reina repartía bizcochos y dulces á mis dos hijos ? ¿ Qué tribu reduce á la civilización ese joven jesuíta guatemalteco, que ardía en fuego apostólico y que no quería nada del mundo ni de la sociedad ? ¿ Qué hizo de sus riquezas ese inglés que había levantado en California una fortuna fabulosa ? ¿ Conservan su pudor y su inocencia las dos niñas que del Perú venían y que eran el encanto y la alegría del buque ? Y ¿ qué fué de aquella infeliz, más lujosa que todas las otras mujeres de á bordo, que cuando pasaba hacía bajar la vista de las otras ; que tomaba champaña sola como quien toma un tósigc, para ahogar el dolor; mezcla de orgullo insensato, de abatimiento moral, de soberbia satánica, de humillación halagadora y servil ; mujer á quien nadie amaba y todos admiraban ? ¿ Hay alguno entre esos pasajeros que siquiera conserve el recuerdo de mi nombre ó el de un rasgo de mi fisonomía ? Y ¿ esto para qué ?

Infinidad de buquecitos de vela surcaban el mar en todas direcciones, tripulados por dos ó tres personas, llevando cada uno su vela desplegada, en donde se leía « Plimouth,» y el número en grandes caracteres; y eran tantos, que el mar estaba cubierto, y el ánimo se alegraba de ver que en caso de peligro habría pronto y eficaz auxilio.

A las dos de la tarde atracó el vapor en el famoso puerto de Plimouth, para dejar pasajeros ; y una multitud de inglecitas rubias y rosadas, con cestos de frutas frescas, y otra de viejas con peluca, ofreciendo periódicos, lo invadieron, en términos que fué imposible para los pasajeros el resistirse á comprar todo lo que ofrecían.

El salvaje de las selvas primitivas del Misuri descrito por Chateaubriand, que bajó en su canoa bogando por centenares de leguas, que entró al Mississipi y se encontró de repente en medio de la civilización y de los

portentos de una ciudad edificada por los blancos, no quedó, sin duda, más sorprendido que yo ante el espectáculo de la civilización inglesa, vista por primera vez en Plimouth. Todo lo veía lleno de admiración : nada me saciaba.

De Plimouth seguímos por las costas de Inglaterra, que están amuralladas, fortificadas y llenas de castillos tan formidables que hacen imposible, absolutamente imposible, el desembarco en la isla, y que la defienden por todas partes. En prueba de la fraternidad de las naciones, del otro lado, la Francia ha levantado á Cherburgo, el puerto militar más formidable de los tiempos modernos.

Seguímos navegando con extraordinaria tranquilidad—tan quieto, suave y manso estaba el mar—hasta entrar en el *Canal de la Mancha*, que separa á Inglaterra de Francia, y de en medio del cual se divisan á veces las costas de estas dos naciones, que por tantos siglos fueron enemigas y vivieron en guerra permanente, y los faros que á lo lejos arrojan la luz por la noche.

Al día siguiente no apareció el sol. Una niebla oscura y triste envolvía el buque, impidiendo que marchara, y las tinieblas nos rodeaban por todas partes. La oscuridad era tal, que las lámparas no alumbraban nada, y el buque, quieto, á cada momento dejaba oír el melancólico bramido de una corneta colosal, avisando así á los otros buques en dónde estaba, para que no fueran á tropezarse con él y á echarlo á pique.

Esta niebla duró veinticuatro horas, al cabo de las cuales el vapor hizo rumbo hacia Cherburgo para dejar allí otros pasajeros.

A las doce de la noche el cañón de á bordo sonó, y todos estuvimos pronto sobre cubierta á admirar la ciudad iluminada, á ver esa infinidad de luces de diversos colores; unas, que van rectas á perderse en calles inmensas; otras, que lucen, brillan, andan y desaparecen ; éstas, las de los ferrocarriles, que se van, dejando un reguero de fuego, y las de los faros, que giran y arrojan unas veces una claridad blanca y suave como la del amanecer, y otras una luz rosada como la de la atmósfera de Marte. ¿ Qué fuegos artificiales, qué maravillas pirotécnicas pueden ser comparables al alumbrado de una ciudad europea, vista de lejos, y al maravilloso juego de luces que en la inmensa extensión del horizonte se alcanza á contemplar ?

Seguímos para Inglaterra, vimos á la derecha á *White Island*, nos dijeron dónde quedaba Guernesey, donde tuvo su residencia Victor Hugo, y confieso que fué muy grato para mí, al llegar á Europa, traer á la memoria la figura de ese hombre inmortal, á quien tanto deben la literatura, la libertad y la democracia, y que aparece derramando luz, teniendo por pedestal una isla verde, tapizada de flores, en medio del océano azul y

rodeada por la inmensidad ! Ninguna obra humana alcanzaría á levantarse hasta donde él está : ningún monumento podría encerrar á ese gigante, y el espacio y el infinito apenas bastan á reflejar su gloria.

Victor Hugo, á quien Dios concedió ese gran genio que solamente otorga como un dón á algunos de los muchos que atraviesan el camino de la vida, ha sido, no sólo el poeta más inspirado de su siglo, sino también el hombre más grande, porque empleó ese genio en castigar á los tiranos, en ayudar á los miserables, en levantar á los caídos, en glorificar la virtud, en santificar el trabajo, en aliviar la infancia, en deificar al pueblo y en fundar la libertad. Como poeta, ha sido el fundador de una nueva escuela, la romántica, como dicen sus rivales; el conquistador que abrió de par en par las puertas de ese templo en donde por siglos había estado encerrado Apolo con las Musas, recibiendo el culto afeminado de sacerdotes iniciados en los misterios de una ciencia difícil, templo del cual sólo salían pálidos resplandores ó armonías eternamente iguales, que se guardaban como voces del cielo. Victor Hugo es quien, llamando á todos los que sienten dentro del pecho arder el fuego de la inspiración y el cerebro alumbrado por el pensamiento, ha dicho : « ¡ Vosotros también sois sacerdotes, y este es el templo común á los mortales !»

La humanidad había proscrito los poemas épicos, como proscribió las construcciones enormes de las pirámides de Egipto. Voltaire fué el último que escribió un poema, *La Henriada*, y á pesar de su genio y de haber cantado las glorias y virtudes del rey más popular en Francia, su poema fué infeliz y muy inferior á sus tragedias. Nadie leía ya la *Odisea*, ni la *Ilíada* de Homero, ni mucho menos *La Eneida* de Virgilio, cuyas bellezas sólo los sabios podían admirar, como admiran los naturalistas, llenos de encanto, la formación hermosa del topacio. Racine y Corneille habían llenado el mundo con sus tragedias durante tres siglos. *El Cid*, *Atalía*, *Ester*, *Andrómaca*, *Cinna*, desde el tiempo de Luis XIV se habían instalado en el teatro francés; y de allí no pudo arrojarles ni la revolución francesa, que proscribió la religión en los templos, que echó una dinastía del Louvre y que acabó con las tradiciones de la vieja monarquía. Pero era triste para la humanidad el que la literatura fuese un monstruo que devoraba todos los genios, extinguía todas las inteligencias y mataba todas las aspiraciones. No era posible que entre más de seiscientos nombres que Francia inscribía en el catálogo de sus autores célebres desde el tiempo de Luis XIV hasta el de la Revolución, ninguno hubiese logrado escribir una tragedia que mereciese la inmortalidad ; y no se podía soportar tampoco que de entonces para acá no hubiera brotado la tierra otro Racine.

Beaumarchais perdió su reputación con sus comedias dolientes.

Madama Bocage, que por su talento y su instrucción se hizo abrir las puertas de muchas Academias, murió en el teatro con *Las Amazonas.*

Crebillon parecía que, con el genio de Esquilo, dueño del terror, uno de los primeros y quizás el más poderoso de los efectos dramáticos, pudiera haber reemplazado á Corneille, y sin embargo se halló que su *Idomeneo* era una pieza demasiado sombría, que estaba llena de imperfecciones que una sabia crítica no podía dejar pasar en silencio.

De Fontenelle, tan notable por sus trabajos históricos y filosóficos, « es preciso,» dice Baile, «olvidar, para su gloria, que hizo tragedias y comedias.»

La Grange, que en las *Filípicas* muestra genio, valor y energía, no conserva en sus tragedias el más debil resto de ese calor impetuoso, y la falta de sencillez en el plan, la negligencia en la versificación y mil otros defectos que le hallaron, fueron causa del descrédito en que cayeron *Amasis* y *Ino & Melicerte.*

La Harpe, el célebre editor de *El Mercurio*, cuyos trabajos fueron coronados por la Academia, hombre verdaderamente ilustrado y sabio, escribió á *Timoleón*, *Phacamond*, *Gustavo Wasa* y *Men Kaft*, en las cuales, según la opinión de los sabios, hay poca energía en los caracteres, languidez en la acción, falta de verosimilitud en las escenas y de vigor en la relación.

Voltaire mismo, « de gran talento, con luces capaces de honrar á su siglo, con sentimientos que ennoblecen á la humanidad, con todos los encantos del espíritu, con la imaginación más brillante y con erudición profunda,» según las palabras de su enemigo y crítico Baile ; Voltaire, que llenó un siglo con su nombre; el genio más vasto que ha tenido la Francia; filósofo, historiador, político, poeta ; Voltaire, que robó su risa á Lucifer, con la cual á cada carcajada derribaba una institución, destruía una fortaleza y hacía temblar al Viejo Mundo; de Voltaire dice el mismo Baile : « Algunos escritores inconsiderados han querido levantar su musa trágica á la altura de las de Corneille y de Racine ; y ¿ no es esto insultar la credulidad pública? Corneille eleva el alma, Racine la enternece, Crebillon la aterra, y Voltaire no es más que un copista, sin que tenga un carácter que le sea especial ; y esta facilidad de apropiarse lo ajeno no prueba verdadero genio, ni en lo trágico manifiesta un talento que justifique, siquiera en parte, los elogios de sus admiradores.»

Nadie, pues, en Francia, ni en el mundo, podía escribir tragedias, después de Corneille y de Racine, según la escuela clásica.

Victor Hugo rompe la tradición, escribe el drama romántico, deja á Edipo y á los reyes, cuyas desgracias nada interesan á la edad moderna, y

las grandes desgracias del corazón son el objeto de sus piezas ; abandona á Grecia y á Roma y entra en la vida real, llena de escenas palpitantes y de emociones arrastradoras, y dejando al alma libre el vuelo, al genio radiar en el espacio, convoca al teatro á la multitud para que vea á *Hernani*, *La grande donna y la grande artista*, *Ruy Blas* &c., y la multitud estusiasmada, loca, delirante, corona á Victor Hugo con la diadema arrebatada á los dioses.

Y después de él viene Dumas, da á *Catarina Howard, Cristina de Suecia,*» &c.; y como él mil genios aparecen en Francia y en el mundo entero exhibiendo en el teatro creaciones maravillosas, muchas de las cuales aspiran, con justo título, á la inmortalidad.

Los españoles han sido injustos con Victor Hugo, quien sacó á luz todas las bellezas y el carácter especial de su teatro, en mi sentir muy superior, en la época en que floreció, al de todas las otras naciones ; pues cuando Alemania no tenia un drama é Inglaterra no comprendía ni estimaba á Shakespeare, España tenía ya á Calderón, á Lope de Vega, á Garcilaso ; tenía magníficos teatros en Madrid, y hasta en las más pobres aldeas se representaban *dramas de capa y espada*, mil veces superiores á las cansadas tragedias de los clásicos franceses.

En Bizancio las corridas de carros eran los grandes hechos que se ofrecían á la multitud. La destreza en guiarlos, la elegancia en manejar las riendas, las vueltas rápidas y vertiginosas, eran el objeto de la admiración del público ; y al triunfador lo coronaban de laureles y le ofrecían opimos frutos, como en Roma á los grandes vencedores. Llega Mahomet II á sus murallas, enarbola el estandarte del Profeta, muestra los escuadrones salidos del desierto, hace resonar el clarín, y el hipódromo y los grandes y hábiles lidiadores se hunden.

Así, la poesía clásica, en estrecho recinto, bajo elegantes giros y con formas afeminadas, había estado por siglos entreteniendo á los literatos y alcanzando efímeros triunfos, hasta que llegó el gran Victor Hugo con toda la entereza y vigor de una alma enérgica alimentada en el desierto ; y del desierto trajo el ruido del huracán, los perfumes del oasis, la belleza de sus noches estrelladas y la luz que refleja en el horizonte ; y pasmando y encantando á todos, les dijo : ésta es la Victoria.

Las Orientales fueron una novedad en la poesía lírica, que pasmó á los literatos de su época, preguntándose todos quién había revelado á Victor Hugo esa armonía celestial que hasta entonces no se había escuchado sobre la tierra. ¿ Dónde había aprendido ese lenguaje, que sólo habían

hablado hasta entonces las aves del desierto, y, cómo en sus poesías podía conservar la luz del paisaje, el colorido del cielo y las sombras de la tarde ?

Como poeta lírico, excedió á todos en la belleza de los sentimientos, en lo fantástico de las formas, en la sublimidad de los pensamientos y en ese poder mágico de encantar á los sabios, á las mujeres y á los niños con la divinización de lo que el alma siente y el corazón anhela y apetece. Filosofía, amor, sueños, todo lo cantó y todo lo embelleció con el prestigio de su armonía.

Venus, *Galatea*, *Filis* y *Amadís* pasaron la laguna Estigia; y al olvido fueron condenadas las *geórgicas*, las *anacreónticas*, las *églogas*; y toda la poesía antigua se fué en la barca de Caron. Ahora mismo, leyendo *El arte de ser abuelo*, me siento conmovido de tanta ternura ; encuentro adivinados mis pensamientos de padre y descrita una filosofía que yo había también adivinado.

Pero Victor Hugo ha sido no sólo el primer poeta de su siglo, sino el primer carácter, el hombre más digno y el patriota más abnegado.

Cuando su hijo Carlos fué juzgado por unos artículos contra la pena de muerte, Victor Hugo se presentó al jurado, y por única defensa dijo: « Esas han sido mis lecciones. Bendito mi hijo que las ha aprendido y las enseña en el mundo ! Maldita la sociedad que intente castigar en el hijo lo que es la obra del padre.»

Cuando el infame Luis Napoleón hizo traición á la República para esclavizar y envilecer á su patria, Victor Hugo dejó á París, su palacio, su puesto en la Academia, sus riquezas, que fueron confiscadas por el usurpador, sus libros, que fueron rematados, y su vida de esplendor y de grandeza, y tomó el camino del destierro, se estableció en Guernesey, desde donde atacó, hirió y azotó á «Napoleón el pequeño» durante diez y ocho años, de una manera implacable.

¡ Qué corazón ! ¡ Qué amor á los desgraciados ! ¡ Qué cariño por los niños, por los inocentes, por los que sufren, por los que lloran ! *L'homme qui rie*, *Les miserables*, *Les travailleurs de la mer*, *L'art d'être grand père*, bastan para glorificarlo á los ojos de los hombres humanitarios.

Victor Hugo reunía todos los jueves en Guernesey á los niños desamparados, en su casa, á tomar una sopa, y en su honor hacía una fiesta, á la que concurrían de todas partes del mundo á oír al orador, á contemplar al dios de la isla y á admirar al patriarca desgraciado.

Victor Hugo amaba la soledad, y en Guernesey escribía:

« Soledad ! Silencio ! Desierto tentador !

«¡ Cuán contenta y apacible está mi alma aquí !

« Me gusta ir en busca del vago horror de la selva.

« La salvaje espesura de los árboles me procura una especie de gozo, mezclado de espanto, encontrando allí un olvido semejante al de la tumba. Pero yo siento que no me extingo en esta soledad, que se puede alumbrar como una antorcha en medio de las tinieblas, debajo de la enramada y de la cripta sagrada.

« Nada ha perdido el hombre por haber arrojado la sombra en el tenebroso fondo del deber. El que de lo alto ve, ve bien, y el que ve de lejos, ve la verdad. La conciencia siente que puede engrandecerse elevándose augustamente ; y el que se eleva á las cimas más altas, puede brillar mejor. Así, yo me retiro al desierto y contemplo al mundo.

« Porque un soñador vaya á la selva espesa ó se siente en las escarpadas rocas á meditar tranquilo en la inmensidad de la noche, no por eso se aparta de la tierra. ¿ No es cierto que después de haber visto pasar tantos hombres se siente la necesidad de huír al centro de la selva ; y que, después de ver tantas mentiras, se siente en el fondo del alma sed de verdad, de paz, de equidad, de razón y de luz ?

« Mi corazón es de mis hermanos, y tengo la urna de la piedad siempre inclinada : la vacio siempre y vuelvo á llenarla ; pero para esto necesito el abrigo y la sombra de las grandes selvas.

« Oh ! yo he visto tan de cerca la miseria ; los choques y los vicios de la multitud ; tanta afrenta sobre frentes venerables ; tantos cobardes engrandecidos por las guerras civiles ; tantos jueces á quienes ha debido juzgarse y condenarse ; tantos sacerdotes manchando el esplendor de Dios, y para servirle, predicar el pro y el contra ! Yo he visto la fealdad en donde los otros veían la hermosura : dentro del bien el mal ; lo falso en medio de la verdad, y la nada pasando por entre arcos triunfales ; he visto lo que muerde entre las flores ; lo que huye ; lo que se esconde ; he visto ya tanto, que viejo, débil y vencido, no tengo otro goce que el de meditar inmóvil en algún lugar sombrío, y allí, chorreando sangre, meditar. Y aunque los dioses me ofrecieran, para volver á las ciudades, gloria, juventud, amor, fuerza y victoria, hallo tanto encanto en la floresta, que no consentiría en volver allí, prefiriendo mi amada soledad.»

Hablando de los niños consentidos, dice :

« Cuando tan poco temido soy por los niños, y me río con estas ardillas inquietas ; cuando los hombres serios fruncen el entrecejo, convengo en que soy un abuelo pervertido. En la paternidad no sé más que reír. Soy un abuelo insoportable que hasta ve la luna con enojo de no poderla alcanzar para ellos. Esto es terrible ; reino malísimamente y no me gusta

que mi pueblo, que se compone de mi Juana y de mi Jorge, me tenga miedo, y sé que es por mí por quien violan todas las leyes, y hasta les aconsejo los mayores atentados en esta república color de rosa. Conozco que la popularidad me seduce ; pero debe perdonársele á un viejo, á quien espera el frío de la noche, su amor y su pasión por la aurora. Convengo en que no es propio en un abuelo el ser anarquista hasta mostrar á los niños el augusto armario en donde están las tazas de dulce, incitándolos así al crimen ; que no es propio subirlos sobre las sillas cuando veo un plato de fresas reservado por la mamá, y decirles :

—«Rapazuelos, golosos del paraíso; tomad, pero llamad por la ventana á esos pobres muchachitos que están en la calle, y de los cuales quizá el más chiquito tiene hambre ; hacedlos subir y dividid con ellos lo robado.»

« Arrojemos la máscara. Declaro que tengo por errores estúpidos las máximas que impiden á las águilas subir á las montañas ; que prohiben el amor á los pechos de alabastro de las vírgenes y la alegría á los niños. Yo me río cuando nos enardecemos de cólera para impedirle al niño que coja una manzana, como cuando permitimos los falsos juramentos á los reyes. Cuando el oprobio es un mar que sube ; cuando veo á los pueblos votar que sí para confirmar su vergüenza de ser dominados ; cuando veo á Scapin de Obispo y á Basilio de banquero ; cuando un aventurero juega como en un tablero de ajedrez con los destinos de Francia, y apuesta á la suerte el ser presidiario si pierde ó emperador si gana, y se ve la traición embrutecida en espantosa orgía ; entonces me río y me refugio en la niñez, busco la dulce aurora y prefiero ese grupo de seres inocentes haciendo todo lo que quieren, á la multitud aceptándolo todo en espléndida fiesta y al Bajo Imperio establecerse en París.»

Hé aquí unos sencillos versos que prueban toda la bondad de su alma, la dulzura de su corazón :

LOS NINOS POBRES.

Son luces del infinito
Que Dios nos envía, bendito,
Las criaturas al nacer.
¡ Cuida, mi hija, al pobrecito,
Que en él á Dios puedes ver !

Son de su bondad largueza,
De su gloria rico dón,
Hay en sus ojos grandeza,
En sus lágrimas riqueza,
Y en su sonrisa perdón.

Es su dote la alegría:
Dióles Dios felicidad.
Si tienen hambre, sombría
Se ve su luz. Temblaría
Con su frío la Caridad.

La miseria en la inocencia
Hace al hombre criminal,
El niño es ángel, esencia
Pura, y demencia
Es arrojarlo en el mal.

Si Dios nos envía con alas
Sus ángeles por amor,
¿Cómo ofrecerles por galas
Los harapos y las malas
Tentaciones del dolor?

Entretenido con estos pensamientos, sin sentir el tiempo que pasaba, el vapor nos llevó á Southampton, segundo puerto de Inglaterra, pues el primero es Liverpool, y allí llegámos á las doce del día del 31 de Julio.

Grata fué nuestra llegada, pues en el puerto nos aguardaba mi querido sobrino Carlos de la Torre, quien niño había dejado á Bogotá, y al que encontrábamos joven, inteligente é ilustrado; y al señor Abelardo Aldana, Cónsul de Colombia en ese puerto, que salió á recibirnos lleno de amabilidad. ¡Cuánto se agradecen estas manifestaciones por los viajeros que llegan á tierra extraña, donde les son desconocidos idioma, costumbres, hábitos, calles y hoteles, y que, confundidos, atolondrados con el ruido, con el movimiento, no saben qué hacer de sus personas ni de sus equipajes, y que generalmente son víctimas de los ladrones ó de los estafadores!

En Southampton todo fué sorpresa. No comprendíamos que pudiera haber en una ciudad tanta gente, tanto movimiento, tantos carros, tantos coches, tanto ruido y alboroto, como si la población entera estuviese en la calle para asistir á alguna fiesta.

Recorrimos la parte de la ciudad que dicen los de Inglaterra que es muy fea, y nos pareció suntuosa. Llamáronnos la atención la elegancia y magnitud de los caballos, la blancura y belleza de las mujeres y lo exquisito de las frutas, de las que encontrámos mucha variedad.

Estuvimos en un pequeño hotel, y á las tres de la tarde nos fuimos para la estación á tomar el ferrocarril que debía conducirnos á Londres.

La estación es más grande que cualquiera de las iglesias de mi país. Es admirable el orden con que se van recibiendo los equipajes, pesándolos y colocándolos en los wagones. Hay allí una hermosa cantina, servida por mujeres, formada de espejos, sobre los que reflejan las nítidas copas de cristal de diversos colores y los bizcochos colocados en azafates de plata brillante. Es costumbre que cada cual tome de los azafates lo que quiere, y luégo paga á las lindas muchachas que despachan. Si en una de estas cantinas se pusieran los *chinos* de Bogotá, ¿quién los alcanzaba después de haberse rellenado los bolsillos de dulces?

Para el que no está acostumbrado, hay una emoción indefinida de placer y de miedo desde que siente moverse el tren del ferrocarril para partir; emoción que no se puede dominar, y que en el doctor Ricardo de la Parra era tan fuerte, cuando con él estuvimos en Nueva York, que accionaba, hablaba, gritaba, como lo vimos gritar en medio de una batalla. Pero en el ferrocarril la emoción de Parra causaba no poco miedo á los compañeros de coche que con él iban y que no lo conocían. Esta emoción se aumenta al atravesar por entre la oscuridad los diversos *túneles* que en esta vía se encuentran, y al oír resonar bajo las bóvedas el tremendo ruido que hace el ferrocarril con sus muchos coches y millones de cadenas que se sacuden.

Viajando en ferrocarril, á pesar de la rapidez vertiginosa, se puede, sin embargo, contemplar los diversos paisajes de la vera del camino que se van sucediendo; se puede ver el campo extenderse á lo lejos, y admirar las quintas, las casas, las iglesias y todos los grandes objetos que vienen á encontrarnos, y aun se distinguen las personas y se comprende lo que están haciendo.

Al salir de Southampton, un inmenso templo redondo, levantado sobre columnas gigantes y terminado en una gran cúpula chata que resplandecía á los rayos del sol, nos llamó la atención, y preguntando qué era, nos dijeron que el *gasómetro* de la ciudad.— Estamos, dije, en el país donde los templos son levantados por la industria, y nó para el servicio de Isis ó de Júpiter, sino para el de la humanidad!

Las emociones se suceden unas á otras. Ya son los trenes que á cada

momento se cruzan en sentido contrario con un ruido infernal y amenazando despedazar al en que uno va ; ya es la aguja de un elevado campanario que se ve en los cielos ; ya una aldea por la cual se pasa, ó una posada que se presenta con las paredes y el techo cubiertos de verde hiedra; ya una residencia de lores en medio de encinas seculares, ó una ciudad que se presenta abajo con sus calles llenas de coches y de gente que parece un hormiguero. El camino de Southampton á Londres es una interminable *Calle Real.*

Cree uno que á Londres debe divisarlo de lejos, como desde la sabana se divisa Bogotá, y que se han de ver venir las inmensas torres de San Pablo, los grandes teatros, los edificios colosales y las mil espiras y torres de la ciudad imperial formando un imponente paisaje; y no hay nada de esto. A Londres se entra sin saber cuándo ni por dónde, y su primer aspecto no tiene nada de hermoso.

Las casas todas son construídas de ladrillo, pero nó de un ladrillo rojo y brillante, sino de color de adobe ; y no están estucadas ni blanqueadas; no tienen elegantes balcones, sino angostas ventanas sin rejas, y como no terminan por azoteas ni tejados sino por pardas chimeneas y techados de zinc, le dan á la ciudad un aire tan triste, como si estuviese quemada ó arruinada, y las calles son tan largas y tan iguales, que el espíritu se acongoja al entrar en ellas.

Los ferrocarriles son la obra humana que más sorprende, y su aspecto tiene algo de sobrenatural y maravilloso, que infunde siempre miedo ó admiración, por habituado que uno esté á ellos.

Es imposible mirar con indiferencia las infinitas líneas de fierro que hay en una estación de Londres, que se abren como un abanico, cuyo extremo se pierde en el espacio, y cómo por una de esas líneas parte con velocidad una hilera de coches, sin saber por qué se mueven y sin que nadie los guíe, mientras que por la otra se ve venir una inmensa columna de humo con tal rapidez que da terror ; por ésta llega y se pára de repente un tren que ha devorado el espacio, y en aquélla, como las caravanas de camellos que se arrodillan á recibir la carga que han de llevar al desierto, los wagones inmóviles y obedientes reciben la carga que han de transportar á los mares.

El que quiera tener idea de lo que es el movimiento de un tren por la noche, figúrese al diablo, que es, según las concepciones fantásticas de la edad media, un monstruo enorme, inteligente y poderoso, escapado del infierno, que lanza gemidos formidables, vomita llamas, arroja humo y chispas y azufra la tierra con el movimiento de su inmensa cola.

Desde muy lejos se ve una luz roja que vacila, se pierde, aparece de

ESTACION DE FERROCARRIL Y HOTEL DE SAINT PANCRAS.

nuevo, se agita temblorosa, camina loca y se acerca sin cesar; luz que se agranda y arroja un siniestro resplandor por donde quiera que pasa, dejando luégo sombría oscuridad. El ánimo sobresaltado oye un ruido sordo, que semeja el resuello de la ballena fatigada que sacudiera furiosa las enormes cadenas que la aprisionaban ; después, en medio de un vapor espeso, aliento fétido de la serpiente, se divisa su enorme cabeza; los anillos que se mueven en las sinuosidades de la tierra, y la gran boca, que, abierta, formidable, muestra las entrañas, en donde arde el fuego del infierno, y cuyas chispas y llamas nos ofuscan. El monstruo pasa aterrador, sin que pueda contemplarse, y deja un torbellino de humo.

Llegar á Londres, metrópoli del mundo, y señora, nó del Adriático como en otro tiempo Venecia, sino de todos los mares, desde el glacial, donde un invierno eterno muestra una divinidad avara de luz, de calor y de vida para el hombre, hasta el grande océano, que baña con sus ondas azules las ardientes playas del Ecuador y busca ansioso camino para unirse al otro océano en Panamá ; llegar á Londres, reina poderosa que tiene sus dominios en la India, sus colonias en América, sus ciudades en la Oceanía, sus sitios reales y caseríos en Africa; que cuenta por centenares de millones sus súbditos de todas las razas, negros, mongoles, indios, pieles-rojas, blancos y bermejos; súbditos que profesan todas las religiones, desde la adoración del rústico fetiche, el culto al fuego, la creencia en la transmigración, la veneración por Confusio, la postración ante el gran Lama, el respeto á Mahoma, la obediencia al Papa y la fe en Jesucristo, hasta la conciencia de los que en nada creen y han quitado á Dios la dirección de los destinos humanos y á la religión el prestigio que tiene; súbditos que hablan todas las lenguas conocidas, el sanscrito á las orillas del Ganges, el indu en el Indostán y Bombay, el chino en Nicanan, el persa en Trivamiram, el griego en las islas Jónicas, Chipre y Candia, el holandés en la Nueva Holanda, el francés en la isla de Mauricio, el portugués en Malaca, el italiano en Malta, el español en Gibraltar y el inglés en todas partes; y que á pesar de la diferencia de razas, creencias, idiomas, leyes, costumbres, usos, oficios, profesiones y afectos, la obedecen sumisos, acatan sus mandatos, viven en paz y trabajan contentos en la gran labor de la civilización universal; llegar al gran Bazar, que envía al mundo entero todos los objetos que deben satisfacer las necesidades humanas, producto de sus fábricas, y que recibe y guarda todos los frutos de la tierra, los despojos de los animales y el producto de todas las minas en explotación ; llegar á Londres, contemplar las riquezas acumuladas, mayores que las que por siglos pudieron reunir los fenicios ; llegar á esa ciudad, delante de la cual no pueden

figurar Nínive, Babilonia, Roma ni Comarcanda ; entrar á Londres, que tiene cuatro millones de habitantes, multiplicados por el movimiento de los ferrocarriles, que ora atraviesan las calles, ora van por los aires, ora circulan al través de inmensas catacumbas ; á Londres, que abarca tres leguas de extensión y cruza el Támesis por cien puentes, y no bastándole éstos, ha perforado la tierra y pasa por debajo de las ondas; entrar á Londres, que tiene catedrales cuya cruz se pierde entre el azul del cielo y un edificio, el de la Lonja, más grande que sus catedrales; entrar, en fin, á Londres, oír sus mil ruidos mezclarse entre la multitud, confundirse con su inmenso movimiento, es la emoción más grande que un hombre nacido en Bogotá puede experimentar. Es una emoción tan poderosa como la que se siente al principiar una batalla, cuando los primeros tiros de cañón atruenan la selva y estremecen el corazón de los guerreros.

Cuando llegué á Londres, me propuse abarcar de una sola mirada todos sus monumentos, sus plazas, sus palacios, sus jardines, sus almacenes y sus calles; los hombres, las mujeres, los niños y sus diversos vestidos, y su manera de andar, de hablar, de reírse ; los coches, los cocheros, los caballos y los arneses; y nada vi ni oí ni comprendí, pues todo me daba vueltas en confuso remolino, y absorto, enajenado, aturdido, deslumbrado, sordo, ciego, mudo, convertido en autómata, me dejé llevar, sin conciencia de lo que me pasaba, hasta que el coche se detuvo frente á una linda casa y en una ancha calle.

Todos los colombianos que han estado en Londres en los últimos años conocen *El 45, Kensigthon—Bays Water. N. L*, simpático *boardinghouse*, dirigido por una amable señora, que ha hecho de su casa un pabellón colombiano, así como el *Gramersy Park Hotel* en Nueva York ó el *Prince de Gales* en París, á cuyo propietario propuso César Conto le pusiese por nombre *El Cacique de Bogotá*.

Parámos, pues, frente á una lujosa casa, *El 45*, después de haber atravesado gran parte de la ciudad.

¿Quién ha de comprender la historia de lágrimas, el poema de recuerdos hermosos y de tristes desengaños que encerraba el estrecho abrazo que á mi pobre y desgraciado hermano Ricardo Rivas dí ese día, después de diez años de separación, en que no hemos dejado de amarnos como de niños nos amámos, y en que hemos estado, él desterrado y enfermo, y yo luchando con los rencores, los pesares y la muerte ?

—¿ Recuerdas la mirada apacible de nuestra madre, que parecía envolvernos á los dos en un común amor ? ¿ No has olvidado su frente despejada, donde su noble pensamiento se traslucía para nosotros como rayo de

esperanza, voz, aliento, palabra de consuelo, caricia halagadora y arrullo en el dolor ?

¡ Ah ! tú no la viste morir, y fuiste su último pensamiento, su último cuidado, su última aprensión ; y en el instante de su muerte has debido sentir que su mirada te cubría y que á tu lado estaba ya su sombra venerable !

Esto nos decíamos sin hablarnos.

Y mi abrazo le añadía : ¡ Murió en los brazos de Federico, el generoso hermano que te aliviaba y atendía con solícito esmero, mientras que por mí velaba como amigo cariñoso! Y él también se fué adonde está nuestro amado padre junto con Dolores, nuestra hermana, y Alejo, nuestro amigo!...

Todo ha sido dolor en mi existencia, pues aquella flor delicada, pálida, hermosa, que olía á rosas y tenía reflejos de gloria, — Matilde, mi hija, la más querida, la consentida, la enferma, á pesar de los cuidados constantes de su madre, de sus ruegos al cielo, se marchitó y también se secó, se acabó !...

Y ¡ cuánto amor, cuánta ternura, cuánto consuelo no había también en el abrazo que Ricardo me daba, olvidándose de sus enfermedades, de su aislamiento, de su soledad, de sus amarguras y de sus penas, para acordarse sólo de mis infortunios y de mis lágrimas !...

....

El alma más delicada, la más incapaz de soportar el huracán que en nuestro país desencadenan el odio político, los enconos religiosos y esas pasiones que arden siempre agitadas como el cráter de los volcanes, y que arrojan constantemente lava y fuego ; la sensibilidad más exquisita, que se afecta profundamente por toda pena de los hermanos, por toda amargura en la vida de la familia, por toda desgracia de la patria, por todo dolor humano ; un corazón lleno de ternura, como una urna llena de aloe, que inclinada derrama su fragancia y embalsama el altar, y un carácter serio y reflexivo como el de Plutarco, costumbres severas y rígidas y la vida consagrada al estudio : hé aquí á Ricardo Rivas, á quien encontré en Londres después de diez años de separación.

Muy joven todavía, casi niño, ese huésped conocido é implacable para todos los de nuestra familia, vino á visitarlo y fué con él más cruel que con ninguno de los otros hermanos, dejándole al despedirse una terrible enfermedad : un dolor de cabeza constante que lo atormenta sin misericordia.

A pesar de tan cruel enfermedad, Ricardo siguió su carrera literaria, como todos sus hermanos, en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, que es el Colegio de nuestra familia, al que amamos como al propio hogar, y

donde se ven, en el Salón Rectoral, los retratos de sus benefactores y de muchos próceres que fueron sus hijos ilustres, y nuestros antepasados. Su juicio y su consagración desde joven le valieron la elección popular (porque el Colegio del Rosario es una República) de Vicerrector del Colegio, y su gran talento y profunda instrucción, el nombramiento de Catedrático de Economía política, á la edad de diez y ocho años; cátedra en la cual se distinguió en tan alto grado, que obtuvo como recompensa honorífica el siguiente concepto de los señores doctores Ezequiel Rojas y Manuel Murillo, al salir de un certamen: « Los hijos de Ricardo (sus discípulos) los adoptaría Juan B. Say como á sus hijos.»

Entró al foro y ejerció los puestos de abogado y de ministro; pero se disgustó profundamente. Se mezcló como todos los colombianos en la política, escribió periódicos en favor de la causa liberal, y tuvo amargas decepciones.

Como su enfermedad aumentaba cada día en intensidad y en dolor, dejó su patria para ir al extranjero en busca de la ciencia, y quizás también de suerte más propicia, de sociedad más amable, de atmósfera más suave para su alma delicada, y después de haber permanecido largos años en los Estados Unidos, vino á establecerse en Londres.

¿ Qué ha conseguido ? Nada...Me equivoco : ha sido más querido de lo que podría haberlo sido en su patria, por gran número de familias que lo acarician, lo miman y lo consideran, y estimado por todos los que lo tratan y conocen sus producciones literarias.

Trabaja actualmente en un gran « Diccionario filológico,» del cual siento no poder dar aquí una muestra.

Como él no volverá jamás á su patria, creo que se verá con gusto esta reseña, y se leerán estos versos que de él he conservado :

POBRE MADRE!

Un niño se moría
Y á su angustiada madre le decía:
« Llévame, madre, llévame á la puerta;
Mejor allí, mejor me sentiré.
Los árboles, las flores y la huerta,
Y el arroyo y el sol quiero yo ver,
Déjame, bajo de mi cama al suelo:
Yo me siento con fuerzas para andar.

Quiero ir á ver las nubes en el cielo,
Quiero ir á ver los pájaros volar,
Quiero ir á ver aquellas mariposas
Que dejámos ayer en el jardín.
¿ No es cierto, madrecita, que esas cosas
Voy á verlas ahora ; no es así ?
¿ No es cierto que mañana en el potrero
Con « Ciervo » * y los cabritos jugaré ?......
Ya lloras, madrecita, y yo me muero,
¡ Y me dejas morir ! Por qué ? por qué ?.... .

Y un grito de dolor sin esperanza,
Convulsivo, crüel, desgarrador,
El grito que una madre sólo lanza,
En la alcoba del niño se escuchó.

UN DÍA DE PRIMAVERA.

La tarde está sombría,
La gaya primavera,
La estación del placer y de las flores,
Ni ostenta sus colores
Ni enseña su alegría.
El árbol muestra descarnadas, tristes
Ramas, aun sin vida y sin verdura;
La brisa no murmura,
Que ruge el huracán con ronco ahullido;
No trina el ave en el caliente nido
Trovas de amor y dulce melodía,
Que si el ave viniera á estas regiones,
Aun antes de ensayarse en sus canciones
El frío la mataría;

* Nombre de un noble y hermoso perro.

El sol parece que le teme al día,
Plomizo inmóvil cielo
Le sirve á cuanto miro de sudario;
Y absorto y solitario
En mi pobre mansión, hallo consuelo
En la extraña armonía
Que guarda con mi mal y mis dolores
Esta bella estación de los amores,
Esta bella estación de la alegría !

Nuestras caras, quemadas por el sol del Magdalena y de la Costa, tostadas por el reflejo del mar en la travesía de las Antillas y en la navegación siempre sobre cubierta en el mes de Julio, es decir, en lo riguroso del verano, en que se recibe el sol desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde; nuestros vestidos, que ya no serían de moda ; los grandes sombreros jipijapas que llevábamos, y quizá mi negra barba, debían darnos un aire algo salvaje, que no correspondía á la pintura que, sin duda, mi sobrino había hecho de nosotros á las señoras del *Boarding*, pues nos recibieron y nos trataron con cierto aire de sorpresa y de curiosidad un tanto ofensivo para nuestro orgullo.

El señor Alejandro Pérez tuvo siquiera una compensación, pues una de las señoras que allí había y que pretendía hablar español, atraída por su figura, le dijo en un rapto de entusiasmo, aludiendo á nuestro aire salvaje, y en el peor acento: «Bandido hermoso !»

CAPITULO VIII.

Boardinghouse—La mujer en Inglaterra—La Constitución inglesa—Organización política, judicial y administrativa de Inglaterra—Museo Británico—La *high-life* y sus costumbres—Hyde Park—Monumento del Príncipe Alberto—Abadía de Westminster.

ES muy agradable la vida en un *boardinghouse*, pues se come en común con caballeros y señoras; se está en sociedad, durante la noche, en el *parlor;* se adquieren estimables relaciones y con facilidad encuentra uno amigos ó señoritas que lo inician en los misterios de la civilización del país, y que complacientes lo llevan á visitar los lugares más notables, los edificios públicos y los principales monumentos. Excusado será decir que mi amigo Pérez se alió con la que lo tomaba por *bandido*, y que yo tomé por *Cicerone* una niña de catorce años, hija de la señora de la casa, llamada Fany, rubia, inteligente y sencilla, que me llevó contenta á todas partes.

El que está habituado á las costumbres monásticas de Bogotá, á la vida de clausura de las señoras, á la ociosidad é indolencia á que están condenadas, y á la esclavitud y desconfiadas precauciones de que se rodea á las señoritas, se sorprende agradablemente en Inglaterra de la independencia y dignidad de las señoras casadas, de la actividad, inteligencia y ocupación de las mujeres de todas las condiciones sociales, y de la libertad absoluta en que viven las jóvenes.

En Inglaterra la mujer es la señora de la casa; y ella, por su educación, por su sólida y cultivada inteligencia, por el respeto que sabe inspirar y por

el aire verdaderamente distinguido y señoril que tiene, se hace digna de tal título.

Las mujeres en Inglaterra están empleadas en las administraciones de correos, en los telégrafos, en las fábricas, en las escuelas y colegios, en los almacenes, en las oficinas de cuentas, en las tiendas de detal, en los restaurantes, y desempeñan sus destinos bien, con exactitud, con esmero, con formalidad, son bien remuneradas, respetadas, acatadas, y conquistan independencia y bienestar. Las señoritas y las niñas andan solas por todas partes; entran adonde quieren ; van en coche, en ómnibus ó á pie, y jamás deben la salvación de su virtud al ojo vigilante de la madre ni á los cuidados mercenarios de una criada que las acompañe como en Bogotá, sino á su propio orgullo, á su instintiva dignidad y á la severa educación moral que en su infancia han recibido.

La elevación del carácter de la mujer es el más claro distintivo de la civilización de un país; y antes que ver sus arcos triunfales y sus estatuas, antes que visitar sus museos y academias, antes de admirar sus liceos y colegios ó de asistir á sus teatros, debe el viajero estudiar la condición social de la mujer, para conocer por ella el pasado de un pueblo, su estado actual y sus esfuerzos de grandeza para el porvenir.

Al recorrer en Inglaterra con la mente el estado de la mujer desde el tiempo en que era conducida al mercado con una soga al cuello para ser vendida por el marido en Londres, hasta la época actual, en la que es reina y señora, y escribe obras científicas, y va á las Universidades, y tiene en sus manos el cetro de la literatura, como la mujer de Lytton Bulwer, el famoso novelista, autor del *Rienzi* y de *Los últimos días de Pompeya*, se ve que el progreso de Inglaterra ha seguido paso á paso el de la emancipación de la mujer; que hoy su grandeza y su prosperidad tienen una ancha base que la hará indestructible, porque el ciudadano inglés aprende á ser libre y digno en el seno de la madre, y su porvenir será el que ya han logrado sus hijos en la América del Norte, la más libre y poderosa de las naciones, donde la mujer ha alcanzado el más alto grado de dignidad social.

Emancipar á la mujer es redimir á la humanidad de la miseria, del vicio y de la superstición ; pero es una tarea más difícil que la de educar al hombre. Sea porque la mujer es todo amor, abnegación y sacrificio, ó sea porque la agobia la carga que los siglos de ignorancia y de preocupaciones echaron sobre ella, el hecho es que la mujer ama sus cadenas y goza en su situación de sierva, busca las tinieblas y es siempre esclava de la moda, de las costumbres, del vicio ó de la crítica de sus hermanas en la esclavitud.

En un juicio sobre el estado de la civilización en Europa, he dicho:

« La prostitución es la forma de la esclavitud actual en la mujer ;» y si es verdad que Inglaterra ha logrado elevar el carácter de la clase privilegiada de sus mujeres y levantar el nivel de la clase media, también es preciso confesar que en Londres el vicio tiene un carácter descarado y audaz que sorprende al viajero, y que lo aflige al considerar la suerte de esa multitud de jóvenes pervertidas que recorren las calles, invaden los teatros, llenan los jardines, y muchas de las cuales se embriagan públicamente en las tabernas. A Inglaterra se debe la abolición de la esclavitud de los negros y del comercio infame que con ellos se hacía ; Inglaterra es la nación verdaderamente filantrópica y cristiana del mundo : acaba de celebrar un tratado con Turquía, por el cual esta nación se compromete á que no volverán á mutilarse los hombres, ni se continuará el comercio de mujeres para poblar los harenes, y sin embargo, nada hace ó nada puede hacer por sus propias criaturas, vendidas y dañadas desde la niñez, condenadas á una esclavitud más oprobiosa que la de los serrallos, por esas mujeres que llenan, por sus vicios, de vergüenza á su patria y de oprobio á su religión y á sus costumbres, que no son bastante poderosas para impedir el mal.

La miseria en las capas inferiores de la sociedad es la causa de esta horrible prostitución, pues mientras una infeliz no tenga pan, y el vicio proporcione una existencia más cómoda y sabrosa que un trabajo honrado y penoso, inútil es predicarle virtud ó hacer caer sobre ella el peso de la sanción religiosa ó la vergüenza del desprecio social : el vicio triunfará. Toda madre desea que su hija sea pura y que permanezca inocente ; que merezca las consideraciones sociales y que tenga esposo é hijos que la honren y la amen. Toda joven es instintivamente pudorosa y desearía ser buena, honrada y estimada en la sociedad. Si las cosas pasan de otro modo, si la madre se arranca las entrañas y vende á su hija ; si la flor cae en el lodo; si el ángel pliega sus alas al viento del vicio, es porque existe una fuerza superior que las doblega, una causa suprema que se llama su destino social, el que es inevitable.

Victor Hugo lo ha dicho:

« Ay ! no culpéis á la mujer caída ! »

Hacer responsable á la mujer del vicio que mantiene y fomenta la sociedad, es la mayor de las injusticias, y nada más irritante que el desprecio con que las mujeres honradas tratan á sus hermanas que cayeron en la mayor de las desgracias, y cuya suerte agravan, como en otro tiempo se agravaba, sin tratar de mejorar su condición, la suerte de los apestados.

Uno de los caracteres de la vieja civilización es la indiferencia con que

mira el favorecido por la suerte al que no lo es; el egoísmo de las clases privilegiadas, que no alcanzan á ver el mal de las que no lo son; el rigor con que se castiga la falta ó el delito, y la casi ferocidad con que se presencian los sufrimientos de aquellos á quienes la suerte ha colocado en condición inferior. Marcar al ladrón en la frente con un hierro ardiente; cortar la lengua del blasfemo; mutilar al vasallo insolente; ahorcar, despedazar en cuatro potros ó quemar á fuego lento al delincuente, al hereje ó al hechicero, esto era lo natural en otro tiempo, como es ahora el cubrir de infamia á la mujer perdida.

La prostitución en Inglaterra es una llaga social; pero hay que hacer á esta noble nación la justicia de que procura sanarla, y no la excita y la fomenta, ni la reglamenta ni con ella especula, como acontece en Francia. Junto á aquella Nación Francia palidece, Alemania no se ve y la decrépita España inspira lástima.

La Gran Bretaña es la primera nación de Europa: la Inglaterra propiamente dicha, que es sólo una parte del Reino Unido, tiene unos veintitrés millones de habitantes; esa nación es la señora del mundo, como en otro tiempo lo fué Roma; tiene, como he dicho, colonias en todas partes, que le rinden tributo, y más de doscientos millones de hombres en la India, que trabajan en beneficio de los de la isla; y sin embargo, entre los habitantes de ésta hay muchos que viven como los condenados, sin ver jamás la luz, en los antros horribles de las minas de carbón; otros son como bestias alquiladas de por vida al trabajo de las máquinas, y muchos viven en la más espantosa miseria y mueren de frío y de hambre.

Esto acusa una muy mala organización social y política en la nación, y condena la sabiduría de un gobierno que hasta ahora se ha mirado como modelo en el mundo.

No es que yo condene al gobierno inglés como condeno el de España, el de Turquía, el Imperio francés y todos los despotismos: es que lo juzgo.

En efecto, Inglaterra ha sido una odiosa oligarquía, en que los nobles han tenido para ellos la propiedad territorial, la riqueza pública, el poder, los honores y todas las ventajas de la sociedad.

La Magna Carta, otorgada por *Juan sin Tierra* á los barones y que es la base de la constitución inglesa, no es otra cosa que una concesión real, hecha por el rey á los nobles y señores. La revolución inglesa de 1640 fué hecha por el Parlamento contra su rey Carlos I; pero no fué popular, y la República apenas nació, y murió con Cromwell. Los lores han sido como divinidades, ante las cuales tiene que inclinarse el soberano; pero éste jamás lo ha hecho ante la majestad del pueblo; y el Parlamento se compone de

la cámara de los lores y de la de los comunes, cuerpo oligárquico á que tienen derecho de enviar diputados las iglesias, las universidades, las ciudades y los gremios, pero nó el pueblo; y estos diputados son elegidos generalmente de entre los mismos nobles que, dueños de las tierras donde viven los electores, en posesión de inmensas riquezas, instruídos, ambiciosos ó audaces, hacen siempre triunfar sus candidaturas en los distritos que tienen el derecho de elegir.

La Gran Carta, ó Carta de los comunes libertados, como se la llama, acordada por el Rey Juan á sus barones sublevados el año de 1215, es, como he dicho, el fundamento de la libertad inglesa, sobre el cual se han basado las constituciones subsiguientes.

Por las condiciones obtenidas en esta Carta, los privilegios más importantes fueron acordados á las diferentes órdenes del reino. En cuanto al pueblo, que era todavía mirado como esclavo, era preciso que él se conquistara uno que otro favor y adquiriera una que otra libertad y alguna protección de las leyes para que fuera considerado como miembro de una parte de la sociedad.

Las principales cláusulas de esta Carta eran las siguientes:

Que todo *scutage* ó impuesto exigido por el soberano del pueblo en ciertas ocasiones, fuese abolido, excepto en tres casos: durante la cautividad del Rey, cuando armase á su hijo caballero, y cuando casase á su hija mayor;

Que en adelante se convocaría un gran Consejo de los prelados, grandes condes y nobles del reino por un rescripto particular del Rey.

Y en cuanto al pueblo, sólo se estipuló que todos los privilegios acordados á los barones por el soberano serían igualmente acordados por los barones á sus vasallos, que se establecerían pesas y medidas iguales en todo el reino, y que todo hombre libre tenía derecho de entrar y salir de él.

Hé aquí las frágiles bases sobre que se ha levantado el edificio de la libertad inglesa.

Es verdad que los nobles ingleses no ceden nada á los patricios romanos en dignidad de carácter y en amor á la patria; que, como en otro tiempo los nobles venecianos servían á la República en el Consejo, en la Milicia ó en la Marina, ellos sirven á la vieja Inglaterra; y que ocupados en la grandeza de su nación y en aumentar el brillo de sus escudos, son los únicos nobles en Europa que no viven en la indolencia, entregados á los vicios y siendo la afrenta de la sociedad.

Todas las tierras de la isla pertenecen á los nobles, á los arzobispos y á las iglesias; muchas de las grandes ciudades están fundadas en tierras de nobles; grandes canales atraviesan estas tierras, y son también propiedad

de los nobles ; y como sus rentas alcanzan á sumas fabulosas, las emplean con frecuencia en adquirir la propiedad de los mejores ganados, de fábricas opulentas ó de caminos de hierro. Y estas tierras é inmensas propiedades son inenajenables ; son vinculaciones que por siglos se van transmitiendo al mayor de la familia, que es el *lord*, quien sólo tiene el usufructo de ellas durante su vida, mientras que los otros miembros de la familia, nobles también y que no deben trabajar, buscan fortuna y esplendor en el sacerdocio, la marina ó el ejército y dan brillo á su patria.

El viento benéfico de 89 debe soplar sobre Inglaterra; y la abolición de los mayorazgos y vinculaciones, y la confiscación de todos los bienes de la iglesia anglicana y de la nobleza, como se hizo en Francia, resolverán un día todos los problemas sociales y acabarán con la prostitución y el pauperismo. Esto es lo único que le falta á la Gran Bretaña.

Es tan grande el poder de la democracia y tan benéfica la libertad, que sólo la sombra de ellas, que se refleja en la constitución inglesa, ha bastado para levantar la nación más rica, más próspera, más digna de Europa; donde la condición del súbdito ó del ciudadano es la mejor conocida para el hombre, y las garantías individuales las más amplias que se conocen en el mundo. El General Posada decía que la libertad no conocía otra lengua que la inglesa. Ya va conociendo el alemán y el francés, pero jamás conocerá el español.

La constitución inglesa no está escrita, y la forman : la emancipación que la nobleza logró del poder real ; el sometimiento de éste á la Cámara de los Comunes, de tal manera que en realidad de verdad ésta es el soberano; y la suma de garantías individuales que el pueblo ha conquistado. Pero esta constitución está de tal manera impresa en la Nación, que antes se concibe el hundimiento de la isla que el levantamiento de un Napoleón ó la existencia de un rey arbitrario. La nobleza, por derecho divino, usa de sus privilegios, y el ciudadano inglés está seguro de que ni el rey, ni la nobleza, ni el clero, ni la justicia, alcanzan con su poder á quitarle sus garantías, ni á entrar en su hogar, ni á arrebatarle su propiedad, ni á privarlo de su libertad, ni á violar su correspondencia.

El *habeas corpus* es el derecho que tiene el ciudadano de pedir el amparo de cualquier juez para ser puesto en libertad inmediatamente, si la orden de prisión no ha sido dictada por autoridad competente y en vista de documentos suficientes ; y si la Reina Victoria mandase poner preso á uno de sus domésticos, el primer juez de paz que se encontrara revocaría esa orden y sería obedecido. La suspensión de este derecho sólo puede decretarla el Parlamento, y eso en épocas de suprema necesidad para la patria.

La justicia criminal en Inglaterra es obra de la sabiduría de los siglos, pudiendo asegurarse que hoy ni un inocente es castigado ni un delincuente absuelto; y está fundada en dos sencillos principios: 1.º Todo hombre es juzgado por sus iguales, constituídos en un jurado independiente é irresponsable; y 2.º A nadie se puede condenar sin el voto unánime de los jurados.

No se crea que las resoluciones de los jurados son sentencias del areópago, ni los dictados de la sabiduría y de la justicia: muchas veces han sido la explosión de la cólera, de la pasión y de la envidia; en muchos casos absurdos espantosos, que habrían hecho retroceder á los colombianos, llenos de espanto, ante esa institución; y como no es posible esperar mucho de los hombres ignorantes que los componen, con frecuencia cometen errores de la mayor trascendencia.

Y sin embargo, la institución es tan sabia, eleva de tal manera al ciudadano, que de su humilde hogar pasa á ser juez de su conciudadano; tiende de tal manera á fundar la imparcialidad por la reciprocidad y alternación de los que ejercen la justicia, que en la mente popular el jurado es una institución sagrada, y los que lo componen, al reunirse, tienen conciencia de que forman un augusto tribunal.

No hay en Inglaterra un código penal sabio y metódico como en Francia, en Colombia ó en cualquier país civilizado; y por obra del jurado es por lo que la justicia criminal en Inglaterra es la mejor del mundo.

Vive aún el verdugo; existe la pena de muerte, y ¡ quién lo creerá ! la de azotes y otras infamantes, restos de la barbarie de la edad media; pero la sociedad las repugna: casi nunca se aplican; muchas veces se conmuta la de último suplicio á los grandes criminales, y ya se ha ordenado que cuando haya de ejecutarse á alguno, se haga dentro de la prisión, sin ofrecer al pueblo, ávido de emociones, un espectáculo sangriento, y ahora se hace todo sin el aparato de ferocidad que se empleaba antes.

Cuando sale uno de las selvas de América y se ve libre de los odios y rencores en que allí se vive, es cuando siente orgullo en ver levantarse á Colombia grande por sus instituciones y presentarse con dignidad entre las naciones más adelantadas del mundo, por haber acabado con la esclavitud y abolido la pena de muerte. Bendita sea la memoria de los que nos hicieron ese bien!

La justicia civil en Inglaterra es malísima. Las leyes están difundidas en multitud de obras, que sin compilación vienen existiendo desde la edad media hasta hoy; las leyes son disposiciones reales, y originariamente acuerdos de los parlamentos, cánones de los concilios, resoluciones de las Cámaras, provi-

dencias administrativas, sentencias de los jueces, prácticas de los tribunales ó costumbres con las cuales han vivido los pueblos. Apenas alcanzaría la vida de un hombre para conocer las leyes que en cada materia rigen; hay pleitos que duran más de cien años; los jueces con frecuencia son acusados de prevaricato, y sin embargo, en ninguna otra parte está el ciudadano más seguro de ser dueño de lo que posee, y en ninguna otra parte es la propiedad tan sagrada como en Inglaterra. ¡ Cosa sorprendente !

En el juicio de sucesión de un Duque, que hace 150 años se está siguiendo, se ha presentado por una de las partes la piedra sepulcral encontrada en un cementerio abandonado hacía mucho tiempo; y la lápida anda con los autos por todos los juzgados.

Muchas veces el público se interesa en estos juicios, y los hace célebres; y hay grandes apuestas acerca de si toma el reclamante puesto en la Cámara como lord, ó va al presidio como impostor.

Voy á referir lo siguiente, para que se juzgue cómo está organizada Inglaterra.

Hay una ley que impone *pena* de muerte al que escuche y comunique lo que pasa en el Parlamento, y hay cien taquígrafos que recogen los discursos que se pronuncian, para enviarlos á todos los diarios del mundo ; y es tal la prontitud en este servicio que cuando un lord acaba de hablar, ya están ofreciendo los muchachos por todas las calles de Londres su discurso impreso.

Llegad á la libre Inglaterra, donde nadie os pregunta quién sois, ni os exige pasaporte, ni quiere saber á qué venís ni qué lleváis en vuestro cargamento. Atravesad del uno al otro extremo la isla, con seguridad, sin que nadie toque con vos ni de parte del Gobierno, ni de la justicia ni de la policía. Con vuestro nombre, con uno supuesto, de incógnito, como queráis estableceos allí si os gusta ; comprad armas, municiones, dinamita ó petróleo, escribid contra la Reina, contra la nobleza ó contra la Nación, predicad en las plazas en favor de una nueva religión, ó defended la república ó el comunismo; para todo esto tenéis derecho, como lo tienen sus ciudadanos, y estad seguro de que nada hará cambiar las reglas allí establecidas, ni inquietará al gobierno ni alarmará á los ciudadanos.

Esa policía suspicaz, desconfiada, tenebrosa de Venecia, que envolvía al viajero á su llegada, lo seguía á todas partes y denunciaba todas sus acciones ante el *Consejo de los diez*; esa policía secreta, depravada, instigadora, que la política mantenía en Francia, no ha existido ni existe en Inglaterra Pero si tenéis necesidad de pronto socorro, si una casualidad os hace caer del carruaje, si os extraviáis en la ciudad, si un ebrio os ataca, si un

asesino os persigue, si un ladrón os roba, llamad la policía, y en el acto vendrá á protegeros un *wachman* bondadoso, fuerte, enérgico, valiente, que os dará socorro, que os salvará del peligro y que rendirá la vida en vuestra defensa.

Una noche en que me dirigía á *High Barnnet*, en donde estaba el *Silecia Colege* de mis hijos, equivoqué el tren, y no advertí el error hasta que había recorrido una gran distancia sin llegar á la estación que yo conocía. Dí parte á uno de los directores del ferrocarril, y éste me hizo aguardar en la estación adonde primero llegámos, hasta que volvió otro tren que me condujo á una estación próxima; allí me hicieron esperar á que llegase un tren de travesía, y por último, me condujeron (todo esto gratuitamente) hasta una aldea, desde donde podía llegar á pié á *High Barnnet*. En esta aldea fuí entregado á un agente de policía, quien emprendió conmigo camino á la una de la mañana, hasta que me entregó á otro guarda de un pueblo inmediato. Le ofrecí medio chelín como gratificación, y rehusó aceptarlo. El nuevo guarda me acompañó por más de media hora y me entregó á otro, quien logró ponerme en *High Barnnet* sano y salvo, á las dos de la madrugada.

Sorprendióme el ver todos los pueblos y aldeas, y los principales caminos entre aquéllos y éstas, perfectamente alumbrados por gas; y estuve entretenido viendo las infinitas líneas de luces de varios colores por donde van los ferrocarriles, y que se cambian como por encanto de rojas en azules, según que el tren va llegando ó pasa por los diferentes puntos.

Dos amigos míos, el uno que acababa de llegar, y el otro establecido allí desde hacía mucho tiempo, emprendieron una vez una aventura amorosa en una calle extraviada, en Londres, y observaron con desagrado que un agente de policía los seguía, sin perderlos de vista, como espiándolos, cosa que jamás sucede en Inglaterra. Volviéronse disgustados de su expedición, y al volver, el empleado les hizo una seña significativa, mostrándoles una casa en construcción. Allí estaban dos hombres de mal aspecto que los habían seguido, sin ser vistos, para robarlos ó asesinarlos.

Es encantador ver en Londres á un agente de policía, grande como un gigante, alzar á un niñito en el hombro y llevar á dos de las manos, para que puedan atravesar la calle sin peligro de los coches que se cruzan; á otro, detener todos los carruajes con sólo una señal, para que pasen los de á pié cuando les toca su turno, y hacer de cirujanos y de médicos en los frecuentes accidentes que todos los días se suceden en las calles.

Los *peack-pokets*, ó ladrones rateros, son tantos y de tan diversas formas y condiciones en Londres, que las estaciones están llenas de avisos y con-

sejos á los viajeros, y en los ómnibus hay letreros que dicen: *Cuidado con los ladrones!* mas, á pesar de la policía y de la más eficaz vigilancia, nadie está seguro de su reloj, y á cada instante desaparece el portamoneda. Por esto juzgo que lo mejor para el viajero es llevar consigo poco dinero.

Para el americano que va á Londres, todo cuanto ve es una maravilla, y no ha acabado de experimentar la primera impresión, cuando los amigos, deseosos de sorprenderlo más, lo llevan á visitar los principales monumentos, los edificios públicos, los bazares &c., sin dejarlo reposar. El primer lugar que visité fué el MUSEO BRITÁNICO.

¿ Qué hay allí ? Disecados el mastodonte, el megaterio y el zimpanzi, de las primeras edades de la tierra, monstruos enormes que llenan el alma de espanto; vampiros ó murciélagos más grandes que un caballo, que extienden como un estandarte sus enormes alas negras con uñas; iguanas gigantes que levantan con arrogancia sus erizadas crestas; enormes cetáceos que apenas cabrían en el mar del norte, y que han sido hallados en las playas de Europa. Toda la creación primitiva, deforme, imperfecta, horrible. Después los cocodrilos del Nilo, los restos de animales que ya no se encuentran sobre la tierra, monos y gorillas de Africa; y en suma el reino animal de todas las zonas, reptiles y cuadrúpedos, aves y peces.

Vimos de Colombia los caimanes del Magdalena, un boa constrictor, de Casanare, una enorme danta, infinidad de monos de diversas especies, aves lindas y mariposas de Muzo.

¡ Adiós paisanos! gritó nuestro amigo Pérez en español al pasar por delante de los caimanes; y este grito fué motivo de gran sorpresa para los sabios ingleses que nos guiaban, y de risa contenida para nosotros durante el tiempo de la visita al Museo.

Allí se ven los sepulcros egipcios, redondos como un agujetero, de piedra negra ó carmelita, fina y pulida, con su tapa, que fácilmente se levanta para ver á los Faraones hechos momia y envueltos en ropajes blancos con rayas de colores, que han resistido el transcurso de los siglos. Después se ven las esfinges de piedra, mitad mujeres, mitad animales; los dioses que adoraban los orientales; los restos de los templos; medios relieves y geroglíficos que lo transportan á uno á la tierra de las pirámides, de los sacerdotes, de la ciencia misteriosa y del despotismo místico y grandioso del Egipto.

La impresión es harto melancólica. Se siente uno esclavo en medio de la pompa regia y suntuosa de esta civilización, que por fortuna no ha de reaparecer.

Ah! Una Venus hermosa, ideal, perfecta! Minerva despejada y



MUSEO BRITÁNICO.

radiante, enseñando la sabiduría! Allí está Temístocles, las Ninfas, el Amor, Citerea, Esculapio, Sócrates! Estamos en tierra de amigos: en la bella Grecia, donde se respira la libertad, la poesía; donde están sus héroes, sus templos, sus teatros, sus estatuas, y todo es bello, aéreo, fantástico é ideal, como el sueño de la juventud.

« Escúchame, oh Júpiter, oh Señor soberano de la naturaleza; porque todo emana de ti, y todo entra en tu seno.

« Oh Dios supremo! inspira á los mortales el amor al bien y el amor á sus semejantes.

« Que en sus útiles trabajos encuentren la riqueza y la felicidad.

« Que, lejos de los combates, en el seno de la patria, cultiven la virtud, la justicia, las artes y las ciencias! »

Estas palabras del *Diálogo de Homero* vienen á los labios del viajero al contemplar los restos de esa civilización, verdaderamente divina, que supo reunir la más hermosa teogonía con la más amplia libertad política, con las más elevadas concepciones metafísicas, con el refinamiento moral más exquisito y con los goces supremos de la imaginación y de los sentidos.

La poesía en Dios, divinizando el sueño; la poesía en la guerra, muriendo los guerreros coronados de flores; la poesía en la tribuna, escuchando á Demóstenes: la poesía en la filosofía, inspirando á Platón; la poesía en las artes, llenando el suelo de estatuas de Fidias y erigiendo el Partenón; la poesía trazando, en fin, una historia que encanta, al través de los siglos, cuyo perfume alcanza hasta nosotros: hé aquí la vida de Grecia en los años de su existencia tan breve como brillante.

Trescientos años de libertad completa en medio de tempestades internas y haciendo frente á la guerra de los persas, guerra la más obstinada y desigual que han presenciado los siglos, bastaron para que ese pueblo conquistase la inmortalidad, para que llevase el arte á una altura que deslumbra en este siglo, y para que cada uno de sus filósofos ó de sus artistas sea envidiado por todos los que tienen genio y buscan el aplauso de la posteridad.

Estas reflexiones se hacen viendo la acumulación de maravillas griegas que están reunidas en el Museo Británico, y que, á fuerza de oro y de trabajo, se han podido arrancar del suelo que por tanto tiempo profanaron los turcos.

El Museo Británico es el orgullo de los ingleses, quienes ven en él su propio nombre engrandecido; y á él envían ellos de todas partes, como en otro tiempo los romanos enviaban á su capital los despojos de la guerra, cuanto las más audaces investigaciones adquieren; cuanto hay de rico en el

mundo, y cuanto la casualidad encuentra de maravilloso. Puede asegurarse que no entra un buque de Patagonia ó del Japón, de Cochinchina ó de Colombia, sin traer su tributo al Museo Británico ; y todos los ingleses que por el mundo hay dispersos, envían allí un monumento, una piedra, una flor, cualquier cosa, en la seguridad de que allí es colocado con el nombre del que lo envió y el lugar en donde fué hallado. Los nombres del General O' Leary, del doctor Cheyne, del doctor Davoren, de Dundas Logan, de G. Wills y de P. Wilson están allí en las curiosidades de Colombia.

Hay nobles ingleses que invierten su vida entera y una fortuna colosal en descubrir restos en las ruinas de Cartago, por ejemplo, para enviar al Museo ; otros que reúnen una completa colección de los instrumentos y armas de los *pieles rojas*, y muchos que atraviesan los desiertos para conseguir una columna del templo del sol en Palmira.

Llega uno á dudar si el lujo y el costo del Museo británico corresponden á la utilidad científica, al ver, por ejemplo, que la cabeza de una estatua costó nueve mil libras esterlinas, es decir, cuarenta y cinco mil pesos, cantidad con la cual se habrían remediado tantas miserias en el mismo Londres ; pero bien se ve que todo ese lujo es poco cuando se trata de la glorificación del hombre con la reunión de todo lo que él ha creado en los diversos siglos, inspirado por diversos sentimientos y atribuído en otro tiempo á los dioses, y de revelarle en un momento todos los misterios de la ciencia, cuyo velo se ha ido corriendo lentamente al través de los siglos y á fuerza de estudio, de trabajo y de lágrimas. Formar un Museo Británico, es poner á un hombre en posesión de todo lo que la humanidad ha inventado.

Es muy triste repetir con Sócrates, y con sobra de razón : « Sólo sé que nada sé.» Al entrar al Museo británico me sentí anonadado de mi absoluta ignorancia ; pero allí, como por una especie de revelación, al ver los diversos reinos de la naturaleza clasificados y escalonados de manera que se encuentra el punto en donde se confunden el vegetal y la piedra ; al ver dónde concluye la planta y principia la vida animal, y se desarrolla prodigiosamente hasta llegar al hombre, encontré que la ciencia era fácil, el estudio grato, y que algún día, por medio de los museos públicos, estaría difundida aquélla en todas las clases de la sociedad.

En la investigación de los problemas religiosos, políticos y sociales, ¡ cuánto no ayudan los restos de todos los pueblos y de las distintas civilizaciones allí acumuladas, para deducir claramente que el hombre es en todas regiones prodigiosamente inteligente y creador, y de tal manera grande, que á veces ha creído que sus propias ideas eran revelaciones divinas y sus obras emanadas de los dioses ; y para comprender que es infinita su

CUARTO DE LECTURA EN EL MUSEO BRITÁNICO.

LIBRERIA DEL MUSEO BRITÁNICO.

perfección, atendida la diferencia que hay entre el troglodita que vivía debajo de la tierra devorando á otros hombres, y el hombre civilizado de nuestra época; que el hombre se encuentra movido por una ansia insaciable de mejoramiento, de adelanto y de perfección, y que las naciones más grandes y los pueblos más adelantados son aquellos en donde ha podido reinar la libertad!

Mi mayor placer estuvo en ver de cerca y contemplar atentamente las estatuas de los personajes romanos que conocía por la historia: en mirarlos tales como ellos fueron, y tratar de encontrar en sus facciones y en la forma de la cabeza el genio que los impulsó, ó el móvil de sus grandes acciones; pero sólo hallé que todos ellos tenían una rigidez de facciones que revelaban la energía de su carácter, y un aire de majestad y de grandeza que parece haber desaparecido de la humanidad desde que cayó en la esclavitud y se extinguió ese pueblo guerrero que realizó prodigios de fuerza, de virtud y de grandeza, y que por muchos siglos llenó al mundo con la fama de sus conquistas y el ruido de sus armas.

Las estatuas de los emperadores romanos están allí como para oír el juicio que sobre ellos, al través de los tiempos, forman los hombres; aun los nacidos en regiones cuya existencia ellos ignoraron, como la América, y que silenciosos se someten á sus fallos, como en otro tiempo los vencidos se sometían á sus caprichos. Terrible enseñanza para los grandes hombres, que no saben por quiénes serán juzgados, y cuya causa está eternamente abierta para que todas las generaciones los sometan á un veredicto y los castiguen ó los absuelvan.

¡Qué hermoso era Marco Aurelio! ¡Qué feo Nerón! Pero esa linda cabeza de joven, de frente alta y despejada y de facciones virginales ¿sabéis de quién es? ¡de Heliogábalo!

Es tan grande la extensión del Museo Británico; son tantos los salones destinados á objetos diferentes, y tan variadas las maravillas que encierra, que creo corto el espacio de un mes para visitarlo uno como simple curioso; y el que es aficionado á una ciencia especial, á cierto género de estudios, allí puede pasar la vida engolfado en la contemplación de cada uno de esos salones y en el examen del cúmulo de maravillas allí reunidas.

Hay en el Museo Británico una inmensa librería y un salón de estudio, silencioso, y delante del cual es preciso pasar en puntillas, para que el ruido no interrumpa las meditaciones de los sabios que allí trabajan, de los cuales, unos están atareados sobre las mesas, escribiendo; otros, mirando distraídos, mientras que el alma piensa; aquéllos, inclinados, con un dedo en la frente, de donde ha de salir la revelación que buscan, y todos abstraí-

dos del mundo, consumiendo su existencia entera, sin pasiones, sin goces mundanos, sin amor, sin odio, en el templo melancólico de la ciencia.

Era yo muy joven: había concluído mi carrera literaria presentando tres grados académicos en la rígida Universidad que fundó el señor Mariano Ospina, y obtenido el título de abogado de la Corte Suprema de Justicia, y tenía acumulada en la cabeza mucha ciencia jurídica, que después he tenido que olvidar, cuando me entró una seria pasión por el estudio ; todos los días iba á la Biblioteca nacional de Bogotá, entonces olvidada y casi desierta, la cual estaba á cargo del señor Vicente Nariño. Me precedía algunas veces un señor Infiesta, y llegaba luégo un señor Algarra, únicos concurrentes á la Biblioteca, los cuales jamás hablaban. Yo llegaba y escogía entre los empolvados estantes el libro que quería, y sentado en una ancha silla de cuero, pasaba las horas leyendo hasta que el Bibliotecario anunciaba que iba á cerrar. Recuerdo que la última obra que leí fue *El gran cisma de Oriente*, en ocho tomos en folio.

¡ Qué silencio ! ¡ Qué recogimiento ! ¡ Qué goces tan suaves y tranquilos son los de la ciencia ! ¿ Quién me arrancó de aquella vida apacible para arrojarme en medio de las tempestades donde he estado siempre, luchando con las ondas y llevando una existencia horrible, sin poder nunca llegar á la orilla que busqué ? El destino.

Ofrecímosle al Director de la parte zoológica del Museo unas mariposas de Muzo, y nos mostró, colocadas en sus diferentes cajas, treinta de éstas, que como obsequio le habían enviado los Ministros ingleses residentes en Bogotá.

Nos encantó ver muchas señoritas inglesas dibujando las estatuas griegas con tal seriedad y atención que nada las distraía, y como verdaderas artistas, absortas en la contemplación de las hermosas formas.

¡ Adelante ! ¡ Adelante ! No hay tiempo para detenerse en aquel recinto, so pena de dejar de ver lo más importante, y se pasa por todos los salones apenas curioseando y fijándose cuando más por un momento en los objetos más notables ó que más nos interesan. A mí, como impresor, me gustó más detenerme un rato á ver los primeros ensayos y las primeras obras de imprenta, que están allí admirablemente coleccionadas, y al señor Pérez le gustó más examinar las colecciones de armas.

Después de haber pasado, sin fijarme, por delante de los retratos de tantos reyes, me detuve instintivamente frente al de Cromwell, como ante uno de los grandes antepasados de los republicanos, y porque su historia gloriosa ó infame no podrá jamás arrancarse de las páginas más brillantes de la Historia de Inglaterra.

PUENTE SOBRE LA SERPENTINA EN HYDE PARK.

EL ARCO DE MÁRMOL A LA ENTRADA DE HYDE PARK.

Colgado á una pared vi un manuscrito sucio, ininteligible, estropeado, del que apenas se podría formar un cucurucho para dulces, manuscrito que ha sido el que ha formado la nación más libre, más grande y más poderosa de los tiempos modernos, y que ha repartido en el mundo las nociones de la libertad en la ley. Ese manuscrito es la GRAN CARTA, que estuvo perdida por largos años, y que de casualidad fué encontrada en la tienda de un hojalatero, y de allí enviada al Museo.

En América tenemos una idea errónea de la ciudad de Londres, juzgándola triste y melancólica, de calles angostas, edificios altos y sombríos y envuelta eternamente en bruma. Londres es una ciudad de casas relativamente bajas y elegantemente construídas; de calles anchas, espaciosas, bien enlosadas y que tiene á cada paso un gran jardín, un espacioso parque, un *square* elegante, ó una plaza pequeña llena de árboles y flores, con su verja de hierro, propiedad privada de los dueños de las casas vecinas, donde van las señoras á cocer y los niños á jugar.

Sobre todo, nada es tan extraño como ver en el centro mismo de la ciudad á HYDE PARK, inmenso campo abierto, lleno de encinas seculares, con un río artificial, llamado *La Serpentina*, un puente elegante, lagos y fuentes, que lo transportan á uno verdaderamente á una campiña, como á cien leguas de Londres; campo en que hay vacas y ovejas y que está siempre lleno de criadas y de niños que juguetean alegres, de amantes que buscan la soledad para el placer, y de viejas que toman un rayo de sol para calentar sus miembros entumecidos.

Hyde Park es el gran paseo de Londres, donde los lores, los duques y los banqueros van á lucir magníficos carruajes, soberbios caballos y perros elegantes; las damas de la nobleza, ricas joyas y costosos trajes, y todas las hermosas, sus rostros angelicales y sus ojos de cielo.

Nada hay en Europa que iguale en suntuosidad al desfile de los coches que se hace diariamente en *Hyde Park:* desafío de la belleza, del lujo y de la ostentación, que el orgullo humano ha llevado á un extremo fabuloso, y que es para el viajero un espectáculo maravilloso.

La suprema belleza de la mujer, así como en otro tiempo estuvo en Circacia ó en Grecia, acaso está hoy en Inglaterra; y una *Lady inglesa* es el más bello tipo de la humanidad. En efecto, ¡ qué delicadeza y perfección de facciones! ¡qué transparencia en la cutis! ¡ qué blanco color, qué suavidad en el rubio cabello, qué brillo, languidez y pasión en los ojos azules! La mujer inglesa es la realidad de un poético sueño.

Todo es pobre ante el lujo de un *lord inglés;* y el mayor placer para

un lord es que su señora llame la atención y deslumbre en el paseo de *Hyde Park.* Puede, pues, juzgarse cuánto lujo habrá allí.

Quizás gustará saber cómo pasean las señoras. La mayor parte de las jóvenes van en traje de amazonas, manejando un brioso caballo y luciendo su cuerpo elegante y su gallardo aspecto; y las casadas en su coche. Un cochero enorme y barrigón, con gran peluca rubia, sombrero de tres picos, la librea antigua de la familia, guantes y corbata blanca, maneja una pareja de hermosos caballos, briosos, delgados, ligeros y obedientes. A su lado, en el pescante del coche, está otro criado con levita francesa, sombrero redondo con escarapela y galón de oro, ó plateado todo el sombrero ; la cabeza, que se descubre siempre delante de la señora, empolvada y rizada, calzón apretado y botas altas ; y atrás del coche otros dos criados, de pié también, con librea, peluca y sombrero al tres.

Hay *ladyes* que mandan su carruaje con este rico tren, yendo dentro solamente su perro á dar un paseo.

La pasión loca de las ladyes inglesas por los perros falderos, y el enorme precio á que los pagan, llegando á valer algunos hasta mil pesos, ha producido en la raza bellezas como el *King Charles dog* ó el *español*, que son verdaderamente linduras ; pero la moda actual, hija de la extravagancia, se ha fijado en unos monstruos deformes, chatos, con los dientes siempre afuera, como gruñendo, y los ojos saltados ; y á estas criaturas horribles es á las que besan las inglesas con sus lindos y rosados labios.

Tengo la desgracia de juzgar y condenar á un hombre pór una sola acción fea, cuando ésta me revela un mal carácter ; y confieso que dos cosas me han bastado para condenar á los ingleses: su pasión por el pugilato, en el que gozan en ver aporrearse, ensangrentarse, despedazarse y morir á dos hombres, y su amor al *bull-dog*, perro-fiera, estúpido, feo, que no tiene otra gracia que morder y no soltar su presa sino con la vida.

Las leyes condenan el pugilato y lo castigan, así como castigan á los que lo fomentan y á los espectadores de esta feroz diversión : las costumbres civilizadas lo reprueban ; la religión lo maldice; la policía lo persigue, y sin embargo, apenas ésta se descuida, ya hay dos gladiadores matándose á puñetazos, en medio de un concurso numeroso y entusiasta que grita y aplaude cuando un hombre le hace saltar un ojo á otro, ó éste le rompe la mandíbula ; y miles de libras esterlinas se cruzan en apuestas ; y cuando uno de los dos está revolcándose en su sangre, los que perdieron con él lo escupen y lo muerden, y al vencedor lo coronan. Pero entre esta barbarie y la corrida de toros en España, hay la diferencia de que el gobierno no protege el pugilato y la nación se avergüenza de él, mientras

que en España el juego de toros es institución nacional y constituye el orgullo del pueblo. Al día siguiente de un combate todos los periódicos cuentan los más horrorosos detalles, para satisfacer la ansiedad de los aficionados que no pudieron asistir á la función.

Estando yo en Londres, tuvo lugar la pelea de un perro furioso con un hombre desnudo : el perro le despedazó el vientre, pero murió ahogado por el hombre. ¡ Qué civilización !

En *Hyde Park*, en el invierno anterior á mi llegada, se presentó una cosa curiosa en pleno día y muchas veces. *La Reina Isabel*, la rival de María Estuardo, atravesaba en su coche del uno al otro extremo del parque. Las gentes estaban pasmadas, y la policía descubrió al fin que era que los estudiantes de física, por medio de un aparato semejante á la linterna mágica, hacían reflejar sobre la niebla esa pintura antigua. Puede juzgarse por este fenómeno de lo espeso de la niebla en Londres y de la oscuridad que reina en el invierno.

Éntrase á *Hyde Park* por un gran arco de mármol blanco, y nada más original que el contraste entre el uno y el otro lado de la verja de hierro que hay en la calle, pues afuera se nota el ruido, el bullicio, la algazara, el movimiento atronador y vertiginoso de la gran ciudad, y adentro el silencio del campo y la apacibilidad más encantadora ; las vacas rumiando, las ovejas pastando tranquilas y los cisnes jugueteando en el estanque.

Unidos á *Hyde Park* están los JARDINES DE LA REINA, que son otra inmensa pradera, sembrada de encinas, robles y pinos seculares, con alamedas que se cruzan y *parterres* ó grupos de plantas, que, imitando una inmensa carpeta, forman figuras de igual color las que están al frente, y de distintos las que están á los lados, y cuyas flores, cuidadas y recortadas, no sobresalen unas de otras y tienen la apariencia del terciopelo. A estos jardines no puede entrarse ni en coche, ni á caballo, ni con perros, ni persona que no esté decentemente vestida, y son el paseo favorito de los antiguos Oficiales y de las señoras que pasean por placer y por hacer ejercicio, cosa casi necesaria para toda mujer inglesa.

En medio de los Jardines de la Reina se levanta el suntuoso MONUMENTO DEL PRÍNCIPE ALBERTO, difunto esposo de la actual Reina de Inglaterra, que es la obra más suntuosa que en este siglo se ha construído en el mundo, sin excluir el edificio de la grande Opera de París.

Forman el exterior del monumento cinco enormes grupos de mármol blanco, tallados en competencia por los más afamados artistas italianos, y representativos de las cinco partes del mundo, en figuras de mujeres colosales:

América, por ejemplo, es una india desnuda y con sus animales y producciones naturales. Son tan grandes estos grupos, que el elefante del Asia, el toro de Europa ó el dromedario de Africa que en ellos se representan, son de tamaño natural. Una verja de hierro, de grupo á grupo, encierra el monumento.

Asciéndese á la base de éste por una vasta escalera circular que tendrá cuarenta varas de circunferencia ; y la última grada, que es espaciosa, forma una ancha galería en que pueden pasear al rededor, sin embarazo, muchas personas á un mismo tiempo. La base del monumento,—en donde acaba la escalera,—es circular y está formada por medallones de mármol blanco admirablemente esculpidos, con retratos de Colón, Vasco de Gama, Magallanes, Laperousse, Camoens, Tasso, Dante Alghieri, Cervantes, Ariosto (no está Byron), Fidias, Apeles, Miguel Angel, Rafael, Vandick, Velázquez y Morillo, Bernardo de Palissy, Moore, Fulton, Copérnico, Galileo, Demóstenes, Cicerón, San Bernardo, Bossuet, Fenelón y de casi todos aquellos que en la historia de la humanidad figuran por sus obras ó sus hechos en favor de la mejora intelectual, moral y material del hombre; pero no se ve un guerrero, ni un déspota, ni un conquistador.

Después se levanta, á cincuenta metros de altura, una obra artística de granito rojo, pulido y brillante y de mármoles de colores, — verde, rojo, blanco, negro y azul, — hábilmente mezclados con el bronce áureo, para formar una figura semejante al monumento de oro de la catedral de Bogotá, en que están los restos del señor Arzobispo Mosquera. El monumento está dividido en tres órdenes, tiene cuatro fases, y en cada uno de los extremos hay una enorme estatua de bronce negro : termina todo en una pirámide elevadísima; y en el orden del medio hay un grande arco, visible desde cualquier punto, en el cual está, en bronce dorado, la colosal estatua del Príncipe Alberto.

Mucho han censurado los artistas la idea de la estatua dorada ; pero no se comprende que de otro modo hubiera podido hacerse notable en medio del mármol y del bronce que allí deslumbran, y de más de doce magníficas estatuas de bronce negro que adornan el monumento. Al frente, en colosales letras de oro, se lee :

« VICTORIA AND HER PEOPLE TO
PRINCE ALBERTO.»

« Victoria y su pueblo al Príncipe Alberto.»

En efecto, esta suntuosa obra, en la cual se invirtió más de un millón

de libras esterlinas, fué construída, nó con fondos nacionales, sino por suscripción voluntaria, encabezada por la Reina Victoria.

Este monumento, además de ser muy suntuoso, caracteriza bien el genio inglés y las ideas y tendencias de nuestra época. El Príncipe Alberto no fué un santo por cuyos milagros mereciera que se le erigieran estatuas como las de que está llena la Italia ; no fué un guerrero por cuyas hazañas se le mandaran levantar monumentos como los que se encuentran por todas partes en Francia ; no fué un tirano como alguno de aquellos cuyas estatuas se sacan de las ruinas de Roma ; no fué un ambicioso como Napoleón, un político como Richelieu, ni un genio como Colón : fué sencillamente el Príncipe consorte de la Reina Victoria, hombre pacífico, inofensivo, modesto, y que jamás quiso mezclarse en la política de un reinado á cuya sombra se ha mantenido incólume la constitución, inalterable la paz, firme la libertad, y en el cual el pueblo ha mejorado de condición y la Inglaterra ha centuplicado su industria, su comercio, su influencia y su poder en el mundo.

Se van ya de la tierra los dioses, los grandes y los héroes, para que sea aquélla la mansión de los hombres comunes y virtuosos.

Cuando la vieja Inglaterra, con cuatro millones de habitantes, se compara con el actual Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda ; cuando se ve que donde antes eran pantanos hay hoy ciudades populosas y llenas de industria; cuando el antiguo isleño, pobre, cubierto de pieles, con las piernas envueltas en pajas para evitar el frío, habitando en chozas pajizas, llenas de humo, con su familia, estúpida y miserable, y entregado á la embriaguez, se compara con el ciudadano inglés de nuestro tiempo, acomodado, vestido de paño y bien calzado, lleno de esa dignidad que raya en orgullo, que habita elegante casa, usa alumbrado de gas, viaja en ferrocarril y está rodeado de una familia la más hermosa de la tierra, moral, virtuosa y llena de cualidades sociales, y se sabe que estos ciudadanos forman la mayoría de la nación, es necesario reconocer que sólo merecen estatuas y monumentos los que contribuyen al bienestar del pueblo, aunque sea modestamente, como el Príncipe Alberto, quien se ocupó sólo en la mejora de la industria y en la administración de la caridad en el país de su esposa.

Dejemos el animado y bullicioso ruido de la ciudad, y vamos al pasado. Vamos á visitar la soberbia y melancólica iglesia gótica, que es el orgullo y la maravilla de Londres, la Westminster Abey (abadía de Westminster), antiguo santuario católico, lleno de tradiciones y recuerdos, monumento de venerable antigüedad, que se levanta de la tierra y parece llegar al cielo; edificio lleno de majestad, de gracia y de belleza, ennegrecido por el tiempo,

y que hoy es el panteón nacional de todos los grandes hombres de Inglaterra.

Eduardo el Confesor, *corazón de mujer*, duque de Normandía, desterrado de su patria, cuenta la tradición que hizo voto de ir en peregrinación á Roma, descalzo y á pié, á visitar el sepulcro de San Pedro, si era restaurado á su reino; pero cuando lo fué, ya ese voto le pareció importuno y de él lo dispensó el Papa, con la obligación de erigir un monasterio á San Pedro. San Pedro mismo guió al Confesor en la elección, apareciéndosele en una visión y diciéndole : « *Hay un lugar mío en el west*, (al oeste de Londres) que yo amo y elijo, que en otro tiempo consagré con mis manos, honré con mi presencia é hice ilustre con mis milagros. En este lugar, que se llama *Menster*, y que por los pecados de los hombres cayó en poder de los bárbaros y se convirtió, de rico, grande y honorable que era, en pobre, pequeño é indigno, quiero que se levante un templo que sea la casa de Dios y la puerta del cielo.» En este sitio se levantó la abadía de *West-minster*.

La iglesia fué dotada con las siguientes reliquias: el pesebre en que Cristo nació; un pedazo del pan que bendijo en la cena; el asiento en que se sentó en el templo á disputar entre los doctores; un pedazo de su túnica y de la soga con que fué atado; otro de la losa del sepulcro y de la sábana en que fué envuelto, y una gran parte de la cruz.

Pero la iglesia actual no es la erigida hace nueve siglos por el piadoso Rey Enrique III; pues ésa fué católica, estuvo llena de altares donde perpetuamente se ofrecían misas; de santos á quienes se rendía culto; donde ardían sin cesar lámparas de plata y cirios de cera; cuyo recinto era perfumado por el incienso y las flores y resonaba con las magníficas salmodias latinas y el solemne *Kirie eleyson* de las letanías y el canto gregoriano. La abadía de hoy está triste y silenciosa; no tiene un altar, ni una cruz, ni una estatua, ni un adorno; y sus muros de piedra ennegrecida y sus columnas gigantescas y desnudas se levantan al cielo, sombrías, melancólicas, pero llenas de una majestad que impone, de una belleza que sorprende y que eleva el alma á la meditación y al infinito.

El exterior de la abadía de *Westminster* no es ostentoso y magnífico como el de la Catedral de San Pedro en Roma; no es imponente como el de la iglesia de San Pablo en Londres, ni pretencioso como el de la Catedral de Bogotá; y pudiera el viajero pasar por frente á él sin sospechar siquiera que está allí uno de los más grandes y más hermosos edificios del mundo.

Haré una ligera descripción de este templo, que fué el que más me gustó en Europa, sin usar términos técnicos, y sólo para que aquellos de

mis compatriotas que no puedan verlo formen de él una idea. Es un templo gótico, cuyo orden, según me explicaron, se distingue por los arcos ogivos ó angulares, en vez de ser redondos, y así son allí, tanto los que forman las columnas, como los de las puertas y ventanas. Mas como por ocho siglos se hicieron construcciones en aquel templo, el orden gótico no reina en absoluto y hay capillas en que figura otro. El edificio está construído de piedra admirablemente tallada y al descubierto, sin que la cubra pintura, estuco ni blanquimento. Tiene una nave inmensa, elevadísima, que descansa en columnas redondas, pero estriadas, es decir, formadas como de muchas columnitas agrupadas en una, con molduras á cierta distancia, como los cañutos de la caña de maíz, muy delgadas en apariencia, según su altura, y formando arcos ogivos, que sostienen otra galería elevadísima, también terminada en arcos más pequeños, y desprendiéndose de allí otros arcos que forman la inmensa bóveda de la iglesia, cruzándose á una altura en que la vista se pierde y el pensamiento se confunde. Dos naves laterales tan grandes y tan elevadas que cada una de ellas sería un templo espacioso, forman el cuerpo de la iglesia. Otra nave inmensa, tan alta como la principal, viene á completar la cruz; y esta nave tiene también varias otras laterales hechas de columnas, sobre las cuales se levanta la bóveda, formando todas un centro común y un conjunto maravilloso, de manera que de cualquier parte se tiene al frente una famosa arcada, y la iglesia deja ver su magnitud y su elegancia de cualquiera de las tres puertas que por los tres lados se abren para el público; y las infinitas columnas forman como un bosque de palmas, cuyas copas de piedra constituyen la bóveda.

Reina allí una oscuridad imponente, pues la luz que de tan alto viene al través de vidrios de colores, llega amortiguada y melancólica, aumentando la extensión del edificio y haciendo más altas y más aéreas las columnas, cuya parte superior parece perderse entre las sombras. En medio de los tres órdenes de arcos que forman el edificio está el magnífico y maravilloso coro; y además de las cinco naves del templo hay infinidad de capillas que se abren en todas direcciones y constituyen un intrincado y suntuoso laberinto, en el que se pierde la vista.

La abadía de Westminster tiene las siguientes medidas:

Nave principal: largo, 166 pies; ancho, 38; alto, 101.

Naves laterales: alto, 71 pies; ancho, 16.

Coro: largo, 155 pies; ancho, 38; alto, 101.

Largo interior de la iglesia, 383 pies.

Extremo largo en la parte exterior, 530 pies.

Ancho, 400 pies; alto, 225.

Hay más de veinticinco capillas al rededor de la iglesia, las cuales son obras admirables de arquitectura, de diversos estilos, sin que el viajero pueda comprender por dónde entra en ellas y por dónde vuelve á la iglesia. Casi todas conservan los nombres de los santos en cuyo honor se erigieron, como San Nicolás, San Edmundo, Santa Catalina, San Pablo ó San Juan Bautista ; pero los iconoclastas no dejaron en ellas ni una imagen, ni una estatua de santo, ni un retablo, ni una cruz. Otras capillas llevan el nombre del soberano que las mandó construir, y en todas hay monumentos de mármol levantados sobre los sepulcros á personajes cuya memoria ha querido perpetuarse, pero ay ! inútilmente, porque está perdido el nombre de los que allí reposan, y nadie trata de saberlo.

En cada una de esas capillas puede estudiarse el gusto de la época en que fué construída, y la historia del arte, en los sepulcros de mármol que la adornan, así como la inutilidad de querer perpetuar las fechas de una historia particular por medio de figuras ó de símbolos, claros para los contemporáneos, pero absolutamente incomprensibles y ridículos para las generaciones venideras. Hay algunos de estos sepulcros que son montañas de mármol; otros, por sus figuras, una extravagancia, y muchos, sumamente ridículos. Recuerdo entre estos últimos uno que representa una casa de mármol, en cuya puerta entreabierta está la Muerte en forma de esqueleto, asomándose; otro en que la Muerte, debajo de la cama, extiende su brazo descarnado para coger á una mujer; y otro en que, armada de una lanza y en una postura eminentemente grotesca, ataca á una mujer á quien un viejo defiende; pero los más comunes son un suntuoso senotafio, sobre el cual está extendida y con las manos juntas en actitud de orar, la estatua de la persona ó personas allí enterradas; pues con frecuencia se ven unidos los del esposo y la esposa. También hay otros que representan al personaje en andas de mármol, sostenidos en alto por estatuas de caballeros. Nada imponente hay en todos estos monumentos de la vanidad humana, empeñada en perpetuarse; y bien al contrario, el ánimo se complace en ver confundida con la piedra del templo la soberbia de los que se creyeron inmortales.

Westminster es hoy el sagrado panteón de los reyes de Inglaterra y de los grandes hombres ; y en nuestros días el honor de ser enterrado allí sólo ha sido concedido al doctor Livingstone, el valeroso explorador del Africa, y al célebre Darwin.

La más hermosa de las capillas de Westminster es la de Enrique vii ó de las banderas : es una hermosa iglesia, de estilo completamente gótico, de una sola nave, formada por arcos ogivos que de los muros salen y se

cruzan en el cielo, y que terminan en florones y figuras de piedra de admirable trabajo: catorce elevadísimas ventanas dan luz al artesonado, y queda oscuro el resto del templo. Las paredes no tienen una cuarta que no esté esculpida con figuras de ángeles, de patriarcas y reyes del viejo testamento y alegorías bíblicas. Esta capilla estaba destinada para los consejos y reuniones de los caballeros de la grande orden militar del BAÑO. Por esto, la iglesia tiene asientos de madera á lo largo de la nave, de admirable trabajo, y esculpido en el espaldar el escudo de armas de cada uno de los caballeros, y encima, desplegado y pendiente, el estandarte con que iba á la guerra. Así es que desde la puerta de la entrada la capilla muestra en hilera todas las banderas; banderas que tienen siglos, que conquistaron muchas glorias, y que el viento mantiene en continuo movimiento.

Allí, durmiendo el sueño eterno, la una en frente de la otra, y en iguales sarcófagos de mármol negro, no quedando de la funesta belleza de la una más que cenizas, y del varonil encanto de la otra más que polvo, y enterrados con ellas sus amores, sus odios, sus venganzas, están dos mujeres históricas, dos reinas rivales que se disputaron la opinión del mundo y que se dividen todavía en la historia los partidarios, los amigos y los admiradores. En aquella lóbrega capilla cree uno ver levantarse de los dos sepulcros dos sombras coronadas: una de suprema belleza, y otra de regia majestad, las cuales se miran siempre con odio ó con horror; aquélla derrama delante del viajero la urna de lágrimas que recogió en la vida, y le muestra su linda garganta degollada; y ésta presenta con una mano el rollo de pergamino en que están escritos con sangre los crímenes de su enemiga, y con la otra el acta de reconocimiento y admiración de un gran pueblo.

Estas sombras son la de MARÍA STUARDO, REINA DE ESCOCIA, y la de ISABEL, REINA DE INGLATERRA.

La historia de *María* es un romance lleno de tristeza y de encanto, que cautiva todos los corazones y hace olvidar todas sus faltas. Hija de reyes, nacida para reinar en tres de las naciones más poderosas de Europa, sus coronas rodaron en el polvo; hermosa como un ángel, prostituyó su belleza; inteligente é instruída, siguió una senda de errores; y la huella de sus delitos la borró con su copioso llanto. Fué hija de Jacobo V, Rey de Escocia, nació en 1542 y se casó con Francisco II, Rey de Francia, cuando éste todavía era *Delfín*, en 1558. Perdió á su esposo á los pocos meses de casada, y con él el reino de Francia.

Le queda el reino de Escocia y...... el de Inglaterra, sobre el cual tiene

títulos que ella hará valer y que quizás son mejores que los de la hija de Ana Bolena, á quien su padre mismo, Enrique VIII, declaró indigna de la corona. Diciendo adiós á la bella Francia, á la nación que tanto amó y de la cual fué tan querida y admirada, no queriendo apartar de sus playas los ojos inundados de lágrimas, se va á Escocia á tomar posesión de un trono que no tiene el esplendor y la belleza del que acaba de perder.

Pero ¡qué horror! Los súbditos que guardan este trono no son esos nobles franceses que participan de su entusiasmo y de su cultura, sino unos hombres fríos, á quienes no deslumbra su belleza, que no se entusiasman con su presencia, que tienen distintas creencias, y que quieren imponerle una nueva religión. ¡Imposible!

Ella, nacida para amar, es aborrecida de sus súbditos: la guerra se enciende; en su nombre se dan batallas y se derrama sangre, por lo cual es maldecida por todas partes. Ya va á perder su corona. Si ella aceptara una alianza poderosa de tantas como se le ofrecen, podría salvarla. Pero ¿qué le importa á ella el reino, si su corazón lo ha entregado al joven *Enrique Darnley* y con él se casa? ¿Fué dichosa? Nó, profundamente desgraciada.

En la vecina isla, Inglaterra, sobre la cual ella creía tener también derecho, había sido exaltada al trono, en el mismo año en que ella se había casado con el Rey de Francia, en 1558, ISABEL, hija de Ana Bolena, lo que á ella no le importaba en aquella época, porque era dichosa, pero de lo cual tuvo noticia cuando á Escocia vino: supo entonces que *su prima* (á quien estaba obligada á llamar *hermana*, con mengua de su orgullo) era una mujer de facciones duras, frente despejada y clara razón; que no amaba á nadie y que era llamada la *reina virgen*, que era respetada por los ingleses á pesar de su soberbia; que había restablecido el protestantismo, y que á sí misma se había hecho cabeza de la iglesia de Inglaterra.

Lo que sintió por su *hermana* fué un profundo disgusto, una antipatía invencible, lo que siente una alma delicada, entusiasta y ardorosa por una persona fría, egoísta y ambiciosa; y como tenía la gracia francesa, lanzó contra ella burlas por su *papado*, y sarcasmos contra su virginidad, burlas que la otra guardó rencorosamente.

Mientras que Isabel con su acertado juicio, buen gobierno y profunda política engrandecía á su nación y conquistaba si no el amor, sí la profunda veneración de los ingleses, María, entregada á locos amores con el italiano Rizzio, dejaba que su reino ardiera, que sus súbditos se despedazaran por cuestiones religiosas, y llevó el escándalo hasta obligar á su esposo á que en su presencia asesinara al amante, salpicando con su sangre las regias vestiduras.

La corte de Isabel estaba llena de embajadores de todas las naciones con quienes había hecho alianzas poderosas ; los príncipes y los reyes solicitaban su mano, y en su palacio le rendían honores casi divinos; pero esto no le satisfacía, porque María era hermosa y ella fea, María inspiraba amor loco y verdadero, y á ella le hacían traición sus favoritos.

Isabel tenía envidia á esa linda Reina loca que contribuyó á la muerte de su esposo, y que tres meses después de la catástrofe casó con su asesino el Conde de Bothwell ; á esa contra quien los indignados escoceses se armaron y depusieron, y que habiendo logrado salvarse, huyó de su reino y se refugió en Inglaterra.

Estas dos mujeres se encontraron al fin: la una supremamente hermosa, la otra, fea é inteligente ; la una dulce, tierna, entusiasta y generosa, la otra reflexiva y sabia ; la una criminal arrepentida, la otra inocente y severa ; la una profundamente desgraciada, la otra llena de poder y de grandeza. Las dos rivales se miraron, las dos reinas se midieron, las dos hermanas se abrazaron.

Isabel aparentó interesarse por la suerte de una reina á quien aborrecía y cuyo reino deseaba para formar la Gran Bretaña. María aparentó agradecimiento por los servicios de una usurpadora del reino que pretendía y á quien despreciaba, y cada cual seguía en secreto el camino que su corazón le indicaba ó sus intereses le aconsejaban. María conspiraba con sus amantes, y la cruel Isabel la redujo á estrecha prisión por diez y ocho años.

Verdad ó mentira: misterio de la historia. Habiendo Babington conspirado, de acuerdo con María, contra la vida de Isabel, ésta, implacable y feroz, le hizo cortar la cabeza á su enemiga por mano del verdugo.

Algunos instantes antes de ser decapitada, dirigió á su rival la siguiente carta :

«Señora :

«Aunque con vuestra propia mano habéis trazado mi sentencia de muerte, no os guardo rencor ni muero como enemigo vuéstro. Mi religión me enseña á perdonar cuantos odios mundanos me asalten ; y la vuéstra os permite arrojar sobre mí aquellos odios.

«Aunque se me condena como á criminal, muero con la paz de la conciencia. No me condenáis porque yo haya maquinado contra vuestra vida: queréis hacer rodar mi cabeza porque sobre ella llevo una corona, objeto de vuestras ansias. La fe que inducía á San Pablo á rogar por Nerón, hará también que María Estuardo ore por Isabel. Además, una reina ilegítima no es acreedora á la indignación de la Reina que por derecho de nacimiento empuñó el cetro.

Sin duda que este lenguaje no ha de ser de vuestro agrado ; pero ¿ qué puede temer aquel que de antemano está condenado al último suplicio ? Y este suplicio, que juzgáis ignominioso, será el complemento de mi gloria. Ni penséis que podéis inmolarme impunemente : recordad que se os uzgará algún día con el mismo rigor que hoy empleáis para conmigo. Empero, tan lejos me hallo de desear que se vengue mi muerte y que mi sangre caiga sobre vos, que me diría feliz si la muerte transitoria que voy á sufrir fuera un medio de iluminar vuestra alma y de llevaros á la vida eterna....

María.»

El Conde de Essex, su favorito, conspiró contra Isabel, y ella, llena de despecho, lo mandó juzgar y fué decapitado : poco tiempo después Isabel murió de remordimientos.

Las tumbas de María, Reina de Escocia, é Isabel, Reina de Inglaterra, inspiran terror.

CAPITULO IX.

El Támesis—Los jardines ingleses—Nelson y Byron.

EL TÁMESIS pasa cerca de Westminster, y como el viajero está ansioso de verlo y de conocerlo todo, en lo que hace muy mal, porque las emociones se van sucediendo y borrando con una rapidez vertiginosa, sin que se le grabe ni quede nada en el espíritu, de la misma manera que no queda nada de los paisajes que se van desarrollando y perdiendo de vista cuando se va en ferrocarril ó al verlos en un estereoscopio; por eso, al salir del antiguo templo gótico, nos embarcámos en un vaporcito y bajámos el río, pasando por la *Casa del Parlamento*, y fuimos á conocer á *Kew Garden* y el ASILO DE LOS INVÁLIDOS DE INGLATERRA.

Los JARDINES INGLESES son verdaderos tapices verdes, con figuras y dibujos de diversos colores, formados con las flores con la regularidad y primor que se emplea en la tapicería de los Gobelinos en Francia, y en ninguna parte del mundo el arte de los jardines ha llegado á tanta perfección ; pues las plantas están educadas de tal manera que no crecen más de lo preciso, florecen todas á un mismo tiempo, y las matas de igual clase dan flores de idéntico color. Así la vista se deleita en seguir en *Kew Garden* los infinitos círculos, triángulos, rectángulos y marcados arabescos de que están formados los jardines, rojos unos, amarillos éstos, tricolores aquéllos, matizados los de más allá, sin que una línea esté torcida ni una flor dislocada. Ayuda mucho á los ingleses, para formar sus regulares y preciosos jardines, la verdura de los pastos,

mantenida por la humedad de la atmósfera y la regularidad de las estaciones, que no permite adelantar ni retardar la florecencia de las matas.

De *Kew Garden* á *Hampton Court* hay una hermosa alameda de encinas y robles seculares, que es la más larga que se conoce en Europa.

Los viejos veteranos que cuidan estos jardines están muy bien alojados en habitaciones confortables, con vestidos abrigados, y si su asilo no tiene una cúpula dorada como la del templo de los Inválidos en París, ni es un palacio como el que les erigió Luis XIV y embelleció Napoleón, juzgo que están mejor asistidos y que viven más cómodamente que los inválidos franceses.

Debo confesar que los inválidos ingleses no tienen el aire imponente de los mutilados en Constantina, por ejemplo: que no es marcial el aspecto de los soldados ingleses, y que hay un tanto de ridículo en la ostentación de glorias guerreras que hace la Inglaterra, al levantar esa infinidad de monumentos suntuosos de que está lleno Londres, monumentos erigidos por guerras secundarias, por triunfos efímeros ó por victorias que el mundo no ha conocido.

Los sur-americanos no conocemos más que á dos ingleses: á NELSON, que nos apasiona por su valor, su intrepidez de marino y sus triunfos en Abukir y Trafalgar, pero á quien no queremos por su odio á los republicanos y sus asesinatos en Nápoles; y á BYRON, el inmortal poeta, que ha formado nuestra literatura, poblado con sus cantos nuestros desiertos, y satisfecho todas las aspiraciones de nuestra alma apasionada y ardiente con sus maravillosas poesías, que resuenan en el alma de la juventud americana como sus propios sentimientos.

Londres está lleno de monumentos levantados á Nelson. En San Pablo está su soberbio sepulcro, y en la « Plaza de Trafalgar,» entre cuatro colosales leones, se levanta una gran columna, sobre la cual está la estatua del valeroso marino, obra admirable de escultura, en que, á pesar de estar representado como él era, manco, tuerto y feo, se ve, sin embargo, heroico y sublime.

Horacio Nelson fué un bravo marino ; las estatuas que Inglaterra le ha levantado son muy merecidas, porque sirvió á su patria con abnegación y valor hasta hacerle el sacrificio de su vida, y á él debe la Inglaterra el título de *Señora de los mares* y el reconocimiento de su superioridad naval en toda guerra.

En un ataque que hizo sobre las costas de Tenerife, le volaron un brazo, y continuó así mandando las maniobras de su buque.

Habiendo sitiado á Copenhague y capturado muchos buques daneses,

se veía, sin embargo, derrotado por los fuegos de tierra, que caían como lluvia sobre su armada, y le envió á decir al Gobernador: «si no hay una tregua y se suspende inmediatamente el fuego de tierra, hago volar todos los buques daneses y que perezcan todas las tropas de la tripulación.» El Gobernador, ante tal anuncio, hizo suspender el fuego, y Nelson, salvándose así, desembarcó, y por en medio de la multitud amotinada y enfurecida atravesó la ciudad y fué al palacio del Rey, con quien de igual á igual ajustó las bases de la paz.

Cuando la loca expedición del General Bonaparte sobre Egipto, encendida la guerra entre Inglaterra y Francia, aquél se llevó cuanto ésta tenía de marina al mando del Almirante Brueys, y con ella fué conquistando á Candia, Malta y Alejandría, donde desembarcó, se dirigió al Cairo, entró allí victorioso y dió famosas batallas como la de Las Pirámides. Nelson siguió tras él, le quitó á Malta, y sabiendo que la armada francesa estaba anclada en la rada de Aboukir, cerca de una de las desembocaduras del Nilo, y que se componía de trece grandes navíos y cuatro fragatas, se metió entre ella de noche, el 1.º de Agosto de 1799, y atravesó la línea que los navíos formaban; pero los franceses lo notaron y rompieron los fuegos, empeñándose un formidable combate que duró más de dos horas; se incendió el *Oriente*, navío del Almirante francés, que voló causando horribles estragos aun á sus enemigos; Nelson fué herido en la cabeza y perdió un ojo en la batalla, pero siguió mandándola hasta las tres de la mañana, hora en que todos los buques enemigos estuvieron en su poder, y los que nó, habían volado ó se habían hundido.

Después, por dos años mantuvo Nelson la armada francesa detenida en Tolón, y cuando pudo salir y unirse con la española, formando juntas una escuadra poderosa al mando del Almirante Villeneuve, la persiguió hasta que se libró la batalla naval más formidable que se ha dado en los tiempos modernos: la de Trafalgar.

El 21 de Octubre de 1805, á la altura del cabo de Trafalgar, el navío *La Victoria*, en el cual iba Nelson, se fué sobre el *Bucentauro*, que conducía al Almirante Villeneuve, y se formó un encarnizado combate. El *Redoutable* auxilió al de su General y pereció; bien pronto un volcán de llamas se levantó en el mar, amenazando incendiar los navíos de una y otra armada; era la *Santísima Trinidad*, que, viéndose perdido, había hecho volar su santabárbara, pereciendo todos á bordo. El *Temerario* atacó al del Almirante con una energía desesperada, le mató mucha gente é hirió mortalmente á Nelson; pero no pudo resistir á otros buques ingleses que sobre él vinieron, y sucumbió también.

Nelson, atravesado el pecho por una bala, fué retirado á un lugar menos peligroso, pero continuó dando sus órdenes con admirable sangre fría, y cuando el Vice-almirante le anunció la victoria, se envolvió en su capa y murió.

Jamás dolor público fué más sincero y más espléndidamente manifestado que el de la Inglaterra á la muerte de Nelson. Todas las ciudades se enlutaron, los teatros se cerraron, los buques se empavesaron, y se le hicieron funerales suntuosos: el cadáver fué acompañado con regia pompa por todo el ejército y toda la marina, y conducido desde el puerto, atravesando la ciudad de Londres, hasta la Catedral de San Pablo, en donde está su sepulcro.

Lamartine, para manifestar lo que son los dos genios, el francés y el inglés, pone la proclama de Napoleón en Egipto, que dice:

« Soldados, desde lo alto de estas pirámides cuarenta siglos os contemplan,» &c.,

al lado de ésta de Nelson en Trafalgar :

« La Inglaterra espera que cada cual cumpla con su deber.»

Para pintar un rasgo característico de la nación inglesa, voy á referir una anécdota de la vida de Nelson:

La que fué lady Hamilton, era una linda muchacha, establecida en Nápoles, y cuya vida licenciosa la puso en contacto con el joven lord Hamilton, que, como viajero, fué á visitar esa ciudad. Enamoróse de ella locamente el joven lord, y disipó una enorme fortuna, pues el lujo que ella gastaba era superior al ruido que hacían sus amores con el inglés, llegando éste á pensar seriamente en hacerla su esposa. Para impedir tamaña locura, y á pesar de su edad y de sus ocupaciones en el parlamento, salió de Londres lord Hamilton, su padre, y partió para Nápoles. Creyó fácil que la muchacha, dándole él mucho dinero, desistiera de sus pretensiones matrimoniales, y sin decir nada al hijo, se fué directamente adonde ella estaba.

Parecióle al principio graciosa, después inteligente, luégo buena, y por último tan encantadora, que, fascinado, hechizado, loco, resolvió robársela á su hijo, lo que hizo en efecto, y á los pocos días, con gran solemnidad, la hizo su legítima esposa.

No queriendo la muchacha ir á Londres, lord Hamilton se hizo nombrar Embajador en Nápoles; y la Embajadora de Inglaterra tuvo fácil acceso en la corte, en donde reinaba Carolina, hija de María Teresa de Austria, y hermana de María Antoñeta, reina de Francia; mujer inteligente, resuelta, perversa y cruel, quien, subyugada también por el encanto

de lady Hamilton, la hizo su amiga íntima y su favorita, no separándose de ella á ninguna hora.

La escuadra inglesa en el Mediterráneo, al mando de Nelson, llegó á Nápoles cuando estaba lady Hamilton en todo su esplendor. Nelson se enamoró de ella, y la orgullosa austriaca, Reina de las dos Sicilias, hija de un Emperador de Austria, se hizo la confidenta y la cómplice de los adúlteros amores de Nelson y de lady Hamilton.

Pero esta infamia no fué desinteresada, pues á su turno ella se valió de lady Hamilton para que Nelson asesinase, aprovechándose de una tregua, de su posición y de la fuerza, á los republicanos italianos; mancillando el héroe así su gloria.

Lady Hamilton abandonó á su esposo y se hizo la compañera inseparable de Nelson, quien la llevaba á todas partes, la hacía considerar como su legítima consorte y la respetaba como á tal, y al tiempo de morir en Trafalgar, dijo estas últimas palabras:

«Recomiendo á la gratitud de Inglaterra, y en memoria de mis sacrificios, á lady Hamilton.»

Pues bien: en esa tierra, que está llena de monumentos levantados al *Bravo Nelson*, lady Hamilton murió de miseria en una pequeña aldea, y abandonada de todos; y de ella sólo queda, por el mérito de la pintura, un retrato en *Kensington garden Museum*, á cuyo pié dice:

« LADY HAMILTON,

« Conocida en la historia por algunas cartas del Almirante Nelson.»

Hé aquí una anécdota que indica cuánto se admira en Inglaterra á Nelson y cuál es allí su popularidad:

De años atrás llamaba en Londres la atención de los viajeros, y era visitado por éstos incesantemente, un viejo veterano que había respirado humo de pólvora en Trafalgar, y que había perdido allí, al lado mismo de Nelson, una pierna, en cambio de la cual llevaba dos formidables muletas, que eran como los sustentáculos de su gloria. Tenía algunas particularidades que los *reporters* se apresuraban á recoger y publicar: entre ellas, la de llevar sobre la frente, tal como el Almirante lo llevaba, un largo mechón de pelo traído desde la corona; y la de quejarse con frecuencia de un dolor que le sobrevenía en el pié de la pierna que había perdido en el combate, á semejanza de la noble Francia, que aún se conduele de lo que sufre hoy la Alsacia, ya desmembrada. El veterano aquél, como buen inglés, era al principio de difícil entrada; pero luego que el visitante se hacía presentar

por uno de los súbditos más queridos de Su Majestad,—el chelín,—entraba el viejo en familiar conversación, y refería, encendidos los ojos por el fuego del relato, y algo revuelto y erizado el mechón de pelo, cual si en la salita del inválido soplaran en aquellos momentos las brisas de mar que corrían el día de la batalla, refería, digo, cómo cada inglés cumplió con su deber, para no dejar burladas las palabras del Almirante y las esperanzas de la *old Britain:* cómo Nelson se puso sobre el ojo perdido el anteojo, para poder decir, sin mentira, que no veía lo que en sus planes no le convenía ver; cómo lograron cruzar la escuadra enemiga, y, por último, cómo cayó él herido, al mismo tiempo que Nelson, sobre el puente del buque, teniendo así, para su patria, una gloria más, y para su uso particular, una pierna menos.

No había individuo, nacional ó extranjero, que perdiera la ocasión de escuchar aquellos detalles que la Historia aún no registraba, de apretar aquella mano que tal vez había tocado la de Nelson, de ver aquella pierna, esto es, el lugar donde ella debía de estar, que le hacía acreedor á la admiración y simpatía de todos los súbditos ingleses.

Y pasaban los años sin que el veterano dejara de recibir visitas, y con éstas, sendos chelines, sin que con la edad se debilitaran sus recuerdos, y sin que alterara un detalle ni una sílaba de su interesante relato; sobre todo llamaba la atención su edad incierta, pero á buen seguro muy avanzada, edad sobre la cual guardaba el viejo enigmática reserva. Los periódicos se deshacían en comentarios, los clubs multiplicaban sus apuestas respecto de los años, y no faltó un lord con ribetes de sabio, que los hay, que comisionara, según dicen, á Stanley, el descubridor de Livingstone, para que fuera, á la cabeza de una sociedad arqueológica, en busca de la pierna enterrada en Trafalgar, y encontrada ésta, y examinado el hueso de acuerdo con las más recientes especulaciones científicas, determinar la edad que tenía aquella ex-pierna, de suerte que, hecha la suma del tiempo transcurrido desde el día de la batalla hasta el de la exploración, se pudiera saber los años de su compañera la pierna viva, y por ésta los del marino de Nelson.

Pero era el caso que el viejo no se envejecía, y puede decirse que veía pasar las generaciones, como si con la muerte de uno de sus miembros hubiera pagado suficiente tributo á la tierra. Pero ¿ qué de extraño podía haber para los altivos ingleses en que un súbdito de Su Majestad, que había resistido todos los asaltos, resistiera al fin los de la muerte ?

Empero, no faltó un individuo que, sin ningún patriotismo por cierto, abrigara en su pecho algunas dudas acerca del tal veterano, y exponiéndose á cometer un crimen de lesa-patria, siguiera los pasos de aquél,

lo estudiara en todo, cogiera algunos cabos de su historia y después de diez años de constancia digna en un todo de un anglo-sajón, descubriera ante el mundo, si bien muy á pesar de los admiradores de Nelson, que el tal marino no lo era, y que aquel sujeto no era uno, ni dos, sino varios individuos que se sucedían con entera regularidad, uno á la muerte de otro, buscados en todo el mundo por su parecido, é instruídos, arreglados, vestidos y costeados por una Sociedad debidamente organizada, que giraba bajo la razón social de *Nelson's public english simpathy explotation Company* (Compañía explotadora de la simpatía de los ingleses por Nelson).

Lord Byron no es inglés. Su origen es francés, su corazón español, su genio universal, su voz del cielo, como la de los ángeles rebeldes en el momento en que para siempre fueron condenados al infierno: ecos del dolor, de la amargura, del remordimiento, irremediables y eternos, confundidos con los gritos de la desesperación y el deseo de la venganza.

Ni la historia de su país, ni las tradiciones sombrías y melancólicas de que está poblada la isla, y que han aprovechado otros poetas, inspiraron jamás su musa; ni la verde Inglaterra tuvo para él encantos, ni el ruido de sus fábricas le fué grato, ni el movimiento comercial de la isla llamó jamás su atención ; y como el ave que huye de una jaula húmeda y fría y va en busca de sol, de libertad, de calor y de extensión para cantar libre y feliz, así lord Byron, desde muy joven, se fué de Inglaterra á visitar á España y á Grecia, tierras de la inspiración y de la poesía, dejando como recuerdo de este viaje su inmortal poema *Childe-Harold.*

Si de su patria se acuerda, es para escribir una sátira sobre *La vida de Londres*, mientras que en Oriente es héroe, amante tierno y poeta sublime; atraviesa á nado el estrecho del Helesponto para imitar las visitas misteriosas que Leandro hacía á su querida; y contemplando los sepulcros griegos, hace las más hermosas traducciones de *Anacreonte* y del *Prometeo* de Esquilo, y compone su famoso poema la *Desposada de Abidos*, asunto enteramente griego.

Byron tiene un canto para cada uno de los hechos de Napoleón, el enemigo de su patria; lo sigue en su carrera de triunfos, como el ojo del águila sigue el curso del sol; y deslumbrado por tanta luz y tanta gloria, con sublime inspiración le dirige himnos como los que se alzan á Dios, ó melancólico y triste lo acompaña en Santa Elena.

Busca al héroe legendario de la hidalguía, del valor, de los amores, del vicio, de la incredulidad y de la venganza en España, y escribe á *Don Juan ;* y después escribe á *Lara*, *El Corsario*, *Beppo*, *Mazepa*, *El sitio de Corinto*, todo de otras tierras adonde él ha ido ó adonde lo ha llevado

su inspiración y su ardiente fantasía. Si algunos de estos poemas no son sublimes, otros hay magníficos, que revelan los más hermosos pensamientos, las más dulces emociones y un corazón nacido para todo lo grande y todo lo noble. Relativas á Inglaterra, no se registran en las obras de Byron más que las *Sátiras*, *Los poetas ingleses y los de la Revista de Edimburgo*, *El carro de Minerva*, *El valse* y *La visión del Juicio*; poesías en que el autor derramó toda la hiel y cuanto de odioso y despreciable había en su alma.

El corazón de Byron fué español, y basta para probarlo el que sus más bellos versos son españoles; que pinta el amor como los españoles lo sienten; que sus más románticas fantasías son españolas; que tiene arranques de generosidad, de inconstancia y de locura como un español; que no halló en inglés una expresión para pintar la cólera de su esposa, y tuvo que escribir en una carta: «I wait Mrs. Byron *furiosa*»; que guardó como un español la injuria que su madre le hizo llamándolo *chapín*, para escribir después *La transformación de un deforme*; que fué implacable como un español en la venganza; y en fin, que amor, ternura, celos, deleites, perfidias, todo en él revelaba el carácter español, y nada de la rectitud, moralidad y helada virtud del carácter inglés.

Byron en España no sólo hubiera sido un gran poeta, sino un hombre eminente, un héroe como don Juan de Austria y un político hábil; pero en Inglaterra, donde su rígida madre no comprendía los tesoros de amor que su corazón encerraba, viendo en él sólo un niño inquieto, en nada parecido á los *good boys* (muchachos formales), que con la biblia en la mano van todos los domingos á la iglesia y vuelven á leerla y releerla en el hogar; encontrándolo distinto de los rubios ingleses, graves, juiciosos, que se afeitan todos los días, leen *El Times*, y estirados, tiesos, con el cuello recto, les hacen una fría corte á las inglesas; viendo que, al contrario, era un joven moreno, hermoso, de abundante y larga cabellera castaña, de cuerpo elegante, fáciles movimientos, aire atrevido, cuello perfecto que dejaba descubierto y luciendo sobre una pechera de encajes; y que en vez de la etiqueta inglesa este jóven gastaba con las damas unos modales que rompían todas las tradiciones de la cortesanía, y que sin embargo le valían las más locas conquistas; su madre, en fin, no simpatizando con su carácter, jamás tuvo para él una caricia, lo corrigió injuriándolo, y exacerbó su carácter hasta el extremo de reinar entre ellos un sentimiento que más se parecía al odio que al amor.

En Inglaterra, donde concibió una pasión loca, frenética, por una mujer estúpida, á quien consagró las primicias de sus poesías, mujer que decía á una amiga: «¿qué quieres que haga yo de ese pobrecito chapín?»; en

Inglaterra, donde tomó por esposa á una altiva lady, que lo abandonó, lo acusó de loco y le quitó su hijita, sin embargo de haber compuesto para ella aquellos lindos versos que todas las mujeres de mi país repiten:

Hay una vida mística enlazada
Tan cariñosamente con la mía,
Que del destino la inflexible espada
Ninguna ó ambas deberá cortar.

Una beldad existe, que mis ojos
Siempre la ven con mágica delicia ;
De día sabe disipar enojos,
De noche ensueños dulces inspirar.

Hay una voz tan pura y melodiosa
Que al oírla mi pecho se enajena ;
No acompañados de esa voz hermosa
Célicos coros no quisiera oír.

Hay una faz cuyo rubor explica
La historia de mi amor en su mejilla ;
Y al despedirse pálida publica
Más amor que me es dado proferir.

Hay un labio que el mío ha comprimido,
Y que antes otro labio no estrechó ;
Juró hacerme feliz, y envanecido
Mi labio lo comprime y otro nó.

Hay un seno—todo él es propio mío—
Do mi cabeza enferma reclinó ;
Una boca que ríe si yo río,
Ojos que lloran cuando lloro yo.

Dos corazones hay que en vibraciones
De dulcísima unión se corresponden ;
Y dicen en acordes pulsaciones,
O juntos palpitar ó fenecer.

Dos almas hay que ven tan dulcemente
La vida deslizar, que al separarse...
¿ Al separarse ? ¡ ah, no ! que eternamente
Una sola esas almas han de ser;

en Inglaterra, donde sólo tuvo para sus cantos, que llenaban el mundo de admiración, amarga crítica y censuras en que se trató hasta de su vida privada; en Inglaterra, donde no tuvo un amigo que lo introdujese á la Cámara de los Lores, en la cual se presentó solo, contra todas las tradiciones de la nobleza; en Inglaterra, donde nadie comprendió sus discursos en el parlamento, cuando, habiéndose rebelado un condado por hambre y habiéndolo mandado someter por la fuerza, él les gritaba: «Bárbaros, con cañones y pólvora no se apacigua el hambre de los pueblos»; en Inglaterra, donde no preveían entonces que con la guerra al turco y la emancipación de Grecia, del Epiro, de Tesalia, de Chipre y de todos los Principados Danubianos se servía á la causa de la civilización y se levantaba la grandeza y el poderío de la Gran Bretaña en Oriente; en Inglaterra, en fin, lord Byron no tuvo niñez tranquila, ni juventud dichosa, ni hogar feliz, ni reputación, ni gloria, por lo cual era natural que para ella tampoco tuviese ni recuerdos ni cantos.

Byron en Inglaterra fué acusado de loco por hechos que sólo dependían de la natural exacerbación de su carácter; censurado por sus faltas indisculpables, en verdad, pero tambien por sus acciones generosas y por sus más nobles y tiernas aspiraciones; y ¡quién sabe si entre el poeta que sueña y el loco que delira, sólo Dios marca el límite!

Byron dejó para siempre á Inglaterra y se fué á Suiza, y á la orilla del lago de Ginebra, donde el poético escenario levantó su numen entusiasta, escribió *El prisionero de Chillon*, el tercer canto del *Childe-Harold* y *Mazepa*; y allí también trazó aquel diario sentimental, del cual basta este solo párrafo para probar que Byron era bueno, sensible y amante, pero que jamás fué feliz:

« No tengo, dice, más que recuerdos amargos, y sobre todo el de la reciente desolación de mi hogar, que me acompañará toda mi vida. Pesan ellos sobre mí aquí; y ni la música del pastor, ni el ruido de la avalancha, ni el murmurio del torrente, ni el aspecto de la montaña levantan este peso de mi corazón, ni alcanzan á hacerme perder esta maldecida identidad entre mi suerte y la majestad, el poder y la gloria que me rodea.»

Pobre lord, que, cuando los amigos se interesaban por una reconciliación con su esposa, á que ésta se denegó siempre, asegurando tener pruebas de la locura de su marido, llegó á decir: « No he tenido jamás, ni puedo tener, cosa alguna que tachar en mi esposa; si hay algo censurable, eso me toca á mí, y ya que no puedo redimir mi falta, debo llevar el peso del castigo.»

Byron dejó para siempre á Inglaterra, donde no había tenido más que

dolores y vergüenzas, y después de haber pasado en Suiza mucho tiempo, se estableció en Venecia, la reina del Adriático, la ciudad de los palacios flotantes, de los canales misteriosos, de los recuerdos de gloria, del Dux y de los nobles, donde quiso ahogar en una vida agitada y licenciosa el recuerdo de su mal.

En Italia su vena poética se ensanchó: escribió á *Manfredo*, el último canto del *Childe-Harold* y los *Lamentos del Tasso*.

La libertad era el sueño de su alma generosa, la gloria el aire necesario á su numen celeste. Ya sus sienes brillaban como la cima del « Monte Blanco, » con una diadema inmortal que deslumbra á lo lejos, y el mundo entero repetía sus canciones ; pero su espíritu sublime quería más todavía : la gloria de los héroes á quienes había cantado y que se confunde con el ruido de las armas y el grito de la victoria. Dicen que pensó en Colombia, y que el grito de libertad lanzado en medio de las selvas de América conmovió su alma. Prefirió á Grecia, que era su verdadera patria; Grecia, que luchaba por su independencia, y á la que quiso ir á unir su suerte, hablar al pueblo como Temístocles, arengar en la plaza de Atenas como Demóstenes, pelear como Pericles ó morir como Leonídas. Pero éste fué su último dolor y su última decepción : la Grecia que iba á redimir no era la Grecia heroica, altiva, noble é inteligente que él había amado, y lleno de amargura murió en Missolonghí el año de 1824.

La nación por la cual murió no fué ingrata, y consagró una ley á su memoria.

Pues bien, en Inglaterra, en Londres, no encontré una estatua levantada á Byron. Su fama, que por el mundo brilla, allí ha abatido su vuelo. Byron no es para los ingleses, como es para nosotros, un Dios cuya voz es divina, sublime á veces como el rayo de Júpiter, ó vengativa como la risa de Plutón: que enciende el alma ó corrompe el corazón; es sólo un poeta cuyos versos, á veces elevados, á veces extravagantes, son inferiores á los de Moore y á otros que simpatizan más con la sangre fría de los flemáticos isleños.

Para juzgar del mérito de los poetas, creo que bastará, para los que no están ensimismados con el conocimiento de las reglas, saber esto : en Francia el castigo que á los jóvenes se impone en los colegios es el de aprenderse un fragmento de los poetas clásicos. En Colombia no hubo joven que no intentase traducir algo de Byron, ni mujer que no aprendiera alguno de sus versos.

La poesía *baironiana* tuvo su época, formó escuela y tuvo sectarios y adoradores; interrumpió la tradición (que fué una gran conquista); llenó

una necesidad de los espíritus; dió vuelta al mundo y sembró de flores todos los países. Esta es la verdadera gloria.

En gracia de mi entusiasmo por el poeta se me perdonará coloque aquí estos versos:

LA HORA DE MORIR.

Cuando del tiempo la inflexible mano
Conduzca para mí, tarde ó temprano,
El sueño que la muerte hace dormir,
Ojalá quiera rápido el olvido,
El triste lecho donde esté dormido
Con su ala de crespón blando cubrir.

No quiero, nó, mirar en ese instante
La turba de herederos anhelante,
Mis postreros suspiros esperar;
Ni de mi lento agonizar testigos,
Tampoco quiero ver á mis amigos
Con sincero dolor allí llorar.

Ni destrenzadas, pálidas, llorosas,
Pero siempre cuidando estar hermosas,
Negro pesar las jóvenes fingir ;
Que no quiero robar un solo instante
De placer y delicias á un amante,
Ni á la amistad la quiero hacer sufrir.

Ah ! si el amor pudiera en esa hora
Su mirada celeste, encantadora,
Sobre mi pobre lecho detener,
Sería tan dulce á lo último, ¡ mi Elena,
Llena de luz, mirar tu faz serena,
Y sentir su magnético poder !

Olvidando las dos luchas pasadas,
Viendo el dolor cruzar nuestras miradas,
Quizás, quizás le haríamos sonreir.
¡ Vano desear ! porque en aquel momento,
Como se aleja el moribundo aliento,
También, también, te miraré partir.

Huid ! huid ! que el miserable llanto,
El fingido dolor, el cruel quebranto,
Que la mujer remeda á voluntad,
Sólo traición inspiran en la vida,
Y en la hora, de todos tan temida,
Sólo inspirar podrán debilidad.

Quiero que triste, solitaria sea
Mi última hora. Sin que á nadie vea,
Sin que ninguno un ay ! al viento dé.
Sólo quisiera yo que agonizante
Durara sin dolor un solo instante,
Para invocar mis sueños y mi fe.

Ay ! morir ! para irse donde hundido
En la nada se habrá cuanto ha existido;
A donde todo, todo debe ir !
Tornar á ser la nada que era en antes,
¡ Nacer para vivir cortos instantes !
Y después, en la sombra sucumbir !

Contar las horas plácidas, serenas,
Y las de angustias, de tormento llenas,
Que el destino entre hiel hizo correr;
Y feliz, venturoso ó desgraciado,
Encontrar ¡ oh destino ! que el pasado
Es mejor y más bello que el no ser.

Olvida mundo y goces ¡ oh alma mía !
Y fervorosa, arrepentida, pía,
Fíjate sólo en el Supremo Ser.
Vuelve tu noble pensamiento al cielo,
A donde pronto elevarás tu vuelo,
A donde debes pronto aparecer.

Dios inmortal es dulce y bondadoso,
Y del hijo del polvo, el fervoroso
Grito de compasión habrá de oír;
Los que le pintan cruel ó justiciero,
Inflexible al dolor, duro y severo,
Nunca su amor debieron de sentir.

A ti llamo, Señor, entre tinieblas:
Tú que el espacio de universos pueblas,
Y que sientes al pájaro caer;
Tú que diriges á la estrella errante,
Y que en el seno de la mar gigante,
Tremendo leviatán haces nacer.

Tú, cuyo manto es el inmenso cielo;
Tú, que le das al infeliz consuelo,
Y en la noche la luz haces lucir ;
Olvida ya mis crímenes; olvida
Las veleidades de mi pobre vida,
Y enséñame, Señor, á bien morir.

CAPITULO X.

Jardín zoológico—El *Silecia College*—Los *boys* — *Cricket* —Regata en el Támesis—Resumen de gastos—*Shopping*—Logia—Aventuras de los viajeros—Extensión de Londres—Los domingos—El Támesis : sus puentes, túneles y *docs*—Las noches en el *boardinghouse.*

FUIMOS á visitar el JARDÍN ZOOLÓGICO, situado en medio de la ciudad, inmenso triángulo, perfectamente cercado de una reja de hierro, y adonde se entra por una gran puerta : dentro de él están hacinados, en diversos compartimientos, animales de todas las zonas,—aves, pescados, reptiles y cuadrúpedos,—y que el cuidado de la compañía empresaria ha reunido para ganar dinero exhibiéndolos.

Hay mil quinientos animales vivos. El hombre estudioso puede pasar allí la vida de sorpresa en sorpresa; pero para los que no tengan esperanza de verlos, les diré que se empieza la visita por los pájaros más tristes,—la lechuza, el buho, &c.,—después las aves de rapiña,—los gavilanes,las águilas, sin que falte una especie; después garzas, patos, ganzos y demás aves acuáticas; y últimamente los loros, guacamayos y las aves de hermoso color y dulce canto de Europa, Asia, Africa y América; hasta los cardenales y toches de nuestros bosques aparecen allí.

Entre los acuáticos están la foca, infinidad de pescados y un monstruoso hipopótamo, que entra en su inmensa alberca y sale de ella, como para espantar con su fealdad á los espectadores.

Hay grandes bosques para los venados, de los que conté treinta y siete clases diferentes; casitas enrejadas para las jirafas y antílopes; caballerizas para las cebras; los kangarús de Australia saltan entre empalizadas ; y

los camellos y los elefantes prestan sus servicios en conducir á los niños en peregrinación al rededor del cercado.

La víbora negra de la India; la cascabel de nuestra tierra (*crotalus horridus*); la *taya equis;* el áspid que recuerda á Cleopatra, y el enorme boa de Casanare, se desenvuelven perezosos entre calientes frazadas y á la vista del espectador horrorizado, que las observa al través de los cristales.

Darwin no tiene razón; pero más de quinientos niños se renuevan todos los días á ver las gracias de la infinita variedad de monos y micos que allí hay, y de los cuales unos piden con la mano pan, otros hacen habilidades de volatín, amenazan á los espectadores, les hacen gestos y tantas morisquetas, que siempre se oye un estrépito de carcajadas en aquel recinto.

El antro de las fieras es un largo claustro de cal y canto, con jaulas de hierro á uno y otro lado, dentro de las cuales están los más furiosos animales, ya dormidos, ya paseándose, rugiendo, ó forcejeando por romper los grillos de su prisión. Está allí el león de Numidia con su enorme cabellera y siempre en regia y majestuosa actitud, satisfecho de su fuerza y tranquilo en su prisión; el tigre de Bengala, insolente y audaz, desafiando á cuantos lo miran; el ágil leopardo acechando su presa; la hambrienta hiena, feroz y melancólica como la envidia; el jaguar americano, ostentando el brillo de su pintada piel y pronto á partir al desierto; y en fin, el humilde oso, fácil de educar, esperando las órdenes del que lo maneja.

Hay una hora terrible, las doce del día; cuando esa hora se aproxima, empiezan á oírse los rugidos del león, que hacen temblar el edificio y que salen como del fondo de la tierra; el leopardo se retira hasta el extremo de su antro, y de allí toma vuelo y se estrella colérico contra la reja de hierro; la pantera despierta, bosteza y lanza un grito de muerte que hace erizar los cabellos; los leopardos se agitan, saltan, brincan y rugen espantosos, y se oye por todas partes un ruido sordo, aullidos, crugir de dientes y horribles bramidos; es que las fieras tienen hambre y ya han olido la carne sangrienta. En aquel momento terrible devorarían á todos los espectadores si pudieran romper los hierros.

Los domadores se presentan con la sangrienta ración, y en todas las fieras se revela la ansiedad y un gozo terrible. Todas las cajas tienen dos departamentos, separados por una puerta de hierro que se levanta ó cae á voluntad, con un resorte. El domador repara en cuál pieza está la fiera, toca el resorte y cierra la comunicación; entra á la pieza vacía, le pone el alimento, sale y abre de nuevo la puerta que á ella conduce.

Algunas fieras, como los tigres, se lanzan famélicos sobre la presa y la

devoran; otros, como el león, la lamen y saborean con deleite supremo, y la hiena la coge, la esconde y se la come, mirando desconfiada á uno y otro lado.

El sistema de Lavater es muy sabio, y en vez de contristar el pensamiento de que el hombre está animado de los sentimientos que se revelan en su fisonomía, debe servir y tenerse en cuenta en la educación de los jóvenes para corregir, modificar y aun aniquilar aquellos instintos que se revelan en un hombre por su semejanza con los animales. Mirando á las fieras atentamente en el jardín zoológico, ¡ cuánta semejanza no encontré entre varias de ellas y algunos hombres cuya fisonomía característica me había llamado siempre la atención !

Pero no sólo con las fieras la semejanza resalta: hay monos en este jardín, á los que pudiera ponérseles « Don Fulano»; zorros que contestarían por el nombre de «Don Zutano.» Vi un loro semejante á una vecina mía en Cipaquirá; una garza, á la que no faltaba más que el *puf* para ser la misma doña Catalina, que llama en Bogotá la atención por su figura ; una guacamaya estúpida y hermosa como algunas niñas que yo conozco; y la hiena, la sombría hiena, también se me pareció á cierto hombre..... !

Como deseaba poner á mis dos hijos en un colegio en Londres, y el señor Pérez también deseaba uno para su sobrino Raúl, y no conocíamos allí á nadie con quien informarnos, pusimos un aviso en que pedíamos recomendaciones y dábamos la dirección de *El 45*. Más de cien programas nos vinieron en el acto, con cartas de todos los directores; y caballeros y señoras fueron en nuestra solicitud á ofrecernos este mundo y el otro en sus colegios, ó á recomendarnos los de sus amigos y amigas ; ¿ qué hacer ? Confiar en la casualidad.

El señor Pérez escogió uno, según ciertas recomendaciones, y yo escogí el « Silecia College,» situado en *High Barnet*, á pocas leguas de Londres, y adonde se podía ir por ferrocarril. En el prospecto se ofrecía enseñar todo lo que constituye una completa educación, inclusive pintura y música. Voy á llevar dos artistas á Bogotá, dije entre mí. Y además se ofrecía dar á los niños un abundante alimento y todos los *conforts* compatibles con una vida sobria y severamente moral. Fuí á visitar el establecimiento, y quedé realmente encantado. Me recibió un joven muy parecido al señor Felipe Pérez, — y esto me previno en su favor, pues dije: hé aquí cómo la raza de los institutores es igual en el mundo,—y una inglesa blanca,

rubia y amable, que parecía la imagen de la bondad. La casa era preciosa, situada en un collado verde, desde donde se divisaba el Támesis, y con su jardín y huerta de árboles frutales. Había como treinta ó cuarenta niños internos, de buen aspecto; cerca estaba el pueblo, y allí había una iglesia católica donde los niños, conforme á las recomendaciones de su madre, podían ir á misa los domingos. Prometióme el director el mayor esmero y un cuidado especial con mis hijos ; y yo, encantado, los dejé.

Partí para Francia, y á los pocos días recibí una carta de Evaristo en que me decía: « No nos dan de comer más que *bacon* (tocino) podrido y repollo, jamás *beaf;* la señora es una *tigresa;* y los *boys* no son como los de Bogotá, son *stupid* y *desagreables.*»—Magnífico, dije, ya va aprendiendo inglés mi hijo, y, lo que es mejor, á pasar trabajos.

Lo de *stupid* de los niños ingleses comparados con los de nuestro país y con los de los otros países americanos, es una observación generalmente hecha en todos los colegios en donde los suramericanos se distinguen por una chispa ingénita, por una facilidad de comprensión admirable, por una viveza intelectual y cierta gracia en el caminar y suavidad en los modales que aturde á los maestros; y por una razón precoz que los hace simpáticos, por lo cual generalmente se llevan todos los premios.

Los niños ingleses, al contrario, son fríos, desairados, de modales duros ó completamente abandonados; se ríen á carcajadas, sin motivo y sin razón; son pesados en sus chistes y juegos, y aprenden con dificultad; son lentos para comprender, y su razón es idéntica al sol de su país, pálido y sin rayos. Y, sin embargo, esos *boys* llegan á ser los grandes pensadores de la humanidad, los hombres más científicos, los inventores de máquinas, los fundadores de nuevas naciones y los que llenan el mundo con sus descubrimientos, sus fábricas, sus mercancías y sus progresos; mientras que los niños suramericanos, hombres ya, son *good for nothing* (no sé cómo decía Evaristo), no sirven para nada, y vuelven á su país á aumentar las dificultades políticas y sociales, á agitar la política, á gastar dinero ó á morir en las revoluciones.

Los *boys* de Inglaterra no son, es verdad, vivos, despiertos, animados y célebres como los de los países meridionales; al contrario, son desairados, duros de cuerpo, de modales ásperos, de caminar tonto ; las piernas sumamente largas y los piés muy grandes, lo que les da el aspecto de unos pájaros que en Bogotá se llaman *paparotes ;* pero son fuertes, vigorosos, alentados y capaces de desafiar los más rigurosos cambios de clima y las mayores fatigas.

En cambio ¡ qué inocencia! ¡ qué sencillez! ¡ qué pureza de costumbres

reina entre los *boys!* El joven de diez y ocho años tiene el pudor de una virgen y la ignorancia más absoluta del vicio; así es que el joven en Inglaterra conserva el vigor de su alma, la pureza de su corazón y la salud del cuerpo; y entra á la sociedad como un hombre nuevo, útil, instruído y capaz de levantar una familia digna. Pero esto no es debido á la raza, aunque sí es cierto que la del norte es menos precoz que la del sur: es por la educación, por el *medium* en que el niño se cría; porque se encuentra lejos de todo lo que inicia en el vicio, de lo que hace despertar la tentación, alimentar los deseos y corromper el alma; porque el niño ignora en su casa que puede haber algo malo, no sorprende nunca una palabra equívoca ni una conversación maliciosa, y fuera del colegio está constantemente ocupado en el juego del *cricket* ó de la pelota, ó corriendo, saltando ó jugando bruscamente con sus compañeros; y su deseo es ganarles á todos al *cricket.* Jamás pasa por sus ojos una visión tentadora, ni cae en sus manos una novela perniciosa, ni las costumbres le permiten el menor desvío, ni está en los colegios más que para aprender aquello que necesita para ganar su subsistencia ó hacer gran fortuna, que es la aspiración general en todos los jóvenes ingleses.

En Francia las cosas pasan de otro modo: el vicio está en la atmósfera. La grandeza industrial y comercial de Inglaterra nace de las escuelas y colegios y del sistema de educación, que conserva intactos á los hombres, no inspirando á los niños más que amor á las diversiones inocentes, á los ejercicios físicos y un vivo deseo de sacrificar los goces del presente por la fortuna, la gloria ó la grandeza del porvenir. El mismo pudor que tienen los ingleses para hablar del amor, me obliga á no referir aquí lo que es la juventud en Francia, lo que haré en su respectivo lugar; pero sí debo glorificar la de Inglaterra por estas costumbres rígidas y severas.

Preguntábanle á un campesino por qué mandaba á un colegio demasiado caro á su hijo, que era un rústico labriego á quien nada le interesaba el griego ni el latín.

—No, yo no lo envío para que aprenda eso, contestó él, sino para que sea un *verdadero inglés*, útil, servicial, *gentleman* y verídico. Hé aquí lo que yo quiero.

Al cabo de mucho tiempo le preguntaron al chico cuál era su aspiración.

—Mi aspiración......contestó después de mucho reflexionar, es decir, mi deseo, es conquistar el número 1.° en el *cricket*, ganar en todos los otros juegos; saber servirme de mis puños para garantizar mi cabeza contra los

puños de los otros, y tener reputación de que de nadie me dejo y de que jamás le he pegado á uno más chiquito que yo.

Pues bien, de tal padre y de tal hijo se ha levantado esa Inglaterra gigante; porque detrás de los juegos rudos y bestiales, viene el maestro y, por bien ó por mal, le mete al muchacho la cartilla, lo sujeta algunas horas al trabajo, con lo cual su razón se aclara lentamente y su inteligencia empieza á cultivarse, y cuando sale de la clase va á embarrarse, á manejar el remo, á estropearse, y despues llega rendido á dormir ; y al cabo de los años presenta á la sociedad un joven vigoroso, inocente y bastante instruído para el oficio ó profesión á que se va á dedicar.

Los muchachos son, en general, rudos y de mal carácter, por lo cual no bastan los estímulos, y los maestros tienen que valerse de medios coercitivos que ningún joven colombiano sufriría ; en muchos establecimientos privados los castigan con azotes (me han dicho), y se debe á la actual Reina Victoria la prohibición de dar rejo en las escuelas públicas ; pero esta severidad en las escuelas y en los colegios ha demostrado que es la causa de la brutalidad con que en las clases inferiores los hombres castigan después á sus mujeres y á sus hijos, y hay hoy una reacción poderosa contra este sistema penitencial.

Dice Mr. Taine, hablando de los niños en Inglaterra: « De cualquiera manera que se vean las cosas, siempre se llega á la misma conclusión : no hay en Inglaterra una separación profunda entre la vida del niño y la del hombre ya formado, la escuela y la sociedad están al mismo nivel, sin muro ni foso intermedio: la una prepara para la otra. La adolescencia no sale, como en Francia, de un invernáculo, de un régimen excepcional, de una atmósfera especial, al mundo corrompido. El niño no sale del colegio desorientado, turbado por el cambio de aire, sino con el espíritu cultivado y hecho su aprendizaje en la vida. No solamente tiene ideas, sino que las tiene apropiadas al mundo en que va á vivir. En religión, en política, encuentra el hombre á los veinte años cuadros prontos á recibirlo y para los cuales está listo. De esta manera el joven escapa al escepticismo, tropieza menos para encontrar una fácil aplicación de sus facultades y para el empleo de sus fuerzas.

« Todos los niños que encuentro en las calles, que veo en las clases ó jugando, tienen el aire *healthy and active* (sano y enérgico). Evidentemente son más niños y más hombres que los nuéstros ; más niños, es decir, más amigos de los juegos, sin pasar los límites de su edad ; y más hombres, es decir, más libres, más fuertes y más capaces de gobernarse á sí mismos. Al contrario, el escolar francés, siempre sumiso, hastiado, agriado, refinado

y demasiado precoz, está entre una caja donde su imaginación se fermenta y se corrompe. Por estas razones, y en cuanto mira á la formación del carácter, la educación inglesa es mejor, prepara de una manera más conveniente para la sociedad y conserva las almas más sanas.»

Entre los juegos bárbaros de los niños, el más usado en Inglaterra y que hace el encanto de los hombres maduros, mirándose como una institución nacional, es el *cricket*. Consiste éste en una gran bola de madera que los jugadores se arrojan unos á otros en el campo por medio de unas palancas de palo, y como son muchos los que entran en él y no se sabe para qué lado es dirigida la bola, cada cual tiene que estar listo para rechazarla y empujarla con la palanca que maneja. Cuando alguno se descuida y no es bastante hábil, la enorme bola le da en las piernas, lo derriba, y con frecuencia le fractura algún hueso. La bola zumba por la cabeza, y al que no está alerta le parte el cráneo ó le revienta un ojo, le aplasta las narices ó le tumba los dientes; y en esto consiste el encanto supremo de los ingleses. El que crea que exagero, que pregunte á los estadistas cuántos inválidos hace por año el juego del *cricket*.

Entre las diversiones á que se dedican con pasión los adolescentes en Inglaterra, está la de remar, la cual los desarrolla y vigoriza mucho ; pero en las Universidades de Oxford y de Cambridge llega á ser una verdadera ocupación para los jóvenes, quienes pasan la vida en el agua, robándole sólo algunas horas al río para dedicárselas al estudio, y como el carácter inglés es amigo de la extravagancia en esta materia, la lleva hasta hacer morir á muchos jóvenes en el remo.

Cada año hay en el Támesis un desafío entre los mejores remadores de una y otra Universidad. Los botes, que son largos, delgados, livianos, ligeros como una pluma, se preparan con anticipación, untándolos de grasa para que deslicen fácilmente sobre el agua ; y los lidiadores se ensayan, y se preparan con alimentos secos, que los fortifican adelgazándolos.

El día *del certamen* las riberas del Támesis están colmadas de todos los profesores, de los que han sido alumnos de la Universidad, de los padres, madres y hermanos de los estudiantes, de los aficionados, de los extranjeros deseosos de presenciar el espectáculo, y de *toda la Inglaterra*, en fin, que da una grande importancia á esta fiesta.

Cuando el día se despeja, comienzan á llegar los botes montados por marineros blancos y rubios como niñas, en camisa interior, descubierto el cuello, abierto el pecho y recogidas las mangas, dejando ver unos brazos largos, secos y membrudos, y todos con gorrito en la cabeza del color de su colegio, y manejando unos larguísimos remos.

Allí va lord N., dice la multitud ; es el duque R. el que va en el otro bote, repiten; el que lo dirige es mi hijo, dice una vieja lavandera; allá va el hijo de mi vecino el herrero, añade otro; y mezclados los nombres de nobles y plebeyos en todas las bocas, se aguarda con ansiedad el momento preciso.

Los estudiantes de la Universidad de Oxford tienen la ribera derecha, los de Cambridge tienen la izquierda; el campo está despejado, el río como un espejo, el sol brillante, los botes de unos y otros lidiadores en fila igual, y todos los marineros encorvados hacia adelante, en actitud de remar, aguardan la señal.

A la voz de *ya!* un solo golpe de remo se oye sobre el agua y se levantan mil chorros de espuma ; se agitan las ondas ; los botes se deslizan suavemente ; trémulos, convulsos, se separan, como impulsados por fuerzas sobrenaturales, pasan por la orilla con gran rapidez, y el silencio es tan profundo, que no se oye más que el acompasado golpe de los remos sobre la superficie de las aguas.

Pero en la ribera no es así. Al silencio guardado en el momento de la partida sucede una algazara espantosa. Todos están locos: los unos juran, los otros dan gritos de alegría, aquéllos reniegan, los hombres botan al aire sus sombreros, las mujeres agitan los pañuelos ; todos quieren mandar, ordenar, disponer la *regata ;* y cuando los botes pasan por delante, las mujeres les envían besos á los remadores y los hombres aplauden con un entusiasmo frenético.

La carrera es larga: en ella algunos botes se han ido quedando, y los marineros, rendidos, dejan de remar; otros se disputan parejas, hacen esfuerzos inauditos, pero no pueden alcanzar á los que se han adelantado; y poco á poco suspenden la ligereza de sus botes. Al fin, á lo lejos, se ven dos botes que van como saetas, y son de distintas universidades: la atención de todos los espectadores se fija en ellos, el silencio vuelve; se siguen con ansiedad los movimientos; ya van á llegar al término de la carrera y van iguales...—Mil libras por Oxford.—Van.—Un chelín á Cambridge. Ay! Ay! Va á decidirse en este momento; la barca de la derecha se inclinó, perdió terreno, la otra se adelanta ¡ un palmo !

Victoria por Cambridge ! Victoria por Cambridge !

Los triunfadores vuelven y recorren las orillas escoltados por sus amigos los vencidos, entre los gritos de la multitud alborozada.

Los jóvenes que pasan el año entero remando para ejercitarse y que son tan felices cuando triunfan, no pueden pensar ni en las grisetas, ni en la política, ni en el licor, ni en los dados. Hé aquí el secreto de la educación inglesa.

A los seis meses de haber dejado los niños en el colegio volví de Francia y los encontré transformados. De aquellos niños rollizos que había sacado de Bogotá no quedaba ni la sombra: habían hecho una verdadera campaña, sentido hambre, sufrido un mal carácter, y deseado su hogar y las comodidades con que antes vivían. Esto era cuanto yo quería.

—¿Qué tal de música? le pregunté á José.—Ya voy aprendiendo en la concertina, me contestó, que es el único instrumento que aquí hay y el único en que el maestro toca algo de *La cachucha.*

—Y ¿de pintura? Evaristo.

—Si aquí lo que dicen que enseñan es á pintar puertas, frisos, ómnibus, buques, &c., y yo no necesito aprender nada de eso.

—¿Qué tal de *conforts* de la vida?

—Horriblemente. Nos matan de hambre! Al principio yo no podía pasar el *bacon:* siempre *tea and potatoes: potatoes and tea.*

—Pero el inglés va muy bien, supuesto que ya has olvidado el español. Sigamos por otro año.

Le dí al maestro para *extras* de los niños cuatro libras más, con lo cual prometióme darles verdadero *beaf* los jueves y cerveza los domingos; y para ablandar á la *tigresa* le dejé un *toke of affection*, prometiéndole este y el otro mundo de maravillas *of South America* cuando volviese en las vacaciones. Así mitigué un poco la suerte de los niños, quienes fueron el objeto de la envidia de los otros por las comodidades que los rodeaban.

Creo no equivocarme al asegurar que en Inglaterra no hay colegios privados para el común de las gentes en que se enseñen tantos ramos del saber humano como en Bogotá; que en nuestro país se enseñan algunas materias muy bien, y que la única ventaja de llevar los niños á Londres está en que aprenden sin dificultad el inglés y en que forman mejor su carácter cuando están colocados en un colegio pobre, donde se ven un tanto obligados á atender á su persona para mejorar su condición.

Los gastos de Bogotá á Londres con mis dos hijos alcanzaron á $ 508.

El *boarding* en una semana nos costó para tres personas, $ 25.

El colegio para los dos en un semestre, $ 200.

Un vestido para mí, $ 25.

Dos para niños, $ 30.

Se exagera por los viajeros que vuelven á Bogotá la suma de los gastos y lo caro de la vida en Londres; y como esto desanima á muchos de viajar, quiero rectificar.

La familia que de Bogotá pase á vivir á Londres, encontrará una

linda casa situada en cualquiera de los barrios aristocráticos, con diez piezas, jardín y *parterre*, por la suma de £ 60 anuales, ó sean, $ 300 ; y por $ 1,200 anuales, precio de una casa decente en Bogotá, vivirá en Londres en una magnífica residencia. El servicio doméstico es más caro, pero basta la mitad de los criados que se necesitan en nuestra ciudad ; los vestidos son más baratos; los alimentos, las carnes y los frutos tropicales, como cacao, café y azúcar, son caros ; pero son más baratos los granos, legumbres y frutos del país. Además, en Londres se pierden los hábitos de profusión y de despilfarro en la casa que se tienen en Bogotá. Juzgo que una familia en Londres vive con la mitad de lo que gasta entre nosotros y con mayor número de comodidades.

—Pero ¿quién le fía allá á uno la vela la noche que no tenga? me decía una muchacha á quien yo refería esto en Bogotá. Es la verdad. En Europa no se hace más que gastar, por económico que uno sea.

Además, en Bogotá vivimos tranquilamente encerrados en las casas; las señoras rezando, y los hombres discutiendo política; y el 1.º de Enero se junta con el 31 de Diciembre, sin que nada haya extralimitado los gastos, ni un placer ni una diversión.

En Europa, aunque se quiera llevar una vida económica, no se puede: los deseos se avivan, las aspiraciones se aumentan, los goces provocan, las tentaciones se suceden. ¿ Cómo no tener coche cuando cuesta tan poco y da tanta importancia ? ¡ El teatro es tan barato ! Las niñas convidadas con frecuencia á bailes y tertulias, ¿ cómo no han de ir á ellos siquiera una vez? Pobrecitas ! El amable vecino nos da *teas* en su casa, y es indispensable corresponderle. Además, somos suramericanos, es decir, *generosos*, desordenados, despilfarrados, ostentosos y sin moral práctica, sin costumbres severas, y al venir á Europa *alcanforamos* en pocos meses la fortuna de un rey.

Esta es la verdad.

Tienen las mujeres acomodadas de Londres una costumbre, quizás vicio, que llaman el *shopping*, es decir, pasar el día entero mirando las grandes vidrieras de los almacenes, reparando las curiosidades, pidiendo los géneros nuevos, y con este pretexto ver todo lo demás y ser vistas.

La mayor parte son pedestres, y otras llegan en sus coches, que hacen parar á la puerta de los almacenes. A todas las recibe un anciano, vestido de uniforme militar (que se supone ser un viejo veterano), lleno de cruces y condecoraciones y cuyo complemento es que le falte un brazo ó que ande con pierna de palo.

Pues bien: declaro que, como los indios que se pasean en la *calle real*

de Bogotá como atontados, el *shopping* fué en Londres mi principal placer, mi mayor diversión ; y que recorriendo las calles, mirando las vidrieras, contemplando absorto cuanto la industria humana ha creado y cuando se encuentra reunido, acumulado, distribuído, clasificado y embellecido en los almacenes de Londres, pasé muchos días sin sentirlo y sin notarlo.

Londres tiene dos largas calles, casi paralelas al Támesis, cada una de ellas con una extensión de tres ó cuatro leguas sobre poco más ó menos, que son : la que está unida á los jardines de Kensington, cerca de donde yo vivía, que pasa por el arco triunfal (*Marble arch*), va á formar la de *Cheapside* que llega á la Bolsa, y que en su mayor parte lleva el nombre *Oxford Street* y tiene diez y nueve kilómetros ; y la otra, que empieza con el nombre de *Kensington road*, después toma el nombre de *Picadilli* y luégo entra en el *Strand* (donde están los más ricos almacenes) y desemboca en la *Cheapside*, midiendo una distancia casi igual á la otra. Yo empezaba á las nueve de la mañana (porque Londres no es madrugador, y hasta esa hora empiezan á abrirse los almacenes) una de estas calles, y no concluía hasta las seis de la noche, siendo el más dichoso de los mortales.

Los almacenes, en general, son de grandes vidrieras, de la altura de seis metros, en donde se exhiben todos los objetos ; y yo principiaba por pasar las horas contemplando la admirable belleza, la pulcritud, la elegancia y el despejo de las jóvenes que entran por la mañana á estas vidrieras á sacudir y á arreglar los objetos de la exposición. ¡ Qué de divinidades ! ¿ Cuánto tiempo y cuántos esfuerzos, decía yo, necesita la humanidad para tomar una mujer salvaje, una india como la de Casanare, ó pelicolorada como las antiguas sajonas, fea, repugnante, feroz ó indolente y llena de preocupaciones y de defectos, y formar una de estas lindas criaturas, blancas, rubias, de piel trasparente, de venas azules, manos delicadas, cuerpo gentil, moral, trabajadora, inteligente, con conciencia de su dignidad, y sirviendo por unos pocos chelines, en la esfera de su posición, á la obra de la industria y de la civilización en el mundo ?

Esto era lo que me encantaba y me seducía en Londres, cuidándome poco de las enormes masas de piedra que llaman monumentos públicos, y en los cuales cuando más admiraba el pensamiento del artista ó el genio del que había concebido su creación : todo lo demás no me inspiraba grandes ideas ni me pasmaba como á los demás espectadores, y ni me sentí más cristiano en Westminster, ni más monárquico en Windsor de lo que salí de Bogotá.

Después iba admirando en los almacenes de diversas cosas (pues en

Londres cada almacén es una especialidad), todos los objetos que la industria ha inventado y perfeccionado para mejorar la condición del hombre, aliviar el trabajo, abrigar su cuerpo, detener el frío, mitigar el calor, matar el hambre, halagar el sueño, embellecer á la mujer y proporcionarle, en fin, el mayor número de comodidades, placeres y goces en el mundo. Y al admirar cada una de estas cosas, y al contemplar su conjunto, bendecía una y mil veces la civilización, cuyo rumor apenas se ha escuchado en mi patria.

En esta vagamundería pasaba los días sin sentirlos ; pues empleaba una hora, por lo menos, en ver á los marineros escoger su *salvavida* en un almacén, y gozaba con la esperanza que á ellos animaba de que con eso se libertaban del naufragio; otra, delante de un librero, viendo libros con estampas para el mejor aprendizaje de los niños ; y otra, contemplando los brillantes instrumentos de cirujía, con los cuales habían de ser redimidos de los sufrimientos y del dolor muchos de mis semejantes.

Con el apetito de un niño me detenía delante de los almacenes de frutas, á mirar esas manzanas enormes, rosadas y redondas que la industria del jardinero ha producido, las fresas frescas y del tamaño de una ciruela, los duraznos amarillos, que se deshacían al tocarlos, y las peras del tamaño de un aguacate ; y decía para mí : es preciso llevar de esto para los escolares de Bogotá. Y cuando veía muñecas que se sentaban, que decían *mama* y que andaban y nadaban, después de largo rato de mirarlas exclamaba : ¡ quién pudiera llevárselas á las indiecitas de la sabana, que jamás saborean este placer ni tienen un juguete para divertirse !

Además de todo lo que ha creado la industria inglesa ¡ qué de maravillas no ha reunido su comercio en aquellos almacenes ! A veces cree uno estar en Esmirna en un bazar de sedas y damascos, ó en Cachemira viendo pañolones y chales, ó en la China en medio de montañas de te, de pinturas extravagantes y de torres de porcelana, ó en el Japón entre muebles de laca, cañas de bambú y hamacas de cerda.

¡ Cuánto gozaría una linda bogotana al verse dueña de esa diadema de brillantes que resplandece como si fuera de fuego, y de ese collar que cede y refleja á cada movimiento del cuello !

Para ver transformada como por encanto la suerte de Inglaterra y de Colombia, no se necesita más que producir en ésta todo el café que requiere la población de Londres, que hoy se muere de hambre, y abastecer de todos los tesoros que hay en Londres, á Colombia, de los cuales se carece en esta nación.

Esto meditaba yo cuando iba mirando los almacenes ; y cuando al volver á las seis de la tarde á la posada sabía que mis compañeros habían

visitado muchos monumentos, mientras que yo había pasado el día como las señoras inglesas, *shopping*, me daba vergüenza.

La *Regent Street* (calle del Regente) es casi circular, lo que le da un aspecto original: es el bazar de todos los objetos de lujo, muebles y trajes de moda, estatuas, bronces, vasos y vajillas de plata, joyas, relojes, y todo cuanto puede deslumbrar la imaginación; y allí viene naturalmente el pensamiento de que con la riqueza que está acumulada habría para poblar de inmigrantes toda la América, cubrirla de ferrocarriles, cultivar todas sus selvas, y devolver á Europa una mayor riqueza que la que allí está reunida para el lujo de unos pocos.

Pero llega uno hasta creer que nuestra raza es refractaria á la civilización, y que las costumbres ý hábitos de nuestras ciudades son un obstáculo á todo progreso, al considerar que todas las empresas de carácter inglés que se han acometido en Colombia han fracasado; que todas las fábricas que en Bogotá se establecieron,—de tejidos, de loza, de cristal, de papel,—han caído; que todos los comerciantes ingleses han quebrado; mientras que las peluquerías francesas se multiplican y las confiterías se aumentan; y todos los comerciantes de modas y los choriceros y remendadores vuelven á París ricos.

La gran LOGIA MASÓNICA de Londres es un edificio tan elegante y de un estilo tan original, que no sé á cuál orden pertenezca. El antiguo Salón de grados de la Universidad, que hoy es Museo nacional, sería una miniatura tosca de la logia, cuya columnata se pierde á lo lejos y cuyas bóvedas parecen sostenidas en el aire. Son miembros de la logia los principales dignatarios de la corona; el Venerable era lord Arguile, casado con una hija de la Reina, y los lores son muy cuidadosos observantes de sus ceremonias.

Lord Wellington murió siendo Venerable del grande Oriente de Londres; y no hay fiesta en la ciudad en la que los masones no se presenten con sus estandartes é insignias.

A propósito de lord Wellington, voy á decir un despropósito que á la memoria me viene. La mala reputación de la América del Sur, en el extranjero, cuando se habla de ésta por casualidad, no nace tanto de sus malos hechos como de la exageración de los viajeros que la visitan y regresan á Europa, y que escriben ó relatan sus viajes; pues ninguno de ellos se conforma con no haber matado tigres en los caminos, con no haber sido atacados por tribus salvajes, ni haber tenido en las ciudades españolas citas á media noche y peleas á puñal. Y todo esto lo fraguan en su cabeza para dar al más pequeño accidente el colorido de una famosa aventura, que nos desacredita horriblemente. Nuestros viajeros en Europa,

por el contrario, al decir de los mismos, los emperadores los visitan, las duquesas se enamoran de ellos, y las ninfas les queman las naves como á Telémaco.

Digo que nada de esto es cierto; pues ¿ por qué había de ser yo tan desgraciado, que el mismo que fuí en Bogotá haya sido en Europa ?

Vuelvo á lord Wellington. Vino á comprar mercancías á Europa el elegante joven bogotano P...... P......, y al llegar á Londres (esto me lo refirió él), como era masón, se presentó en la gran logia, y fué muy bien recibido. Cuando la *tenida* se acabó, acercáronse á él varios ingleses, y entre ellos un viejo muy amable, quien le preguntó por su nombre, y de dónde y con quiénes había venido; díjole que era granadino, y que era su compañero el señor Juan P...... Convidólo á almorzar en su casa al día siguiente á las doce; y como estaba con el vestido de ceremonia, y no tuvo tarjeta con la dirección ahí mismo, le dió las señas de la casa con tal claridad que P...... P......no podía equivocarse.

Al día siguiente, vestido de frac y corbata blanca, pidió un coche y le dió al cochero las señas que había recibido : el cochero lo miró como asombrado, pero no hizo reflexión y siguió hasta una plaza donde le dijo : Aquí es, abriéndole la portezuela del coche.

Encontróse P...... en el vestíbulo de un magnífico palacio, adornado con dos enormes leones como el que está en el campo de Waterloo. Tuvo miedo de seguir, pero las señas eran tan claras, que se adelantó y presentó su tarjeta á uno de los dos sirvientes que con peluca, gran casaca galoneada y calzón corto, guardaban la puerta; aquél le hizo una reverencia y lo condujo hasta el pié de una escalera de mármol, donde lo entregó á otro criado gritando : Mr. P......P......! Este nombre fué repetido de galería en galería por los diversos criados que iban recibiéndolo y dejándolo, hasta que llegaron á un espacioso y deslumbrante salón, lleno de caballeros, entre los cuales estaba un General vestido de grande uniforme, quien, al oír al criado gritar Mr. P......P......, se levantó á recibirlo.

¿Quién era el viejecito de la víspera ? ¿Quién era este General ? ¡ Lord Wellington !

A nuestro paisano C. G. diz que no lo dejó vivir de celos el Emperador Napoleón III ; y el jovencito A. V. fué *l' enfant gâté* de las princesas españolas.

Londres no tiene un aspecto imponente y magnífico como la antigua Roma ; al contrario, los monumentos públicos están de tal manera apartados unos de otros, en aquella vasta extensión, que se desaparecen y pierden, teniendo necesidad de ir á buscarlos el viajero entre la multitud

de calles, cuarteles y barrios, pueblos y ciudades que han ido formando la gran metrópoli.

La planicie de Bogotá, poblada por cuatro millones de habitantes (más de los que tiene toda Colombia), cruzada por un río caudaloso, á cuyas márgenes se levantaran palacios, iglesias, fábricas y casas; que estuviera atravesada por calles en todas direcciones, teniendo sus monumentos soberbios colocados, uno en el Puente del Común y otro en Soacha; una Catedral en Fontibón y una estatua en Fucha, y así repartidos y diseminados por Chapinero, Bosa, &c., &c., grandes edificios, daría para nosotros una idea de lo que es la famosa Londres del siglo XIX.

En los cuatro millones de habitantes que Londres cuenta, hay más católicos que en Roma, quienes practican pacífica y públicamente su culto, y tienen hermosas iglesias, conventos, si así pueden llamarse las casas de los Jesuítas, que están muy bien establecidas; y los domingos las campanas tocan á misa, como en Bogotá ó cualquiera otro país católico.

Los domingos de Londres tienen fama en el mundo entero por lo tristes y melancólicos, y por el aire místico y devoto que toma la ciudad. Desde por la mañana las campanas de los templos protestantes, con un tañido melancólico, empiezan á llamar al *servicio divino*. Todos los almacenes, tiendas, cafés, bodegas, dulcerías y tabernas están cerrados; los ómnibus quietos, los coches prohibidos, y solamente se ve por la calle la innumerable multitud de fieles que se dirigen á la iglesia á los oficios, que duran desde las nueve de la mañana hasta la una del día. A esta hora vuelven los habitantes á sus casas; y mientras que les sirven una comida fría, porque en domingo no se cocina, todos, hombres, mujeres, criados y niños leen la Biblia con admirable formalidad, creyendo en aquello que dice: «Escudriñad las escrituras; buscad y hallaréis; registrad y encontraréis.» Ni el eco de un piano, ni un grito en la calle, ni una voz que cante: todo esto sería una profanación.

A las tres de la tarde todo el mundo vuelve al templo á oír explicar las Escrituras, y allí se están hasta las seis de la tarde, hora á la cual salen silenciosos á la casa.

Se oye bullicio en una esquina y todo el mundo corre allí. Es un metodista celoso que ha levantado un púlpito para quejarse del poco rigor con que se guarda el domingo, y de las conquistas que en esos días está haciendo Satanás; ó un presbiteriano que con dos lindas hijas detiene á los transeuntes para recomendarles la lectura del Evangelio de San Juan, que le regalan perfectamente impreso.

Por la noche todo es silencio en la inmensa ciudad, y cuando más se

oyen las salmodias que salen de una capilla metodista, ó los lúgubres acentos de un sacerdote fanático que grita en una encrucijada.

—¡ Viva mi tierra católica ! decía nuestro amigo Pérez ; pues allá, después de oír uno misa el domingo, puede *parrandearla* en el boquerón ó pasear por Chapinero.

Cuando yo vivía en el Tolima, quise ir un domingo de la Villa de Purificación á la ciudad de Neiva, y me perdí en la inmensa soledad de esas llanuras, de tal manera que afligido, sin esperanza y sin tener auxilio humano, me creí el hombre más desgraciado del mundo. Y eso no era cierto. Un domingo en Londres, viniendo del Havre, perdí el tren que á las seis de la mañana debía conducirme á *High Barnet*, á ver á mis hijos, después de seis meses de ausencia, y hasta las seis de la noche no había otro tren. Para pasar el tiempo me fuí á una iglesia próxima, adonde se dirigía la gente; estuve allí media hora, y al salir tomé por la primera calle que encontré; seguí el curso que la gente llevaba, y fuí á dar á otra iglesia; entré, miré y salí, y no eran todavía las nueve de la mañana. Empecé á buscar en donde almorzar, y todo estaba cerrado. Mi bolsillo lo había perdido, lo mismo que la llave del baúl y el tiquete del ferrocarril. Volví en busca de la estación, y no pude saber cuál era, ni dónde quedaba. ¡ Qué doce horas tan mortales ! ¡ Qué soledad en medio de la ciudad más populosa del mundo ! ¡ Qué aislamiento y desamparo entre tantos hombres, que iban y venían y de nada me servían !

De los dos domingos más tristes que he pasado en mi vida, prefiero al de Londres el de las soledades del alto Magdalena.

Cerca de cien puentes atraviesan el Támesis, uniendo una parte de la ciudad con la otra ; y estando en el *London bridge* (Puente de Londres), se admira el espectáculo más suntuoso de la grandeza humana. Centenares de buques se afanan por remontar el río, cargados con las riquezas del extremo Oriente; ligeros vapores cruzan de una á otra orilla, llevando leve carga y ostentando su elegante penacho de humo ; y las barquetas, impulsadas por los marineros, depositan enormes bultos de frutos de la América en almacenes inmensos que están á uno y otro lado de la ribera. Por el puente cruzan pesadamente carros enormes tirados por cuatro caballos y cargados en demasía. Uno en pos de otro van los ómnibus repletos de gente, infinidad de coches se deslizan por entre la multitud, que á pie y formando dos cordones no interrumpidos, van el uno á la derecha y el otro á la izquierda ; y á cada instante el tren pasa con velocidad echando humo y fuego.

Como por orgullo nacional, más bien que por verdadera utilidad, se

PUENTE DE BLACKFRIARS SOBRE EL TÁMESIS.

abrió un *túnel*, ó camino por debajo del río Támesis, obra portentosa en la cual se agotó el ingenio humano y se consumió inmensa riqueza, logrando al fin coronarla. Lo que al principio fué sólo una maravilla sin positivo servicio, vino á ser muy importante luégo, pues aquel camino sirvió para extender un ferrocarril que sale desde la mitad de la ciudad, y que de otro modo no hubiera podido atravesar el Támesis.

Yo pasé por la parte destinada á los de á pié. Se baja por una escalera de piedra cómoda y espaciosa. Poco á poco se pierde la luz del día y se entra á un recinto alumbrado por gas. Allí hay dos arcos ó entradas: se toma el de la derecha y se encuentra uno dentro de un gran túnel que se prolonga en la oscuridad, y que es alumbrado, de distancia en distancia, por lámparas de gas. Se entra con valor, pero después preocupa el pensamiento de que al llegar á introducirse el agua en aquel momento, moriría uno ahogado indudablemente; pero se sigue avanzando; luégo viene la consideración de que en ese instante un gran buque puede estar pasando por encima; se oye como el rumor de las ondas; quisiera uno volverse, y mira hacia atrás; pero se ha avanzado ya tanto, y está tan lejos la entrada, que mejor es correr á buscar pronto la salida. Corre uno, y corre, y corre, y siempre la oscuridad; el Támesis encima, el miedo creciendo y las fuerzas agotándose. Así llega uno á la otra orilla del río, donde, al ver la luz y al respirar el aire libre, bendice á Dios.

De todas las maravillas de Londres, la que más llamó la atención al Schah de Persia en su visita á esta ciudad, fué la construcción y magnitud de los DOCKS sobre el Támesis, y decía, con razón: «Sólo viéndolos comprende el hombre cómo sin la conquista y ruina de otras naciones ha podido Londres acumular más riqueza que la antigua Roma, y sólo estudiándolos puede saber de cuánto es capaz la industria humana para centuplicar las fuerzas que le dió la naturaleza y para aplicar en su provecho todas las leyes que dirigen el mundo físico.»

Son los *docks* grandes excavaciones hechas á uno y otro lado del Támesis, hasta estar al nivel del río, ó más bajo que éste, las cuales, comunicándose por anchos canales, atraen las aguas y las convierten en mares interiores y en bahías inmensas, rodeados de murallas y de elevadísimos edificios de piedra, que son los depósitos de la carga de los buques que allí entran, divididos estos edificios en tres compartimientos: en el que hay debajo del hondo lago se hallan los sótanos adonde van las maderas, el fierro, las jarcias, los vinos y licores; el que está al nivel, recibe el café, tabaco, azúcar y frutos tropicales, y al superior se suben todos los otros géneros y mercancías que van á Londres.

Estos *docks* son prodigiosos, imponentes. Allí se ve en cada uno de ellos una nueva ciudad, que en vez de casas tiene navíos, pero tan poblada como la de Londres; y únicamente se ven navíos, alineados en calles, mostrando la proa, en donde hay siempre esculpida alguna figura colosal, y la mitad del acorazado pecho. El uno viene de Australia con cuatro mil toneladas, el otro de la India con seis mil, éste de Nueva York con ocho mil, aquél de México y este otro de Colombia: hay setenta mil navíos que por año vienen á rendir á Londres su tributo de quince millones de toneladas de frutos; y en los *docks* se ven siempre alineados y en orden cerca de cinco mil.

Los principales *docks* son el de *Santa Catalina*, donde entran mil buques por año; los de *Londres*, que tienen una extensión de treinta y seis hectáreas y en ellos pueden estar trescientos navíos á un mismo tiempo; los de las *Indias occidentales* y *orientales* cubren una superficie de ciento diez y nueve hectáreas y pueden contener quinientos navíos inmensos; los de las *Indias orientales* miden siete hectáreas y contienen trescientos vapores de los que hacen la navegación del bajo Támesis; los de *Victoria*, de cuarenta hectáreas de extensión, pueden contener quinientos navíos; y los del *Comercio*, que son los menos importantes.

En los edificios y murallas que al rededor están, hay enormes mástiles, con garruchas y poleas poderosas, movidos por máquinas de vapor capaces de levantar un navío de mil toneladas en el aire en treinta y cinco minutos, y de hacer el descargue de cuatro mil toneladas (en el cual se empleaba antes un mes), en setenta y dos horas.

La carga y descarga de estos miles de buques, de estos millones de toneladas, ocupa un mundo entero de gente de todas clases, sexos y condiciones, y, sin embargo, reina el mayor orden y casi el silencio. Se ven volar por el aire, como por obra de encanto, los enormes bultos que salen del fondo de la bodega de un navío, que se mecen y entran por sí solos en el agujero que hay en lo alto de un edificio; otros que se colocan por sí mismos en unos carriles inclinados que van á dar á las salas de los edificios, y corren y se colocan en fila, y otros que van formando en los sótanos pilas enormes sin rodarse ni causar ruido.

Como máquinas humanas, los hombres entran en hilera con carretillas cargadas por una puerta, á tiempo que otros salen por el frente; y unos hombres-máquinas, con un lápiz en la mano, llevan la cuenta de los bultos que se levantan, de los que van al fondo, de los que arrastran los rieles, de los que llevan las carretillas; y el total da cifras y valores que son más fabulosos aún que la descarga de los buques. Por ejemplo: depositadas en el *dock Victoria* hay en vinos de Jerez cuarenta mil tonela-



LOS DIQUES DE SANTA CATARINA.

das; en el de *Londres* ochenta y siete mil pipas de vino; en la sala de *Queen's ware house,* veinticuatro mil pacas de tabaco; en los de las *Indias Occidentales y Orientales,* ciento cuarenta y ocho mil panes de azúcar, y así de todos los artículos y en todos los depósitos. Por estas mercancías, que valen muchos millones de libras esterlinas, dan recibo los dueños de los *docks*; recibos que son admitidos como dinero en los Bancos, lo que forma una inmensa masa de riqueza en circulación, sirviendo como moneda para las grandes transacciones. Los Bancos dan en cambio billetes que circulan también y facilitan los negocios, y así la riqueza flotante, la moneda representativa, se multiplica y anima el vasto comercio de la metrópoli.

No lejos de los *docks* está el *Astillero*, en el cual se han construído todos los navíos ingleses desde el tiempo de Enrique VIII; de allí salió la flota que debía combatir la *Armada Invencible* que mandó Felipe II, y que tuvo la dicha de que un huracán le ahorrara la derrota; allí trabajó como simple marinero Pedro el Grande, Emperador de Rusia, y de allí se botó el *Great Eastern*, que llevó el hilo telegráfico del uno al otro Continente; allí se ven los enormes esqueletos de los gigantes de los mares, recibiendo los ruidosos martillazos de millares de hombres que, subidos en sus costados, parecen liliputienses; allí una sierra terrible divide en dos al más grande navío; y de allí la barca nueva, joven y ligera, con alegre gallardete, se va al mar como una novia se arroja en brazos del esposo.

Hay dos maniobras que son sumamente curiosas:

Entra un navío flotante hasta una alberca llena de agua, en donde lo detienen y lo amarran. De repente abren la esclusa, el agua se va y el navío con toda su tripulación queda en el aire.

Cuando un buque está ya construído en seco, sobre enormes andamios, el ingeniero va quitando andamios y soltando ligaduras; el buque cruje, los cables chirrian y la catástrofe parece inevitable; pero como se arroja un cisne al agua, así el navío se deja deslizar por los carriles que le han puesto y llega al agua suavemente, levantando, eso sí, á la caída, una ola formidable.

Los chistes, el humor siempre alegre, las bromas eternas, el *sprit* de los colombianos son tan sorprendentes para los ingleses, que un caballero distinguido de Londres me decía:

—Entre nosotros, unos somos literatos (él había escrito muy buenas novelas), otros son políticos; unos conocen las finanzas, otros la guerra; pero más allá de lo que es su especialidad nadie sabe nada. Pues bien: hace cinco años que conozco y trato íntimamente á los colombianos que

vienen á Londres, y todos son literatos, políticos, economistas, filósofos, y saben más de literatura, de política, de economía política y de finanzas que los grandes hombres de nuestro país, y los juzgan y los estiman con tanto acierto, que sus juicios pudieran figurar con respetabilidad en nuestros periódicos ; pero son muy perezosos y no hacen más que conversar.

Para juzgar de la sorpresa que nuestra vivacidad debe producir en los ingleses, bastará referir lo que cuenta Dickens. Un día en la comida dijo ofendido que no estaban debidamente apreciados los chistes de sus novelas, y agregó : á los ingleses hay que echarles las gracias á cañonazos. Todos los concurrentes se quedaron serios y él creyó que se habían ofendido; mas al siguiente día, á la hora de almuerzo, todos se morían de risa y le decían : Ah ! Mr. Dickens, qué espiritual estaba usted ayer tarde ; muy gracioso: á cañonazos ! á cañonazos !

Las inglesas en el teatro son divinas; en coche, encantadoras ; bailando cuadrilla, distinguidas; atravesando una sala, desairadas ; y en la calle y á pie, horrorosas, pues parecen gallinazas mojadas, garzas en una laguna ó pájaros disecados. Caminan como hombres; la gorra ó el sombrero que usan las afea extraordinariamente ; parecen matachines ; no saben llevar la ropa; el traje se les enreda, y dejan ver un pie de sapo, largo, aplanado y sin movimiento ni flexibilidad que no es como el de las españolas ; de cada paso abarcan media cuadra, llevan la sombrilla como bastón ó al hombro como fusil, y por detrás van *comiéndose la ropa* y dejando ver unas pantorrillas secas y largas como las de la muerte.

He dicho pantorrillas, y debo manifestar que entre las inglesas hay la singularidad de que nombrarlas es un pecado, pero el mostrarlas no tiene nada de particular ni es contra el pudor ni las buenas costumbres. Es verdad que son tan flacas, tan feas y tan sin encantos, que á nadie le viene la tentación de mirarlas.

Por lo que pude observar, las señoritas inglesas simpatizaban con los colombianos, y éstos se enamoraban locamente de las de ojos azules. La causa del afecto en aquéllas depende, sin duda, de que los ingleses no son apasionados, usan muchas ceremonias, no malgastan el dinero, y ocupados en cosas serias, poco tiempo destinan á los coqueteos; mientras que los colombianos son ardientes, generosos, las colman de atenciones y de obsequios, y dan todo su tiempo al corazón.

Por esta razón el *boardinghouse* donde vivíamos parecía una Arcadia en la que cada cual tenía un idilio; y había alegría y chacota todas las noches.

Los errores y equívocos picantes cometidos por los españoles al hablar

el inglés hacían reír mucho á las inglesitas ; y los chascos y sorpresas dados á los colombianos recién llegados por los que ya eran veteranos en Londres, eran la diversión constante.

En todo país civilizado el nombre de la persona que habita una casa está escrito en la puerta; y varios colombianos le atribuían á un compatriota suyo, que habiendo visto escrito en muchas puertas *To be let*, había dicho: «Este señor sí que es rico; pues su nombre lo he visto en muchas casas. Inútil es decir que *To be let* quiere decir « Se arrienda.»

Tenía un señor Whitney, en el cuartel donde vivíamos, almacenes de diferentes artículos, desde frutas hasta relojes, y todo de tan buena calidad, que para ponderar una cosa bastaba decir: esta ropa es Whitney, esta rosa es Whitney, llegando á significar Whitney buena mercancía; y como esto lo oía repetir siempre un recien llegado, debió de creer que Whitney quería decir hermosa ; y en cierta ocasión, estando en plena mesa, y queriendo galantear á la dama que tenía al lado, le dijo en inglés: «Usted es una mujer Whitney» (que se vende).

Decir *infierno* en inglés es un horror ; y hay muchas otras palabras, perfectamente inocentes en español, que traducidas escandalizan á las niñas inglesas, quienes, gustando oírlas, hacen, sin embargo, tal aspaviento, que se tapan los ojos. Obligar al inocente colombiano, en el curso de la conversación ó estando en rueda en algún juego de prendas, á que sin saberlo caiga en esta falta, es el encanto de los que ya están hechos á las armas.

Después de cierta hora de la noche á nadie se abre en el *Boarding ;* la campanilla no suena, los criados se acuestan, y el que quiera estar fuera guarda su *llave de noche.* A nuestro amigo C. se le olvidó ésta una noche, y no lo advirtió hasta que, al volver del teatro, halló la puerta cerrada. ¿Qué hacer? ¿ golpear ? Inútil cosa. Aguardó, sufrió, meditó, y por fin reparó que era muy fácil subir de la baranda del vestíbulo al terrado que estaba sobre la puerta y que comunicaba con mi sala, donde podía llamar. Dicho y hecho: empezó á trepar, y cuando estaba en el aire, sintió que una tenaza le cogía la pierna y lo bajaba como á un niñito. Era un agente de policía. En vano quiso referirle lo sucedido : ni él podía explicarse, ni el guarda quería entenderle, y por lo mismo resolvió éste llevarlo á la prisión como á escalador y ladrón nocturno. ¡Doctor Rivas ! ¡ doctor Rivas ! gritaba en la calle mi pobre amigo. Sorprendido me desperté, y lo encontré agarrotado.

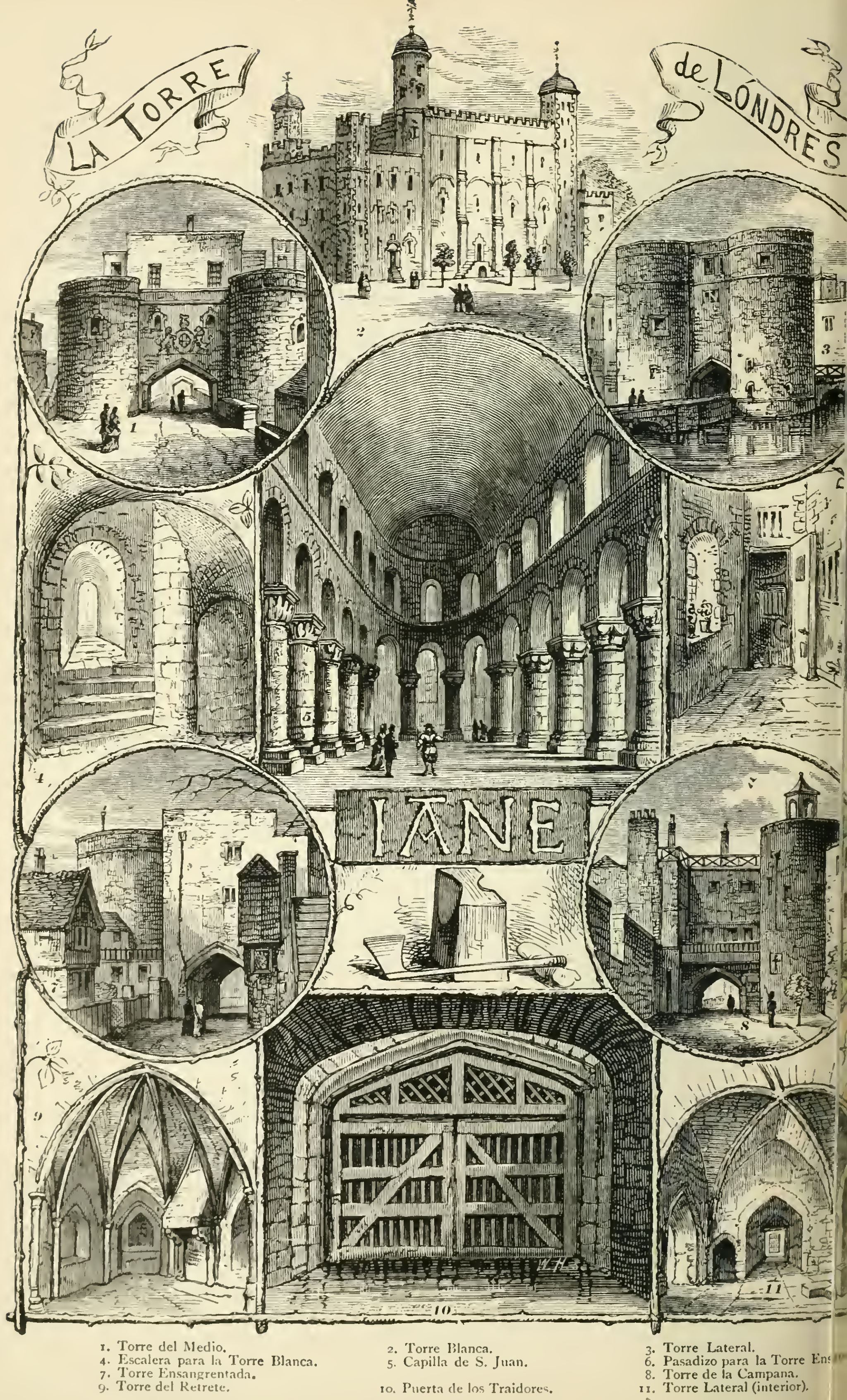
La hija de la señora del *boardinghouse*, *El 45*, tendría doce años de edad, que en aquellas regiones es ser niña todavía; pero era inteligente, agradable y bonita. Tomóme especial cariño : acompañábame á todas

partes, me señalaba con particular interés los jardines; y sabiendo que en mi tierra yo hacía versos, me presentó un día su álbum, delante de los compatriotas, para que le escribiera unos en español, y la complací con éstos:

Cuando los años,
Niña preciosa,
Tu blanca y fresca,
Tu pudorosa
Sien virginal
Cubran de flores;
Y en tu inocente,
Bella sonrisa,
Brille una ardiente
Luz celestial:

Cuando la vida,
Linda criatura,
Sencilla y dulce,
Te ofrezca pura
Felicidad;
Entonces, Fany,
Fugaz momento
Me des te pido,
Y un pensamiento
A mi amistad.

Acomodáronle música de sonsonete los compatriotas; aprendiéronselos de memoria las damas del *boardinghouse*, quizás sin saber lo que decían, y en coro los cantaban por la noche, mientras que coqueteaban los unos y los otros.



1. Torre del Medio.
2. Torre Blanca.
3. Torre Lateral.
4. Escalera para la Torre Blanca.
5. Capilla de S. Juan.
6. Pasadizo para la Torre Ens
7. Torre Ensangrentada.
8. Torre de la Campana.
9. Torre del Retrete.
10. Puerta de los Traidores.
11. Torre Lateral (interior).

CAPITULO XI.

La Torre de Londres—Diamantes de la Corona—Apertura del Parlamento—Casa del Parlamento—Reina de Inglaterra — Oradores ingleses — Idiomas modernos—Un recuerdo.

LA TORRE DE LONDRES, la torre histórica, la torre sangrienta, estaba delante de mí, y las puertas que para tantos infelices prisioneros estuvieron eternamente cerradas, para mí estaban abiertas y podía penetrar dentro de sus muros inexpugnables, contemplar sus bóvedas sombrías y compadecer la agonía de los que allí perecieron de hambre, de tristeza ó bajo el hacha del verdugo. Con el alma profundamente conmovida, el corazón medroso y el espíritu exaltado, atravesé sus umbrales, crucé el puente levadizo y me hallé en un recinto estrecho, amurallado, paralelo al Támesis, flanqueado por infinidad de pequeñas torres con troneras que dan al río, y vi en el centro, como un gigante de piedra, la aterradora, fría y enorme torre cuadrada que ha desafiado á los siglos.

Para hacer más completa la ilusión, los guardianes de la Torre conservan el vestido de gala del tiempo de Eduardo III, que consiste en una ancha toga ó túnica de terciopelo negro y un bonete del mismo color, adornado con infinitas cintas de colores que flotan á uno y otro lado. Uno de estos guardianes me condujo al interior, donde fué señalándome, una por una, todas las cámaras de la Torre y relatándome la historia sangrienta. A la media hora, con la cabeza desvanecida y excitado por las emociones, sólo veía espectros, esqueletos, armaduras y sangre por todas partes, y aun

los ruidos lejanos me parecían los ayes de los prisioneros ó los gritos de agonía de los decapitados.

A la izquierda está la *Torre de los leones*, en donde en otro tiempo los reyes normandos mantenían, como emblema de soberanía, leones y leopardos. Después se atraviesa por el patio, y se ve el cuartel de la guarnición, y luégo se llega á la *Torre de la campana*, la que debe dar el toque de alarma á toda la ciudad en caso de un ataque inesperado. La primera campanada que hoy se diera allí resonaría en las orillas del Ganges, en el Canadá, en Australia, en el cabo de Buena Esperanza, y sorprendería en el mundo.

Siguiendo el recinto amurallado se encuentra la *Torre sangrienta*.

El Rey Eduardo IV murió dejando al cuidado de su esposa dos lindos hijos: Eduardo, de edad de quince años, rubio, blanco, serio, reflexivo, que debía ser Rey, y Carlos, moreno, de ojos lánguidos y hermosos, de cuerpo esbelto, maneras gentiles y aire travieso, quien debía ser Duque de York. La ley daba la tutela de los niños al Duque de Glocester, hombre cruel, bárbaro y ambicioso, cojo y jorobado, que inspiraba desconfianza á la amorosa madre, repugnancia á Eduardo y desprecio al niño Carlos, quien se complacía en remedarlo en su presencia y en herir su vanidad y su orgullo.

—Para que sea coronado Rey vuestro hijo, le dijo un día á la madre, es preciso, conforme al ceremonial, que primero vaya á la *Torre de Londres*, emblema de la fuerza del reino, de donde ha de salir á caballo y escoltado por todos los grandes, hasta la abadía de Westminster, donde será ungido con el óleo santo y proclamado Rey. Vengo, pues, por él; mas como la soledad lo entristecería, permitiréis que venga también su lindo hermano para que lo acompañe y lo divierta remedando á su buen tío, que tanto lo quiere y que va á hacerlo feliz.

—¡ Dejadme mis hijos ! le replicó la infeliz madre, como herida de un presentimiento, y en nombre de ellos yo renuncio la corona del reino y todos los títulos y todos los honores.

—Madre de Eduardo V, no blasfeméis, le dijo el de Glocester; y tomando á los dos niños de la mano, los condujo á la Torre, diciendo por despedida: « Preparaos, Reina, para la gran fiesta.»

Los preciosos niños fueron conducidos á la Torre sangrienta, y mientras que Eduardo se entretenía en formar proyectos sobre el engrandecimiento de su reino, Carlos, desconfiado é inquieto, miraba alarmado á todos los que entraban, y tomando su puñal, se ponía al lado de su hermano para defenderlo.

Era la víspera de la coronación : la ciudad se preparaba, llena de

alegría y de esperanza, para una gran fiesta: los niños se duermen confiados; á media noche entra el tío, llama á un hombre de terrible aspecto y le da ciertas instrucciones. Este hombre se acerca al lecho de los niños, los envuelve en el colchón, los ahoga con las frazadas, y no se aparta hasta que no quedan extendidos los dos cadáveres en un mismo lecho.

Siguiendo en la visita de la Torre, se atraviesa un pasadizo para llegar á la *Torre blanca*, cuyos inmensos salones están llenos de armas de todas las épocas; las paredes cubiertas de manoplas, y en el centro las armaduras completas de veinticinco reyes y caballeros, armados sobre caballos disecados y cubiertos de acero; y este triste y lúgubre escuadrón le parece al viajero aterrado, que desfila para asistir á las sangrientas ejecuciones.

A la extremidad de la sala hay una puerta angosta, que atraviesa un muro de cuatro metros de grueso, y se penetra en una cámara estrecha, en donde por muchos años estuvo encerrado Sir Walter Raleigh; y más adentro todavía hay un antro tenebroso, donde se ven el banco en que dormía y la enorme cadena que llevaba al cuello, aún ensangrentada.

Los instrumentos de tortura usados en la Edad Media están reunidos en otra sala, y allí se ve también el banco de madera lleno de hachazos, donde los condenados ponían la cabeza, y el hacha que manejaba el verdugo.

Las paredes de los calabozos están llenas de inscripciones puestas por los infelices presos, que pasaron allí una vida entera de horribles agonías, y están escritas en letras rojas, pues para perpetuar la memoria de su martirio, después que con las uñas hendían la piedra, con sangre de sus venas teñían los caracteres; y allí se lee claramente «Jean Dudley,» «Howard,» «Leycester,» «Walace,» «Arzobispo Craner.» Al atravesar el patio se ve un lugar tinto aún con la sangre de las víctimas, pues allí era donde se decapitaba en secreto á aquellos á quienes hubiera sido peligroso matar en presencia de la multitud.

El Rey Enrique VIII se había casado muy joven con Catalina de Aragón, esposa que había sido de su difunto hermano mayor; pero más tarde dijo que tenía remordimientos; que ese matrimonio, por razón de estado, había sido un verdadero incesto, y sometió la causa al Papa, quien no anuló el matrimonio; la sometió á las principales universidades de Europa, y últimamente consiguió que un arzobispo protestante y un parlamento del reino convinieran en anularlo. Casóse entonces con Ana Bolena, la más hermosa mujer de la corte, llena de virtudes y de encantos, que ni solicitó ser reina, ni se sintió orgullosa de ser levantada á ese rango.

Mas Enrique VIII, déspota, feroz, cansóse de su virtud, se enamoró de Juana de Seymur, camarera de la Reina, y porque ésta en un torneo

dejó caer su pañuelo, inculpó que lo hacía para que lo recogiese un favorito; la acusó de infidelidad, encontró cómplices de la calumnia, hizo matar á todos los que él decía que habían profanado el lecho real, y envió presa á la inocente víctima á la *Torre sangrienta* para que fuese juzgada.

Desde su calabozo Ana le escribió al Rey esta carta:

« Señor:

« La desgracia que experimento por haber llegado á disgustaros, y la triste prisión á que estoy reducida, son acontecimientos tan sorprendentes para mí, que ignoro de qué puedo ser culpable y cómo debo defenderme.

« El que habéis enviado para recibir mi confesión es uno de mis más mortales enemigos : vos no lo ignoráis ; así, me ha bastado verlo para conocer vuestro pensamiento.

« Si, como me lo aseguráis, la verdad sola puede salvarme, la esperanza debe entrar en el fondo de mi alma. Estoy pronta á llenar mi deber y á cumplir vuestros mandatos.

« Pero guardaos de creer que vuestra esposa pueda consentir en reconocer una falta, cuando no tiene que reprocharse ni un pensamiento impuro. Jamás príncipe alguno, me atrevo á asegurarlo, tuvo una compañera más celosa de cumplir sus deberes que Ana Bolena, cuyo nombre y modesto rango hubieran bastado á su felicidad, si Dios y Vuestra Majestad no lo hubiesen querido de otro modo. Nunca abusé de mi elevación ni dejé de temer la situación en que ahora me encuentro; porque esta elevación no estaba fundada sino en un amor pasajero, y yo sabía que este amor podía dirigirse á otro objeto.

« Vos me elevasteis de la condición modesta en que la suerte me había colocado, á la de vuestra esposa, y á la de Reina; esta condición, vos lo sabéis, no fué jamás objeto de mi ambición ni de mis deseos. Pero si en una época más dichosa me encontrasteis digna de ese honor, un ligero capricho y los consejos pérfidos de mis enemigos no deben bastar para quitarme el favor de mi Rey. Señor, no permitáis que la odiosa calumnia manche con una marca impura á vuestra fiel esposa y á vuestra inocente hija.

« Juzgadme, señor: yo consiento; pero hacedme juzgar por un tribunal legítimo, y no me deis á mis calumniadores y enemigos por jueces. Pido que mi proceso sea público, convencida como estoy de que ninguna vergüenza puede recaer sobre mí. Mi inocencia será reconocida ó mi crimen probado; y en este último caso Vuestra Majestad será libre entonces delante de Dios y delante de los hombres, no solamente para imponerme el castigo justamente merecido por una esposa infiel, sino que estará justificado vues-

tro amor por la mujer de quien hoy soy víctima. Su nombre pudiera yo citarlo, pues que Su Majestad desde hace algún tiempo conoce mis sospechas.

« Pero si mi suerte está ya fijada; si la calumnia triunfa, y si mi muerte y deshonor son precisos para poneros en posesión del objeto de vuestros deseos, pido á Dios que os perdone este crimen y que absuelva también á todos, á todos los que sean instrumentos de mi desgracia. Ojalá que Él no os llame á dar un día cuenta de vuestra injusticia y de vuestra crueldad conmigo! Se acerca el día en que vos y yo apareceremos delante de un tribunal supremo, en el que mi inocencia será justificada, sea cual fuere hoy el juicio del mundo sobre mí.

« Mi última y única petición es la de ser yo sola condenada á llevar el peso de vuestro odio, y que los fieles servidores que por mí sufren en este momento sean pronto puestos en libertad. Si alguna vez, acaso, alcancé gracia delante de vuestros ojos; si alguna vez el nombre de Ana Bolena fué agradable á vuestros oídos, permitidme, en nombre de estos recuerdos, pediros esta sola gracia, y cesaré de inquietar á Vuestra Majestad.

« Quiera el cielo escuchar mis ardientes súplicas por vuestra felicidad, y teneros en su santa guarda, dirigiéndoos en todas vuestras acciones!

« En mi triste prisión de la Torre el 6 de Mayo.

« ANA BOLENA.»

¡ Inútil esperar que esta carta elocuente pudiese conmover á un tirano, cuyas pasiones se habían excitado por otro amor! La Reina prisionera, desprovista de consejos, abandonada de todos, se defendió sola ante el tribunal de los Pares, al que fué sometida, y lo hizo con mucho valor y gran presencia de ánimo; y los que la oyeron no pudieron menos de reconocer su inocencia; pero el tribunal, con la declaración de lady Rochefort, la condenó, así como á su hermano, á ser quemada ó degollada á voluntad del Rey.

Al ver esta terrible sentencia, Ana levantó los ojos al cielo para pedirle socorro, y después, dirigiéndose á los jueces, les increpó de la manera más tierna la injusticia de su condenación; pero no hubo remedio: el Rey, *benigno y bondadoso,* escogió la cuchilla, y la ejecución tuvo lugar en esta Torre.

Por la mañana, el día de la ejecución, llegó el verdugo; ella le preguntó si era bien experto, y rodeándose la garganta con los dedos, añadió: «Mi cuello es tan delgado que no os dará trabajo.»

Juana Seymur no disfrutó por mucho tiempo de su infamia, pues el Rey, cansado de ella, determinó tomar otra mujer, repudió á Juana, y des-

pués de muchas negociaciones en el continente, contrató matrimonio con Ana, duquesa de Cleves, esperando fortificar por este medio su alianza con los príncipes de Alemania; pero Ana era fea, llegó á odiarla, y al poco tiempo resolvió desembarazarse de ella y del ministro Cromwell, que se la había buscado. La mujer se salvó por medio del Duque su hermano; pero por delito de alta traición, el ministro fué decapitado en esta Torre.

El Rey, implacable y feroz, sacrificaba á unos porque negaban la supremacía del Rey, y á otros porque seguían la doctrina de Lutero.

La mujer á quien más amó Enrique VIII fué Catalina Howard, mujer hermosa, llena de ambición, y que á fuerza de astucia había llegado al trono, ostentando orgullosa su poder y su grandeza.

Este matrimonio parecía haber colmado todos los deseos del tirano: a belleza, la amabilidad y el talento de Catalina le encantaban de tal manera que decretó que se diese en todo el reino acción de gracias al cielo por la felicidad de que gozaba. Esta dicha tuvo corta duración: los celos empezaron; hubo testigos para acusar á Catalina de incontinencia, como los hubo para las otras reinas. Los supuestos cómplices de sus devaneos fueron despedazados, y confesaron su delito en la tortura.

La Reina fué conducida con su hermano á la Torre sangrienta; también lo fué lady Rochefort, como cómplice (la que había denunciado á Ana Bolena), y sus cabezas cayeron bajo el hacha del verdugo.

Conforme al testamento de Enrique VIII, la corona de Inglaterra debía pertenecer primero á su hijo Eduardo, después á Isabel, hija de Ana Bolena, luégo á María, hija de Catalina, y á falta de éstos, á la hija de su hermana, Juana Grey.

El pobre Rey Eduardo murió envenenado lenta y cruelmente por el Duque de Northumberland, á la edad de diez y siete años, y antes de morir varió el testamento de su padre, disponiendo que empezase la sucesión por la sobrina.

Estaba la hermosa Juana Grey en el campo, pasando la luna de miel con su joven esposo, huyendo de las intrigas de la corte, cuando se presentó el Duque de Northumberland con otros caballeros de la corte y los jueces que habían sancionado el testamento de Eduardo, los cuales, postrándose de rodillas, suplicaron á Juana que viniese á la Torre de Londres á prepararse conforme al ceremonial para ser proclamada Reina. «Juana, que ignoraba todas estas medidas, dice el historiador Goldsmith, mostró tanto pesar como sorpresa, sabiendo lo que pasaba. Pareció inconsolable, y con gran repugnancia cedió á las súplicas de Northumberland y del

Duque su padre. Fué conducida á la Torre, donde era costumbre que los soberanos pasasen algunos días antes de la coronación.»

Juana fué proclamada Reina en todas las ciudades de Inglaterra; pero la princesa María no había renunciado á sus derechos: todo un partido, entonces proscrito, tenía en ella sus esperanzas; muchos nobles la aclamaron soberana, y de ciudad en ciudad vino triunfante hasta Londres, donde el pueblo la recibió con júbilo y aclamación.

La dulce y tierna Reina Juana renunció, sin pena, una corona que no había ambicionado; pero su rival era implacable, vengativa y sanguinaria, y la hizo conducir como criminal adonde hacía pocos días había entrado como Reina, y la hizo degollar en la Torre sangrienta.

Tres reinas perecieron aquí.

En la capilla de la izquierda están los restos de estas ilustres víctimas.

Al atravesar una pieza larga y silenciosa, en donde las pisadas resuenan melancólicas sobre las baldosas, alumbrada sólo por una luz lejana, una voz me gritó:

¡ Aquí fué asesinado Enrique VI !

¡ Cuánta sangre ! ¡ Cuánto horror ! ¡ Cuántos crímenes y perfidias de los reyes !

Bendita sea la libertad y la civilización del siglo XIX. Hoy los prisioneros de la Torre de Londres son los DIAMANTES DE LA CORONA y las ricas JOYAS DE LA REINA, que se exhiben entre cristales en uno de los lados del murado edificio.

Cuando uno es niño, los *Viajes de Simbad el marino* en las *Mil y una noches*, lo deleitan, y por la noche, dormido, se tropieza con los enormes diamantes, y le caen del cielo rubíes tan grandes como un huevo; por esto y porque á las damas de mi país les gusta hablar de joyas, voy á contar de qué se componen y cómo son las JOYAS DE LA REINA.

La *corona imperial* es obra moderna, pues fué fabricada para que la Reina Victoria se coronase «Emperatriz de la India,» y no es una diadema elegante, sino como las coronas que adornan á algunas vírgenes, formada de curvas de diamantes, que convergen á un centro, en donde hay una bola chispeante; y de ahí se levanta una pequeña cruz, en cuyo centro hay un zafiro que refleja como el lucero de Marte en una noche estrellada, y en la parte de la corona que corresponde á la frente, un rubí que despide luz de bengala que se comunica á los diamantes.

Los dós *cetros*, símbolos del mando, del poder y de la autoridad de los reyes, están hechos de diamantes que, unidos, forman una vara mágica de fuego, y el uno termina en una paloma y el otro en una cruz.

El *globo* que representa al mundo sobre el cual domina hoy la Inglaterra, tiene quince centímetros de grande, es de diamantes, las líneas equinoccial y del meridiano están trazadas con piedras de otros colores, y la cruz que lo domina, levantada sobre un soberbio amatista.

Los brazaletes son una obra artística admirable, formada de todas las piedras preciosas imaginables, mezcladas de perlas, y representan la *Rosa* de Inglaterra, la *Flor de lis* de Francia y el *Arpa* de Irlanda.

Otro cetro usado por la mujer de Jacobo II, que es sólo de marfil, y una paloma de óniz blanco. Esta es la más linda joya.

La corona estrenada por Ana Bolena (¡ qué irrisión !), la que llevó Carlos I, el decapitado, el *cetro* de San Eduardo, y en fin, todas las joyas históricas, tradicionales, que han llevado los reyes, y que representan la riqueza y arte de su época, se ven acumuladas en aquel sitio, y están arregladas de manera que todos los diamantes brillan sobre un fondo de terciopelo oscuro, y todas las piedras centellean como el firmamento de noche.

Estas joyas están allí, porque la Torre se considera el lugar más seguro en Inglaterra para guardarlas; y sin embargo se descubrió hace poco tiempo un subterráneo que tenía ya tres cuadras de largo, y que debía pasar por debajo de las murallas y terminar en la cámara en donde están las joyas.

¡ Ojalá se las roben ! Esas joyas sirven sólo, y eso algunas de ellas, para adornarse la Reina cuando abre el Parlamento ; y con su valor se podrían mantener por un año todos los mendigos de Londres.

La apertura del Parlamento por la Reina es una fiesta en que, participando del carácter de las cabalgatas de la Edad Media, se ostenta todo el lujo, la elegancia y buen gusto de las fiestas modernas.

Desde el palacio de *Saint James*, residencia real, empieza á desfilar una procesión de guardias á caballo, con los vestidos de los respectivos países; los escoceses con las piernas desnudas, túnica corta, chal cruzado con rayas de vivos colores, que indican el *clan* á que pertenecen, cairel al lado, espada corta y gorrito con una pluma de gallo en la mitad ; los irlandeses como si estuvieran en tiempo del Rey Arturo ; los del País de Gales, con blusas marinas; y los regimientos ingleses, de calzón corto, bota alta, casaca colorada y kepis redondo. En interminable fila van pasando regimientos y regimientos, alternando con bandas de música, y de cuando en cuando guardas que arreglan la ceremonia y hacen mantener el orden. Vienen después guardias de palacio, maestros de ceremonias, diversos funcionarios que debieron tener ocupación en los tiempos antiguos y que ahora sólo tienen títulos, un vestido de ceremonias y bastante dinero que gastar en una función de la corona.

Los coches se suceden á los coches, todos con escudos heráldicos, cocheros enormes y lacayos empolvados; y en ellos pasan cuantos lores, duques, barones y baronets tiene el reino, damas y camareras de la Corte y el Lord de la ciudad con su comitiva y sus empleados; los magistrados y jueces con *toga* y bonete, y, en fin, el tren administrativo en todos sus departamentos.

Viene la Reina en un coche antiguo, tirado por cuatro caballos blancos, pero que son de un blanco especial, como los que llamamos en Colombia *albinos* ó *bebecos*, y cuya raza se mantiene en Windsor. En pos de ella viene el Príncipe de Gales, luégo el Arzobispo de Cantorbery con las vestiduras sacerdotales más suntuosas, luégo el de York, luégo el de Westminster: después la familia real, luégo los almirantes, y últimamente todos los embajadores, ministros, enviados, agentes diplomáticos y consulares del mundo entero, cada cual con su vestido nacional; el turco con calzón ancho bombacho, dolmán bordado y turbante verde; el persa con feeckam rojo; el griego con gorro de terciopelo y borla de oro; el chino envuelto en un hábito negro, como fraile dominicano, y con una especie de patena en la cabeza, dejando flotante la gran trenza negra; el francés en grande uniforme bordado de oro; y el americano de frac negro, corbata blanca y sombrero redondo.

Al llegar á la puerta occidental de la *Torre Victoria*, en la casa del Parlamento, la comitiva se detiene un momento y luégo sigue hasta que la Reina llega al vestíbulo y echa pie á tierra, y la gran puerta que da al *Vestuario* se abre al estampido del cañón. Las damas la reciben, le colocan el manto real, la corona imperial, la cubren de joyas, de diamantes y ponen en sus manos el *cetro* y el *globo,* símbolo de su inmenso poderío.

En tanto que la Reina se adorna de tal manera, en la « Cámara de los Lores,» que es una sala gótica resplandeciente de dorados y llena de magníficas pinturas históricas; sala que tiene treinta metros cuadrados, iluminada por doce grandes ventanas, cuyos vidrios representan doce reyes de Inglaterra que parecen vestidos de gala para asistir á la ceremonia, en el centro de la cual hay un saco de lana donde debe sentarse el Lord Canciller, á derecha é izquierda suntuosas tribunas y en el frente el trono, macizo y serio como si fuese de los tiempos primitivos de la monarquía ; entretanto, digo, todos van tomando su puesto para la ceremonia, en esta forma: á la derecha del trono el Príncipe de Gales; á la izquierda el primer Príncipe de la sangre ; al pie del trono los Arzobispos de Cantorbery, de York, de Westminster y de Kent y otros Obispos; los Pares al frente, sentados en sus sitios respectivos, en tres órdenes, en forma de anfiteatro ;

los cuatrocientos treinta y siete lores en el centro de la sala; los diputados de pie, debajo de las arcadas, y los diplomáticos en sus respectivas tribunas.

Cuando la sala está colmada y silenciosa, á pesar del gentío que hay dentro del recinto, un cañonazo anuncia que va á abrirse el Parlamento; y la *Graciosa* Soberana del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda y Emperatriz de la India, aparece en una de las grandes arcadas, sube al trono y se sienta: luégo se pone de pie, hace una venia ceremoniosa, y dice:

« Mis lores y señores.»

Y pronuncia un discurso superficial, en el cual recomienda algunos proyectos; y á esto se reduce la lujosa ceremonia.

Como el Parlamento es la primera institución en Inglaterra y el origen de su libertad y su grandeza, natural es que la CASA DEL PARLAMENTO sea el más suntuoso edificio; y en efecto, el levantado en este siglo es digno del objeto á que está destinado, por su magnitud, su elegancia y su magnificencia. Pero ese edificio no lo conocerán las generaciones venideras, porque está construído de una piedra calcárea que la humedad del Támesis carcome y desmorona como si fuese de azúcar rosada ó de merengue.

Esta obra es censurada por haber abandonado los arquitectos la rigidez de los perfiles griegos, por no tener un plan uniforme, y por estar demasiado recargada de adornos arquitectónicos. Pero si el conjunto de la obra es magnífico y bellísimo; si hay armonía perfecta en su parte exterior y admirable distribución en el interior; y si los adornos, las ventanas y las torrecillas le dan el aspecto de una verdadera filigrana, ¿ qué importa que la forma no sea griega? ¿ Debemos tener la tierra cubierta de partenones? ¿ No es mejor en arquitectura, como en pintura, como en poesía, la libertad de las formas y la variedad de las creaciones?

Trataré de describirlo de la manera más clara posible.

El PALACIO DEL PARLAMENTO ocupa la extensión de cuatro manzanas de las de Bogotá, pero tiene sólo dos lados visibles: el que da al río Támesis, y el que, formando ángulo con éste, está sobre la calle que comunica con la abadía de Westminster. La fachada que da sobre el Támesis mide doscientos setenta y seis metros, y tiene salientes los dos extremos, los que son más elevados que el resto y en figura de torres; la parte del centro está dividida en tres cuerpos, separados también por torrecitas; en el frente las paredes de piedra están labradas como cornisas á cada tres metros; y en medio están las puertas y ventanas en una serie de tres pisos, de manera que el edificio parece hecho sobre columnas; y como al fin de cada cornisa hay un timbalillo que le sirve de corona, el aspecto es bellísimo y el edificio parece más sencillo de lo que es en efecto.

HOSPITAL DE SANTO TOMAS Y PALACIO DEL PARLAMENTO.

La fachada meridional que da á la calle es la que tiene las principales puertas de entrada, y aunque se ha conservado el mismo orden arquitectónico, tiene una irregularidad muy notable, á saber: en la esquina que da al río, la fachada está seis metros más adentro hasta la Torre Victoria; y luégo, siguiendo la parte saliente de la Torre, está seis metros más afuera.

La *Torre Victoria*, que es cuadrada y la más grande del mundo, está como separada del edificio (al menos no tiene armonía ninguna con él), mide veinticuatro metros de ancho y ciento veinte de alto. En ella está un magnífico reloj que marca y fija la hora de todos los relojes de Londres, el cual es manejado por un famoso astrónomo, que hace allí también sus observaciones en el cielo.

En el interior del edificio hay quinientas cámaras, entre ellas la de los lores, que ya he descrito, y la de los *Comunes*, que tiene veinticuatro metros de largo, donde se reúnen con comodidad y holgura seiscientos cincuenta diputados, y donde hay, además, espacio reservado para el presidente, los ministros, el cuerpo diplomático, los estenógrafos y las tribunas para el público. El edificio tiene también grandes salones de recepción, de pasos perdidos, y local para una Corte.

Las SESIONES DEL PARLAMENTO son generalmente de noche; y se dice que en ellas no se guarda siempre la moderación, compostura y decencia que es de esperarse de hombres que alcanzan tan alto honor, que están encargados de tan elevadas funciones, y que tienen por espectadores á ese gran número de habitantes que reciben los periódicos ingleses. Muchos miembros se duermen en el curso de la sesión, y los ujieres tienen que despertarlos á la hora de la votación, y otros se lanzan injurias del uno al otro asiento. Por supuesto que la barra está siempre *como en misa*.

El procedimiento para hacer leyes lo han heredado de Inglaterra todas las naciones que tienen gobierno constitucional representativo, así las monarquías—Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suecia y las que están situadas á las orillas del Rhin,—como las repúblicas suramericanas. Bastará, pues, decir que las leyes en Inglaterra tienen siempre origen en la Cámara de los Comunes; que aprobadas allí en tres debates, pasan á la Cámara de los Lores; y si obtienen la aprobación en ésta, se someten á la Reina para su sanción; pero debe mencionarse esto: la Reina da su sanción por *Letras patentes*, lo que se anuncia á las Cámaras en viejo francés, diciendo: *La reine veult* ó *Soit fait comme il est desiré*; y en la ley de subsidios: *La reine remercie ses bons sujets : accepte sa bénévolence et ainsi le veult.*

El respeto, el amor, la veneración que sus súbditos tienen por la REINA

de Inglaterra, no tiene el carácter del afecto que los españoles profesaban al amado Fernando VII, ni el que á los franceses inspiraba Napoleón: bien al contrario, en esos sentimientos se revela el orgullo inglés y la independencia de su carácter. La Reina Victoria es un *mito* que representa la grandeza de su patria, el poder de su nación, el dominio de Inglaterra en todos los continentes y la libertad y el vigor de sus instituciones; pues con una niña primero, después con una fiel esposa y madre amante, y luégo con una viuda inconsolable, es como Inglaterra ha llegado, por la sabiduría de su gobierno y la expansión de su comercio, al más alto grado de civilización, de poder y de riqueza á que ha alcanzado una nación en la serie de los siglos.

Y los ingleses saben también odiar, deponer y guillotinar reyes: díganlo Juan *sin tierra*, Carlos II y María Estuardo. Y la Reina Victoria sí merece el amor que le profesan sus súbditos. Cuando murió el Rey Guillermo IV, y cuando la exaltación al trono de la joven Alejandra Victoria, Duquesa de Kent, parecía indestructible la influencia de los *torys*: una aristocracia insolente é interesada disponía de los destinos del país y de la suerte de Irlanda; los conservadores obstinados se oponían á conceder la menor libertad á los católicos, y cuando se propuso por Sir Jhon Russell, en 1837, una reforma en este sentido, los debates en las cámaras fueron muy apasionados, y lord Stanley, con sólo decir que « las leyes propuestas no tenían otro objeto que establecer una lucha entre el catolicismo y la iglesia reformada, y que los ministros, asegurando mantener los derechos de la iglesia, probaban lo contrario con su lenguaje y sus acciones »; con esto, digo, bastó para que la suerte de los católicos siguiera lo mismo en Irlanda, y para que la de los pobres en Inglaterra continuara siendo la de morir de hambre, por la prohibición de introducir trigo, por cuanto los lores eran productores de este artículo.

La Reina Victoria, llamando á los *wigs* y á los radicales al poder, hizo perder al viejo torismo su influencia y á las cuestiones religiosas el carácter apasionado que tenían. Educada en el amor de la constitución y de la patria, el gobierno representativo ha tomado bajo su cetro la mayor amplitud. Penetrada del espíritu verdaderamente tolerante de su siglo, ha emancipado á los católicos de Irlanda, ha afianzado la más absoluta libertad de cultos en todo su reino, ayudado á la propagación del cristianismo en las Indias orientales, y completado una verdadera reforma civil y política; conociendo las necesidades de su pueblo, ha permitido, para que el hambre no vuelva á asolar las ciudades, la introducción de toda clase de alimentos; y con las medidas aconsejadas por la ciencia económica

ha establecido el libre cambio, extendido el comercio, engrandecido la marina, y logrado que en todo el mundo, el día del nacimiento de la Reina, se vea con alegría flamear el pabellón de Inglaterra.

En las cámaras inglesas no hay jamás discursos escritos; pocos son los oradores, así de la oposición como ministeriales, que se crean con derecho á hablar, y los lores y los diputados poca ó ninguna atención prestan al orador; y sin embargo, la elocuencia moderna tiene sus más elevadas notas en la tribuna inglesa, y las oraciones que en el parlamento se pronuncian todos los días son un modelo del bien decir y de la oportunidad y gracia del idioma. Los discursos de Brugham, Pit, Fox, Burk, Chatam, Canning y Gladstone, son elevados, dignos, correctos y estarían bien en boca de un romano en los heroicos tiempos de la república.

La nobleza inglesa es educada con el mayor esmero para el manejo de los negocios públicos; los oradores griegos y romanos les son á los jóvenes tan familiares como sus propios buenos oradores; la historia antigua y moderna la conocen admirablemente; todos estudian filosofía, y cuando van á ocupar un puesto en la Cámara de los lores, ya son hombres notables. Por otra parte, á la Cámara de los Comunes no van sino los hombres eminentes del país; de éstos no toman la palabra sino los que se han distinguido por una elocuencia dominadora, y no van al ministerio sino los que han conquistado una grande opinión en el país. De manera que en el recinto del parlamento no se oye más que la palabra inspirada de hombres eminentes que dan sabias lecciones de política á su patria y al mundo entero, que habrá de escucharlos.

Por otra parte, el inglés es un admirable idioma para la elocuencia; tiene la energía de las lenguas primitivas y la frase rotunda de los idiomas cultos. Sheridan habla de la patria como Temístocles pudo hacerlo á los griegos; y Burke habla en las cámaras como Cicerón en el Senado romano.

Es, sobre todo, en la cátedra sagrada en donde el inglés es más hermoso: las expresiones son armónicas y dulces, la composición sublime, el misticismo se engrandece, la unción se hace celestial; y de la palabra del ministro salen acentos que deben ser los mismos con que San Pablo conmovía á los Corintios.

Séame lícito, ya que he hablado de la elocuencia inglesa, exponer aquí un juicio, quizás temerario en concepto de algunos, pero nacido en mí del estudio de diversos idiomas y de la impresión que sobre mi alma han causado los oradores y los poetas de las varias naciones.

Extinguido el griego y olvidado el latín, los dos idiomas modernos más favorables á la elocuencia y á la poesía son el inglés y el español:

el primero tiene sobre el alemán la ventaja de ser más enérgico, y de no ser nasal, aunque sí más limitado en sus formas; y el segundo es noble, elevado varonil y más agradable al oído que el francés y el italiano, por la diversidad de acentos, la sonoridad de las frases y la entereza del discurso.

Para completar mi pensamiento, pongo aquí el *Padre Nuestro* en diversos idiomas, y el lector verá que en cada uno parece decir distinta cosa; siendo en latín una oración; en español una plegaria; en inglés una adoración; en francés una petición, y en italiano un canto.

Pater noster qui es in cœlis: Sanctificetur nomen tuum: Adveniat regnum tuum: Fiat voluntas tua, sicut in cœlo et in terra. Panem nostrum quotidianum da nobis hodie: Et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris. Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo.—Amén.

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores: y no nos dejes caer en la tentación. Mas líbranos de mal.—Así sea.

Our Father, who art in heaven. Hallowed be thy name. Thy kingdom come. Thy will be done on earth as it is in heaven. Give us this day our daily bread. And forgive us our trespasses, as we forgive them that trespass against us. And lead us not into temptation; but deliver us from evil. Amen.

Notre Père, qui êtes aux cieux, que votre nom soit sanctifié; que votre règne arrive; que votre volonté soit faite en la terre comme au ciel; donnez nous aujourd' hui notre pain de chaque jour; et pardonnez nous nos offenses; et ne nous laissez point succomber à la tentation, mais délivrez nous du mal. Ainsi soit-il.

Padre Nostro che stai ne' Cieli sia santificato il tuo Nome, venga presto il tuo Regno, sia fatta la volontà tua come nel Cielo così in Terra. Dacci oggi il nostro pane quotidiano, rimetti a noi i nostri debiti, come noi li rimettiamo ai nostri debitori, e non c' indurre in tentazione ma liberaci dal male così sia.

El verso inglés es variado, musical, armónico y expresivo; el verso español es sonoro y rotundo; el verso francés campanudo y duro con la eterna repetición de los acentos agudos; y el italiano dulce y suave, pero poco enérgico y vigoroso.

Los héroes no pueden hablar sino en español ó en inglés. *Alejandro* es gangoso en el teatro francés y *Régulo* afeminado en la tragedia de Alfieri,

mientras que *Julio César* conserva su energía en Shakespeare, y *El Cid* habla su propio idioma en español.

Cuando bajo la liberal constitución del año de 12 se inauguraron las cámaras españolas, la Europa creyó que allí irían niños á balbucear el lenguaje político y á aprender á hablar en público, y se encontró con oradores sublimes, cuyos discursos improvisados eran modelos de elocuencia. Hoy mismo dicen que es un placer mayor que el de la ópera oír á Castelar.

No me deslumbra el brillo de la patria ausente al afirmar que nada sorprende en materia de elocuencia sagrada al que oyó á Saavedra y hoy oye á Aguilar; que Rojas Garrido era sublime en la tribuna pública en los días de las grandes solemnidades de la patria; Arboleda arrogante en un discurso como Presidente del Senado; Mallarino admirable en la fiesta de la Universidad; Murillo irresistible en las luchas parlamentarias; y que nada hay más sonoro y más armónico que los versos de Piñeres recitados por él mismo.

¡ Germán Piñeres! ¡ Qué recuerdo á dos mil leguas del lugar en donde está su sepulcro!

Germán Piñeres, nacido para brillar; de una familia distinguida y que contaba entre sus miembros á muchos patriotas y á muchos mártires; educado por un sabio tan grande como Cicerón y tan virtuoso como Aristídes,—el señor José María del Castillo y Rada; con genio precoz, corazón sensible, poderosa imaginación y un atractivo irresistible, dejó una lección severa para los jóvenes, enseñándoles cuán pérfida es la fortuna cuando á ella el hombre cede complaciente; pero yo, que admiro el encanto de sus versos y que lo amé en la niñez, no tengo por qué recordar las sombrías realidades de su vida.

Yo, que quiero que la riqueza de cada uno forme la riqueza del pueblo; que la gloria individual forme la gloria nacional; que á la diadema intelectual de Colombia no falte una chispa del genio de sus hijos, gozo en recordar que en las poesías de Germán Piñeres hay diamantes bastantes para adornar la corona de un dios.

Germán Piñeres, genio privilegiado, imaginación oriental, trovador sentido y amable, poeta melancólico y dulce, dejó un reguero de luz, de luz purísima que no alcanza á entenebrecer ningún recuerdo del pasado; y en cada uno de sus versos, en cada reflejo de su genio, vive esa vida mística, sublime, que gana los corazones, que exalta la fantasía, que embriaga la mente, que despierta el entusiasmo á toda hora y en todos los instantes; esa vida ideal, magnífica, que se llama gloria, que perpetúa un nombre, que inmortaliza un pensamiento y que alcanza no á una generación, sino á

muchas; que se identifica con la gloria de la patria y con la vida del genio en todas las regiones donde hay amor, sentimiento, ecos, luz y armonía.

Qué virtud la del genio, que sobre los despojos de la humana debilidad alcanza á levantarse, lleno de atractivos y encantos, llamando á sí todas las simpatías, haciéndose tributar incienso por los mismos que ayer lo desconocían, y dando esa prometida inmortalidad que tan pocos alcanzan !

Qué virtud la del genio, que conquistó para Germán Piñeres lo que no podría el avaro conseguir con el oro acumulado durante una larga vida de privaciones y miseria, pues con la muerte se acaba todo en la vida del avaro ; mientras que para Piñeres quedó lo que fué quizás el sueño que compensaba sus dolores: un nombre sostenido por la gloria ! Sí, Piñeres ocupa en Colombia el puesto que le corresponde en la constelación de los hijos del genio, por sus poesías suaves, armónicas y hermosas.

Él recibió por dote del cielo el amor á lo bello, una noble inspiración y una poesía fresca y dulce, depósito que entregó intacto á su muerte, habiendo aislado su alma de las tormentas de su vida, y encerrádola como en recinto misterioso, donde no alcanzaba á respirar la atmósfera envenenada y funesta en que vivía; haciendo contraste sorprendente la delicadeza de los sentimientos, el perfume de sus versos, la armonía de sus cantares, con su triste y miserable existencia ; y habiendo, por decirlo así, conservado en su corazón un pequeño mundo de flores, de rocío y de sol.

Lector ¿ habéis contemplado á la luz dorada del sol magnífico de Oriente los restos de un templo griego, sencillo y aéreo, cuyas columnas corintias se pierden en el azul del cielo y cuyas cornisas, admirablemente delineadas, semejan á las ondulaciones de una cinta de gasa ?

¿ Habéis reparado que ese templo no tiene nada de imponente, nada que arredre, nada que lleve á la contemplación, pero que junto á él pasáis horas enteras encantado admirándolo, repasando en vuestra imaginación las escenas de la vida poética de los griegos, rehaciendo su mitología, asistiendo á sus sacrificios y pareciéndoos ver sobre los restos del altar la víctima palpitante aún y coronada de rosas ?

El mismo sentimiento dejan en el alma las poesías de Piñeres; no son un monumento que imponga por su grandeza y á cuyo aspecto el alma se sorprenda; no es el palacio augusto de las Musas; pero cada una de ellas es una arcada magnífica, una obra de genio admirable, en donde con el mayor gusto están incrustados mármoles hermosos, que brillan con los rayos de luz con que su imaginación oriental supo iluminarlas.

La poesía de Piñeres es joven, á veces infantil, llega hasta ser angelical como la de Lamartine; y más bien natural, inspirada y espontánea que

métrica y correcta, se desliza como una fuente murmurando que arrastra las flores de la ribera para que esmalten sus ondas; pero que jamás se enturbia con el lodo que las tempestades acumulan en su paso. El gozo, la felicidad, el amor, la mujer sobre todo, la mujer divinizada, y tributándole adoración y culto, han sido los objetos de su canto.

A veces, sí, triste, melancólica y sombría como en su *Dolora,* en medio de fatídicos recuerdos, el pensamiento de un negro porvenir está estampado de un modo desgarrador, y hace que el alma se empape en una lánguida melancolía, y que á cada estrofa reciba una gota amarga ; al fin la copa rebosa de amargura, y el corazón, oprimido por la congoja, se siente desgarrado, como el del que á cada momento repetía:

« Yo vivo triste......»

No es admiración el sentimiento que la lectura de las poesías de Piñeres inspira: es amor, es cariño, como el cariño que inspira la primera ilusión, el sueño más bello de la vida, la voz de la mujer que se ha escogido por esposa ó el beso de la hija predilecta ; y es porque estas poesías son nuestro sueño, nuestro amor, y en medio de la armónica belleza de sus versos va el corazón sintiendo, gozando, amando, llorando ó riendo con Piñeres.

La lira de marfil de Piñeres sigue resonando, agitada por el viento. El vate desapareció, pero las musas conservan la memoria de sus versos, cuyo templo jamás fué profanado, levantándose, sí, muchas veces, en alas de la piedad, inspirado por la fe, para entonar cantos religiosos que sólo una alma noble y generosa pudiera concebir, que sólo un labio santo pudiera pronunciar, y un corazón ferviente darles su fuego místico y sublime.

CAPITULO XII.

Casa de baños—Anécdota—Títulos con que se disfrazan los americanos—No hay burlas con el amor—Robo á tiempo.

DISPUTAN los sabios sobre si el Támesis que pasa por Londres es un río que baja ó un brazo de mar que se entra, y yo digo que es un inmensa cantidad de cola de la misma que usan los carpinteros para pegar los muebles, así es de espesa el agua ; y lo que me sorprende es que no se queden pegados los vapores y que no encallen los grandes buques ; pero la realidad es que el agua que allí hay, bien sea que suba ó que baje, no es potable, y que aunque hay baños establecidos en el río, sería temeridad usar de ellos.

Pero hay CASAS DE BAÑOS en donde por medio chelín se encuentra una alberca de una cuadra de largo, toda de baldosas de porcelana, con un piso inclinado que la hace poco profunda al principio y en el extremo opuesto muy honda, repleta de una agua fresca y pura que se está renovando constantemente. Allí van los ingleses desde muy temprano de la mañana en el verano hasta muy tarde de la noche; y allí se baña uno y nada por todo el tiempo que quiere. En la misma casa, pero en diverso departamento, están los baños para señoras y señoritas, las que gustan mucho de ejercitarse en la natacion.

Es tal la tendencia de los ingleses á la extravagancia y á las apuestas, que en esos baños se encuentran muchos hombres dando eternas vueltas en la alberca, é infinidad de niños ingleses en la orilla apostando chelines á si se cansan ó no se cansan.

Voy á hacer una confesión para castigo de la vanidad humana. Los ingleses nadan como sapos, es decir, sin sacar los brazos, y contrayéndose y alargándose para avanzar, y por este medio la persona se cansa poco aunque no adelanta mucho. Los colombianos nadamos *braceado;* y habiendo yo vivido diez años á la orilla del Magdalena, tenía la vanidad de nadar bien. Provocóme por la hermosura la alberca en que con nosotros se estaban bañando más de cien ingleses, me arrojé á la parte más honda desde arriba, y la atravesé en la mitad del tiempo que lo hacían los ingleses. Esto llamó la atención de los inglesitos, que jamás habían visto nadar de ese modo, me rodearon cuando salí, y hubo rumor entre los bañadores. ¡Vanidad humana insensata! Por adquirir una efímera fama, por *lucirme*, como decimos en Bogotá, delante de ingleses desconocidos, á los cuales jamás volvería á ver y que no sabían quién era yo, volví á tirarme á la alberca, la atravesé una, dos y tres veces sin descansar, y alentado por las miradas, me habría dejado morir de fatiga y de cansancio, si no me hubiera hecho salir el amigo con quien estaba. Es verdad que en esa época la natación estaba de moda y era el asunto de todas las conversaciones, porque un yankee estaba en esos momentos atravesando el estrecho de la Mancha, y se habían hecho grandes apuestas entre los aficionados.

Para honra de la Reina Victoria debo referir que al mismo tiempo que el nadador luchaba, atravesaba también el estrecho un inglés en una maquinita de su invención, que podía dirigir un hombre solo y que podía ser un magnífico *salvavidas*. La Reina puso tres telegramas en que preguntaba por el éxito de la invención, y no se acordó del nadador.

Una sociedad filantrópica también ha establecido baños baratos para los pobres y *abrevaderos* de agua pura en diversos puntos de la ciudad para los caballos de los ómnibus y los coches, en donde hay empleados que instan á los cocheros, y les ayudan á quitar el arnés á los caballos, á fin de que no sufran sed.

Hay en Londres baños *turcos*, *rusos*, *romanos* y *egipcios:* de *duchas*, de *regadera* y cuantos hayan usado los pueblos ó inventado la extravagancia ó la necesidad; y aunque yo no quise tomar ninguno de ellos, el señor Pérez, compañero de mis viajes, me hizo del baño *turco* la siguiente descripción:

«Llega el paciente (y se me permitirá la palabra, pues es la misma que él usó estando en completa salud), paga dos chelines, y mediante esto es introducido á un gabinete en donde se desnuda, gabinete que debe dejar bien cerrado al salir, porque á la vuelta puede no encontrar su reloj, su dinero ó su ropa, y tiene que atravesar, como Adán en el paraíso, las calles

de Londres, con riesgo de que la policía lo lleve á la cárcel por inmoral. Hecho esto, lo llevan á un cuarto muy grande, en donde, como *ánimas del purgatorio*, están entre un vapor espeso y húmedo más de cien hombres en actitudes diferentes, esperando todos la hora, no de la redencion, sino de los tormentos que se les aguardan; y allí van entrando ingleses de cara roja y feos como los diablos, y tomando á los que quieren bañarse, para llevarlos al martirio. Cuando al viajero le llega su turno, se le acerca un jayán y lo conduce á una especie de calabozo, húmedo y caliente, con una atmósfera espesa de treinta y tres grados, y adonde penetra la luz al través de unos vidrios empañados, permitiendo apenas ver á todos los condenados ahogándose del calor, sudando á mares, como en Tocaima ó en Nare, y algunos de ellos sentados y con lámparas para aumentar el calor. ¡ Qué fatiga ! ¡ Qué agonía por falta de aire para respirar ! Pero todavía no es tiempo : hay que adelantar algunos pasos, pasar por delante de un horno con riesgo de quemarse medio lado; y... de repente ¡ puchulúm ! Cae el infeliz en el centro de un pozo de agua helada. Trata de escaparse, y las *duchas heladas*, los chorros que con las bombas le dirigen al cuerpo los demonios, encargados de su martirio, le dan por la cara, por la cabeza, por las piernas, lo tumban y lo encalambran. Después de eso, sigue lo mejor. Otros diablos lo extienden sobre un colchón, tan largo como es el infeliz, y desde la nuca hasta los talones lo van sobando más y más recio, hasta que no le dejan hueso bueno ni miembro en su lugar; y no lo sueltan hasta que ya *está mansito* como los potros indómitos que, á fuerza de rejo y de apretones, entregaba mansos en un cuarto de hora el americano Mr. Rarey.»

Si hay ó no en esto exageración, que responda el señor Pérez.

De él es también esta ocurrencia, que no quiero olvidar. Comían en París, en el hotel del *Príncipe de Gales*, junto con nosotros, una señora madre y dos señoritas, á quienes llamó la atención la figura de Pérez, su barba negra y larga, y sus modales francos, muy distintos de los que por allá se usan. Algo le dijo él á una de las niñas; y como yo hablaba entonces más francés que él, y con frecuencia me dirigía la palabra en español, la madre y las niñas, no pudiendo entenderse directamente, y habiendo concebido algunas esperanzas, se mostraban impacientes; y Pérez, con mucha calma, les dijo que yo era su intérprete.

Brasilero que lleva y paga intérprete, y un intérprete de cierta catadura, era sin duda sobrino del emperador ó dueño de un millón de matas de café, y por lo menos de doscientos esclavos. Digo *brasilero*, porque de la América del Sur los súbditos del imperio del Brasil son los únicos viajeros conocidos en Europa, y los únicos estimados en Francia. Ya los

lores ingleses que pasaban al continente á botar libras esterlinas, á gastar una fortuna en un carnaval, como lord Sidney, ó que se enamoraban de las actrices, se casaban con ellas y las llevaban á sus palacios, se acabaron. Ya los príncipes rusos que regalaban entre *bouquets* aderezos de diamantes, y arrojaban los rublos en los bailes de Mabille, se han vuelto muy formales ó no salen de Rusia por miedo á los nihilistas. París decae, y sólo los americanos del Sur, y principalmente los *brasileros*, forman la esperanza de las francesas.

Tenemos, pues, á Alejandro Pérez de príncipe imperial del Brasil en la imaginación de aquellas señoritas, y á mí como su intérprete, atendido, mimado y convidado al teatro y á los paseos para saber la verdad y conocer hasta dónde debían llevar sus esperanzas.

¿ Qué hacer ? De engañado á engañado. Pasear, divertirme, dejarme cuidar, y el día menos pensado escaparme para el Havre, y dejar á mi príncipe que se desenredara como pudiera.

Una de las observaciones que hice por allá, fué la de que aquello es un verdadero *baile de máscaras*, en el cual todos se disfrazan, por no querer ninguno pasar por lo que legítimamente es en su tierra ; llegando muchos á ponerse títulos nobiliarios, siendo colombianos; otros, queriendo aparecer como grandes personajes, y todos aspirando á representar un papel que no les corresponde.

Cuando Luis XVI recibió á Lafayette con la pompa y lujo de la fastuosa Corte de Francia, fué invitado á la fiesta Franklin, el cuakero americano ; y con grande escándalo se presentó en la Corte con su levita larga y su sombrero negro de ancha ala, el cual no se quitó delante del Rey; mas ¿ cuál sería la sorpresa de los cortesanos cuando, no pudiendo estar de pie por el dolor de la gota, le pidió al Rey licencia para sentarse ?

Y sin embargo, es admirable la facilidad con que los Ministros suramericanos se endosan la librea de lacayos en las Cortes europeas ; y creo que no hay exageración en asegurar que muchos cambiarían sus títulos y puestos por el de cocineros del Rey ó caballerizos del Imperio.

En Francia es condenado el que se pone un título falso ó usa una condecoración que no le corresponde; pero hay agencias de otras cortes ó de reyes destronados y príncipes caídos, que venden cruces, insignias y condecoraciones ; y muchos americanos las compran tan sólo para ponerse una cinta en el ojal de la casaca ó llevar una cruz en los bailes de la Corte. Esto, como se ve, es perfectamente inofensivo.

Disimuladamente ponen muchos americanos una corona de barón, como adorno de sus tarjetas, y debajo el nombre, anteponiendo al apellido

la partícula *de*, que nada significa entre nosotros ; pero allá puede con esto pasar el hijo del maestro Escandón, sastre remendón de Bogotá que consiguió un Consulado, por el « Barón de Escandón ;» llega á persuadirse de que lo es, en efecto, si alguno cae en la trampa y así lo llama ; y hasta á maldecir de la República y de su origen democrático y plebeyo.

En una casa respetable de Francfort encontré una tarjeta que decía: *Monsieur et Madame Z.* ; nombre de un joven de Bogotá que no ha sido nunca casado. En París todos los americanos son grandes dignatarios de su país, ó hijos del Presidente. Mi sobrino Carlos de la Torre se hacía pasar por artista italiano en Londres. Y es que todos se encuentran, en las estaciones de baños y en los bailes, á los cuales son convidados, con baronesas italianas, condesas españolas, duquesas húngaras y damas de la más alta aristocracia inglesa, y les da pena ser simples ciudadanos de la ignorada Colombia.

Quise en el Havre seguir adelante el chiste de algunos amigos míos que me pusieron *Alí-Pachá*, porque entonces la guerra entre Turquía y Rusia lo hacía todo turco, y me costó caro la chanza. Siempre que tomaba efectos de uso en un almacén, daba aquel nombre y la dirección de mi casa, y allí llevaban las cosas y pasaban la cuenta : cuando iba de paseo me llamaban también *Alí-Pachá*; y el nombre de mi pasaporte llegó á olvidarse. Esto no era más que broma, y yo no temía ninguna consecuencia.

Un día se me presentó un hombre con la cuenta de Mr. *Alí-Pachá*, de doscientos francos, por vinos que yo no había pedido, é inmediatamente la protesté.

—Páguela usted, me aconsejó el Alcalde de la ciudad, porque esto es delicado.

En una estación de baños en Enghien estaba con nosotros, en la misma casa, la baronesa de Raffi, quien tenía un hermoso perro negro, al que había puesto *Moreno*, y como oír allí una palabra española era una gran casualidad, ella se divertía en sentarse en la alameda del parque, ó cerca del lago, y cuando pasaba alguno que tenía aire español, decir : ¡ Moreno ! Todos volvían la cara, se fijaban en la hermosa baronesa, y casi siempre éste era un principio de introducción.

Un día, en la comida, hubo una ligera discusión entre aquélla y una condesa inglesa, sobre unos diamantes. La policía vino por la noche y cargó con la baronesa y con *Moreno*.

En Inglaterra no se juega con los amores como en Colombia, no se abusa de la inocencia impunemente, ni siquiera se puede ofrecer, prometer, ni dar á entender á una mujer, sea cual fuere, que se casa con ella un

hombre. Las mujeres inglesas, en plena libertad de sus acciones desde niñas, y sin otro pensamiento que el de buscar marido, son muy hábiles en preparar emboscadas, en las que caen con frecuencia los entusiastas é inexpertos sur-americanos. Un desmayo repentino en los brazos del que acaba de jurarles, á estilo bogotano, amor eterno para que pueda llegar el padre y encontrarlos en esa posición ; invitaciones inocentes á un paseo á los alrededores de Londres, con la claridad de la luna, para que en un momento de entusiasmo el amante se declare; cartas llenas de ternura y de afecto, que exigen una respuesta comprometedora : hé aquí las trampas puestas á los extranjeros, y esto no sólo por mujeres astutas y malas, sino también por inglesitas buenas y puras, pero que buscan y deben encontrar marido.

Al menor desliz, demanda por *break of promise* (falta de lo prometido), para lo cual hay agencias y abogados en Londres que se ofrecen por sólo la parte en las utilidades ; y el colombiano es citado, cogido, casado ó arruinado en un momento. Y si es casado en su país, entonces peor que peor, porque sin pensarlo ni quererlo aparece *bigamo*. Después de casado tiene que seguir el juicio de divorcio que su mujercita inglesa le entabla, es condenado en costas, á indemnización de daños y perjuicios, y bien le va si no lo llevan al presidio.

En Londres me robé...¿ á quién creen ustedes ? ¿ A una hermosa y rubia inglesa ? Nada de eso : á un caballerito colombiano que había caído en el garlito, y á quien obligaban á que se casase mal ó á ir á una prisión.

El cómo, voy á contarlo.

Llegué con ese propósito de Francia, con todo mi equipaje, á habitar la misma casa en que vivía X, mi amigo, con ánimo de permanecer allí tres meses, comprando mercancías; hice subir á mi pieza, que era la principal del primer piso, en presencia de todas las señoras, mis baúles y mi saco de noche, paraguas, sombrero en caja de cuero, bastón, chinelas y cuanto un hombre acostumbrado á muchas comodidades puede necesitar. Al día siguiente supe que un agente de policía estaba en la esquina de la casa á las órdenes de la madre de la señorita, para aprehender á mi amigo apenas intentase salir de la casa. Los novios, entre tanto, vivían felices en el interior.

Empecé por convidar á la señora de la casa á ir conmigo al teatro una noche, y aceptó. Estuvimos muy contentos, y le hablé de mis proyectos de comercio, de las dificultades que un extranjero encuentra para todo, y de la necesidad de un intérprete que me llevase á las casas de comercio.

Su sobrino vino como de perilla ; y las libras esterlinas que en dos meses iba á ganar éste, encantaron á la abuela.

A los dos días iba yo conociendo dónde vendían los mejores encurtidos, salmón, macarela y atún, artículos en que iba á emplear mi capital, según decía; y entraba con mi intérprete á todas las tabernas á beber cerveza, y á los restaurantes á tomar el *lunch*, cuando no alcanzábamos á hacerlo en la casa; y por las noches convidaba á una ó dos señoritas á un café cantante, ó simplemente á dar un paseo. Mientras tanto yo tomaba mis medidas para el rapto ; pero encontraba que el colombiano temblaba como niño ante un fantasma al ver al guarda de la esquina, y que por miedo estaba dispuesto á casarse, y á dejarse morir, antes que tomar una resolución.

Todas las señoras y señoritas habían paseado conmigo, y me pareció natural invitar á la madre de la novia á un teatro que había cerca de la estación de *Waterloo*, que fué la que yo conocí más, y de la cual salen trenes cada media hora á los distintos puertos sobre el canal.

Era esta señora una inglesa fresca, de bellísima boca, amable y bondadosa, y, supongo yo, todavía con pretensiones de hermosa, aunque su hija tendría ya veinte años; pero como era enormemente gruesa, se movía con mucha dificultad.

—¿ Llevámos á Alicia ? me preguntó.

Le dejé comprender que la presencia de la niña sería un obstáculo para las efusiones de mi corazón ....

—No sea usted amigo de bromas. Llevemos á Alicia, que ella se encanta con el teatro.

Le dió parte á la niña, quien se consideró feliz, y le preguntó á la mamá si llevábamos á X.

La señora vaciló, meneó la cabeza en señal de negativa, y la niña, con la mirada, suplicó ; por lo que la buena y condescendiente madre me preguntó si quería yo que Mr. X fuese con nosotros.

—Me es indiferente; pero no me gusta hacer gastos sino por las personas á quienes invito : yo tengo mis ideas.

—Tiene usted razón, muchísima razón; pero él hará el gasto por él y por Alicia.

—Por ella no lo consentiré yo de ninguna manera.

Todo se arregló, pedí un coche, que llegó hasta la puerta; y X, á quien nada había podido decir yo, y que algo sospechaba, temblaba de pies á cabeza y no se quitaba del balcón, mirando al aterrador guarda de la esquina.

Cuando los cuatro estuvimos instalados en el coche, la señora le hizo

una señal al guarda, en que claramente le indicaba que esperara hasta la vuelta.

Fuimos al teatro y nos divertímos un tanto viendo una función de pantomima que nos hizo reír mucho; pues figuraba un viejo buchón, tutor de una bonita muchacha, con quien quería casarse; pero ella tenía un amante, con quien se veía y se abrazaba en presencia del viejo; apareciendo y desapareciendo como por encanto, y haciéndole salidas, gambetas y escapadas, que hacían morir de risa á mi buena compañera.

Al salir del teatro, ¡ qué confusión, qué desorden ! Tomé el brazo de mi gorda compañera con un entusiasmo de enamorado novel, y ella, quizás, también tuvo en ese momento algún ensueño novelesco. Más adelante me atreví á tomarle una mano. ¿ Cómo conseguimos un coche ? le dije. Sigamos: más adelante tal vez. Pero Alicia y X se nos quedan. Alicia ! Alicia ! Alicia ! No parece.

—Volvamos á buscarlos.

—Vamos, Alicia !

—Señora.

Alicia pareció en el vestíbulo del teatro.

—¿ Mr. X ?

—Está allí llamando á un cochero: ya viene.

—¿ Por qué no siguieron ustedes en pos de nosotros? le dije á la muchacha; y ella sonrió y bajó los ojos.

—Se tarda, dije. ¿ Voy á buscarlo, ó nos vamos para la casa ?

—¡ A buscarlo! me gritó la señora, como si tuviese miedo.

—¡ A buscarlo ! ¡ A buscarlo !...

El tren para Southampton partía pronto; y medio muerto, tembloroso y como atacado de parálisis, metí al amigo á un coche, y fuí á tomar los tiquetes de viaje. Yo también temblaba, y temía, al volver al carruaje, encontrarlo ya cogido por la policía, y que precipitados por mí los acontecimientos, por mi culpa tuviera que casarse mal, ó permanecer encerrado en una prisión. No hubo nada. Partímos.

¡ Qué tren tan lento ! ¡ No camina más que treinta leguas por hora ! Cada vez que el guarda entraba á pedir el tiquete, creíamos que era la policía á prendernos; y en cada una de las estaciones nos arrinconábamos en el fondo del coche para que creyeran que estaba vacío.

¡ El telégrafo ! ¡ Ah maldita invención ! El telégrafo se nos adelantaba.

Llegámos á Southampton: mi amigo no podía dar paso; eran las doce de la noche y nosotros no conocíamos el embarcadero. Preguntarlo á un empleado de la policía era ponernos en sus manos. ¡ Solos en una ciudad

tan grande, con tantas calles, tantas plazas y tantos caminos! ¿Por dónde seguir?

Venía un marinero borracho, y le ofrecí un chelín si me conducía al embarcadero de los vapores que iban á Francia. Convino.

—Pero vamos á una taberna á tomarnos el chelín en ginebra.

—¡Imposible! No podemos perder tiempo.

—¡Ah! Vamos, hay tiempo. Hasta mañana á las tres de la tarde no se dará á la vela *El Borouse*.

—¿El qué?

—*El Borouse*.

—Yo soy marinero de ese bergantín que va á *Fort de France*.

—¡Por Dios! no es eso, no es eso. Adiós.

—No; vamos á tomarnos el chelín en ginebra, vamos; y cogiéndome del brazo, me llevó á la taberna.

Mientras tanto pensaba yo: la policía es advertida, ó el vapor parte.

Tomé un vaso enorme de ginebra, mi amigo otro y el marino cuanta quiso. Una mujercita que estaba allí y que aguardaba quizás algún socorro, y á quien preguntó el marinero si comprendía qué era lo que queríamos, dijo que conocía el embarcadero, y que nos conduciría; y nos fuimos con ella.

—Esta mujer nos va á llevar á alguna casa de ladrones, y quizás nos asesinen, le dije á mi amigo, y él lo temió también.

Nos sacó de la ciudad, y nuestras sospechas se aumentaron al ver que no íbamos siquiera por un camino público. Metiónos entre un cercado de tablas, por una puerta estrecha; y... llenos de contento vimos la ribera del mar y los buques anclados. Ella recorrió la orilla y nos condujo al punto mismo en donde estaba el vapor que buscábamos. Las mujeres son siempre buenas.

Estábamos de fortuna: el vapor partió pocos momentos después. Navegámos toda la noche. Nos amaneció en alta mar, y á las nueve de la mañana llegámos al Havre.

¿Hice bien ó mal en devolver ese jóven á su familia? Todavía tengo mis escrúpulos.

CAPITULO XIII.

División de Londres en cuarteles—La City—La Bolsa—Banco de Inglaterra—Edificio especial contra incendios y ladrones—Casa de Correos—Cuartel de la nobleza—La cacería y el *Derby*—Ocupaciones de los nobles; sus enfermedades—Cuartel industrial—Las máquinas—Almacenes de depósito de productos americanos—Cuartel bello Londres—Nuevos cuarteles—Sistema de construcciones—Las comidas inglesas y las nuéstras.

LONDRES está dividido, en su inmensa extensión, por cuatro cuarteles, completamente diferentes en aspecto, costumbres, vida y carácter; de manera que no cree uno al recorrerlos que está en la misma ciudad, ni aun en la misma parte del mundo; pero esta división no es política ni administrativa, sino nacida de las condiciones y necesidades del pueblo que los habita.

Uno de estos cuarteles es la CITY, que debió ser la primitiva ciudad á cuyo rededor se formaron pueblos, que ella fué adoptando; y en torno de éstos, otros, que también se incorporaron; y así la ciudad se ha ido extendiendo, dejando á cada barrio su carácter especial. En la *City*, que no tiene de extensión sino doscientas veintiuna hectáreas, hay de día una población de medio millón de almas. Esta multitud, que en calles estrechas y sombrías, y en medio de edificios altos, negros, fríos é iguales se agita, se estrecha y se atropella, se compone de banqueros, de ricos comerciantes, de dependientes y corredores, y en general de negociantes de documentos públicos y directores de grandes casas.

En este cuartel están la BOLSA, el BANCO NACIONAL, la DIRECCIÓN DE LA COMPAÑÍA DE LA INDIA, todos los bancos particulares, los grandes nego-

ciantes de quinas, los importadores de café y demás frutos tropicales; y allí están situados todos los despachos y oficinas de las casas que tienen negocios en las cinco partes del globo.

Allí no hay habitaciones sino oficinas y despachos; allí no se vive, sino que se negocia, se cambia, se escribe, se lee; allí se halla el cerebro comercial del mundo, cuyas ideas están expresadas por libras esterlinas; allí un minuto vale una fortuna ganada ó perdida, y cada palabra, la caída de un imperio ó la prosperidad de una nación; allí Rostchild lanza un empréstito de cincuenta millones de libras, y en un cuarto de hora está suscrito; allí, como en la antigua Roma lo hacían los Senadores, los banqueros deciden de la suerte del Egipto, dándole ó no un empréstito al Virrey; allí el Emperador de Austria es pesado, y á voluntad de los judíos vale ó nó su deuda, como es pesada una libra de café para que valga uno ó dos peniques más; y allí, en fin, están acumulados todo el oro, la plata, la platina y los tesoros de toda clase que han producido las minas en el mundo.

Hay una cosa que me llamó mucho la atención. El alquiler de los edificios es tan caro, que una habitación pudiera cubrirse de plata con lo que produce en un año; por eso se aprovechan hasta los últimos rincones para poner una oficina ó un despacho, y detrás de cada portón se instala un judío para cambiar monedas. Por esta misma razón los edificios son viejos y tristes, pues nadie se atreve á perder las sumas inmensas del arrendamiento mientras se derriban y vuelven á edificarse las casas; y se conservan las mismas habitaciones de la Edad Media convertidas en escritorios, tan oscuras, que á medio día y en verano se trabaja con luz artificial.

En otro tiempo había en esta parte de la ciudad un convento de Agustinos *(Austin Friars)*, que era un claustro de piedra largo, iluminado por altas claraboyas, con celdas estrechas á uno y otro lado, en donde los frailes pasaban la vida encerrados, estudiando y meditando en el cielo. El edificio está lo mismo que hace cinco siglos (en él está la oficina de los señores Goschen Hermanos, que tienen vastos negocios en Colombia); y en cada una de esas celdas pasa la vida un millonario, estudiando el comercio del mundo y meditando en el oro. ¿ La humanidad ha ganado ó ha perdido ?

Este medio millón de hombres representa por sí solo mayor riqueza que la que puede representar el resto de la humanidad ; hombres que apenas hablan, jamás se ríen, que parecen dominados por un demonio extraño que los hace serios, sombríos y desgraciados, y que á las cinco de

la tarde emigran, quedando la *City* desierta y sombría y sus calles solitarias como las ruinas de Pompeya.

No habiendo podido penetrar en el interior de la BOLSA ó LONJA (*Royal Exchange*), sólo puedo decir que en el exterior no se nota el bullicio y movimiento que en la de París, por ejemplo, lo cual atribuyo á que el telégrafo que cada negociante tiene en su departamento, es el que funciona del interior al exterior. Es un edificio de piedra elevado, de extensión de cien metros, con dos fachadas, una al Oriente y otra al Occidente; la de Oriente es como la de la mayor parte de los edificios de Europa, un remedo del Partenón, cuyo frontis, sostenido por doce columnas corintias, tiene en el frontón un medio relieve que representa la Industria y el Comercio del mundo.

En la mitad de la plaza triangular que está al frente, hay una magnífica y colosal estatua de Wellington, vaciada con los cañones cogidos en la batalla de Waterloo.

Los franceses levantaron la columna Vandome y la estatua de Napoleón con los cañones cogidos por éste á los ingleses; y los prusianos han levantado la columna de la Victoria con los cañones cogidos á los franceses. Todas las grandezas de los héroes están levantadas sobre los huesos de los pueblos. ¡ Maldita sea la gloria !

El BANCO DE INGLATERRA (*Bank of England*) está situado al Norte de la bolsa y es un inmenso edificio que ocupa tres hectáreas cuadradas. Los muros y techumbre están á prueba de incendio; y hay en él grandes salas para la reunión del Consejo, para el despacho de billetes, para el saldo de las cuentas, para recibir los depósitos y para contener más de mil empleados, y enormes sótanos para depositar los caudales. El Banco de Inglaterra es el que tiene mayores capitales, no sólo del país, sino del mundo entero. No hay país civilizado en donde no sean conocidos los billetes de aquel Banco, y se asegura que en sus sótanos hay oro al cual no le da la luz hace más de un siglo.

He oído contar que algunas veces se han encontrado tendidos en las escaleras del pórtico los cadáveres de los que han muerto de hambre......

Hay en Londres un edificio construído sin una viga ni obra alguna de madera, que tiene por objeto el que las familias depositen en él sus joyas, y los ricos los valores que tengan, por una mínima cantidad, y estando seguros de ladrones y de incendios. El edificio es una elipse de piedra que tiene en los muros (como las navetas de un escritorio) pequeños nichos numerados y cerrados, con una puerta de fierro y con sus cerraduras respectivas, distintas todas unas de otras y con llaves

diferentes. El que paga cierto derecho deposita allí sus joyas, y cierra y se lleva la llave: á las cinco de la tarde, por medio de un resorte, se pasa una barra de hierro por detrás de todas las puertecitas de las gavetas, de manera que el dueño mismo no podría abrir; después se cierran las inmensas puertas del edificio, las cuales no podrían ser rotas por la multitud amotinada, ni falseadas por los ladrones; y últimamente se extrae todo el aire del recinto, de manera que si alguno lograse penetrar, moriría ahogado en el momento.

La Casa de correos *(Post office)* es tan grande como debe serlo un edificio destinado á las oficinas necesarias para recibir y despachar toda la correspondencia y periódicos que de Londres salen para los condados de Inglaterra, para las naciones del continente europeo y para todas las ciudades del mundo; para recibir, distribuir y entregar toda la que allí llega; y en fin, para colocar todos los artículos que por el correo se envían, hasta animales vivos, y para girar por toda suma que allí se deposite para ser cubierta en cualquiera plaza del reino en donde se solicite.

Y todo se hace con tal holgura, y está tan bien distribuído y con tal orden, que apenas se ve la concurrencia; todo el mundo es despachado en el acto que llega, jamás sufren retardo los correos que á cada momento parten, y no se pierde una carta ni una tarjeta de visita.

Cuando Colombia no estaba incorporada en la Unión postal de las otras naciones, y por lo mismo el porte de correo no era igual, era de dar risa llegar con una carta para *Bogotá*, y mirar la cara de sorpresa del empleado; pero éste tomaba un libro que á la mano tenía, y en el instante decía el precio del franqueo.

En Inglaterra hay una institución que sería de la mayor utilidad en Colombia si se estableciera en las administraciones principales de correos, es á saber: que depositando una cantidad en el correo, le dan un libramiento que es cubierto en la administración de correos que elija. Esto facilita el comercio, anula el correo de encomiendas, ahorra la pérdida de valores y suprime las distancias.

Por supuesto que el *Post office* no es más que la oficina central que recibe y expide la correspondencia recogida en las mil oficinas repartidas en todas las calles de Londres, oficinas que son todas servidas por mujeres.

Le han erigido en Londres una estatua al autor del proyecto que rebajó el precio de la tarifa postal, porque con esto mejoró la condición del pueblo, facilitó el comercio y triplicó la renta de la nación. *Los dioses se van.* Es curioso el detalle de que las cartas amorosas, los emblemas de Cupido y de Venus y los versos que se cruzan el día de San Valentín en Inglaterra por el correo, le dejan á la nación cien mil pesos.

PALACIO DE BUCKINGHAM POR EL LADO DEL JARDIN.

Toda carta llega á su dirección; y recuerdo que estando en Bogotá recibí una nota del administrador de correos de Jamaica, en que me decía que allí estaba detenida, por insuficiente porteo, una carta para mí; que mandara un chelín que debía y otro por la comunicación en que se avisaba, y la carta seguiría su curso. Al mes recibí otra en el mismo sentido, pero ya debía mandar tres chelines.

—Ésta es, le dije á mi mujer, alguna herencia que me anuncian. Envié los chelines y recibí mi carta. Era de un boticario de Londres que me ofrecía sus remedios.

El CUARTEL GENERAL DE LA NOBLEZA está situado detrás de *Hyde Park* y se extiende hasta Grosvernor Square ; es allí donde residen los grandes dignatarios del Estado, donde están los suntuosos y tradicionales palacios de la Edad Media, cada uno de los cuales es hoy un museo de pinturas y maravillas, como en otro tiempo lo fueron los palacios Patti &c. de los nobles italianos ; que se muestran á veces al público y están desocupados todo el año, excepto en el invierno, porque los nobles viven con sus familias en sus haciendas. Allí están también los palacios de los Embajadores y las casas de habitación de algunos millonarios.

Sus calles, largas y silenciosas, sombreadas de árboles y perfectamente embaldosadas, le dan á esta parte de la ciudad un aspecto regio, como el de la Roma antigua, que impone ; y es curioso ver que hay calles cerradas para el público por verjas, y pertenecientes sólo á los individuos de cierto círculo; otras, por las cuales sólo puede pasar un lord, y otras que terminan en jardines que aparecen como por encanto.

A las orillas del Támesis hay algunos palacios, como el de *Somerset*, que traen á la memoria los de Loredano y demás nobles de Venecia: tal es su magnificencia y esplendor, con escalinatas sobre el río, como las tenían aquéllos sobre los canales. Hay otros, repartidos por la ciudad, como el de *Northumberland*, que son verdaderas fortalezas, con torres y almenas; y le parece al viajero que á la puerta del castillo va á presentarse cabalgando el noble lord, llevando á su lado la hermosa castellana seguida de escuderos, como en la Edad Media.

Se asegura que en esos palacios de lores hay tanta riqueza y tantas maravillas, que son verdaderos museos en que las familias han ido reuniendo de generación en generación cuanto puede dar brillo y esplendor á un palacio. Se cita uno cuyo poseedor, conforme á la cláusula del testamento del fundador, está obligado á emplear cada año cierta suma de libras esterlinas en la vajilla de plata, y tiene reunido con tal objeto lo más

elegante que el arte ha producido, y entre otras, muchas obras de Benvenuto Cellini.

Miss Coots, lord Ellesmere y el Marqués de Westminster tienen salones de pinturas, rivales de los del Louvre. El Duque de Malborough posee una biblioteca como la antigua de Alejandría ; y en la grande exposición, las porcelanas raras enviadas por un lord, llenaban el espacio de veinte metros.

Los lores son infatigables viajeros: á ellos se deben las más importantes exploraciones que se han hecho en las ruinas de Grecia y Asiria; les gusta mucho el Oriente, y todos ellos van allá, dejando sus palacios desocupados, y cuando vuelven, como les parece frío el clima de Inglaterra, y melancólica su residencia, se van para no volver, dejando encerradas tantas maravillas.

Un lord decía á un caballero francés desterrado: «Tengo un castillo en el país de Gales, que no he podido conocer, pero que dicen es bellísimo, y el cual, por mi rango, estoy obligado á mantener con todo el tren necesario y una numerosa servidumbre. Todos los días se pone el coche para recibirme y se sirve la comida como si estuviese allí. Hágame usted el favor de ir á vivir en él, pues así habrá más regularidad en el servicio, teniendo los criados á quién respetar.»

La nobleza de Inglaterra es la más rica del mundo ; pero no es esto sólo : cada uno de los nobles es más rico que cualquier banquero de Londres ; su riqueza consiste en las tierras de la isla, que están vinculadas, y de las cuales las dos terceras partes le corresponden ; y como el valor y la renta de estas tierras va aumentando en proporción al desarrollo de la población, de la industria y de la riqueza, los nobles perciben rentas fabulosas que ordinariamente no alcanzan á gastar.

Algunas familias nobles han dado en arrendamiento sus tierras por noventa y nueve años, á condición de que todos los edificios levantados en ellas les pertenezcan al vencerse aquel término, con lo cual esas familias se han hecho dueñas de ciudades populosas y de una parte de Londres. Un lord es dueño de un canal indispensable para la navegación; cada buque que pasa le paga un derecho, y su renta excede de cien mil pesos por año.

Darán una idea de las rentas y gastos de los lores, los siguientes datos:

Habiéndose arruinado Mr. Cobden, sus amigos le regalaron siete mil libras esterlinas una vez, y después cuarenta mil.

La señora Bourder Couts dió al Obispo de Londres un día un cheque por cuarenta mil libras para una iglesia. Otra señora fundó un obispado en

la China. Lady Stanhope, quien figura en mi novela *Las dos hermanas*, reedificó un palacio junto á las ruinas de Palmira, en el desierto.

Un Duque gastó en unas elecciones cuarenta mil libras esterlinas para que no triunfase Mr. Cobden; y hay lord que actualmente da para limosnas y obras de beneficencia veinte mil libras anuales.

Las exigencias sociales obligan á cada uno de los nobles á mantener en mayordomos, ayudas de cámara, cocheros, lacayos, cocineros, reposteros y criados, una población entera de ociosos, que con sus mujeres é hijos podrían formar una aldea, y que, como plantas parásitas, viven al lado del noble y de las rentas del mismo. Esto se entiende del noble mayor en la familia, pues los segundones ó son militares y están en la India, ó son clérigos, y tienen las mejores prebendas del Estado.

A cierto lord que vino una vez á Bogotá con su ayo, el señor Logan le dió un espléndido banquete. Todos los convidados saludábamos con muestras del mayor respeto á un caballero alto y muy bien vestido que nos presentaba el señor Logan en inglés, idioma que no sabíamos, y poco caso hacíamos de un inglesito flaco y entumido que nos presentaba también; y sólo cuando fuimos á la mesa supimos que el primero era el ayo y el segundo el lord.

En otro tiempo la embriaguez era un vicio general de la nobleza: el más distinguido era el que más bebía. Un noble que fué condenado á muerte, pidió ser ahogado en un tonel de Malvasía: en la mesa las señoras tenían que retirarse á los postres, pues en los banquetes se bebía hasta quedar debajo de la *caoba* (de la mesa). Hoy los nobles son sobrios, y se avergonzarían de presentarse ébrios en el Parlamento.

De los nobles, algunos gastan su renta útilmente, suscribiéndose á la fundación de hospitales y obras de beneficencia; ayudando á empresas marítimas y expediciones difíciles, ó mejorando las tierras, las semillas y las razas de animales, en lo cual hay orgullo benéfico; y otros la despilfarran locamente.

Dos son las grandes pasiones y las supremas DIVERSIONES DE LOS NOBLES: la cacería y las corridas de caballos.

Para la cacería, cada noble deja en su hacienda un terreno inculto donde podrían vivir y trabajar más de cincuenta familias, donde crece la maleza, se crían venados y se refugian los zorros. ¡Ay del que penetre en este terreno! ¡Infeliz del que matara un conejo de los nobles! Cada año, al principiarse la estación, por turno se van sucediendo las cacerías en los diversos condados; fiestas que duran más de ocho días, á las cuales concurren las damas, y en las que hay conciertos, bailes y banquetes al aire libre, lujo,

elegancia, y tal locura en la corrida de los venados y zorros, que con frecuencia vuelven los cazadores al castillo con la cabeza ó las piernas rotas.

La otra diversión de los nobles ingleses es el *Derby* ó la CORRIDA DE CABALLOS, diversión que es eminentemente popular en toda Inglaterra. Para esto hay un lugar á propósito, que es un gran circo abierto, en el cual se levantan postes de trecho en trecho, que marcan la línea circular de la carrera; y á uno y otro lado tribunas para las damas de la aristocracia, formándose en el suelo una verdadera pared de seres humanos que asisten al espectáculo.

Los nobles llegan allí con sus familias en coches elegantes de todos tamaños y de diversas formas; pero son tantos los carruajes que llegan y que en el centro del circo se van acomodando, que se forma una nueva ciudad. La mejor colocación del coche es á la orilla de la calle donde se verifica la carrera, para que las señoras puedan presenciarla sin desmontarse; pero como esto no es posible, se forman órdenes de diez y doce coches.

Los más ricos trajes, los sombreros más elegantes, las más valiosas joyas usan las señoras para asistir á las carreras : los hombres van vestidos como si todos perteneciesen á un gremio, — con flux gris, sombrero de fieltro y guantes de piel. El día entero se pasa en las carreras. En los coches toman champaña; y hay cantinas con licores helados, carnes frías y refrescos. Infinidad de ómnibus que van y vienen conducen al público.

El precio de entrada á las carreras es un chelín, para no ver nada. Un sitio regular para colocar el coche vale una libra esterlina ; los privilegiados cuestan hasta cinco ; y un asiento en las tribunas hasta diez libras. Por penetrar hasta donde están los caballos hay que pagar una libra ; pero sólo pueden verse á cierta distancia, pues se teme por los jugadores que puedan hacerles mal á los caballos. Estos son de raza especial, formada á fuerza de esmero y de constancia, modificación de la árabe, de la cual tienen origen : son altos, altísimos, delgados, huesudos, mal formados, feos; son, en fin, una máquina animal, que no tiene más instinto que correr para adelante rápidamente. No corren como nuestros caballos, extendiendo el cuerpo, con gallarda actitud y rápido galopar, sino que saltan una y mil veces, juntando las patas y las manos hasta que llegan al término de la carrera. Los precios de los caballos son fabulosos : hay algunos que se venden por diez mil libras, y otros que no habría oro con qué pagarlos.

Los caballos no son montados por sus dueños, sino por unos infelices á quienes llaman *jockeys*, educados para eso; mejor dicho, formados como los caballos, con alimentos especiales, para que no pesen; y son largos, secos,

huesudos y horribles con el vestido que les ponen, que es un calzón muy angosto y botas, chaqueta ajustada al cuerpo, con mangas flotantes, y gorro estrecho, de larga visera. Estos vestidos son del color que sus amos escogen, generalmente muy vivos, para poderlos distinguir á lo lejos; y con él se parecen al insecto que llamamos *matapiojos*. Estos *jockeys*, en cuya habilidad se confían miles de libras esterlinas, son muy bien pagados por sus amos; pero se dice que algunas veces, comprados por los contrarios, les han sido infieles y los han arruinado.

Los caballos que han de correr se inscriben con anticipación, se publican los nombres, que son siempre *Gladiador*, *Invencible*, *Rabia*, *Alí* ó *Fátima;* el de los dueños y el de los *jockeys* que van á correrlos; y hay oficinas donde se lleva el registro de las apuestas escritas, las cuales se hacen por sumas fabulosas, además de las que se cruzan en los momentos de la carrera, en medio de la pasión y el entusiasmo, y excitados por el amor propio y el orgullo, que son todavía mayores. La verdad es que las carreras no son una diversión sino un juego, como el dado, en el cual se ganan ó pierden fortunas.

En el momento en que va á empezar la carrera, todas las miradas se vuelven hacia el punto oriental del circo, en donde van apareciendo los *jockeys*, tratando de sujetar esos indomables caballos; y nada es más desairado que ver aquellos escarabajos, montados en enormes esqueletos vivos, con las piernas encogidas, con los estribos cortos, una cuarta levantados del galápago, y prendidos de las riendas, que no pueden manejar. Elegantes sabaneros de Bogotá que, sentados en la silla y firmes en los estribos, manejáis con destreza las riendas del dócil y flexible caballito americano, que revuelve, gira y retrocede, salta y se lanza como una flecha; vosotros sois la poesía, y los *jockeys* la caricatura de la equitación.

Cuando á fuerza de mil trabajos los caballos han sido arreglados, la señal se da, y los caballos dan el primer enorme brinco, y siguen brincando, rápidos: los unos se adelantan, los otros se atrasan; éstos se tropiezan, aquéllos caen, y todos los espectadores siguen á los *jockeys*, fijándose más en aquel por quien se interesa ó por quien tiene simpatía; las apuestas son infinitas: no hay inglés que no exponga siquiera un chelín; y en medio de la mayor ansiedad del público, los *jockeys* siguen recorriendo el inmenso círculo, los minutos se cuentan en todos los relojes, los postes que han recorrido en la carrera se señalan, los caballos se pierden á lo lejos, los jinetes apenas se divisan, las esperanzas crecen en los unos, los temores se aumentan en los otros. De repente todo se desvanece: los rostros alegres palidecen, los otros se animan. Esto porque el de adelante ha perdido una

línea. El caballo que iba de último ha tomado otra vez aliento, y ya ha dejado atrás á cuatro ó cinco de los que le aventajaban ; pero le falta mucho para ser de los primeros. Dos caballos se encuentran, y uno de los *jockeys* cae muerto. ¡ Carrera perdida ! Por fin sólo dos caballos se disputan el premio; todo está indeciso, se duplican las apuestas, se aumenta el entusiasmo y al fin la cabeza de uno de los caballos pasa primero por delante de la línea marcada, y esto hace que la fortuna de los unos pase al bolsillo de los otros.

Ese instinto cruel que hay en el corazón humano, esa gota infernal que se goza en el dolor, ó que por lo menos hace una diversión del peligro; instinto que fomentó en Roma la lucha con las fieras y el combate con los gladiadores; que mantiene en los ingleses el amor á las peleas entre los *boxeadores* y despierta el entusiasmo de los españoles por los toros, anima también á veces y hace cruel la diversión de las carreras, en las que se ponen estacadas por sobre las cuales han de pasar los caballos, y fosos anchos que tienen que salvar de un brinco extraordinario; y en estos fosos difíciles y peligrosos, algunos caballos caen, los *jockeys* ruedan y se rompen las piernas y las cabezas ; pero otros salvan todos los peligros, quedan victoriosos y son muy bien pagados.

El trabajo es el único placer que no cansa: él fortifica el cuerpo, eleva el espíritu y da encantos á la vida. Por eso los nobles de Inglaterra que tienen sus palacios en Londres y sus magníficas residencias en el campo, se imponen siempre un trabajo, cualquiera que sea. Unos dirigen los asuntos públicos, otros intentan viajes á todas las regiones del mundo ; éstos cultivan las ciencias, las artes ó las flores, y aquéllos se hacen coleccionistas ó miembros de sociedades filantrópicas, á las cuales consagran todo su tiempo. Y á los que nada de esto hacen, á los que gastan sus rentas en la disipación, la naturaleza los castiga con dos enfermedades terribles.

A los que andan siempre en coche, á los que sólo toman comidas condimentadas y vinos generosos, les da la *gota*, que es un dolor vehemente que principia en el dedo gordo del pié, en donde aparece una mancha como una gota roja, que á medida que sube, aumenta la intensidad del dolor, imposibilitando todos los movimientos, hasta que, postrado el paciente por mucho tiempo en la cama, llega la dolencia al corazón y lo mata.

La segunda enfermedad es el *spleen*, mal moral que mata toda esperanza en la vida ; mezcla sombría de una tristeza profunda y de una angustia infinita; dolor del alma como el de la pérdida de los seres amados; angustia eterna como la del pecador impenitente ; suprema ansiedad,

hastío infinito, desesperación cruel, que lleva con frecuencia á los ingleses al suicidio.

Volvamos á Londres y al CUARTEL INDUSTRIAL por excelencia, que es la parte que está situada al Norte de la ciudad, sobre las riberas del Támesis. Ese es el Londres admirable, orgullo de la humanidad, representante de cuanto alcanza el genio y realiza la industria del hombre con sus propios esfuerzos ; en donde en vez de monumentos se encuentran chimeneas que confunden sus penachos de humo con las nubes del cielo ; en donde los templos son gasómetros circulares, sostenidos por columnas de piedra más altas que las del partenón, y los altares donde arde el fuego sagrado, esos *usines à vapeur*, eternamente ardiendo, y produciendo artículos para enviar al mundo entero.

¡ Qué confusión ! ¡ Que ruido ! Esas máquinas de vapor que se mueven todas á un mismo tiempo; esas calderas que se derraman con estrépito; esos pitos que resuenan en los aires ; esos martillos que caen y hacen retemblar la tierra; esos molinos que eternamente giran ; esas sierras que destrozan piedras y maderas; esas calderas inmensas como lagos, hirviendo con el fuego de los infiernos ; esas maromas levantando las rocas enormes que vencieron á Sísifo ; esos monstruos de cobre que devoran fuentes de agua y vomitan torrentes de alcohol ; esas serpientes ígneas que salen de la boca de un antro, y giran, y giran, y cuando caen muertas se convierten en templado acero; todo ese poder atribuído á los dioses en otro tiempo, todo ese horror de los infiernos, obedece al hombre y le tributa adoración. Esta es la grande apoteósis del genio y un verdadero Olimpo.

Y á la vista de todo aquello, exaltado el ánimo por esa poesía grave y vigorosa del trabajo, hasta hoy poco explotada, recordé las siguientes estrofas del inspirado Blasco, que parecen forjadas al golpe de los martillos de que habla el poeta y templados al calor de las fraguas que describe:

Del monte en las honduras cual ojos avizores
Distingo entre la niebla con tétrico fulgor
Las luces que en rojizos siniestros resplandores
Anuncian de las fraguas el infernal hervor.

Esclavas de su lumbre mis locas fantasías,
Seguir la luz me mandan y avanzo sin cesar ;
Ya claras se columbran las hondas ferrerías
Y el són de los martillos se siente resonar.

¡ Avanza, ensueño mío ; desciende hasta los fondos
De la caverna inmensa do en sorda percusión
Las anchas catacumbas y los cimientos hondos
Retiemblan pavorosos al rechinante són !

Las encendidas fraguas derraman su tesoro,
Centellas lanza el horno con lumbre sin igual,
Y en chispas deslumbrantes de estrépito sonoro
Se rompe en mil chasquidos el tosco mineral.

Y al pensar que cada uno de esos humildes obreros, labrando los instrumentos que hacen pacífica la guerra de la vida, engrandecen los pueblos mucho más que aquellos que esgrimieron las armas de la muerte, me dirigí á uno de los trabajadores (que no me comprendía por el doble motivo de que le hablaba en español y en verso), y exclamé con el poeta:

¡ No más alardes vanos de bélicos trofeos !
¡ La nueva edad de hierro con santo ardor labrad !
¡ Forjad las férreas liras con que hoy nuevos Tirteos
Difundan las victorias de nuestra hermosa edad !

Labrad el férreo puente y el arsenal gigante,
Y el poderoso alambre que el orbe ha de extender,
Y la potente draga, y el alto cabrestante,
Y el casco de la nave que el mundo ha de correr.

Forjad la ancha caldera do el agua se evapora
Para estrechar los mundos en alas del vapor
La espléndida y gallarda gentil locomotora
Que hienda las montañas con silbo atronador.

Fundid los caracteres que con su ronco acento
Volando al terso pliego la prensa haga pasar,
La prensa resonante, que extiende el pensamiento,
Palanca con que al mundo la mente hizo girar.

Labrad épicas trompas que atruenen los espacios
Llamando á las naciones en gloria á contender,
Y las techumbres altas de espléndidos palacios
Donde la industria humana sus glorias haga ver.

Forjad la mansa esteva de brillo refulgente,
Y las brillantes hoces, y el rústico azadón,
Y el rutilante arado que con su corvo diente
Abra los anchos surcos que pingüe renta son.

Y cuando el hombre airado sus armas os demande
Y en són de guerra el mundo volviere á retemblar,
Cerrad las anchas puertas, y con misión más grande
Decid que vuestro templo no venga á profanar...

Pan, alimentos, abrigo, todo se produce sustituyendo á las fuerzas humanas las fuerzas de la naturaleza, al sudor del hombre el aceite de la máquina, á la inteligencia de la criatura el poder de la electricidad, y en tanta abundancia que satisfaga las necesidades del que vive en el polo ártico y del habitante del Ecuador, y tan barato que alcance para todas las clases y todas las condiciones; este es el gran problema que se resuelve á todas horas en Londres, y á lo cual debe la ciudad imperial su influencia y su grandeza.

La imaginación se pierde y el hombre de América se abisma al penetrar en cualquiera de esas fábricas, sin poder comprender, por ejemplo, cómo se logra que la barra tosca que el obrero tiene en sus manos, y que se arroja á las profundidades de un horno, vuelva en forma de lluvia de agujas brillantes, todas perfectamente iguales, pulidas, adelgazadas y con un ojo dorado, con tal pulcritud que no lo haría el mejor joyero; y esta lluvia no cesa, pudiendo así suministrar agujas suficientes para las necesidades de todas las mujeres del universo.

Las maravillas de la ciencia, las más curiosas invenciones, los mejores métodos, las máquinas más veloces, todo se ha reunido allí para producir en abundancia, sin peso ni medida; y si, como no hay duda, el mayor bienestar de la humanidad debe ser la aspiración del filósofo, yo tributo á Londres un homenaje de admiración en nombre de los americanos que recibimos de ese centro los elementos más necesarios para seguir en la vida civilizada que empezamos.

El poder de las máquinas apenas empieza; el vapor tiene sólo medio siglo de existencia; la electricidad apenas se ensaya, y con todo, las máquinas en este último siglo han producido cien veces más que en los siglos anteriores, y esos productos han sido llevados á las regiones más lejanas en la décima parte del tiempo, y han empezado á cambiar la faz del mundo y la suerte de la humanidad. El problema apenas está comenzando á resol-

verse, y hoy se sienten los estragos de la transición. Los trabajadores en las máquinas sufren aún mucho; y al lado de las máquinas, que todo lo producen, están los hombres que van quedando sin trabajo y muriéndose de hambre.

Éste no es más que un período de transición. Hay que atender á la suerte de los que sufren, aliviar á las clases menesterosas, ayudar á los que las máquinas han derribado ; pero no se puede ni se debe contener el progreso social, ni el impulso ya dado ; y una visión clara se representa fácilmente á los trabajadores de Londres, alimentados con las carnes, el café y el azúcar de América, y á los americanos vestidos y llenos de las comodidades que producen las fábricas de Londres. Saludemos con veneración á la industria inglesa, generadora del bienestar de la humanidad en todo el mundo. El error económico ha llegado hasta decir que el día en que la Reina Victoria, tirando de un cordón, pusiera en movimiento todas las máquinas productoras, no necesitándose del trabajo del hombre, su pueblo moriría de hambre. Basta reflexionar que el día en que felizmente esto pudiera suceder, ya ese pueblo estaría relevado de la maldición del trabajo, sería como si un jornalero encontrase otro que le desempeñase su tarea ; y como á la Reina nada le costarían los productos, por nada se los dejaría al pueblo, como le deja hoy el agua que bebe y el aire que respira, porque son dones gratuitos de la naturaleza.

Pero sin llegar á ese término absoluto, es fácil ver que la suerte de la humanidad va mejorando á proporción que las máquinas van aumentando los productos, haciéndolos más baratos ó llevándolos á otros lugares con más facilidad ; que el indio de Bogotá que antes no hubiera podido adquirir con gran trabajo un pañuelo para su esposa, hoy puede comprar uno de *rabo de gallo;* que con lo que antes se compraba una capa de paño de San Fernando para el noble bogotano, hoy se compran vestidos para toda la familia ; que la mujercita del pueblo, envuelta antes en *frisa* azul hedionda, hoy luce un traje elegante de muselina inglesa; y que con iguales medios de subsistencia las familias bogotanas tienen más comodidades y una vida mejor que antes, debido á las fábricas inglesas.

La verdad es que el progreso tiene que ser armónico, de manera que al progreso fabril de Inglaterra corresponda, por ejemplo, el adelanto agrícola de Colombia, y que el tráfico incesante y el cambio recíproco dé á todos trabajo, y abundante consumo para todos los artículos.

Se está verificando en Inglaterra un fenómeno económico que parece inexplicable y que es funesto para el progreso de la América y para el desarrollo industrial de las manufacturas, y es el siguiente : los almacenes

de depósito de los frutos americanos, como la quina, el tabaco y el café que enviamos de Colombia, están repletos; todos los días bajan de precio y ya no es negocio producirlos en ésta ni llevarlos á Inglaterra. Y como los almacenes de mercancías manufacturadas, como zarazas, lienzos y muselinas que consumimos en Colombia, están llenos también, estos artículos tienden á bajar de día en día, y como ya no es negocio producirlos, las fábricas se cierran y la industria inglesa se arruina.

Y no se crea que hay superabundancia de productos; los pobres ingleses mueren de fiebre por falta de quinina, no prueban el café, del cual tomarían con mucho gusto una taza todos los días; y en Colombia la población es haraposa y mugrienta por falta de vestidos.

La causa de este fenómeno está en que los capitales destinados á comprar los frutos tropicales, y con los cuales se ganaba una módica utilidad, pero que mantenían vivo el comercio y alerta la especulación, desde la guerra franco-prusiana, que consumió muchos millones y desde la indemnización de los cinco millares de millones, se han destinado ahora á comprar deudas de los diversos gobiernos, se invierten en fondos públicos que dan más incierta pero mejor ganancia, y afluyen á satisfacer las necesidades de los gobiernos, necesidades crecientes por el mantenimiento de inmensos ejércitos, de manera que en el mundo sucede en grande lo que en pequeño se ve en Colombia por todos, que no hay moneda para las transacciones, y que el desequilibrio daña todas las especulaciones.

En la parte del Oeste de la ciudad está el cuartel que pudiera llamarse el BELLO LONDRES, y que se extiende hasta *Chelcea*, *Kensington* y *Nothinhill:* de casas elegantes, calles limpias, anchas plazas, iglesias modernas, parques y jardines; siendo la cómoda residencia de la pequeña nobleza de segundo orden, de los ricos comerciantes, de los banqueros y acaudalados ingleses que vienen de la India. Allí están los sitios más próximos á la *City*, á las calles comerciales y á *Hyde Park;* y el inmenso espacio hasta donde se acaba la ciudad, poblado por las familias pudientes de todas las clases, oficios y condiciones, en casas bonitas, aseadas, pequeñas, independientes y baratas, todas las cuales tienen las comodidades compatibles con la fortuna y posición de los dueños.

La construcción de casas en Londres se hace por grandes compañías que compran un espacio de terreno y acometen esa especulación, de acuerdo con un arquitecto, quien forma el plano y dirige la obra; de aquí resulta que se deja la calle espaciosa, y todas las casas con tal regularidad, que hay cuarteles enteros hacia los cuales se extiende la vista á uno y otro lado hasta donde ella alcanza, y se ven las casas perfectamente iguales,

con idéntica escalinata al frente, el balcón que la cubre sostenido por unas mismas cariátides, el pequeño jardín abajo á uno y otro lado de la escalera, los tres pisos con ventanas de una misma forma, y los tejados en línea recta.

Y esto desde la casa 1.ª, cuyo número se encuentra escrito en bronce dorado, al frente, hasta la 673, según observación hecha por nosotros mismos. A este propósito decía el señor Pérez que el cuento del borracho, de nuestro país, que viendo dar vueltas á las casas se puso á esperar á que la suya pasara para entrar, no podía realizarse en Londres, porque toda la noche estaría viendo pasar una misma casa.

Esta igualdad de construcción en los edificios hermosea mucho la ciudad y produce un fenómeno social digno de observarse. Como todas las casas de un cuartel tienen un mismo grado de respetabilidad (la cosa más importante para las familias inglesas); como todas valen lo mismo de arrendamiento, y como todas tienen unas mismas ventajas, vienen á habitarlas las familias de igual ó parecida renta, de igual categoría, de idéntica condición, y muchas veces de igual industria, oficio y profesión. Así es que hay cuarteles de residencia de agiotistas, cuarteles de comerciantes retirados, cuarteles de *indianos*, cuarteles de rentistas, cuarteles de dependientes y cuarteles de viudas y huérfanos de militares y de empleados que tienen pensión por el Gobierno. Como los inquilinos de estas casas tienen intereses y aspiraciones iguales, como la diferencia de comodidades y de lujo no los ofende, y como tienen un jardín común á todos y exclusivamente de ellos, sus familias se relacionan, se juntan, se estrechan, y generalmente se enlazan y tienen un mismo porvenir.

La edificación en Londres es muy barata, pues todas las casas son de ladrillo, y las máquinas botan adobe con una rapidez vertiginosa y los colocan ellas mismas en inmensos montones, altos como una montaña, los cuales se queman al aire libre, dando cada una de ellas con qué edificar una nueva población. Las paredes son ligeras, no como los muros que en Bogotá se construyen; son del ancho de un ladrillo á lo largo ó de dos al través, y los obreros tan hábiles, que cada uno pone en un día mil ladrillos sobre cal, artísticamente colocados. Como las puertas y ventanas son todas iguales, se construyen con máquina; los vidrios, todos iguales también, los dan como *regalados* las fábricas, y en seis meses se levanta y se puebla un nuevo cuartel.

Este cuartel no tiene nada de magnífico, pero es hermoso, higiénico y armónico. Aquí no hay grandes hoteles ni construcciones elegantes como en París, divididos en departamentos, en cada uno de los cuales vive

una familia, llegando á habitar en una sola casa, como la en que me tocó vivir, en la *Rue du Vieux Colombier*, cerca de San Sulpicio, como seiscientas personas, sino que cada familia vive en su casa independiente y allí reúne cuanto puede necesitar según la esfera de sus facultades.

La construcción más común de las casas en esta parte de la ciudad, es la siguiente :

Un solo cuerpo de tres pisos sobre la tierra, y uno más bajo, distribuídos así : en el primer piso (á cuatro varas sobre la calle), al cual se entra por una escalera que está en el exterior con pasadizo después de la puerta, y sin zaguán, hay una pieza á la izquierda, el *parlor* ó sala, y otras dos á la derecha; en el piso inferior (cuatro varas bajo de la calle) están el comedor, la cocina y la bodega ; en el segundo piso, piezas de habitación de las señoras, y alcobas, y en el tercer piso, cuarto de los jóvenes de la familia y de los criados. No hay patios, ni corredores, ni jardines, ni huertas como en Bogotá, en donde se ha seguido edificando al estilo sevillano del siglo XV; y las casas que ocupan menos terreno, cuestan menos dinero y tienen menos requisitos, son más bonitas y más cómodas.

Las casas están siempre cerradas, y el que llega toca un resorte que hace resonar en el interior una campanilla ; si es para menesteres de la casa, se toca en la puerta del piso bajo, que comunica con la cocina: allí llega todo lo necesario para la casa, — carbón, leña, carne, leche, legumbres y frutas,— de manera que no se sale á hacer mercado. Los que van de visita, á negocios ó á tratar con los amos (en Inglaterra no hay amos, y empleo esta palabra, porque es la que se usa en Bogotá al hablar de los señores ó dueños de casa), tocan la campanilla, é inmediatamente sale á abrir un criado ó una muchacha, según la riqueza y boato de los habitantes. Se dirige uno por el pasadizo lleno de estatuas de mármol, ó meramente adornado con una mesa y el ropero para poner en invierno el sobretodo, el sombrero y el bastón ó paraguas ; y de ahí es conducido al *parlor* ó sala, á veces ricamente adornada, ó bien con sólo una mesa redonda llena de libros, dos consolas en los extremos y unas bonitas cortinas.

Entro en estos detalles minuciosos, porque mis viajes están escritos para los que no han de poder viajar y para los pobres que no hayan leído obras mejores, y que quieran conocer realmente estos países, sus trabajos y costumbres, tan distintas de las nuestras. A éstos les diré, por si les fuere útil, que el ostentoso lujo de Bogotá en algunos salones, tan sin armonía con el resto de las comodidades de la casa, con la barbaridad y desaseo de los criados, y con el aislamiento y la soledad en que viven las familias es una insensatez ; que debemos empezar por lo verdaderamente útil y conve-

niente á la familia, por componer la cocina, la alcoba, el cuarto de las señoritas, poniéndoles todo lo que las inglesas usan, y después, si algo sobra, emplearlo en el lujo del solitario salón.

El lechero que toca en la puerta inferior, llega en un coche tirado por dos caballos, lo recibe una inglesa vestida de color gris, con las mangas recogidas, el traje cubierto con un gran delantal blanco, y puesta una pequeña cofia de encajes encrespados (signo de los criados) en la rubia cabeza. Recibe el pote de leche, se cruzan entre los dos algunas palabras, y el cochero sigue á la carrera y la inglesa á su cocina.

Es ésta una pieza pequeña en cuyo centro está resplandeciente el fogón de fierro, colocadas sobre él las marmitas que hierven y un hornito ó parrilla en donde se prepara el beafsteak. Las paredes son de madera, y como en un museo se colocan artísticamente las panoplias, así están allí colocados las sartenes, peroles, moldes, cucharones y demás útiles, todo de cobre amarillo que deslumbra por su brillo, y á la mano para lo que se ofrece. El piso es de mármol ó de granito ; y la cocinera, al torcer una llave, obtiene un chorro de agua con el cual lo lava todos los días, restregando el piso hasta que brille.

No hay en Londres esa abundancia de comidas ni esa profusión de platos que se usan en Bogotá, y hasta en las familias más ricas basta una sola cocinera para una extensa familia; y como los potajes son pocos, las criadas se esmeran en la preparación.

Las comidas inglesas son sencillas y quizá parcas para los que venimos de Colombia. Por la mañana, café, carne y huevos, después un *lunch* sencillo para los que comen tarde, la comida compuesta de sopa, rostbeaf y papas, y por la noche, té sencillo ó tan suntuoso como lo quiera la familia.

Hablando de la sobriedad de las comidas inglesas, debe hacerse comparación con las de Colombia, para lo cual referiré un cuento del *Mocho* Vargas, personaje inmortal en mi país por sus chistes y por la originalidad de sus aventuras.

Contaba que en una de sus campañas, pues era Coronel, había llegado á Málaga, en García Rovira, y sido alojado en casa de un caballero rico y obsequioso, quien le había dejado un recuerdo inolvidable de su hospitalidad.

Al día siguiente de la llegada, el ordenanza le llevó el tradicional « chocolate entre la cama,» el que saboreó á su gusto, y siguió durmiendo hasta las siete, hora á la cual se levantó y fué conducido al comedor con su huésped á tomar el desayuno, compuesto de costillas de marrano, empanadas, arepitas, pasteles y tamales.

Se fué al cuartel, y á poco rato el huésped le hacía señas misteriosas, y alarmado el *Mocho*, salió.

—¡ Que se nos enfría el almuerzo! mi Coronel.

Y tomándolo del brazo, lo condujo á la casa.

¡ Qué almuerzo ! Sopa de dos clases, luégo guiso de pollo, en pos de esto beafsteak y papas ensortijadas, una enorme tortilla, frito abundante, y, por último, café con leche y tostadas de mantequilla.

Daban las doce del día en la iglesia del lugar, cuando llegó al cuartel la criada del huésped con *las once* para el Coronel, consistentes en un frasco de cristal con labores dorados, lleno de mistela de café, y una copita en bandeja pequeña ; en otro, cubierto con una blanca servilleta, muchos bizcochos, roscones, bizcochuelos, barquillos, rosquetes, arepitas y toda clase de colaciones y dulces secos, y una garrafa de agua pura y transparente.

A las dos de la tarde se sirvió la comida con cuantas viandas, guisados, estofados, tortas, asados, postres y dulces ha inventado el arte culinario y han llegado á esas regiones; y de todo lo obligaban á comer y á repetir el obsequioso huésped, su amable esposa y tres graciosas niñas á quienes no podía despreciar.

A las cuatro y media de la tarde, hora en que en la torre se da un toque lento por unos veinte minutos, el *chocolate de los canónigos* hervía en el fogón, y con la última campanada el *Mocho* daba el último sorbo de la espumosa jícara.

El *refresco* fué á las seis de la tarde, y la *cena* á las nueve.

Reposaba en su lecho el *Mocho* á las diez de la noche, cuando la criada tocó cautelosamente á la puerta de la alcoba, y preguntó que si se podía entrar.

—¿ Qué quieres ? Entra, contestó el *Mocho*.

—Vengo á traer á su merced el *gorro de dormir*.

¿ Qué era esto ?

Una taza enorme de mazamorra caliente y un jarro no menor de espumante chicha. No había remedio, había que usar el *gorro de dormir*.

A media noche gritaban: ¡ Que se muere el Coronel ! ¡ Se muere ! ¡ Se muere !

Levántase el huésped, va á su cama, le toma el pulso, y declara que lo que tiene el Coronel es...... ¡ debilidad !

CAPITULO XIV.

La sociedad en Inglaterra, Francia y Bogotá—El *Home*.

ES más fácil para el viajero conocer algo de la sociedad inglesa que de la francesa, pues, como dice un escritor americano, las constituciones, los jabones y la hospitalidad son en Francia para la exportación, porque habiendo allí los mejores publicistas, el gobierno es siempre despótico ; existiendo los mejores perfumistas, en los hoteles el jabón huele á rancio, y siendo un pueblo hospitalario, nadie conoce el interior de una casa.

Por pocas recomendaciones que el viajero tenga, quizás con ir á vivir en un *boardinghouse* honorable, pronto se relaciona con una familia, que lo invita á comer ó á tomar el te, lo que no implica gasto ni embarazo para la familia, porque es costumbre tomarlo siempre en compañía. En esta casa encuentra el viajero otra ú otras familias á quienes lo presentan, y que á su turno lo invitan á su casa. De manera que al cabo de un mes, el extranjero tiene ya un círculo de relaciones sinceras y francas, donde puede hacerse estimar por su talento, sus modales ó su generosidad.

No sucede así en París, en donde, en correspondencia á la más asidua y favorable recomendación, el viajero es invitado, cuando se le honra mucho, á una comida ceremoniosa, en la cual ve por primera y última vez á la señora. Pero lo más frecuente es que se le dé un almuerzo en un *circle:* en el *Café Riche* ó en el *Café anglais*, y con esto están saldadas las cuentas.

Un crítico de las costumbres de mi país ha escrito esto :

En Bogotá todo el mundo vive encerrado; todo forastero que llega de noche á la casa es un embarazo, un estorbo, un motivo de desorden en los hábitos de la familia, que inquieta á la señora, pasma á los niños y disgusta profundamente al caballero. Cuando alguna persona golpea por la noche en el portón, todos se alarman; ¿ será alguna novedad en las otras casas de la familia? ¿ Será que vienen á imponer una nueva contribución ó á pedir algo prestado? La criada baja corriendo á abrir el portón, pero antes pregunta ¿ quién es?

—Yo soy. (Naturalmente).

—Pero ¿ qué dice?

—El señor y las señoras están en casa?

—Sí señor.

Desde los corredores de arriba han estado todos acechando al importuno visitante, y al ver que es un caballero, mientras que él sube las escaleras, la señora hace aumentar las luces de la sala ó iluminarla si estaba á oscuras, pasa á la pieza inmediata para estar alerta y salir á la defensa de su caro esposo, en caso necesario; y las niñas se deslizan á arreglarse el peinado *por si acaso.* Sólo el caballero padre, que había ya tomado su capa y su sombrero y estaba arreglando los zapatones y el paraguas para irse á la *casa del tresillo*, contrariado se queda aguardando al visitante, con el ánimo y la cara del que aguarda un trabucazo á quemaropa.

Cuando el padre de familia sale del susto, viendo que la visita es inofensiva, se asoma á la puerta de la sala, llama á la criada y le da orden de avisar á la señora que ahí está el señor Jiménez, por ejemplo.

¿ Qué querrá? ¿ Por cuál de las niñas vendrá? La una se lo atribuye á la otra; ésta lo niega y se lo devuelve, con lo cual se forma chacota en la pieza vecina.

Se presenta la respetable matrona como un retrato del siglo XVI, con aire bondadoso y las manos cruzadas, para dejar ver todos los anillos de diamantes, de esmeraldas, de topacios y de rubíes de que tiene cubiertos los dedos; y el caballero se levanta apresuradamente.

—Siéntese usted, le dice ella. (El caballero se sienta.)

—¿ Qué milagro es ver á usted por aquí?

—Por venir á ver á ustedes, mi señora.

—Mil gracias.

—Y ¿ qué tal?

—Muy bien, mi señora.

—¿ No le ha dado á usted la *peste?*

—Nó, mi señora.

—Pues yo he estado tan mala, que creía que era tifo lo que me iba á dar.

—Es que las calles están inmundas; la ciudad no se puede aguantar de pestilencia.

—Y las contribuciones que no cesan, apunta el marido.

—Y el servicio todos los días peor.

—Y los víveres ¡ cómo han subido !

—Y los sueldos que no los pagan.

—Y los caminos que no los componen.

—Y los arrendamientos más y más altos.

—Y la desmoralización que cunde.

Y cuando ya están acordes la visita, el marido y la señora en estos puntos importantes, ésta se levanta, llama á la criada y le dice:

—Díle á las niñas (hay una cuarentona) que salgan á recibir al señor Jiménez.

Las niñas lo han estado oyendo y viendo todo por detrás del bastidor de la pieza inmediata, pero el visitante, si es un poco avisado, nota también la chacota y la burla de las unas á las otras.

Las niñas dan la vuelta y van entrando de una en una por la puerta de la sala, tratando de contener la risa que les retoza en los labios, y repitiendo como escolares:

—Buenas noches, señor Jiménez.

—Buenas noches, señor Jiménez.

—Buenas noches, señor Jiménez.

Y sentándose todas en hilera en el sofá del frente, se dan de codazos y se dicen medias palabras; la una se pone roja como un tomate, á la otra se le contraen los músculos de la cara, y la otra, debajo del pañolón, se pone á colocar los dedos índice y pulgar de las dos manos en sentido opuesto, y en esto se entretiene.

—¿ Qué tal, señorita Mercedes ? dice la visita.

—Muy bien, contesta la belleza. (Y reina el silencio.)

—¿ Qué tal, señorita Leonarda ?

—Muy bien, muchas gracias. (El diálogo se anima.)

—¿ Y usted qué tal, señorita Nicanora ?

—Muy bien. Muchas gracias. Y á usted ¿ cómo le ha ido ? ¿ Qué tal? Conque ¿ qué tal ?

La conversación ha llegado á tal franqueza y animación, que no puede continuarse sin faltar á las más triviales reglas de la etiqueta.

Continúa el silencio, interrumpido sólo por uno que otro bostezo de

la mamá, por salpiques de risa contenida que saltan de la fila de niñas, ó por la exclamación del padre, que de vez en cuando dice :

—Sí, mi amigo, mucho se nos ha dañado este nuestro Bogotá !

A las diez de la noche, para alivio del padre, que no sabe cómo sostener la conversación, para descanso de la mamá, que se iba y se venía de sueño, y para libertad de las niñas, que han estado conteniendo la risa por una hora y que están impacientes por remedar los modales y el metal de voz del visitante, á las diez de la noche, llueva ó truene, la visita toma su sombrero, se despide de la amena sociedad, la señora grita á la criada que le alumbre el zaguán, la cual sale soñolienta con un cabo de vela en la mano, abre el enorme portón y el caballero está en la calle.

En las casas vecinas se asoman cautelosamente las otras niñas, para pillar y conocer al visitante y poder darles broma á las vecinitas al día siguiente, al salir de la misa de ocho, ó para notificar á otras amigas que fulanita se casa con Jiménez.

Oh home! sweet home! Oh hogar mío! Oh dulce hogar! dice el inglés en cualquiera parte del mundo en donde esté fuera de su país, al considerar todo cuanto le es grato,—patria, familia, dignidad, reposo, lugar de sus afectos, aspiraciones de su alma, sueños de la niñez, esperanzas de la juventud, descanso de su vejez.

Y el inglés tiene razón, pues *home* no lo hay en ninguna otra nación: ni en España, ni en Francia, ni en Rusia; ni en ninguna otra raza, ni en la latina, ni en la semítica, ni en la india; ni en ninguna otra región, ni en ninguna otra ciudad más ó menos atrasada; ni con otras mujeres, bien sean más apasionadas, como las españolas, ó más sencillas,como las alemanas; ni con un pueblo más espiritual, como el francés, ni con uno más bárbaro, como el ruso ; y el *home* es una institución inglesa, una civilización especial formada por una raza también especial, y que parece necesitar hasta de la chimenea y lo estrecho de las habitaciones para aclimatarse y desarrollarse.

En Colombia la familia es sagrada : levantar una familia digna, honrada, virtuosa y bien educada, es la aspiración de la clase elevada de la sociedad; los hombres trabajan sin descanso para dejarle riquezas, y las mujeres cumplen bien su misión difícil de madres de familia; y sin embargo, allí no se tiene idea de lo que es el *hogar* inglés. Y como nuestras esposas son afectuosas y buenas, sin duda está en las costumbres de la sociedad ó en los hábitos de los hombres esta diferencia.

El *home* es de todas las clases en Inglaterra; difícil, estrecho, miserable para el pobre; fácil, cómodo y espléndido para el rico; pero todo rayo de

felicidad que recibe el hombre, es para alumbrar su *hogar;* y son iguales *at home* (en su hogar) el obrero y el lord.

Mas como en el hogar inglés el padre es respetado, la madre digna, los hijos obedientes, las hijas virtuosas, los niños robustos, y una atmósfera común de dicha los envuelve á todos, creo que el viajero debe contar á sus compatriotas cómo es ese hogar, y de qué se compone, para que sea imitado en su país en cuanto los hábitos lo permitan.

El hogar inglés lo forman el carácter serio, honrado y formal del hombre inglés, y la virtud, dulzura y laboriosidad de la mujer inglesa, unidos con un solo propósito : el de ser felices dentro de su casa y estar identificados en ideas, principios, religión, placeres, gustos y aspiraciones; de tal manera que el hombre siente herida su dignidad faltándole á su esposa, y ésta no concibe un pensamiento que no sea para glorificar á su esposo.

La mujer inglesa es la verdadera reina de su hogar, y la envuelve tal aureola de estimación, de respeto y de dignidad, que ningún hijo se atrevería á levantar la voz en su presencia, ni ningún criado á faltarle á los comedimientos á que ella es acreedora. El padre es el *governor*, así se le llama muchas veces en señal de respeto á su autoridad; y tienen tal juicio, tal seriedad, y tan formales son en el desempeño de sus respectivos caracteres uno y otra, que la familia se levanta, se forma y se educa sin ninguna dificultad entre los dos y como por medio de una máquina.

Todo cuanto el hombre gana es para engrandecer, mejorar ó embellecer su hogar, hasta obtener en éste la mayor comodidad posible, y la mujer no descansa en arreglar, limpiar y embellecer el hogar de su esposo y de sus hijos.

Voy á describir el hogar de un caballero pobre á quien debí varias atenciones en Londres.

Al anochecer se encendía la chimenea que estaba en la pared del medio de una sala, que no era muy grande, y sencillamente amueblada, y que tenía una gruesa alfombra y estaba alumbrada por una araña de gas, de la cual sólo un pico estaba encendido.

Apenas se prendía la chimenea, bajaba una vieja de setenta y cinco años de edad, casi ciega, caminando con dificultad, sosteniéndose en todos los muebles, vestida con traje de seda gris, bien ajustada con el corsé, guantes de piel, que se quitaba para poner las manos al fuego, y una cofia blanca, de la cual salían dos bucles de cabellos perfectamente blancos, y se sentaba en una silla que aunque colocada junto del fuego, ella bregaba y bregaba por acercarla más. Esta señora era la madre del caballero de la casa.

Entraba jugando una muchachita como de siete años, á quien la abuela llamaba en vano, regañaba porque no cerraba pronto la puerta; aquélla sin

hacerle caso se ponía á jugar con una muñeca hasta que se le rompía á ésta un brazo, y entonces se acercaba á la abuelita para que se la compusiera.

Mrs. James, señora de la casa, entraba luégo, y preguntaba á *Mrs. James madre* con tono atento, pero frío, cómo estaba, y ésta le contestaba quejándose horriblemente. La primera, como quien oye llover, se ponía á arreglar los muebles y á componer los adornos. En pos de ella entraban dos bonitas muchachas, la una de diez y seis y la otra de diez y ocho años, vestidas de traje negro, con cuello y mangas blancas ; la una cosiendo un pañuelo de batista, sin agacharse ni fijarlo en nada, y la otra tejiendo unos guantes de lana. Mientras le hablaban á la abuela daban vueltas en frente de la chimenea, recogiendo el traje más de lo necesario, para que no se quemase, y tomaban asiento al rededor de una mesa con carpeta, llena de álbumes, libros y vistas fotográficas.

Un inglés gordo, colorado, fresco, como de sesenta años, entraba luégo, habiendo dejado su sombrero, bastón y sobretodo afuera; besaba á la madre en la frente, á su esposa en la boca, á las dos muchachas en las mejillas, y tomaba á la niñita, que quería escaparse, por una pierna, la sentaba en las rodillas ó le daba unas ligeras palmadas y la dejaba en libertad.

Mr. y *Mrs. James* se ponen á hablar de algún asunto, que debe ser muy serio, porque ella está animada, habla con rapidez y muestra una cartera á su marido. Éste la toma, saca del bolsillo un lapicero de oro, suma en alta voz lo que está escrito en la cartera, hace observaciones, rectifica ; ella insiste, y sigue la discusión. Es que falta un chelín en la cuenta del mes.

Durante la discusión entran dos jóvenes, uno de veinte años y otro de catorce; el uno viene del escritorio y el otro del colegio; le dan al padre un apretón de manos capaz de romperle los huesos, y sacudiéndole el brazo le dicen *good evening* (buenas noches), besan ceremoniosamente á la abuela, con efusión á la madre, con cariño á las hermanas: el uno toma un periódico y el otro se pone á cortarle á la muchachita muñecos de papel que, contra la pared y con la luz de la lámpara, se ven como unos viejos espantosos.

Un campanillazo anuncia al no esperado pero bienvenido visitante, bienvenido para la abuela, que tiene con quien echarle indirectas á su nuera, y á quien quejarse del abandono de sus dos nietos mayores y de las travesuras de la chiquita, que le desarregla todo en su cuarto; para el padre, que desea hablar de la guerra con Rusia y echar contra los lores; para la madre, que tiene á quien presentar unos pastelitos de harina, calientes, que acaba de preparar; para las muchachas, que tienen á quien mostrar sus bordados y

encajes; para los jóvenes, que quieren hablar de caballos, y para la chiquita, porque él suele traerle almendras en el bolsillo. Una cordial y franca recepción, apretones de manos, sonrisas amables, un puesto privilegiado al lado de la chimenea, y luégo todos quieren monopolizarlo y al mismo tiempo hacerlo el íntimo de sus confidencias.

Una hora después la campanilla anuncia que el té está servido; y todos bajan á un comedor abrigado en donde arde un fuego delicioso, y en cuyo centro hay una gran mesa y sillas macizas en derredor ; en la cabecera de la mesa una bandeja con cafeteras relucientes y tacitas pequeñas, un pan negro en un plato de madera, un queso inglés envuelto en una servilleta, pan tostado en platos de metal brillante, y los anunciados pastelitos, que llaman la atención de todos.

La señora se coloca en la cabecera y su esposo al frente, la abuela en el lado de la chimenea y el hijo mayor al frente. El puesto del huésped es en medio de las dos muchachas, quienes lo colman de atenciones y de cuidados.

Una criada más bonita que las dos señoritas, pulcramente vestida con gran delantal blanco y una cofia crespa en la cabeza, va pasando á todos la taza de té, el pan y los bizcochos; y principia la conversación general, de la cual el huésped es el centro obligado.

—Mr. Rivas, ¿ hace mucho frío en su país ? dice la abuela.

—Nó, mi señora, allí no hay frío ni calor, es una *eterna primavera*.

—Delicioso.

—Intolerable, dice la señorita mayor: tener una que usar un mismo traje todo el año, mientras que aquí lo cambiamos cada cuatro meses.

—Dígame usted, Mr. Rivas, añade la mamá, ¿ allá se visten las señoras como aquí nosotras ?

—Nó, mi señora, se visten á la moda francesa, y muchas reciben sus trajes de París.

—Y ¿ son bonitas las bogotanas ? grita desde su puesto el mayor de los jóvenes.

—Son primorosas : vivas, agraciadas, y sobre todo, tienen un pié tan lindo, que todas podrían calzarse con cáscaras de habas.

—¡ Exageración ! dice el viejo desde su puesto, con la boca llena de pan. Ustedes los españoles todos son poetas y exagerados, pero no sirven para los negocios.

—¿ Es cierto que allá todos los jóvenes tienen su caballo, y que los caballos están sueltos en los prados ? dice otro de los inglesitos.

—Sí, mi amigo. Hay hacendado que tiene en sus potreros hasta trescientos caballos ; y todo joven tiene uno famoso.

—Ah ! ¡Me voy para Colombia !

—Pero allá, dice el viejo inglés, haciendo señal en el cuello como de cortarlo, en la primera guerra civil que estalle...... mira !

—Esa es exageración, digo yo á mi turno. Y usted no es español ni poeta.

—Dicen que es magnífica la poesía española: ya se ve, el idioma es tan dulce; y luégo todo lo de los españoles es como de los tiempos antiguos, añade la mayor de las jóvenes. ¿Por qué no traducirán al inglés á los poetas españoles? Yo he leído en Washington Irwing y en Longfellow algo sobre los españoles.

—Pero, ¡ válgame Dios ! el señor no es español, ni ha estado en España, dice el mayor de los jóvenes, para darse ínfulas de hombre que conoce la geografía: es de las Indias occidentales, lo que se llama la Guayana, y que fué en un tiempo del dominio de la Reina; y ahora vienen despedazándose y matándose, sin embargo de que tienen la *tagua*, el *brasil* y la *quina*.

—Y oro, plata, diamantes, esmeraldas y perlas, añadí yo.

—¿ Eso es verdad ? dice la menor de las niñas.

—Se lo juro á usted.

—¿ Se pueden recoger arenas de oro ? ¿ Puede uno conseguir esmeraldas ? ¿ Hay de veras perlas ?

—De todo eso hay en abundancia. Se pisa el oro en algunos lugares; y de las minas se sacan esmeraldas por arrobas.

—¡ Ese es el paraíso ! ¡ Qué felices serán allá las mujeres ! Yo sí que tendría joyas, dice atolondradamente.

—¿ Y á las mujeres también las degüellan allá? grita la vieja desde su asiento.

—A las viejas imbéciles, iba yo á decir, pero me contuve; y me ocupé en hacerles una relación de la vida culta, civilizada y apacible que se lleva en Bogotá. Y mientras todos me escuchan atentamente, interrumpiéndome á veces para rectificar algunas aseveraciones, se pasan tres horas que nadie ha sentido.

—Vuelva usted pronto, dice la abuela.

—No nos olvide usted, dice la señora.

—Hasta pronto, dice el viejo.

—Venga, venga frecuentemente, repiten las señoritas.

Y los dos jóvenes lo sacan á uno hasta la puerta, y le suplican que repita sus agradables visitas.

CAPITULO XV.

Cuartel de los pobres ; sus costumbres—El pauperismo—La embriaguez y el alcoholismo—La civilización, la ley y la caridad—Hospitales y hospicios.

TRISTE y sombrío es el cuartel situado al Este de la *City*, detrás, muy lejos del *Leicester-Square* y que pudiera llamarse el LONDRES POBRE ; y al contemplarlo fué, sin duda, cuando el economista Malthus concibió su terrible teoría sobre la propagación de la especie humana : error funesto, pero disculpable, si se considera tanta miseria, tanta degradación y tantos vicios como allí se ostentan, aquel exceso de depravación que horroriza, y todos los delitos y crímenes que se cometen en aquellos lugares, donde la desgracia, en vez de compasión, inspira espanto.

A la manera que el río Bogotá va correntoso, alegre y bullicioso en su rápida carrera entre las selvas, cumpliendo su misión y su destino, y sobre sus ondas impetuosas la espuma se forma con los despojos del bosque, y en un remanso se detiene, se aglomera y forma de todos los desechos focos de infección, de donde se levanta la fiebre aterradora, así en la corriente impetuosa de la civilización, la hez humana se levanta, se reúne, se detiene y forma focos de infección, y uno de éstos es el barrio de que hablo, donde se ha congregado el pauperismo, y se levanta una atmósfera de vicios que aniquila los cuerpos y mata las almas.

Y el pauperismo no existe sólo en este cuartel de Londres : es una lepra del cuerpo social en toda Inglaterra, cuyas llagas se ven pútridas en todas las ciudades populosas, pero que tiene fístulas hediondas en las parroquias y se muestra también en los campos con la carne viva.

Perdónenseme las expresiones repugnantes que empleo ex-profeso para dar idea de la mezcla de asco, de compasión y de horror que domina al hombre al encontrar en medio de tanto aseo, tanta civilización y tanto decoro, unas víctimas sociales destinadas á morir de hambre, á matarse de desesperación ó á matar á sus semejantes, á vender á sus mujeres y á prostituír á sus hijas inevitable é irremediablemente; desdichados seres á quienes aguarda la maldición pública y el presidio ó el cadalso.

A los que no han comprendido el generoso sentimiento de los innovadores en mi país; á los que jamás se han preocupado con los males de la vieja sociedad; á los adoradores del pasado; á los que están identificados con los *torys*, con los proteccionistas y los antirreformistas de Inglaterra, voy á presentar el cuadro de este cuartel.

Las calles son largas, torcidas y angostas, y tienen á ambos lados edificios sin estucar ni blanquear, de vetusto aspecto y aire sombrío. No se ven coches, y sólo atraviesan enormes carros que las obstruyen completamente, que andan con dificultad entre el fango, que causan daños á uno y otro lado, que son causa de tumultos y gritería entre los muchachos y que van cargados de leña, de carbón ó de cerveza.

Grandes portones con una reja de hierro que se cierra por la noche, dejan ver unos patios oscuros, á los cuales se penetra por entre una muralla de astillas de leña artísticamente colocadas, formando una bóveda, y en los que se ven también enormes pilas de leña, y al rededor una especie de cocinas tenebrosas, de donde salen vapores infectos, como de preparación de aceites; largos almacenes, en donde están colgados y empolvados, casacas, libreas, levitas, pantalones, fraques, chaquetas, botas, zapatos y botines, todos los artículos de uso personal, ya viejos; tiendas que se cierran con un bastidor de cristal, y que tienen encima una linterna que, aun de día, está encendida, y en cuyos cristales está escrito *Geen*, *Sherry*, *Brandy;* espaciosos salones de sastrería, en donde más de cien trabajadores cosen de día y de noche, sin hablar y sin descansar; en el rincón de una calle una tienda con cuanto el hombre ha inventado de bagatelas, dibujos de color, juguetes y baratijas; y en el otro una con todos los objetos de cocina, como sartenes, marmitas, cacerolas, &c.; pero todo usado ya, mohoso y sucio; tiendas de pescado, delante de las cuales hay que taparse las narices; almacenes de víveres cuyos dueños sacan hasta la calle los tercios de arroz dañado y de granos de todas especies en mal estado; enormes casas de piedra con series de ventanas simétricas en los diversos pisos, y cuya entrada no se encuentra; algunas casas muy buenas (las de los judíos), pero como enterradas y silenciosas; y una serie no interrumpida de tiendas

de mal aspecto, unas de carnes, otras de ropa y mercería, y otras en donde parece que nada se vende.

En este cuartel se refugian todos los obreros sin trabajo, todos los extranjeros,—franceses, alemanes, españoles, poloneses, italianos y griegos,—que llegan á Londres pobres, ó que se arruinan allí; los estudiantes vagamundos, los niños abandonados y las mujeres más perdidas de la ciudad; y todo esto forma una población flotante ociosa, que atrae á los jugadores de profesión, á los de malas inclinaciones, á los quebrados y á los grandes criminales como á un gran teatro de especulación, donde se forman expediciones contra la sociedad.

Las calles están llenas de hombres de triste aspecto, con un organito que eternamente toca la *Cachucha* ó la *Jota aragonesa;* de niños sucios y de color moreno, que salen por toda la ciudad á recoger limosna, cantando canciones cuyo estribillo es:

«Eviva Garibaldi,
E Victor Emanuel!»

Algunos viejos con unas levitas negras que les dan hasta los pies, de barba blanca y prolongada, nariz aguileña y ojos vivos (idénticos á los que ponen en un monumento de la iglesia de la Concepción en Bogotá, y que prueban que en todo el mundo se conserva la idea del tipo judío), están ofreciendo navajas de barba, y, como si fueran de oro, fincas de mala ley; turcos con vestidos sucios y asquerosos, en chinelas ó descalzos, y con un turbante que debió pertenecer al Profeta; españoles con una manta al hombro y gorro de paño de medio lado, ofrecen vino de Jerez (fabricado en la misma calle), naipes de la *Real fábrica*, ó cigarros de *Regalía;* polacos cargados de armas, como si fuesen á entrar en combate, y de vestidos bordados y viejos, que quieren vivir de su hermosura en aquel hogar de la miseria; irlandeses sin fin, harapientos, sucios, ociosos, insolentes, pidiendo limosna, y muchos ingleses con la nariz roja y enormemente crecida, el sombrero apachurrado, un bastón en la mano, y haciéndose los elegantes; y otros furiosos, con los puños cerrados, amenazando á todos los que pasan.

Las mujeres más horrorosas, llenas de pecas y lamparones en la cara, desgreñadas, con el cuello y el pecho granujientos y descubiertos, sin dientes, pasan del uno al otro la dode la calle; unas llevan enorme bulto de ropa á la espalda y se apoyan en un fuerte bastón; otras están coquetamente vestidas, con lujo viejo y extravagante, y tratan de llamar la atención de los que pasan; y allí hay niñitas que no han llegado á la pubertad, preciosas como ángeles y corrompidas y perversas como demonios.

A estas fieras humanas no les dan, como á las del *Jardín Zoológico*, su ración de carne y de agua : ellas tienen que buscar su alimento y su bebida ; pero prefieren ésta siendo alcohólica, aunque estén en ayunas; y por esto, viejos, hombres, mujeres y niños andan siempre ebrios, coléricos, y dispuestos á entrar en todas las maquinaciones y á cometer toda clase de crímenes.

Sea éste el momento de expresar el triste pensamiento que tuve al ver esta turba de ebrios, es á saber : que la humanidad va á acabar por el alcoholismo.

Durante diez y ocho siglos vivió bien la humanidad, porque bebió sólo vino, cerveza ó licores fermentados que no mataban ; pero no hace cien años que se extrajo el *espíritu de vino* y luégo el alcohol, y ya este *anticristo* se ha llevado una cuarta parte de la humanidad, y amenaza seducir el resto. En Inglaterra la embriaguez es horrible, y el alcoholismo arrastra una gran parte de la población. Lo mismo sucede en Alemania, Noruega y Suecia. En Rusia se consume más alcohol que en el resto del mundo. Los turcos prefieren ya el alcohol al opio, y violan sin escrúpulo la prohibición del Profeta. En los Estados Unidos la embriaguez es un vicio alarmante. Los chinos establecidos allí mueren alcoholizados á los pocos años. Las tribus salvajes de Norte América lo único que piden á los blancos es aguardiente. Los negros del Africa dan un hijo como esclavo por un tonel de ron. En la América del Sur los goagiros no negocian los frutos de su suelo sino por pólvora, armas y aguardiente ; y en la parte civilizada de las otras naciones, el vicio de la bebida hace estragos.

La embriaguez invade todas las clases y llega á todos los rangos, sin distinción de personas ni de categoría. En mi país han caído abatidos por el licor hombres políticos distinguidos, guerreros victoriosos, honrados comerciantes y eminentes literatos, de tal manera que ya la sociedad teme por todos los hombres de genio, como si estuvieran condenados al vicio. Mucho, mucho esfuerzo se necesita, pues, de parte de los gobiernos, de los moralistas y de la sociedad entera para apartar este peligro ó para que no llegue demasiado pronto.

En aquel cuartel de Londres que describo, las furias infernales se pasean orgullosas, en forma de mujeres impúdicas y ebrias que buscan amantes ó que arman pelea con las otras furias que encuentran en la calle y que les van á quitar su ración de infamia. Gigantes ú hombres-móns-truos se imponen á la multitud por su fuerza brutal; otros, como sombras del averno, con la mirada extraviada y el paso vacilante, sonríen de una manera espantosa ; y como los condenados que en los infiernos se revuelcan

en medio de la desesperación, muchos se revuelcan también entre los últimos paroxismos de la embriaguez.

Las bestias humanas condenadas á aquel cuartel no están sin ley ni rey, como pudiera creerse ; la ley las sujeta hasta donde puede, por medio de una vigilante y severa policía, las encarcela en oscuros calabozos, y las amenaza con castigos severos y con la muerte misma. Todo inútilmente.

Estos son los remedios viejos. Habría un remedio fácil pero heroico para acabar con ese cuartel de Londres y con el pauperismo en toda Inglaterra, y sería expropiar á los nobles todas sus tierras, acabar con las vinculaciones y poner todas las tierras en el libre comercio de los hombres.

Pero esto parece imposible. En Inglaterra vale más el conejo de un noble que la virtud de una niña, más el derecho de propiedad de unos que el santo derecho de la humanidad, y valen más las tradiciones que las máximas de la religión. Esto no es extraño. En Colombia se estimó más un grano de oro que la vida de un negro, y se miró como un atentado á la propiedad la ley de libertad de los esclavos, que presentó á Dios todos sus hijos libres é iguales.

Mientras tanto la civilización, la ley y la caridad le van quitando terreno á este cuartel y súbditos al pauperismo ; pues indudablemente todo Londres, según la historia, fué en un tiempo como este barrio, y hoy es una espléndida ciudad habitada por cuatro millones de ciudadanos, en su mayor parte morales, civilizados y felices; y sólo le falta regenerar ese grupo, asilado en las tinieblas de la ignorancia y del vicio.

La ley ha provisto á la suerte de los desgraciados con las *leyes sobre pobres*, que obligan á todos los dueños de tierras á contribuír para la subsistencia de los pobres: con las *work houses* (casas de trabajo), en donde por cuenta del Gobierno se da trabajo á los que no lo encuentran en otra parte, y con escuelas que interrumpan las tradiciones de ignorancia, de ociosidad y de vicio en las familias. Y la caridad, en lucha abierta pero desigual con las instituciones sociales, que engendran el pauperismo, arrebatando los niños al nacer para llevarlos al hospicio, socorriendo á las infelices madres en el acto en que lo son, abriendo casas de asilo para las niñas inocentes, hospitales para los inválidos de la industria, y llevando socorros á los hogares desolados, llena una santa y admirable misión.

La filantropía inglesa no es una caridad ardiente como la de San Juan de Dios, quien, lleno de amor y entusiasmo, se echaba los apestados á la espalda, besaba á los leprosos, recogía á los locos en un solo lugar, y luégo, á fuerza de prédicas y de oraciones, levantaba como por encanto hospitales, lazaretos y manicomios ; no es como la de San Vicente de

Paúl, quien, lleno de amor, iba por la noche recogiendo niños bajo su manteo, y confiado en Dios los reunía en un hospicio que habían de sostener las mujeres de la nobleza, conmovidas por sus lágrimas ; es más bien un sentimiento sencillo que todos experimentan: es una virtud suave, apacible, que no exige grandes esfuerzos, ni espíritus exaltados, ni imaginaciones ardientes, ni corazones de fuego; que reina en todas las almas nobles, alcanza á todas las inteligencias, dirige todas las acciones, y es tan universal como infinita, pues lleva el amor al niño, al adulto, á la mujer, al negro, al esclavo, al caballo, al perro, á la paloma, á todo cuanto hay con alma ó vida en el inmenso teatro de la creación.

Dice el señor Máximo Du Camp, de la Academia francesa, católico, en la « Vida de San Juan de Dios:» « He viajado mucho, me he mezclado con muchos pueblos, he visto la vida de muchas naciones, he oído la oración de muchas sectas, y ¿ cuál es la raza más caritativa, la que más socorre á los desgraciados, de las que he encontrado en el camino de la vida ? La raza judaica, cuya fe ha resistido á todos los odios y á todas las persecuciones.» Como los judíos ingleses son más libres y ricos que los otros, puede calcularse hasta dónde llevarán los beneficios de su caridad.

Pero esto no es nada ante el sentimiento hereditario, por no decir innato, de la raza inglesa, de un puro y sincero amor á la humanidad; y de ahí llevando la compasión á todo lo que, teniendo sensibilidad, puede sufrir, y que impone á cada inglés el deber de contribuir con cuanto esté á su alcance para evitar dolores á un hombre ó sufrimientos á un animal.

Nosotros nos burlamos de las leyes protectoras de los animales en un país en donde mueren de hambre los hombres ; de los enemigos de la *vivisección*, que dejan á los hombres despedazarse vivos; de los hospicios de veterinaria en una ciudad donde mueren muchos niños arrojados por sus madres; y en fin, de ese amor á toda criatura, cuando la obra más perfecta de Dios, animada con su aliento, es abandonada á su destino.

No tenemos razón en estos juicios; y es preciso estar en Londres para ver cuánto ha hecho y hace constantemente la filantropía por los desgraciados en su propio país; cuánto ha alcanzado aboliendo la esclavitud y la trata de negros, acabando así con las guerras feroces en Africa, salvando de la hoguera á las mujeres en la India, é impidiendo que mutilen á los niños en Turquía; al mismo tiempo que ha mejorado las razas de los animales, impedido que se les maltrate ó que mueran de hambre ó de sed; en fin, es preciso reconocer que la filantropía completa el pensamiento de Dios, de que todo lo que sale de su mano poderosa viva y sea libre y feliz.

En Francia la caridad se hace bailando, oyendo armonioso canto ó en

medio del placer y la alegría, comprando una flor á una belleza en el BAZAR DE CARIDAD. Espiritual idea, como todo lo francés, que á uno brinda la felicidad y á otro ahorra las lágrimas.

En Inglaterra se hace la caridad quitándose cada familia algo de lo necesario ó consagrándole los hombres una parte de su tiempo (y todo el mundo sabe que para el inglés *time is money*); formando sociedades al estilo de las comerciales, con acciones en comandita con los pobres, sociedades que tienen su gerencia y despacho como uno de nuestros bancos; y en fin, sosteniendo periódicos de propaganda, en favor del pensamiento humanitario que anima á los miembros de un club, de una asociación ó de una empresa filantrópica.

En la vida de San Francisco de Sales se lee que el bondadoso santo iba muchas veces á las casas de los particulares á encargar que les pusiesen agua á las gallinas, porque le atormentaba la idea de la sed que experimentaban aquellos animales, sin poderlo manifestar; y esta misma idea anima á los ingleses acerca de todos los seres que puedan sufrir; pero como el corazón, los afectos, las inclinaciones son tan diversos, y el hombre es limitado, la filantropía inglesa toma diversos caminos y se impregna mucho del carácter un poco extravagante de la raza; y esto, y la dificultad de atender y remediar tantos males como los que existen, es lo que no nos permite admirar desde lejos esa filantropía en toda su grandeza y toda su magnificencia.

En ninguna parte del mundo hay, como en Londres, *cunas para expósitos*, *salas de maternidad*, *casas de asilo*, *depósitos de niños de obreras*, *casas de beneficencia*, *casas de trabajo para los muchachos*; *hospicios* para los ciegos, los mudos, los estropeados, los sordos y los locos; *hospitales* para los obreros, los marineros, los militares y los empleados; *casas de curación* para los caballos, los perros y los gatos, ni mayor número de institutos para ofrecer el bienestar á la clase desvalida de la sociedad.

Los hombres de la raza latina somos apasionados por lo bello; á los de la raza anglo-sajona les gusta lo útil. Somos los unos soñadores, capaces de rasgos sublimes de entusiasmo y de generosidad; y los otros, calmados, reflexivos, ni echan una carga demasiado grande sobre sus espaldas, ni la abandonan en la mitad del camino. Nosotros levantamos el *domo* de oro del *Hotel de los inválidos* en París, y nos reímos de unas viejas con anteojos y peluca, que andan buscando entre el lodo los perros que van á morir de frío; y ellos, á fuerza de paciencia y de calma, destruyen el edificio social de la esclavitud, y se ríen de las limosnas que damos en la puerta de la calle.

Los árabes de España, dice Du Camp, tenían asilos en donde todo forastero recibía pan y abrigo generosamente; y en España misma, entre

los cristianos, había monasterios en cuya portería había siempre una mano de hierro con un pan para que lo recogiera el necesitado. De la *sopa de los conventos* vivía la multitud de las ciudades. Los peregrinos eran recibidos en todos los hogares como huéspedes ilustres; y Cristóbal Colón, con su hijo hambriento, fué recibido con agasajo en el convento de la Rábida. Nada de ese esplendor, nada tan bello como eso encontrará el viajero en Londres; pero en cambio, ¡ qué orden en la distribución de la limosna ! ¡ Qué bien resuelto está el problema de socorrer al mayor número posible con el menor sacrificio de los contribuyentes !

La siguiente anécdota hará palpable lo que yo no puedo explicar.

Una comisión llegó á la casa de un comerciante, en solicitud de auxilio para la fundación de un hospital, y llegó en los momentos en que aquél disputaba con la criada sobre el desperdicio de gas que había en la cocina. Deslizáronse bonitamente los de la comisión al encontrarse con ese miserable ; pero él los llamó, preguntóles qué querían, é informado, les dijo: «Me suscribo por mil libras, pero á condición de que yo dirija el establecimiento, porque no quiero que nadie se coma mis ahorros y mi trabajo.»

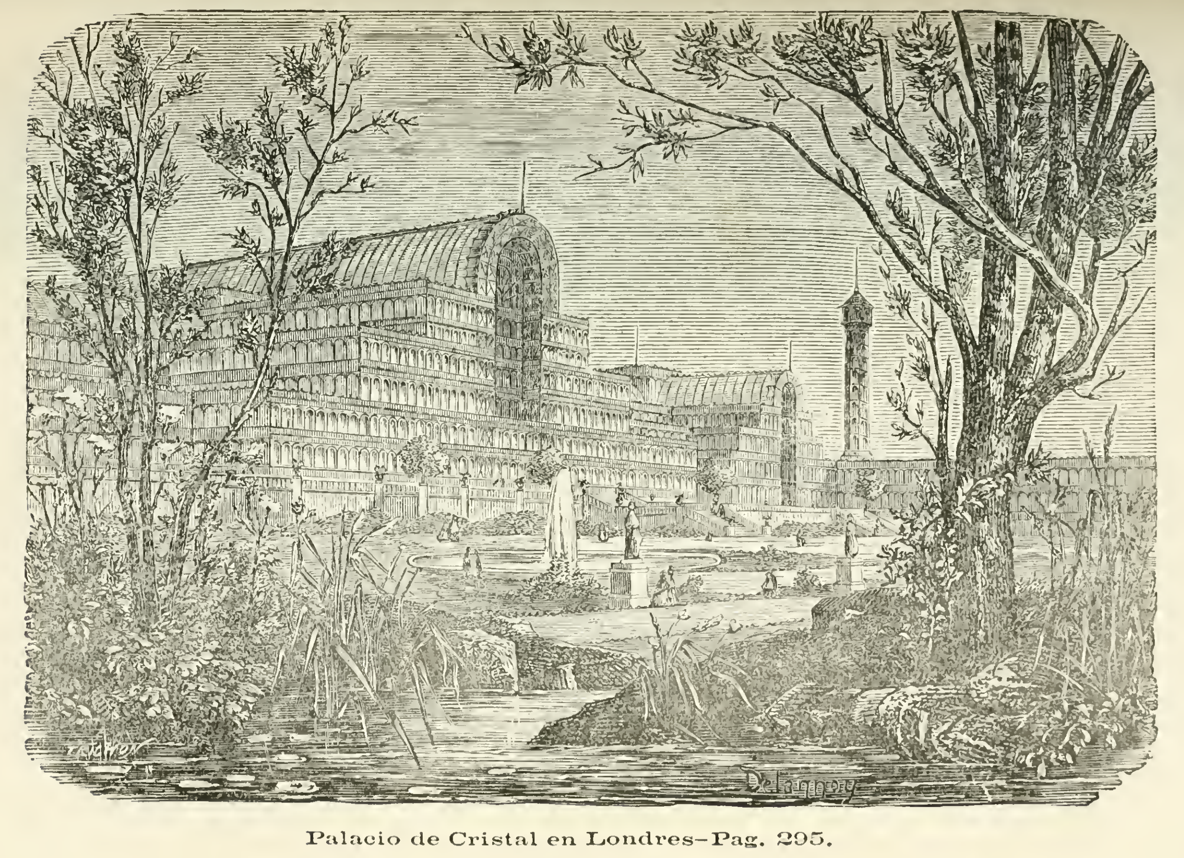
En Londres está prohibida la mendicidad, y nada es más conmovedor que la manera como los ciegos se valen para inspirar la compasión de los transeuntes sin faltar á la ley. Van contra las paredes de los edificios, ó contra las piedras de los enlosados, con una varilla de hierro, haciendo un són particular, y apenas sienten que alguno se detiene, le presentan una caja de fósforos dañados para que los compre. Los transeuntes se los compran y luégo se los dejan. La necesidad inspira los mismos pensamientos. Recuerdo que en Bogotá, á las seis de la noche, salen unos muchachitos desnudos, ofreciendo un cuartillo de horqueticas para las flores á los comerciantes de la *Calle Real*, quienes no han de recibirlas en caso de comprarlas.

En Inglaterra cada parroquia mantiene sus pobres, y no se ve en ninguna ciudad esa exhibición de llagas y enfermedades que se hace en Bogotá en todas las calles ; ni esa manifestación de miserias y dolores, que en Francia en otro tiempo movía la caridad, para lo cual se sacaba los ojos á las niñas, se les quebraban los huesos, se les doblaba el espinazo ó se hacía deformes á los niños, á quienes Vicente de Paúl redimió con sus hospicios ; ni esa ostentación de miseria que llegó á ser una industria tal, que cerca de diez mil personas, entre hombres y mujeres, buenas y sanas, vivían disfrazadas de cojos, mancos y ciegos, y se reunían en un barrio llamado la *Corte de los milagros*, donde al llegar, todos arrojaban con la

careta humilde, la venda, las muletas y los envoltorios, y quedaban alentados.

No se crea que no hay hospitales suntuosos en Londres: el llamado *Christ Hospital* (Hospital de Cristo), es el edificio que tiene la nave más grande del mundo, como *enfermería*; el *Bethlem Hospicio* (Hospicio de Belén) tiene un magnífico pórtico de mármol, una cúpula suntuosa de cuarenta y cinco metros de altura, en el punto en donde se reúne el tramo destinado para los locos y el que sirve á las locas; y el edificio y los jardines ocupan una extensión de seis hectáreas. En el departamento de las locas, además de los jardines, por donde se pasean libremente, hay magníficos salones, y sobre cada mesa jarrones de flores naturales : plantas trepadoras envuelven las ventanas; hermosos cuadros y bustos adornan las paredes, y en el centro hay una inmensa pajarera con aves vivas y raras, de varias clases. En la parte destinada á los hombres hay menos lujo, y las flores están reemplazadas por libros, y los pájaros por gatos, perritos y conejos que puedan distraer la imaginación calenturienta de los locos. El Hospicio para los niños ciegos es inmenso: tiene una torre gótica muy elevada, y espacio para que mil niños puedan vivir y aprender todos los oficios de que son capaces en su triste situación; y entre otros ciento que no alcanzaría á citar, el Hospicio de Chelsea para los soldados inválidos, que tiene una capilla de mármol, y en donde esos descuartizados por la gloria humana reciben alivio y consuelo.

El corazón se ensancha al visitar esos asilos; el espíritu se levanta al ver á los hombres ocupados en aliviar los dolores y remediar las desgracias de los otros hombres como se ocupan de su propia dicha; y el filósofo, el cristiano, el amante de los pobres dobla la rodilla para bendecir, en nombre de la humanidad, los beneficios que hace en este siglo la paciente y dulce filantropía de Inglaterra.



Palacio de Cristal en Londres–Pag. 295.

CAPITULO XVI.

Palacio de cristal—Jardines de Kensington—Jenner—Iglesia anglicana—San Pablo ; ceremonias en esta iglesia.

EL PALACIO DE CRISTAL que sirvió para una exposición y que de los JARDINES DE LA REINA fué transportado á una colina, en los alrededores de Londres, es tan viejo, que no hay parte del mundo adonde no haya llegado una lámina de él, un paño de agujas que no lo represente, ó una caja de perfumería que no lo contenga ; y sin embargo de esto, nada hay más deslumbrador en realidad : es la gran maravilla de la industria humana ; y si algo merece las penalidades de un viaje, es una visita á ese recinto de la luz, á ese edificio de aire, á ese castillo de hadas, idéntico á los que sueña uno de niño al dormirse oyendo un sabroso cuento en el regazo de su madre.

Se llega allí en ferrocarril, y al salir de un túnel se encuentra el viajero en un hermoso prado, en el que sentadas sobre la yerba infinidad de familias, comen y beben, y hay además cantinas semejantes á los toldos de campaña de nuestros campamentos ; enjambres de niños bulliciosos corren por todas partes, y al frente está el deslumbrador edificio reflejando á los rayos del sol las cúpulas y sus torrecitas; y como un castillo de la imaginación que va á desvanecerse al despertar.

Se llega á él por una escalera expresamente hecha para mantener la ilusión y sujetar la impaciencia; y cuando se penetra, el sueño está en todo su esplendor y su belleza.

Una luz de ópalo desciende de los cielos; una atmósfera embalsamada por las flores embriaga los sentidos, y un jardín formado de palmas, de árboles floridos, de helechos gigantescos y de acacias se presenta á la mirada; plantas trepadoras envuelven las estatuas de mármol blanco de divinas formas, que son como mujeres hermosas que se han dormido allí en diversas posturas, aguardando al Genio que ha de venir á despertarlas; del cielo transparente cuelgan miles de plantas parásitas de vivos colores; mansos pájaros revolotean en los aires; el suelo está cubierto de una alfombra de césped bordada de flores naturales; y en el centro de la espléndida visión hay una inmensa fuente de cristal de donde salta el agua á borbotones, la cual, en lluvia de plata, se derrama luégo sobre el prado.

Y más allá...... ¡hijitas mías, vean, vean! ¡Ay! ¡qué dolor! Ellas no están á mi lado!...... ¡Lejos, muy lejos las dejé llorando!......

Más allá se ve que la luz viene por un bosque más espeso. Se ven á lo lejos como edificios suntuosos, la *Alhambra de Granada*, á la cual se llega por una alameda de naranjos y limoneros; la *Casa de Pompeyo*, con su pórtico y sus escaleras de mármol blanco; un *palacio griego*, hermoso, correcto y de admirables líneas. Allá deben ser las habitaciones del Genio.

Se oye una música celestial que sale del inmenso salón alto, que parece suspendido en una nube. ¿Les será permitido á los mortales ascender también? Sí, á derecha é izquierda hay escaleras de bronce, en cada escalón hay una mata de flores, y se pasa por entre una bóveda de verdura.

De la espléndida galería á que se ha llegado, la mirada descubre el verjel con la inmensa fuente que eternamente murmura, y en el cual todo está quieto, dormido, como debe haberse quedado el paraíso terrenal; á lo lejos el recinto se ensancha y se ven regios salones, adornados con cuanto lujo y suntuosidad puede soñar la imaginación; y allí está, al són de bulliciosa música, cantando una de las hadas habitadoras del palacio encantado, linda como un angel, y con una voz que debe ser del cielo.

¿Es sueño? Yo quiero ir á la Alhambra y entrar en sus salones. Estoy en el *Patio de los leones;* no puede haber engaño: la arquitectura árabe es tan hermosa, tan original é inimitable; y en el centro está la célebre fuente, en donde los reyes granadinos celebran algunas veces su consejo en las tardes del estío; las arcadas y las columnas son las mismas. Allí está la *Sala de la justicia;* pero todo se halla silencioso: más allá la de los *Abencerrajes*, con su admirable bóveda de estalactitas y sus ricos arabescos. Pero, ¿qué se hicieron los guerreros?

Todo es sueño, obra de la industria y prodigio de la nueva civilización.

Aquí vienen á la memoria los siguientes versos de Calderón:

« Cielos, si es verdad que sueño,
Suspendedme la memoria,
Que no es posible que quepan
En un sueño tantas cosas.
....
Y caso que fuere cierto,
Pues que la vida es tan corta,
Soñemos, alma, soñemos.
....
Ni aun agora he dispertado;
Que según Clotaldo, entiendo
Todavía estoy durmiendo:
Y no estoy muy engañado;
Porque si ha sido soñado
Lo que vi palpable y cierto,
Lo que veo será incierto;
Y no es mucho que rendido,
Pues veo estando dormido,
Que sueñe estando despierto,
....
.... Estamos
En mundo tan singular,
Que el vivir sólo es soñar;
Y la experiencia me enseña
Que el hombre que vive, sueña
Lo que es, hasta despertar.
Sueña el rey que es rey, y vive
Con este engaño mandando,
Disponiendo y gobernando;
Y este aplauso, que recibe
Prestado, en el viento escribe;
Y en cenizas le convierte
La muerte (¡desdicha fuerte!):
¿Quién hay que intente reinar,
Viendo que ha de despertar
En el sueño de la muerte?
Sueña el rico en su riqueza,
Que más cuidados le ofrece;
Sueña el pobre que padece

Su miseria y su pobreza ;
Sueña el que á medrar empieza,
Sueña el que afana y pretende,
Sueña el que agravia y ofende,
Y en el mundo, en conclusión,
Todos sueñan lo que son,
Aunque ninguno lo entiende.
....
¿ Qué es la vida ? Un frenesí :
¿ Qué es la vida ? Una ilusión,
Una sombra, una ficción,
Y el mayor bien es pequeño ;
Que toda la vida es sueño,
Y los sueños sueño son.

Desvanecido el sueño, se va el viajero á almorzar ó á comer á uno de los restaurantes que están dentro del mismo edificio, en donde no es caro el servicio; y refocilado el estómago y tranquilizado el ánimo, entra á la sala del concierto, ó se va á visitar tranquilamente todo el edificio.

Los grupos de historia natural están de tal manera arreglados, que plantas, flores, pájaros, animales y hombres están distribuídos como lo están en el globo terrestre : en medio de las plantas tropicales se encuentran los indios americanos con sus flechas y carcajes y su guayuco de plumas; al pie de las palmas de dátiles, los negros desnudos, bailando danzas guerreras, y en el extremo opuesto los samoyedos y los esquimales, de cara estúpida y aire encogido, como nuestros indígenas, envueltos en pieles de búfalo.

El aspecto de las tribus salvajes, de todas especies, es muy repugnante; duda uno de la comunidad de origen en el hombre, y se aflige al considerar que en su mayor parte la humanidad se encuentra en Africa y Oceanía en tal estado; que en América apenas empieza á sentirse la mejora de la condición indígena, y que muchos siglos han de pasar para que llegue á todas partes la civilización de Inglaterra.

Como señal de las diversas civilizaciones que ha habido en el mundo, se han reunido allí muestras de las diversas arquitecturas; y en efecto, nada distingue tanto un pueblo de otro como la manera de levantar sus moradas, sus templos y sus adoratorios; y el grado de cultura y adelanto de una nación se puede juzgar por la belleza, majestad y elegancia de sus edificios.

Con este propósito se ha levantado allí una imitación de una *Sala*



EL PALACIO DE CRISTAL.

egipcia, que es una avenida guardada por estatuas de leones. Sobre los frisos, escrita con geroglíficos, la historia de Egipto; en el interior del edificio, pinturas de sacerdotes de barba larga y aire sombrío, y ocho estatuas de Ramese forman el vestíbulo del edificio; hay en el jardín una tumba tallada en la roca; y tanta tristeza en este recinto, como en tiempo de Osiris.

La *Sala asiria*, que es la más grande de todas, es el templo Rhosbad; y allí están los toros alados, los gigantes estrangulando leones como en tiempo de aquel rey.

La *Sala griega* tiene una fachada dórica, sencilla y majestuosa. Se entra á un *ágora* pintada de vivos colores é iluminada por encima, la cual alumbra las estatuas de la *Venus de Milo*, *El Laocoon*, *Juno*, *Ariadna* y el *Fauno dormido*. Todo respira allí voluptuosidad y poesía. Después se pasa á la izquierda á una sala destinada á los poetas griegos, cuyo atrio está sostenido por columnas cuadradas, como las del templo de Apolo en Arcadia, y luégo hay otra pieza en donde están *Niobe*, otra *Venus* y *Psiquis*.

La *Sala romana* representa la muralla exterior del *Coliseo;* después, entre columnas, se ven muchas estatuas como las de *Diana*, *Baco* y la *Venus victoriosa* del Capitolio.

La *Sala bizantina*, la *Sala gótica*, la *Sala del renacimiento*, todas son edificios perfectamente iguales á los que había en los lugares y en las épocas que representan. Por manera que el viajero puede creer que está recorriendo esos países y visitando sus monumentos.

Cuatros mil músicos pueden tocar á un mismo tiempo en la sala del concierto, donde hay todos los días una orquesta magnífica, canto de las mejores actrices de Londres, ó bandas militares que al resonar hacen temblar el edificio; y todos los días se añaden maravillas y curiosidades que atraigan la atención del público. Cuando ya anochece, el gas ilumina con admirable suntuosidad el edificio, que así aparece más bello ; y en los jardines que lo rodean principian los fuegos artificiales, en donde el arte pirotécnico forma cascadas de fuego, grutas azules, luces de bengala, centellas que atraviesan el espacio y una lluvia de luz que cubre el inmenso recinto.

Todo esto cuesta un chelín al espectador.

Como nuestra casa estaba cerca, todas las mañanas íbamos con Alicia á *Kensington garden* (jardines de Kensington), que es un parque, continuación de *Hyde Park:* ocupa una superficie de catorce hectáreas, con calles rectas como en el jardín de Versalles, y tiene un magnífico palacio en el centro, rodeado de prados admirablemente cuidados, un lago donde

nadan libremente cisnes, garzas, ganzos y patos, un castillo de agua muy elegante y una estatua de *Jenner*.

¿ Quién es Jenner, cuyo nombre es tan grato á mi oído? Yo procuraba en mi interior adivinar con los recuerdos algo querido, algo sublime que me arrastraba ante la imagen de ese hombre que yo creía conocer, y aun haber visto la víspera sentado en el hogar de mis padres.

De repente me acordé de mi noble hermano Federico Rivas, aquel joven que se encargó generosamente con su compañero Zenón Salas de un hospital de virolentos en Bogotá, y me vino á la memoria un discurso que le había oído en una Academia, y que principiaba así :

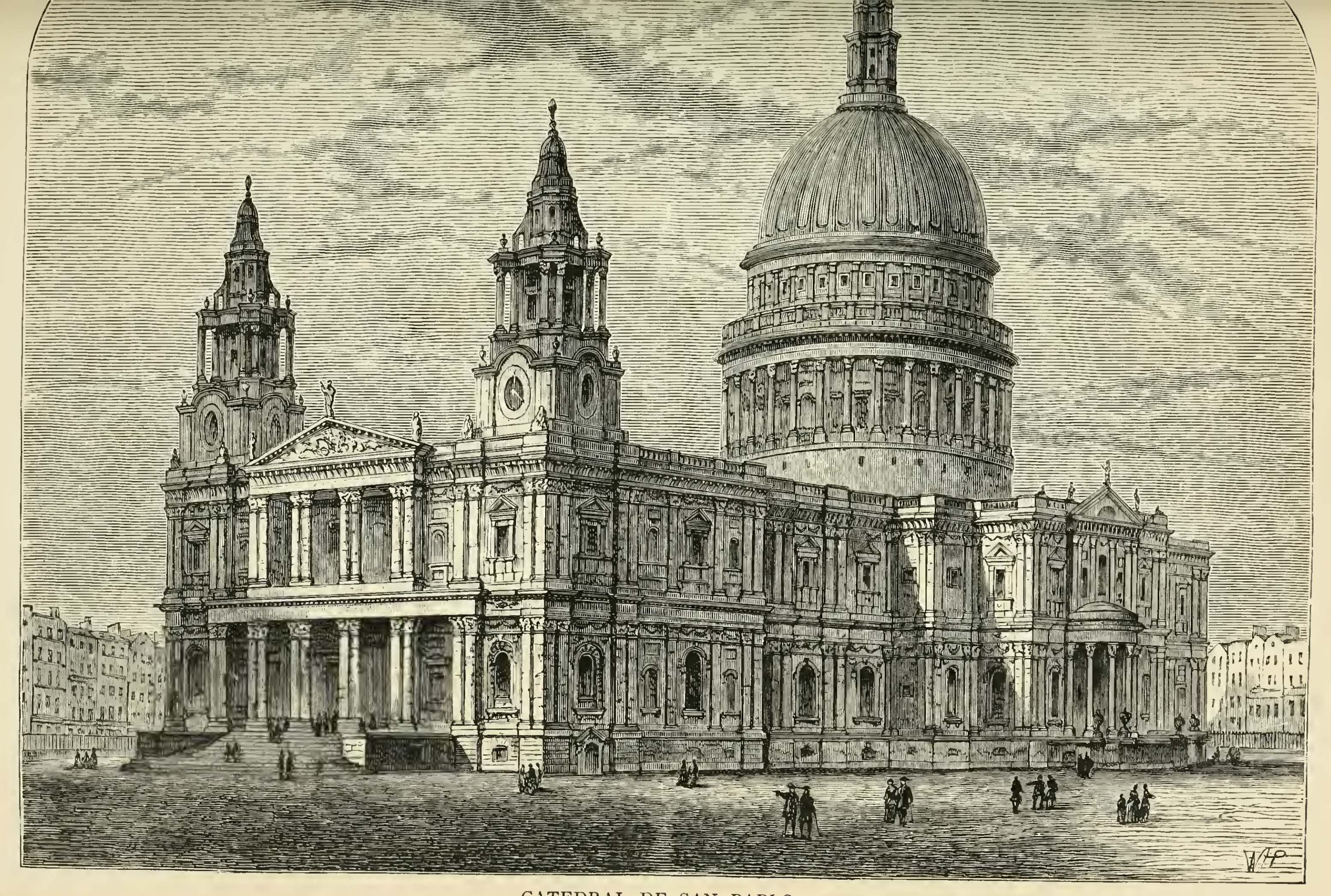
« Cuando Napoleón recorría el mundo en su carro victorioso, segando la vida de los hombres y recibiendo el tributo de los reyes, un pobre anciano, apoyado sobre un bastón de nudos, recorría también los campos helados del Norte, y de cabaña en cabaña iba repartiendo la *vacuna*, que debía quitar á la muerte el tributo que la viruela le rinde con la vida de los infelices. Este anciano era Jenner.......»

—Ya véis, generoso benefactor de la humanidad, dije yo, quitándome el sombrero, que no sólo alcanzasteis una estatua en la metrópoli del mundo civilizado, sino que también lograsteis inflamar un corazón tan generoso como el vuestro allá en el fondo de los desiertos del Nuevo Mundo.

La Iglesia anglicana, *evangélica*, *episcopal*, *alta* ó *reformada*, que es la Iglesia oficial de Inglaterra, al separarse de la católica, conservó casi todos los artículos de la fe, según se ve del acta de Ratificación, que dice así:

«Este libro de los susodichos artículos fué nuevamente aprobado y confirmado para ser tenido y ejecutado en el reino por el asenso y consentimiento de nuestra Señora y Soberana Isabel, por la gracia de Dios, Reina de Inglaterra, Francia é Irlanda, defensora de la fe. Los cuales artículos fueron deliberadamente leídos y de nuevo confirmados, por haber sido signados y firmados de mano de los Arzobispos y Obispos de la Cámara alta y por todo el clero de la Cámara baja en la convocación en el año de Nuestro Señor de 1571.»

De los sacramentos conservó sólo los del Bautismo y la Comunión, abolió muchas ceremonias católicas, y conservó ó instituyó otras; desconoció la supremacía del Papa, pero conservó el orden en la jerarquía eclesiástica de Obispos, presbíteros y diáconos; quitó los misterios relativos á la Virgen, y la invocación de los santos, pero dejó muchas de las oraciones por ellos; suprimió la misa, pero estableció la lectura obligatoria de la Biblia en las iglesias los domingos; y quitando todas las imágenes de las iglesias y prohibiendo su adorno, dió al culto cierto carácter que voy á describir,



CATEDRAL DE SAN PABLO.

advirtiendo que mis viajes no son lecciones religiosas ni filosóficas; que yo no digo que esto es bueno ni que es malo. y que para que todo el mundo pueda leerlos, me limito á contar lo que vi y presencié.

Los sacerdotes se pueden casar, pero hasta ahora no ha habido un solo Arzobispo ni Obispo que tome esposa, mientras que todos los presbíteros y diáconos sí se casan y tienen familia. En la calle los clérigos no usan vestido talar ni traje ó sombrero que los distinga de los otros hombres; pero vi á algunos, que no supe á qué secta pertenecían, con un cuello blanco. Las inmensas rentas de los Arzobispos y Obispos en Inglaterra, provenientes de tierras que como nobles poseen y de asignaciones en el presupuesto, el lujo con que viven y el boato que gastan, son motivo de amargas quejas en el pueblo, y hacen contraste con la rigidez y severidad de costumbres de los ministros de otras sectas, como la de los presbiterianos. Los Arzobispos y Obispos son verdaderos príncipes del reino, miembros de la Cámara alta y tienen mucha influencia en la política.

Los templos de la Iglesia reformada fueron en su origen católicos; sin altares ya y sin imágenes, se ven como vacíos, y han perdido ese carácter que yo llamaría *democrático*, que tienen, por ejemplo, los de Bogotá, en donde la esposa del Presidente oye la misa al lado de la hija del obrero, y la rica y la pobre se arrodillan juntas ante un mismo altar á recibir la comunión. En Inglaterra hay hasta iglesias aristocráticas; y empezando por la Reina, que tiene su tribuna, todas las familias tienen su *pew* ó sofá para asistir á los oficios divinos, por el cual pagan un alquiler anual.

La Iglesia reformada tiene su ritual de ceremonias y previene esto: « Se deben retener y usar en las iglesias y por los ministros, siempre que hubieren de ejercer su ministerio, aquellos mismos ornamentos que fueron usados en esta iglesia de Inglaterra por autoridad del Parlamento en el año II del reinado de Eduardo VI.»

Pero en las iglesias yo no vi ornamentos, ni flores, ni ceras ; y los ministros, para oficiar, sólo se ponen una especie de sobrepelliz. Oí decir, pero no pude presenciar esa ceremonia, que cuando en Westminster oficiaba el Arzobispo, había gran pompa. En las iglesias no hay orquesta ni canto de coro. Un magnífico órgano ó un pobre armonium, según la categoría, eso es todo.

El lector va á acompañarme á San Pablo, la gran catedral de Londres, á ver lo que yo vi ; pero debo advertirle que no soy un instruído *ciceroni*, ni entiendo de arquitectura, ni puedo enseñarle nada, sino decirle simplemente *vea;* y cuando juntos hayamos recorrido las naves y asistido á

una ceremonia, nos hemos de separar, cada cual juzgando, creyendo y admirando lo que tenga á bien.

Empecemos. Estilo bogotano.

Mal colocada está la iglesia, pues por todos lados la rodean edificios que no permiten contemplarla de lejos ni la dejan lucir, y hasta tiendas de madera y de tablas, construídas sin duda provisionalmente, la afean y le quitan toda majestad. Estos ingleses no saben apreciar lo que tienen. Aquí debiera haber una gran plaza como la de la Catedral en Bogotá.

El frente es magnífico, pero no es imponente: es como una galería sostenida por diez y seis columnas enormes, pareadas, que sostienen un corredor más corto, sostenido á su turno por ocho columnas de otro orden, más pequeñas, y terminando en un frontón triangular como el del Partenón; en el centro hay un medio relieve de piedra que representa la Conversión de San Pablo, y en la cúspide del frontón está la colosal estatua del santo. Pero todo esto es tan grande, tan elevado, tan suntuoso, que el alma se empequeñece y no se atreve ni á pensar. Detrás está la verdadera fachada de la catedral, de la cual se ven descubiertas sólo las elevadísimas torres, que miden sesenta y ocho metros de altura.

En los costados de la derecha y de la izquierda de la catedral hay también magníficos frontones, adornados con estatuas, de manera que puede decirse que hay en San Pablo tres entradas á cual más suntuosa.

El interior de la iglesia es imponente pero frío, no tiene ningún adorno; sin embargo, se siente uno como inspirado de un respeto incomprensible al entrar y ver la majestad de sus bóvedas, la elevación y fortaleza de las columnas, que tienen doce metros de espesor; y allá en el cielo la soberbia cúpula, á ciento veintitres metros sobre nuestras cabezas, inmensa masa de piedra sostenida en los aires, por cuyas ventanas entra la única luz que alumbra la iglesia, pues toda está en una penumbra como la del anochecer.

Desde el pie de una de las naves laterales, cada una de las cuales forman un templo, la vista contempla las inmensas arcadas, que á lo lejos parece que se achican, que se estrechan, que se pierden, que se desvanecen en la oscuridad, hasta que al fin se ve un ángel en medio de la claridad y rodeado de luz, que parece volar hacia la iglesia. Es una enorme claraboya que hay al extremo de la nave, adornada con un magnífico vidrio en que está la imagen de San Rafael, de colores.

La nave del medio es un nuevo templo, más grande, más elevado, más suntuoso que los otros, en el centro del cual está la cúpula sostenida por doce columnas, con una galería ó corredor con baranda de piedra. Pasearse por allí y mirar para abajo, daría vértigo; y todavía

encima está la gran cúpula con otra galería y otra balaustrada, y más arriba la inmensa linterna, maravilla del mundo.

La media naranja está adornada por ocho frescos cuyas figuras son tan grandes que de abajo parecen del tamaño común de los hombres, y tan naturales que parecen desprenderse de la pared, y da miedo pasar por debajo de ellas.

El altar mayor está en el semicírculo con que concluye la iglesia, erigido sobre cuatro columnas con adornos, y á su lado el púlpito levantado sobre una águila de oro, con las alas abiertas, y el solio episcopal, con poca diferencia como están en las iglesias católicas.

Un órgano que tiene dos mil ciento treinta y tres voces, ocupa todo un lado de la iglesia, y es una obra admirable de escultura.

Las naves no están separadas del cuerpo de la iglesia por columnas, como las de la Catedral de Bogotá, sino por enormes muros de piedra; pero los arcos que tales muros forman son tan altos y tan anchos, que el todo es un solo cuerpo de una extensión y anchura prodigiosas.

San Pablo es grande pero no hermoso; no presenta, como Westminster, un aspecto encantador, ni inspira, como las catedrales góticas, un sentimiento de veneración religiosa, sino de admiración.

Las naves interiores del templo, las infinitas capillas que hay en esas naves y las anchas columnas divisorias de éstas, están llenas de monumentos de mármol, en donde los artistas ingleses han desplegado todo su genio y dejádose llevar de su fantasía para inmortalizar la memoria de los héroes, de los sabios y de los poetas de la Gran Bretaña, ó las acciones benéficas de algunos de sus filántropos.

Hay una gran lápida con esta inscripción:

CHRISTOFER WREN.

Si requeris monumentum circunspice!

« Si buscas su monumento, mira todo á tu alrededor.»

Debajo está el cuerpo del arquitecto.

Allí está el monumento de *Juan Howard*, el filántropo; el de los pintores ingleses más acreditados, el de los arquitectos más famosos y muchos de generales y nobles no conocidos.

Pero debajo de la cúpula, con todo el orgullo inglés, se ha erigido la tumba de NELSON, que parece llenar la iglesia, que es toda de mármol negro; y sobre un sarcófago antiguo la obra más hermosa de escultura que ha producido el genio inglés.

Conocida la iglesia, vamos á asistir á las CEREMONIAS, para lo cual no hay

sino que tomar asiento en uno de los *pews* vacíos, apoderarse de una Biblia de las que hay allí ó que generosamente le ofrece alguno de los vecinos, y tener una actitud respetuosa, arrodillándose cuando los otros lo hacen, poniéndose en pié cuando todos se pongan, y quedándose sentado, si no ve hacer otra cosa. Con estas reglas se pueden visitar todos los templos de Europa, y asistir á las ceremonias de los cristianos y de los judíos.

· Los ministros no tienen puesta más que una especie de sobrepelliz blanca; uno está en el púlpito y otros en el altar, en donde hay una gran mesa con panes de distinto tamaño, jarras de plata llenas de vino y vasos del mismo metal.

Uno de los ministros que están en el altar, se vuelve al pueblo y le dice en inglés *Oremos* (en la liturgia anglicana no se puede emplear el latín).

Todos se arrodillan y con el ministro rezan el *Padre nuestro*.

Después lee esta oración :

«Todopoderoso Dios, para quien todos los corazones están manifiestos, todos los deseos conocidos, y ningún secreto encubierto. Purifica los pensamientos de nuestros corazones con la inspiración de tu Santo Espíritu, para que te podamos amar perfectamente, y celebrar dignamente tu santo nombre; por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.»

Y volviéndose al pueblo, clara y distintamente repite los diez mandamientos, y al concluír cada uno de ellos, el ministro y el pueblo repiten :

« Señor, apiádate de nosotros é inclina nuestros corazones á guardar esta ley.»

El ministro reza esta oración :

« Dios Todopoderoso, cuyo reino es eterno y cuyo poder infinito, sé propicio á toda la Iglesia, y dirige de tal manera el corazón de tu escogida sierva VICTORIA, nuestra Reina, que conociendo á quien sirve, ante todas cosas busque tu honra y gloria; y que nosotros y todos sus súbditos, teniendo presente de quién deriva su autoridad, la honremos, sirvamos y obedezcamos con toda humildad y lealtad, en ti y por ti, según tu santa palabra y tu disposición; mediante Jesucristo Nuestro Señor, que vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo eternamente. Amén.»

El ministro que está en el púlpito lee entonces una epístola de San Pablo y un evangelio, y todos los asistentes toman su libro y leen.

Después en alta voz rezan el credo.

El mismo ministro predica un sermón, que es más bien una larga plática que una oración elocuente.

Concluído el sermón, el ministro en el altar dice en alta voz:

« No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y roban. Atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orín ni polilla que los consuman, ni tampoco ladrones que los desentierren y roben.»

« Y así haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseáis que hagan ellos con vosotros. Porque esta es la Ley, y los Profetas.»

« Quien tiene bienes de este mundo, y viendo á su hermano en necesidad le cierra sus entrañas sin compasión, ¿ cómo es posible que resida en él la caridad de Dios ?»

« Haz limosna de aquello que tengas, y no vuelvas tus espaldas á ningún pobre: que así conseguirás que tampoco el Señor aparte de ti su rostro.»

« Sé caritativo según tus posibles. Si tuvieres mucho, da con abundancia: si poco, procura dar de buena gana aun de esto poco que tuvieres: pues con eso te atesoras una gran recompensa para el día del apuro.»

« Quien se compadece del pobre, da prestado al Señor, y éste se lo pagará con sus ganancias.»

« Bienaventurado aquel que piensa en el pobre: el Señor le librará en el día aciago.»

Mientras que esto dice, unos de los otros ministros bajan del presbiterio, y en un plato de metal van recogiendo limosnas y las llevan á la mesa en donde está el pan.

El ministro dice :

« Oremos por toda la Iglesia de Cristo, militante aquí en la tierra.»

Y los asistentes rezan en voz baja una oración en sus libros.

Luégo, estando todos arrodillados, el presbítero les dice:

« Carísimos en el Señor, los que intentáis venir á la santa Comunión del Cuerpo y Sangre de nuestro Salvador Cristo, considerad cómo exhorta San Pablo á todos á que se examinen y prueben antes que se atrevan á comer de aquel Pan y beber de aquel Cáliz. Porque así como el beneficio es grande, si con corazón sincero y penitente y fe viva recibimos este santo Sacramento (porque entonces comemos espiritualmente la carne de Cristo, y bebemos su Sangre; entonces nosotros moramos en Cristo, y Cristo en nosotros; somos uno con Cristo, y Cristo con nosotros); así es grande el peligro, si recibimos esto indignamente. Porque entonces somos reos del Cuerpo y Sangre de Cristo nuestro Salvador; comemos y bebemos nuestra condenación, no haciendo discernimiento del Cuerpo del Señor; encendemos

la ira de Dios contra nosotros, y le provocamos á castigarnos con diversas enfermedades y varios géneros de muerte. Por lo cual juzgaos á vosotros mismos, hermanos, para que no seáis juzgados del Señor; arrepentíos verdaderamente de vuestros pecados pasados; tened una fe viva y firme en Cristo nuestro Salvador; enmendad vuestras vidas, y estad en perfecta caridad con todos; para que así seáis partícipes dignos de estos santos misterios. Y sobre todo es justo que deis muy humildes y cordiales gracias á Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, por la redención del mundo mediante la muerte y pasión de nuestro Salvador Cristo, Dios y hombre, que se humilló hasta la muerte de Cruz por nosotros miserables pecadores, que estábamos en tinieblas y en sombra de muerte, para hacernos hijos de Dios, y exaltarnos á vida eterna. Y para que nos acordemos siempre del excesivo amor de nuestro Maestro y único Salvador, Jesucristo, que así murió por nosotros, y de los innumerables beneficios que nos adquirió por la efusión de su preciosa sangre; tuvo á bien instituír y ordenar estos sagrados misterios, como arras y prendas de su amor, y como continua memoria de su muerte, para nuestro grande y eterno consuelo. A él, pues, con el Padre, y el Espíritu Santo, demos (como estamos muy obligados) continuas gracias; sometiéndonos enteramente á su santa voluntad y agrado, y esforzándonos á servirle en santidad y rectitud verdadera todos los días de nuestra vida. Amén.»

Y en común rezan esta otra :

« Omnipotente Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Criador de todas las cosas, Juez de todos los hombres; nosotros confesamos y lloramos los muchos pecados y maldades que en varias ocasiones hemos gravemente cometido, por pensamiento, palabra y obra, contra tu divina Majestad, provocando muy justamente tu ira é indignación contra nosotros. De veras nos arrepentimos, y nos dolemos amargamente de todas estas culpas; su memoria nos aflige; su peso es intolerable. Ten misericordia de nosotros, ten misericordia de nosotros, misericordiosísimo Padre; por tu Hijo Nuestro Señor Jesucristo, perdónanos todo lo pasado, y concede que en adelante te sirvamos y agrademos en novedad de vida, á honra y gloria de tu nombre; mediante Jesucristo Nuestro Señor. Amén.»

Los diáconos reparten en sus asientos el pan y el vino á los que van á comulgar.

Y entre tanto el órgano resuena y todos cantan en los bancos.

Para concluír, el presbítero dice :

« Levantad vuestros corazones.»

El pueblo responde :

« Los levantamos al Señor.

« *Presbítero.* Demos gracias á Dios, Nuestro Señor.

« *Respuesta.* Dárselas es digno y justo.»

Y se termina con esta oración :

«Por tanto con ángeles y arcángeles, y con toda la compañía del cielo, alabamos y magnificamos tu glorioso nombre, ensalzándote siempre, y diciendo, Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de tu gloria: gloria sea á ti, oh Señor altísimo. Amén.»

Esta es la ceremonia del domingo en que hay comunión.

La Iglesia anglicana se ha dividido con el tiempo en tres grandes grupos, á saber : la *high church* ó alta iglesia, que es la oficial ; la *low church* (iglesia baja) que es independiente, y la *broad church* (ancha iglesia), que es la liberal ; y como rota la unidad católica, el protestantismo se ha fraccionado en infinitas sectas, que se denominan *presbiterianos*, *metodistas*, *unitarios*, *puritanos*, *wesleyanos*, *cuakaros*, &c., cada una de estas sectas tiene en Londres sus templos, en donde practican los oficios divinos según su rito, y con las ceremonias que ha adoptado.

La Iglesia católica, poderosa en Inglaterra, tiene una organización independiente y libre, un Arzobispo Cardenal en Londres y Obispos en todos los condados como en los tiempos de la dominación en la isla, y grandes y magníficos templos ; pero me reservo hablar del esplendor y magnificencia de su culto, para hacerlo al describir los templos de Francia.

Los judíos, en gran número establecidos en Inglaterra, y mezclados ya con la población, tienen también sus *sinagogas*, y de sus ceremonias hablaré en la parte relativa á Alemania.

Tiene también la *Iglesia griega* algunos sectarios en Inglaterra y una capilla en Londres.

Creo, sí, que no hay suficiente número de mahometanos para haber establecido una *mezquita;* pero la hay en el dominio inglés de Gibraltar.

CAPITULO XVII.

Pantomimas y chistes—El teatro—Restaurantes y clubs—Las tabernas—*Public-houses*—Gladstone y D'Israely.

EL cuento del gallego que escribía á su padre: « lo que más me ha sorprendido en Londres es que casi todos son extranjeros y hablan inglés»; la ocurrencia de una señora de Bogotá, que creía que los ingleses no le entendían porque eran sordos, y les gritaba siempre que tenía que decirles algo; el verso aquél, tan viejo y conocido de todo el mundo:

« Admiróse un portugués
Al ver que en su tierna infancia
Todos los niños de Francia
Supiesen hablar francés.
—Arte diabólica es,
Dijo torciendo el mostacho,
Pues para hablar en gabacho
Un fidalgo en Portugal,
Llega á viejo y lo habla mal
Y aquí lo parla un muchacho»;

todos esos que parecen absurdos humanos, son perfectamente verosímiles y los comprende uno cuando está en países extranjeros; y como, por otra parte, los ingleses, y principalmente las inglesas, miran á los colombianos, habitantes de un país desconocido, como una especie de prodigios de la naturaleza, á quienes hay que enseñarles todo y perdonarles todo, siendo

mucha gracia el que siquiera imiten á los hombres civilizados; como seres á quienes hay que hablar muy recio y muy despacio ó por señas para que comprendan, las conversaciones entre unos y otros, en la generalidad de los casos, son mui originales ó se hacen verdaderas pantomimas, que harían morir de risa á una muchacha bogotana.

Y á propósito de PANTOMIMAS, este género de representaciones, que tanto entretienen y divierten á los *chinos* y á las mujeres del pueblo en nuestra tierra, son hoy en el mundo las grandes representaciones y las que ocupan todos los teatros, siendo preferidas á la ópera italiana, á la comedia francesa y al drama moderno. Desde París hasta Moscow, desde Londres hasta Viena, las pantomimas de *La vuelta al mundo*, *El correo del Czar*, *Fatiniza* y *Fantasca* se repiten todas las noches, y todas las noches tienen espectadores.

La pantomima ha salido de Inglaterra y va en su carrera triunfal fomentando el gusto del aparato y la fantasmagoría, hasta en las pocas óperas francesas que se dan; y ha salido de Inglaterra, porque es del gusto inglés, porque los ingleses son los mejores actores en este género, y son los mejores actores, por lo que decía mi amigo Luis Bernal: porque «los ingleses *son muy bobos*.»

Todos los payasos (*clawns*) que hay en los circos, en las funciones de volatines y en las pantomimas de todas partes, salen de Inglaterra; y un payaso, cuyo único mérito era ser serio y estirado, se lo disputaron muchos teatros, pagándole como á una famosa cantatriz en otro tiempo, y últimamente lo vi en el circo *Riench*, en Hamburgo, donde, apenas aparecía en la escena, todos los espectadores reían á carcajadas.

—Ustedes nos ganarán en monumentos y bellas artes, decía G., personaje colombiano, á quien la suerte no había dado más dote que la prontitud en las ocurrencias, á unos ingleses que vivían en Bogotá; pero nosotros les aventajamos en comer. Y esto lo aplico yo á las gracias y chistes ingleses, el mejor de los cuales no es comparable á la ocurrencia repentina de un *chino* descalzo de Bogotá.

Quizás mis lectores no conocen las ocurrencias del citado G., y por eso pongo aquí algunas de las que recuerdo.

Cuando en la revolución de 1860, de repente fué ocupada la ciudad por fuerzas revolucionarias, G. salió á la puerta de la calle y preguntó á los que pasaban :

—¿ Quién manda esta tropa ?

—El General Rico, le dijeron.

—¿ Quién ? le preguntaron los que estaban adentro.

—El General Latorre, contestó G.

—Nó, le dijeron los soldados, Rico.

—Vaya! en Colombia no hay más General rico que el General Latorre

Abría Cenón Padilla, en la misma época, algunas calles tapadas en el barrio de las Nieves, y G., que pasaba, le preguntó:

—¿ Qué está haciendo ahí, don Cenón ?

—Abriendo calles al público.

—Hace usted bien, porque si esta revolución sigue, todos vamos á quedar en la calle.

Tenían preso en un cuartel á su herrnano, y queriendo visitarlo, llegó á la puerta y dijo al cabo de guardia :

—Mi cabo, ¿ se puede entrar ?

—Sí señor, pase usted.

—Pero mi cabo, estando adentro, ¿ se puede salir ?

—Ah ! majadero, yo no sé.

—Entonces, la prudencia me aconseja no entrar.

Había dado en arrendamiento una de las tiendas de debajo de la casa en que vivía, á una mujer, y al oír que ésta golpeaba en la pared con el objeto de poner una percha, le dijo :

—Se me ha ocurrido una cosa: que donde se clava un clavo se arma un agujero; que el clavo se lo lleva usted, y yo me quedo con el agujero en la pared y el clavo adentro.

—¿ Por qué está usted tan pobre y tan mal trazado, habiendo heredado, y estando su cuñado tan rico? le preguntó un día un entrometido.

—Por eso, le contestó G.

Se quejaba su hermana de que ni él ni ella hubiesen sido invitados á un baile de familia; y él, con sorna, la calmaba, diciéndole:

—Nosotros somos la *malva*. Si hay cólico en un niño, venga la *malva ;* le duele el estómago á mi cuñada, venga la *malva ;* pero habiendo baile, no sienta la *malva* en los floreros.

En una revolución le pidió como contingente el alcalde de la ciudad dos enjalmas ó albardas, suplicándole que se las mandara precisamente, pues quería quedar bien con el gobierno.

Él, sumiso al mandato de la autoridad, envió una enjalma, y le dijo al comisario:

—Dígale al alcalde que no sea exigente, que él con una albarda queda bien.

Al tiempo de morir mandó llamar con urgencia á su cuñado y al

escribano, quienes fueron apresuradamente, el primero creyendo que tenía algo que testar en su favor, y el segundo á prestar su oficio.

Llegaron cuando estaba agonizando, y le dijeron:

—Estamos aquí, reconózcanos; ¿qué desea?

—Morir como murió Cristo, en medio de dos...... Adiosito, y ...... dispensen!

Las pantomimas son chistosas ó serias: de las primeras se ven en Londres en infinidad de teatros, en donde se apuran los absurdos y las extravagancias más grandes, y son por lo regular los irlandeses los que pagan el pato. Es de maravillar en ellas la rápida variación de decoraciones, y los fenómenos ópticos y engaños que pueden producirse con el cambio de luz, y las más chistosas mudanzas en el personal. Recuerdo que en una de ellas, un galán, al tiempo de arrodillarse delante de la dama á besarle la mano, se convierte en pavo, y la muchacha lo coge del moquillo y lo saca afuera de la sala. Así les debiera pasar á algunos galanes amartelados de mi tierra.

De los Estados Unidos vino á Inglaterra una diversión que gusta mucho, llamada LOS NEGRITOS, que es una imitación de los modales, vestidos, reuniones, música y canto de los negros del Sur; imitación tan exacta, que uno se cree transportado á una provincia algodonera, y no puede creer que quienes hablan sean unos *catires* nacidos en la orilla del Támesis.

El gran teatro de las pantominas, de las farsas, de las óperas cómicas y de las fantasmagorías es *La Alhambra;* y este vasto edificio, que puede contener cinco mil espectadores, se llena todas las noches de extranjeros, gentes del campo, obreros, estudiantes y mujercitas de mala ley, que han hecho allí el centro de sus citas amorosas, y en donde se presentan con el mayor lujo, queriendo cada una llamar la atención.

Hay allí un cuerpo de trescientas bailarinas de las mujeres más lindas y más bien formadas de toda Inglaterra, quienes han aprendido admirablemente el arte coreográfico y usan vestidos fantásticos y originales.

Una noche que yo fuí, se representaba una fiesta en el Olimpo; y se veían al través de la luz, velada por las nubes, todos los dioses radiantes de majestad y de belleza, en las actitudes más elegantes, y vestidos como los adoraban los griegos. Esos dioses volaban por el espacio y venían á tomar su puesto al lado de Júpiter y Juno.

Reunido el Olimpo, empieza una fiesta original, fantástica, como los pintores la han ideado y los poetas cantado; y en ella hay baile de dioses, de ninfas, de seres alados, de mariposas, de escarabajos dorados, verdes, y azules, que se mezclan y confunden como esas brumas doradas que se

ven en el rayo de sol que entra por una ventana ; y las flores se animan y todo en la naturaleza baila y canta para las glorias del Olimpo.

De repente la oscuridad invade el teatro, el Olimpo desaparece; y en medio de una noche estrellada, en el fondo del teatro, no se ve más que una estatua de mármol, admirablemente delineada (esta estatua es una mujer), sosteniendo un reloj, cuyos punteros de luz pueden seguir marcando las horas, que aparecen en números de fuego.

A las doce de la noche sale de entre el caos *una hora :* una mujer envuelta en un manto de terciopelo negro empieza un baile sombrío, lento y melancólico, pero lleno de majestad. Viéndola bailar, uno se encanta; el tiempo pasa; el reloj de luz marca la una, *la hora* se hunde, y por el oriente empieza á aparecer otra *hora:* una mujer vestida también de negro, pero de gasa transparente, lleva por diadema una luna de diamantes que brillan en la oscuridad; la hora pasa, la ninfa se oculta, y en su lugar aparecen dos mujeres, como sombras, hermanas, que se abrazan, bailan y desaparecen á su turno; la estatua de mármol no se rinde, no se mueve, no pestañea y tiene firme el reloj, que sigue marcando las horas, hasta que llegan las del amanecer. Principia por unas ninfas que se divisan un poco más, con trajes de color indefinible, que bailan más alegres, y á quienes sigue en todo el baile una luz indecisa que viene del cielo y que sólo á ellas alumbra. Las ninfas se van cambiando, desapareciendo y aumentando según las horas avanzan: ya son vestidas de azul transparente, y la luz que las alumbra es azul también; ya de rosado, y la luz del cielo es una ráfaga de carmín. Lo admirable es que la ninfa de la media noche es hermosa, pálida y lánguida como una hija de Cartagena, ; y hermosas y de distinta fisonomía son todas las que siguen, hasta que las de la mañana son rosadas, frescas y primorosas como las niñas de quince años en Bogotá.

Viene la Aurora derramando ella misma una luz de oro que la sigue ; al lado de su carro, ninfas que tejen guirnaldas bailando; y al fin una luz magnífica como la del sol, radiante, ilumina el teatro: la naturaleza se anima, los dioses, las ninfas, aparecen, las flores se mueven, los seres alados, las mariposas, los escarabajos dorados, azules y verdes vienen bailando, y una música atronadora se oye por todas partes.

Cae el telón y está uno en Londres en *Leicester-Square;* y oye el reloj de la Bolsa que da las once de la noche, hora á propósito para ir á un restaurante á cenar.

Los RESTAURANTES ingleses carecen del lujo, elegancia y buen gusto de los restaurantes franceses ; mas como allá hemos de llegar con el lector, me limitaré á explicar la causa de la diferencia. En Londres

todo el mundo vive en su casa y reúne en ella todo el *confort* posible; y en París todo el mundo vive fuera de su casa, y va á buscar el restaurante más elegante; en Londres no hay los millones de extranjeros que van á París á conocer y á gastar, y que pasan todo el tiempo que les sobra en los restaurantes; y en Londres el que va á esos lugares es á comer, porque tiene hambre.

Hay cierto orgullo en mantener las tradiciones; así es que hay restaurantes donde se come el mejor *beafsteak*; otros donde se sirven las mejores costillas de carnero; otros que conservan una fama secular por las tortillas, y otros, en fin, donde el pan y el queso son excelentes; pero en todos encuentra el viajero variedad de platos con que saciar su apetito; en la mayor parte sirven mujeres jóvenes, y reina un aseo y una pulcritud que después se extraña.

Los ingleses lo comen todo crudo, la carne sangrienta y las papas y legumbres cocidas simplemente en agua. Esto para el sur-americano es intolerable; y no le basta hacer lo que hacen allí: preparar la comida después de servida, poniéndole mantequilla, aceite, vinagre, mostaza ó pimienta, ó una de las mil salsas que en el taller se ostentan en infinitos frascos. En frente de la sala está el precio de cada plato; así es que el viajero puede pedir lo que le convenga según el estado de su bolsillo; y no le sucede lo que en Francia, esto es, que jamás puede saber cuánto le cuesta una taza de café negro ó un huevo, por la infinidad de socaliñas establecidas con tal propósito; pero no debe ser tampoco imprecavido en lo que pide, según la calidad. En un restaurante al cual fuimos con el señor Pérez y dos señoritas, una de ellas se limitó á pedir unos duraznos. Un durazno bueno en Londres vale un centavo; pero mi amigo, que en nada de gastar se fijaba, escogió una cestica que contenía cinco duraznos, y nos costaron nueve chelines.

El Club es una institución social en Inglaterra, de donde ha salido para fundarse en todas las partes del mundo; y de tal manera se ha generalizado, que todos saben hoy lo que es un *club*, y quizás no hay ya hombre civilizado en la tierra que no pertenezca á alguno. Un humorista ha dicho que cuando un inglés concibe un pensamiento, busca á otro que se lo comprenda, y conseguido esto, fundan entre los dos un *club*, del cual el uno es presidente y el otro secretario, y detrás vienen todos los que piensan de la misma suerte.

El número de *clubs* en Londres es infinito: toda profesión ú oficio, toda aspiración social, toda opinión, toda tendencia, toda inclinación, toda diversión tiene su *club* especial, que toma el carácter y color de las personas

que lo forman, siendo unos, verdaderas sociedades científicas ó literarias; otros, instituciones de beneficencia; éstos, lugares de citas para negocios; aquéllos, focos revolucionarios, y la mayor parte sitios de conversación, de sociedad, de descanso y de recreo.

Los *clubs* son magníficos palacios, amueblados con suntuosidad y perfectamente iluminados, á los cuales sólo pueden penetrar los socios ó las personas que éstos lleven, á toda hora en los días comunes, á la señalada el día de reunión; y reina en ellos por lo general un orden y compostura mayor que en las Cámaras; y como los ingleses son tan amigos de tres cosas,—la etiqueta, la exactitud y la costumbre,—hay *clubs* adonde se asiste de frac negro y corbata blanca, y donde se reúnen á comer todos los días, desde hace más de cincuenta años, unas mismas personas; allí los hijos suceden á sus padres, y son tan estirados y serios como éstos fueron.

En cada *club* hay comedor provisto de viandas y vinos para el consumo de los socios; á cada cual le conocen su gusto y su paladar y lo halagan, le sirven con esmero y lo atienden con especialidad; y ésta es la causa de que los ingleses de cierta posición no concurran nunca á los restaurantes ni á los cafés abiertos para el público.

Con relación á su inmensa población, hay en Londres pocos *cafés*, y son escasamente concurridos por los ingleses; hállanse con más frecuencia en ellos los italianos, franceses y españoles residentes en la ciudad.

Las TAVERNS no son en Londres, como lo indica su nombre en castellano, antros de vicios, sino grandes establecimientos y fábricas suntuosas, adonde van gentes notables á tomar una copa de vino ó un vaso de cerveza; y algunas han adquirido un nombre universal, como la *London Tavern*, lugar de citas y *meetings* políticos, adonde concurren los mejores oradores á presentar el programa de su candidatura á la Cámara, ó á explicar particularmente su conducta como ministros.

Los republicanos recordarán con placer que fueron los obreros de la *London Tavern* quienes sacaron á látigo al general Haineau cuando fué á Londres á gastar el dinero que había recibido del Austria por haber vendido á los húngaros, teniendo que intervenir la policía para salvarlo. Esta sanción espontánea y terrible ha sido una de las más severas lecciones que ha dado nuestro siglo.

Los PUBLIC-HOUSES (casas de venta de licores) sí presentan un aspecto repugnante, sobre todo los situados en los barrios de los obreros; pues allí sí es el vicio el que lleva á los concurrentes, y se muestra en toda su fealdad y desnudez.

Hay una tienda, el *bar-room*, que tiene al frente un mostrador, en el

que hay jarros de metal, vasos de cristal é infinidad de copas de diversos tamaños, y detrás un recinto en donde, en fila y formando trinchera, se encuentran muchos barriles pequeños con rótulos que expresan su contenido: *Ginebra*, *Ajenjos*, *Jerez*, *&c.*; de manera que al torcer la llave del barril correspondiente, se le da al consumidor un vaso del licor que pide.

Fuera del mostrador, como se ve á nuestros indios de la sabana los domingos por la tarde en las tiendas tomando chicha, así están de pie, bebiendo aguardiente siempre, varios ingleses y muchas inglesas; algunas de éstas muy hermosas, otras muy feas y vestidas como locas, formando distintos grupos, animados por el licor, en los cuales hay conversaciones estúpidas, y se oyen carcajadas estrepitosas.

—Dame ginebra, le dicen las mujeres que están en la puerta al que pasa. Sí, dame, dame; y lo van tomando por el brazo y acariciándolo para hacerlo entrar.

—Nó, nó, nó, es preciso decir, y escaparse.

—¡ Ah miserable mendigo ! le gritan entonces.

Los sábados por la noche es muy expuesto pasar por algunas calles; y no debe entrarse nunca á un *public-house* desconocido, porque á pesar de la policía, ó le quitan el dinero al viajero, ó lo obligan á que lo gaste en darles de beber, ó lo insultan y lo maltratan.

El *tap-room* es una pieza inmediata á la tienda, en donde los obreros más formales, los que tienen con qué pagar, los que no estafan, se embriagan sentados en unos bancos duros que tienen al frente mesas de madera sencillas, cargadas de copas.

Casi siempre el inglés bebe solo y callado, hasta que ya no resiste más su cabeza; otras veces se juntan dos (siempre hombres) ; y nada es más penoso que ver la ansiedad con que apuran, uno en pos de otro, los vasos de ginebra.

En el interior de la casa está el *parlor*, que es una gran sala bien alumbrada, aseada y dividida en pequeños departamentos por una especie de baranda que circunda las diversas mesas, al rededor de las cuales hay grupos de personas *respectables* que van á beber; y en efecto, allí concurren honrados comerciantes, algunos fabricantes, escritores oscuros y estudiantes acomodados, á gastar sus ahorros en beber.

Como es natural, los *public-houses* son lugares de desorden moral, de peleas, de cuchilladas y de escándalos; y sin embargo, las *tabernas* y los *public-houses*, en las últimas elecciones, en la gran lucha nacional política, en que se ventila no sólo lo relativo á Inglaterra, sino también la política exterior de ésta, y de la cual depende la suerte de muchas naciones y la

condición de muchos pueblos; en la lucha eterna entre *torys* y *wigs* representada últimamente por lord Beaconsfield y M. Gladstone, inclinaron la balanza y dieron el triunfo á los *torys*.

Voy á decir por qué:

Durante el ministerio de Mr. Gladstone, y más que por celo religioso, por espíritu de moralidad, se dió la ley que sigue:

«Yo, Victoria Reina: considerando seria y religiosamente que es nuestro deber indeclinable dedicarnos antes que todo á aumentar el servicio y el honor de Dios Todopoderoso, así como á desalentar y suprimir todo vicio, práctica profana, relajación é inmoralidad, &c., prohíbo é impido por las presentes, á todos nuestros fieles súbditos, de cualquiera condición y clase que sean, que jueguen el día domingo á los dados, á los naipes ó á cualquiera otro juego, en las habitaciones públicas ó en las privadas, ó en cualquiera otra parte; y por las presentes los requiero y les prevengo que todos mis súbditos asistan con decencia al culto de Dios, cada día del Señor.

« Y prevengo á los magistrados que tengan el mayor cuidado en impedir que los dueños de tabernas ó de cualquiera otra casa de venta pública de licores abran en domingo, ó consientan en sus casas á nadie, durante los oficios divinos en el día del Señor.»

En Inglaterra hay que optar los domingos entre la iglesia y la taberna; y como la incredulidad gana terreno en este siglo, y el domingo es el día que el obrero tiene tiempo para embriagarse y el en que recibe su jornal de la semana, al impedir la venta de licores ese día y cerrar todos los establecimientos, se arruinó á muchas casas y se mató una industria de la cual vivían millares de personas.

Pero no fué esto sólo: en las sesiones anteriores los *wigs* habían presentado una ley en que se prevenía que á las doce de la noche de todos los días comunes se cerrasen todas las tabernas y *public-houses;* y por motivo de la política exterior el Parlamento se disolvió.

En las inmediatas elecciones los taberneros, cerveceros, destiladores de aguardiente y todos los envenenadores de las clases pobres, formaron una masa inmensa que, puesta en uno de los platos de la balanza política, dió un triunfo decisivo á los *torys;* y como consecuencia, Irlanda volvió á temblar, los católicos á padecer, Inglaterra se anexó la hermosa isla de Candia y se apropió el Canal de Suez, para ser dueño del Egipto.

No entro en detalles sobre la política inglesa, ajenos á mi propósito. Todos saben que en la Gran Bretaña «la Reina reina, pero no gobierna»: lo hace en su nombre el ministerio que elige según la mayoría

de las Cámaras, constituído siempre por el primer ministro, que es el *leader*, es decir, el director de su partido : ministerio que toma el nombre de aquel Ministro, que, en realidad de verdad, es quien gobierna la Nación y dirige la política del mundo.

En la época en que estuve en Inglaterra, era el *leader* del partido *wig* Sir Gladstone.

Guillermo Eduardo Gladstone, hijo de una familia distinguida, se educó en la Universidad de Oxford, y muy joven todavía, impregnado de las doctrinas de esa universidad, escribió un libro en que preconizaba ardientemente la alianza del trono y del altar y el dominio exclusivo de la Iglesia anglicana en todos los pueblos de Inglaterra.

Protegido por el Duque de Newcastle, entró como conservador á la Cámara de los Comunes en 1832, y Sir Roberto Peel lo hizo *junior lord* de la Tesorería, y Subsecretario de Estado; y en 1845 Gladstone ya fué Ministro de las Colonias, y Presidente de la Cámara de Comercio.

En este puesto fué el más activo colaborador del ministerio liberal en las leyes sobre libertad de comercio de granos, libre cambio y baja de los derechos de aduana en los artículos para el consumo del pueblo. En esta época también hizo una manifestación despidiéndose de los electores del condado que lo había elegido, diciendo que él no era *tory;* pero la Universidad de Oxford lo eligió Diputado, y fué llamado varias veces al puesto de Ministro en gabinetes liberales ó de colisión, en donde se mostró moderado en todas sus opiniones, favoreciendo siempre las leyes protectoras de los pobres.

Fué en 1866 cuando Gladstone se levantó á la altura que hoy tiene de primer hombre de Estado de Inglaterra y quizás del mundo entero ; y esto tuvo lugar con motivo de las leyes sobre Irlanda y de los católicos de ese país.

Voy á expresar brevemente cuál era la situación de esta isla con relación á Inglaterra.

Por consecuencia de la conquista y de las guerras de religión, todas las tierras de Irlanda fueron de lores ingleses, que jamás iban á sus propiedades ; y los irlandeses eran simples arrendatarios de las tierras, de las que el lord los podía despedir á voluntad. Todas las propiedades y rentas de la Iglesia católica fueron expropiadas y aplicadas al sostenimiento de la Iglesia anglicana, que no tenía creyentes en Irlanda ; y no había más universidad que la de Dublín, que era protestante. Además, había otras mil leyes vejatorias de los católicos y que se extendían hasta á los residentes en Inglaterra.

De tiempo atrás venía Irlanda luchando contra este orden de cosas, y últimamente había organizado á los FENIANOS en una gran conspiración que debía emancipar su patria, pero que de decepción en decepción había terminado en asesinatos y en hacer volar los edificios públicos, sin esperanza de redención ; y el último atentado, en que habían hecho los irlandeses volar una prisión y morir á más de cien personas inocentes, les había quitado toda simpatía en Inglaterra.

En 1866, un Diputado de Irlanda presentó á la Cámara algunas leyes favorables á su pueblo, y trazó el cuadro triste y miserable de la isla. El debate se abrió ; Mr. Bright, en la oposición, las defendió, y Sir Stafford las atacó. Mr. Gladstone, en medio de la atención general, se levanta, dice que Inglaterra es responsable de los crímenes de los irlandeses, y presenta sobre la cuestión irlandesa la solución más radical que pudiera pensarse, y que nadie, sino él, se atrevería á presentar. «La iglesia anglicana, dijo, como iglesia oficial, debe dejar de existir en Irlanda.» Las aclamaciones resonaron por todas partes entre los liberales ; pero D'Israely estaba allí y le contestó enérgicamente ; los dos campeones se reconocieron, se estrecharon para combatir cuerpo á cuerpo, y comenzaron esa lucha de gigantes que no cesó sino con la muerte del conservador.

En las mismas sesiones Mr. Gladstone presentó esta proposición: « La Cámara considera como necesario que la Iglesia episcopal de Irlanda deje de existir como Iglesia del Estado ; bien entendido que los sueldos de los clérigos serán mantenidos durante su vida.» Esta proposición, después de una discusión de muchos días, fué al fin votada por trescientos treinta y cinco votos contra doscientos sesenta y cinco. Lord Russell protegió el pensamiento ; y D'Israely, viéndose perdido, disolvió el Parlamento y convocó á nuevas elecciones ; pero éstas le dieron á Gladstone una mayoría de cien votos en la Cámara. Entonces ya no se limitó á pedir la supresión de la Iglesia, sino que engrandeció su plan de reformas en Irlanda, á la que comparó con un viajero que se ha dormido debajo de un MANZANILLO; y dijo: «Las tres ramas del MANZANILLO irlandés son la Iglesia anglicana, el regimen de la propiedad y el sistema de la educación.» Esto, dicho por un ministro de la Reina, en Inglaterra protestante y ante una iglesia poderosa é influyente; desafiando las cóleras de la multitud fanática, de los lores propietarios á quienes se iba á expropiar, y de los arzobispos, obispos y clérigos que vivían de las propiedades y rentas de los irlandeses, exigía gran valor; era herir no sólo las creencias y los intereses de los favorecidos, sino también, en la rivalidad entre los dos pueblos, ponerse de parte del conquistado, del débil, del oprimido, para

lo cual necesitaba tener muy firmes convicciones y despreciar la efímera popularidad que á los hombres públicos da siempre el ponerse al servicio de los favorecidos, apoyando las preocupaciones de su época.

En 1869, como jefe del gobierno, presentó formalmente la « Ley de abolición de la Iglesia oficial en Irlanda.» Por tres horas habló ese día en defensa de su proyecto, con admirable lucidez, y expuso su sistema: de las consideraciones morales más elevadas en favor de los católicos, bajó á las más áridas cuestiones de cifras, explicando cómo pensaba realizar esta gran reforma y qué recursos pensaba sacar de la secularización de los bienes de la Iglesia de Irlanda. Mr. Bright, jefe radical, lo apoyó, y dijo : « La Iglesia episcopal de Irlanda es la Iglesia de la conquista. Esto es verdad no sólo históricamente, sino también porque es imposible que el culto profesado por una ínfima minoría de protestantes haya podido establecerse durante tres siglos en medio de una nación eminentemente católica, sino por derecho de conquista. La Reforma protestante trae como principio el que cada pueblo elija su iglesia y su culto, y el hecho de sostener una iglesia protestante en un pueblo católico es la más flagrante violación de la Reforma que ha tenido lugar desde Lutero. He dicho, y lo repetiré: la política de Inglaterra con relación á Irlanda ha hecho del catolicismo una religión á la cual el pueblo irlandés se ha adherido con un heroísmo sublime, y por esa religión sus hijos están siempre dispuestos á pelear y á morir. Esta ley, aboliendo la iglesia oficial, promoverá una íntima y sólida alianza entre Irlanda é Inglaterra, y dará calma al pueblo. Me atrevo, pues, á pedir para ella el apoyo de todos los hombres pensadores, dentro de los límites del imperio británico, y no dudo que su adopción será bendecida por el Ser Supremo en sus benéficos resultados, porque ella está fundada sobre los principios de justicia y de bondad, que son los atributos de su eterno poder.» Gladstone triunfó: la ley se dió, y fué consumada la emancipación de un gran pueblo.

Quedaban aún dos ramas del manzanillo, que ahogaban á Irlanda : la principal, el régimen de la propiedad de los nobles ingleses, y la inseguridad de los arrendatarios, que mantenían estéril la isla, abandonada la agricultura, atrasado el comercio y miserable y hambriento al pueblo, que en masa emigraba, amenazando dejar desierta la isla.

El ministro Gladstone cortó esta rama y consiguió una ley en que se concedía á los arrendatarios el derecho de retener la propiedad, en que por siglos habían trabajado, hasta que el *land-lord* les diese una indemnización, si quería despojarlos, y les pagase las mejoras. Esto alivió instantánea-

mente la condición del pueblo, pero hizo bajar el valor de las propiedades de los nobles en un veinte por ciento ; y ellos no se lo perdonaron.

La actividad reformadora del gabinete Gladstone no se agotó con estas dos grandes medidas. De 1870 á 1873 hizo examinar todos los ramos de la administración, y en todos destruyó lo existente é introdujo novedades que pasmaron á los *torys*. En 1870 estableció un sistema general de enseñanza primaria eficaz para toda la Inglaterra y el país de Gales : creó comisiones escolares electivas, en las cuales fueron admitidas las mujeres. En 1871 reformó el sistema de reclutamiento. En 1872 estableció el sufragio secreto, para emancipar al ciudadano de la influencia del propietario y sus agentes; decretó la abolición del juramento universitario, que privaba á los católicos y á los judíos de entrar á las universidades de Oxford y de Cambridge (todo esto contra D' Israely); la abolición de la ley que prohibía á los arzobispos y obispos católicos en Inglaterra usar sus títulos y dictar los cánones de disciplina de la iglesia ; y, en fin, la libertad de comercio y el libre cambio fueron establecidos.

Quedaba la tercera rama del manzanillo en Irlanda: la universidad protestante y el sistema de enseñanza; y Gladstone fué á cortarla; pero encontró por delante á D'Israely, que en un discurso en la Cámara le dijo: «Habeis despojado las iglesias, amenazado á todas las corporaciones respetables, turbado todas las profesiones, y os habeis mezclado en los negocios de todos en Irlanda; nadie está seguro de su propiedad allí ; nadie sabe á qué obligaciones estará sometido mañana ; y el país está cansado de vuestra política de confiscaciones.»

Los lores, los amigos de la *vieja Inglaterra*, los fanáticos, los taberneros y vendedores de licores, como he dicho, se unieron, y Gladstone cayó.

Pero no hizo tal cosa impunemente el pueblo inglés, pues á la política franca y generosa del jefe radical se sustituyó la hábil y suspicaz de D'Israely en las relaciones con todas las otras naciones. Las rivalidades amortiguadas con Francia se reanimaron; la Rusia desconfió ; y varias alianzas se formaron contra la Gran Bretaña. Expediciones peligrosas alarmaron á los hombres de Estado: los tratados sobre libre cambio, en que Inglaterra fundaba su grandeza, fueron denunciados, la política se agrió, Irlanda se agitó de nuevo, y empezaron los asesinatos de las autoridades; la nación comprendió al fin que no se lleva la bandera liberal en el mundo haciendo portaestandarte á un viejo *tory;* y en medio del entusiasmo popular, llamó de nuevo al gobierno al jefe radical que tantos días de paz y de gloria le ha dado después á su nación.

Era el *leader* del partido *tory* D' Israely.

Benjamín D'Israely era de origen judío, raza mal mirada en Inglaterra, despreciada por los nobles, perseguida por el pueblo y por los *torys*, y redimida y levantada, á fuerza de trabajo y de combatir las preocupaciones populares, por los *wigs*, hasta lograr que los judíos fuesen iguales á los cristianos de todas las sectas y ciudadanos de Inglaterra. Su padre, Isaac D'Israely, hijo de un banquero judío inmensamente rico, dejó el comercio y se dedicó á la literatura, y es el autor de las *Curiosities of literature*, *Calamities of authors* y *Amenities of literature*, y de otras obras que le dieron gran reputación, pero que no lograron alcanzarle una buena posición en la sociedad.

Benjamín recibió de su padre una brillante educación y una gran fortuna, que no supo emplear en sus primeros años. Escribió novelas, y no fueron aceptadas; redactó periódicos liberales, y no hicieron sensación; se presentó como candidato á la Cámara, gastó su fortuna en la política, y no obtuvo éxito ninguno.

Pero él tenía genio y la impaciencia natural del que siente en su alma un fuego inextinguible que los otros no ven, y cambió de vía, bien por una conversión sincera á las antiguas doctrinas, bien por ver más fácilmente satisfecha su ambición; y empezó á escribir y á trabajar en favor del viejo *torismo* con el ardor que emplean siempre los nuevos convertidos.

No le costó poco trabajo el ser admitido en las filas conservadoras, y sólo después de muchos años de escribir y defender su causa, los *torys* lo enviaron á la Cámara, en donde fué tan mal recibido, que su primer discurso nadie lo escuchó; y él, colérico, dijo: « Hoy no oyen mis palabras, pero mañana el mundo entero las escuchará.»

Así fué: los *torys* comprendieron que jamás habían tenido un defensor tan ardiente, y los liberales, que tenían al frente un enemigo poderoso, por lo cual los primeros lo hicieron el *leader* ó el campeón de su causa.

En Inglaterra, como en Alemania y en Bélgica, los grandes partidos están marcados: no hay términos medios ni facciones de esas que se adhieren, se disuelven, y fluctuando eternamente, dan á la política un carácter incierto y voluble que de ordinario la hace estéril, como sucede en Francia, en Italia y en Colombia. Además de esto, por un fenómeno de que no he podido darme cuenta, la ambición de los hombres públicos no llega, como entre nosotros, hasta desear todos ser los primeros, sino que se van afiliando detrás del que ha levantado la bandera y que dura de abanderado por muchos años, cuando no lo es durante su vida.

La formación del ministerio no es difícil por esto: no hay que constituírlo á contentamiento del *centro* ni de la *izquierda*, de los *moderados*

ni de los de la *extrema derecha*, &c.: basta que la Reina sepa quiénes tienen mayoría en la Cámara, y encarga al *leader* de ese partido que forme el ministerio, y con él gobierna hasta que pierde la mayoría.

Siempre que la tuvieron en la Cámara los *torys*, fué D'Israely llamado al gobierno, y prestó á su país importantes servicios en la política exterior, que manejó con grande habilidad, sin comprometer á la Inglaterra en guerras con las otras potencias europeas, valiéndose de las que ellas tenían para obligar á la vencida á hacerle concesiones; extendiendo los dominios en la India, y anexando cada día al Gobierno de Inglaterra un punto importante en la extensión del mundo.

Pero no sólo hacía esto, sino que, exaltando el orgullo inglés, proveía á su propio engrandecimiento y á la nobleza de su raza. Napoleón era Emperador de Francia; Guillermo, Emperador de Alemania; Alejandro, Emperador de Rusia, y Francisco, Emperador de Austria; mientras que Victoria no era más que Reina, título más humilde y menos deslumbrador que el de los otros, y que sonaba menos hermoso allá en Oriente.

Los altivos ingleses no hubieran permitido que su Reina los gobernase con otro título, y además, quieren tanto sus viejas tradiciones, que hubieran mirado todo cambio como una profanacion; pero D' Israely se acordó de la India, vasto dominio inglés, más grande y más poderoso que todos los imperios de Europa, que era sólo una colonia de Inglaterra, y que sin título gobernaba la Reina, y propuso al Parlamento que se erigiera allá un imperio, y que la Reina Victoria fuese proclamada «Emperatriz de las Indias.»

Ni el protectorado de las islas Sandwich, ni la compra del Canal de Suez, ni la anexión de Candia, habían satisfecho tánto el orgullo inglés como lo satisfizo este pensamiento; y la graciosa soberana, en recompensa, lo ennobleció y le dió el título de LORD BEACONSFIELD, título con que murió, que legó á su familia y con el cual será conocido en la Historia.

Del judío padre de D' Israely es el libro *Literatury curiosities;* y para que el lector descanse de tantas descripciones, inserto algunos capítulos que de dicha obra traduje al español, en mis *ratos de ocio*, como dicen los literatos.

CAPITULO XVIII.

Curiosidades literarias por J. D'Israely.

POBREZA DE LOS SABIOS.

POCAS veces la fortuna ha condescendido en ser la compañera del genio: todos encuentran mil caminos para llegar á su palacio, pero no hay más que uno abierto, y éste muy difícil para los hombres de letras. Si nosotros erigiéramos un asilo para los genios venerables, como lo hacemos para los valientes y para la parte desvalida de los ciudadanos, este asilo podría llamarse *Hospital para los incurables.* Si la fama no protege al hombre de genio contra el hambre, la caridad debiera hacerlo, y tal acto no debería mirarse como una deuda pagada por la sociedad á un miembro desamparado, sino como un tributo ofrecido por nosotros al genio. Aun en estos tiempos ilustrados, ¡cuántos no han vivido en la oscuridad, mientras que su reputación estaba anchamente extendida, y han perecido en la pobreza, mientras que sus obras han enriquecido á los literatos!

Las historias de los héroes de la moderna literatura son tan numerosas como melancólicas.

Xilander vendió sus notas sobre Dión Cassius por una comida; él dice: «A la edad de diez y ocho años yo estudiaba para adquirir gloria, y á la de veinticinco para ganar pan.»

Cervantes, el inmortal genio español, vivió siempre miserable. Camoens, el único orgullo de Portugal, privado de lo necesario para la vida,

murió en un hospital de Lisboa. Este hecho ha sido referido en una nota escrita por un fraile, que fué testigo de la escena de muerte del poeta, y que recibió de sus manos la obra que hoy conserva su melancólica memoria. «¡ Qué cosa tan lamentable, dice, ver á un genio tan grande, tan mal recompensado ! Yo lo vi morir en un hospital de Lisboa, sin tener una sábana ni cubierta alguna, después de haber triunfado en las Indias orientales y navegado cinco mil quinientas leguas. ¡ Qué buena lección para los que se fatigan noche y día estudiando sin recompensa !» Un hidalgo reprochaba á Camoens no haber cumplido su promesa de escribirle unos versos, y él le contestó: « Cuando yo escribía versos, era joven, tenía bastante aliento, era amante, y amado por mis amigos y por las mujeres: entonces yo sentía un ardor poético; ahora no tengo espíritu ni paz en mi alma: ved allí á mi Juan, que me pide dos sueldos para carbón, y yo no tengo cómo dárselos.» Los portugueses, después de que lo mataron de hambre, le dieron el título de *Grande.*

Vondel, el duque de Shakespeare, vivió en la pobreza aun después de haber compuesto un crecido número de tragedias populares, y murió así á la edad de noventa años: entonces su ataúd fué cargado por catorce poetas que, sin tener su genio, participaban sí de su desventura.

El ilustre Tasso estuvo reducido á tal estado de pobreza, que se vió obligado á prestar una *corona* á un amigo para subsistir por una semana. Él alude á su posición, en un lindo soneto dirigido á su gato, suplicándole que lo auxilie por la noche con el brillo de sus ojos. « *Non avendo candele per inscribire i suiversi.*»

Cuando la generosidad de Alfonso habilitó á Ariosto para edificar una casa, ésta quedó tan mal adornada, que se le dijo no convenir á un hombre que había levantado tan hermosos palacios en sus escritos; y él contestó: « *Che parvile pietre e purvi le parole non é il tentores medesimo.*» Esta casa se muestra todavía en Ferrara. *Parva red opta* la llamaba él, ostentando que la había edificado con su dinero. Esto lo decía en un momento de buen humor de que no siempre gozaba, porque en sus *Sátiras* se queja amargamente de la esclavitud, de la dependencia y la pobreza. Entonces no pensaba él que *Il Comune* hubiera de comprar su casita para dedicarla como un monumento á su inmortal memoria.

El distinguido cardenal Ventivoglio, honra de Italia y de la literatura, pereció en la vejez acosado por la más espantosa miseria, y habiendo vendido su palacio para satisfacer á sus acreedores, á su muerte no dejó más que su reputación. El erudito Pomponio Laeto vivió tan miserable, que su amigo Platino, que escribió un libro de cocina, habla de

él en su obra, diciendo que si á Laeto le hubieran robado un par de huevos, no habría encontrado con qué comprar otros. La historia de Aldrovando es noble y patética: habiendo gastado una gran fortuna para formar un gabinete de historia natural, y habiendo empleado á los primeros artistas de Europa, murió después en el hospital de aquella ciudad, á cuya fama había contribuído eminentemente.

Du Rier, célebre poeta francés, tenía que escribir con la mayor rapidez y vivía en una choza, en un pueblo oscuro: los libreros le compraban sus versos de más de cien piés á cien sueldos, y los de menos á cincuenta. ¡Qué interesante pintura nos da un autor contemporáneo de una visita hecha al pobre é ingenioso autor! «En un hermoso día de verano, dice, fuimos á visitarlo á alguna distancia de la ciudad. Nos recibió con placer, habló de sus numerosos proyectos y nos mostró varias de sus obras; pero lo que más nos interesó fué que aunque estaba temeroso de descubrirnos su pobreza, nos dió, sin embargo, algunos refrescos. Nos sentamos debajo de una espesa encina, se extendió el mantel sobre la yerba, su esposa nos trajo leche, agua fresca y pan negro, y él nos limpiaba un canasto de cerezas. Nos invitó á comer, pero nosotros no tomamos un bocado de este hombre amable sin derramar lágrimas, al verlo ya viejo, tan mal tratado por la fortuna, y no teniendo nada más que dejar á su familia sino su gloria literaria.»

Vaugelas, el escritor francés más puro, que gastó treinta años en la traducción de Quinto Cursio (paciencia que los traductores al vapor no podemos concebir), murió sin poseer nada valioso, sino sus preciosos manuscritos; y dejó su cuerpo á los cirujanos para el pago de sus acreedores.

Luis XIV honraba á Racine y á Boileau con una audiencia privada cada mes. Un día el rey preguntó: ¿qué hay de nuevo en el mundo literario? Racine contestó que un espectáculo melancólico en la casa de Corneille, á quien había encontrado muriéndose y sin tener siquiera una taza de caldo. El rey guardó un profundo silencio, y mandó al poeta una suma de dinero.

Dryden vendió á Thomson por menos de trescientas libras diez mil versos, como puede verse en el prólogo con que han sido publicados.

Purchas, que en el reinado de Jacobo I gastó la vida en viajar y estudiar para formar su obra de *Relación del mundo*, cuando la publicó, en recompensa de su trabajo fué reducido á prisión por pedimento del impresor. Y éste era el libro que, según dice el autor en su dedicatoria á Carlos I, su padre leía todas las noches con provecho y satisfacción.

El marqués de Worcester, en una petición al parlamento en el reinado de Carlos IV, ofreció publicar los cien procedimientos y máquinas enume-

radas en su curioso *Centenario de invenciones*, con tal de que se le diese con qué « salir de las dificultades en que se había envuelto para conseguir sus útiles descubrimientos.» La petición no fué atendida, y muchos de estos descubrimientos se perdieron. El movimiento por vapor y el telégrafo estaban entre ellos.

Aparece por escritos de 1524, que Rushworth, el autor de las *Colecciones históricas*, pasó sus últimos años en la cárcel por deudas, en donde sin duda murió. Después de la restauración, cuando él presentó al rey varios de los libros de los Concilios que había preservado de la ruina, recibió por toda recompensa las *gracias de su Majestad*.

Rymer, el colector de la *Fœdra*, debió haber estado en una melancólica situación, según la siguiente carta, dirigida por Pedro Norroy al Conde de Oxford:

« Deseo por el bien de Mr. Rymer, dice el historiador, manifestar á su Señoría el estado de sus negocios. Él se vió obligado hace algunos años á disponer de todos sus libros impresos para subsistir, y ahora dice que vende todos sus manuscritos al mejor postor, si su Señoría no quiere comprárselos para la librería de la Reina : son cincuenta volúmenes en folio, sobre asuntos públicos, que él ha recogido pero no impreso ; y el precio que demanda es el de quinientos florines.»

Simón Ockley, erudito conocedor de la literatura oriental, dirige al mismo Conde una carta en que pinta su congoja con sombríos colores. Después de haber consagrado su vida á los estudios orientales, entonces muy poco conocidos, tuvo el sentimiento de fechar el prefacio de su grande obra en el Castillo Cambridge, en donde estaba confinado por deudas, y con un aire de triunfo manifiesta el entusiasmo de un mártir por la causa en que perece.

Publicó su primer volumen sobre la *Historia de los Sarracenos* en 1808, y ardientemente consagrado á sus estudios orientales, publicó el segundo diez años después, sin protección ninguna. Aludiendo al valor necesario para consagrar la juventud á remover los obstáculos para tales estudios, observa que los jóvenes deben venir valientemente con el prospecto de encontrar placer en una prisión, transcribiendo para la prensa aquellos papeles que han recogido con infatigable trabajo, frecuentemente á costa de su persona y de todas las conveniencias de la vida. « Aunque yo puedo asegurarles por mi propia experiencia, dice, que he gozado de más verdadera libertad, de más feliz descanso, de más sólido reposo *aquí* en seis meses, que en tres veces el mismo número de años en el tiempo anterior. Mala es la condición del historiador que emprende escribir la



vida de los otros antes de saber cómo debe vivir él mismo! No es que al hablar así tenga yo alguna causa de indignación contra el mundo; nó, yo siempre escogí de preferencia la posesión de la sabiduría á la de las riquezas.»

Spenser, el hijo de la fantasía, pasó toda su vida en la miseria. Mr Malone intentaba probar que gozaba de una pequeña pensión, pero los sentidos versos del poeta lo contradicen:

Poco conoces tú, que no has sufrido
Del infierno del hambre el padecer,
Humillarse, adular como un mentido,
Y nada al fin tus versos merecer.

¡Cuánto afecta la muerte de Sydenham, que consagró su vida á la difícil traducción de Plauto y que falleció en un hospicio! Su muerte dió origen al *Fondo literario para el recurso de los autores pobres*, establecido en Londres.

¿Quiénes se consagrarán á trabajos importantes, después de haber leído estas anécdotas, y las que referimos en *Las calamidades de los autores?* Sólo los que deseen tener sobre su tumba el epitafio del encantador Le Sage:

Sous ce tombeau git Le Sage abattu
Par le ciseau de la Parque importune,
S'il ne fut pas ami de la fortune,
Il fut toujours ami de la vertu.

SABIOS PERSEGUIDOS.

Aquellos que han trabajado con más celo en la instrucción de la especie humana, son los que han sufrido más con la ignorancia; y los inventores de las nuevas ciencias y artes, jamás se han visto dignamente aceptados en el mundo. Con un noble concepto de su propio genio, lord Bacon, en su profético testamento, se expresaba así: «Dejo mi nombre y mi fama á los que hablan con caridad, á las naciones extranjeras y á los siglos venideros.»

Antes de Galileo y de Harvey, el mundo creía en la estagnación de la sangre y en la diaria inmovilidad de la tierra; y por haber negado estos

errores aquellos hombres sublimes, el uno fué perseguido y el otro ridiculizado.

La inteligencia y la sabiduría de Sócrates fueron castigadas con la muerte. Cuando Anaxágoras intentó propagar una justa idea del Ser Supremo, fué arrastrado á una prisión. Aristóteles, después de una larga serie de persecuciones, se vió obligado á tomar veneno. Heráclio, atormentado por sus compatriotas, rompió toda comunicación con ellos. Los famosos químicos y geómetras Gubert y Roger Bacon, fueron ahorcados por magos. El Obispo de Otho refiere gravemente que el Papa Gilberto VIII obtuvo el pontificado por haberse entregado enteramente al diablo, y el pueblo creía que, en efecto, mantenía comunicación secreta con el demonio. ¡ Aquélla era, en verdad, una diabólica edad !

Habiendo afirmado Virgilio, Obispo de Salisburgo, que había antípodas, fué declarado hereje y condenado á las llamas por el Arzobispo de Ments; y el abate Trithemio, que, deseoso de mejorar la estenografía ó el arte de escribir en *cifra*, publicó varias obras sobre este objeto, mereció que fuesen condenadas como obras llenas de misterios diabólicos, y que Federico II, Elector Palatino, mandase que esa obra original, encontrada en su librería, fuese quemada públicamente.

Galileo fué condenado en Roma á retractarse de sentimientos de cuya verdad estaba persuadido. ¿ Y son éstos mis jueces ? exclamaba retrocediendo al aspecto de los inquisidores, cuya ignorancia le espantaba. Encarcelado, fué visitado por Milton, quien nos cuenta que era entonces viejo y pobre. El ignorante confesor de su viuda, aprovechándose de su piedad, examinó los manuscritos de este gran filósofo, y destruyó todos aquellos que, según su *juicio*, no debían ser conocidos del mundo.

Gabriel Naude, en la defensa de los grandes hombres que han sido acusados de magia, recuerda un melancólico número de eruditos distinguidos que obtuvieron grande éxito en sus estudios, pero cuyo éxito los arrastró á persecuciones continuas, á la prisión y á la tumba.

Cornelio Agripa se vió obligado á abandonar su patria y el goce de una fuerte pensión, tan sólo por haber ensayado algunas experiencias físicas, que hoy ejecutan todos los muchachos de escuela; pero principalmente por haber negado mil absurdos populares fué tan violentamente atacado, que tuvo que andar huyendo de lugar en lugar. El pueblo lo miraba como un objeto de horror, y muy frecuentemente, cuando se aproximaba á una ciudad, encontraba las calles desiertas. Al fin murió en un hospital.

En aquellos tiempos era cosa común sospechar que todo grande

hombre tenía comunicación con un espíritu familiar. Se creía que el hermoso perro negro de Agripa era un hermoso demonio. Cuando Urbano Grandieux fué conducido al patíbulo, una mosca estaba sobre su cabeza, y un monje que había oído decir que en hebreo Belzebú significaba « dios de las moscas,» aseguraba que él había visto á este espíritu venir á apoderarse de Grandieux. Mr. De Langeaux, ministro francés que empleaba muchos espías, fué frecuentemente acusado de mantener comunicación con el diablo. Sixto V, el Mariscal Faber, Roger, Alejandro VI, y César Borgia, han tenido, según la historia, un demonio sirviente.

A Decordan se le creía mago : el hecho es que él era para su tiempo un hábil naturalista, y entonces el que descubría algo del arcano de la naturaleza era inmediatamente considerado como mágico. Aun los sabios mismos que no se habían dedicado al estudio de la naturaleza parece que obraban impulsados de los mismos sentimientos que los ignorantes ; así, cuando Alberto, comunmente llamado el Grande, epíteto que debió á su apellido De Graof, construyó una curiosa obra de mecánica que lanzaba algunos sonidos articulados, Santo Tomás de Aquino se aterró tanto con ella, que la volvió pedazos con su báculo, y con gran pesar de Alberto aniquiló el ímprobo trabajo de treinta años.

Petrarca deseaba el laurel, menos por el honor de merecerlo que por la esperanza de que le sirviese de escudo contra el rayo de los fanáticos, de que él y su hermano, también poeta, se veían continuamente amenazados. Los fanáticos no podían imaginar que hubiese un poeta sin estar en comunicación con el diablo. « Esto, dice el abate Resuel, era tener una idea muy elevada de la poesía, aunque muy baja de los poetas.» Un antipoético inquisidor se hizo célebre persiguiendo á todos los que hacían versos, cuyo poder atribuía á Lucifer.

La luz de la filosofía ha despejado todas estas decoraciones de magia y ha mostrado la espantosa cadena de errores y preocupaciones á la cual ha estado atada la humanidad.

Descartes fué horriblemente perseguido en Holanda, cuando por primera vez publicó sus opiniones. Voeone, fanático de mucha influencia en Utrech, lo acusó de ateísmo, y aun había proyectado en su mente quemar á este filósofo en un gran fuego, colocado en una eminencia, de manera que pudiese ser visto por las siete provincias. Mr. Hallam observa que la *ocdalia*, ó prueba del fuego, era el gran purificador de los hombres y de los libros, y que esta persecución de la ciencia y del genio duró hasta el siglo XVII.

LIBRERÍAS.

La pasión por formar vastas colecciones de libros ha existido necesariamente en todos los períodos de la curiosidad humana, pero por mucho tiempo se necesitó una munificencia real para poder fundar una librería; y ha sido sólo desde que se descubrió el arte de multiplicar las producciones de la mente, que los hombres de letras han podido rivalizar este imperial y patriótico honor. El gusto por los libros, tan raro antes del siglo XV, se ha hecho general, y en este corto espacio de quinientos años es que se ha formado la opinión pública en Europa.

Sobre librerías hay las siguientes anécdotas, que muestran el afecto ó la veneración que los hombres civilizados han sentido siempre por estos repertorios eternos de las ciencias. La primera librería nacional fundada en Egipto, parece que fué puesta bajo la protección de las divinidades; sus estatuas adornaban ese templo dedicado á la vez á la religión y á la literatura, y en la fachada tenía esta inscripción: «Alimento del alma.»

Los Tolomeos fundaron la biblioteca de Alejandría, que fué después la emulación de los monarcas rivales: el fundador infundió un alma á este vasto cuerpo con la elección del librero Demetrio Valerio, cuya hábil industria recogió de todos los pueblos las más escogidas producciones. Sin tal librero, la biblioteca hubiera sido un caos. Su ejercitada memoria y su buen gusto fueron siempre el mejor catálogo. Uno de los Tolomeos se negó á auxiliar á los hambrientos atenienses hasta que ellos no le diesen los manuscritos originales de Sophocles y Eurípides, y devolviéndoles tan sólo la copia de éstos, les perdonó los quince talentos que les había prestado con aquella prenda. Aun los tiranos y usurpadores, cuando han poseído tanto talento como valor, se han mostrado los más ardientes patronos de la literatura; ellos sabían bien que estaba en su interés distraer la opinión pública de los asuntos políticos, y dar á la inagotable curiosidad de sus súbditos en qué ocuparse con los dulces placeres de la literatura. Así se dice de Pisistrato, que fué el primero entre los griegos que proyectó una inmensa colección de los sabios, y que fué él quien reunió las obras dispersas que hoy llevan el nombre de Homero.

Los romanos, después de seis siglos de graduales conquistas, debieron poseer una vasta colección de los escritos de todas las naciones que conquistaron; pues sabemos que entre los despojos de sus victorias, los manuscritos se consideraban más preciosos que los vasos de oro. Pablo Emilio, después de la derrota de Perseo, rey de Macedonia, llevó á Roma un gran número de escritos que había recogido en Grecia, y allí regaló los unos á

sus hijos y los otros los presentó al pueblo romano. Syla siguió su ejemplo. Después del sitio de Atenas encontró una gran librería en el templo de Apolo, y llevándola á Roma, fundó con ella la primera biblioteca de aquella ciudad. Después de la toma de Cartago, el Senado romano recompensó á la familia de Régulo con los libros que se encontraron allí. Una librería era un regalo nacional, y él más honroso que se podía hacer. Conocemos el magnífico gusto que por las librerías tenían muchos romanos ilustres: entre ellos son célebres por el esplendor de sus librerías, Pollio, Craso, César y Cicerón. Lúculo gastó una riqueza increíble en una espléndida librería, que era accesible á todos los sabios. «Era una librería, dice Plutarco, cuyos muros, galerías y gabinetes estaban abiertos para todos los que querían visitarla, y los literatos griegos, en los ratos de descanso, se retiraban á este recinto de las musas á hablar de literatura, en cuyas conversaciones tomaba siempre parte Lúculo.» Esta librería fué después aumentada con otras, y César pensó abrirla al público, nombrando de librero al erudito Varro; pero los puñales de Bruto y su partido malograron el meditado proyecto de César.

Los emperadores, á lo último, se mostraron ambiciosos de dar su nombre á las librerías que fundaban, no considerando la púrpura como su más brillante adorno. Augusto era autor, y en uno de aquellos suntuosos edificios llamado Termas, adornados con pórticos, galerías y estatuas, con sombreados, muros y baños refrescantes, manifestó su amor á la literatura añadiendo dos magníficas librerías, una de las cuales llamó con el nombre de su hermana Octavia, y la otra con el de «Templo de Apolo,» y que ha sido conmemorada por los poetas Horacio, Juvenal y Persio. Los sucesores de Augusto imitaron su ejemplo, y hasta Tiberio tenía una librería imperial, aunque sólo consistía en obras relativas al imperio y á los actos de los soberanos.

En una palabra, nosotros tenemos descripciones de los ricos adornos con que los antiguos engalanaban sus librerías, de sus pisos de mármol, paredes cubiertas de cristal y marfil, y estantes y escritorios de ébano y cedro.

La primera librería pública en Italia fué fundada por un hombre que no tenía gran fortuna; pero su crédito, su frugalidad y su energía fueron superiores á su tesoro. Este hombre extraordinario fué Nicolás Nicole, hijo de un comerciante, y comerciante él mismo en su juventud; pero después de la muerte de su padre abandonó esta carrera y consagró su alma al estudio y su fortuna á la protección de los estudiosos. Cuando murió, dejó su librería al público ; pero sus deudas eran mayores que sus

bienes, y tuvo Cosme de Médici que realizar la intención de Nicole, añadiéndole además un departamento en que colocó manuscritos griegos, hebreos, árabes, caldaicos é índicos. A la intrépida resolución de Nicolás V se debe la del Vaticano. Al amor del cardenal Besarión por su patria, debe Venecia los primeros fundamentos de una librería pública; y á Sir T. Botley debemos nosotros la inapreciable de Oxford.

La literatura, como la virtud, tiene en sí misma la recompensa, y el entusiasmo que algunos sabios encuentran en los goces de una vasta librería, les recompensa del abandono del mundo y de las calumnias de que muchas veces han sido víctimas. Ricardo de Bury, obispo de Duckam y canciller de Inglaterra en 1343, levantó por primera vez una librería particular en nuestro país. Compró treinta ó cuarenta volúmenes al abad de St. Albans por cincuenta libras de plata, y estaba tan enamorado de su gran colección, que compuso expresamente un tratado sobre su amor á los libros, bajo el titulo de *Philobiblión:* honroso tributo pagado á la literatura en una edad nada literaria.

Henry Rantzau, caballero danés fundador de la gran librería Copenhague, cuyos días se deslizaron en los placeres de la lectura, describe su gusto por los libros en este elegante rasgo:

«Salve mis libros de oro, mi delicia, mi más rico tesoro, vosotros siempre regocijais mis ojos. Sabios que instruís deleitando ; luces que brillais al través de las edades, que dejan en vuestras hojas consignada su historia y que os encargan de ostentar sus glorias, vosotros no las habeis engañado. Libros queridos, yo os saludo.»

En 1364 la librería real de Francia no excedía de veinte volúmenes: poco tiempo después Carlos IV la aumentó hasta novecientos, cuya librería, por las circunstancias de la guerra y por la escasez de dinero, fué comprada por el Duque de Bedford, quien la transportó á Inglaterra, en donde las librerías hasta 1440 fueron mucho más pequeñas que en el continente. Es una circunstancia digna de notarse, que el soberano francés Carlos V dispuso que treinta luces y una lámpara de plata en el medio, estuviesen ardiendo toda la noche en la librería, para que los estudios no se encontrasen interrumpidos á hora ninguna.

La historia de la *Bibliotheque du Roy* es un incidente curioso en la literatura ; porque los progresos de la mente humana y de la opinión pública pueden trazarse allí exactamente, en el lento cambio de las obras de insípida literatura, teología, jurisprudencia y medicina, á las de filosofía y elegante literatura. En 1789, Necker encontró que los tesoros de literatura alcanzaban á doscientos veinticinco mil libros impresos, setenta mil

munuscritos y quince mil colecciones de impresos. En un curioso volumen publicado por Mr. Le Prince, aparece que por primera vez, bajo el reinado de Luis XIV, se arreglaron y calificaron las obras de grabado. El gran Ministro Colbert compró la vasta colección del abate Marolles, quien merece ser colocado entre los padres de nuestros colectores de impresos.

Mr. Hallam ha observado que hasta 1440 la Inglaterra había hecho muy poco progreso en las ciencias, y que la Alemania estaba probablemente menos avanzada. Sin embargo, había un alemán, célebre colector de libros, Trithemio, abate de Spankeim, que murió en 1516; él había reunido cerca de dos mil manuscritos; tesoro literario que llamaba la atención general y que hacía que los príncipes y los hombres eminentes de aquel tiempo viajasen para visitar á Tritento y su librería. En aquel tiempo siete ú ochocientos volúmenes formaban una librería nacional, y su alto precio podía ser pagado por sólo un príncipe. Se había hecho sin duda un gran avance en las librerías, cuando al principio del siglo XV la librería de Luis IX contenía sólo cuatro autores clásicos, y la de Oxford en 1300 «unos pocos rasgos sobre hojas de papel.»

POETAS, FILÓSOFOS Y ARTISTAS HECHOS POR ACCIDENTE.

La casualidad ha despertado muchas veces el poder y la energía de los grandes genios. «Fué en Roma, dice Gibbon, estando yo sentado entre las ruínas del capitolio, oyendo á los frailes descalzos, que cantaban vísperas en el templo de Júpiter, que la idea de escribir una obra sobre la declinación y caída de la ciudad imperial, vino por primera vez á mi imaginación.»

El padre Malebranche, habiendo concluído sus estudios de filosofía y teología, sin más intención que la de consagrarse á una orden religiosa, no imaginaba la gloria que sus obras debían adquirirle. Estando un día, en una hora de ociosidad, registrando los estantes de un librero, encontró *El hombre*, de Descartes, lo abrió, leyó en diversas partes, y le causó tal placer, que las palpitaciones de su corazón le obligaron á dejar caer el libro. Esta circunstancia fué la que produjo esas profundas contemplaciones que hicieron de Malebranche el Platón de su siglo.

Cocoley fué poeta por casualidad. Cuando era muy joven, encontró en la Cámara de su madre *La Reina encantadora*, de Spencer, y por

un continuo estudio de la poesía de este libro, se hizo adorador de las musas y poeta incorregible.

El D. Thomas nos informa que Sir Reinolds sintió inclinación por su arte, leyendo por primera vez el *Tratado de Richardson*.

Vaucanson desplegó un ingenio mecánico extraordinario, y su gusto se determinó también por un accidente. Cuando muchacho, tenía que esperar á su madre todos los días en la habitación de su confesor, y mientras que ella lloraba de arrepentimiento, él lloraba de hastío. En este estado de ociosidad, un día le llamó la atención el movimiento uniforme de la péndola del reloj que estaba en la pared, y despertándose su curiosidad, se acercó, estudió su mecanismo, y lo que no pudo descubrir lo imaginó. Entonces proyectó una máquina semejante, y por grados consiguió construír un reloj : alentado por este éxito, siguió con otras empresas, y el genio que ideó un reloj por casualidad, con el tiempo hizo el maravilloso autómata que tocaba flauta.

Si la imprudencia de Shakespeare no le hubiese obligado á dejar su comercio de lanas y su ciudad: si no se hubiese enganchado en una compañía de comediantes, y cansado de ser un cómico mediano, no se hubiera hecho también autor, el prudente Shakespeare, comerciante de lanas, no habría sido jamás un poeta distinguido.

Un accidente determinó el gusto de Molière por la representación. Su abuelo amaba el teatro, y lo llevaba allí frecuentemente ; el joven vivía en la disipación, y observando esto su padre, preguntó un día, lleno de cólera, si su hijo iba á ser cómico también, pues que no pensaba en otra cosa. Dios lo quiera, contestó el abuelo, pues sería tan buen cómico como Montrose. Estas palabras impresionaron al joven Molière, quien dejó su odiado comercio de tapices, para entregarse á su querida distracción ; y á esta circunstancia debe la Francia su mejor escritor cómico.

Corneille se enamoró, y correspondido de su querida, le hizo versos, compuso para ella la *Medea*, y después sus otras obras célebres. El discreto Corneille, sin haberse enamorado, habría permanecido siempre de simple y oscuro abogado. Así es que la devoción de una madre, la muerte de Cromwell, el robo de un venado, la hermosura de una mujer y la exclamación de un viejo, han dado cinco ingenios ilustres á la Europa.

Debemos el gran descubrimiento de Newton á un accidente muy sencillo. Estando de estudiante en Cambridge, se retiró al campo durante el tiempo de la peste, y leyendo un día debajo de un manzano, cayó una fruta y le dió un golpe muy fuerte en la cabeza. Observando la pequeñez de la manzana, se sorprendió de la fuerza del golpe, y esto le condujo á

examinar la celeridad de los cuerpos en descenso, de donde, deduciendo el principio de la gravedad de los cuerpos, encontró el fundamento de su sistema.

Ignacio de Loyola era un caballero español que fué herido en el sitio de Pamplona. Durante su enfermedad, le dieron en vez de novelas, para leer, la vida de los santos; con esto se le calentó la cabeza, y concibió una loca ambición por ser el fundador de una orden religiosa; de aquí nació la sociedad de los Jesuítas.

Rousseau dice que la fuerza de su poder excéntrico se despertó con el aviso de un premio que ofrecía la academia de Dijón al que compusiese un discurso sobre cierto objeto, para lo cual él compuso en efecto su celebrada *Declamación contra las artes y las ciencias*, circunstancia que marcó su vida futura.

Lafontaine, á la edad de veintidos años, no tenía profesión alguna, ni se había dedicado á ningún estudio. Habiendo oído por casualidad unos versos de Malherbe, sintió un secreto impulso que presagió su porvenir. Inmediatamente lo compró, y estuvo tan encantado con el poeta, que después de pasar las noches atesorando sus versos en la memoria, de día se retiraba á los bosques á repetírselos á las Dríadas; y poco tiempo después repetía ya los suyos.

Flamstead fué astrónomo por casualidad. Habiéndolo echado de la escuela por ocioso, la ociosidad le hizo hojear un día el libro de la *Esfera*, de Sacrobosco, y le gustó tanto, que inmediatamente principió un curso de Astronomía. La inclinación de Penant hacia la *Historia natural* nació de la rápida lectura de la obra de *Los Pájaros*, de Mr. Wily.

Bonnet encontró un día sobre la mesa de su maestro el libro de Insectos, y no habiendo éste querido prestárselo, resolvió conseguir una copia á pesar de todas las dificultades: y una vez en su poder, la estudió por orgullo, y su lectura dió una dirección inalterable á su carácter; pues en adelante fué tan apasionado por este ramo de la ciencia, que perdió la vista por uso del microscopio.

El doctor Franklin atribuye la formación de su carácter á una circunstancia semejante. «Encontré, dice, la obra de Foe titulada *Ensayo sobre los proyectos*, y con su lectura recibí impresiones que han influído desde entonces en muchos acontecimientos de mi vida.»

Es notable la circunstancia que movió á Roger Archem á escribir su *Maestro de escuela*, uno de los más útiles y curiosos tratados que tenemos. En una comida dada por Sir W. Cecil en Windsor, adonde la Reina se había retirado durante la peste, y á la cual fueron invitados varios

hombres ilustres, Cecil dijo que algunos muchachos se habían huído por la mañana de la escuela, por la severidad del maestro, cuya severidad él había condenado, pues era un error emplear el rigor para educar á los jóvenes. Sir Pehy, duro de corazón, sostuvo lo contrario, y defendió ardientemente los azotes, asegurando como una cosa indudable, que el mejor maestro en Inglaterra era el mejor azotador. Indignado entonces Archem, exclamó «que si tal maestro tenía un discípulo aprovechado, era por el talento del muchacho y no por el castigo del maestro,» prometió escribir una obra sobre esta materia y á pocos días salió á luz su *Maestro de escuela.*»

CAPITULO XIX.

Palacio de Windsor — Batalla de Waterloo — Wellington — La Reina Victoria — Respetabilidad del matrimonio.

CONOCER un PALACIO REAL, ver el interior de la habitación de la Reina Victoria, es una curiosidad bien natural para el que ha vivido pobremente en una apartada ciudad, en donde no hay ni una casa elegante, ni el lujo de las cortes europeas ; y esto me movió á hacer un viaje á WINDSOR, mansión real en verano de los Reyes de Inglaterra, llena de tradiciones y frecuentemente citada en la historia. Por fortuna la generosa Reina Victoria permite al público estas visitas y puede uno penetrar, siempre que guarde el debido respeto, á ciertos departamentos del palacio.

Windsor dista de Londres tanto como Bogotá de Facatativa, es decir, siete leguas; y en los tiempos en que era preciso atravesar los caminos, llenos de lodo, á caballo, y aun después en coche, con mil dificultades y tropiezos, la mansión real tenía un aspecto de soledad, de aislamiento y de campestre, que hacía todo su encanto ; pero este aspecto lo ha perdido hoy con los ferrocarriles, que en quince minutos llevan á la Reina de este palacio al de *Saint James*, en Londres.

Algunos aseguran que la torre de Windsor fué levantada por Julio César, y otros, que se debe á Guillermo el *conquistador* ; pero sí es cierto que es muy antigua, y que el palacio fué edificado por Eduardo III.

No hay campos tan bellos como los de Inglaterra : el verdor de sus

prados es magnífico, y el césped está siempre fresco y húmedo. Tomando un coche para ir por la mañana á Windsor, se disfruta inmensamente. La vista se extiende sobre la gran variedad de formas de la pradera, desvanecidas por la bruma é iluminadas por un sol tenue y apacible ; y todos los objetos parecen vaporosos. La primera claridad del día se muestra en un lejano horizonte, tiñendo el oriente de rosa, y el Támesis brilla á intervalos, como esos diamantes que los joyeros suelen mezclar en un aderezo de esmeraldas. Sólo en los paisajes de Rambrant hay esa luz, ahogada por la niebla, llena de vapores, con ligeros y continuos cambios, de un azul claro que embellece los contornos de todos los objetos y forma entre la tierra y el cielo, á lo lejos, un límite que detiene la mirada.

Todo es verde en los campos de Inglaterra, pero de un verde suave que se aclara á la distancia. Se siente la paz y la frescura de la vegetación infinita. De todos lados se levanta una bruma que desciende lentamente, que sigue como un velo, no de gasa, sino de muselina, y se detiene y se rompe contra los grupos de encinas seculares y viejos robles, de que la pradera está cercada. ¡Qué espectáculo ! Los castaños, los álamos, parecen viejos amigos, nobles criaturas que inclinan sus ramas al viajero en señal de saludo ; y á sus pies el verde y húmedo césped, donde la virgen de la noche ha dejado sus lágrimas y que parece sonreírle aún de una manera encantadora. Del cielo, de la tierra y del aire parece desprenderse una especie de quietud afectuosa, que acoge al alma cansada y rendida con el bullicio de Londres.

Las selvas de América, vírgenes y agrestes, son magníficas, pero su aspecto regio y su sombría profundidad inspiran ideas melancólicas y á veces terror; las llanuras del Nuevo Mundo son espléndidas, pero su soledad abruma, su inmensidad entristece, su salvajismo desconsuela, y reina en los campos un aspecto primitivo ; y tan desgreñada y vigorosa se muestra la naturaleza, que el ánimo, apocado, vuelve la mirada á la ciudad como á un asilo en donde ha de hallar hombres dispuestos á ampararlo contra los rigores de la naturaleza.

En Inglaterra la campiña es un verjel en donde los árboles, el bosque y la pradera, las frutas y las flores, todo canta y ríe y le tributa al hombre, con amor y dulcemente, sus ruidos apacibles y sus gratos perfumes; y el hombre enamorado vive en la naturaleza y disfruta dichoso de sus dones.

Imagínese el lector este paisaje: sobre ese verde inexplicable de los prados de *ray-gras* se levantan los manzanos cargados de frutos ó los cerezos de flor, y las abejas, haciendo allí su nido, llenan de ruidos la atmósfera. Hay tantos árboles y son tan magníficos en la pradera, que en algunos

puntos se mezclan sus ramas, y cruzando de uno á otro enredadas, forman un cielo de verdura, iluminado todo con una luz tenue, como pasando al través de una guardabrisa de cristal azul opaco. Más lejos están echadas, ó devorando el pasto, hermosas vacas ; sus ubres, llenas de leche, llegan hasta el suelo. Al pie de unas encinas negras y sombrías juegan alegres los venados; más allá está el Támesis acariciando estos lugares ; y sobre un pedestal verde é inmenso, entre las nieblas de la mañana y las brumas azules, se levanta una inmensa masa de piedra blanca que refleja á la luz del sol. Ese es WINDSOR.

Al aproximarse se ve la enorme torre redonda, tan ancha como alta, que se levanta á cuarenta y cinco varas del nivel del suelo, sobre murallas de piedra y con una azotea almenada, en donde hay un pequeño castillo, también de piedra, y allí flamea ese pabellón que luce en todos los mares. A uno y otro lado, paralelos á la torre, hay castillos, torres octágonas ó cuadradas, de distintas alturas, y muros que forman una calle prolongada, á la que se entra por una puerta de hierro. En el frente del castillo, que es una sola masa de piedra, compuesta de diversos cuerpos, hay unos edificios de ladrillo rojo, de aspecto secular; y en el medio está el espacioso patio, en donde la caballería de la guardia maniobra ampliamente, y cuyos centinelas, á caballo, puestos á uno y otro lado de la entrada, parecen también estatuas ecuestres de piedra.

Se entra á la torre por una puerta baja, que sin duda en los tiempos de guerra estaría cerrada ; se sube por una escalera elíptica de piedra, pudiendo mirar en los diversos descansos, por grandes ventanas á uno y otro lado ; en cada piso hay muchas habitaciones, salas de armas y museos, que en otro tiempo debieron ser la residencia del Gobernador de la torre ó los cuarteles de los cuerpos de guardia; y al fin se llega á la espaciosa azotea, en donde cree uno ver á los caballeros y á los vasallos sostener el sitio con tiros de ballesta y derrumbando piedras sobre los asaltantes, y á éstos con escalas intentando trepar por los escarpados muros.

Al pie de la torre se ha formado, en el terrado, un jardín que sólo contiene, sobre el musgo verde, estas letras enlazadas V R; y se goza de la más hermosa perspectiva de Inglaterra, pues se dominan doce condados, se ve el Támesis en una grande extensión, dando mil caprichosas vueltas, atravesado por muchos puentes y cruzado por muchos vaporcitos y barcas, que ligeras se deslizan; y á lo lejos se divisa la imperial Londres, alzando al cielo la cúpula de San Pablo.

En esta torre era donde se reunían en otro tiempo los *Caballeros de la tabla redonda.*

Entrando al patio del castillo por una de las tres puertas que comunican con el exterior,—la llamada de *Enrique VIII*,—se tiene al frente la *Capilla de San Jorge*, el santo patrón en otro tiempo de Inglaterra, cuyo nombre se invocaba en las batallas, y se repetía en medio de la refriega ¡ San Jorge ! ¡ San Jorge ! como grito de aliento y señal para distinguirse los ingleses de sus enemigos, como los españoles gritaban ¡ Santiago ! Esta capilla es la obra gótica más perfecta que se conoce en Inglaterra, y como en ella se reunían los Caballeros de la orden de la *Jarretière* (de la liga), tiene los asientos de cada uno de ellos admirablemente esculpidos, y encima el estandarte y el escudo de su casa, lo cual forma un conjunto bellísimo.

Esta orden de caballeros, la más ilustre en Inglaterra, tuvo este origen:

Estando el Rey Eduardo III bailando con la Condesa de Salisbury, se le cayó á ésta una liga, que el Rey se apresuró á recoger ; y como el esposo de la Condesa se sonriera con amargura, el Rey volvió y dijo : *Honny soit qui mal y pense.* Y para cumplir su palabra estableció una orden de caballería, en la que eran admitidos sólo veinticuatro caballeros de la más alta nobleza, siendo el Rey mismo el jefe ; llevando todos una liga azul en la pierna izquierda ; y tan ilustre fué la orden y tanta gloria conquistaron los caballeros, que todavía en el escudo de armas de la Gran Bretaña, sobre el leopardo y el caballo unicornio, se ostenta la liga con las inmortales palabras *Honny soit qui mal y pense.*

El antiguo mausoleo de los Reyes de Inglaterra está cerca de esa capilla, y en el centro levantó la Reina Victoria el sepulcro del Príncipe Alberto. En las paredes de la capilla se han incrustado medallones de mármol blanco, en los que, en medios relieves admirablemente dibujados, están los más notables rasgos de la vida del Príncipe ; y en el centro se levanta un cenotafio de mármol amarillo, y extendida sobre él, de mármol blanco transparente, la estatua en actitud de dormir. Después del monumento erigido á la memoria de aquel Príncipe en Londres, me pareció excesivo el orgullo de la Reina en levantar este otro en Windsor.

El servicio de esta iglesia se hace por canónigos que viven todavía en comunidad, en el edificio de ladrillo que está al frente, conservando todas las prácticas, disciplina y horas canónicas que guardan los canónigos de Bogotá.

Para juzgar de la afición de los ingleses por todo lo antiguo, baste saber que este edificio ó convento, que parece el más viejo de Windsor, es nuevo, pues habiéndose quemado el antiguo, le pagaron al arquitecto porque lo reconstruyese tan feo y tan mal hecho como era el anterior.

Entremos al palacio.

La *Sala de audiencia de la Reina* es una pieza larga y triste, con ventanas sobre el jardín; las paredes cubiertas de tapices de los gobelinos, descoloridos ya, y con sillas de brazos muy antiguas, de primoroso trabajo, y sofás ó canapés forrados en un género de seda que debió ser verde, y con fluecos del mismo color. En el fondo hay enormes cuadros de pintura con paisajes reales. El suelo está alfombrado.

De ahí, por una gran puerta que hay en el mismo cuerpo del edificio, se entra á la *Sala de presencia de la Reina*, donde se ven grandes espejos, las paredes con tapicería que representa paisajes de la Reina Ester y de Mardoqueo; dorados en las paredes, muebles también dorados, antiquísimos y feos, un jarrón de malaquita del tamaño de un hombre, regalado por el Emperador de Rusia á la Reina, y varias curiosidades regias.

Pero yo no vi el solio resplandeciente en el cual creía que había de aparecer la Reina, ni nada de lo que mi imaginación había creído encontrar. ¡ Famoso chasco !

El *Comedor* es todo de madera tallada, de cedro oscuro las paredes y el piso, y hay una gran mesa de caoba en el centro.

La *Sala de baile*, de construcción moderna, resplandeciente de oro, con muebles dorados á la francesa, el cielo con pinturas alegres, y las paredes con frescos que representan la *Conquista del vellocino de oro.* Esta sala sí es bonita.

Luégo salas de museo de pinturas, que llevan los nombres de Vandick, de Rubens y de otros pintores ; y después de muchas otras se llega á la *Sala de Waterloo.*

Allí está, al frente, WELLINGTON, que parece que habla, vestido de general ; á un lado un cuadro, que es la *Vista de la batalla de Waterloo;* en otro lado *El campo de Waterloo, visitado por Wellington y la Reina Victoria veinte años después de la batalla*, y al frente del primero el retrato del Rey Jorge III. Los muros están cubiertos de retratos de todos los generales que concurrieron á la batalla, del Emperador y Reyes aliados, de gran tamaño; de todos los reyes y jefes de las naciones en ese tiempo, y de todos los hombres notables y sabios de esa época.

—Mucho miedo le tenían al hombrecito francés, decía en aquella sala el señor Pérez, cuando tantos honores le tributan al majadero que lo venció en Waterloo, y tanto inmortalizan esa batalla, que según el dicho de Cambrone sólo fué......

Este es un sentimiento universal. La humanidad ve con pesar cortada

en Waterloo la maravillosa *Leyenda napoleónica*, y no le perdona á Wellington su victoria.

¡ Cómo es la humanidad !

Hay que reconocer que Napoleón, en la época de Waterloo, no era más que un revoltoso, del cual la Francia quería librarse,y de cuyas aventuras sangrientas estaba hastiado el mundo; que había sido el iniciador de la reacción en Francia contra la libertad, un usurpador y un tirano; que con su conducta turbulenta contribuyó á desacreditar la República y á que los Reyes adoptaran todas las medidas contra la Revolución, medidas acordadas como único medio de salvar la paz de las naciones; y que su caída y su envío á Santa Elena fueron un justo castigo infligido por los mismos reyes cuya alianza había solicitado.

En cuanto á Wellington, es preciso notar que no era un hombre de genio; pero que con el estudio y la reflexión logró abatir el genio de Napoleón y dar á la guerra el carácter que después ha tomado, á saber: el de un juego de muerte, en el que gana siempre el menos arrojado, el más reflexivo y el que menos expone á la casualidad y á la suerte.

Para los colombianos es antipático el nombre de Wellington, por un hecho inocente: por haber aconsejado al Rey de España que mandase á América al feroz Morillo como *Jefe del ejército pacificador* ; y su carácter frío, severo y desaliñado; su conducta en Portugal, nación amiga y aliada, á la que arruinó sin piedad como medida de guerra; el desprecio con que miraba el valor y entusiasmo español, diciendo siempre: *pelear por los españoles, pero no con los españoles ;* su influencia en la *Santa Alianza* y el no haber hecho nada por salvar al General Ney de la venganza de Luis XVIII, todo esto nos inspira aversión, y no podemos juzgarlo con imparcialidad.

La conducta que observó Wellington en la *guerra de España*, fué exactamente la misma de siempre, y con iguales buenos resultados. Nombrado en 1808 Teniente general del ejército inglés, fué enviado á la Península á sostener la guerra contra los franceses, y rechazó el ataque furibundo que le hizo el General Junot; pero no dió un paso adelante. Después de la catástrofe que las tropas inglesas sufrieron con Sir Moore, fué enviado á Portugal como General en jefe, obligó al General Soult á retirarse, y penetró en España, donde ganó la batalla de Talavera. Obligado á retirarse de nuevo á Portugal, lo hizo con calma y sangre fría, y allí se fortificó y resistió el empuje furibundo de Masena. Logró salir de Portugal y le ganó á Marmont la batalla de Salamanca. De nuevo obligado á retirarse ante la habilidad de Soult y

las acertadas maniobras de este gran General, maniobras que él no podía comprender ni contrarrestar, cruzó á Extremadura con una seguridad y una calma dignas del mayor elogio ; pero al tener noticia de los desastres de los franceses en Rusia, volvió á salir, y con igual calma los fué echando de España, y entró á Francia en el momento mismo en que el imperio se derrumbaba en París.

Al regreso de la isla de Elba, Napoleón derribó en *cien días* la dinastía de los Borbones en Francia, representada por un Rey amado é ilustrado como Luis XVIII, levantó, con sólo el entusiasmo que su nombre producía, el más hermoso ejército que se haya visto, y con su genio lo organizó, disciplinó, regimentó, armó y movió, llenando de pasmo, de admiración y de terror á todas las potencias de Europa. Cuando Napoleón hacía esto, Wellington era nombrado *Generalísimo de los ejércitos* de las potencias aliadas; y todas le enviaron sus tropas, descansadas, organizadas con anticipación, todos los recursos necesarios, y generales experimentados y sumisos á sus órdenes.

La BATALLA DE WATERLOO, que tuvo lugar el día 18 de Junio de 1816, y que decidió no solamente de la suerte de Napoleón y de la Francia, sino de la organización definitiva de todas las naciones de Europa, durante un siglo; batalla que ha tenido resonancia en todos los ángulos de la tierra, que los más grandes escritores han descrito y los más grandes generales explicado, que hace llorar aún á los franceses y que es el orgullo de los ingleses, creo que sucedió de la manera como voy á relatarla para aquellos que no la conozcan.

Wellington estaba tranquilo y descuidado con el ejército inglés, el belga, el hanoveriano y el de otras potencias aliadas en Bélgica, aguardando el ejército prusiano que, á las órdenes de Blücher y Bulow, debía llegar, y que Austria y Rusia le enviaran más tropas, para, de acuerdo con ellas, emprender operaciones sobre Francia contra Napoleón, que estaba debatiéndose allí contra el prestigio del Rey, la opinión que ya lo había abandonado, el pueblo que estaba exánime y rendido, y sus propios generales, que, reconocidos en sus grados, llenos de riquezas y contentos con otro régimen, estaban al lado del Rey; y Napoleón se debatía, al parecer sin esperanzas, por levantar un ejército que en ningún caso podría ser igual al de los aliados, cuando de repente apareció en Bélgica, echó de *Charle-roy* á los aliados, obteniendo una famosa victoria, y sin aguardar á que se incorporase la gran parte de su ejército que estaba á órdenes del General Grouchy, se va sobre Wellington, y principia así la batalla:

El General Ney, que mandaba el ala izquierda, debía atacar á los

belgas y sus aliados, mientras que el grueso del ejército se dirigía sobre Bruselas. Ney cumplió sus órdenes, arrojó á los belgas de sus posiciones y los derrotó hasta una floresta que hay á la entrada de Bruselas, en donde había fuerzas inglesas y hanoverianas, y allí el combate se hizo sangriento; pero los franceses avanzaban y entraban á la floresta. Por otro lado, ya los granaderos franceses peleaban encarnizadamente con los alemanes; pero á pesar de su arrojo, tuvieron que retirarse, y lo mismo hicieron los que se habían apoderado de la floresta.

Napoleón dispuso una carga, y el Duque de Wellington, á pesar de haber resistido los embates de Ney, tuvo que ordenar la retirada de todo el ejército, porque Napoleón, atacando por el centro, había derrotado á los alemanes, y los perseguía implacablemente. La retirada, sin la calma y el juicio de Wellington, hubiera sido una derrota.

Napoleón tuvo entonces que optar entre atacar al ejército inglés de Wellington ó seguir persiguiendo á los alemanes; pero temiendo que esto último expusiera á Ney, quien tenía que habérselas con el grueso del ejército contrario, se determinó á atacar al ejército inglés, y él mismo dirigió la operación.

Cerca del bosque de *Soignes* se encuentra el monte *Saint Jean*; fué allí adonde Wellington se retiró y organizó sus fuerzas, formando dos alas de tres líneas cada una.

La extremidad de la derecha de la una estaba hasta un riachuelo; la izquierda, formando un ángulo, se extendía por un terreno accidentado y de difícil tránsito, y el centro estaba ocupando el pueblecito de *Saint Jean*. Al pie del monte había una casa de campo con un jardín entre tapias, de la que el General Wellington improvisó una fortaleza, y al pie del cerro había una zanja profunda, de esas que va formando el curso de un arroyo, y en cuya parte baja corre el agua al nivel de la tierra; y del otro lado se levantaba una barranca escarpada y elevadísima.

A las doce del día el ejército de Napoleón atacó el monte *Saint Jean*, y en la quinta se trabó un terrible combate, que fué interminable; pues de un lado las fuerzas asaltadoras, rendidas, se retiraban y eran repuestas por otras; y de los que la defendían, muertos unos, eran reemplazados por nuevos combatientes.

La caballería francesa, pasando por cerca de este puesto, avanzó precipitadamente sobre el ala derecha del ejército inglés, y dió una carga tan impetuosa, que las tropas inglesas fueron deshechas, y la caballería alemana volvió grupas y corrió. La infantería de Brunswich vino de refuerzo y

pereció toda ante la caballería francesa; pero nuevos batallones alemanes se presentaron en columna cerrada, y detuvieron el empuje de la caballería.

Entre tanto la artillería de Napoleón, con sus cien piezas, destruye masas inmensas del ejército aliado, que sin embargo son inmediatamente reemplazadas fríamente por otras alemanas, que vienen á morir sin esperanza.

Napoleón lo aguarda todo del ataque del centro, donde están los ingleses, y allí envía, á las órdenes del General Drouet, toda la caballería. La primera línea inglesa cede y es arrollada; la segunda resiste, vacila y se retira, á pesar de ser reforzada por todos los batallones que no habían peleado. Los húsares ingleses y la legión alemana, que vienen en su auxilio, rechazados por carga tan terrible de los coraceros franceses, no pueden tampoco resistir y huyen, causando el mayor desorden y confusión en las filas de la caballería inglesa, cuyos soldados mueren á sablazos.

En el ala derecha el combate sigue formidable. Los franceses se han apoderado de una línea de baterías inglesas, han cogido algunos cañones y obligado á los artilleros á retirarse, mientras que la infantería francesa, en toda la extensión del campamento, se bate con la de los aliados.

Se asegura que Napoleón dijo en aquel momento: «Grouchy debe haber atacado ya el ala izquierda, que está débil; y Wellington no comprende que está derrotado y me obliga á matar inútilmente á los pobres ingleses.»

Está destruída la segunda línea inglesa, y falta sólo la tercera para llegar á *Saint Jean* y coronar la victoria. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante toda la caballería!

Wellington, situado en el medio del centro del ejército, arregla la batalla detrás de la colina, donde apenas algunas bombas le alcanzan; de manera que todo lo ve y todo lo ordena con admirable sangre fría. Viendo que los regimientos belgas corren, que los hanoverianos pelean sin ardor y que por todas partes pierde terreno, espera ardientemente la llegada de las tropas prusianas mandadas por Blucker y Bulow, sin las cuales no puede resistir; y por toda proclama dice á su ejército:

«*Boys* (muchachos), no podemos volver caras, porque, ¡qué diría la Inglaterra de nosotros!

—¡Adelante! ¡Adelante toda la caballería! grita Napoleón.

¡Ay! El foso profundo del arroyo, la barranca inexpugnable está delante. ¿Qué hacer? ¿Volver grupas? Jamás lo han hecho los que fueron soldados de Murat; y siguen, y caen en el fondo del foso los caballos, los hombres y las armas de los escuadrones que van adelante; y los que vienen detrás no pueden detenerse y caen también, formando una masa

horrible de lodo, sangre y carne, por sobre la cual, como por entre un pantano, pueden pasar los últimos escuadrones, hundiéndose hasta los ijares los caballos, pero pudiendo al fin salir para ir á encontrar la tercera fila del ejército inglés, que de pie y firme los aguarda.

La lentitud de las fuerzas prusianas aumenta la mala posición de Wellington, quien sólo cuenta con la obstinación y resistencia de la infantería inglesa, cuyas filas se aclaran á cada momento como un bosque abatido por los leñadores, y que, asaltada con la más violenta impetuosidad, se forma en cuadros y vomita metralla sobre los escuadrones ; pero éstos se lanzan sucesivamente contra esas murallas humanas, que parecen de fuego, muchas de las cuales al fin son abatidas. En medio de sus ruinas se traba un nuevo combate entre la caballería francesa que avanza, y la inglesa, que viene fresca al socorro de sus hermanos. Veinte veces los cuadros ingleses son rotos y vuelven á formarse ; veinte veces también los soldados de Kellerman y de Milhaud se lanzan sobre ellos y los dispersan, obligando al mismo Wellington á salir de los cuadros destruídos para ampararse en los que se reconstituyen, no debiendo su salvación sino á la inmovilidad de esos soldados que mueren en su puesto.

Al fin treinta mil prusianos, al mando de Bulow, llegan en refuerzo de Wellington y dirigen sus baterías contra el ala derecha del ejército de Napoleón, que ha estado peleando desde por la mañana, y que lleva siete horas de combate con diversas fuerzas que se han ido renovando.

El General Grouchy no llega...... Napoleón en vano espera á cada momento oír sus cañones.

La batalla se hace general ; en todos los puntos se combate, y ya se ha peleado por ocho horas sin descanso. Napoleón dispone que se resista el ataque de las fuerzas prusianas antes de vencer el centro; pero su caballería, que se cree vencedora, avanza demasiado; y Wellington, que á todo atiende, y que ve adelantar á Bulow victorioso, al aspecto de esta horrible carnicería, llora y dice : «Serán precisas todavía algunas horas para volver pedazos á estos valientes ! Quiera el cielo que la noche se apresure para no matar más gente.»

Llega el momento supremo : la *Guardia imperial* entra en pelea llena de confianza y segura, como siempre, de la victoria. Otras tropas se reúnen á ella y todas se dirigen hacia el *Mont Saint Jean*, llevando detrás una artillería formidable. Llegan hasta la colina ; pero en lugar de desalojar á sus contrarios, son recibidos con una resistencia tan vigorosa que tienen que retirarse en desorden. El General inglés, alentado por esta circunstancia favorable, y viendo que Bulow y los prusianos tienen constante-

mente ocupada la derecha del ejército francés, en tanto que Blücher se adelanta también para tomar parte en la acción, coloca todas sus fuerzas en un solo punto, y da orden de atacar á los que se retiran. Toda resistencia de las tropas de Napoleón es entonces vencida, todo valor inútil: la carnicería es horrible; las tropas frescas de Blücher caen sobre las agotadas de Napoleón, y las matan sin misericordia; la confusión es espantosa; y en aquel momento terrible la *Guardia* lanza aquel grito inmortal: «La guardia muere, pero no se rinde.» Toda pereció.

Esta fué la batalla de Waterloo. Murieron treinta y seis mil franceses y más de cincuenta mil de los aliados.

¡ Hé aquí lo que cuesta la gloria humana!

Pero no había ido yo á Windsor á recordar héroes ni á describir batallas, sino á conocer el palacio, y, sobre todo, á saber cómo vivía una Reina. Me fuí á ver las *caballerizas reales*, que son espaciosas y cómodas, pero no *románticas*, como decía un literato de mi tierra que estuvo en Europa,y que, hablando de las de la Reina de España, se expresó así:

«Nada más *romántico* que las cuadras, donde están *poéticamente* colocados los caballos; de un lado los rucios *herméticamente* encerrados; del otro los negros, también *divididos* por una verja de hierro dorada; luégo los castaños en piezas muy bien arregladas; y así todos los otros caballos, pudiendo ver el reloj y arreglar estrictamente *su* pienso los caballerizos que los cuidan.

«En la puerta de las caballerizas hay un letrero de oro, que dice: ' No se permite entrar con perros, y se advierte *á los dueños* de éstos, que si alguno entrare, *se le matará inmediatamente.*» Ley cruel que condenaba á un hombre sin ser sentenciado.

En las caballerizas de la Reina se mantienen el viejo caballo del Príncipe Alberto, que nadie monta; el *poney* (la jaca), en que de niñas montaron todas las princesas; muchos caballos rucios, y dos soberbios alazanes de coche, italianos, que son los más lindos que he visto, regalados por el Rey Humberto á la Reina Victoria.

Pero yo quería ver las habitaciones de la Reina, saber cómo una Reina duerme, se levanta, almuerza, pasea, come y pasa la prima noche; y para esto empecé por suplicar al guarda que nos conducía que me permitiera entrar á esas habitaciones.

—Eso es imposible, me contestó. A los departamentos privados nadie, que no sea de la servidumbre, puede penetrar: yo mismo nunca he entrado allí, y hace veinte años que tengo este oficio; y la Reina y la Princesa están ahora en Londres.

—Dígame usted, amiguito, ¿ no conoce usted á alguna criada de la servidumbre ?

—A muchas; pero le advierto que si usted quiere hablarles para que le permitan ver las piezas privadas, es inútil.

—Me voy, pues. Mil gracias por haberme usted mostrado lo que para el público está abierto. Tome usted dos chelines ; y como deseo hacer algunos apuntes en mi cartera, le suplico que me acompañe aquí en frente, á la posada, á tomar conmigo un jarro de cerveza; y lo autorizo para que invite á los amigos que quieran refrescarse.

Nos fuimos por todos seis personas: el señor Pérez, mi sobrino Carlos de la Torre, tres guardas y yo, á tomar cerveza. Tomamos cuanta los guardas quisieron, y nos fuimos después al *Parque real* á ver los ganados y ovejas que allí se mantienen.

Esto sí es admirable : no se cansa uno de mirar esos castillos de carne, como bueyes, esas máquinas vivas de dar leche que llaman vacas, y esos envoltorios de lana, con ojos y orejas, dentro de los cuales se encierran dos quintales de carne de carnero.

—Dígame usted, le decía yo al más joven de los guardas : ¿ no se aburre usted mucho aquí ?

—No señor. Cumplo con mi deber. Me pagan mi sueldo, y así paso las semanas.

—Y ¿ los domingos ?

—Voy á la iglesia.

—¿ Solo ?

—¡ Vaya una pregunta ! Nó, con mi prometida.

—Y ella ¿ en dónde vive ?

—En el palacio.

—¿ Su oficio ?

—Asiste á la que ayuda á limpiar los muebles de la criada dela segunda aya de una hija de la camarera de la Princesa Elisa, hija de S. M. la Reina Victoria.

—¿ Podría ella venir con nosotros á tomar un poco de cerveza ?

—¡ Imposible ! Ella es *quite a lady*.

—¿ Me presentará usted á ella ?

—Con mucho gusto.

Desaparecimos ; y mientras que mis amigos paseaban el parque, por milagro yo fuí presentado á la muchacha : ésta me llevó donde estaba su superiora, que vivía en el palacio. Vi algunos pasadizos, le di unos chelines, y me llevó á ver otra inglesa; y al fin pude atisbar una alcoba con una gran

cama de caoba y cortinas verdes ; un cuarto inmediato con muchos libros sobre las mesas, otro en que no me dejaron ver nada, y......total......¡ dos libras esterlinas de menos ! Ésta fué la única impresión que me quedó de las *Habitaciones de la Reina.*

Windsor ha sido la residencia habitual y favorita de la REINA VICTORIA; donde pasó los más bellos años de su vida al lado de su amado consorte ; donde levantó una familia de ocho hijos, instruída, moral y digna; y donde ahora llora su viudedad y la ausencia de la mayor parte de sus hijas, que se han ido como reinas á lejanas tierras.

El día 21 de Febrero de 1837, á la muerte de Guillermo IV, la joven Victoria Alejandra, hija del Duque de Kent, fué exaltada al trono del Reino, y después coronada con gran magnificencia. Casóse poco tiempo después con el Príncipe Alberto de Saxa Coburgo Gotha, y vivió íntimamente con él hasta que éste murió, siendo un modelo de las mujeres casadas, fiel, amante y cariñosa, sin permitirse jamás un galanteo, como las antiguas reinas de Inglaterra, ni menos una cita sospechosa, como María Antonia de Francia. Fué también una madre ejemplar para sus hijas, y respetada de todos sus hijos, quienes se educaron con esmero. Mantuvo una corte rígida y severa, en donde no fué admitida nunca una mujer de dudosa reputación, ni hubo un escándalo, ni la menor libertad de costumbres entre todos los de su inmensa servidumbre.

Nadie estuvo jamás ocioso en su palacio. Ella escribía cuentos y libros serios (y aun escribe hoy la historia del Príncipe Alberto): sus hijas dibujaban en porcelana y grababan en acero, y sus obras eran vendidas en los bazares de caridad, á precios enormes, por los príncipes que aspiraban á su mano; sus damas, concluídas sus ocupaciones oficiales, hacían encajes riquísimos, destinados al mismo objeto.

Dando la Reina el tono á la buena sociedad, no es extraño oír decir que no hay nada más honrado, más digno y más elevado que las señoras de la aristocracia inglesa, de quienes sus esposos hacen verdaderas diosas, manteniéndose ellas siempre á esa altura, sin dejar acercar más que á ellos, llenos de veneración y de respeto.

Los matrimonios entre la nobleza se hacen por amor, pues siendo sumamente ricas las personas que han de casarse, no las mueve la riqueza; y por un amor tan sincero, tan novelesco, como el que une en mi país á los jóvenes y las señoritas. El hombre lleva una alma sana y un corazón noble, firme la idea del deber y la conciencia de la responsabilidad que asume ; y ella una alma pura, un corazón sencillo é inocente, impresos los ejemplos de moralidad de su familia y un talento cultivado.

Amándose, estimándose y respetándose mutuamente, forman una unión íntima de afectos, gustos, aspiraciones y deseos : ella tiene fe ciega en los mandatos de su esposo, él adoración por sus caprichos ; y, llenos de comodidades, sólo se ocupan en su felicidad y en levantar una familia ilustre, como la de sus progenitores, cuyos retratos adornan los salones del palacio, y cuyas crónicas gloriosas se conservan en los archivos : cada hijo que nace es una nueva alegría, un ilustre huésped que viene al hogar, y un nuevo vínculo de amor y de cuidados para los dos esposos.

Además del sentimiento moral, fuertemente impreso en la *lady* inglesa, y de la noción del deber, tan poderosa entre los ingleses, creo que hay otras causas que contribuyen á la fidelidad de los esposos y que hacen la unión y felicidad de los nobles, y entre éstas está la vida de campo que llevan, de donde no salen sino raras ocasiones á lucir sus equipajes en Londres.

Inglaterra es una nación *feudal*, como lo fué Francia en la *Edad Media* y hasta la época en que Luis XIV llevó á los nobles á la Corte, donde les preparó la ruina y desprestigio que había de consumar más adelante la revolución de 1789, confiscándoles sus tierras y palacios ; y así como en aquella nación el Barón era un Rey en sus dominios, y desde su castillo mandaba á sus vasallos, y la castellana la dispensadora de sus gracias y de sus beneficios, así en Inglaterra el *lord* es hoy el dueño de una grande extensión de tierra, en donde hay arrendatarios, lecherías, quintas, chozas, aldeas y aun ciudades que le pertenecen ; y la *lady* es la protectora de todos los desgraciados, y la que reparte los beneficios y las limosnas por todas partes; siendo amada, bendecida y adorada como santa por todos los que sufren.

Ocupada en tan sublime misión, rodeada de un prestigio mágico á los ojos de todos, nadie se atreve, por supuesto, á levantar hasta ella una mirada de amor, ni ella puede profanar el nombre del esposo, por quien se le tributan tantos honores, ni tiene tiempo para ocuparse en las intrigas amorosas, ni ocasión para delinquir, rodeada como está siempre de una numerosa servidumbre.

Para los nobles su hogar está en su *Country seat* (su palacio de campo): esa es su verdadera patria; sus tierras son el círculo querido, unido á los recuerdos de la niñez, lugar de sus diversiones, en donde caza y recibe á los huéspedes, y en donde trabaja y encuentra á cada paso el recuerdo de su padre en una encina corpulenta. Allí se interesa en los asuntos de la parroquia como en los de su propia casa, y desempeña funciones secundarias con orgullo, con celo y con interés; forma sociedades agrícolas, hace lecturas

los domingos á los campesinos y hasta es *mayordomo de fábrica* de la iglesia que él mismo ha construído, ó de la que levantan los vecinos con su suscripción. Así como el Barón feudal iba en otro tiempo á la cabeza de su tropa á las cruzadas, así hoy el *lord* se pone á la cabeza de sus vasallos para ir á la cruzada contra los vicios, contra la embriaguez, contra la ociosidad y contra la miseria; y es él quien hace todos los gastos y toma el mayor empeño en la victoria.

Sin contar con la contribución que la ley impone para los pobres, que es de un chelín por cada quince de renta, el lord gasta más de la mitad de la suya en fundar hospitales para los inválidos y los viejos; se suscribe á todas las instituciones benéficas; forma concursos agrícolas; dota á las hijas de los campesinos virtuosos; socorre á los parientes pobres, á sus criados ya enfermos ó ancianos; da limosnas en los caminos, y contribuye á la colecta que todos los domingos se hace en la iglesia para los pobres. Y la dispensadora de casi todos estos beneficios es siempre su mujer.

La *castellana* va á la aldea é inspecciona la escuela de las niñas; les lleva modelos de encajes y de bordados; conoce á todos los viejos campesinos de su dominio y los saluda con cariño, y ellos le contestan llenos de amor y de reconocimiento; sabe cuándo está el antiguo jardinero con reumatismo, y le manda una botella del mejor vino de su bodega; los accidentes desgraciados que ocurren, — la caída de un carretero, una niña ahogada en el río, el incendio de una cabaña, — conmueven su alma, y va inmediatamente á aliviar á los que padecen; y envuelta así en una atmósfera de amor, de gratitud y bendiciones, como en un velo místico y sagrado, está exenta de la tentación y del pecado.

La moralidad de los matrimonios en todas las clases sociales en Inglaterra, la fidelidad de las esposas, está hoy en las costumbres, como el adulterio está en la atmósfera en Francia; por lo cual en la primera de estas naciones se levanta una nueva sociedad que todos los días crece, aumenta, se enriquece y va adelante; y en la otra la población se estanca, la sociedad se vicia, y la riqueza se conserva en razón del orden y de la economía.

Juzgo que la moralidad en los matrimonios nace en Inglaterra de dos causas, natural la una, obra de la educación la otra; porque no todo es verdad ni todo es mentira en aquello de que «la virtud es obra del temperamento.»

La inglesa es una mujer fría, que no tiene la imaginación ardiente y soñadora de las del mediodía, que tienen un volcán por corazón y un

cerebro donde bullen siempre ideas de amor, de dicha, de ventura y de goces supremos que las extravían.

La inglesa es naturalmente orgullosa.

La inglesa es libre desde niña, y aprende á usar de su libertad.

La inglesa recibe una educación sólida y severa.

El matrimonio se hace en Inglaterra por simpatía, por amor ó por agrado, y no por la dote de la mujer. No se crea por esto que Inglaterra es una Arcadia donde los pastores viven de amor y de caricias, nó ; pero allí no es, como en Francia, la dote el único móvil de los matrimonios. El matrimonio es un fin, — el de buscarse dos la mayor felicidad en la vida,— y no un medio de obtener riquezas, posición ú honores para conseguir después la felicidad.

El matrimonio está revestido por la sociedad de un respeto profundo; y bajo este aspecto no hay opiniones desfavorables á ese vínculo, ni en las conversaciones ni en las novelas; ni aun en los periódicos se permite una alusión ridícula al matrimonio, ni la menor excusa á una falta.

El hombre lleva al matrimonio un corazón nuevo y casto, y jamás corrompe á su mujer.

Entre la mujer y su marido no hay interpuestas ni ideas, ni creencias, ni preocupaciones.

El hombre vive eternamente ocupado, sin descansar un momento, ya en la dirección de los asuntos públicos, ya en su casa de comercio, ó trabajando catorce horas en una fabrica, y viene á descansar á su casa.

La mujer es instruída y conoce la política de su país, de manera que el *lord* le cuenta sus triunfos en el Parlamento ; conoce la fortuna y los negocios de su marido, y le habla de ellos y le ayuda á arreglar sus cuentas, ó ha trabajado en una fábrica, y comprende todos los sufrimientos de su marido.

Las familias son numerosas; y la ocupación con los hijos, su amor y sus cariños, entretienen los momentos de la mujer cuando su esposo está ausente, y aun la consuelan de la ingratitud de éste, alejan los celos y no le dejan tiempo para los devaneos.

Las diversiones donde la mujer luce la rica *toilette*, ó donde arranca aplausos de admiración de los hombres por su belleza, exaltando su vanidad y dañando su corazón, no existen, ó son pocas.

La mujer reza en su casa, en su casa llora ó es feliz, en su casa trabaja, lee ó canta, en su casa tiene todas las comodidades, lujo y elegancia, buenas comidas y amables amigos ; y no tiene que ir á la iglesia, ni al restaurante, ni al teatro, para hallar la calma, la felicidad y el contento.

El perfume del hogar, del cual jamás se aparta, como en una nube mística y divina envuelve á la hija, que crece entre el amor del padre, las solícitas caricias de la madre y bajo la presión de un trabajo constante que aleja de ella el ocioso pensamiento y la tentación del mal. Ante esa madre que llena sus deberes feliz, ante esa madre que recogió en la cuna su primera sonrisa y que día por día le ha hecho sentir el encanto del bien y la felicidad de la virtud, la ocasión no llega, y si llega, la hija, verdaderamente inocente, no la ha visto ; y cuando su corazón palpita por el placer y cuando ella sueña con el amor, es por un placer inocente, por un amor casto como el que ha reinado en su tranquilo hogar.

La madre adivina sus pensamientos, previene sus deseos, comprende sus aspiraciones, jamás la manda á colegios lejanos en donde otra mujer ocupe su lugar y llene sus deberes ; la asocia á los trabajos domésticos, á la crianza de los otros niños, á las labores del día ; reina entre las dos una amistad franca y sincera, y la madre sabe cuándo su hija ama, y juntas preparan la felicidad del porvenir.

La moralidad de la madre es una garantía de la virtud de la hija. Muchas caen, sin embargo, pero éstas *mueren*. Se embarcan para Australia, se huyen al Canadá, buscan asilo en la India ó se refugian en una ciudad populosa entre la última condición de mujeres, con otro nombre, otras aspiraciones y otras costumbres ; pero en su casa *mueren*, y no queda de ellas ni el nombre ni el recuerdo.

CAPITULO XX.

Ferrocarriles subterráneos —*Holy Day Banc*—Condados agrícolas y manufactureros — La agricultura y los paisanos—High Barnet—Manchester — Barrio de las fábricas, de los obreros y de los Príncipes de la industria—*Greves.*

QUEJÁBAME á la señora de la casa de que Londres era tan grande, los establecimientos públicos tan apartados unos de otros y las distancias que había que recorrer para hacer cualquiera diligencia tan inmensas, que se perdía el tiempo inútilmente, pues á pie no se llegaba nunca al lugar que se deseaba, en ómnibus había que seguir un rumbo determinado, y era tal el concurso en las calles, que aun tomando un coche estaba uno obligado á aguardar que todos los otros pasaran adelante ; tropezaba aquí con un carro, allá con otro, era detenido por los policías en cada esquina para que pasasen los que cruzaban, yendo los coches como en entierro ó procesión, unos después de otros, y jamás llegaba uno á tiempo al lugar requerido y gastaba más.

—Mañana, me dijo, voy á llevarlo á usted al punto de la ciudad que quiera, y tan pronto como no iría usted de su casa en Bogotá á la plaza central.

—¿ Adónde quiere ir ? me preguntó al día siguiente.

—A la *City Austin-Friars*, casa de los señores Goschen.

En la cuadra siguiente á la en que vivíamos había una casa de fierro pintada, de no mucha apariencia, en la cual yo no había reparado; y esta casa tenía dos grandes puertas: penetrámos por una de ellas, y nos encontrámos en un edificio mucho más grande de lo que podía esperarse, lleno

de gentes que entraban y salían, sin saberse de dónde. Penetrámos más, bajámos una escalera ancha y espaciosa, y nos hallámos en un claustro oscuro, alumbrado por vacilantes lámparas de gas. Este claustro se extendía indefinidamente á uno y otro lado, y muchas gentes estaban, como nosotros, aguardando, en un atrio superior al piso de la arquería.

De repente se oyó como ruido de cadenas á lo lejos, y un bramido especial; y antes de que pudiera yo preguntar qué era eso, en medio de la oscuridad apareció una boca de fuego, y llegó el tren del ferrocarril en frente del vestíbulo en que estábamos, y las portezuelas de los wagones se abrieron para los pasajeros. Se detuvo el tren quince segundos, y todos montámos; siguió por un *túnel* oscuro, abierto por debajo de las calles de la ciudad, hecho de ladrillo en forma de bóveda, y alumbrado, de cuando en cuando, por una lámpara que se escapa á la carrera, y que sólo sirve para aumentar el horror de la oscuridad.

Estábamos recorriendo el FERROCARRIL SUBTERRÁNEO, la obra más cara, más ingeniosa y más útil que se ha emprendido en Londres. La ciudad está atravesada por una inmensa catacumba que pasa por debajo de los palacios, las iglesias, las calles y las cañerías, cuidándose poco los ingenieros de los enormes edificios que pesan sobre la cripta, ó de las fuentes subterráneas que han brotado, y á las que ha sido preciso abrir cauces profundísimos: y allí se han establecido los ferrocarriles que llevan á los habitantes en un momento del uno al otro extremo de la ciudad.

Confieso que la emoción que se experimenta al atravesar con una rapidez vertiginosa este oscuro antro, no es nada grata; que el miedo de los peligros no se vence sino por la seguridad que le da á uno el ejemplo de los otros; y que hay yo no sé qué de triste y melancólico en ver á los hombres corriendo así en las tinieblas, cuando encima está la luz del sol.

El costo de estos ferrocarriles ha sido inmenso: los empresarios han tenido que comprar el terreno á los propietarios del suelo que está encima, á precios enormes; en la *City* á una libra esterlina cada yarda; á muchos han tenido que comprarles los edificios; á todos que garantizarles con enormes sumas la seguridad de sus casas; á la ciudad que pagarle la construcción de muchos acueductos, á los cuales ha sido preciso dar otra dirección, y en fin, han tenido que construír con toda solidez una obra tan difícil, y en la que un ladrillo mal puesto ó un arco mal construído haría derrumbar la inmensa arcada y arruinarse gran parte de la ciudad de Londres.

A ciertos intervalos el tren se detenía por quince segundos; algunos pasajeros se arrojaban de los coches, otros subían presurosos, y la gran

máquina seguía. Cuando se detenía unos momentos, la señora me decía: estamos en *Marble-arch* ó atravesamos á *Regent-Street* &c., puntos de la ciudad que me eran más conocidos, para que yo juzgase de la dirección que llevaba el socavón y de la ligereza con que marchábamos.

En el movimiento actual de Londres, con su inmensa extensión, estando el centro de la ciudad ocupado sólo por oficinas, almacenes, escritorios y establecimientos públicos, y obligada la población á vivir en las extremidades, sin los *ferrocarriles subterráneos* no podría comunicarse, todo se resentiría de la dilación por las distancias, y el tiempo se pasaría en la calle. Y la utilidad de estos ferrocarriles se mide por los provechos de la empresa, pues es tanta la concurrencia de pasajeros, que los capitales invertidos son muy bien remunerados; y las excavaciones continúan en todas direcciones.

Un cuarto de hora habíamos gastado de *Kensington-Street* á la *City*; y si hubiéramos tomado un coche, el tiempo habría sido de tres horas. A pesar de esto, la impresión que el ferrocarril subterráneo me dejó fué tal, que no quise jamás volver á tomarlo cuando hubo otro medio de transportación; y siempre entré á tomar el tren con miedo, atravesé el socavón con inquietud, alarmándome todo ruido, inquietándome toda dilación, y mirando á los pasajeros para convencerme de que iban tranquilos y que mi miedo era infundado; y de allí salí siempre con placer.

Trabajar de domingo á domingo, y los domingos rezar, sería una vida imposible para el francés, que ama el placer, la diversión y el vuelo del espíritu, y abominable para nosotros los colombianos, acostumbrados á no hacer hoy lo que podemos dejar para mañana, á descansar de día para dormir de noche; que hemos dividido el tiempo en días de trabajo y domingos, días de fiesta, semana santa, pascuas, 20 de Julio, natalicio del Libertador, fiestas públicas en la capital, fiestas en todos los distritos, certámenes y vacaciones de los niños, aguinaldos, salidas á tierra caliente y á veranear en el Diciembre, luto por los parientes, amigos y conocidos, cumpleaños del padre, de la madre, de cada uno de los niños, y en fin, días de jaqueca de la señora, de mal humor del marido, en los que no se puede trabajar y todo se suspende, amén de algunos otros que la imaginación inventa para no hacer tan pesada la carga de la vida ni tan rigurosa la existencia.

Los ingleses, cediendo á esa necesidad de descanso, han inventado el Holy Day Banc (el día de San Banco), destinado al placer y á la diversión de todo el mundo, y que tiene para ellos el atractivo y el encanto que tiene para los tolimenses el día de San Juan.

Ese día acostumbran los banqueros, los directores de compañías, los comerciantes por mayor y por menor, dar á los empleados y dependientes una gratificación según las utilidades de las empresas y el comportamiento de los empleados; y éstos, con los bolsillos repletos de libras esterlinas ó con unos pocos chelines, se van á *Brighton* ó á cualquiera otro campo; y desde las seis de la mañana empiezan los ómnibus (que en Inglaterra sólo se llaman con la última sílaba, *buss*, para ahorrar tiempo) á desocupar á Londres ; el cochero lleva una corneta con que aturde á todo el mundo, ó en el pescante van músicos que, á los vaivenes del carruaje, acomodan el *God save the Queen*, ó los perros de caza anuncian la partida á los que se van á esa diversión; y en el interior de los ómnibus, viejos y viejas, jóvenes y muchachos, niños, nodrizas y criados, aglomerados, apachurrados, sentados tres donde cabe uno, y llevando sobre las rodillas enormes paquetes de provisiones, canastos de vinos, dulces y golosinas, se van á la gran fiesta, con la alegría en el corazón y la sonrisa en los labios.

No hay un espectáculo común, ninguna fiesta popular dispuesta para todos, sino que cada grupo, cada familia ó cada pareja tiene su fiesta propia y se proporciona la diversión como le parece, según sus inclinaciones y sus deseos; pero como de los cuatro millones de Londres, más de la mitad se derraman en el campo, éste está poblado por todas partes, y las escenas son infinitas y variadas.

Si una sociedad sombría y ceremoniosa como la de Bogotá viera las escenas que Londres presencia ese día, diría que todos se habían vuelto completamente locos; y sin embargo, á los ingleses les parece muy natural, y nadie nota lo que hace el vecino, ni se ocupa en reparar esto ó aquello para luégo censurar, sino que cada cual está en su propia diversión y en la de sus compañeros.

Como el inglés es dos veces más fuerte que el francés y tres más que el colombiano, necesita comer y beber mucho, y siempre lo hace con placer; las comidas son, pues, el primer atractivo de ese día, y todos comen y beben demasiado, al aire libre; unas familias sentadas sobre el césped, en tiendas de campaña levantadas para ese día, y otras en los hoteles y restaurantes que hay en los diversos pueblecitos adonde acude la muchedumbre ; pero en todas partes las mandíbulas se mueven y las botellas se desocupan.

La fiesta no es una saturnal, ni el carnaval de Venecia, ni el baile campestre de los franceses : es una cosa original, en la cuál se ve á los ingleses dando la mayor expansión posible á sus inclinaciones, placeres y deseos.

Todo estudiante de Londres, sea cual fuere la universidad, colegio ó

escuela en donde esté, usa un bonete uniforme, que es un gorro de paño negro que cubre la cabeza, con un plato negro cuadrado encima, cuyas cuatro puntas van á los lados de la cabeza; y ese día, á lo lejos, se ve como una manada de gallinazas por el aire ; y es que los estudiantes arrojan á una altura inmensa sus bonetes, que son recibidos por otros, y que van, vienen y se cruzan por el aire, sin que jamás caiga uno al suelo.

Apuntan éstos á un blanco y apuestan dinero ; pero he dicho mal, no es al blanco, es á un pobre pavo que está detrás de una plancha de cobre, y el tirador debe aprovechar el momento en que el pavo, por casualidad, saca la cabeza fuera de la plancha.

Los artesanos se ponen en cuatro piés y le hacen caballito á sus niños, echando, eso sí, apuestas entre sí los vecinos á cuál corre más con su criatura; y las inglesas, gordas, blancas y coloradas, miran encantadas á sus maridos.

Dos muchachas y dos jóvenes, de pie en un coche, brindan con copas de champaña que levantan en el aire ; en aquel momento el caballo, cuyas riendas han quedado sueltas, se menea, y las muchachas dan una voltereta en el aire, y caen por detrás sanas y salvas, pero llenas de vergüenza.

El pugilato, la lucha, las apuestas á la carrera son en ese día, como una provisión de ejercicio y de fuerza que hacen todos los jóvenes empleados para el año que han de pasar en una vida igual y sedentaria, encorvados sobre el escritorio ó constantemente haciendo una misma cosa.

Un inglés colorado, con patillas color de azafrán, largas y duras, ojos azules desmesuradamente abiertos, nuez puntiaguda y el cuerpo de *Don Quijote*, en un grupo de damas, le ha quitado á una de ellas la gorra, se la ha puesto al revés, y delante de todas, que ríen á carcajadas, está bailando el *baile inglés*.

Otro se ha envuelto en una manteleta, debajo de la cual lleva un canasto de champaña, y con una flor en la mano y lleno de *melindres*, yendo sobre las puntas de los piés, imita el caminar de las francesas; y meneándose mucho y volviendo los ojos para uno y otro lado cuando huele la rosa, imita los modales de aquéllas, con gran risa y contento de las *ladys*.

Un buchón tan enorme como una pipa y mofletudo y apoplético, perdidamente enamorado de una jovencita de mis amigas, animado por el Jerez, se ha propuesto darle pruebas de su agilidad, salta en un pie y hace equilibrios espantosos para su enorme peso; y ella y todos nos divertimos á su costa.

De un grupo á otro, por diversión, se tiran con los huesos de las

gallinas, con los restos del pavo, con los corchos del vino, y acaban por arrojarse las botellas en medio de la algazara y la gritería más atronadora.

El *cherry* empieza á hervir en las cabezas, y la alegría aumenta: se baila cuadrilla, se canta en coro, se deslizan algunas parejas de novios á hablar á solas ese lenguaje lleno de encantos para ellos y tan necio para los demás; se pronuncia uno que otro *speech* elegante, dirigido á las damas, lleno de afectación y de floreos; y los hurras atruenan los aires.

El *brandy*, el *geen*, el *whiskey* empiezan á hacer estragos: disensiones, alborotos, tumultos, insultos, tropelías, riñas por todos lados, que inmediatamente evita la policía; siendo de admirar que apenas se presenta un *watchman*, los ebrios lo reconocen y lo obedecen, y si no lo hacen, los compañeros del ebrio se ponen del lado del policía y le ayudan á contener y á sujetar al desobediente.

Al anochecer, las buenas familias van recogiendo sus niños, llamando á las señoritas dispersas, arreglando con los criados los platos, manteles y cubiertos que trajeron para la fiesta; y si han venido en coche ó en berlina, los maridos, un poco *half and half*, enganchan los caballos, montan en el pescante, hacen subir á toda su gente, y azotando á los caballos y haciendo crujir el látigo en el aire, ponen al escape su carruaje para Londres, levantando una nube de polvo y tropezando aquí y allí con otros carruajes, sin que haya, por fortuna, muchas desgracias. Si han venido en ómnibus, suben á él; y allí, generalmente, el marido, la mujer y los niños se duermen.

El verdadero *Campo de Agramante* es lo que se ve á esas horas. Bandas de cincuenta ó sesenta hombres, cogidos de brazo, forman una sola fila, cantan en coro y pasan por sobre los toldos, los ómnibus y los coches que están detenidos, sin soltarse y sin cuidarse de lo que se interpone en su camino.

Arengando se ve á uno, á voz en cuello y con grande ardor, delante de un árbol, creyéndose en medio de una multitud de oyentes entusiastas; y á otro haciéndole gestos y mostrándole la lengua á todo el que pasa.

Hombres, mujeres, niños, todos tambalean, y con la mirada extraviada y los vestidos en desorden, se dirigen á Londres, pero sin esperanza de llegar, pues parece que el camino se les escapa por entre las piernas, las casas les dan vueltas, y á cada paso que dan hacia adelante, creen que los empujan, y retroceden dos.

Visitar los Condados de Inglaterra para conocer íntimamente la nación y sus costumbres, fué mi más vivo deseo; pero esto es muy difícil para un extranjero sin relaciones en una ciudad donde la diaria y productiva

ocupación de todo el mundo no permite á nadie consagrarse al forastero: adonde casi todos van á sus negocios, y no por el mero placer de viajar, y donde no hay organizado, como en Francia, un tren especial para los extranjeros que acuden á conocer el país.

Pude observar que los Condados se dividían naturalmente en dos clases: *agrícolas* y *manufactureros*, con clima, terreno, habitantes, costumbres, intereses y aspiraciones del todo diferentes.

Estuve en *High Barnet*, pueblecito situado al norte de Londres, que tiene muy bonita iglesia, construída de piedra sin labrar, á estilo gótico, cuyos muros presentan un aspecto rústico original y muy curioso. Había dos hoteles poco concurridos, algunas tiendas de comercio semejantes á las de Londres, varias tiendas de licores ó *public-houses*, y una serie de casas bajas, especie de tiendas, de dos piezas, en donde vivían gentes pobres que pasaban el día en el campo y la noche allí. En todas estas tiendas noté mucho aseo, algunos muebles, y ese *no sé qué* que caracteriza el hogar de una mujer civilizada y lo diferencia de las casas y ranchos de las pobres mujeres de nuestro país.

Tomé con mis hijos una berlina, que manejábamos nosotros mismos, y nos fuimos por los caminos públicos á ver el campo y á conocer algo de las costumbres de los campesinos. El paisaje nos encantó; pues en verano el campo de Inglaterra, verde y lleno de árboles corpulentos, cruzado por arroyos tranquilos y canales que se aprovechan para echar botes con velas, y lleno de paisanos con botas altas, vestido gris y sombrero de fieltro, y de campesinas rubias, vestidas más ó menos bien, pero todas decentemente; el campo, digo, le parece al viajero de América una pintura de esas que llegan á su país, y que no le es dado ver animada y llena de vida.

Generalmente el terreno es plano, y los pequeños accidentes que hay no alcanzan á limitar la vista, que se dilata en un inmenso manto verde que cubre la tierra, hasta donde las torres de una ciudad ó los muros de un castillo feudal, rodeado de árboles, limitan el horizonte, que entre reflejos azules se extiende por todos lados.

No hay casitas esparcidas en el campo: se nota en él poca cultura, pero no se pasa una legua sin que se encuentre una aldea ó una buena población, y casi nunca se ven los ganados en los prados, pues los mantienen y cuidan en establos; de manera que, relativamente, reina en los campos la soledad, y el encanto que el alma busca después del bullicio y las emociones de Londres.

Hallarme sólo con mis dos hijos en ese país en donde á nadie conocíamos y nadie nos conocía; gozar con las varias impresiones que las diversas

cosas hacían en la imaginación infantil de los mismos; mirar aquí una capillita gótica, de piedra, cubierta toda de una enredadera tan espesa, que parecía una gruta; más allá la portada de un parque, en cuyo extremo se divisaban las torres de un castillo antiguo; llegar á un pueblecito, detener el caballo, bajar de la berlina, entrar á una posada cuya sala es la misma cocina, y sentados en un banco de madera, en medio de campesinos rústicos y fornidos, como los antiguos sajones, tomar un poco de cerveza en jarro de peltre, es disfrutar de una de las novelas de Walter Scott, y asistir en cuerpo y alma á las escenas tan bien descritas por él.

Este fué el día de mayor placer para mí en Europa; y su recuerdo es tan grato para mí, que gozo aún al tratar de describirlo.

Correteamos mucho. Cada uno de nosotros llevaba un rato las riendas del caballo y dirigía el coche, para dar prueba de habilidad. El caballo era inteligente, fuerte y sumiso; y unas veces íbamos lentamente, viéndolo todo, y contemplando la forma de los cercados, que son en su mayor parte de un arbolito espinoso que se cubre de flores azules; la infinidad de patos blancos que habia en un potrero, que eran más de quinientos; la belleza de las campesinas que nos encontrábamos, que parecían láminas de aquellas que, como modelos de pintura, se ponen en los colegios de Bogotá, ó el aspecto de algunas señoritas, que por sí mismas dirigían su coche; y otras veces poníamos el caballo al escape, sin cuidarnos de las reglas que exigen que todo coche ó carro vaya siempre á la derecha del que se encuentra.

Al anochecer volvimos á *High Barnet*, y nos quedámos en la misma posada en donde en otra ocasión, que había llegado yo á la madrugada, me habían alojado; cenamos tajadas de jamón frito, una tortilla suficiente para saciar el hambre de tres personas que habían correteado mucho, pan exquisito y cerveza con profusión.

Conversámos con los dueños de la posada muy sabrosamente, admirados ellos de que mis hijos, venidos de *South America* (de la América del Sur) fuesen blancos, no usasen plumas y hablasen inglés, y de que yo anduviese por esas tierras; y yo encantado de oír á mis hijos por primera vez expresarse en su nuevo idioma con soltura y naturalidad. A las diez de la noche nos fuimos á dormir en una cama franca, aseada y mullida, que en el suelo de una pieza alta nos había preparado la señora.

Total de gastos en la posada: dos y medio chelines, ó sean cinco reales, por tres personas. ¡ Cómo roban en Europa!

Como he dicho, Inglaterra es una nación feudal: la mitad de la isla pertenece sólo á ciento cincuenta propietarios, y de éstos hay varios que tienen treinta leguas de dominio; pero he dicho mal: no son propietarios,

sino tenedores de las tierras, pues éstas son mayorazgos inenajenables, de los cuales se tiene únicamente el dominio útil durante la vida. En el resto de la isla, en donde hay veintidos millones de habitantes, sólo hay treinta mil propietarios; y como todos los lores tienen grandes rentas, compran más tierras en la parte libre, que vinculan en favor de su familia. Además los que en el comercio hacen grandes fortunas, las emplean en comprar tierras, que ponen al nivel de las de los lores, y que muchas veces vinculan también en favor de los hijos mayores de su descendencia. De esto, de no ser la tierra muy fértil, y de la costumbre secular de vivir los lores en sus *residencias*, depende que la agricultura tenga el carácter que voy á tratar de explicar:

La estadística arroja los siguientes guarismos respecto de la población agrícola de la isla:

Propietarios	30,000
Arrendatarios	300,000
Jornaleros	1.600,000
Pastores	30,000
Otros oficios	40,000
Total de hombres y mujeres	2.000,000

La renta de Inglaterra, según Mr. Dudley Baxter (*On national income*), proveniente de rentas y salarios de particulares, es de mil millones de libras esterlinas.

No habiendo propietarios en pequeño, no hay tampoco cultivo en pequeño, y las tierras se dedican en general á la producción de pasto para la cría y ceba de animales que se tienen en establos; de manera que en el campo no hay más que dos clases de habitantes; propietarios, uno ó dos en cada parroquia; y jornaleros que van á trabajar en los dominios.

Había en otro tiempo una clase intermedia, —de la que salían los verdaderos *gentlemen* de Inglaterra,— la de los *arrendatarios*, que eran casi dueños de la tierra, que poseían y cultivaban de generación en generación, con sólo la obligación de pagar un arrendamiento ó canon anual al *lord* de quien dependían, teniendo de su propiedad una casa ó quinta, ganados é instrumentos de labranza. Pero esta clase tiende á extinguirse, y sólo quedan de ella algunos restos en los Condados más retirados de la isla.

Los colombianos antiguos recordarán que en las haciendas había antes muchos arrendatarios que tenían sus estancias y pagaban al dueño un exiguo arrendamiento; pero todos han ido saliendo, porque los dueños han convertido las haciendas en potreros ó las cultivan ellos mismos. Así

ha pasado en Inglaterra; el arrendatario ha salido, y los *lores* explotan sus dominios por su cuenta, haciéndolos producir inmensamente.

Puestas en competencia la riqueza, la inteligencia, la actividad, el interés, la rivalidad y el orgullo de los lores en los diversos dominios, han levantado la agricultura inglesa en todos sus ramos á una altura y á una perfección tal, que causa envidia á las otras naciones ; y con razón, porque todo es allí gigantesco y hermoso: prados, frutos, legumbres, animales y trabajadores.

Los terrenos están cubiertos de *ray-gras*, pasto que les da cuatro cosechas en el año, y que cortan con unos cilindros que ruedan rápidamente, dejando á la misma altura el corte, ó con grandes guadañas manejadas con habilidad por hombres que en un día siegan más de una cuadra, y colocan á uno y otro lado, tendido al sol, el pasto cortado, para que seque, el que da un olor á campo que devuelve la vida á los pulmones.

Otros trabajadores recogen el pasto con grandes tenedores de fierro, y lo echan en carretas tiradas por dos caballos enormes, gordos y lustrosos, que con dificultad contiene el carretero, y que arrastran doscientas arrobas, y lo conducen á la casa para convertirlo en *heno* y darlo á los animales del establo.

En los establos se mantiene ese ganado famoso *Durham*, del cual ya han llegado á Colombia reproductores; los establos son muy aseados y las reses están tan cuidadas y limpias como el caballo en que monta los domingos un *cachaco* en Bogotá ; y se sabe con precisión lo que cada res engorda diariamente, ó da de leche ó de mantequilla con cierta cantidad de pasto y otros alimentos.

Esas razas de ganado, que tanta carne dan, las que producen más leche, y aquellas cuya leche da más mantequilla, no son *razas naturales*, sino *artificiales*, es decir, formadas por el transcurso del tiempo, obra de la constancia, de la observación y del trabajo, escogiendo de cada generación los mejores reproductores; no confundiendo nunca las especies (las que deben dar carne con las que deben dar leche), y corrigiendo los errores de la naturaleza, hasta obtener esos animales que sorprenden por su tamaño, hermosura y mansedumbre.

En la hacienda todos los edificios son de cal y canto, perfecta y científicamente adaptados á su objeto, y hay máquinas de todas clases,—para prensar y empacar el heno, para subirlo á los graneros, para despedazarlo antes de darlo á los ganados, para humedecerlo, para barrer los establos, y para hacer los quesos y la mantequilla en el menor tiempo y con la mayor perfección posible.

Cuando la tierra se cultiva, generalmente es en grande extensión; y el que ara va montado en un arado, como en un coche, tirado por dos enormes caballos, que deja un surco de media vara de profundidad y á uno y otro lado los cespedones vueltos al revés, para que el surco y los cespedones puedan recibir el aire, el sol, la luz y el ázoe que hay en la atmósfera. Otras veces es una máquina de vapor la que, rápida y poderosa, escarba el suelo y remueve toda la tierra.

Viene después la *regadora*, que riega todos los granos de trigo á igual distancia y los coloca á una misma profundidad, de manera que no deje uno solo de nacer, ni nazca una mata que impida el crecimiento de otra; y así se economiza la mitad de la semilla.

Refiere un viajero que en un sepulcro de los Faraones se encontraron granos de trigo; y en el acto el *lord* manda un comisionado especial á Egipto á comprarlos á peso de oro; conseguidos, los siembra en un cuarto con estufa, para darles el clima de Egipto; logra que uno nazca, y á fuerza de esmero y de cuidados consigue una espiga, y con los granos de ésta, nuevamente sembrados, obtiene unas tantas matas; y al cabo de los años presenta una nueva especie de trigo, aclimatado en Inglaterra. Hé aquí una gran gloria, justamente adquirida, y que la sociedad inglesa sabe reconocer y premia con honores.

El prado inmenso está cubierto de espigas doradas que se inclinan á impulso del viento, formando olas, como un lago apacible y sereno: miles de ruiseñores cantan alegres en los cercados ó atraviesan en bandadas el sembrado, produciendo con las alas un ruido semejante al del roce de la seda, y la campiña está llena de esos olores que recuerdan la infancia y embalsaman el alma, cuando la tropa de labradores, regimentados y disciplinados, se presenta para la siega del trigo, cada uno con los instrumentos que le corresponden, y preparado al trabajo en muchos años de práctica. Los hombres con grandes sombreros gachos, mangas de cuero hasta el hombro, y delantales de vaqueta; las mujeres con largas gorras de paja, el traje muy alto, delantales de lino, y una soga en la mano, como las escolares que saltan en un lazo; y los niños de ambos sexos, como hijos del sol, rubicundos, gordos y alentados, conteniendo la risa y aguardando la tarea.

Rum, rum, rum, rum, hace la máquina de vapor *segadora*, que va como un rayo cortando el trigo, haciendo los atados y dejando en medio de la sementera un gran sendero, por el cual se precipitan más de cien trabajadores á recoger los atados, á ponerlos en carretas y á hacer las gavillas; y cuando van por la mitad del camino, ya la máquina, que ha ido hasta el extremo del dominio, viene otra vez, cortando más allá el trigo y ensan-

chando la vía, hasta que no queda una sola espiga en pie en la extensa sementera.

Del lado de las *montoneras* del trigo segado en el año anterior, y que parecen un pueblo de los antiguos indígenas de Cundinamarca, con sus casas redondas y sus techos pajizos, se oye un ruido sordo y continuado, y se alza un torbellino de paja, como si el viento del desierto soplara y levantara al cielo las montoneras. Esa es la *máquina de trillar*, que recibe por una gran boca los atados de espigas, y como un chorro de granos de oro arroja al otro lado el trigo limpio y escogido.

Todo esto representa una riqueza inmensa, y el lord que la recoge goza no sólo con lo que gana, sino con el placer que siente todo el que trabaja y ayuda á la obra de la producción y al mantenimiento de sus semejantes.

Pocos meses después llega el invierno, y no hay ni un árbol ni una planta ; el sol no sale, el cierzo húmedo sopla del norte, y la campiña aparece cubierta de una inmensa mortaja de hielo.

La condición de los trabajadores en el campo de Inglaterra me parece la mejor entre la de todos los proletarios. Viven al aire libre, en trabajos sanos y agradables ; tienen una familia numerosa y robusta, y ganan un jornal que si no les alcanza para obtener su independencia, en cambio, nunca les deja de dar para satisfacer sus necesidades.

Los *land-lords* se interesan realmente por la suerte de esos trabajadores, y tienen como una especie de cariño por los de la aldea de su dominio, á quienes han visto trabajar desde niños en su hacienda ; los conocen personalmente, los auxilian en sus necesidades, fundan para ellos escuelas y casas de asilo, y, hasta cierto punto, los hacen miembros de su casa.

Las jóvenes son respetadas por las costumbres rígidamente morales que en el campo reinan, pueden tener sueños de amor y de ternura, y quizás un esposo y una familia respetables y un hogar tranquilo.

Y sin embargo, se nota la corriente de campesinos que se van á los condados industriales, en donde su personalidad se convierte en máquina humana que trabaja hasta que se rompe, y para estar al servicio, no de un lord que lo ama, sino del capital, que no tiene corazón ni sentimientos; para cambiar su vida apacible y libre por la vida de esclavo en una fábrica, donde no vuelve á ver la luz ni á tener aire.

Y no es esto lo más cruel: las lindas niñas, castas y confiadas, se van en manadas, como las palomas de los campos, de los condados agrícolas á las grandes ciudades, creyendo encontrar un porvenir brillante, y no

hallan allí ni un amante sincero, ni un esposo digno, ni hogar honrado, sino el trabajo, el vicio y la muerte.

Las ciudades del interior conservan su interés histórico, pero han perdido su importancia y su rango. En la Edad Media cada una de ellas era rival de Londres, y por mucho tiempo la nobleza estuvo dividida según los condados, y tenía ciudades que eran teatro de sus hazañas, de sus amores, de sus rivalidades y sus odios; y los nobles, si iban á la corte, era al través de mil dificultades y peligros, teniendo que hacer un largo viaje, abandonando sus ocupaciones y sus placeres. Hoy ningún noble vive en las ciudades secundarias, sino en su campo ó en Londres; y en las ciudades sólo están las familias de los comerciantes de menor escala.

Además, es un hecho que los ferrocarriles tienden á destruir las ciudades pequeñas, á despoblar los campos para formar esos grandes centros donde se reúne todo, — población, riqueza é industria, — y que son como Londres, una ciudad de cuatro millones quitados á toda la isla, ó como Berlín, que en pocos años ha triplicado el número de sus habitantes, quitándoselos al resto de Alemania.

En mi corta peregrinación me faltaba ir á Manchester, á Glasgow ó á Liverpool á conocer las ciudades fabriles, industriales ó comerciales de Inglaterra, y escogí la primera, de lo que me arrepentí después, porque habiendo conocido ya las grandes fábricas de Londres, no tuve sorpresa ninguna al ver las de Manchester; y la impresión desagradable que me dejó no he podido dominarla.

El ferrocarril pasa por entre pilas de carbón de piedra tan altas como las pirámides de Egipto; el sol se muestra rojo en medio de una atmósfera color de cobre; las chimeneas elevadísimas arrojan humo y fuego como el cráter de los volcanes; el aire está impregnado de ácido carbónico y se respira con dificultad; las chispas vienen á apagarse sobre los vestidos, y todo está lleno de hollín; y así se entra en esa nueva Babel de las fábricas y de los obreros.

Las excavaciones que se hacen para sacar el carbón de piedra que debe calentar en invierno todas las casas, alimentar constantemente todos los hornos, mover todas las máquinas é impulsar todas las locomotoras y todos los navíos, y á las cuales no quise entrar, son tan enormes, que en el fondo no hay ya aire que respirar; reina en ellas una eterna oscuridad, y allí viven y se extinguen las generaciones de los mineros, condenados, no por Dios sino por la industria, á trabajar, como Encélado, en los abismos de la tierra.

La ciudad está naturalmente dividida en tres barrios; pero se

interponen entre ellos fábricas, plazas, parques ó calles que los confunden, ó que dan á los unos el aspecto y carácter de los otros.

La *ciudad fabril* se compone de calles anchas y espaciosas, bien empedradas y enlosadas, sumamente largas é iguales, y formadas de casas de ladrillo ennegrecido por el humo, también iguales, las cuales parecen prisiones, con seis pisos por lo menos, puertas grandes y ventanas en cada piso, sin balcón ni vidrieras, y cuando más con unas persianas que están siempre abiertas.

Estas casas, que son las fábricas, son tan grandes, que muchas de ellas comprenden toda la manzana ; y adentro, en los diversos pisos, están las máquinas de tejidos, que contienen más de veinticinco mil telares, que se mueven todos á un mismo tiempo á impulso de las máquinas de vapor, arrojan automáticamente la carretilla, pasan la hilandera, traban los hilos y entregan en pocos minutos una paca de algodón convertida en una pieza de lienzo, blanqueado, almidonado y doblado.

Allí mil quinientos ó dos mil trabajadores en cada fábrica, regimentados y disciplinados, están desde el amanecer, mudos, silenciosos, pacientes y estrictos, haciendo cada uno su oficio, como lo hace la rueda ó el piñón; los unos atando los hilos que se revienten, los otros poniendo aceite á las máquinas cuando chirrían, éstos, tirando cada cinco minutos gotas de agua sobre los tejidos, aquéllos recogiendo las pelusas del algodón; y allí están hasta el anochecer.

Estos obreros no saben hacer otra cosa que el oficio que les corresponde, lo mismo el hombre que la mujer ; aquél no es capaz de disparar una escopeta, y mucho menos de escribir una carta; y ésta no sabe lavar, coser, ni ninguna de las ocupaciones de su sexo. Pasan los años, y el niño que entró á unir los hilos que se rompen, es ya viejo. ¿ Qué hace ? Unir los hilos que se revientan; y lo mismo hacen los que aceitaron las máquinas ahora cincuenta años ó los que cada cinco minutos echaban unas gotas de agua sobre el lienzo.

Esa vida sería una esclavitud horrible para nosotros los colombianos, que somos abogados, agricultores, impresores, generales, comerciantes, literatos y viajeros; y todo lo ejecutamos mal ó bien, pero haciendo frente al destino, gozando con los cambios, y estando prontos para todos los acontecimientos, y á sacar nuestra tarea social en todo sentido; pero esa vida es muy natural para el flemático inglés, y la lleva contento y sin aspiraciones.

Las inmensas fraguas no sé por qué tienen siempre algo de misterioso, que las asemeja al trabajo de los Cíclopes de la mitología; y apenas cree uno que son hombres verdaderos esos gigantes de siete á ocho pies de altura,

fuertes como una torre, cuyas caras rojas están iluminadas por la llama de la forja, y que manejan una vara de hierro, la cual alzan, levantan, doblan y entorchan con la facilidad con que una niña hace un canasto ó un aro de flexible mimbre.

Hombres que han pasado el día en la forja, ardiendo, machacando el hierro con enormes martillos, doblando barras ó tirando rieles, salen de allí naturalmente sedientos, y van á saciar su sed en los *public-houses*, donde se embriagan y pasan la mayor parte de la noche. Los que han estado doce horas mortales encorvados ante un telar, van también allí á buscar descanso; las mujeres que se fatigan con trabajos superiores á sus fuerzas, y las que nada saben hacer en sus casas, van también á aquellas tiendas á llenar las horas de la ociosidad; aquellas cuyo jornal es escaso, van por necesidad ; y así los obreros dividen la vida entre el trabajo y la embriaguez.

Hay un Barrio de obreros inmenso para los cuatrocientos mil que trabajan en la ciudad, y en el cual viven con mucha decencia los menestrales, mayordomos, dependientes de las fábricas y obreros formales, según sus facultades, en casitas bonitas y aseadas, con el *confort* á que todo inglés aspira y que no es conocido por los colombianos, y abrigando una familia hermosa, alentada y moral ; allí viven también los pobres en miserables y húmedos antros, que se ven repletos de criaturitas rubias, pálidas y macilentas, y allí es el teatro de los escándalos de los obreros perdidos y de los borrachos y tahures.

El Barrio de los príncipes de la industria es tan elegante como el mejor de Londres; tiene parques, jardines, estatuas, estanques, y se compone de casas magníficas, en donde las libras esterlinas suministradas á los empresarios por las fábricas que alimentan el comercio del mundo entero, se han empleado en pagar hábiles arquitectos y acreditados decoradores, cuyas obras hacen la admiración de los viajeros.

Estos ricos son verdaderos príncipes, que tienen por Estados sus fábricas, las que les dan rentas superiores á las que en otro tiempo daban sus dominios á los príncipes italianos, y tienen por pueblo á los trabajadores que de ellos dependen, á quienes mandan, pero á quienes tienen que complacer para evitar las *greves* (huelgas ó insurrecciones de obreros); pesa sobre ellos la responsabilidad de muchos millares de familias, tienen que atender al comercio de las diversas plazas en el mundo, como los príncipes tenían que atender á la política de sus rivales y vecinos; y llevan, en fin, el tren y gastan la arrogancia de los príncipes de sangre pura.

En la lucha terrible del capital con el trabajo, del empresario con los

24

obreros, casi siempre gana el primero; y sin participación ninguna en las utilidades de una especulación, los hombres trabajan sin estímulo, sin esperanza y sin aspiraciones; y trabajan la vida entera, sin mejorar su condición, ni la de su familia, ni la de sus hijos. Esto es en verdad bien triste, y ha engendrado las ideas *comunistas* en Francia y Alemania, que tienden á acabar con la actual civilización, y ha encendido en las almas nobles el deseo de mejorar la condición social de los trabajadores por medio de diversos sistemas que se han llamado *socialistas;* pero que no por ser hijos del más santo deseo y de concepciones generosas, dejan de ser absurdos, pues no hay más que una resolución para todos los problemas políticos, religiosos y sociales que agitan al mundo: LA LIBERTAD.

En Inglaterra no han penetrado las ideas comunistas, porque el espíritu nacional es más práctico y menos generalizador; y allí, cuando los obreros están exacerbados por una injusticia, ó no pueden vivir con el jornal que les asignan, apelan á la huelga, que es la resolución que toman de no volver á trabajar si no les disminuyen las horas de trabajo ó les aumentan el jornal.

El día menos pensado, las fábricas están vacías y los obreros paseando con sus mujeres y sus hijos. El fabricante se va á arruinar; los hornos, una vez enfriados, hacen perder los millares de toneladas de hierro que se estaban derritiendo; los pedidos para la India son urgentes y los buques aguardan en el puerto los géneros que se estaban acabando; la bancarrota es inevitable para todos, suspendidos los trabajos.

Los trabajadores están coléricos y rechazan á los comisionados que van á rogarles que vuelvan al trabajo; la policía ha tenido que intervenir para salvar á un viejo obrero á quien querían matar sus compañeros porque, con cinco hijos y sin pan, ha querido ir á la fábrica; las mujeres se vuelven insultantes y provocativas contra los fabricantes y contra la autoridad; la ciudad ve la multitud amotinada contra los obreros extranjeros, y principalmente contra los irlandeses, á quienes detestan; todos se interesan por un arreglo; y ...... ¡ victoria por los obreros ! Han logrado el alza de medio chelín en la semana.

Las fábricas continúan; los obreros están contentos con este medio chelín, que representa más pan para los hijos, ó un pedazo de carne los jueves, ó una infinidad de placeres y goces en el hogar, cuya perspectiva les encanta. ¡ Vana ilusión ! La fábrica se arruina con este gasto más; las zarazas salen recargadas con un penique, y no pueden soportar la competencia en el mundo. ¿ Qué hacer ? Suprimir el medio chelín.

Nueva huelga. Los obreros resisten; muchas fábricas se arruinan,

muchas casas quiebran, el pánico llega hasta Londres, y el telégrafo lo comunica á los Estados Unidos. Los obreros resisten, y llevan ya tres días de huelga; pero están sombríos, las mujeres lloran, los niños gritan de hambre, y en vez del alboroto de los primeros días, las calles están desiertas, y los hombres rujen en sus cuevas como fieras. Empiezan á morir sobre los embaldosados de las calles viejos enérgicos, como los héroes de Sagunto, ó los del sitio de Cartagena. En vano los niños quieren exprimir el seno vacío de leche de las madres, y desfallecen en sus brazos con la mirada extinguida, las mejillas transparentes y los labios amoratados. ¡ Si pudieran salvarlos ! Tristes procesiones de obreros al cementerio llevando sus niñas de quince años, que fueron las primeras víctimas de la resistencia. El llanto, la congoja, la agonía por todas partes, y al cabo de algunos días de heroica resistencia, los obreros, flacos, extenuados, macilentos, entran humildes y rendidos á la fábrica á continuar su mísera existencia.

En presencia de estos estragos de la miseria y de la triste condición física, moral é intelectual de los proletarios, ansiosa el alma de buscar remedio para tantos males, vuelve la mirada á la patria ausente, inculta aún, desierta y solitaria, pero que, libre y feliz, con sus instituciones se levanta á un alto grado de civilización; y naturalmente ocurren estas reflexiones:

En Europa la naturaleza es ingrata: el sol, avaro de sus rayos, apenas alcanza á calentar una región cubierta por la nieve en la mayor parte del tiempo; no hay flores, ni palmeras, ni pájaros que pueblen los aires con su canto. Aquí la raza humana vive penosamente, atacada por el frío, arrancándole á la tierra un difícil alimento, y encorvada bajo el peso de un trabajo abrumador y constante. La raza es blanca, fuerte y hermosa; y ¡ cosa extraordinaria ! es en toda la tierra, en todo el globo, en donde la raza se agita y se mueve más, realizando en una generación lo que en otras partes no se ha hecho sino en muchas; levantando ciudades y elevando torres en un día; yendo á todos los puntos del globo á despertar á las otras razas que duermen, y á arrojar los productos de su labor constante.

Esta raza encierra hoy cuanto los siglos han acumulado, cuanto el ingenio humano ha creado, cuanto la civilización de todos los siglos y en todas las regiones ha producido; se comunica con la celeridad del rayo, se mueve con la rapidez del pájaro; y el hombre tiene con las máquinas más fuerza que el elefante.

Y sin embargo, vive esclava del hambre, del frío, de la miseria y del dolor, que la rodean por todas partes, y de cuyos males sólo se libertan unos pocos seres humanos que gozan de la vida, en cambio de un martirio

lento, perpetuo, inconcebible, que le imponen al niño al alumbrarle la razón, y que lo acompaña al sepulcro sin descanso y sin misericordia.

Aquí el hombre ha renunciado á la libertad de los bosques de que disfruta el africano; al aire puro, á contemplar la naturaleza, á recibir los rayos vivificantes del sol ; y en ciudades envueltas en bruma asfixiante, y en fábricas donde ve aparecer y perderse un escaso rayo de luz, día por día va descontando todos los instantes de la vida, todos los goces del alma, todos los sueños del espíritu: juventud, belleza, amor y gloria, por un salario que sólo alcanza á prolongar por algún tiempo más esa vida llena de privaciones y dolencias.

De todas las formas que ha tomado la esclavitud en el mundo por varios siglos, la más triste, la más degradante, la más miserable es la esclavitud moderna del proletario en Europa. El esclavo asiático acompaña á su amo á la caza del elefante; puede mirar el sol cuando lo lleva en su palanquín; goza en la gloria de su señor, de la que se desprenden rayos que lo cubren, y no tiene inquietud por su porvenir, pues que su amo ha de vestirlo de seda ó de algodón, según su suerte, y alimentarlo para que le dure. Pero el obrero de Europa no tiene un amo á quien servirle ni que se interese por su suerte: jamás ve el sol, ni hay emoción en su alma; nadie lo ama como ama el hacendado sus rebaños ; es esclavo del capital, que no tiene corazón ni entrañas; trabaja, trabaja, y nadie agradece su trabajo ni estima sus servicios. Fija en su mente la idea del porvenir siempre funesto, y dueño de una suerte que no puede mejorar ni para él, ni para su mujer, ni para sus hijos, vive en la miseria. Enferma, y no tiene un amo que llame al albeitar; muere, y á nadie le hace falta, porque mil esclavos más, hambrientos y degradados como él, vienen á pedir su puesto en la eterna labor.

Y este estado de la humanidad se llama civilización, y se dice que con ella ha alcanzado el hombre el más alto grado de progreso y de dicha. ¡ Maldita civilización ! ¡ Malditos los hombres que se empeñan en mantenerla como una cosa santa, justa y benéfica !

El africano va al combate: si triunfa, es señor; si pierde, es siervo; pero hay suerte, hay lucha, hay emoción, y entre el vencedor y el vencido existen siempre las relaciones de dos hombres que han podido estimar su mutuo valor, su audacia y su genio guerrero. Para el obrero de Europa jamás hay esperanzas, nunca hay lucha. Su destino está trazado y es inevitable, terrible, espantoso, y á él tiene que someterse; y entre él y el dinero, de quien es esclavo, no hay nada de común, y su único aliado es la muerte.

¡ Cómo es que á estos millones de esclavos no les ha llegado el pensamiento de buscar una lucha y triunfar ó perecer como Espartaco !

En América, en esa tierra verdaderamente nueva, que brotó del océano cuando la Atlántida se hundió en el otro hemisferio: en esta tierra hermosa cubierta de selvas vírgenes y de magníficos desiertos, hubo una raza en armonía con la suntuosidad de la naturaleza, con condiciones físicas y morales aparentes para la mansión que estaba llamada á ocupar : era débil como las llamas y vicuñas del Sur, pudiendo apenas llevar una leve carga de fatiga y trabajo; y, como los búfalos del Norte, había nacido para vivir en libertad : era sobria para que las necesidades no la encorvasen ante el yugo del trabajo ó las cadenas del despotismo ; era soñadora y melancólica para contemplar la regia naturaleza y deleitarse en escuchar el ruído de las cascadas solitarias ó el rumor que el viento modula en las palmeras, sus compañeras y sus amigas, que le daban sombra, abrigo y alimento, y era indolente para vivir entre el oro sin inclinarse á recogerlo.

De muy lejos fué raza extranjera, más fuerte que ella, acostumbrada á la esclavitud y á la matanza ; llevó consigo el trabajo, la codicia y el fanatismo religioso, y á su peso la raza americana sucumbió.

La que hoy existe no es la aborigen, es muy escasa para tan vasto territorio, y por lo mismo vive en lucha abierta con una naturaleza que parece resistir la civilización ; hoy la vence para que mañana no quede ni rastro ni señal ; y las selvas cubren con su eterno verdor en un día lo que había costado un siglo de trabajo ; el Cocatache en una noche destruye la ciudad de Ibarra, levantada por muchas generaciones ; las raíces de un caucho derriban los cimientos de la más hermosa catedral, y á su paso la langosta destruye las inmensas plantaciones que el hombre había sembrado.

Pero la resistencia física es nada ante la resistencia moral que existe, y que obligará á la civilización á sufrir notables modificaciones para poder aclimatarse en América ; y de las cuales son prueba los siguientes ejemplos:

La civilización de Europa importada á la América trajo por fórmula social el despotismo de los reyes, y por tres siglos las generaciones estuvieron educándose en esa doctrina y recibiendo como mandatos de Dios las órdenes que los déspotas de Europa transmitían. Un día la raza existente en América, y que participaba ya algo de su naturaleza, como conservando algún recuerdo de la extinguida en otro tiempo, no quiso recibir más órdenes, y se hizo independiente. ¿ Siguió gobernándose con reyes, como manda y previene la civilización europea ? Nó. Fué á buscar en la Historia los pocos siglos de existencia de Grecia, ese pueblo que realizó

prodigios y que vivió bajo un cielo hermoso como el de América, y á su ejemplo proclamó la República : el gobierno de todos y para todos, maldecido y proscrito por Europa, no conocido en Asia é imposible para las tribus africanas.

Y esta forma social que asegura la libertad y que está en armonía con los desiertos y las pampas, no podrían destruírla ya todos los déspotas coligados del mundo.

La esclavitud doméstica, el derecho del hombre sobre el hombre, fué la idea social enseñada en América y la que por tres siglos estuvo practicándose como único medio de llevar estas regiones por el camino de la civilización, de la industria y el progreso. Y sin embargo, todas las naciones de América, apenas independientes, acabaron con la esclavitud de los negros y proclamaron la igualdad de condiciones.

Evidentemente en América la raza humana tiene que transformarse, y algún cambio físico ó una revolución social que apenas se columbra, le ha de dar nueva vida, en la que desaparecerá para siempre la esclavitud en favor del señor, del déspota ó del capitalista.

Todos los proletarios deben emigrar á América, en donde hay luz, aire y tierra para todos; pero dejando sus creencias, hábitos, costumbres y tradiciones, de manera que bajo la forma republicana en los gobiernos, y con plena libertad personal; mezclándose todas las especies, confundiéndose todas las condiciones, sobre el pie de la más perfecta igualdad, todas las fuerzas individuales se unan para conseguir una civilización en que no haya ni señores, ni siervos, ni reyes, ni vasallos, ni príncipes, ni nobles, ni parias, ni plebe, ni canalla ; en la que el trabajo físico, agobiador y terrible, se reparta entre todos aliviando la carga, y en la que los goces de la virtud, de la inteligencia y de la civilización sean comunes, á todos alcancen y á todos favorezcan.

Sólo así se realizará el hermoso sueño del progreso indefinido de la humanidad ; sólo así llenará la América la misión á que está destinada; levantándose así Colombia, libre y feliz, á su magnífico destino.

CAPITULO XXI.

Exposición de Madame Touseau—Carácter inglés—La prensa—Partida de Londres.

EN un pueblecito que está situado en la arruga que forma la cordillera entre Fusagasugá y el Puente de Pandi, en una capilla de paja hay una linda cabeza de cera, que allí pasa por la de una santa, y que es la de *María Antonia*, *guillotinada ;* una igual vi en Londres en la EXPOSICIÓN DE MADAME TOUSEAU.

Aquella cabeza, según tradición, pertenecía á una Exposición de estatuas de cera que por allá en 1825 llevaron los señores Barreras á Bogotá; al mismo tiempo que Madame Touseau empezaba á formar la más completa galería histórica de estatuas de cera que hay en el mundo, y que se exhibe en Londres.

Entra aquí el viajero, abriendo un cancel de vidrio, á una sala sumamente grande, iluminada como para baile, y en ella, en infinita confusión, ve muchas personas, como en un baile de disfraz, con diversos y fantásticos vestidos ; unas que se mueven y pasan del uno al otro lado en diversas direcciones, y otras quietas, en grupos distintos, como conversando.

A la izquierda, contra el cancel, está un chino que le extiende á uno el brazo con un platillo de plata.

—Acabo de pagar á la entrada, dice el viajero, creyendo que le cobra, y el chino ni contesta ni retira la mano.

Un guía lo conduce á uno á presentarle á Madame Touseau. Es una vieja amable, vestida de traje negro y gorra de paja, con el pelo demasiado negro para su edad, lo que hace conocer que se lo tiñe ó que usa

peluca. Está sentada, y hace una ceremoniosa cortesía; pero no habla nada. Ya se ve, cómo les iba á hablar á mil visitantes que hay en su salón !

A la derecha está una fisonomía que uno ha visto, un personaje conocido ; ¿ quién es ? Voltaire haciéndole una burlona cortesía á una mujer coqueta, llena de adornos y de joyas, y empolvada y repugnante, como muchas que se ven en todas partes.

Empieza uno á comprender que de todas esas personas, unas son estatuas, y otras, las que exhiben éstas ó los visitantes; pero es difícil distinguirlas.

En 1875 tocóme, en medio de la revolución, conducir de Cipaquirá á Bogotá á algunos diputados al Congreso, que venían llenos de pánico; y al llegar al puente del Común y divisar la cordillera oriental, gritó uno de ellos aterrado:

—Allí están los enemigos, señalando al cerro.

—Esas son matas, le dije yo.

—Sí, de esas matas, unas son árboles y otras son hombres; y yo los distingo muy bien.

En la galería de Madame Touseau yo no pude distinguirlas bien. Es ésta una verdadera galería histórica ; así es que allí están los reyes y todos los personajes célebres con sus verdaderos trajes ó con una imitación perfecta. Enrique VIII es un inglés gordiflón, metido entre una armadura de fierro, y está rodeado de sus mujeres, vestidas todas de reinas y con magníficos mantos.

Pasa uno por delante de un anciano de sombrero de pelo alto, viejo y grasiento, levita de paño raída, hasta los tobillos, botas viejas, y que está sacando un pañuelo de seda colorada del bolsillo. ¿Es verdad, ó es estatua ? Es ficción. Es *Rostchild*, el jefe y fundador de la familia que se ha repartido en todas las cortes, y cuya casa es la más rica de Europa.

En otra parte están el Papa Sixto V con las vestiduras pontificales, un fraile franciscano demacrado, y un personaje misterioso, vestido todo de negro desde la cabeza hasta los piés, del cual solamente se ven los ojos brillantes y siniestros. Inspira miedo este personaje, cuyo nombre y significación ignoro.

Kosouth, Garibaldi, Mazzini, todos los héroes republicanos de la época están en figura natural y en su propio vestido, lo mismo que Thiers, Guizot y el Mariscal Mac Mahon.

En la parte principal de la sala, y como en un vestíbulo, se halla la Reina Victoria en medio de todos sus hijos é hijas y las esposas de aquéllos y los maridos de éstas, casi todos de familias de reyes. La esposa del Príncipe

de Gales es la más hermosa. En un salón paralelo, y separado del primero por una cortina, está Napoleón vestido de general, con el Emperador Alejandro y todos los reyes que fueron sus aliados. Se halla también allí el coche dorado que sirvió para la coronación de aquél, y en el que fué aprehendido en Waterloo ; y todo arreglado de tal manera para impresionar el ánimo y formar ilusión, que después de algunos instantes ve uno real y positivamente al vencedor de la Europa.

En otra pieza está la cámara mortuoria de Napoleón III, la capilla tal como fué adornada el día de su fallecimiento, y en el centro el Emperador muerto.

Mirando á estos personajes hay otros entre la multitud, que son también estatuas, y que no se distinguen ; algunas de éstas que, como visitantes cansados, están sentadas en diversos puntos de la sala, y otras que parecen adelantarse hacia el viajero para hablarle.

Tantos chascos habíamos sufrido después de dos horas de dar vueltas, que por chiste el señor Pérez le dió con el pie á una que creyó estatua, diciendo: «Usted sí no me la pega»; y sorprendido un pobre inglés de aquel ataque, le dijo : « Señor, ¿ por qué me falta usted ? »

Tuvimos que darle mil satisfacciones en medio de la risa que nos causó este nuevo chasco.

El pueblo inglés es serio, individual y colectivamente. Su gobierno es eminentemente grave é indestructible, porque tiene por base la tradición y la libertad; la primera, que inspira ese sentimiento de veneración y de respeto que siempre ha subyugado á la humanidad desde el tiempo de los reyes judíos y de los Faraones en Egipto, que engendró el *derecho divino*, y que en el pueblo inglés sólo es el deseo de conservar una forma de gobierno, á cuyo amparo ha sido por siglos fuerte y respetada la nación; y la segunda, que lo levanta á un alto grado de prosperidad y ampara el hogar, la familia, la propiedad, el trabajo, el pensamiento, la creencia, y todo derecho con cuyo ejercicio no se dañe á otro.

Tiene una religión demasiado severa para unos, muy fría para otros, pero la más sencilla en las manifestaciones del culto.

El matrimonio es una institución seriamente guardada por los esposos, respetada por los extraños y custodiada por la sociedad.

La familia está muy bien organizada: cada esposo tiene sus derechos y sus obligaciones claramente definidos; los hijos son siempre respetuosos; y si no reina el amor, la ternura, la sublime abnegación que forman el vínculo de las familias bogotanas, y que hacen el encanto y la alegría de

nuestro hogar, en cambio hay más orden y cada cual cumple bien con su deber.

Los hombres son serios en su carácter, en su amor, en su amistad, en sus negocios, en sus promesas, en sus conversaciones, en la palabra dada y hasta en su fisonomía.

Desde Roger Bacon, Locke, Newton, lord Bacon, Bentham y Adam Smith hasta Stuart Mill y Darwin, sus sabios no son especulativos, metafísicos y abstractos; y sólo después del estudio formal del hombre y de la naturaleza á que se consagran, exponen claramente los hechos observados, como la única ciencia que poseen.

Sus más famosos poetas, Milton y Shakespeare, son profundamente serios.

La educación que la juventud recibe en los colegios, ajena de especulaciones abstractas, de teorías científicas ó de la filosofía del derecho, es realmente práctica, para que el joven, al entrar al mundo, esté en capacidad de ejercer las funciones de la profesión que adopta ó del oficio que le corresponde.

La literatura inglesa es grave: la historia, la novela de costumbres y el drama son sus objetos favoritos; las historietas *folâtres*, las comedias chistosas y los cuentos picantes son raros en ella.

La prensa tiene dignidad ; se contrae á la política nacional ó á la extranjera, á las noticias, viajes, estadística y difusión de conocimientos útiles; son pocos los periódicos chistosos, y muy raras esas hojas cuotidianas á semejanza de las que suele haber en Francia, llenas de anécdotas escandalosas para la sociedad, que se burlan de todos y de todo.

La PRENSA INGLESA ha sido la madre y generadora de la nueva sociedad, la que ha encaminado y dirigido el engrandecimiento de la nación, formado las costumbres, engendrado el uniforme espíritu nacional, regimentado la moral, enseñado la tolerancia, fortificado la constitución, defendido la libertad y levantado ese pueblo, el más altivo y más libre de la tierra.

La prensa es el gran poder moderador de los abusos del gobierno, de las exigencias de la iglesia dominante, de las pretensiones de la nobleza, de las exageraciones oclocráticas de los caudillos, de las tendencias anarquistas de los políticos, de los abusos de la autoridad paterna, de la arrogancia de los ricos, de la envidia de los pobres ; y la que ampara, auxilia y protege á la Reina, al Parlamento, al lord, al propietario, al obrero, al pobre, al delincuente, al criminal y al bruto.

Voy á referir algo de lo que presencié :

Como en Inglaterra hay muchos y muy distinguidos republicanos,

los periódicos representantes de este principio atacan siempre al gobierno monárquico, en que el Rey manda pero no gobierna, como perfectamente inútil y costoso; censuran los excesivos gastos de la corte, la ridiculez de las ceremonias en palacio y la indignidad de que una nación libre esté de rodillas delante de una mujer ; y como éstas son opiniones, los otros pensadores las acogen, las censuran ó las combaten. Pero un periódico dijo que la Reina se embriagaba con brandy, y esto no lo soportó la prensa inglesa, porque ese periódico atacaba la parte sagrada de la persona de la Reina.

Hace muchos siglos hubo una conspiración para hacer volar con pólvora el Parlamento, conspiración que se descubrió y por la cual fué ahorcado el jefe de ella ; y todos los periódicos ingleses celebran este aniversario y se asocian al pueblo, que en las calles quema un mamarracho de papel, imagen del conspirador. Esto, para que jamás y en ningún caso, ni por el Rey ni por el pueblo, vuelva á ser atacado el Parlamento.

Un día en que la Reina iba á abrir el Parlamento, estaba un carretero descargando unos muebles en la vía por donde debía pasar la procesión, y la policía lo obligó á retirarse. La prensa condenó el hecho, amparó al carretero y obligó á la Reina á darle una indemnización.

Un lord, celoso de su esposa, quiso llevar el escándalo de su supuesta injuria, hasta practicar la antigua costumbre, sin ocurrir á los tribunales del Reino ; y la prensa amparó á la esposa é hizo comprender al lord que esa era una doble vergüenza ó una injusta iniquidad.

Toda arbitrariedad y toda violencia de los dueños de fábricas contra los obreros, es denunciada al público y severamente castigada por la prensa.

Un famoso aeronauta ofreció ascender en globo montado en un caballo, y descender en él. La prensa tomó la defensa del caballo, y dijo que el hombre podía hacer de su persona lo que quisiera ; pero que no tenía derecho de disponer de la vida de un pobre animal que sin duda no querría ascender ni descender. El caballo ganó su causa ante la policía, la cual impidió la ascensión.

Para las experiencias biológicas y fisiológicas, los animales vivos eran sometidos por los médicos á ensayos más ó menos crueles, pero que en todos los países se han practicado para el adelanto de las ciencias. La prensa tomó la defensa de los perros, gallos, gatos, conejos, renacuajos y zancudos, y declaró que el hombre no tenía derecho de martirizarlos, y ganó la cuestión, habiéndose prohibido la *vivisección* en Inglaterra.

Hay algunos caracteres especiales en la prensa inglesa, según observé en mi breve permanencia en ese país, que quisiera hacer notar, aunque con la desconfianza del que tiene que emitir voto respecto de una sociedad de

la cual apenas le es dado hablar superficialmente, sin que jamás pueda penetrar en el fondo; á la manera que Gall tuvo que diagnosticar sobre el carácter de un hombre sólo por su fisonomía.

La libertad de la prensa se ha moralizado tanto en Inglaterra, que no hay un solo periódico inmoral: el jurado de imprenta no funciona casi nunca, y no hay escritores como Pablo Cassagnac en Francia y varios en mi país, que deben su posición y su fortuna á lo descomedido del lenguaje, lo virulento de los ataques y el olvido completo de todas las reglas de urbanidad.

El sabio autor de las *Lecciones de Derecho constitucional*, doctor Florentino González, expresa el pensamiento de que la libertad de la prensa está restringida en Colombia por la pistola y la espada. Esto y la consideración de que la mayor parte de los duelos, muertes y atentados que tienen lugar entre nosotros, son originados por las publicaciones de la prensa, nos haría pensar que la absoluta libertad no era conveniente, si no viésemos lo contrario en Inglaterra.

En primer lugar, haré presente que la libertad de la prensa no ha podido venir á turbar las relaciones de los hombres en la sociedad, ni á borrar las distinciones sociales nacidas de la virtud, la honradez, el talento, la ilustración, los servicios á la Nación, y todas aquellas que se juzgan indispensables para la marcha armónica de la sociedad.

Pero la creencia general en Colombia es que la libertad de la prensa abrió un palenque en donde todos los vagamundos pueden entrar á luchar como iguales con los hombres honrados, y, más aún, obligar también á bajar á la arena, á su llamamiento, á los que ellos quieran, según el capricho, el odio, la venganza ó la maledicencia lo inspiren.

La libertad de la prensa en Inglaterra es igual en todo á la libertad personal, que permite á los hombres hacer lo lícito y honesto ó que no dañe á los otros ; y así como con el uso de esta preciosa garantía no se expone ni la santidad del hogar, ni el respeto á la honradez, ni la consideración debida al bello sexo, porque la sociedad se cuida de amparar contra el descomedido, el insolente, el descortés ó el malvado á las personas buenas; así el uso de la prensa tampoco expone el honor, la virtud ó los hábitos pacíficos y moderados de los ciudadanos al capricho de los malévolos.

Pero no es esto lo que pasa en Colombia por errores, preocupaciones y perversión de los principios morales de la sociedad.

Escrito un artículo por un hombre, sea cual fuere, se juzga que para este escritor están ya suprimidas todas las distinciones sociales, y él igualado á todos los hombres honrados y virtuosos. Todavía más: sus palabras se

miran como la sentencia de un tribunal que sólo otro tribunal de sangre puede revocar; y que tienen el poder absoluto de formar opinión y causar deshonor, mengua ó vituperio, según su voluntad ó su capricho.

Tal persona, que no sería admitida en la buena sociedad, á la cual no se recibiría en la casa propia ni se tendría de amiga, por mala voluntad, por rivalidad política, por interés, escribe en un periódico un artículo, más ó menos acre, contra un pacífico ciudadano que cumple con sus obligaciones sociales, y que quizás por cumplir con los deberes públicos de que está hecho cargo, origina esa odiosidad. El ciudadano pacífico tiene que abandonar sus ocupaciones privadas ó sus funciones públicas y entrar en polémica con el autor del artículo, y aducir pruebas; y si el artículo es apenas injurioso, ir á la imprenta, averiguar por el autor y retarlo en el acto.

No nace esto de la libertad de imprenta, que, como todas las libertades, es santa y benéfica; nace de la preocupación que ha quedado de los tiempos en que la prensa estaba restringida, y en los cuales el que escribía tenía una pena, por lo cual se revestía, al injuriar ó al escribir en estilo hiriente, de cierto aire heroico, y la sociedad lo amparaba y lo ennoblecía por el interés que mostraba en favor de la prensa.

Las ofensas no forman ni pueden formar opinión respecto de las personas. Al hombre honrado y virtuoso á quien en un periódico llaman ladrón ó libertino, no le alteran en nada sus relaciones domésticas, la estimación de sus amigos y la consideración social de que disfruta; y al día siguiente es el mismo caballero á quien todos le tienden la mano; así como al pícaro nada le quitan en el concepto público. ¿Por qué, pues, ha de estar el hombre honrado obligado á contestar un artículo injurioso, ni mucho menos á exigir reparación y batirse contra el que lo escribió?

La libertad de la prensa no pudo venir á borrar las condiciones sociales; y si en el curso común de la vida un caballero, conforme á las leyes del honor, no está obligado á batirse sino con otro igual, no es racional, no es justo que, escrito contra él un artículo, tenga que ir á averiguar el autor á las imprentas para encontrar con un perdido, un falsificador, un estafador ó un perverso, con quien tiene que batirse para satisfacer á la sociedad.

Son condiciones sociales para el uso de la libertad de imprenta, según he visto en Inglaterra:

1.ª La conservación de las reglas, distinciones y rangos que la misma sociedad ha establecido para su marcha fácil y armónica;

2.ª La moralización de los juicios del público acerca de las publicaciones de la prensa;

3.ª La civilización de la misma sociedad, poniéndose á la altura de la

ley que deja la imprenta libre, como todas las cosas en el mundo, para hacer uso en bien ó en mal, pero no sólo para lo último ; y

4.ª La responsabilidad moral de los impresores, que no deben dar su aquiescencia cuando tengan la convicción de que es únicamente para el mal, como el armero no da un puñal para asesinar, el farmaceuta un remedio para envenenar, ni un hombre honrado su casa para la prostitución.

Tampoco dan lugar en Inglaterra los artículos de periódicos, por fuertes é insultantes que sean, á reparaciones y desafíos como en Francia, en donde á cada momento se ve á un ministro batiéndose con un chisgarabís que le dijo pícaro, ó al respetable redactor de un periódico atravesado por la espada de un soldado. No se ha visto tampoco en Inglaterra el escándalo de que un hombre ilustrado, honorable, digno y de alta posición, como Emilio Girardín, mate en duelo á Armand Carrell, *el caballero de la democracia*, noble y generoso joven, esperanza de la República, por rivalidades y artículos de periódicos, y tener que lamentar después su muerte.

Por supuesto que mucho menos hay aquello que se usa en mi país, de

«AVISO.

Anoche se robó la custodia de la Catedral el señor Mariano Andrade, Secretario de Gobierno.—R. P.»

«FALSEDAD.

Miente el escritor villano y procaz R. Peñalver, que tiene todavía la mano ensangrentada por el asesinato perpetrado en su propia madre.

Mariano Andrade.»

Los que así usan de la prensa, se arman, cada uno con su revólver (es cuestión de honor, de vida ó muerte para ambos), y se encuentran en la Calle Real: en el ataque, el uno cae muerto, y el otro ha lavado con sangre su honor. Y esto pasa todos los días, se repite á cada instante; y está ya en las costumbres que el que escribe un artículo debe insultar, el que lo contesta debe devolver un insulto sangriento, y ambos prepararse para morir, como en un circo, rodeados de espectadores.

Y á propósito de Girardín, coloco aquí dos cartas, en las cuales él mismo dió solución á las cuestiones de la prensa.

«Miércoles por la tarde, 14 de Abril.

«Señor: Antes de contestar en *Le Siecle* á vuestras injurias, quiero preguntaros si pretendeis siempre abrigaros detrás del pretexto de la muerte de Carrel para no dar jamás satisfacción con las armas en la mano á los hombres á quienes vos insultais en el diario de quien sois el único propietario.

«Después de vuestro artículo de esta tarde, creo tener el derecho de reclamar una reparación de este género, y os ruego me hagais conocer vuestras intenciones.

« *Anatole de la Forge.*»

«Jueves por la mañana, 15 de Abril.

«Señor: Vuestros escrúpulos son tardíos, porque es sobre el tono injurioso de *Le Siecle* que *La Liberté* ha arreglado el suyo, no por violencia, sino por cálculo, y con la intención muy firme de llevar la polémica tan lejos como *Le Siecle* lleve la suya. Continuad, pues, sin ninguna consideración, como habeis comenzado. Sin razón haceis intervenir en esta discusión un nombre que no debe figurar en ella.

«Vuestra carta, que traiciona vuestro profundo embarazo de contradecir mi mentís de ayer, apoyado con pruebas materiales, y vuestro ardiente deseo de ahogar el debate, al cual habeis dado paternalmente nacimiento, no me ha sorprendido, yo lo había previsto y lo aguardaba, mi respuesta estaba preparada y sólo me faltaba escribirla y dirigirla; héla aquí:

«Las balas de pistola ó los tiros de espada no han sido jamás razones, ni han ilustrado jamás una controversia.

«Vos teneis en las manos la misma arma que yo, y yo tengo la misma arma que vos; servíos de la vuestra como yo me sirvo de la mía.

«En todo caso, si teneis á bien arreglar este duelo con la pluma, yo consiento gustoso en que nombre cada uno dos testigos que juzguen cuál de vos y yo ha herido más profundamente á su adversario, para que encuentren lugar de declarar que el debate debe suspenderse y que la verdad está satisfecha.

«Preferís vos que tomemos cada uno una hoja de papel, una botella de tinta y una caja de plumas, y que el combate no acabe sino después de agotar completamente las plumas, la tinta y el papel?

«Escoged.

« *Emile de Girardin.*»

En Inglaterra se publican relativamente pocos libros, atendida su población, su riqueza y su cultura intelectual : en libros su prensa es demasiado exigua comparada con la de Francia, en donde todos los días aparecen infinidad de libros sobre todos los ramos del saber humano, sobre todos los sistemas filosóficos conocidos, y todas las teorías sociales; de historia, de viajes, novelas, cuentos, poesías y dramas. También es muy pobre la prensa inglesa en este ramo comparada con la alemana, respecto de la cual basta referir que Napoleón III, siempre que le era presentado algún alemán,

después del saludo de cortesía, para hacerse agradable, le preguntaba: ¿cuál es el libro que usted ha escrito?... y nunca fué necio en la pregunta.

Los libros que se publican en Inglaterra son muy buenos, muy bien recibidos por el público y muy bien pagados por los libreros. Por el manuscrito del Viaje de Livingstone dió un librero diez mil libras esterlinas. ¡Ah! y mis pobres *Viajes* irán á ser devorados por los ratones después de haber servido para cucuruchos en las dulcerías de Bogotá!

A cada cual según sus obras.

El número de los periódicos también es corto comparativamente á la población, pero su circulación es inmensa, lo que prueba que en Inglaterra dominan grandes partidos, á cuyos intereses, aspiraciones y deseos sirven los grandes periódicos que diariamente se publican en edición abundantísima. Del *Times* se tiran setecientos mil ejemplares, del *Standard* medio millón, del *Ilustrated London News* trescientos mil y del *Punch* igual número.

Los periódicos son enormes. El *Times*, por ejemplo, es una hoja de grandes dimensiones, de letra pequeña, de ocho columnas en cada página, y ordinariamente de diez y seis páginas.

Los periódicos, además de la causa política á que están consagrados, tienen obligación de servir á todas las aspiraciones, gustos y deseos de sus suscritores, por lo cual contienen las últimas noticias políticas de todos los países del mundo; relatan todo lo que sucede, dan cuenta de todos los descubrimientos y razón de lo que se enseña, piensa y cree en todos los países, y de lo que dicen y hacen todos los reyes y personajes notables.

Los redactores escriben diariamente admirables artículos políticos y económicos acerca de todas las cuestiones en que tiene interés próximo ó remoto la Inglaterra; artículos lapidarios, claros, eminentes, que fijan la opinión pública y que son el eco del sentimiento nacional. Se citan treinta artículos en forma de cartas, publicados en el *Times* durante la revolución francesa, de un autor desconocido, que firmaba *Junius*, como los más luminosos que en el mundo se han publicado, y de los cuales todo inglés sabe algunos párrafos.

Mencionaré aquí dos cosas relativas á la prensa inglesa, que sorprenderán mucho á los colombianos:

Primera. La prensa tiene un gran poder y los escritores públicos ninguna influencia; la mayor parte son desconocidos, y el lector lee un artículo como se toma una copa de buen brandy, sin preguntar quién es el fabricante; los buenos escritores no tienen, como entre nosotros ó en Francia, abierto el camino de los honores y de los puestos públicos, sino que reciben del empresario una buena propina por su pluma.

Segunda. Los hombres públicos no tienen un periódico que sirva de órgano de sus ideas, como Girardin *La Presse* ó *La Liberté* y Gambetta *L'Opinion*, en Francia; ó como Murillo *El Tiempo*, en Bogotá, sino que tienen que servirse de los periódicos particulares para emitir sus opiniones.

En todas las ciudades del mundo civilizado tienen los periódicos *corresponsales* encargados de dar cuenta exacta, detallada y minuciosa de lo que allí pasa física, política y moralmente; de lo que se dice en las academias y cuerpos científicos y de cuantos inventos y descubrimientos se han hecho.

Los detalles y minuciosidades de cada artículo ó de cada correspondencia son infinitos y parecen enojosos al que toma el periódico, pero son indispensables, por esta razón: nadie se lee diariamente un periódico de gran tamaño, de diez y seis páginas y ocho columnas en cada una, sino que cada cual lee aquello de que tiene necesidad, lo que le interesa ó le es útil; y desea que eso que lee sea tan completo y tan minucioso como si para él sólo se hubiese escrito é impreso el periódico.

Los *reporters* son personas encargadas de comunicar noticias personales de hombres importantes, con los cuales tienen entrevistas y conferencias, ó los más vivos detalles de una guerra ó de un acontecimiento de actualidad. Stanley fué, como *reporter* de un periódico yankee, en busca del doctor Livingstone al centro de la Africa; y la segunda exploración, que ha costado más de treinta mil libras, la hizo por cuenta de un periódico inglés.

Los *reporters* se entran á todas las casas, á los palacios, á las chozas, saltan á los buques que llegan, acuden los primeros á un incendio, interrogan á los criminales, asisten á los jurados, hacen campañas á pie y con su rifle al hombro, se mezclan en la pelea, caen prisioneros y son á veces fusilados, como el *reporter* del *Times* en la guerra de Túnez, que lo fué por un general francés por haber violado un bando militar.

Las aventuras de un *reporter* en la guerra entre Rusia y Turquía, contadas por él mismo, son una curiosísima novela; y bastará decir que los rusos lo apalearon por espía y los turcos por delator; que fué encerrado en una fortaleza, de donde se evadió para entrar de remero en una falúa guarda-costas; que viajó por tierra en elefante, en caballo y en asno, y por agua en buque de vapor y en una canoa dirigida por él mismo; que habiendo atravesado el Danubio, bebió champaña con el Gran Turco y whiskey con el General Menchekoff; que tuvo amores con una ninfa del serrallo, y volvió á Londres casado con una princesa de Valaquia.

En la guerra americana un *reporter* del *Times* tuvo una ocurrencia

admirable, que dió gran crédito á su periódico, pero que le costó muchas libras esterlinas:

Fué á la agencia del telégrafo al empezarse la batalla de Richmond, y aguardó, para poner un parte, su turno; cuando éste le llegó aun no había concluído el combate, y mientras tanto, tomó asiento, abrió la Biblia, y principió á dictar al telegrafista :

« In principio erat verbum et verbum erat » &c.

El telegrafista escribió un rato y transmitió los versículos de la Biblia tales como se los dictaba ; pero al cabo de una hora sospechó si estaría loco ese individuo. Los redactores del periódico en Londres también estaban sorprendidos.

Dos horas más de dictar textos, y éstos no acaban, y ya van gastados quinientos pesos en el calograma ; los otros *reporters* están impacientes porque acabe; y el director del telégrafo se atreve á hacerle una comedida indicación. Por toda respuesta el *reporter* saca un rollo de billetes de Banco, los entrega al telegrafista y continúa dictando : «In illo tempore: dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc » &c.; y así, dictando textos del Nuevo Testamento, pasa tres horas; pero poniendo el oído á lo que por fuera sucede; á las cinco horas de textos sabe el resultado de la lucha, y dicta: «El General Grant ha ganado la batalla, y se acabó la guerra americana.»......

Los telégrafos están de día y de noche funcionando en todas las ciudades de la tierra para transmitir noticias á los periódicos ingleses ; y con tal eficacia, actividad y celo obran los corresponsales, que la muerte de Thiers se supo en la mayor parte de las ciudades francesas por el anuncio que de ese acontecimiento hizo el *Times* de Londres.

Los avisos son la base de sostenimiento de los periódicos, y no el precio de las suscripciones, pues se ha hecho la cuenta de que el papel del *Times*, guardado y vendido en un año para cucuruchos de dulces, vale más que el precio de la suscripción.

Todo se anuncia en los periódicos una y dos mil veces, sin cansarse, y en la confianza de que el último aviso puede ser el que acredite una mercancía ó facilite un negocio, con lo cual se gana una fortuna. La primera página de los periódicos está siempre colmada de avisos, clasificados, ordenados metódicamente y por departamentos, de manera que el que busca encuentra con facilidad el aviso que necesita. El precio de inserción de los avisos es muy caro; y hay unos que llaman *reclamos*, que son avisos en otra forma, colocados en el centro del periódico para engañar al lector y obligarlo á que los lea ; pero son enormemente caros; y por fin, hay avisos en cuatro ó cinco páginas del resto del periódico.

Fué una espléndida dote la otorgada á su hija mayor por el propietario del *Times*, cuando le cedió la primera columna de avisos.

El mérito de los avisos puede medirse por esta anécdota:

A M. Mennier, de París, fabricante de chocolate, se le dañó gran cantidad de ese artículo, porque se le blanqueó al prepararlo.

—Daría cinco mil pesos por remediar este daño, le dijo un día á su secretario.

El secretario le oyó, guardó silencio y mandó al *Times* este aviso:

« Chocolate *blanco* y carmelita—Unicos fabricantes, Mennier y C.ª—París.»

Los pedidos de chocolate blanco hechos de Londres no alcanzaron á despacharse con el que se había dañado; y el dependiente recibió sus cinco mil pesos.

Hay avisos de todas clases, de todas las profesiones y oficios; avisos corrientes, avisos monstruos, avisos estúpidos, y parece que también hay avisos criminales.

He aquí algunos ejemplos de avisos que vi en el *Times:*

—

«La señora Steevens, dotada del poder de la adivinación, después de haber recorrido el Oriente y estudiado con los magos de Egipto, puede decirles á todos su porvenir—Vive en *Regent-Street*, número 76.»

—

«Te vi, me gustaste, y ya no vacilo.»—A.

—

«Tengo mil libras para colocar á bajo interés, y no exijo más seguridades que la honradez del que las tome.» (Aquí la dirección).

—

«No soy fea, recibí buena educación, soy virtuosa, tengo una dote y quiero casarme con militar—16 box Post Office.»

—

«A W.
Mi padre quiere matarte. Escóndete.»

—

«Las señoritas que quieran pasar hoy por delante de la Botica central, pueden hallar una conveniencia inesperada.»

—

«Se necesitan mil libras para una persona honrada, que da toda clase de seguridades y abona un fuerte interés.»

«Más de setecientos matrimonios de mujeres feas y pobres, hechos en este año, acreditan la casa de Murfy & C.ª—Picadilly, número 17.»

—

« P......

«Nos veremos en el teatro.»

—

« Si X + Y = A puedes K × N con mucho cuidado.»

—

«A L:

Esta noche me arrojo al Támesis. E......»

—

« *Salvemos las almas de los infelices negros del Congo*, suscribiéndose á la sociedad que para llevarles pañuelos instructivos, con figuras alegóricas del Evangelio, se ha formado, y que tiene su residencia en Blacuells Street—L. N.»

—

« LA ALHAMBRA.

« Se ha pasado con sus farsas, sus ninfas, su papelillo, pufs &c. &c. del otro lado del río y exhibe á « Orfeo en los infiernos.»

—

«Una dama respetable y rica, aunque de edad provecta, desea un esposo joven, pobre, sumiso y buen mozo. Enviar los retratos á esta dirección R. Q. Al que sea elegido se le devolverá el retrato con la palabra *sí*. Los otros serán todos quemados.»

—

«¡Cuánto te amo! ¡Ingrata! ¿Qué harás á mi muerte?—*Luis*.»

—

« Se compran cadáveres frescos para la escuela de anatomía.»

—

Fuí á visitar la famosa imprenta del *Times*, por ser una de las maravillas de Londres, y porque siendo yo impresor, quería aprender algo que traer á mi país, algo que pudiera ser útil. Quedé pasmado, sorprendido; pero, como sucede con todo lo de Londres, es tan grande, tan enorme, que ninguna aplicación de lo que se ve en ella se puede hacer en mi patria.

En aquella imprenta no se comprenden ni se pueden seguir los detalles; y el conjunto deja tal impresión en el alma por la inmensidad de la forma, que agobia el ánimo y no deja siquiera pensar ni reflexionar.

Ese sentimiento de la enormidad de la población, de la industria, de la civilización, de los *docks*, de las fábricas, de las máquinas, de los almacenes, embargaba mi espíritu; y viendo esa raza gigante, esos trabajos

ciclópeos, esas construcciones babilónicas, dejé á Inglaterra ; y esa enormidad me agobia aún y me imposibilita para definir ese gran pueblo.

El día de la despedida recibí de la señora del *boardinghouse*, de las señoritas que allí vivían, de todos los huéspedes y de la linda niña Fanny, los testimonios del más vivo cariño y de la más sincera amistad ; y debo confesar que no sin pena dejé esa ciudad, adonde había llegado siendo indiferente á todo el mundo, y sin más amor que el que tenía á mi hermano, que conmigo se iba.

Había en frente del *boardinghouse* un almacén alto, de objetos de cristal, despachado por dos señoritas; á una de ellas, novia de un caballero á quien me había presentado, le había regalado yo una mariposa de Muzo; y á la otra, niña de trece años, unos moscardones brillantes; y juntos habíamos paseado algunas veces. El día de la partida no me acordé de esas amigas, y sin embargo, ellas, desde las ventanas, me hicieron notar mi falta, derramaron algunas lágrimas, y batieron su pañuelo blanco mientras podía verlas.

Ese sentimiento sincero de las señoras del *boardinghouse* al tiempo de mi partida, esos adioses con el pañuelo blanco, me revelaron lo que yo ya sabía y que tres hechos más me confirmaron : que hay elevación de alma, nobleza de sentimientos y generosidad espontánea en la mujer europea, sentimientos que no han sabido apreciar los que la muestran fría, egoísta ó interesada.

Hé aquí algunos de mis recuerdos :

En el vapor *Thasmanian* la comida era malísima, y la de mis hijos peor, pues no les servían ni frutas, ni postres, ni dulces. Una señora danesa, rica como una americana y bella como una diosa, debió de comprenderlo, y siempre retiraba de la comida pasas, almendras y dulces para regalarles á mis hijos, haciéndoles mil cariños, como si fuese su madre.

Cuando vivíamos en una *pensión* en París, mi hijo Evaristo enfermó, y la señora Moreau, la señorita Tourrele y todas las otras señoras y señoritas lo cuidaron con esmero, lo acariciaron con afecto, y se distribuyeron de dos en dos las noches para velar á su cabecera.

Yo viví, durante el tiempo que estuve en el Havre, con dos señoras, una que era viuda y que debió de haber sido rica, y la otra, que había sido siempre soltera, y que tenía consagrado todo su amor á un lindo perro amarillo, *épagneul*, que ocupaba todo su tiempo y era su alegría y su encanto. El perro me quiso mucho, sin duda porque yo era el único que lo sacaba á la calle.

Cenámos en casa en la *Noche buena* varios amigos, y para hacer los

honores de la casa, la anciana viuda sacó á lucir un brazalete de cornelina, tan antiguo como ella, pero que todos, por burla, le ponderámos.

El día de la partida llegó; y la una quería que yo me trajese su perro, y la otra que le aceptase el brazalete.

La criada que en Hamburgo me sirvió por un año, era una infeliz criatura más fea que Gestas y más desairada que un recluta, pero muy inteligente; yo le pagaba sesenta marcos mensuales; cada mes ella dejaba dos marcos sobre la chimenea de mi cuarto; y como sólo por señas nos entendíamos, no pude saber para qué eran esos dos marcos.

En el último mes llamé á un amigo para que nos sirviera de intérprete, y ella le dijo:

—No tengo con qué pagarle al señor Rivas el cariño con que me ha tratado, y por eso resolví rebajarle dos marcos por mes de mi salario.

Estos recuerdos embalsaman el alma!

Pensaba tomar el camino que va á París pasando por Douvres y Calais; y al efecto, mi sobrino Carlos de la Torre, siempre oficioso y servicial conmigo, tomó un coche, en el cual acomódose el equipaje, y marchámos con una hora de anticipación de la en que debía partir el ferrocarril; pero no habíamos contado con que el cochero puso el caballo paso á paso, se detuvo al frente de todos los otros coches que querían pasar adelante, y guardó tan ceremoniosamente la regla de ir en procesión uno en pos de otro todos los coches, que cuando llegámos á la estación ya el tren había partido. ¡ Maldito cochero ! ¡ Vagamundo ! ¡ Perezoso ! Cuantos insultos sabía yo en inglés se los irrogué en el tránsito, y creo que hasta rompí, en mi impaciencia, un cristal del coche.

Cuando llegámos al término, el cochero me empujó y un agente de policía ocurrió; el cochero puso su queja, de la Torre su demanda; citáronlos para el día siguiente, y yo me escapé de Londres en un tren que iba á Folkestone, y de ahí en vapor á Bolonia, primer puerto de Francia.

El canal estaba hermoso, el mar tranquilo : en una hora de travesía vimos de un lado apartarse los buques que estaban cerca del vapor, después quedarse atrás, luégo separarse y huír á la ribera de Inglaterra, escaparse la tierra, perderse en el horizonte y no verse más que mar y cielo; y del otro lado notámos que la tierra viene de muy lejos, que se aproxima primero lentamente y con pereza, después aprisa, y últimamente con una rapidez como si quisiera venir á estrellarse contra el buque, que se mece en las ondas. Esta que viene es la tierra de Francia.

CAPITULO XXII.

Francia—Bolonia—Encomiendas de Bogotá—*Nuits charmantes* de París—¿Cómo es París?—Los boulevares—Los colombianos.

¡HERMOSA FRANCIA! hogar del pensamiento, que en cada siglo ha de ser el embeleso de todas las naciones; corazón sensible en donde con supremo amor son acogidos todos los goces y todos los dolores de la humanidad; espíritu sublime que te has levantado á la región excelsa, desprendido del polvo de la humana miseria, para reinar sereno, y que llamas á todos los espíritus elevados para formar la gran constelación de los sabios, de los poetas y de los filósofos; virgen abnegada y generosa, que te ofreciste en expiación y marchaste al martirio coronada de rosas, por la redención de los pueblos que sufrían en la extensión del universo; fuego inextinguible del que robó á los cielos Prometeo, y que da vida y vigor á la rebelión eterna del bien contra el imperio de la iniquidad; luz inmortal que en lampos te derramaste por toda la extensión del mundo, cuando vivía entre las tinieblas y el error, la ignorancia y la esclavitud, y alumbraste el camino que cada pueblo y cada hombre debía seguir en su larga peregrinación, para llegar al fin á la cima sagrada, en donde siempre habrá luz y libertad. ¡Hermosa Francia! yo, en nombre de la ciencia y de mi pobre patria, te saludo!

Vengo á cumplir una peregrinación que, sin duda, fué el voto misterioso y último de los próceres de la Independencia y de los mártires de la Libertad en mi país, región lejana de la hermosa América, llena aún

de bosques, atravesada por desiertos, iluminada por un sol ardiente, pero destinada en aquel continente á una gran misión providencial en favor de la libertad ; vengo peregrino á tus playas á relatar el gran misterio de la redención de ese país, obrado sólo por el influjo poderoso de tus palabras inspiradas, que llegaron hasta allá, iluminaron los bosques, inflamaron los volcanes y conmovieron la tierra en donde por tres siglos había reinado el despotismo.

Era mi patria una colonia ; humilde esclava del más bárbaro de los reyes, que sumisa besaba su cadena y adoraba el látigo con que la azotaban, y así vivía sin esperanza, como olvidada de los favores del cielo y de los bienes de la tierra, cuando la casualidad hizo que cayera en medio de sus bosques una chispa de las centellas celestiales que la REVOLUCIÓN FRANCESA despedía para todas partes ; y la esclava se levantó, se miró hermosa, sacudió su cadena, ensayó romperla, y entre luchas y sangre, después de mucho lidiar, logró vencer. ¡ Salud, oh Francia, en nombre de mi patria libre !

Hubo allí un hombre que, como Lafayette, rico, caballero y noble, recogió el testamento de la gran Asamblea constituyente ; este hombre se llamaba Nariño, y con ese testamento de LOS DERECHOS DEL HOMBRE, que mostró al pueblo, alcanzó á redimirlo. En nombre de Lafayette, tu hijo y libertador de la América del Norte, y de Nariño, Libertador de Sur América, yo te saludo, ¡ oh Francia de la Revolución !

La historia de veinte años de prostitución, bajo el poder de un tirano, afligió profundamente á los republicanos de mi patria: la historia de tus guerras y de tus sufrimientos conmovió todos los corazones, porque tú eres ¡ oh Francia ! la madre común de todos los republicanos.

A la corona de encina y de inmortales que la Historia te ha decretado, vengo á agregar yo una flor agreste, pero llena de perfume, nacida en la cima de los Andes; á ofrecértela como tributo de amor y á saludarte ¡ oh Francia ! en nombre de Colombia.

¿ Quién no se sentiría conmovido, cual yo lo estaba, al llegar á pisar esa tierra clásica del heroísmo, cuya historia conocemos desde niños los colombianos más que la de nuestro propio país, cuyos grandes hombres se nos ha enseñado á admirar, como los de Grecia ó los de Roma, cuyos sabios han escrito los libros en donde hemos aprendido alguna ciencia, cuyos héroes hacían palpitar nuestro joven y entusiasta corazón en otro tiempo, y cuyas glorias han deslumbrado siempre nuestros ojos ?

Algo sublime animaba mi espíritu en el momento en que pisé tierra de Francia, y estuve absorto, como en éxtasis, dispuesto á la

contemplación, y lleno de entusiasmo; y el sol, que sobre los campanarios de la ciudad de Bolonia lanzaba en una tarde de verano sus últimos rayos, me pareció tan hermoso como el de mi patria, y tuve ímpetus de unir mi pobre himno al himno sublime que todas las naciones levantan á Francia.

¡ Qué nación ! Cuando el espíritu de la época hacía considerar las cruzadas contra los mahometanos poseedores del santo sepulcro, como la más grande obra de civilización y de piedad, la Francia se puso á la cabeza de todos los cristianos; y en Bolonia nació y se educó, y de Bolonia salió ese héroe novelesco,—Godofredo de Bouillon,—que mandó á todos los cruzados, venció á Saladino, entró á Jerusalén, rescató el sepulcro, lo cubrió con la bandera francesa y se hizo rey como lo había sido David; pero que no quiso llevar corona de oro en donde el Redentor había llevado la de espinas, y cuya estatua está en Bolonia y fué la primera que encontré en Francia.

En Bolonia se ha levantado también una estatua á Jenner, propagador de la vacuna; y las dos naciones rivales, que erigen, la una estatuas á Napoleón y la otra á Wellington, se hacen hermanas para la gloria de un sabio !

El placer voluptuoso que experimentan los sentidos y de que participa el alma de los hombres apasionados; el deleite supremo, que sólo los colombianos podemos disfrutar, cuando de un páramo donde sopla el cierzo helado bajamos en pocos instantes á Ubaque, Fusagasugá ó cualquiera otro de esos paraísos de la tierra templada, que Dios puso en nuestra tierra para que no olvidásemos aquél en que Eva vivió, amando, gozando y disfrutando del amor de Adan, del suspiro de la fuente y del murmurio de la brisa embalsamada que venía á robarle el ruído de sus besos y el fuego que ardía en su mirada ; el que disfruta el viajero que, al través del hielo y sobre la cima de los Andes, camina en una noche de invierno para bajar al recinto de la mujer amada, que lo aguarda anhelante en una recámara embalsamada y embellecida por la luz de una lámpara que se refleja en la pupila de sus ojos; ese es el mismo placer que se experimenta al atravesar de Inglaterra, por el canal lleno de bruma, á las costas de Francia.

Esta es la razón por qué Bolonia es un lugar de recreo para los ingleses, y por qué la ciudad está llena de isleños, y sus alrededores sembrados de *casinos*, *châteaux*, *villas*, *seatings* y *residences* de los ingleses é inglesas que no pueden ó no quieren resistir el frío ambiente de su patria y desean vivir cerca de ella.

¡ A París ! ¡ A París ! *Il n'y á qu'un Paris au monde !*

El tren partió, y yo ocupé mi coche de primera en Francia, con el

billete que había tomado desde Londres; advirtiendo que todo era más sabroso aquí, y que estaba más *à mon aise* en la nueva nación.

Me tocó de compañero, por desgracia, un inglés que iba á París por tres días, y que llevaba: una maleta enorme, con toda clase de vestidos; una manta para cubrirse los piés, chinelas para ir en el tren, sobretodo para el frío, cachucha para el viaje, gorro para dormir, zapatones y paraguas (como ciertos guerreros de Bogotá), anteojos verdes para el polvo del camino, idem de larga vista para admirar los paisajes, y gemelos para el teatro y los salones. Entró al tren, ocupó todo un lado con sus arreos de viaje, y las dos terceras partes del frente, donde yo iba, con su persona; y poco á poco me disputó el resto, porque se sentó, se quedó dormido, se me cayó encima y me atronó con los ronquidos, hasta que llegámos á la ciudad.

Esto de pagar tren de primera clase es, ó vanidad ó tontería, por lo que yo pude observar después; y me pareció muy juiciosa la observación de un padre muy rico y miserable, á quien su jactancioso hijo le dijo un día:

—Papá, ¿por qué vamos nosotros siempre en tren de *tercera clase?*

—Hijo mío, le contestó el sesudo padre, porque no lo hay de *cuarta.*

De noche atravesámos el territorio francés, y muy tarde de ella llegámos á la estación de París; los empleados de aduana registráronme todo el equipaje, revolcáronme todas las camisas, y hubo......conflicto internacional á media noche.

....

—«Recadito le manda á su mercé mi señá Eduvijis; que sabe que se va su mercé para París, y que le haga el favor de llevarle esta *encomiendita* para los niños que están en San Petersburgo.»

Recaditos como éste se reciben en Bogotá un mes antes del viaje, y hasta la víspera de él, y las *encomienditas* son tercios de galletas, cajas de bocadillos, millares de chocolate, centenares de cigarros ó cajones de dulces que se derriten y derraman en la Costa y dañan toda la ropa del viajero, quien, además, tiene que pagar una bestia para las *encomienditas*, las que son un embarazo para los ferrocarriles.

El conflicto provino de las *encomienditas.*

—¿Qué es eso? preguntaba el empleado de la aduana.

—Yo no sé.

—Entonces no puede pasar; y cae en comiso.

—No señor. Me mataba doña Eduvijis al volver á Bogotá.

Entre las encomiendas iba una botella de un remedio específico que un doctor *homeópata-eléctrico-mesmérico-espiritista* de Bogotá me había dado

para la señora de un amigo á quien quiero mucho, y estaba en París enferma ; y cuando la vieron los empleados, me preguntaron :

—¿ Qué es eso ?

—El *Antimorphorio insidoloribus et honnes preventis et curantur, indígena bogotano*, contesté, de acuerdo con el rótulo.

—Eso no está en el arancel de Aduanas: queda decomisado.

—¡ No lo permita el cielo!

—Diga usted bajo de juramento: ¿ es sustancia peligrosa ?

—La creo eminentemente peligrosa.

—¿ Será dinamita ?

—Peor que eso, en mi concepto.

—¿ Por qué la trae usted ?

—Porque estoy obligado á ello, y sin poder libertarme del compromiso.

—¿ Será enviada por algún conspirador ?

—Sí señor, un conspirador contra la humanidad, en mi opinión.

Por motivo del específico bogotano, el registro de mi equipaje no se acabó hasta el amanecer, hora en que me permitieron ir á dormir á un hotel próximo á la estación.

No pude dormir el resto de la noche, por dos causas ; la primera lírico-poética, y la segunda no tanto.

Estás en la bella Lutecia, tan amada de César, me decía. ¡ Despierta y vela, que tus momentos son breves para gozar de tanta dicha! Estás en esa ciudad hermosa, donde el Emperador Juliano quería siempre pasar el invierno, sin embargo de que era *Lutetia oppidum Parisiorum quae in insula est non magna in fluvio sita quod eam ex omni parte cingit ;* y quieres dormir como se duerme en Bogotá. ¡ Insensato !

¡ Despierta ! que aquí reinaron los *Merovingios*, los *Carlovingios*, *Capetos*, *Valoix*, *Borbones* y *Napoleones*, dejando cada dinastía una huella de luz que aun no has visto! ¡Hijo de las montañas! en este mismo sitio quizás reclinó su poderosa cabeza Carlo Magno, y tú duermes como un boga en una playa del Magdalena ! ¿ No te despierta el ruído de las edades que han pasado sobre esta hermosa ciudad, agrandándola, ilustrándola, fortificándola, embelleciéndola tal cual vas á contemplarla mañana á tus anchas, y como si todos esos acontecimientos y todos esos trabajos se hubiesen hecho para ti, para ti sólo, viajero de América, que vas á gozar de sus atractivos y sus fiestas ? ¡ Despierta ! ¡ Despierta !

La segunda causa era que estábamos en verano, y en aquella época hay en las camas de los hoteles en París mas *chinches*, *chiribicos* y *cuescas* que en Tocaima, en Villavieja ó en el infierno, y me picaron sin miseri-

cordia, me pusieron monstruoso y no me dejaron pegar los ojos. Y cuando me dormía, en horrible pesadilla, exaltado mi cerebro por los recuerdos históricos y ardiendo el cuerpo por las picaduras de los insectos, veía á Carlo Magno con corona imperial, subiéndoseme por las pantorrillas, á Carlos IX chupándome sangre hugonota, á Ravaillac equivocándome con Enrique IV y con un largo *pito* que me sacaba sangre del pecho; y últimamente me vi conducido por todos los chiribicos en figura de revolucionarios de 93, y subido al cadalso, guillotinado y despedazado entre la furia de la multitud, llevándose cada chiribico un pedacito de mi cuerpo.

A este capítulo de mis viajes puse este nombre :

Nuits charmantes de Paris.

¿ Cómo es París ?

Cretziano, poeta albanés, lo ha descrito así:

O ville dorée
Où j'ai passé les belles années de ma jeunesse,
Toi que les arts, les sciences et le génie illustrent
Dans le sein libre de laquelle j'aurais voulu être né.

Era una espléndida mañana de verano: el cielo estaba azul, el aire tibio, el día brillante, cuando yo descendía por una ancha calle, sembrada de árboles á uno y otro lado, y que, prolongándose hasta muy lejos, se estrechaba y se cerraba, limitando la mirada una tapia de verdura. A lo lejos el sol se reflejaba sobre una cúpula de oro y se partía en mil rayos; mientras que por el oriente iluminaba los perfiles de suntuosos palacios de piedra primorosamente labrada, y de formas aéreas y elegantes.

Una majestad como la de Atenas reinaba por todas partes; y parecía que el bullicioso pueblo que debía asistir á la plaza pública, á la Asamblea, ó á oír á Demóstenes, había dejado solitaria la calle de palacios por donde yo iba; y sólo se veían algunos hombres debajo de los árboles, ocupados en leer.

Los palacios se suceden á los palacios, y la serie se interrumpe sólo por grandes recintos cuadrados, sembrados de árboles, donde se han erigido estatuas á los dioses y á los héroes. Aquí se ve una gran plaza, en el centro de la cual hay una columna inmensa, coronada por la diosa de la Libertad, que parece va á volar al Empíreo; allá arcos de triunfo llenos de majestad y de grandeza ; de este lado hay suntuosos pórticos de teatros, todos guardando la forma griega ; de aquel otro se ostenta un edificio mucho más elevado que todos, cuya hermosa fachada no es ática, cuya altura excede al mayor de los templos egipcios, y el cual está rodeado de estatuas medio desnudas, que levantan hermosos candelabros, y está

coronado también de estatuas de diosas tocando lira y bailando. Este debe ser el templo de las Musas.

Todo aquí es bello, todo es poético, todo es griego: el clima, los edificios, el cielo; los palacios de piedra y de cristal apenas dejan ver otras calles de árboles que se cruzan, al fin de las cuales se divisan nuevos templos; y si por un momento se extiende la mirada á lo lejos, se ven cúpulas y torres altísimas que cortan el azul del cielo en formas caprichosas, y en el extremo una gran plaza y un nuevo templo: ¡ El Partenón !

Yo bajaba por el *boulevard* de los Capuchinos, habiendo llegado á la estación del Este, y pude ver esa inmensa calle, cuando todavía estaba sin gente, y contemplar, lleno de admiración, la arteria principal de París, el cuartel de moda, el foco del movimiento de la ciudad, y que lleva por excelencia el nombre de *los boulevares*, aunque hay muchos en el mismo París; calle que principia arriba de la ciudad y que en forma circular va hasta la plaza de la Magdalena. Al principio no más de este *boulevard* está la *Puerta de San Martín*, que es un magnífico arco de piedra, erigido en memoria de las glorias de Luis XIV; más abajo está el teatro de San Martín, una de las más bellas salas, de muy elegante fachada, y en donde se representan piezas de emoción para el pueblo, y el *Teatro del Ambigú*. Aquí concluye el *boulevard de San Martin* y empieza el *boulevard del Templo;* allí está el *Teatro Dejazet*, más allá un *Hipódromo*. Sin interrupción en la serie de árboles, palacios, teatros y hoteles, sigue el *boulevard Beaumarchais*, donde las casas de habitación menos ostentosas son más bonitas y más coquetas, y donde está el famoso *Teatro Beaumärchais;* y por fin, la gran *Plaza de la Bastilla;* pero en lugar de la fuerte ciudadela y terrible prisión que allí había, y que el pueblo tomó y derribó el día 14 de Julio de 1789, siendo por esta razón hoy el día clásico en Francia; en vez de la enorme masa de piedra que representaba el poder sombrío de los reyes, se levanta hoy la COLUMNA DE JULIO, erigida para inmortalizar el combate que por tres días sostuvo el pueblo, en 1830, contra las tropas del Rey Luis XVIII, y de cuya traicionada revolución vino la dinastía de Orleans, siendo su primer Rey Luis Felipe de Orleans, hijo del ciudadano *Felipe Igualdad*. Hay allí una gran plaza rodeada de palacios, en cuyo centro se levanta una columna de piedra, coronada por un ángel como el *Genio de la Libertad*. La columna es muy elevada y muy elegante, y el ángel, dicen los franceses, está queriendo volar al cielo, lo que hará si hay otra entrada de los Napoleones en Francia. Aquí, aun más amplios, siguen los *boulevares*, y á no gran distancia está la *Puerta de San Dionisio*, otro arco triunfal levantado al REY SOL, á LUDOVICO MAGNO á su vuelta de Holanda. En esta parte la calle

toma el nombre de *boulevard Montmartre*, y es el centro de los grandes almacenes, donde se venden estatuas de bronce, porcelanas de sevres y hermosos espejos, lo que le da un aspecto de lujo y de magnificencia que no se encuentra en ninguna otra parte del mundo; allí está el teatro *Gimnasse*, y un parque de encinas cerca de la calle *d'Hauteville*, de precioso efecto ; palacios más suntuosos y de más reciente construcción, almacenes de libros y el *Teatro de Variedades*. Continúa el *boulevard de los Italianos*, lleno de restaurantes, cafés, salas de recreo y gabinetes de cristal; la linda avenida de la *Grande Opera*,—el monumento más hermoso levantado por el genio en el siglo XIX,—otros palacios que parecen hechos sobre columnas de oro, y que son simplemente cafés, y el *Pasaje Jeaufrois;* mil construcciones diferentes, rivales en altura y elegancia, y al fin la *Plaza de la Magdalena*, mercado de flores, en cuyo centro se levanta la sin igual iglesia *La Magdalena*, que tiene la forma, tamaño y elegancia del Partenón.

Si para conocer la ciudad de Londres y visitar sus monumentos se necesitan por lo menos seis meses, basta una ojeada para conocer á París; se creería que esta ciudad no la han hecho los hombres, y que el genio que la levantó, sin duda en una hora ó quizás en un momento, fué colocando los grandes monumentos uno frente á otro; por ejemplo, la *Magdalena* frente á la *Plaza de la Concordia*, desde donde se ve el *Arco de la Estrella*, el *Palacio de la Justicia* y las *Tullerías*, y éstos frente al *Louvre;* todos los palacios, templos y plazas unidos por alamedas rectas y espaciosas, y el Sena con sus cien puentes uniendo como una cinta de plata todas estas maravillas.

La casualidad fué la que me llevó en esta larga correría; porque, como dije, llegué á la *Estación del Este* y bajé hasta encontrar el *Hotel del Príncipe de Gales*, que está situado en la calle *Saint Honoré*, junto al edificio de la Magdalena, y en el cual hotel vivía el señor César C. Guzmán, de quien yo esperaba, como lo hizo en efecto, lleno de amabilidad y finura, que me guiara en mi vida parisiense.

El señor Guzmán, que es uno de los hombres de Colombia que se han levantado más alto á fuerza de estudio y de trabajo, que tiene ideas muy avanzadas y un bello carácter, se había establecido allí y vivía dignamente con su trabajo intelectual, cosa muy honrosa para él y para su país ; y se había hecho el centro de todos los compatriotas y el amigo común de toda la colonia colombiana.

Nada sorprende más que el descrédito en que nos gusta vivir entre nosotros, y el gran mérito que los colombianos tienen en el extranjero y la posición respetable que se saben conquistar cuando logran salir de su país, y no ser víctimas de los rencores y de la envidia.

En todas las Repúblicas de la América del Sur los colombianos han conquistado gran nombre, como el doctor Florentino González en la República Argentina, en donde fué profundamente estimado su talento y apreciada su erudición, ó el doctor Teodoro Valenzuela, que dejó gran reputación como jurisconsulto en el Perú.

En el Ecuador los colombianos están á la cabeza de la industria y del comercio, ganan mucho dinero, fundan bancos y son muy atendidos ; y lo mismo sucede en Guatemala, Costa Rica y las otras naciones de la América central.

Los colombianos se distinguen en Europa.

Una de las primeras casas comerciales de Liverpool fué la de Santamaría y C.ª En Londres ha establecido una respetable casa colombiana el señor Enrique Cortés. En París existió la muy acreditada casa de Granados y García ; hoy existen la servicial y generosa casa de Vengoechea y C.ª, la millonaria y respetable del señor José Germán Ribón, la de Uribe y Hermanos, la de Samper y Merino, y otras muchas de colombianos que allí se han establecido con grandes negocios en la América del Sur.

En Nueva York los señores Diego de Castro & C.ª, Pérez Triana, y Muñoz & Espriella han tenido una gran reputación comercial ; y donde quiera han dejado bien puesto el nombre de los colombianos.

Más tarde nos tocará hablar de los que se han levantado conquistando una posición literaria ó social en París ; por ahora volvamos á César C. Guzmán.

Con él pasámos en sabrosa plática, *en castellano*, el día entero, hablando de la pobre y atrasada patria y haciendo votos por su prosperidad; y hago notar que fué *en castellano*, porque no hay descanso ni placer igual al de hablar ese idioma sabroso, sonoro y sobre todo propio, después de haber pasado un año apretando las quijadas ó arrojando viento por las narices.

CAPITULO XXIII.

Comida de amigos — Los Campos Elíseos — Fiestas de París —Las colonias en París: la colonia inglesa, la suramericana, la colombiana.

LOS señores Ignacio y Simón de la Torre partían para Bogotá al día siguiente, y daban esa noche de mi llegada á París un banquete de despedida á sus amigos, en la *Maison dorée*, al cual tuvieron la fina galantería de invitarme.

Ésta fué una novedad para mí ; y su encanto se aumentó, sin duda, con el humo del champaña, que copiosamente fué servido en el banquete. De esa noche me ha quedado una hermosa ilusión.

Grandes salas doradas, cubiertas de espejos y alumbradas por enormes arañas de luz de gas que reflejaban y se quebraban por todos los ángulos; y, como en el *Palacio de Loredano* en Venecia, damas y caballeros en diversos grupos y repartidos en toda la extensión del edificio, cenando, bebiendo, conversando y riendo. Solícitos criados vestidos de rigurosa etiqueta, atendiendo á todos los lugares ; y como los salones son inmensos, se comunican unos con otros y los espejos devuelven la imagen de la fiesta, yo no sabía cuál era la realidad ni qué lo que se miraba como una ilusión ó como un sueño.

A las doce de la noche salímos del banquete y tomámos un coche ; y la sorpresa creció para mí con lo que pasaba en las calles. La ciudad parecía la mitad del día : estaba en plena claridad, resplandeciente de luz y repleta de una multitud alegre, bulliciosa y feliz, como en la más suntuosa fiesta ; las aceras de los *boulevares*, las plazas, las alamedas,

estaban atestadas de mesas, y al rededor de ellas, grupos dichosos de jóvenes de ambos sexos cenando, levantando al aire las copas de champaña y cantando versos amorosos; muchas mujeres elegantemente vestidas se paseaban entre la multitud; los coches se cruzaban llenos de parejas que pasaban cantando, y detrás de ellos nos fuimos nosotros. La *Plaza de la Concordia* se mostraba con todo su lujo, su magnificencia y su esplendor; el grande obelisco parecía una línea negra sobre un fondo de luz; las enormes pilas que levantan á lo alto las aguas como chorros de luz, y luégo las dejan caer como un hermoso manto de brocado, se veían por todos lados; los estanques, semejantes á espejos de Venecia, con marcos de flores de porcelana, reflejaban también; y los edificios, iluminados, eran como una decoración teatral: todo era divino, y estaba animado por los cantos y la alegría de los que paseaban.

Entrámos á los CAMPOS ELÍSEOS, inmensa alameda iluminada por miles de reverberos que hay á uno y otro lado entre los árboles y por muchas linternas rojas, azules, de todos colores, que ostentan los diversos establecimientos de placer que allí hay. Como en un salón de baile estaban sentados, en larga fila de asientos, alegres concurrentes, y entre los árboles se veían también grupos de gentes que cantaban y bebían.

Aquí una gran puerta, ricamente iluminada, señala la entrada al concierto á grande orquesta, con dos mil espectadores; mas allá hay un teatro ambulante donde la multitud escucha; luégo unos volatines, y en la cuerda, bien tirante, vestida de diosa, una mujer; del otro lado el teatro *Grignot*, de títeres, en el cual se hallan todos los criados, campesinos y muchachos riendo á carcajadas; junto canta una *prima donna* en un teatro levantado entre los árboles; y luégo las sartas de bombas y guardabrisas de colores están señalando á *Mabille;* el famoso *Mabille*, donde loca y alegremente se ríe y se baila.

Pero es preciso seguir: el espectáculo se engrandece; á uno y otro lado hay grandes palacios, todos iluminados; la alameda se prolonga, y á lo lejos parece terminar en una portada. Se adelanta, y la majestad se impone; allí está, para cerrar la escena, el ARCO DEL TRIUNFO, á cuyo pie la multitud se divierte.

—Esta fiesta es de todas las noches, me decían mis amigos. París no duerme, París existe para el placer y la alegría: los cafés, los teatros, los conciertos, los bailes, los paseos se cambian, se suceden según las estaciones; pero no se acaban, no hay reposo, no hay descanso, y en una embriaguez de lujo, de amor, de emociones y de fiesta se pasa la vida en el poético París.

Toda nación tiene una capital, muestra de su civilización, reflejo de sus costumbres y centro de sus placeres. España, á Madrid; Inglaterra, á Londres; Colombia, á Bogotá; pero hay una capital del placer para todas las naciones, que de todas partes se ve; y no hay más que una, y ésta es París; y como á su propia capital van allí el ruso, el chino, el colombiano, el egipcio, el griego, el alemán, el inglés y el francés de, las provincias á admirar, á gastar y á gozar. Y París los recibe como á sus propios hijos; para ellos levanta palacios, funda teatros, paga óperas, abre avenidas, mantiene diversiones; pero también va consumiendo y devorando la vida, la salud, la fortuna y la felicidad de todos los que llegan, y en medio del placer y la alegría vive y goza y pasa su vida en fiesta eterna.

Y esto no es de hoy: ya en tiempo de Felipe Augusto, en 1180, decía Alberto el Grande: «¡Oh París, recinto de la ciencia, de todos los placeres y de todos los vicios! ¡Oh fuente de todo mal! ¡Oh flecha del infierno! cómo atraviesas tú el corazón de los jóvenes aturdidos!» Y en el Louvre hay un hermoso cuadro que representa *Una fiesta pública bajo Felipe Augusto*, que es el mismo París de hoy, ebrio de amor y loco de placer y de alegría.

Del tiempo de Felipe el Hermoso hay una crónica que dice: «El carácter del parisiense es alegre, pronto y móvil; el *bourgeois* es industrioso; la *bourgeoisie* es espiritual. No hay buena charla sino en París. El estudiante es burlón é indócil; los domingos, después de haber sufrido en la semana sobre el *trivium* y el *cuadrivium*, se va al *Pré aux Clercs* á refocilarse cantando, á batirse á puños y......»

En tiempo de Carlos VII, cuando todavía los lobos se entraban á París, de tal modo que un historiador dice: «Mientras que el Rey estaba en París, estaban tan furiosos y acostumbrados á comer carne de hombres, de mujeres y de niños, que en la última semana de Septiembre estrangularon y se tragaron catorce personas, grandes y pequeñas,» las costumbres estaban perdidas; pues, según el mismo historiador, «Isabel de Baviera había introducido los cuernos en el peinado, y los usaba de un lado y de tal manera, que era preciso volver la cara y besarse para pasar de una pieza á otra. Añádase que los trajes estaban abiertos de cuello hasta la cintura, y nadie pensaba más que en los placeres.» Cuando Luis XI hizo su entrada en París, hubo tales fiestas, que se vieron tres mujeres que representaban, sin pudor y sin velo, el papel de sirenas.

La historia ha consagrado el esplendor de la Corte de Luis XIV, y el cúmulo de fiestas, de lujo y de placeres que ostentaba en París; pero hay acerca de esa época la relación de un viajero italiano, que es muy curiosa:

«Los extranjeros, dice, son bien recibidos en París, con tal que no pidan nada. No tienen otra ocupación que la de divertirse. Aquí es preciso alabarlo todo; así es que yo me he hecho doctor en cumplimientos y sobre todo en decir *pardon*. Estas ceremonias son más triviales en Francia que los suspiros en Italia. Las amistades, los amores, las promesas, los ofrecimientos de servicios son aquí como los ruiseñores. *Vox, vox, prœterque nihil.*

«En cuanto á París, no sé por dónde comenzar para haceros la pintura de una ciudad cuyos habitantes se alzan hasta sobre los puentes de los ríos y los techos de las casas, siempre alegres, y cuyas mujeres, que no engendran sino valientes, se divierten y mandan á los hombres. Esta gran ciudad es un tumulto.»

En tiempo de Luis XV el vicio, más que el placer y la alegría, reinó en París; pero las fiestas no cesaban. Respecto de ellas dice un escritor contemporáneo: «Los hombres iban de zapatos, y las mujeres se cubrían el rostro de moscas ó lunares; los unos y las otras se mantenían estirados sobre enormes tacones. Se usaban los trajes de *canasto*, es decir, la desvergüenza llamando á la deformidad en su ayuda. ¿No hay que recordar esos peinados erizados y empolvados que rodean la cara de las mujeres, ni su postiza aureola? El número de peluqueros para las señoras (industria nueva) alcanza á mil doscientos, y el de las prostitutas á treinta y tres mil.»

Las fiestas del matrimonio de Luis XVI con María Antonia, los regocijos y contento del pueblo en aquella época, los placeres que á la Corte llevó la joven Reina, y hasta las desgracias sucedidas en los fuegos artificiales el día de su coronación, son conocidos del mundo entero, como preludios de la Revolución; y sólo copiaré de un cronista esto: «Es preciso seguir ahora por la larga línea de los *boulevares* y bajo las arcadas del *Palais Royal*, para ver ese mundo alegre de otro tiempo y para el cual iba á sonar la última hora. Encontraremos allí la misma riqueza, la misma alegría y la misma extravagancia que antes. Los hombres han dejado las espadas y llevan cañas, las mujeres usan bastones como en el siglo XI; éstas se peinan en forma de caracol, y los hombres llevan sombreritos de tres picos á la *Boston*. Una rabia de placer los devora. El olor de esencias y de polvos odoríficos os fatiga, tanto en el dueño de la tienda de la esquina como en el petimetre: criados, notarios, procuradores, dependientes, cocineros y nobles, todos se divierten, se encrespan y derraman polvos sobre la cabeza.»

Durante el tiempo de la Revolución las diversiones, los placeres no cesaron en París; en los teatros se admiraba á Talma y á la Rachelle; durante el *terror* mismo había bailes de máscaras, y ni un solo día se cerró una sala de bailes situada en el bosque de Bolonia, llamada *La Bagatelle.*

El gobierno mismo decretaba grandes fiestas populares, cuya descripción, sin duda, interesará al lector. Por esto incluyo aquí la que hace Luis Blanc de las fiestas celebradas en la gloriosa época de la Revolución francesa:

Durante la *Asamblea Constituyente :*

«Brilló por fin el día en que debía solemnizarse la GRAN FEDERACIÓN. Dióse cita á los federados en el *boulevard* del Templo, y de ahí partieron, divididos por departamentos, á la sombra de ochenta y tres estandartes cuadrados, blancos, en cuyo centro se veía una corona de encina. Sendos ancianos llevaban los estandartes ; y en señal de la futura abdicación de los ejércitos, los Diputados militares, con la espada depuesta, iban en medio de los Diputados de Departamentos, que llevaban el sable en mano. Atravesó el cortejo las calles de *Saint-Martín*, *Saint-Denis*, *Saint-Honoré*, y llegó al punto denominado *Cours la Reine* á un puente de embarcaciones por entre la multitud que estaba reunida en las plazas, recorría las calles, cubría los malecones. Al pasar la comitiva no se oían más que bendiciones y aplausos; corrían los hombres al encuentro de los federados y les estrechaban la mano ; las mujeres regaban flores á su paso. En la calle de la *Feronnerie* detuviéronse algunos y saludaron con respeto y en silencio el lugar donde Enrique IV fué asesinado. En la plaza de Luis XV la Asamblea reunida á la comitiva, se instaló entre el grupo de ancianos y el de niños, viva imagen de las fiestas de los lacedemonios de que nos habla Plutarco. A las ocho de la mañana empezó á desfilar la comitiva, y sólo hasta las tres de la tarde llegó al *Campo de Marte.*

Allí había un espectáculo de grandeza imponente, unido á cierto encanto de ternura. Cuatro mil espectadores de ambos sexos y de todas condiciones se hallaban sobre las gigantes escalinatas de un circo al cual se entraba por un arco de triunfo, y que concluía frente al edificio de la Escuela Militar. De este lado había ocho vastas galerías adornadas y cubiertas, en cuyo centro se alzaba el trono ocupado por el Rey. Éste vestía sencillamente á la francesa ; no llevaba cetro en la diestra, ni corona en las sienes, ni manto de púrpura sobre los hombros, ni una sola de esas insignias tan seductoras para los pueblos que aún se encuentran en la infancia ó que ya se hallan en la decadencia. La Reina llevaba un tocado de plumas con los colores nacionales. En medio del *Altar de la Patria* y sobre sus gradas, había doscientos sacerdotes, con el rostro vuelto hacia el río ; á su cabeza se hallaba Talleyrand con su mirada eternamente irónica y su sonrisa eternamente falsa.

A las tres y media se dió comienzo á la ceremonia. Después de la misa, celebrada al són de los instrumentos militares, el Obispo de Autun

bendijo las ochenta y tres banderas. Luégo tronó el cañon, y Lafayette avanzando hacia el altar y colocando sobre él la espada desnuda, prestó gravemente el juramento. Y entonces, unido al redoble de las cajas de guerra y al estampido de cien piezas de artillería, que de eco en eco se extendería hasta las fronteras llevando la augusta nueva, un grito, un solo grito, lanzado por cuatrocientos mil pechos, se elevó á los cielos; al tiempo que, movidos por la misma inspiración, todos los brazos se extendieron hacia el *Altar de la Patria.* A lo lejos, los espectadores que estaban en las ventanas se unieron al propio sentimiento, y se refiere que un padre, tomando á su niño entre la cuna, le hizo extender la mano para tomar parte en la sagrada promesa.

El Rey, con general sorpresa, no se acercó al *Altar*, sino que desde su puesto, si bien con voz satisfecha y alta, pronunció estas palabras: "Yo, Rey de Francia, juro emplear el poder que me ha delegado el Acto Constitucional del Estado, en mantener la Constitución decretada por la Asamblea nacional y por mí aceptada."

En este momento el cielo, que había estado cubierto desde por la mañana con nubarrones que arrastraba el viento del Norte, brilló repentinamente, las nubes se abrieron y un rayo de sol iluminó en todo su esplendor el *Campo de Marte.*»......

Durante *la Convención:*

«En medio de las agonías que por entonces sufría la Francia toda, en vísperas de descargar un golpe cuyo eco aún resuena, tuvo la República uno de esos días que, levantando al hombre de las amarguras y combates del presente, lo transportan á gozar de antemano las horas de calma que prepara el futuro.

La Constitución de 1793 había sido aceptada, con inmensa mayoría, por el pueblo francés: los emisarios de las asambleas habían llegado de todas partes de la nación á la capital con la ratificación dada por los departamentos. Según la expresión de uno de ellos, « ya no estaba París en la República, sino que la República toda se encontraba en París.» Faltaba sólo consagrar esa unión; restaba concentrar todas las aceptaciones particulares en una aceptación general. Y para la celebración de tan augusta ceremonia se fijó el día 10 de Agosto de 1793.

Y ¡ cuáles no serían las sagradas emociones que despertaría esa fiesta forjada por el genio de David! En la relación que de ella se conserva palpita aún el alma del pueblo en aquellos días heroicos. No hubo allí vanas ostentaciones, ni lujosos bordados que se destacaran sobre los harapos del pueblo, ni escuadrones que se abrieran calle por entre rebaños de hombres,

ni flotaban sueltos penachos sobre los áureos cascos, ni se tendían bayonetas amenazantes, ni había sables que brillaran con los rayos del sol: en una palabra, no se veía allí aquella vana pompa que seduce á los pueblos recien salidos á la vida, y que diviniza los instrumentos de su propia degradación.

Con las primeras luces de la aurora dióse comienzo á la fiesta levantando, sobre las ruinas de la Bastilla, un himno á la Naturaleza; y púsose fin á ella en el campo de Marte, ya en medio de los esplendores del crepúsculo, depositando un juramento sublime ante el altar de la Patria.

Todo fué allí símbolo de paz, de fraternidad, de amor: iban en un carro los alumnos del *Instituto de Ciegos*, en representación de la desgracia honrada y favorecida; la República invitó á sus hijos, los niños desamparados; doquiera se enseñaban los instrumentos del trabajo; la historia de Britón y Cleobis, que Heródoto refiere con tanta ternura, se reprodujo en un grupo de jóvenes que, uncidos á un carro, llevaban á sus padres, ya débiles; y en recuerdo de la importancia que los legisladores de las antiguas repúblicas dieron á la agricultura, cada representante del pueblo llevaba en la mano un haz de espigas y un ramo de frutas.

No se observaba ni vanidad en los vestidos, ni distinción alguna en el orden de la comitiva: confundidos con la multitud pasaban los dignatarios de la Comuna; el juez iba al lado del curtido obrero; y la escarapela de los primeros, así como el plumaje negro del segundo, sólo servían allí para hacer más notable la igualdad entre los ciudadanos todos.

Para adquirir esa igualdad, ¡en cuántos sangrientos combates había sido preciso luchar, y en cuántos más sería necesario, en lo futuro, vencer! Pero en el cuadro no se encontraba en aquellos momentos ninguna sombra: las férreas picas, llevadas por los comisionados de los departamentos, se ocultaban entre gajos de oliva. Si bien es cierto que el estandarte de los Jacobinos representaba un ojo que se abría entre nubes, cierto es también que ese ojo avizor no brillaba sino para disipar esas sombras. Y en la plaza misma donde se hizo correr la sangre de un rey, se levantó una estatua gigantesca de la Libertad, en cuyos pliegues, por acaso, vinieron á guarecerse dos palomas fugitivas.

Montaigne dice: «Vuestra muerte constituye una parte de la vida universal.» Y con cuánto mayor razón no puede decirse que la muerte recibida por engrandecer la verdad y la justicia, es parte esencial de la vida de las naciones! ¿Por qué, pues, verter lágrimas sobre los mártires de una buena causa?

En las fiestas del 10 de Agosto de 1793, la República no incurrió en aquel error: apartó el ciprés de la urna que encerraba las cenizas de sus

mártires; que ella había reservado el gozo de la victoria á aquellos que ya dormían el sueño eterno. La República, ceñida la frente de flores, invocó á los héroes difuntos al grave són de las torcidas trompas; ¡ noble y justa manera, en verdad, de invitar para la regeneración de un gran pueblo á los sacros manes de los que, por la muerte, ya viven en la inmortalidad!

Después de pararse en varios puntos, donde se celebraron ceremonias significativas, el cortejo, constante de un millón de hombres sobre poco más ó menos, llegó al campo de Marte para publicar allí la ratificación hecha por los votos de las Asambleas seccionales. Y allí, desde el punto más elevado en las gradas del altar de la Patria, Hérault de Séchelles, Presidente de la Convención, pronunció las siguientes palabras:

« Franceses: vuestros mandatarios han interrogado en ochenta y siete departamentos vuestra razón y vuestra conciencia, y en ochenta y cuatro departamentos se ha aceptado el acta constitucional. Jamás un voto más unánime ha organizado una República más grande y más popular. Há un año que vuestro suelo era hollado por el enemigo; proclamámos la República, y fuimos vencedores. Hoy día, en tanto que constituímos la Francia, Europa la ataca por todas partes. Juremos defender la Constitución hasta la muerte. La República es eterna!»

Al concluír esas palabras, un grito formidable, atronador, compuesto de ochocientas mil voces, subió á los cielos; tronó el cañón, y una banda de los colores nacionales reunió en un solo haz, en señal de indivisibilidad de la República, las picas que los ochenta y siete comisarios de los departamentos llevaron en la comitiva.

La Constitución de 1793 fué proclamada como el primer pacto social que, desde el origen del mundo, fundara la libertad en la igualdad, y constituyera ese dogma político de la fraternidad humana».......

Durante *el terror:*

«El 8 de Junio había sido fijado para la FIESTA DEL SÉR SUPREMO. Por fin llegó ese día, que era aguardado por Robespierre con religiosa impaciencia; y amaneció con todo el esplendor que tiene el sol en el estío. Desde la aurora toda la ciudad estuvo en movimiento; mostráronse las casas ornadas de festones y guirnaldas, así como las calles alfombradas de flores. No se veía en los edificios una ventana en la cual no flotara un estandarte, ni en el río una barca que no bogara dando al aire vistosas banderolas. A las ocho de la mañana llamó el cañón al pueblo al jardín de las Tullerías, donde un vasto anfiteatro estaba preparado para la Convención, y donde colosal estatua se alzaba sobre la superficie ocupada por la fuente central.

Todo se llevó á cabo como David, que había ordenado la fiesta, dispuso

que se hiciera. Las madres llevaban ramilletes de rosas, las jóvenes cestos de flores, los hombres gajos de encina.

El instrumento del suplicio se ocultaba bajo ricas telas. ¿ Quién que viera la cordialidad que reinaba en las agrupaciones de hombres y la afabilidad que se leía en el rostro de cada individuo, no habría creído para siempre pasada la época de los odios ?

Una nación en lucha con los opresores del género humano, y que, sin embargo, suspende sus trabajos heroicos para elevar su pensamiento al Sér Supremo que le diera la unión y la fuerza de llevar á cabo tan sublime tarea, hé ahí el espectáculo más digno de atraer las miradas de los hombres, según Robespierre. Éste concluyó su discurso diciendo: « El Autor de la naturaleza había ligado á todos los hombres con una inmensa cadena de felicidad y de amor. Ay ! de los tiranos que osaran destrozarla !»

Concluído su discurso, descendió las gradas y se dirigió hacia un grupo de mónstruos: el *Ateísmo*, el *Egoísmo*, la *Discordia*, la *Ambición*, grupo que debía ser reducido á cenizas y que, al derrumbarse, dejaría ver tras sí, en medio de los escombros, la estatua de la *Sabiduría*. Empero, sobrevino el accidente de que el velo que cubría esa estatua se incendió también, con lo cual tiznó la efigie, que apareció desfigurada y oscura, presentándose así ante el pueblo como funesto presagio.

Después de haber pronunciado algunas palabras el Presidente, encaminóse la Convención, seguida de todo el pueblo, al Campo de Marte. Pasaba aquella corporación rodeada por una banda tricolor que llevaban algunos niños, un grupo de adolescentes, unos cuantos hombres de edad madura y cierto número de ancianos, ornados ellos, respectivamente, según su edad, ya de violetas, ya de mirtos, ora de encina, ora de pámpanos. Los diputados vestían como representantes del pueblo en desempeño de su cargo, esto es, con penacho en el sombrero y cinturón tricolor, pero no ceñían espada. Cada uno de ellos tenía en la mano un ramillete compuesto de espigas de trigo, flores y frutas. En medio de los representantes rodaba un carro á estilo antiguo, al cual estaban uncidos ocho robustos bueyes de cuernos dorados ; y sobre el carro brillaba un trofeo compuesto de todos los instrumentos de las artes.

Era sobrado natural que Robespierre, en su calidad de Presidente de la Convención, rompiera la marcha. Sus colegas, que habían jurado perderle, y que iban á su lado, acortaron el paso intencionalmente, dejando grande espacio entre el Presidente y ellos, á fin de que el pueblo viera á Robespierre adelantarse y darse un puesto avanzado que haría pensar en su orgullo y en sus deseos de abrazar la dictadura.

Enmedio del campo de Marte se levantaba una montaña simbólica, sobre la cual habría de entonarse el himno al Sér Supremo, himno compuesto por José María Chénier.

Cuando ya la Convención hubo llegado á la cima de aquella montaña y ya que el inmenso cortejo se esparció por el Campo, vióse allí una escena de grandeza incomparable. La invocación al Eterno, lanzada á una voz por millares de pechos, el claro són de las trompetas mezclado á los clamores de un pueblo maravilloso y maravillado, el pontificado de la filosofía levantado ante el mundo entero, esa inmensa muchedumbre en ese campo inmenso, la hermosura del cielo que los cobijaba, la satisfacción en todos los semblantes, la alegría con que las hermosas jóvenes arrojaban flores al aire y la firmeza con que los adolescentes, después de haberse inclinado ante la bendición de sus padres, levantaban la frente llenos de hombría y sacudiendo los recios sables juraban envainarlos sólo el día en que, contra los esfuerzos conjurados de la tierra toda, hubieran salvado la Francia y la República, todo, todo ello era, según el testimonio de los contemporáneos, la más augusta ceremonia que registra en sus páginas la historia.»......

Durante el primer imperio, Napoleón entretenía á París con el ruído de sus victorias y el aparato de sus fiestas, y una de las más suntuosas que ha presenciado el mundo fué la de su coronación.

La *Restauración* quiso reconciliar la dinastía de los Borbones con el pueblo, siendo magnífica y generosa, fomentando las artes, fundando teatros y haciendo fiestas.

Luis Felipe fué sobrio en placeres públicos ; pero París se engrandeció bajo su reinado, la riqueza se aumentó y los placeres y diversiones de la capital adquirieron nuevo esplendor.

El segundo imperio llevó el lujo y el fausto de su corte hasta un extremo á que no había llegado el de Luis XIV ; transformó la capital en un paraíso ; hizo exposiciones universales, levantó la grande ópera, abrió nuevos *boulevares* y avenidas: dió grandes fiestas, introdujo en las costumbres nacionales el lujo de su corte, corrompió todo vínculo social, toda noción moral, toda dignidad personal ; y mientras que las familias se arruinaban, la Francia se degradaba, el tesoro público empobrecía y la riqueza nacional se aniquilaba, pasó el pueblo veinte años entre las fiestas de París.

Cuanto los siglos han creado de grandeza, cuanto las diversas dinastías han acumulado para su gloria, cuanto el instinto de lo bello inspira naturalmente á los franceses, cuanto el deleite ha soñado y la civilización del siglo ha inventado, todo está reunido en París para hacer de aquella

ciudad una mansión de delicias, y de la vida de París un sueño en el que todo son fiestas y alegrías.

La vida he dicho, y éste es un error: en París no hay vida, pues que no puede llamarse tal la serie no interrumpida de placeres y emociones en que se pasa el tiempo desde la mañana hasta la noche, desde la noche hasta la mañana, sin que haya un momento de reposo ni de quietud para pensar, ni de sosiego para descansar ; y parece que el dolor no ha llegado á su recinto, y que la muerte jamás ha pisado sus umbrales.

El aire que se respira está impregnado de los olores de la fiesta ; la mirada sólo contempla alamedas, bosques, jardines y prados que invitan al placer ; estatuas griegas de formas voluptuosas, niños que juegan, mujeres que sonríen, y un pueblo el más culto, el más sobrio y el más espiritual del mundo, entregado á una franca y eterna diversión.

El día llama urgentemente al placer, y además de los museos, palacios, templos y jardines abiertos para todo el mundo y que están siempre repletos, ocupan todos los momentos los juegos de agua de Versalles, las carreras en *Chantilli* ó en *Long-champ ;* los paseos á *Saint Cloud*, las exposiciones universales ó particulares, ó de flores, de animales, ó de objetos de industria, ó las regatas en el Sena, ó las grandes revistas del ejército, ó la apertura del *Salón de pinturas*, ó las carreras en velocípedo ; pues todos los días del año hay una nueva y particular fiesta, á la cual es preciso concurrir ; y todo el pueblo va, se agrupa y se divierte con sin igual placer.

Además, el paseo diario al *Bosque de Bolonia* es indispensable para cierta clase de la sociedad, de tal manera indispensable, que si el coche de la señora de un banquero faltara, se creería que éste había quebrado; si el de una baronesa, que había emigrado; si el de una embajadora, que su marido había sido retirado ; pues todas las grandes damas tienen obligación de ir á lucir allí sus magníficos equipajes, sus arrogantes caballos, su habilidad en manejar un alazán, ó lo gallardo de su talle ; y el *Bosque de Bolonia* es un torneo diario de la belleza, del lujo y de la elegancia de las parisienses, al cual ninguna puede faltar ; es también el lugar de las entrevistas, de las citas y de las palabras dichas en público, al descuido, y sin que nadie las oiga.

Pero no hay ni un instante que perder descansando ; son las seis de la noche, y hay que vestirse ligero para comer en gran reunión, en banquetes aristocráticos, en un club, en un restaurante, en un *duval*, según la condición, relaciones y fortuna de la persona : para todo el mundo la comida es una fiesta de amigos, y se hace en medio de una concurrencia

bulliciosa y alegre. Aprisa, aprisa dan las ocho, la hora de los teatros. Ciento están abiertos, y á ellos se dirige la población apasionada. El teatro es la suprema diversión para el pueblo de París, una necesidad del alma, una costumbre inveterada ; y no ir al teatro el noble, el rico, el propietario, el empresario, el obrero y el pobre, es una gran desgracia con la que no puede nadie conformarse.

Están la *Grande Ópera* y la *Ópera italiana*, para la aristocracia; y todos los nobles y todos los ricos tienen allí palcos suntuosos, van todas las noches y las salas se colman siempre. Están el *Teatro francés* y el *Odeon*, que tienen para las piezas clásicas los mejores actores del mundo ; el teatro de la *Puerta de San Martín* para los dramas; *Variedades* para las comedias; y en esos teatros hay magníficos palcos que cuestan mucho, y elevadísimos pisos donde no cuesta sino un real el puesto ; y hay cien teatros de distinta naturaleza, donde todas las noches dan función y los cuales están llenos de gente todas las noches.

El teatro se acaba; los *boulevares*, las avenidas, los paseos están llenos de gente en busca de nuevas diversiones; además del alumbrado público, las salas de cristales de los cafés y de los restaurantes, abiertas de par en par, arrojan á la calle torrentes de luz y el ruído de la alegre fiesta. Son las doce de la noche, hora precisa en que principian los bailes, á que es necesario concurrir. La aristocracia á las grandes recepciones y bailes del barrio de *San Germán*, en donde reina, más que el lujo, la fácil elegancia y el gran tono de los amigos de los reyes; las *finanzas* á las fiestas famosas que los banqueros se dan unos á otros para mostrar, por el esplendor y gasto, la solidez de sus fortunas ; el *demi-monde* á las tertulias, donde se baila, se canta y se juega con condesas, marquesas y baronesas; el público á *Valentinois*, el *Casino*, *Madrid*, *Frascati*, &c., y las hijas del placer, los estudiantes y los jóvenes ociosos, á *Mabille*.

Por este torbellino eterno de placeres son arrastrados los extranjeros residentes ó que están de paso en París; la fiebre arde en sus venas, la cabeza se les desvanece, y locos, delirantes, aumentan el bullicio y la esplendidez de las fiestas. Son tantos los extranjeros que hay en París, que se clasifican por *colonias*, que son las grandes agrupaciones de individuos de una misma nacionalidad, formadas en el seno de la ciudad, que tienen unas mismas costumbres y asisten á iguales diversiones.

La *Colonia inglesa* es naturalmente la más notable y la más rica, y se divide en tres clases: la de personas respetables que viven en París, y que por su seriedad y costumbres no asisten á los placeres bulliciosos de la ciudad, pero á quienes se ve en los museos de pintura ó en magníficos

coches, las señoras muy temprano de la mañana en el *Bosque dé Bolonia*, las señoritas cabalgando, y los lores á pie; la de los ingleses que van á matar el esplín, á olvidar las brumas de su tierra y las buenas costumbres de su país, que de la manera más tonta malgastan su fortuna y que se ven siempre en *Mabille* entre las damas, que los aceptan sonriendo; y la de *Los peregrinos*, si así puede llamarse.

Hay en Londres una casa con sucursal en París, cuya especulación es pasear á los ingleses por cierta suma determinada; y el viaje á París se hace en la forma siguiente: Se reúnen en la estación de Londres todos los ingleses é inglesas que han pagado su real contingente, y que no bajan nunca de trescientos, todos vestidos de la manera que creen más elegante, pero que en Francia parece en extremo ridícula; cada uno recibe una *Guía del camino y ciudad de París*, un anteojo, que por medio de un tahalí lleva consigo, y su *tiquete* respectivo. Para ellos marcha un tren expreso á Douvres; para ellos parte un vapor expreso á Calais; para ellos sigue un tren expreso á París; para ellos salen á la estación ómnibus expresos á recibirlos y conducirlos al *London & Universal Hotel;* para ellos hay departamentos especiales en el hotel, y carruajes destinados á llevarlos á todas partes.

Lunes por la mañana: *Visita al Louvre*. Marchan en procesión los trescientos ingleses é inglesas, cada uno con la *Guía de pinturas* en la mano; y desfilando uno por uno, van viendo cada cuadro, marcan en la *guía*, hacen sus observaciones todos iguales, admiran todos unas mismas cosas y salen á su fonda.

Por la tarde: *Paseo al Bosque de Bolonia;* y los trescientos ingleses é inglesas, con la *Guía de forasteros* en la mano, en coches descubiertos, van á pasear; dan vuelta al lago, admiran la vegetación, examinan cada sitio y vuelven satisfechos.

Por la noche: *Grande Opera*. Los trescientos ingleses é inglesas, con el *libreto de la ópera* en la mano, y sin frac negro y corbata blanca los hombres, como allá se acostumbra, ni un elegante traje las señoras, entran al edificio, toman los asientos que les están destinados, y con la mayor devoción siguen el libreto y oyen la ópera.

Martes por la mañana: *Visita á las catacumbas*. Id. id.

Por la tarde: *Jardín de aclimatación*. Id. id.

Por la noche: *Baile de Mabille;* y los trescientos ingleses é inglesas van allí á ver bailar el *cancán* ó á admirar á las *cocottes* y á gozar ampliamente de su libertad.

Así regimentados pasan diez días; van en un *tren de placer* al Havre,

y de allí vuelven á Inglaterra, felices de haber hecho un viaje tan largo, tan peligroso, tan *lleno de emociones*, y de haber podido estudiar las costumbres, hábitos é inclinaciones del pueblo francés, y de haberse mezclado con él y participado de sus fiestas, sus locuras, sus amores y sus diversiones. Cada uno de ellos escribe después un libro titulado *Pick nick to París.*

La *Colonia sur-americana* es, sin disputa, la más loca, la más pródiga y la más feliz de París; y su popularidad crece todos los días en los salones, en los bailes públicos y en los restaurantes, porque las damas americanas, con sus negros ojos, cuello torneado, cutis moreno y terso y pequeño pie, encantan á los franceses, que en cada una de ellas, viéndolas cargadas de diamantes, miran *una esperanza*; así es que no hay baile en el *Hôtel de Ville*, en *Versalles* ó en las *Tullerías* á que no sean invitadas : y las viejas condesas del barrio de San Germán las llevan á sus casas con la ilusión de *redorar* el escudo heráldico de sus hijos. Así, no hay fiesta espléndida sin las americanas ; porque ellas aman con ardor el placer y se entregan á él sin restricciones.

Los hombres, por su parte, son los únicos que gastan mucho dinero, que tienen orgullo en figurar como espléndidos y generosos en los clubs, en los hoteles y los restaurantes: dan limosnas de á cinco francos en las iglesias, ocupan los cuartos de primera en los hoteles, gastan todas las bujías que les encienden, jamás reciben á los criados el dinero que les sobra en los pagos, y dejan por donde pasan un *pourboire* en plata que conserva su recuerdo.

Usan mucho los americanos del sur un clavelito rojo al ojal de la casaca. A diez pasos de distancia parece que están condecorados con la cruz de honor, y á tres dejan conocer que son unos majaderos.

Pero ya advertí, y lo recuerdo ahora, que todo sur-americano es llamado *brasilero*, bien haya nacido en Lima ó en Bogotá, ó vaya de Chile ó Guatemala, sin duda porque el *brasilero*, siendo el que más gasta, es también el que se hace más notable en todas partes, ó porque su color moreno, más pronunciado que el de los otros sur-americanos, lo hace distinguir más de los franceses. Por supuesto que el *brasilero*, sea cual fuere su patria y su educación, es en la mente de las francesas rico, amante, celoso y feroz ; pero así lo aman, y lo prefieren á los extranjeros de toda otra nacionalidad.

La familia de Erazo, de México, gastaba tal lujo en París, que era considerada como poseedora de las más ricas minas de la Sonora y se creía que los galeones que antes le llevaban el oro á Carlos V, ahora iban cargados de oro en polvo para ella. El señor Alfonso, de la Habana, hecho Marqués,

daba en cada invierno tres recepciones en París, cada una de las cuales le costaba cien mil francos. La familia Arcos gastaba un lujo de príncipes y compró el mejor *hotel* en los Campos Elíseos. Guzmán Blanco daba fiestas á que asistían todos los banqueros. La Condesa Gibacoa, de la Habana, llevó en un baile un collar de diamantes que á todos hacía recordar la historia de *el collar de la Reina*, de María Antonia; y en el matrimonio de cada una de sus hijas, el señor Calderón, de Lima, gastó lo que jamás han gastado los príncipes de Orleans en las bodas de su dinastía. Una familia brasileña verdadera, llegó á París con cincuenta y cuatro cargas, diez y ocho criados, y tomó la mitad del Grande Hotel.

Todo esto da idea de fortunas colosales en América, de rentas enormes que no existen en efecto; y estas familias, por mantener el tren con que han comenzado, arrastradas en la vorágine parisiense, se arruinan, desaparecen y son reemplazadas por otras que corren la misma suerte, ó que dan lugar á escándalos que entretienen las crónicas parisienses.

La señora de un general sur-americano es sorprendida robándose unas joyas en el palacio real; una señorita de Chile, al cumplir veintiun años, se emancipa, deja el hogar materno y disipa su fortuna de placer en placer con las mujeres más perdidas, hasta que la familia la hace encerrar por la policía en una casa de locas.

La prisión de *Bicetre* se llena de jóvenes *sur-americanos* que giran en falso ó estafan miserias, después de haber gastado fortunas fabulosas; y como el juego del *revólver*, que tanto usamos en América, no lo abandonan en París, los tiros que se disparan en *Mabille* ó en las casas de juegos prohibidos, aterrando á las mujeres, resuenan al otro día en todo París, y se hacen conocer en los periódicos.

El *brasilero* está tan á la moda en París, que ha venido á ser, como el inglés en otro tiempo, un personaje de fantasía en los *vaudevilles* y sainetes, en donde sale como personaje ridículo Maneiro de Pereira y Placao, ú otro de semejante apellido, vestido extravagantemente con calzón claro y chaleco rosado, lleno de cadenas y colgajos, con diamantes en el cuello, en los puños y en la pechera, y un anillo enorme; se enamora de todas las que pasan, les hace morisquetas, las amenaza con el puñal, intenta robarse á una de ellas; y al fin lo cogen en un escondite, habiendo perdido en el fango diamantes, cadenas, anillo y puñal.

Mr. Taine, hablando acerca del arte en París, dice lo siguiente, que confirma mis observaciones:

« Es preciso tener en cuenta el gusto de los extranjeros ricos. Un brasilero, un moldovo, ó un americano (yankee), que han hecho fortuna ó

que se hastían de vivir entre los esclavos ó sus paisanos, viene á París á gozar de la vida. Hace cien años, un mundo elegante daba el tono de la sociedad; el placer debía ser delicado y espiritual: era preciso seguir un riguroso código de delicadeza y saber vivir bien. Hoy la sociedad superior ha perdido. Antes había cien salones, hoy hay dos mil. Antes no había más que un solo gusto y un solo arte, y hoy hay veinte. Los instintos y los placeres del brasilero, del moldovo, del americano, nadie los contiene. Compra un coche, pasa revista en el *Bosque de Bolonia*, muestra prendedores de diamantes, frecuenta los bastidores, va á los bufornerios de los teatros pequeños, saborea la exposición de figurantes, le manda pintar á los artistas Venus, que no son más que retratos de las vagamundas, y el artista le sirve á su gusto.»

La *Colonia colombiana*, compuesta ya de más de quinientas personas, ha estado siempre muy bien representada en París; ocupa un lugar digno, se hace todos los días más respetable; y de tal manera se ha identificado con las costumbres serias de la sociedad en que vive, que con frecuencia las señoritas contraen ventajosas alianzas con caballeros franceses; y los hombres, ocupados en sus negocios, prestan también el contingente social que el buen tono exige para el placer y posición de sus familias.

Estando en Enghien, sitio de baños muy concurrido, donde la Emperatriz tuvo en otro tiempo su *chateau*, y cuyo mágico lago está rodeado de quintas y verjeles habitados por la aristocracia en el verano, una tarde todas las señoras que había en el hotel habían sacado á la calle sus mecedoras para tomar el fresco y ver las damas de paseo, y entre ellas llamó la atención una que iba vestida de traje de gro rosado pálido, sombrerito de paja de Italia, que no se sabía en dónde estaba puesto, pues dejaba ver una hermosa cabellera rubia artísticamente peinada; la leve cintura se doblaba como un mimbre, y el pequeño pie, que calzaba botín de seda del mismo color, apenas pisaba con la punta el suelo, teniendo al caminar toda la gallardía de una andaluza; y pasó por delante de la fila en que estábamos, causando rumor de admiración; ¿quién era? La señora Carlina París de Lehmann, nacida en Bogotá y residente en París.

Menciono esto para dar idea del buen gusto y elegancia con que visten las señoras de la *Colonia colombiana* en París, buen gusto que se admira en los bailes que con frecuencia se dan en ese círculo, y para tributar aquí á la señora Lehmann el testimonio de mi gratitud por las atenciones y cariños que dispensó á mis hijos en su linda residencia de Enghien.

En otro tiempo la *Colonia colombiana* estuvo representada por el señor

Juan de Francisco Martín y su señora, que eran muy ricos, buenos amigos de mis dos hermanos Rafael y Federico, muy respetables, y cuya hospitalaria casa era el centro de toda la colonia.

En la época en que yo estuve, el señor José María Torres Caicedo, colombiano distinguido por sus talentos y su ilustración, que ocupa alta posición social, es miembro del Instituto de Francia, Ministro del Salvador, y que ha recibido varios títulos y condecoraciones por su mérito, era, sin duda, la persona más notable de la Colonia colombiana, y se había grangeado, por su amabilidad y trato finísimo, las simpatías generales, representando muy bien al país.

Hacía veinticinco años que por última vez habíamos entrado juntos á los claustros de la Universidad en Bogotá; y separados por opiniones políticas desde aquella época, viviendo en lugares distintos y en diversas condiciones, figurando él en un vasto círculo y ocupado siempre en graves negocios, no creía que conservase el señor Torres de la amistad de nuestros primeros años recuerdo alguno; y sin embargo, apenas llegué á París, recibí su cortés visita, y luégo en su *hotel* muchas pruebas de afecto y de cariño.

He sabido con placer que después de mi venida contrajo matrimonio con una hermosa americana, y que su casa es el encanto de la buena sociedad.

El millonario colombiano José Germán Ribón, tan caballero como rico, establecido en París, después de haber hecho su fortuna en Nueva York, tiene una señora muy amable é hijas primorosas, una de las cuales es hoy la esposa de nuestro estimable compatriota Ignacio Gutiérrez Ponce. Su *hotel*, que está en la *Avenida de la Emperatriz*, cerca de los Campos Elíseos, lo ha construído al estilo americano, y en él da en los inviernos recepciones suntuosas, á las que concurren las más distinguidas familias, y en donde reinan el lujo, la elegancia y la franqueza de los salones de la verdadera aristocracia en Francia. Este millonario fué conmigo en París el amable y fino amigo del colegio, y de su señora conservo el más vivo y grato recuerdo.

El señor Miguel Vengoechea tiene establecida en París, con su hermano Onofre, una respetable casa de comercio, con grandes negocios en la América, y es franco y generoso con los colombianos. El señor Vengoechea tiene aire de Barón, vive como tal, y con su amable señora obsequia á los colombianos con preciosos *soirées*; y allí es donde se ve lucir la belleza de nuestras mujeres tropicales, de cutis terso, cuerpo gentil, seno abundoso y miradas de fuego. Los *soirées* del señor Vengoechea deberían tomarse por modelo en Bogotá; y la bondad de la señora y la cultura de la señorita

Vengoechea no se olvidarán por las damas que allá han gozado de su trato.

El señor Ezequiel Uricoechea, sabio, políglota y anticuario, amante de su país y amigo de las letras, había merecido ser nombrado Catedrático en la Universidad de Bruselas.

El doctor Ricardo Pereira, joven instruído y generoso, cuya señora lució en los salones de Bogotá por algún tiempo, vive ahora en París con su familia, que es de Venezuela. En su casa volví á gozar del sabroso y ameno trato de la sociedad caraqueña.

El General Aníbal Currea y su encantadora esposa la señora Hersilia Manrique, vivían en un elegante departamento en el primer piso de un magnífico hotel, lejos de los placeres y bullicio de la sociedad, en medio de las comodidades, consagrados á la educación de sus hijos; y en la intimidad de su hogar, recibido y tratado por la señora como un antiguo amigo, obsequiado y atendido por él, pasé los días más agradables de mi permanencia en París.

El señor Andrés Santamaría, cuya pérdida lamentaron todos los colombianos que han estado en París, vivía entonces elegantemente, y por la finura de sus modales y la bondad común á su familia, era muy querido.

Tocóme la fortuna de estar en París en la misma época que la señora Magdalena Santamaría de Mier, quien, con sus dos amables hijas y su hijo, mi amigo Joaquín de Mier, vivía en los Campos Elíseos, y me hicieron disfrutar de ratos tan placenteros, que jamás olvidaré.

En general, la *Colonia colombiana* se compone de hombres ricos, como los señores Garcías, que de Colombia han trasladado sus casas de comercio á París, ó de familias respetables que van por unos meses á disfrutar allí, pero que no son millonarias ni pretenden pasar por tales; educadas con hábitos modestos en su país, y que encontrando un centro de sociedad seria, ni llaman la atención por sus gastos, ni dan motivo para hablar mal de ellas.

Es muy notable y muy honroso para el país el que los jóvenes que van á educarse á ese lugar de placeres, de perdición y de vicios, conserven su carácter serio, principalmente los que ya van formados y con estudios preparatorios; y que los que van de doctores en Medicina á perfeccionarse allí, sorprendan por sus conocimientos, sobre todo en anatomía.

Ciencia, valor, genio, virtud, el instinto de todo lo generoso y de todo lo bello, amor al trabajo, honradez y probidad, brillan en los colombianos, cuando de su patria se alejan, como esos astros que oculta la bruma en que aparecen envueltas las montañas de su país, y que sólo resplandecen cuando se levantan sobre el horizonte, donde no los cubren los vapores de la tierra.

Y es en París donde se ve á José Triana en la constelación de los sabios, y donde se encuentran otros muchos colombianos que se han enriquecido en las Repúblicas vecinas, llevando una gran reputación ó una fortuna cuantiosa, para aumentar el brillo de la *Colonia colombiana.*

Hay, sí, algunos pajarracos, entre los cuales se cuentan muchos de los que van como Cónsules á otros lugares y se quedan en París, que no entran á la buena sociedad, que se aíslan de los colombianos, se deslumbran con las *baronesas* que encuentran á su paso, ó van más abajo, gastan, gozan, fían, estafan y obligan á los compatriotas á hacer suscripciones para pagarles el pasaje á Colombia, ó á andar en carreras para librarlos de la policía.

A París todo el mundo va á gozar y á gastar, y como no puede aceptarse una copa de vino sin retornarla, ni hay derecho de gozar de los favores de un amigo sin ofrecerle otros iguales, y mi fortuna no me permitía hacer muchos gastos, ni el orgullo aceptar ninguna invitación á que no pudiera corresponder, poco á poco fuí aislándome de la sociedad, de los amigos y compatriotas, y haciendo sólo mis visitas á los edificios públicos, á los museos y á lo que más me llamaba la atención.

CAPITULO XXIV.

Capilla expiatoria — El *pourboire* — Plaza de la Concordia — Grandes *avenidas*—Los palacios—Habitaciones de París—El canal.

CUAL si fuera un piadoso legitimista, mi primera visita fué á la Capilla expiatoria, objeto de muchas peregrinaciones pocos años antes, cuando se esperaba la entrada de los Borbones otra vez á Francia con el Conde de Chambord bajo el título de Enrique V, y ahora completamente abandonada y desierta. Y fué mi primera visita, porque recordaba que cuando yo era muy niño, habían llevado á casa una novela que pasaba de mano en mano haciendo llorar á todas las mujeres, novela que se llamaba el *Cementerio de la Magdalena;* y como esta capilla está levantada en donde fué el cementerio, y fué la primera iglesia que vi al salir del hotel, me movió la curiosidad el recuerdo, entré, y no me pesó la visita.

Luis XVI fué guillotinado el 24 de Enero de 1793, el *año terrible*, según lo llama Víctor Hugo ; y María Antoñeta el 16 de Octubre del mismo año; y sus cuerpos fueron enterrados en el *Cementerio de la Magdalena*. Este cementerio, con el tiempo, vino á ser propiedad de un particular, quien tuvo gran cuidado de los sepulcros de los dos reyes hasta la *Restauración;* y entonces Luis XVIII dispuso que los restos pasasen á San Dionisio, antiguo panteón de su dinastía, lo que se hizo en efecto con gran solemnidad; pero la duquesa de Angulema mandó erigir allí, en memoria, una capilla, que fué la que yo visité. Es un paralelogramo de cincuenta varas de largo por treinta de ancho, lo que le da el aspecto de un vasto y fúnebre salón, más

bien que de iglesia, coronada por un domo de piedra con cúpulas de uno y otro lado, por donde viene la luz. Nueve arcos forman el salón, y en los espacios intermedios hay tumbas con medallones de mármol blanco, rodeados de ramas de ciprés esculpidas en la piedra, y algunas inscripciones conmemorativas. Al frente hay dos sepulcros con emblemas funerarios, y esta inscripción:

Has ultra metra quiescunt.

El vestíbulo ó presbiterio tiene también la forma de una tumba y conduce á una plataforma, sobre la cual se levanta un pórtico consistente en cuatro columnas dóricas, y se desciende de él para entrar por dos anchas escaleras á un subterráneo, en el cual se levantan dos estatuas de los reyes, de mármol blanco.

Todo es triste y sombrío, y deja una impresión de dolor por la historia de estas víctimas de la Revolución.

Pero en el mismo cementerio yacen enterrados, y por allí cerca deben de estar también, los restos de Camilo Desmoulins, Hebert, Brissot, Vergniaud, Gensonné, Bailly y otros mártires de la Revolución, y á ellos nadie les ha levantado un monumento, ni hay quien por ellos derrame una lágrima al visitar estos lugares!

Un caballero muy bien vestido y de excelentes modales había salido á recibirme cuando entré, y lleno de comedimiento me había mostrado todos los lugares y contado la historia que ahora refiero, en lo cual habíamos gastado más de dos horas; al despedirme de él no sabía qué hacer; ¿pagarle? Quizás se ofendía, pero quizás también éste era su oficio y de esto viviría su familia. Metí la mano al bolsillo para sacar una tarjeta y cambiarla con la de él, ó el portamoneda; y él me sacó de la duda extendiendo la suya para recibir el inevitable *pourboire*.

Es en Francia el *pourboire* (ó para su trago) una verdadera institución social, en que se han fundado las costumbres y vinculado los intereses de una gran parte de la población, y de la cual no se puede prescindir, ni por el nacional ni por el extranjero.

En Francia todos los grandes edificios,—museos, iglesias y monumentos públicos,—están abiertos gratis á la multitud, que puede visitarlos el día y á la hora que quiera; pero en todos ellos hay guardianes á quienes hay que dar el *pourboire*.

En todas las casas hay un portero, dependiente del propietario, quien le da una pieza en el zaguán, pero no tiene sueldo; y el portero y su familia viven del incierto *pourboire* de los huéspedes de la casa.



Plaza de la Concordia en Paris-Pag. 425.

En el hotel hay que estar dando diariamente el *pourboire* á los criados; y el día de la partida eso es muy curioso. El conserje se encarga de pedir el coche, y solícito entra al cuarto del viajero, y sale llevando algunos objetos. Cada uno de los criados varones toma un baúl, y cada una de las hembras una maleta, ó la caja del sombrero ó el paraguas; la cocinera sale á desearle *bon voyage*, y todos se colocan en fila á esperar el *pourboire*.

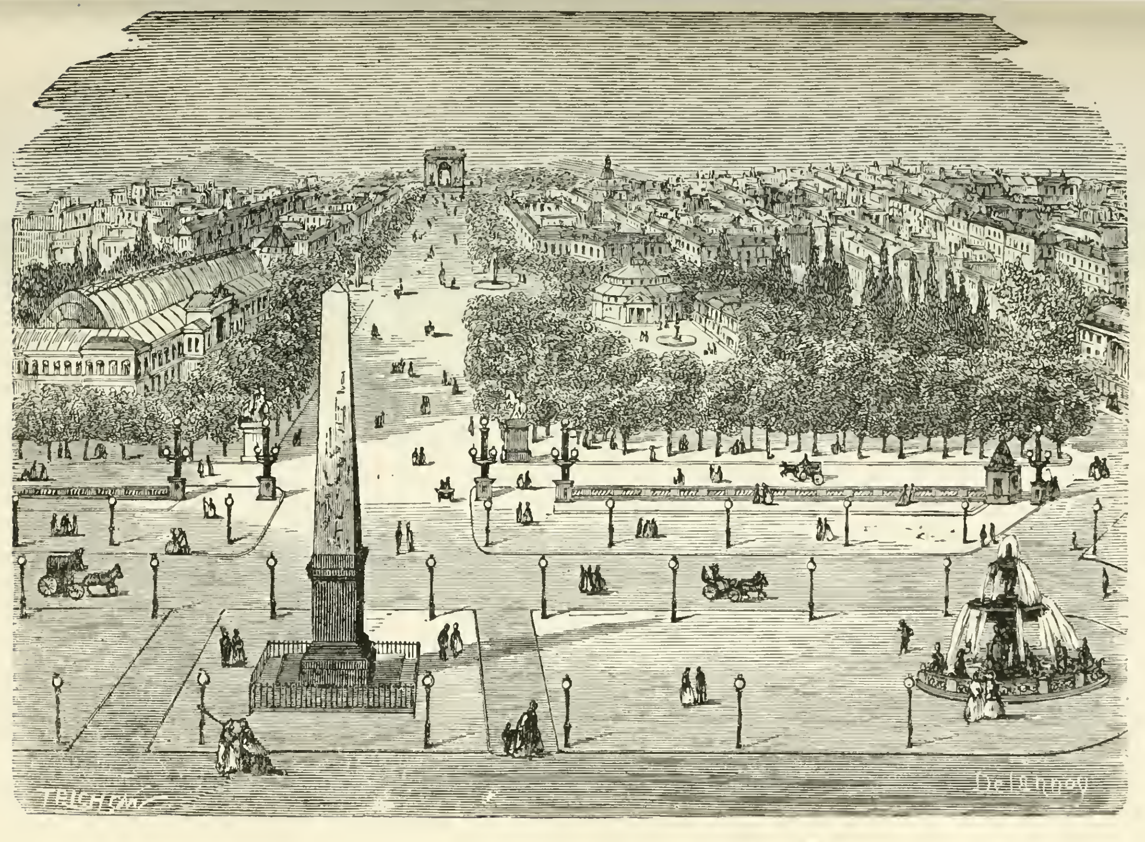
Va usted al teatro: entrada, cinco francos ; pero hay que formar cola y esperar turno; mas un mozo diligente le ofrece su boleta por el mismo precio y el natural *pourboire*. Está usted dentro del vestíbulo, y tiene que dejar capa, paraguas y sombrero á una señora, quien le da un número, y al devolvérselo hay que dar el *pourboire*. Entró usted á los corredores; ¿ por dónde es la entrada al teatro ? ¿ dónde es su puesto ? Una dama comedida se encarga de conducirlo y de señalarle su asiento, mediante el *pourboire*. Luégo una pobre vieja viene y le pone en los piés un banquito para su comodidad, pero hay que darle el *pourboire;* y á pocos momentos es una linda muchacha, muy bien vestida y risueña, quien le extiende el programa de la función, y se queda con la mirada diciendo: *mon pourboire*.

En una polémica sostuvo el *Times* que el Secretario de Relaciones Exteriores de Francia recibía el *pourboire* de los Ministros extranjeros. Solemne mentira ; pero sí es cierto que éstos tienen que dar á los porteros de los Secretarios el *pourboire*, y que en todas las oficinas tiene que empezar el que quiera ser recibido, tener audiencia ó que se le despache, por dar al portero un buen *pourboire*.

El cochero, antes de pagarse del viaje del coche, descuenta su *pourboire;* y los puestos de criados en los restaurantes y cafés concurridos se compran al propietario dándole una parte de lo que les produce á los sirvientes el *pourboire*.

En todo presupuesto para viajar por Francia debe votarse una partida doble á la de alimentos y habitación para pagar el *pourboire*, y quizás no alcanza.

Como tenía el día entero para pasear y conocer á París, fuíme solo á la PLAZA DE LA CONCORDIA, la más grande, más hermosa y más concurrida del mundo; pero á las diez de la mañana está quieta, tranquila y silenciosa, de manera que se puede examinar todo con calma y admirar sus monumentos muy despacio. De *La Magdalena* allá se va por la *Rue Royale*, que forma ángulo con los *boulevares*, y aquella iglesia, que de todas partes se ve, situada en medio también de una plaza, á la que dan muchas calles, fué mi centro de partida y mi norte en todas las excursiones en París. Jamás busqué en Europa ni guía ni intérprete, y lo mismo aconsejo á todos los



Plaza de la Concordia en Paris–Pag. 425.

En el hotel hay que estar dando diariamente el *pourboire* á los criados; y el día de la partida eso es muy curioso. El conserje se encarga de pedir el coche, y solícito entra al cuarto del viajero, y sale llevando algunos objetos. Cada uno de los criados varones toma un baúl, y cada una de las hembras una maleta, ó la caja del sombrero ó el paraguas; la cocinera sale á desearle *bon voyage*, y todos se colocan en fila á esperar el *pourboire*.

Va usted al teatro: entrada, cinco francos ; pero hay que formar cola y esperar turno; mas un mozo diligente le ofrece su boleta por el mismo precio y el natural *pourboire*. Está usted dentro del vestíbulo, y tiene que dejar capa, paraguas y sombrero á una señora, quien le da un número, y al devolvérselo hay que dar el *pourboire*. Entró usted á los corredores; ¿ por dónde es la entrada al teatro ? ¿ dónde es su puesto ? Una dama comedida se encarga de conducirlo y de señalarle su asiento, mediante el *pourboire*. Luégo una pobre vieja viene y le pone en los piés un banquito para su comodidad, pero hay que darle el *pourboire;* y á pocos momentos es una linda muchacha, muy bien vestida y risueña, quien le extiende el programa de la función, y se queda con la mirada diciendo: *mon pourboire*.

En una polémica sostuvo el *Times* que el Secretario de Relaciones Exteriores de Francia recibía el *pourboire* de los Ministros extranjeros. Solemne mentira ; pero sí es cierto que éstos tienen que dar á los porteros de los Secretarios el *pourboire*, y que en todas las oficinas tiene que empezar el que quiera ser recibido, tener audiencia ó que se le despache, por dar al portero un buen *pourboire*.

El cochero, antes de pagarse del viaje del coche, descuenta su *pourboire;* y los puestos de criados en los restaurantes y cafés concurridos se compran al propietario dándole una parte de lo que les produce á los sirvientes el *pourboire*.

En todo presupuesto para viajar por Francia debe votarse una partida doble á la de alimentos y habitación para pagar el *pourboire*, y quizás no alcanza.

Como tenía el día entero para pasear y conocer á París, fuíme solo á la Plaza de la Concordia, la más grande, más hermosa y más concurrida del mundo; pero á las diez de la mañana está quieta, tranquila y silenciosa, de manera que se puede examinar todo con calma y admirar sus monumentos muy despacio. De *La Magdalena* allá se va por la *Rue Royale*, que forma ángulo con los *boulevares*, y aquella iglesia, que de todas partes se ve, situada en medio también de una plaza, á la que dan muchas calles, fué mi centro de partida y mi norte en todas las excursiones en París. Jamás busqué en Europa ni guía ni intérprete, y lo mismo aconsejo á todos los

viajeros, si quieren ser libres y ahorrar dinero. Dos veces falté á esta regla; una en Strasburgo y otra en Bruselas, y dos veces me arrepentí.

Por todas las calles de la ciudad de París hay ómnibus que van á parar á la *Magdalena* y llevan el letrero escrito, de manera que tomando uno de éstos, allá se va á dar; y si no, en cualquier punto hay una estación de ómnibus, y pide uno una boleta para la *Magdalena*, da más ó menos vueltas, cambia dos ó tres veces de carruaje, pero á la *Magdalena* va. Si no logra esto, le pregunta al primer transeunte por la *Magdalena;* á la señora que se cruce, á la muchachita que lleva el pan; é inmediatamente el transeunte, la señora ó la niñita se detienen, y con una amabilidad incomparable retroceden á señalarle al viajero la dirección más recta; y mientras que esto hacen, le conversan, averiguan de qué país viene y qué le ha gustado más de París, y se despiden como de un viejo amigo.

¡ Qué instintiva cultura ! ¡ Qué amabilidad la del pueblo de París! Y lo mismo es el obrero que la *dame du comptoir* (dama del mostrador) de un restaurante ó el director de un establecimiento público; todos procuran ser amables, insinuantes, no molestar á nadie, prestar el servicio que se les pide ó que pueden ofrecer, y tratar á las personas con las consideraciones que merecen. Luégo los modales enamoran: hay tal ruda nobleza en el obrero, tanta elegancia en la señora que uno encuentra, tanta inteligencia en la niñita que lo guía, que uno se encanta y no quisiera dejarlos. Tienen razón los que abandonan todo en su país por vivir siempre en medio de ese pueblo encantador.

Por otra parte, perderse en una gran ciudad de Europa es una de las emociones más raras, y por lo mismo más gratas para el viajero de Sur América; verse entre una multitud desconocida y sin que nadie lo conozca; ver á todos agitarse,—movidos por diversas pasiones, intereses ó deseos, de los cuales uno no participa,—como ondas de un mar en el cual estuviéramos sumergidos; aparecer en un mundo nuevo para ser un hombre nuevo, sin el pasado que atormenta; confundirse, desaparecer sin morir, es todo eso más delicioso que ir á la ópera ó asistir á una fiesta.

El mejor guía es la *Guia de forasteros*, la que debe leer uno antes de ir á ver un monumento, y si es posible, repasar algo de la historia que tenga relación con ese monumento, á fin de despertar el interés con los recuerdos; de otro modo todo es insípido cuando se ha gozado del primer aspecto y juzgado del efecto, que llamaré teatral; y se hace enojoso visitar edificios y monumentos que todos se parecen, pues que todos son obra de los hombres.

Para ir, pues, á la *Plaza de la Concordia*, tomé mi *Guia*, recordé lo

que pude, y me puse en marcha; y como quiero que la descripción de esta plaza tenga interés para el lector, voy á contarle algo sobre ella.

Cuando el matrimonio de Felipe II, Rey de España, con Isabel, de Francia, se hicieron grandes fiestas y faustosos torneos en París; y el Rey Enrique II, en un palenque levantado, tuvo el capricho de luchar en persona con el Conde de Montgomery, en frente del palacio de Tourrelles, á lo cual se opuso tenazmente su esposa Catalina de Médicis, entre otras razones, porque el infiel esposo llevaba los colores de su dama Diana de Poitiers. Del tal torneo resultó que el Rey murió de una lanzada ; y tan vivo dolor fué el de su esposa, que mandó derribar el palacio y arrasar los jardines que allí había, quedando un vasto desierto, en donde hoy se levanta la *Plaza de la Concordia.*

Muchos años después de aquel acontecimiento había en ese mismo lugar un mal hotel, al cual llegó una noche, después de vísperas, la linda Gabriela d'Estrées, favorita de Enrique IV y muy aborrecida de María de Médicis, pidió un pastelito de salmón, y comiéndolo se quedó muerta por obra y gracia de los venenos italianos. Enrique IV se quedó inconsolable, é iba á llorar al lugar donde su amada había muerto. Sully, que era un grande hombre, se aprovechó del dolor del Rey para aconsejarle que levantara allí una hermosa plaza, lo que se hizo en efecto, habiendo tomado el nombre de *Place Royale.*

En medio de esta *Plaza real* levantó Richelieu una estatua ecuestre á su Rey Luis XIII, de quien era primer ministro; y la adornó y embelleció para que se paseasen en ella los nobles, que temblaban ante él y le obedecían; y esta plaza se hizo el centro de los placeres de París.

En tiempo de Luis XIV la *Plaza real* adquirió un renombre universal por su elegancia, su lujo y su alumbrado. «Ver la *Plaza real*, y morir!» decían entonces las mujeres. Dícese que allí sucedió este caso : Marion de Lorme era la mujer más linda y más loca de su tiempo. Un ministro cardenal se enamoró de ella, le llevó unos tantos miles de francos, y ella se los tiró á la cara. Él insistió en sus pretensiones, y entonces ella resolvió morirse, convidó á su entierro á todos los grandes personajes, y entre ellos al ministro: el cortejo se reunió en la *Plaza real*, el féretro fué conducido en hombros hasta el cementerio ; y mientras el ministro lloraba, Marion tomaba champaña con otras locas como ella.

Cuando el que fué después Luis XV era todavía el Delfín, la ciudad de París le decretó una estatua ecuestre, en cuya construcción duraron más de diez y seis años, y en la cual aparecían el Rey como romano, y al pie las estatuas de la Fuerza, la Prudencia, la Caridad y la Paz ; y para colocarla,

la Plaza Real se ensanchó y se embelleció de una manera sorprendente, y tomó el nombre de Plaza de Luis XV.

El tal Luis XV fué un infame libertino ; y un día apareció su estatua con esta inscripción :

« Oh la belle statue ; oh le beau pedestal.
Les vertus *sont à pied*, le vice est à cheval.»
(¡ Qué linda es esta estatua ; qué lindo el pedestal !
Las virtudes abajo y el vicio va triunfal).

En la Plaza de Luis XV tuvieron lugar los fuegos artificiales dados en celebración del matrimonio de Luis XVI, entonces Delfín, con María Antoñeta, en cuya fiesta, por un accidente desgraciado, hubo tumulto y confusión, y las víctimas llegaron á setecientas, lo que se miró como un funesto augurio para los Reyes ; y con esta desgracia principiaron las escenas terribles de la plaza.

El 14 de Agosto de 1793 la multitud furiosa escala la verja de hierro dorado que había costado treinta y seis mil libras, y que rodeaba la plaza, y quita todos los medallones que tenía la imagen de los Borbones. Después se precipita sobre la estatua de Luis XIII y la derriba. Abajo la de Enrique III y el pedestal en honor del Cardenal Richelieu! Abajo la de Luis XV, el libertino ! La plaza queda vacía; y por un decreto de la Convención se la llamó la *Plaza de la Indivisibilidad* y luégo *Plaza de la Revolución*.

Allí fueron guillotinados Luis XVI y María Antoñeta, para quienes se habían preparado pocos años antes los fuegos artificiales; y en la muerte de aquél fué cuando dijo su confesor aquellas hermosas palabras: «Subid al Cielo, hijo de San Luis!»; Madame Roland, quien murió diciendo : « ¡Oh libertad querida, cuantos crímenes se cometen en tu nombre! ; Carlota Corday, el *ángel del asesinato*, como la llama Lamartine ; el duque de Orleans,—*Felipe Egalité*,—que encontró el cadalso en el lugar donde creyó hallar el trono ; Anacarsis Clootz, que soñaba con la libertad del género humano ; el sanguinario Flavio Eglantine, que lamentaba que «la comedia quedara sin acabar»; y Dantón, quien decía al verdugo : «Mostrad mi cabeza al pueblo ; » y al fin la República se decapitó ella misma, y Napoleón se hizo Emperador.

Entonces se llamó la *Place des Vosges*, y por allí se hacían las entradas triunfales, y allí se celebran las grandes batallas.

Cae Napoleón, y en la misma plaza forman los Aliados todos sus ejércitos: en el centro se levanta un altar y, lo que jamás se habría creído, conforme al rito de la Iglesia griega se canta el solemne *Te Deum*.

La *Restauración* volvió á ponerle á este sitio el nombre de *Place*

Royale; y compuesta de nuevo y adornada, llegó así hasta el tiempo de Luis Felipe, *el Rey ciudadano*, quien la concluyó tal como está hoy, y le hizo poner el nombre que conserva de *Place de la Concorde*.

La plaza es inmensa; y á la verdad que sólo tiene límites por el oriente, en donde está el hotel de la Marina como para decorarla, y al lado derecho, en donde hay altos y soberbios edificios; pues al frente sólo la dividen de los *Campos Elíseos* dos enormes caballos de piedra, levantados sobre los piés traseros, en actitud de brincar, con la crin flotante y la nariz inflada, y el horizonte se prolonga indefinidamente; y por el sur linda con un inmenso parque de las Tullerías, que es como una prolongación de la misma plaza.

El recinto está colmado de árboles á regulares distancias, de estatuas y de candelabros de bronce para sostener muchas linternas de gas por la noche, y atravesado por una alameda de encinas que marca el sendero hasta los *Campos Elíseos*: tiene grandes medallones de verdura, esmaltados de flores, ó estanques donde hay flores acuáticas; y á uno y otro lado dos colosales fuentes de piedra. La una con estatuas de los grandes ríos de Francia (en francés femeninos), en forma de mujeres desnudas, teniendo cada una una ánfora debajo del brazo, del cual sale un chorro diagonal de agua que cae en la gran taza, la que se llena, rebosa y arroja el agua en chorros sobre las mismas estatuas; y la otra con estatuas druídicas, formando el pedestal de la pila, y recibiendo en la cabeza los chorros de agua, que envuelven como con un velo las desnudas formas. En el centro de la plaza está el *obelisco de luxior*, elegante, magnífico, altísimo, majestuoso.

Este famoso monumento era una de las *agujas de Cleopatra*, regalada por el Virrey de Egipto Mehemet-Alí al Rey de Francia, quien mandó por ella á un buque especial y á una comisión científica; y traída, fué levantada en el centro de la plaza, empleando todas las fuerzas y habilidad de que pudo hacer uso la civilización moderna.

Durante el día la plaza está silenciosa, á las tres de la tarde empieza á animarse, á las seis de la noche es grande el concurso ; pero es á media noche cuando está repleta de gente, á pie y en coches, que van, vienen y se cruzan, formando la luz de las dos linternas que cada uno de los coches lleva, un cordón que se enlaza, se teje, se divide y se hace un enmarañado laberinto; y mientras tanto la multitud está ebria de amor y de placer.

París, como ciudad, es muy superior á Londres, y tiene un aire de grandeza y de magnificencia que en vano intentará adquirir la metrópoli comercial. En París sólo hay PALACIOS: suntuosos, elegantes, ricos, los que están sobre los *boulevares*, en las plazas y en las avenidas; feos, vetustos, sombríos, los que están en los arrabales y barrios secundarios; pero todos

son palacios; y todo el mundo vive en palacio: el potentado, el banquero, el comerciante, el noble, el rico, el artesano, el pobre y...... creo que también el mendigo.

Los nobles que aun conservan su riqueza y su antiguo esplendor viven en los *Palacios* del *Barrio de San Germán*, construídos con la magnificencia propia del tiempo en que eran pequeños soberanos, dirigidos por los mismos arquitectos que levantaban el Louvre ó el Luxemburgo, y desplegando en las fachadas todo el orgullo de que estaban poseídos sus dueños; y esas masas inmensas de piedra labrada están aún intactas y conservan su noble carácter.

Los *nababs*, los *príncipes de la Bolsa*, los *potentados de la época*, los *Rostchild*, hacen construír, en la plaza *Vendome* ó en las calles más elegantes, *Hoteles* (este es el nombre fashionable) de piedra, magníficos, como en otro tiempo los de los nobles florentinos, en donde el arte moderno copia todo lo antiguo, excediéndole á la antigüedad en buen gusto y formas aéreas.

En los *Campos Elíseos* tienen sus *palacios* los Orleanes, queriendo conservar el regio boato; y otras grandes familias de príncipes de diversos países que han perdido sus tronos, y van á París á vivir con esplendor en medio de sus fieles servidores, como en otro tiempo Cristina de Suecia.

Las embajadas tienen sus *Palacios* de la nación que representan.

Hay calles enteras, como la *Rue de Rivoli*, con diez y seis cuadras de largo, formada á uno y otro lado de arcadas de piedra perfectamente iguales, que se prolongan indefinidamente, como debieron ser las arcadas romanas, y sobre las cuales se levantan también magníficos palacios.

Napoleón III, para embellecer á París, bajo la dirección de un arquitecto Hausemann, inventó abrir las GRANDES AVENIDAS, y lo cruzó con ellas en todos sentidos, invención que es muy original. La ciudad, tal cual fué levantada desde el principio, tiene sus calles más ó menos rectas, y sus manzanas más ó menos regulares; pero sin atender á esto, Napoleón decía: «Vamos á abrir *una avenida* que del extremo de la ciudad llegue recta al frente de la *Nueva Opera*.» El ingeniero tomaba el mapa de París, trazaba dos líneas rectas y paralelas que cayesen perfectamente perpendiculares sobre la Opera; y como quien saca una rebanada de un gran queso, iba cortando con miles de obreros una rebanada de la ciudad, sin cuidarse de nada. Aquí caía la cocina de una casa, allá partía un suntuoso salón de otra; más adelante se llevaba la sacristía de una iglesia, más allá derribaba el Circo olímpico; por una parte pasaba rozando con la esquina de una calle, por otra cruzaba una alameda.

Sin atender á nada ni á nadie, el ingeniero con sus operarios iba

abriendo, derribando, como se hace una brecha en nuestras montañas, hasta que con una precisión matemática la nueva, ancha y elegante *avenida* llegaba á la Ópera. Los dueños de casas eran indemnizados, éstas no se podían quedar así, unas sin frente á la calle, otras sin cocina ó partidas en dos; y como los sitios eran magníficos para edificar, en todas las *avenidas* se levantaron palacios del mayor gusto, todos de piedra; y naturalmente en las calles que á ellas desembocan sucedió lo mismo.

Los grandes almacenes como los del *Louvre*, *La Primavera* y mil más, son los más grandes y más bellos de los palacios, teniendo siete ú ocho pisos y fachadas elegantes.

Hay por todas partes *Palacios* reales, y como no es natural que junto á ellos se levanten chozas, se han levantado otros palacios de habitación por los particulares.

Y todo el mundo vive en un palacio en París, porque desde tiempo inmemorial la construcción de los edificios tiene esta forma ; y la descripción que voy á hacer, aplíquela el lector á escaleras de mármol, á salones dorados y á comedores de cristal, ó á escaleras de madera, sucias, oscuras y sombrías, á cuartos desenladrillados y sin papel, y á boardillas heladas y asquerosas: para todos los edificios sirve. El palacio en que yo vivía con una familia, *Rue du vieux colombier*, cerca de San Sulpicio, era un término medio.

La entrada al palacio es espaciosa : pueden pasar los coches y llegar hasta el centro del patio, y esta entrada se cierra por una gran puerta, ya muy tarde de la noche. El primer cuerpo del edificio es perfectamente igual al del frente, y ambos completamente independientes: lo mismo sucede con los de los lados ; las ventanas de todos dan al patio, y su construcción es igual, de manera que descrito el uno, se han visto los demás.

A la entrada hay una escalera á la derecha, entre la pared del edificio, iluminada por ventanas que del patio le traen la luz en los diversos pisos, y al frente hay otra exactamente igual; y ésta y aquélla conducen á departamentos separados, perteneciendo muchas veces á dueños diferentes. Tomemos la escalera de la derecha, y sépase que hubiera sido lo mismo tomar la de la izquierda.

A pocos pasos hay una pequeña explanada y una puerta cerrada, aquí hay un piso, que es la *rez-de-chaussée*, de muy alto alquiler y habitado por familias muy ricas. A esa puerta, siempre cerrada, no llama nadie, ni penetran por ella sino las personas de la casa, después de tocar una campanilla; y el que se atreviere á llamar para preguntar por alguien, ó á pedir limosna, sería despedido con cajas destempladas.

Sigue la escalera, y á los treinta escalones hay otra explanada y otra puerta cerrada, y un nuevo piso, que es *entresol*. Sigue la escalera y á treinta pasos otra explanada y otra puerta cerrada; este es *le premier* (primer piso). Sigue la escalera y está el *entresol du premier*. Luégo *le second*, *le troisième*, *le quatrième* y así hasta *le cinquième*, y últimamente la boardilla.

Son aristocráticos, caros y de alto tono la *rez-de-chaussée*, *entresol* y *le premier*.

Después del primer piso, el lujo del hotel empieza á decaer, los arrendamientos bajan en razón inversa de lo que suben los escalones: los pisos son habitados por familias de distinta condición, fortuna y costumbres, y que jamás se ven; pero la distribución del *departamento (appartement)* es perfectamente igual.

Abierta la puerta que está en la explanada del primer piso, que inmediatamente se cierra, se ve un corredor muy largo, sin puertas á la derecha y con varias á la izquierda, que son las que comunican con las habitaciones. La primera puerta da á la sala, que es pequeña, cuadrada y primorosa ; y ésta se comunica por dos puertas con otra pieza inmediata, y el medio de las dos puertas está cubierto con un gran cristal del tamaño de la pared, que á discreción se levanta ó se deja dividiéndolas. En cada una de las piezas y en los muros opuestos hay una chimenea. ¡ Qué primor de salas ! ¡ Qué lindura de chimeneas! Cada una es una obra artística. Los estucos resplandecen, las cornisas son de flores realzadas, los florones de angelitos de medio relieve, y el oro y los colores rosado ó azul mezclados forman un recinto divino.

La chimenea es el lugar preferido, y está adornada con pequeñas estatuas de mármol de los primeros artistas, con bronces sacados de Pompeya, y con jarrones de porcelana de Sevres. ¡ Qué muebles ! Parecen acabados de sacar del taller, y son como de un antiguo castillo, todos dorados, perfectamente esculpidos, cómodos, pequeños y graciosos. Las paredes, á veces entapizadas, están cubiertas con copias de los mejores cuadros del Louvre, y la alfombra amortigua las pisadas. De día estas salas están siempre á media luz, pues cubren las ventanas grandes y pesadas cortinas de damasco amarillo ; pero de noche están resplandecientes de luz en todas partes.

La segunda pieza da al comedor, y allí el gusto se hace severo: grandes estatuas de bronce, cuadros en las paredes, un *side-board* cargado de cristal, platos de porcelana muy antiguos, puestos en los muros como cuadros, un

tapiz más espeso, sillas de tafilete oscuro y una mesa de encina, forman el ajuar.

Es preciso volver á salir al corredor para entrar al cuarto de la señora, que ocupa el espacio de dos ventanas y que es un nido de seda embalsamado, y morada en donde la poesía, el amor y los sueños han tomado formas materiales que no es posible describir.

Sigue la habitación del caballero, á la que se entra ordinariamente por la puerta del corredor, pero que comunica con la de la señora por una puerta oculta entre las cortinas. Generalmente se compone de dos cuartos: en el primero hay muebles sólidos, en los adornos mucha imitación de los de las habitaciones inglesas ; en forma de panoplias los arreos de cacería, una biblioteca abundante, muchos bronces raros, y muy buenos cuadros al óleo. En el segundo está una cama, el guarda-ropa, el bañador de mármol, y un espacioso sofá para sentarse á leer ó fumar.

Por otra puerta del corredor se entra á un dormitorio común, en donde reinan la comodidad y el lujo; luégo, por otra, se penetra en la pieza del joven ó de la señorita; después, por otra, á la del criado ó criadas; y al frente, cerrando el edificio, y con ventana sobre el fondo, está la cocina, muy pequeña.

Los ocho departamentos colocados en los diversos pisos están ocupados por familias que jamás se ven; y á propósito de esto hay una novela en que figuran una madre y una hija buscándose una á otra, las que, á pesar de haber vivido en una misma casa durante cinco años, jamás se encuentran.

La casa en que yo viví se componía de cuatro cuerpos: en cada cuerpo había dos escaleras, por cada una de las cuales se subía á ocho departamentos, fuera de las boardillas; y calculando que en cada departamento viviesen diez personas, había un total de seiscientas cuarenta personas habitando un mismo palacio, y que no se conocían.

En aquellos sitios adonde la renovación de París no ha llegado aún, no hay tampoco casas de uno ó dos pisos, como en nuestras ciudades, sino edificios mucho más altos que los palacios modernos, de formas caprichosas, unos que rematan en forma de torre, otros que tienen arcos góticos por entrada, balcones de piedra volados, ó especie de miradores como en las ciudades españolas ; y tienen tal aspecto de grandeza y de vejez, y las calles son tan pintorescas, que olvida uno en dónde está y á qué siglo pertenece.

Los pisos bajos de los que fueron palacios de Montmorency ó de Rohan, se hallan convertidos hoy en cervecerías; y en los altos viven gentes de todas clases en completa confusión.

París es todo de piedra, y como sin duda las canteras se habrán agotado, la piedra la llevan de muy lejos, por un canal, del que jamás he oído hablar á los viajeros, y que me pareció la obra más portentosa de la civilización antigua en Europa.

Este Canal le recuerda á uno el canal de Babilonia ó el de Nicomedia, y revela una gran ciencia; muchos siglos debió de durar su construcción, y grandes caudales se emplearían en ella; y se construyó, sin duda, para establecer una comunicación más fácil entre las ciudades y animar el comercio en los siglos en que no había ferrocarriles ni caminos carreteros; pero hoy está destinado sólo á la conducción de las mercancías de gran peso, enorme volumen y poco valor, y al comercio de piedra y carbón mineral.

El canal empieza en París, atraviesa todos los departamentos de Francia, toca en muchas ciudades populosas, entra á Bélgica, la atraviesa también, y el punto donde concluye lo ignoro. Es navegado por buques pequeños, tirados por caballos que manejan las mujeres: los unos van por la derecha, los otros vienen por la izquierda, formando como un cordón y animando el paisaje.

La gente que navega en el canal forma una población original, sin nacionalidad propia, que eternamente está moviéndose, siempre en peregrinación y con costumbres y hábitos propios de ella. Las familias no tienen residencia en ninguna parte ; las mujeres son los viajeros, los hombres los que preparan la carga: los niños nacen en los buques, y los matrimonios se hacen entre los navegantes.

Al entrar en Bélgica, viniendo de Alemania, se encuentra ya el canal, después el ferrocarril lo atraviesa muchas veces, sigue con él en línea paralela, se aparta, y se pierde de vista; se pasan muchas leguas, se atraviesan diversos territorios, y cuando menos se piensa vuelve á encontrarse el canal, con sus buques, sus mujeres y su poesía. Entra envidia de bajarse del tren, ir al canal, mezclarse con ese pueblo, tomar parte en el trabajo y concluír así una ignorada existencia.

CAPITULO XXV.

Palacio de la Justicia—Magistratura francesa—La Santa Capilla—Saludo de amigos—El baile de la ópera.

El Palacio de la Justicia, situado á la margen del Sena, en el sitio mismo donde estuvo Lutecia, la primitiva ciudad, conserva el aspecto de la más venerable antigüedad, y aun el nombre de la *Cité*; y habiendo sido la mansión de los antiguos reyes, y hoy asiento de la magistratura y tribunal de justicia, llamóme más que ningún otro la atención, y fué el primero que visité, trayendo antes á la memoria cuanto de él había leído.

La magistratura francesa, íntegra como la romana, pero más elevada y más digna, porque ha resistido á los vaivenes y agitaciones de la nación sin ceder nunca los derechos de la humanidad ante las exigencias del poder; verdadero sacerdocio encargado de hacer cumplir los mandatos divinos de la justicia eterna en una nación gobernada unas veces por el despotismo y otras por la demagogia, cuya historia en todos los siglos ha sido gloriosa, y que ha contribuído más que ninguna otra institución á hacer grande y poderosa á la nación; la magistratura francesa, representada por Dagueseau, Molé, D' Hopital, Leuville, hombres á quienes yo conocía por sus elocuentes discursos y defensas, que me habían parecido siempre superiores á los de Cicerón, me inspiraba veneración; y quise ir á conocer el lugar en donde antes se sentaron aquellos magistrados como miembros del Parlamento ó de la Corte superior, y hoy como miembros de la Corte suprema, Tribunal de casación y Justicia correccional.

Creo que no será inoportuna la cita de algunos rasgos de los magistrados franceses, que realzan su carácter y que pueden servir de ejemplo en nuestro país, agitado eternamente por las revoluciones, y en cuyos tribunales, como recinto de la justicia, quizás pudieran asilarse los derechos de la inocencia.

Francisco I quería dictar una ordenanza opresora para su pueblo, y se la pidió al Parlamento (que administraba justicia y ejercía funciones civiles). El Presidente Olivier de Leuville le contestó: « Señor, no podréis jamás hacer que un acto inicuo sea justo, por el hecho de dictarlo con vuestro carácter de Rey.»

El insolente Duque de Guisa, verdadero Rey en París, al día siguiente de las barricadas, en tiempo de Carlos IX, se presentó arrogante delante de Bussy-le-Clerc, Presidente del Supremo tribunal que debiera juzgarlo. « Señor, le dijo éste, cuando la majestad del príncipe ha sido violada, la magistratura no tiene ya autoridad; pero sabed que yo os juzgaré sin miedo, porque mi alma es de Dios, el corazón de mi Rey, y mi cuerpo está en las manos de los malvados para que hagan de él lo que quieran.»

El poderoso Napoleón quería imponerse á la Francia por medio del terror, como se había elevado por la gloria; y estando en sus manos el General Moreau, su rival, envió emisarios á Clavier, Presidente de la Corte Superior, pidiéndole que lo condenara á muerte, y prometiéndole que él inmediatamente perdonaría á Moreau.

—Y á mí ¿ quién me perdonará ? contestó Olivier.

La Francia, además, tiene la mejor legislación del mundo, clara, ordenada, filosófica y digna. Los Códigos de Napoleón, obra de Cambaceres, quien, para formarlos, había recogido toda la ciencia que Montesquieu, Tracy y Beccaria enseñaron en su tiempo, son el monumento más glorioso del Imperio ; y es tan firme, tan duradero, que cuando Luis XVIII entró á Francia y no dejó ni las águilas que adornaban los monumentos públicos, dió la siguiente

« ORDENANZA DEL REY,

« CONCERNIENTE Á LA PUBLICACIÓN DE LOS CINCO CÓDIGOS.

«En París, á 30 de Agosto de 1816, Luis, por la gracia de Dios Rey de Francia y de Navarra, á todos los que la presente vean, Salud !

«Vista la relación de nuestro amado y fiel caballero, el Canciller de Francia, encargado de la justicia,

«Hemos ordenado y ordenamos lo siguiente :

«Desde el día de la presente ordenanza no podrán ser citados ni empleados en los actos privados, auténticos, alegatos, defensas, consultas, ordenanzas, juicios y sentencias, ni en ningún otro acto público, otros textos que los que siguen :

« 1.° Código Civil ; 2.° Código de Procedimiento civil ; 3.° Código de Comercio ; 4.° Código de Instrucción criminal ; y 5.° Código Penal (Los de Napoleón).

LUIS.»

Desde entonces estos Códigos son la legislación común en Francia: ellos han dado vuelta al mundo, se han adoptado en todos los países; y sobre ellos se fundó la legislación en Colombia por una respetable comisión de abogados, de la cual hicieron parte los señores Miguel Chiari, Manuel Pombo, Manuel I. de Narváez y José María Rivas.

¡ Pobre hermano mío ! Quizás en esta nación que ha levantado una estatua al autor de los Códigos, en el recinto mismo de la justicia ; quizá aquí en este palacio, tu ciencia, tu probidad y tu virtud te hubieran dado un nombre ó conquistado gloria, ya que en tu país no recogiste más que dolores, decepciones y penas!

Te dió Dios hermosa figura, vasta inteligencia, amor al estudio y un instinto inflexible hacia el bien, y todo fué inútil; más virtuoso pero más débil que yo, no resististe á la desgracia, te aislaste, desapareciste del seno de la sociedad, renunciaste á todo en el mundo, y al fin moriste olvidado de todos !

Las estatuas del Canciller de L'Hopital, de Molé, de Leuville, de Daguesseau y de muchos otros magistrados dignos, adornan el *Palacio de la Justicia*; y en un gran corredor, á la entrada de la sala de audiencia, están á uno y otro lado dos estatuas, la de Malesherbe, el generoso defensor de Luis XVI, y la del Ministro de Francia que prohibió la *tortura* y el *tormento*, y cuyo nombre desgraciadamente he olvidado. Este palacio fué edificado por el Rey Roberto, hijo de Luis Capeto, y engrandecido por todos sus sucesores, fué la habitación ordinaria de los reyes, y por lo mismo, el lugar de sus crímenes, fiestas y amores, que á nadie interesan, hasta Luis llamado el *Hutin* (el tenaz), pues aquí sí debe el lector saber que en este palacio fué donde dictó una ordenanza por la cual libertaba á sus siervos, y concebida así:

« Considérant que selon le droit de nature, chacun doit naître *franc*, et que notre royaume est dit et nommé le *royaume des francs*, voulant que la chose en verité soit accordant au nom, avons ordoné et ordonnons que servitudes soient ramenées à franchises.»

(Considerando que, según el derecho natural, todos nacen *francos* (libres) y que nuestro reino se ha llamado siempre *el reino de los francos*, queriendo que la cosa, en verdad, esté de acuerdo con el nombre, hemos ordenado y ordenamos que los siervos sean vueltos á la libertad).

Jamás hombre alguno había hecho ni hará de una manera más original tan estupenda cosa.

San Luis, en cuyo tiempo el reino dejó de ser un dominio militar, instituyó los Tribunales de justicia en su propio palacio ; y le gustaba al buen Rey administrarla él mismo en el jardín, á campo abierto.

Felipe el Hermoso abrió en este palacio los *Estados generales* en 1308, con Diputados del reino, para que le dieran apoyo contra el Papa y le arbitraran recursos ; y estos mismos *Estados generales*, convocados cuatro siglos después por Luis XVI para que le diesen recursos, fueron los que iniciaron la revolución más grande que han presenciado los siglos.

Francisco I abandonó el palacio; y desde entonces fué sólo la residencia de los Tribunales de justicia, cuyo carácter tiene hoy.

Una reja de hierro, monumental, cierra la entrada y lo defiende de toda invasión popular; de allí, por un ancho pasadizo, se entra al patio ; hacia la entrada hay una masa inmensa de piedra levantada sobre arcos, donde están la *Corte de cuentas*, la *Corte de casación*, la *Corte del Sena*, la *Sala de pasos perdidos* y la *Policía correccional*, en diversos pisos, á los cuales se sube por amplias escaleras ; y á través de corredores magníficos se entra á salones inmensos, en donde se instalan los diversos tribunales.

Yo me sentí lleno de respeto al pisar los umbrales de ese templo de la justicia, en cuyos muros resuena aún el eco misterioso de las sentencias del Rey *santo*, que enseñan á los franceses y al mundo entero que las instituciones civiles y el respeto á la divina justicia son los que levantan á las naciones á un alto grado de prosperidad y de opulencia.

El edificio es incomprensible para el que lo visita ; no tiene ningún orden, ninguna regularidad: los pisos mismos no están á igual nivel, y sólo recuerdo que me llevaron á una elevada torre, que contiene un hermoso reloj muy antiguo, y que encima está la famosa campana (el *tocsin*) con la cual Carlos IX dió la señal de la *matanza* de *San Bartolomé*.

El Palacio de la justicia en los tiempos antiguos, así como tenía su verdugo, tenía sus prisiones horrorosas, sus calabozos sombríos llenos de cadenas, y sus *impases*, en donde los delincuentes, reales ó supuestos, eran emparedados. Estas prisiones forman el ángulo izquierdo del grande edificio, que da sobre el Sena, y se llaman la *Conserjería* ; y hoy es

simplemente una cárcel de *detención* y de *corrección*. Allí hay unas trampas espantosas, sobre cuyo piso pasaba sin ser notado y era conducido el desgraciado á quien no se quería matar públicamente; éste se hundía bajo sus pisadas y rodaba por un plano inclinado, lleno de puntas de hierro y de navajas cortantes que lo despedazaban antes de llegar al suelo, en donde el cuerpo, vivo ó muerto, permanecía hasta que el Sena, en sus avenidas, entraba á esas cuevas y arrastraba el cadáver.

¡ Cuántos crímenes han cometido los hombres con el deseo de corregir las faltas de sus semejantes ! ¡ Cuántas virtudes han sido castigadas en todo tiempo como faltas ! ¡ Cuántos delitos no ha engendrado el rigor mismo de los castigos ! ¡ Y todavía se quiere armar el brazo del hombre, ciego acerca de la verdad, falible en sus juicios, y movido por las pasiones, del poder terrible de la *pena de muerte !*

¿ Cómo, al recorrer los salones de la Conserjería y ver el calabozo en donde fué encerrada, no recordar á *María Antoñeta*, no por ser Reina y haber sido degollada, sino por aquel grito terrible que profirió cuando fué acusada de haber corrompido á su hijo—« Yo apelo á todas las madres ! »

Forma parte del palacio la SANTA CAPILLA, el más bello modelo del genio gótico que hay en Francia, y en donde el arte de la Edad Media se ha mostrado más pródigo de imaginación y de poesía, dando una suntuosa forma al pensamiento místico, y elevando á Dios en la tierra un santuario donde parece que habita con todo el esplendor celestial.

La fe sincera y la poesía del alma son como dos hermanas venidas al mundo para entusiasmar la especie humana: reina la una con diadema de luz sobre las imaginaciones ardientes, y las lleva por regiones desconocidas á un porvenir que les muestra lleno de esplendor ; la otra, coronada de flores, domina los corazones generosos y los lleva por senderos bellos y apacibles, entre cantos de amor y de ventura, doblando las espinas de que está sembrada la tierra, y dejando á su paso un reguero de rosas. A veces las dos hermanas se unen, y juntas levantan monumentos como el de la *Santa Capilla* erigida por San Luis, que es la poesía ardiente de la fe, templo de oro para alabar al Sér Supremo.

Hé aquí su historia :

El Imperio de Oriente se derrumbaba, y el cristianismo estaba amenazado por el bárbaro Otomano : San Luis, el Rey que fué á las cruzadas y cayó prisionero, el que murió yendo á la conquista de Túnez, entonces rico y poderoso, lleno de fe, no quería que las reliquias del Salvador, traídas por Constantino á Bizancio, cayeran en poder de los infieles;

envió una embajada al Emperador para rescatarlas, y á precio de oro consiguió la corona de espinas, la lanza y la esponja del Calvario; y para guardar tan precioso tesoro levantó esa iglesia.

Lo más sorprendente es que al entrar por la gran puerta del patio se encuentra una iglesia gótica de arcos que se cruzan en el centro, que forman una bóveda elegante; y al entrar por la puerta que da á la calle, se ve otra iglesia completamente distinta, que es aérea y semejante á una joya de oro de primorosa labor. Ésta, que es la *Santa Capilla*, está sobre la bóveda maciza de la otra.

Sobre columnas sumamente delgadas y muy altas, esmaltadas con ese rojo dorado transparente de la porcelana, y chapiteles de oro, se levantan arcos ojivos muy agudos; y el espacio que hay entre columna y columna lo llenan vidrios de colores que representan pasajes de la Pasión. Estos son los muros de la capilla.

El cielo está formado de arcos muy agudos que, del mismo color de las columnas, se levantan y se cruzan en sentido inverso en el techo, dejando ver, al encontrarse, una flor de oro colgada; y en los espacios que éstas dejan por entre filigrana de oro, hay unos rosetones de vivos colores por donde pasa también la luz.

Al frente está el tabernáculo, que resplandece de oro y pedrerías; y todo el recinto, mezcla de colores, de cristales y de oro, lleno de luz por todas partes, transporta al creyente á esa región de bienaventuranza, también llena de luz, donde los siglos se acaban, y reina entre celajes de fuego la inmutable y eterna voluntad de Dios.

Dió la feliz casualidad de que á mi llegada á París estuviesen de Redactores de *La América* unos caballeros suramericanos que habían tenido correspondencia conmigo, recibido mis periódicos y sido mis antiguos amigos personales, lo cual me valió un generoso y entusiasta saludo en aquel periódico; saludo que, por contener exagerados elogios de mi persona y de mis escritos, no inserto aquí, y al cual contesté poco más ó menos esto:

« Señores Redactores:

« Cuando del seno de las selvas de América se viene á estas regiones, fecundadas por la civilización, el primer sentimiento que el alma experimenta es el de una profunda tristeza, al ver nuestra propia nulidad y el aislamiento en que vamos á vivir, cuando todos tienen asegurado su puesto y ocupan el lugar que con su genio, su valor ó su virtud han conquistado; y se echan de menos los odios y rencores entre los cuales vivimos allá, que siquiera calientan el corazon y animan la existencia.

«Por esta razón, pueden ustedes comprender lo grato que habrá sido

La Grande Opera en Paris Pag 441.

para mí recibir su entusiasta y fervoroso saludo, y saber que aquí en la metrópoli de la civilización hay para mí corazones que me aman y amigos á quienes abrazar.

«Reciban ustedes, pues, señores Redactores, el testimonio de mi más vivo agradecimiento.

«Medardo Rivas.»

Valióme esta amabilidad de *La América* la visita de varios caballeros venezolanos con quienes había tenido amistad en Caracas, y residentes entonces en París, entre ellos la del notable jurisconsulto Ricardo Ovidio Limardo; la de varios colombianos que supieron así mi llegada, y la de otros distinguidos suramericanos. El hecho fué que á pocos días se había formado ya un grupo de americanos, poco más ó menos de una misma condición, y que visitábamos juntos los monumentos.

El Baile de la Ópera es, sin duda, el espectáculo más á propósito que puede presenciar un extranjero para juzgar de la suntuosidad de los placeres en París, de la embriaguez de ese pueblo, del refinamiento de las costumbres, del lujo en todos sentidos, del amor á la alegría y al bullicio en las mujeres, y de la cultura, elegancia y buen gusto de las clases ínfimas de la sociedad ; y á disfrutar de él nos convidámos todos los del grupo, vestidos de frac, y con corbata blanca, como es de uso ; y allá nos fuimos unos tantos amigos, de diversas edades y carácter, los que formábamos un batallón ; y para contar esto fué para lo que traje á colación el susodicho saludo del periódico.

La Grande Ópera es el más vasto y el más hermoso monumento que al través de los siglos se haya levantado á las bellas artes; y es tan hermoso, que cuando la historia haya de juzgar del grado de cultura y civilización de la Francia en el siglo XIX, las ruinas de ese templo bastarán para ello, así como las del Partenón ó el Coliseo bastan para juzgar de la civilización de los pueblos griego y romano.

Se llega al frente de la *Grande Ópera* por los dos amplios *boulevares* en cuyo centro está levantada, y por la *grande avenida* que termina sobre el vestíbulo, concurriendo también seis ú ocho calles que vienen á parar á la plaza que se ha formado á su alrededor. Y el edificio está rodeado de grandes estatuas de bronce negro, con los brazos levantados para sostener enormes candelabros iluminados por la luz eléctrica.

Un atrio de piedra de seis escalones rodea los cuatro lados del edificio.

La fachada se compone de dos pisos : encima una gran cornisa con emblemas musicales, y en cada extremo dos estatuas doradas: la Música y la Poesía. La parte baja es de arcos que forman un corredor, y entre

arco y arco hay estatuas de piedra de todos los grandes compositores ; la parte alta es de balcones, adornados los de las esquinas por columnas y una cornisa de arco, y entre balcón y balcón hay medallones de los principales músicos. Este mismo orden se conserva en los otros tres lados del edificio; pero en el de la izquierda hay una escalera que avanza, cubierta por un templete de piedra, que es la entrada especial del Soberano á la Ópera.

Por todos los arcos del frente se entra al vestíbulo, y al frente está la GRANDE ESCALERA, que presenta la vista más hermosa, y que es la obra de arquitectura más graciosa, más aérea y más coqueta que se haya podido realizar. El arquitecto era poeta, y decía : «Sólo el mármol da vida y brillo, completa la decoración y realza los monumentos. Los arquitectos italianos de la Edad Media y del Renacimiento, artistas llenos de fe, de audacia y de vigor, no dejaron de emplear nunca este auxiliar poderoso, y sus edificios, algunas veces sublimes y otras mediocres, todos son graciosos, debido al empleo del mármol, y tienen un movimiento y una ligereza que la piedra jamás puede dar. La piedra produce una impresión grave y enérgica ; es el elemento masculino del arte: el mármol da una impresión más dulce y más graciosa ; es el elemento femenino, con su vivacidad, su coquetería y su elegancia perfecta. Entre los edificios que exigen mármol, la Ópera es el que más lo reclama, porque es el templo dedicado al arte, al lujo, al placer y al que protegen los más amables dioses.»

Preparado con estas ideas el lector, vea el panorama.

Una amplia escalera de mármol blanco, de veinte metros de ancho al principiar, que se estrecha en semicírculo, vuelve á abrirse y se divide en el descanso en dos, á derecha é izquierda, formando dos magníficos arcos, de mármol también, y cuyas escaleras mantienen la misma amplitud. Las barandas son gruesas balaustradas de mármol verde de Suecia, y el pasamano, que tiene más de un metro de ancho, es de ónix de Italia. Al frente y á los lados de la escalera, formando la decoración, hay tres órdenes de balcones volados, circulares, también de mármol verde, y sostenidos por dobles columnas de mármol *serracolin* rojo brillante, que suben hasta el cielo y terminan en chapiteles de mármol blanco. En el medio, frente al descanso, hay una portada en que se mezclan todos los mármoles, y que está guardada por dos estatuas de bronce.

Principia la baranda con dos estatuas, medio desnudas, de bronce amarillo, sosteniendo en la cabeza un candelabro con veinte luces; hay en el descanso dos iguales, y con dos acaba la escalera.

Sobre los arcos de mármol blanco que forman las columnas hay una

cornisa, y el cielo está decorado con el *Carro de Apolo y las Musas*, tirado por tres caballos que pisan en el aire.

Esta escalera está esa noche resplandeciente de luz: los balcones llenos de mujeres, con la garganta, brazos y parte del pecho descubiertos; y subiendo por ella ó bajando, en alegre confusión, unas mujeres vestidas como diosas paganas, con toda la desnudez que las costumbres permiten; otras como pastoras, con el traje corto y el lindo pie descubierto; éstas, como reinas, arrastrando largas colas y mantos de terciopelo; aquéllas, como ninfas, con un vestido de seda rosado, estrecho y de falda corta; y por todas partes la belleza de todos los matices adoptando las formas y los más bellos trajes de todos los siglos y todos los lugares para mostrarse llena de esplendor.

Los corredores adonde llegan las escaleras están también repletos de parejas de disfrazados alegres, y sólo en el *Bufet*, que es un magnífico salón que da á la plaza, de cincuenta metros de largo, y adornado con regia magnificencia, se ven mujeres disfrazadas con trajes negros y mantilla española, guardando una seriedad y compostura que sorprenden, y que jamás se quitan la careta. Estas disfrazadas son las señoras extranjeras y muchas del país, que quieren ver esta fiesta sorprendente sin mezclarse en ella, sin ser conocidas, y que buscan el lugar más serio y menos concurrido del edificio.

El teatro no tiene esa noche ni asientos, ni decoraciones, ni división alguna: todo es un salón de baile; y el que quiera admirar el mérito de ese deslumbrador edificio, debe aprovechar una noche de baile, que es cuando se ve en toda su amplitud y su gallarda construcción. En esa sala de oro bailan en diversas cuadrillas dos mil mujeres con una gracia y majestad incomparables, con dos mil caballeros disfrazados; y no hay una equivocación de la figura ni un importuno que atraviese por el medio.

Estas dos mil damas tan apuestas, son las muchachas locas de la ciudad; y estos dos mil caballeros, llenos de comedimiento y de atención, son los estudiantes, los jóvenes artesanos y los calaveras. Sólo en Francia pudiera verse esto.

El Baile de la Ópera es una de las palpitaciones de la fiebre de amor y de placer del mundo parisiense. Es un totilimundi en donde se ven todas las clases, todas las edades, todas las condiciones rindiendo culto al placer, y resguardado todo el mundo con una careta; y las tradiciones cuentan que muchas veces han bailado juntos los esposos sin conocerse; y refieren mil anécdotas picantes y chistosas que le dan un grande encanto á esta diversión para los parisienses.

Nada indigno ni contra el decoro vi; y así como no es mi intención hacer la apología de esas costumbres ni dar al placer una forma que

deslumbre, creo que, al describir lo que vi, debo hacer justicia al comedimiento que reina en esa fiesta de locos.

Al acabarse la cuadrilla, las mariposas vuelan por todas partes, se dispersan y se van las unas con sus caballeros de baile á cenar y tomar champaña á las innumerables mesitas que hay por todas partes, y las otras á los corredores y las escaleras.

El grupo de mis amigos estaba roto, y yo me había quedado solo mirando á todos lados.

—Brasilero, ¿ no bailas ?

—No, mascarita, yo soy un hombre ya viejo para eso.

—Oh no ! *Vous êtes seulement d'un certain âge* (de cierta edad), en la cual se puede bailar.

Primera noticia que tuve de que no era viejo, en cuya categoría estaba colocado, hacía más de quince años, en mi país; y tan agradecido quedé del cumplimiento, que le dije:

—No bailo, pero tomaría contigo una copa de champaña.

—Generoso. Más tarde; ahora me darás el brazo para ir á pasear.

—Siento mucho no complacerte, amable máscara; pero si me encontrara con los paisanos, me darían una buena broma por quince días con la linda pareja que había obtenido, pues tienes aire de ser muy bonita.

—¡ Galán ! Te vas á llevar un chasco cuando venga á cobrarte el champaña, viendo que soy *affreuse* (horrorosa). *Au revoir.*

—Paisano, me decía otra máscara en muy buen español: ¿ Estás pensando en Madrid ó en Sevilla, que no te diviertes ?

—En ninguna de las dos ciudades, pues no soy español; y estoy muy divertido.

—¿ De dónde eres, pues, tan barbudo como un carlista y tan arrogante como si fueras de Aragón? ¿ No eres de donde yo soy, que es la tierra que da los mozos más guapos de la Península ?

Esta sí, dije para mí, merece no una, sino dos botellas de champaña, y le contesté:

—Soy americano, y tomaría contigo una copa de champaña con mucho gusto.

—Tú eres un embustero ; y lo conozco en tres cosas tan claras como son las tres Marías que se ven en mi tierra. Los americanos son secos, flacos y rubios, y tú eres moreno y de ojos pardos; los americanos sólo hablan inglés, y tú hablas español y eres charlatán como un andaluz; y los americanos sólo beben coñac, y tú me has ofrecido champaña. Ya ves, pícaro,

que más pronto se coge un embustero que un cojo; que el pez por la boca muere; y si, como dice el dicho, el que hace un cesto hace ciento, nada quiero de ti, y voy á buscar mi pareja para una polka, que es más sabrosa que nuestro fandango. Hasta la vista; y aquí vendré por una calilla de jerez, que aquí lo hay, y del bueno.

¿Por qué tanta virtud? ¿Por qué estas ninfas no aceptaban mi oferta? Porque estas mujeres estaban en ayunas, y el champaña que yo les ofrecía les embriagaba sin haber tomado nada sólido. Y todas esas diosas tan lindas como Venus, todas esas reinas tan majestuosas como María Teresa de Austria, y todas esas ninfas, vaporosas y aéreas, estaban lo mismo; y esos vestidos de brocado, esos bordados, encajes y gasas eran alquilados, tenían que entregarlos á la salida del teatro; y con eso se acababa para ellas la comedia, en la que habían pensado todo el año.

El grupo de suramericanos que había entrado estaba todo disperso; de él solo quedábamos los de *un certain âge,* viendo, observando, moralizando y filosofando sobre las costumbres de los pueblos, y admirando el de París, qne parecía decir, «reid, cantad, gozad, y sobre todo bailad;» y la prueba está en que cada *baile de la Ópera* da á la municipalidad doce mil francos de derechos y á los hospicios cuatro mil. Así, la caridad se hace en Francia bailando.

Empieza la polka, y todo el salón se convierte en un lago brillante, cuyas infinitas ondas se mueven á compás y llevan un mismo movimiento: tal es la regularidad con que se baila y el entusiasmo que á todos anima. Las parisienses aman los bailes por el baile; se embriagan con sus propios movimientos, inventan los pasos más audaces (y obligan al mundo á seguirlos); llevan la cabeza con elegancia y coronada de felicidad, siempre conservan las actitudes académicas, pudieran servir de modelo al estatuario; y mueren bailando, orgullosas como las vestales, de no haber dejado apagar el fuego sagrado en París.

En la infinidad de mesitas, gabinetes y recintos dispuestos para las cenas, hay muchos grupos cenando y bebiendo champaña; pero es fácil observar que las parisienses no beben sino que juegan con el champaña, y que gustan más del ruido que hace el corcho de la botella al destaparse, y de la espuma rebosante en las copas, que del licor mismo que las embriaga. La sobriedad es un rasgo característico de este pueblo.

Más tarde, ya al amanecer, se baila valse de straus, y entonces es delirio, frenesí, locura lo que anima á las que bailan; ya han arrojado las caretas, giran en vueltas vertiginosas, no ponen los pies en el suelo, atraviesan del uno al otro lado el salón inclinadas sobre el hombro de la

pareja; y no dejan de bailar hasta que cesa la música y caen agitadas, anhelantes, moribundas, sobre los cojines de terciopelo, cuando ya el sol ha invadido el recinto.

He dicho que cada baile da de contribución diez y seis mil francos; ahora diré que, según un cálculo ya hecho, da ocupación por unos días á cinco mil seiscientos obreros, y esto me hace entrar en otro género de consideraciones.

Cada sér en la creación tiene su utilidad y cada pueblo su destino. El elefante lleva las torres enormes en que viajan los Nababs ó pelean los Jefes indios ; y las palomas de Venecia sólo llevaban los correos de la *serenísima República* ó mantenían la correspondencia de los amantes. No echéis sobre un pueblo más carga que la que puede soportar ; y basta el que la lleve bien, y que alegre y contento saque su tarea.

CAPITULO XXVI.

La industria de París—Fábrica de tapices de los Gobelinos—Porcelana de Sevres—La industria del lujo—Joyas preciosas—La ebanistería—La moda.

La industria de París, comparada con la de Londres, es un entretenimiento; sus fábricas son una miniatura, y sus productos un juguete; bastará, para probarlo, decir que en un taller tan vasto sólo se emplea el vapor con la fuerza de once mil caballos, representada por mil ochocientas máquinas de toda clase; que no hay un solo establecimiento que emplee mil obreros; y que en el solo puerto de Londres hay siempre más buques que en todos los puertos de Francia. Si yo pudiera hacer palpable mi pensamiento, el lector comprendería la causa de la diferencia, y no la atribuiría á mayor actividad en los ingleses ni á mayor pereza en los franceses, sino á la notable diferencia entre las dos industrias.

La industria de Londres se consagra á producir mucho, muy ordinario y muy barato; y todo para enviar al mundo y llenar las plazas de Singapore, Afganistan, Botany-bay, Guatemala, Bogotá y, en fin, todas las del mundo, con artículos de primera necesidad que consume el pueblo.

No es la exportación el motor todopoderoso de la industria en París, que hace prodigios; es el mismo París, que es un horno encendido en que vienen á fundirse las ideas, las opiniones, las fantasías, las ilusiones y las riquezas del mundo entero; y para satisfacer las necesidades de los afortunados del mundo se ha levantado un pueblo de artistas que mantiene los museos, pinta cuadros, edifica los palacios y los adorna, escribe é imprime

libros, funde ó talla estatuas, levanta teatros, los decora, los embellece y forma los actores; hace óperas y forma músicos, y que es, en fin, un pueblo de sabios, de literatos, de pintores, de artistas, de arquitectos, de decoradores, de perfumistas, de estatuarios, de peluqueros y de todo lo que puede contribuír á elevar el espíritu ó á conmover el corazón, á realizar sueños, ó á embellecer la existencia y colmar el deleite de los sentidos. Es, pues, el consumo interior el que da vida á la industria parisiense.

Por otra parte, no se pueden esculpir estatuas al vapor, sino que se necesita el pensamiento concentrado del artista que las concibe y el cincel del obrero que las talla. No se pueden hacer óperas ó componer polkas con el martillo; no se pueden hacer trajes elegantes y al cuerpo de la caprichosa dama en máquinas cortantes, sino que se necesita la costurera inteligente, hábil y llena de gusto que sabe seguir las variaciones de la moda; ni hacer joyas de diamantes en la fragua común. Esta es la razón por que á la grande industria se ha sustituído en París la *pequeña industria*, que depende del talento, habilidad y genio del obrero; porque el pueblo de París produce menos, aunque trabaja mucho; y porque es preciso reconocer que sin París, las bellas artes, las artes de agrado y la cultura del mundo, irían muy atrasadas.

Hay una vida intelectual superior en necesidades á la vida material, que eleva el espíritu, ennoblece el alma, mejora el corazón y llena de goces puros y sublimes la existencia; y París, la Francia entera, es la que satisface en el mundo estas necesidades del alma, con su literatura, su música, sus cuadros, sus modas y su lujo.

No es éste el lugar de juzgar la literatura francesa, y sólo diré que París mantiene numerosísimos sabios, escritores, literatos, autores de novelas y de dramas, impresores y libreros, que mandan á todas partes el producto de su ingenio.

No menos grande es el mundo de los artistas, pintores, estatuarios y escultores, que residen también en París, y que envían á todas partes el producto de su trabajo artístico.

Mantiene París la Ópera, la Escuela del Conservatorio y á mil compositores, cuyas obras van después á llenar de armonías todos los ángulos de la tierra. En fin, París llena la misión que en otros siglos fueron desempeñando Corinto, Atenas, Roma, Florencia y Venecia, de mantener las artes y difundir el gusto por el mundo; y la llena más ampliamente que ninguna otra nación en la antigüedad.

Visitaremos después con los lectores los museos, iremos á los teatros y veremos los periódicos; ahora hablaré únicamente de una industria

especial y valiosa de París, que sólo podría estar á cargo de un pueblo tan culto y tan profundamente artístico.

A la extremidad de la calle Moriffetard una gran puerta entre dos columnas, y sobre la cual está aún el escudo del imperio, muestra la entrada á la FÁBRICA DE TAPICES DE LOS GOBELINOS, en donde una multitud de hombres y de mujeres del pueblo, convertidos en verdaderos artistas, trabajan esos mosaicos de lana que imitan las mejores pinturas ; mosaicos que luégo se regalan los soberanos entre sí, yendo á adornar los muros de los palacios, y cada uno de los cuales vale una gran fortuna.

Allí, por cuenta del Gobierno, más de quinientos obreros pacientemente trabajan en filas, teniendo cada uno conciencia de lo que hace. El obrero traza las primeras líneas de la obra que va á producir, después combina parcialmente los colores que van á entrar, luégo desvanece estos colores, les pone sombra, traza las caras de los personajes, da vida á los objetos y anima las fisonomías, presentando, al fin, satisfecho, su obra.

En la fábrica de PORCELANA DE SEVRES mantiene el Gobierno un número igual de artistas que realizan maravillas en la industria cerámica, y que aventajan á todo lo que se había producido en este género en el mundo.

Un artista toma un poco de arcilla y modela una Venus ; una niña, con sus dedos pequeños y rosados, mezcla la greda, la deja en unas partes delgada, en otras gruesa, coloca una capa sobre otra, la alisa y pone lo hecho contra la luz, y se ve *la Magdalena del Correggio* con toda su belleza y todo su dolor. En las manos de un rústico anciano la arcilla se convierte en un vaso etrusco, y en las de una mujer en un jarrón chino ó en un vaso pompeyano.

Después otros artistas pintan en el fondo de los platos ó en el frente de los floreros retratos admirables de mujeres célebres ó de personajes históricos ; gajos de frutas que provocan, ó ramos de flores naturales; doran la porcelana con el secreto que conquistó Bernardo de Palissy, ó le dan el esmalte árabe ó el verde de la China ; todo con tal primor, que si la obra se salva, viene á ser una maravilla.

Pero aquí está la gran dificultad : todas estas obras tienen que ir al horno y cocinarse al fuego; y allí el jarrón que tanto trabajo costó puede torcerse, el retrato borrarse, las flores desteñirse ; y para salvar esas obras, los horneros se han convertido en verdaderos hombres científicos que miden la intensidad y la duración del calor que cada objeto necesita, y que después de someterlas al fuego devuelven los objetos tan bellos como salieron de la mano de los artistas, pero ya pudiendo resistir la accion del tiempo.

A imitación de estas dos grandes fábricas, los particulares han establecido por todas partes otras de porcelanas ricas y de tapicería exquisita para enviar á todos los mercados de la tierra.

La Industria del lujo tiene sus cuarteles en París, haciendo de sus artículos verdaderos objetos de arte, conservando la tradición del gusto en los diversos siglos, y dando todos los días pruebas de cuánto puede el ingenio humano consagrado á cambiar lo que la tierra produce espontáneamente en objetos que cautivan la mirada y fascinan los sentidos.

Las estatuas de bronce de todos tamaños, imitación perfecta de las griegas, ó creación del genio francés, que son tan apreciadas; los relojes de sobremesa, admirablemente cincelados, ó los de bolsillo, exactos y sencillos; los bronces de costosísimo primor que adornan los salones del mundo, son de París, y constituyen una gran parte del comercio de exportación.

Las joyas preciosas, las perlas, los diamantes, desde la más remota antigüedad, han sido el objeto de la codicia de los hombres, de la ambición de las mujeres y el adorno de los reyes. Una romana vendió su patria, con la condición de que todos los que entrasen á la ciudad le fuesen echando las joyas que llevaban en el brazo derecho: ella creía recoger los brazaletes y anillos de los caballeros, y le echaron encima los escudos y la ahogaron. Cleopatra debió á sus joyas el influjo que ejerció, y la mejor de ellas la rompió para ofrecérsela á Marco Antonio en un manjar.

Los emperadores llevaban coronas de diamantes, y los reyes afeminados, como Sardanapalo y Eliogábalo, estaban cubiertos de joyas, tenían abiertas las orejas y usaban zarcillos; y todos eran coronados con coronas de oro (excepto el Rey de Cerdeña, que prefirió la de fierro, y por eso es hoy Rey de Italia); y hasta Napoleón, el más grande cómico que el mundo ha contemplado, sabiendo cuánto el aparato impone á la humanidad, mandó hacer una suntuosa corona, é hizo que el Papa fuera á coronarlo; y cuando éste iba á ponerla sobre su cabeza, la tornó con su propia mano, la colocó en sus sienes y gritó á la multitud: «Dios me la da, desgraciado el que la toque.»

Los hombres, aun los reyes, han renunciado ya á las joyas, pero las mujeres todas hacen lo que María Antoñeta, que por el *collar de diamantes* comprometió el nombre de su esposo, su propia reputación y el porvenir del reino. La *toilette* de la mujer hoy en todos los países exige piedras preciosas; todas las piedras han conservado su prestigio, pero en particular los diamantes y el oro artísticamente trabajado llaman la atención; y tener ricas joyas es la ambición y el sueño de todas las mujeres del mundo.

En nuestro siglo, como las damas venecianas de los siglos prósperos

de la *serenísima República*, todas las mujeres quieren que corran por su cuello y sus espaldas torrentes de luz, esparcida por los aderezos de diamantes; que sus ojos azules vayan en armonía con el color de las turquesas; que el transparente verde de las esmeraldas haga resaltar la blancura de su pecho, ó que el ópalo misterioso lleve y guarde el secreto de sus amores; y además es preciso que todas estas piedras vayan enlazadas, combinadas y dispuestas para que produzcan efecto, para que brillen y para que deslumbren.

En París están para esto los mejores artistas joyeros; allí hay casas que tienen joyas por millones; y en el *Palacio Real* se exhiben todos los días nuevas tentaciones que van á recorrer el mundo entero, ganando los corazones de las bellezas é incitando á todas á comprarlas.

En las joyas están representadas las diversas épocas y los gustos de diversos siglos; y así sucede también en la EBANISTERÍA y en los *muebles*, no menos distinguidas industrias de París, y que conservan las tradiciones de Luis XV, las bibliotecas de la Pompadour, las mesitas á la du Barry, las silletas de la *renaissance*, &c.; y tales muebles, de salón, de comedor, de estudio, de recámara, son todos diferentes; deben ir con sus alfombras que armonicen y sus cuadros en consonancia, constituyendo todo un arte especial que sólo los parisienses poseen.

Esos muebles tan primorosamente tallados, que las guirnaldas de rosas y las cabezas de los cupidos parecen tan fácilmente hechas como si la madera se hubiese plegado y cedido á la presión de los dedos; esas incrustaciones de marfil ó de bronce; esas sillas doradas que parecen una joya, ó esos sofás *capitonnés* en seda, y que provocan al descanso, son un ramo importante de la industria parisiense y ocupan infinidad de obreros artistas que sólo ellos saben hacerlo.

LA MODA impone á todas las mujeres de la tierra su voluntad y su capricho; se hace rendir culto y adoración por todos los corazones femeninos; ha realizado el pensamiento de los espíritus más ambiciosos de una monarquía universal; extiende sus dominios día por día sobre los bosques de América ó sobre las cataratas del Nilo; á veces sujeta también la voluntad altanera de los hombres; y como en otro tiempo al decir «El Rey,» todas las puertas se abrían, todas las espadas se bajaban y todas las cabezas se descubrían, hoy hay una palabra poderosa y ante la cual todos se inclinan: *La Moda*.

La Moda puede más que la naturaleza: la cambia, la varía, la adultera, la deforma, y cuanto ella hace es bello; y de este modo tiene en sus manos lo que vale más que la vida de la mujer: su belleza. Aguarda

sus decretos para atreverse á ser hermosa la Venus que ha salido de las espumas del mar llena de juventud y de encantos; y el orgullo instintivo, la independencia personal, las gracias de la naturaleza, la sonrisa inocente, el recato del pudor, la libertad de los movimientos, todo es pasivo y obediente, todo se oculta si lo quiere *La Moda.*

Este hecho no puede ser negado; y en vano disertarán los filósofos, predicarán los moralistas, dictarán leyes los soberanos, se escandalizarán los puritanos, renegarán los esposos, se resentirán las costumbres y se arruinarán las familias: *La Moda* imperará, dará vuelta al mundo y desafiará á todos sus enemigos impotentes.

La Moda nace en París, y nadie conoce su origen: reina en París, y nadie sabe quién la impone; sale de París, y nadie sabe quién la envía; muere en París, y nadie sabe quién le dió la muerte. Interrogad sobre su origen á todo el mundo, y todos os darán una contestación distinta, ninguno acertada ni siquiera verosímil. Fútil parecerá la cuestión, y sin embargo es un fenómeno sicológico muy raro de la humanidad, y que interesa vivamente á la riqueza pública.

No es la *parisiense* la que inventa la moda: ella la adopta, la populariza y la hace amable; pero con frecuencia es víctima también de ella y la obliga á abandonar sus ricos trajes de la víspera, sus joyas y su coche, de miedo de parecer ridícula. No son las modistas las que la inventan, que, bien al contrario, tienen que estar alerta, y muchas veces adivinar la última moda, haciéndole grandes sacrificios para no quedarse atrás. No son los fabricantes que viven de la moda, pues frecuentemente también se arruinan por un rápido cambio, que les deja los almacenes repletos.

Nada hay más lindo que un sombrero de señora á la moda, y ¡qué bien le queda á la cara de una muchacha hoy! Pero ¿qué cosa más ridícula que ese sombrero mañana, cuando está *pasado de moda?* Las plumas son tan elegantes, y por eso hoy se usan plumas en los sombreros, para los bailes, y de plumas se hacen todos los adornos. Pasa la moda de las plumas, todos los almacenes que estaban repletos de ese artículo quiebran; los comerciantes que buscaban en Africa las de avestruz, en América las de tominejo, se arruinan; y los que se ocupaban en matar pájaros y arrancar plumas, se quedan sin ocupación, ¿por qué?

La necesidad de cambiar la moda es incontestable, y nadie se explica tampoco por qué unas veces la belleza de la mujer está en aparecer aérea como una sílfide, y otras redonda como un globo; y por qué ciñe indecorosamente las formas ó usa miriñaque. «Cuando la mujer es joven, dice Emelina Raymond, espera embellecerse más variando sus adornos; pero cuando ya

no lo es, persigue un sueño que se le escapa, sin que por esto se desaliente en la variación; y así como los enfermos incurables esperan siempre mejorarse con el cambio de médico, de medicamentos ó de clima, lo mismo las mujeres que no son ya jóvenes, adoptan con frenesí todos los cambios para conjurar ese espectro odioso que se presenta á sus ojos y que se llama vejez; que se levanta detrás de ellas y proyecta sobre su espejo una sombra lívida, que quieren alejar.

«El cambio perpetuo es la esperanza renaciente de todas. Quizás la nueva moda va á modificar el aspecto de este rostro fatigado; quizás el nuevo peinado oculte algunas canas. Sí, pero él descubre también las sienes ya marchitas ó deja sin protección el óvalo de la cara, del cual ¡ ay ! los años han adulterado la pureza de las líneas. ¡ Qué importa ! Esto lo verán mañana, pero hoy con este cambio tienen la esperanza de presentarse de un modo más favorable: esta esperanza, siempre engañada, pero siempre renaciendo, nos explica por qué las mujeres que no son ya jóvenes hacen siempre tentativas que, por sus resultados, dejan muy atrás los trabajos de Sísifo, de mitológica memoria, y por qué componen ellas el rebaño más dócil de los regidos por la vara mágica de *La Moda*.»

Allá se las avengan las mujeres con esa explicación que da una de sus compañeras; á mi propósito basta decir que *La Moda* reina en el mundo entero; que la moda varía, que sus necesidades son más exigentes que las de la vida real, y que la principal industria de París está en proveer al mundo entero de artículos *á la moda*.

Todo lo que una mujer necesita para su vestido ó su adorno, desde el pie hasta el cabello,—calzado, medias, ropa interior, trajes, joyas, manteletas, gorras, peines, pomadas, sombreros, sombrillas y coches,—todo se lo ofrece París, bueno, elegante, primoroso y perfecto; y para esto hay miles de fábricas llenas de hombres que saben su oficio con perfección y de mujeres que trabajan con primor; hay enormes almacenes de artículos riquísimos, talleres famosos, costureras de reputación é infelices también, que á las doce de la noche y á la luz de una lámpara cosen á mano un traje, ó concluyen un encaje que ha de llevar con indiferencia una dama de Bogotá.

Siempre es cierto que la industria parisiense produce dos millares de millones de francos anuales; que de esta suma, mucha se consume en París mismo por los extranjeros, otra se envía á los departamentos de Francia, y otra va al exterior, por cantidad de cuatrocientos millones, por lo menos, repartidos así, en bronces, muebles, papelería, vestidos, carruajes, joyas, instrumentos de música y otros objetos de fantasía pura:

A La Unión Americana	80.000,000
Á Inglaterra	35.000,000
A Rusia	25.000,000
Á España	20.000,000
A Suiza	15.000,000
Á Alemania	10.000,000
Á Italia y otras naciones de Europa	15.000,000
Á la América del Sur	100.000,000
Á la Oceanía, el Africa y la India	100.000,000
Francos	400.000,000

Los dos millares de millones de francos que produce la industria parisiense por todo, se distribuyen así:

Impuestos de todas clases	220.000,000 ó sea el	10/100
Materias primas	660.000,000	30/100
Arrendamientos	110.000,000	5/100
Intereses del capital invertido	132.000,000	6/100
Gastos, deterioros &c	154.000,000	7/100
Sueldos de empleados &c	66.000,000	3/100
Intereses del capital de obreros	418.000,000	19/100
Utilidad líquida	440.000,000	20/100
	2,200.000,000	100/100

CAPITULO XXVII.

Versalles—Parque del palacio—El Instituto y la Academia.

EL domingo siguiente á mi llegada á París llevóme el amable señor Guzmán á conocer á VERSALLES; y el paseo desde por la mañana fué alegre y variado, empezando por llegar á la *Estación del Norte*, que es la más grande y hermosa en París, yendo después en un tren de placer que no iba rápidamente, como los otros, y que permitía ver los alrededores de París, que me parecían más bellos que la ciudad misma, pues son jardines, quintas y arboledas formando un bello panorama; después se atraviesa por entre huertas de verdura y árboles frutales; luégo por un territorio todo cultivado, en cuadros pequeños, unos rojos con las sementeras de remolachas, otros amarillos con la flor del nabo, verdes éstos con las plantaciones de lechugas y repollos, y morados los campos de amapola; poblados los caminos; á cada instante una alquería; muchas aldeas y pueblecitos llenos de animación; varias fábricas de loza, de jabón y de cristal; *Saint Cloud*, que está á la vista; y así se llega á la ponderada ciudad y al gran Palacio.

Versalles, en otro tiempo apartado de París por muchas leguas, con hermosos campos y aguas en abundancia, fué un sitio de campo precioso y lugar de fiestas y regocijos de los parisienses; convertida en *sitio real*, trasladada allí la corte, y vecina del magnífico palacio habitado por los reyes, fué una ciudad espléndida, y llena de vida y movimiento. Ahora me pareció triste y melancólica; y es el lugar adonde se retiran los literatos cuando ya quieren dejar la mente en reposo, los generales cansados de

luchar, algunas damas que se fatigan de las diversiones de París, siendo aún jóvenes y ricas, y muchos artistas que en sus campos encuentran inspiración para sus cuadros ó notas sublimes para sus armonías.

Se asegura que en los salones de Versalles se conserva la tradición elegante de otros tiempos; que la sociedad es muy animada y cordial, y que hay *un mundo* con exigencias, costumbres y placeres como el de París. El extranjero nada de esto conoce.

Contra dos dificultades tiene que prevenirse el que da cuenta de sus viajes, al volver á su país: la *pedantería* casi inevitable al hablar de monumentos y edificios, para describir los cuales tiene que emplear términos científicos ó frases exageradas, por la impresión que en su alma dejaron, y cuya sensación quiere transmitir al lector; y contra el error de juzgar de un país, de un pueblo ó de una sociedad, generalizando lo que ve ó adivinando lo que no ve, para dar de ello cuenta después. Así, yo digo que Versalles es triste y melancólico; y los franceses saben que es alegre, risueño y encantador.

En cuanto á las costumbres y hábitos de un país, casi siempre el viajero no se encuentra sino con lo peor de la sociedad, no conoce sino lo peor, y no puede hablar con propiedad sino de lo peor.

Mr. Hollton, viajero americano en Bogotá, dice: « Hay en todas las casas un cuarto retirado en una esquina, misterioso, al cual no se permite entrar á nadie; pero yo entré, creyendo que era un adoratorio, y encontré que era el cuarto donde se fabrica la chicha, y que está en comunicación con la tienda donde aquélla se vende.» Esto lo vió, indudablemente, Mr. Hollton, en Bogotá ¿en qué casas? En las peores de los arrabales de la ciudad.

Mesonero Romanos, en un artículo famoso, hace la misma observación acerca de los franceses que van á Madrid: tienen aventuras con las peores mujeres de la ciudad, y luégo vuelven á su país y escriben sobre las costumbres de las españolas.

Baste esta advertencia para decir que con un amigo como el señor Guzmán, que haya residido por mucho tiempo en París y le enseñe á uno á distinguir el oro fino del oro francés, y los diamantes de las piedras francesas, se hace una adquisición admirable para poder visitar con provecho aquella ciudad; y que él, como buen *cicerone*, fué quien me explicó todo en el *Palacio de Versalles*.

Para visitar este palacio del gran Rey Luis XIV, cuya estatua colosal está al frente y cuya sombra parece pasearse en los suntuosos salones, es preciso embeberse en el sentimiento monárquico de aquella época, que

hacía adorar al Rey como á un Dios, admirar el esplendor y brillo de sus glorias, y participar de la fascinación que ejercía sobre todas las almas y todos los corazones, por su magnificencia, su sabiduría, su belleza y sus amores.

Luis XIV, que dió nombre á su siglo, que llenaba el mundo con el ruido de sus conquistas, tuvo en este palacio la corte más suntuosa que se haya visto, rodeada de los Embajadores de todas las naciones, y compuesta de nobles, de sabios, de artistas, de poetas, de compositores y de mujeres hermosas, nobles y ricas, que aumentaban su gloria y su esplendor.

Lo que había de más grande en Luis XIV era su destino. ¿Por qué vino al mundo Colbert, financista que se adelantó á su siglo sólo para ser el Ministro de Hacienda y corregir los desaciertos de aquel monarca despilfarrado? Corneille, Racine, Boileau, el noble Lafontaine y todos los grandes clásicos de la Francia brillaron bajo el reinado de Luis XIV; y sin embargo no fué de él de quien recibieron su grande inspiración; bien al contrario, el favor real corrompió su alma y abatió el vuelo de su inspirada musa. Bossuet, el gran Bossuet, sublime revelación de los acentos de la eternidad que confunden *en la nada las grandezas humanas*, vino en esa época sólo para unir á Dios el pensamiento del Rey, para inmortalizar los dolores reales con sus magníficas oraciones *A la muerte de Condé*, y *En la muerte de la Reina de Inglaterra;* y para dar á la corte de Francia el inmenso prestigio de su palabra poderosa. Massillón el severo, cuya colección de sermones, llamada *La pequeña cuaresma*, es un ay de dolor del arrepentido, un grito agudo á la penitencia y cuya lectura causa aún la emoción que causaría ver á los penitentes de otro tiempo, con los piés descalzos, el saco de lona gris y la cabeza llena de ceniza; Massillón, que parecía uno de esos profetas que anunciaban á Jerusalén la ruina y la desolación, ¿por qué vino á esa corte de orgullo y de esplendor? En esa corte fué donde pronunció el famoso sermón *Sobre la limosna*, y de él son estas palabras: «Decidme: mientras las ciudades y los campos son víctimas de mil calamidades; mientras que hombres creados á la imagen de Dios y rescatados con su sangre arrancan la yerba como animales para comérsela, y en su extrema necesidad van á buscar al través de los campos un alimento que la tierra no ha creado para el hombre y que viene á ser para ellos un veneno, ¿tendríais valor para ser vos solo feliz?»

A la edad de siete años ya se representaba á Luis XIV coronado de laureles por las victorias que sus ejércitos obtenían; y luégo Condé y Turena se encargan de triunfar en todas partes para la gloria del gran Rey, y Duchesne de llevar por todos los mares su bandera victoriosa.

Fenelón, ese filósofo sublime que reunía á las más elevadas virtudes cristianas la sabiduría griega y la mansedumbre de una paloma, ¿no es extraño que viniera en esa época de confusión y de desorden á ser el director del nieto del Rey?

Pero la verdad es que toda la grandeza de Luis XIV estaba reunida en ese *Palacio de Versalles*; que allí se representaban las grandes tragedias de Corneille, se coronaba á Turena, se lloraba á Condé, se admiraba á la Montespán; y que en medio de tanta gloria y magnificencia, la vida era una eterna fiesta, en la cual la nobleza se arruinó, la nación se envileció y Luis XIV, radiante como el sol en medio de la espléndida corte de Versalles, podía decir, y dijo al mundo: «El Estado soy yo.»

En el Gran parque del palacio, los recuerdos hablan en cada uno de los árboles que se encuentran ó en cada una de las innumerables estatuas que se ven; estatuas de dioses, de diosas, de ninfas griegas, de mármol blanco, que inspiran amor y convidan á la voluptuosidad, y á cuyo pie las camareras de la Reina, antes de que ella se levante, se reúnen para transmitirse los secretos de la corte y contarse los escándalos que pasan entre los señores y las damas que, como en una gran población de duques, condes y marqueses del reino, allí ha llevado el Rey para que gocen.

En la espaciosa y prolongada alameda que principia en el terrado del castillo y que va por una extensión de veinte cuadras hasta la reja de hierro que limita el dominio; alameda que la forman árboles en forma de pirámides, de obeliscos ó de candelabros, grandes jarrones de mármol blanco y estatuas que se mezclan y alternan con los árboles: el Rey se pasea con el arquitecto Perrault, quien le muestra la grandiosa concepción de ese jardín, ya realizado, y le hace admirar el encanto de la *Sala de baile*, formada de muros de verdura y una *bóveda* de enredadera; el *bosque de la Reina*, hecho de árboles de un verde alegre y claro; *las tristezas del Olimpo*, de árboles poéticos y sombríos; y últimamente, el *bosque de naranjos*, cargados los árboles de frutos, que inspiraron á Fenelón su preciosa palabra *manzanas de oro*.

Esta obra admirable, vista desde la escalera del palacio, es un conjunto de calles rectas que se cruzan; de alamedas, unas anchas y otras angostas, que se encuentran; de prados que, como medallones, se distribuyen en uno y otro lado; de triángulos de flores que alternan; de árboles que rectos se levantan, y de estatuas que decoran; y más bien que un jardín, es un nuevo palacio, ó, mejor dicho, una ciudad espléndida de árboles y flores.

El Rey admira, contempla, goza, estrecha la mano de su arquitecto; y luégo le dice: «¡Y Colbert encuentra cara tanta belleza y tanta magnificencia!»

Al pasar por delante de una jardinera se quita el sombrero y la saluda. Luis XIV era un Rey galán, y no solamente su belleza, sino también sus modales y la manera insinuante y apasionada con que les habla á las mujeres, lo hacen amable. Él no es corrompido como lo será su nieto Luis XV; pero tiene un corazón entusiasta, una imaginación notable, y el instinto de lo bello lo domina; por eso todas las mujeres bellas lo embelesan.

El Rey se casa con la infanta María Teresa de Austria, hija de Felipe IV, en virtud del Tratado de los Pirineos de 1659. ¡ Pobre Reina ! ¡ Pobre mujer ! única persona que llorará en el alegre palacio de Versalles.

En el *Bosque de Apolo*, retrete misterioso y encantador, hecho de verdura, adonde no llega ni el murmurio de la brisa ni el susurro del viento, el Rey tiene entrevistas con la marquesa de Montespán, suprema belleza, llena de ardor y de pasión, de poesía y de juventud ; y allí pasa él las horas mientras la Reina llora.

Ese poema de ternura, de amor y de lágrimas, de una alma inocente, sencilla y candorosa que vamos á presenciar, pasa en ese *carmen* formado de pinos de los Alpes y de encinas seculares ; es allí donde por primera vez la señorita de Lavalière conoce al Rey, y lo ama á su pesar. Y combatiendo en su alma ese amor funesto, y luchando sin esperanza, porque todo la empuja y la lleva al abismo, el bosque llamado *Rocailles* presencia su desgracia.

¡ Ay, infeliz! En combate á muerte con una esposa legítima y con una rival altiva, inteligente y poderosa, sucumbiste, y fuiste á un claustro á llorar tu amor y tu deshonra !

Hay en el extremo del parque un edificio que los griegos no lo tuvieron igual, y que es el ideal de un poeta ático, realizado en Versalles. Muchas columnas de mármol, unidas por una cornisa muy ancha, forman un círculo perfecto de grande extensión, en descubierto, y en el espacio que media entre columna y columna hay una fuente, también de mármol, que levanta muy alto las aguas. Estando en el centro del círculo se ve el palacio, aéreo, formado de columnas de mármol y de agua, y la cornisa en el aire ; y todo se mueve y parece que se levanta y que es un sueño. Allí el Rey, mientras que Madame Fontaines se embelesa, le estrecha la mano y le habla de sus sueños de amor y de ventura.

Entremos al palacio; y en el primer salón, al que se llega por un ancho corredor, veremos á millares de cortesanos cuchicheando, mientras *el sol se muestra ;* la puerta se abre, y el gran *salón de recepciones* está al frente, inmenso, deslumbrador, magnífico, tapizado de rojo, y en el centro el trono

del Rey, al cual llegan humildes, por su orden y según su categoría, los Embajadores de otros reyes, y los Duques y Condes de su servidumbre. Allí llegan en ese momento los heraldos de *Turena* anunciándole que ha atravesado el Rin, que ha derrotado á los prusianos y que ha quemado doscientas poblaciones de Alemania.

En celebración de esos triunfos se da esa noche en el teatro del palacio, que es la más bella, sencilla y artística sala de espectáculo que hay en Francia, *El Cid*, de Corneille; y las damas y los caballeros de la corte asisten con los más ricos tocados y hermosos vestidos. Las tribunas, los palcos, la sala, están llenos. Al entrar el Rey, todo el mundo se pone de pie y se descubre.

El orgulloso Rey revoca el *Edicto de Nantes* y despuebla su reino, arruina la industria y mata la ciencia; hace la guerra á Holanda, y sus ejércitos son derrotados; los aliados lo abandonan, y él, que á todas las naciones impuso su ley, tiene que recibirla para salvarse. Entonces Madame de Maintenon lo lleva de la mano á la *Capilla Real* á que llore sus faltas.

Aquí es preciso detenerse para admirar, no una obra grandiosa, sino la gracia con que el arquitecto supo dar á un templo pequeño toda la majestad de las grandes basílicas, é inspirar respeto, unción y fe á la multitud alegre del palacio, al pisar no más sus umbrales.

¡Murió el Rey! La corte se dispersó, los salones quedaron vacíos, y pasaron los siglos sobre el palacio de Versalles, conservándole su regio aspecto y su belleza sin igual; pero ya su destino ha cambiado, habiéndolo convertido en Museo histórico, y habiendo escrito en el vestíbulo el Rey Luis Felipe:

«Á TODAS LAS GLORIAS DE LA FRANCIA.»

En un salón están todos los cuadros de las cruzadas y las figuras en pie de los reyes y guerreros de aquella época.

En otro salón están los retratos de todos los condestables y mariscales del Reino desde su origen.

Y en el salón de recepciones *las glorias de la Revolución*, con los cuadros de las grandes batallas y los retratos de todos los mariscales y generales de la República y del Imperio.

¡Con cuánto placer vi allí el retrato, y en el *Arco del triunfo* el nombre, de MIRANDA! ¡Me parecía que algo de su gloria me cubría en aquel momento!

El rigor de la justicia divina es infalible: Bossuet lo ha anunciado. La expiación ha de perseguir al delito al través de los siglos. Los tiempos han

llegado. Ejércitos extranjeros están formados en la plaza de Versalles ; el palacio está lleno de vida y de animación ; una gran solemnidad se prepara; cien cañones se disparan á un mismo tiempo ; los clarines, cornetas y tambores resuenan; las músicas de todos los regimientos atruenan los aires ; las banderas se despliegan, las espadas se levantan, las armas se presentan.

En el salón de recepciones de Luis XIV, el Rey Guillermo de Prusia es proclamado EMPERADOR DE ALEMANIA !

EL INSTITUTO es una fundación simpática, como es antipática la Academia : el Instituto es republicano por su fundación, su objeto, sus hombres y su gloria ; la Academia es monárquica por su origen, su objeto, sus hombres y su gloria : el uno es el genio de la ciencia que abre el templo al culto á toda aspiración y á todo progreso ; la otra es la tradición que guarda y oculta el fuego del pasado, temiendo una profanación, y que sólo admite á cuarenta sacerdotes iniciados en los misterios de su culto : el Instituto es la creación más gloriosa de la Revolución, y generoso como ella ; la Academia fué fundada por Richelieu, y conserva el carácter de su fundación : el uno es la Francia actual, la otra quisiera estar todavía en los tiempos del Rey Dagoberto.

Muchos países tienen academias que son el ensimismamiento de la ciencia, y quizás superiores á la de Francia por la ilustración de las personas que la componen y por la importancia de sus trabajos. España, por ejemplo, cuya Academia es una reunión de sabios filólogos que han renunciado á toda grandeza en su patria, con tal de mantener la pureza del idioma; pero sólo la Francia tiene un INSTITUTO donde todos los esfuerzos del espíritu humano están como ligados en un solo manojo; y en donde el poeta, el filósofo, el historiador, el matemático, el físico, el astrónomo, el naturalista, el economista, el jurisconsulto, el escultor, el pintor, el guerrero y el músico pueden llamarse hermanos y obreros en la gran construcción de la ciencia universal. El Instituto fué creado por la Convención el 25 de Octubre de 1795, y dos pensamientos dominaron á los grandes hombres que lo fundaron; el uno admirablemente verdadero, á saber: que todas las producciones del entendimiento humano se enlazan y sostienen y son solidarias; y el otro, que quizás no es aceptable por nosotros los colombianos, es el de que las ciencias, las letras y las artes son una cosa del Estado y materia de gobierno, pues nosotros creemos que todo esto debe dejarse al cuidado del interés y esfuerzo individual.

El objeto del *Instituto* fué fomentar el *progreso* de la ciencia y ayudar á la gloria de la República ; y todos los años debía ese Instituto dar cuenta

de sus trabajos al cuerpo legislativo como cualquier otro cuerpo de la nación.

El Instituto fué dividido en tres *clases*: 1.ª de ciencias morales y políticas; 2.ª de ciencias naturales y matemáticas; y 3.ª de literatura y bellas artes. La institución era democrática en su objeto y en su organización: el nombre mismo de *clases* correspondía á su origen, y fué confiada á Carnot, Laconal y Daunou; y ellos incorporaron en el Instituto la antigua Academia.

El Primer Cónsul veía con malos ojos ese cuerpo libre é independiente, aunque limitado á la pura especulación científica, pero moviéndose sin límites en el vasto campo del espíritu, que siempre busca la libertad; y en 1803 le dió al Instituto una organización nueva y suprimió la clase de ciencias morales y políticas.

La *Restauración* no pudo soportarlo; y en 1816 el Rey, con ese lenguaje hipócrita de toda reacción que mata asegurando dar la vida, dió esta ordenanza:

«La protección que los Reyes nuestros predecesores han acordado siempre á las ciencias y á las letras nos ha hecho considerar con un interés particular los diversos establecimientos que ellos fundaron para honrar á los que las cultivan; así, no hemos podido ver sin dolor la caída de las *Academias*, que habían contribuído tan poderosamente á la prosperidad de las letras, y cuya fundación ha sido un título de gloria para nuestros augustos predecesores»; y el Rey acabó con el Instituto, sacó de allí á veintidos personas de las más notables, como al pintor David, al abate Gregoire y á Sieyes; y las clases respectivas las convirtió en Academias.

Acabada la revolución de Julio de 1830, los legitimistas estaban en mayoría en todas las academias; pero el Rey Luis Felipe, con una alta y clara razón, volvió á crear la Escuela de ciencias morales y políticas y la de filosofía; buscó á los antiguos miembros del Instituto que habían sido borrados, los incorporó, y desde aquella época hasta 1848 el Instituto, habiendo renacido, se engrandeció; la Academia de ciencias, dirigida por Arago, adquirió un renombre universal: la de *Inscripciones* hizo progresos incontestables; Letronne y Burnouf inmortalizaron sus trabajos; y Víctor Le Clerc siguió la obra empezada por los Benedictinos, que salvaron las ciencias y la historia.

La República de 1848 favoreció el sentimiento liberal del Instituto; y el Segundo Imperio tampoco dañó su organización; de manera que hoy es el cuerpo científico más ilustrado, más libre y más benéfico de Europa; y tal cual es el Instituto, más bien por el espíritu del siglo, que ha penetrado en

su recinto, que por sus constituciones, es no solamente un elemento esencial del trabajo intelectual de Francia, sino que ha venido á ser uno de los tres poderes que se sienten en aquella nación: el Gobierno, la Opinión y el Instituto.

Además de los miembros natos de cada una de las academias, hay gran número de miembros libres y de correspondientes, que llevan á esos cuerpos la vida intelectual y el movimiento progresista del siglo y su carácter democrático. Además, en el Instituto se hacen lecturas de los trabajos de los primeros sabios de Europa.

El Instituto tiene un famoso palacio, que es el *Palacio Mazarino*, situado al otro lado del Sena, casi en frente del Louvre, y al cual se llega por el *Puente de las bellas artes* : allí hay una vasta y rica biblioteca y la antigua capilla está transformada en *Sala de sesiones públicas*. Es vasta, clara y hermosa, pero no lujosa: en un círculo central están los asientos de los miembros; el público es admitido á las tribunas, y en el muro está un inmenso cuadro, que fué el más natural y perfecto, á mis ojos, de los que vi en Europa, que representa á *La Fama* distribuyendo y arrojando al aire coronas de laurel á los artistas y á los sabios.

La Academia francesa legalmente hace parte del Instituto hoy, pero no en realidad, pues el nombre mismo con que es conocida indica que es un cuerpo independiente, con carácter y tendencias enteramente distintos.

Fundada, como he dicho, por Richelieu en 1635, y adoptada como hija por Luis XIV, es la más antigua de las instituciones en Francia : ella sola ha sobrevivido á todas las convulsiones sociales y se ha salvado, como el arca de Noé, del gran naufragio de la Revolución ; y es hoy, como en el tiempo de su fundador, una institución esencialmente monárquica y reaccionaria, con sus *cuarenta inmortales* y un secretario perpetuo, que recoge la tradición é inmoviliza ese cuerpo en medio de las agitaciones de la democracia.

La Convención tuvo la imprudencia de incorporar la Academia al Instituto, por respeto á Camus ; pero cuando Luis XVIII acabó con el Instituto, la Academia dijo, levantándose altiva, y extendiendo su mano al siglo anterior : « Queda reanudada la cadena del tiempo.»

César Cantú, en su *Historia Universal*, refiere que cuatro siglos después de anunciada la religión de Cristo, todavía los retóricos, los gramáticos y los académicos eran paganos y oponían una resistencia tenaz á la nueva religión ; y esto no puede tener otra explicación sino la de que, consagrada la mente de esos hombres al estudio de la antigüedad; representantes de las tradiciones, y ocupados completamente en los juegos del

espíritu, les sorprendió y no pudieron comprender esa nueva doctrina, que debía acabar con todo lo que ellos adoraban, para regenerar á los pueblos.

La *Academia francesa*, consagrada al culto de la antigüedad y juzgándose depositaria de toda la ciencia en materia de lenguaje, se ha quedado también muy atrás en el movimiento del espíritu humano, y hasta en literatura va cuatro siglos atrás; hé aquí cómo obra:

En 1817 combatió á Delille como á un innovador peligroso y temerario; y Delille era el *enfant-gaté* del público parisiense, que adoraba sus bellezas.

Desde 1826 un eco que parecía venir de lejos, y que todos escuchaban con admiración, aunque nadie sabía qué decía, ya resonaba en los más recónditos abismos del alma y conmovía las fibras más delicadas del corazón; era algo sublime que jamás se había oído ni en el arpa de los poetas ni en el canto de los pastores, y era melancólico y bello como el crepúsculo de la tarde, y como él correspondía á las divinas tristezas del alma; ese eco, que alcanzó á oír Andrés Chénier antes de ir al patíbulo; que había estremecido el corazón de Byron, producido el «Werther,» é inspirado á Chateaubriand, á Lamartine, á Víctor Hugo y á Dumas creaciones sublimes que jamás había producido la humanidad, y que en todos los ámbitos del mundo se admiran y aplauden; ese eco que no podía extinguir el ruido de las armas ni la agitación de la política, ¿cómo fué acogido por la Academia francesa?

En una reunión pública decía su Presidente: «Un nuevo *cisma* literario se manifiesta hoy. Muchos hombres educados en un respeto religioso por las antiguas doctrinas, consagrados por infinidad de obras maestras, se inquietan ya y se espantan con los proyectos de la *secta* naciente y piden que se les dé contra ella seguridades suficientes. ¿La Academia francesa permanecerá indiferente ante este alarma? y ¿el primer cuerpo literario de la Francia temerá comprometerse interviniendo en una materia que interesa á toda la literatura francesa?» Y en la recepción de Mr. Sommet, Mr. Auger redoblaba sus anatemas contra «esa poética bárbara que se quería acreditar, y que violaba bajo todos aspectos la *ortodoxia literaria*.»

En 1831, en el concurso para la *Gloria literaria de la Francia*, exigió la glorificación del siglo XVII y «de los grandes escritores *clásicos*, á quienes los *románticos* insultaban, queriéndolos destronar.»

La Academia ha pasado por siete regímenes en Francia: la Revolución, el Imperio, la Restauración, la Monarquía constitucional, la República de 48, el Segundo Imperio y la nueva República; y de estos siete regímenes, sólo con la Restauración ha simpatizado. Soportó y elogió al primer Napoleón, pero la mayoría de sus miembros la han compuesto los *legiti-*

mistas; limitándose en los diversos regímenes á elegir uno ó dos de los personajes más influyentes, como á Thiers y Guizot en la monarquía de Julio, á Emilio Ollivier en el Segundo Imperio, y al Duque d'Aumale en la éra republicana.

Las sesiones ordinarias de la Academia son privadas y secretas: en el acta se suprimen los nombres de los académicos y se pone: «Un miembro dijo,» «Un miembro replicó» &c.; y Mr. de Tocqueville, académico, decía: «Lo que pasa en una elección académica es más refinado que lo que se ve de ordinario en las elecciones políticas. Esto depende, añadía, del estado *muy avanzado* de los que en ellas toman parte; y es más bien un cónclave que un cuerpo electoral.»

La ley dice: «La Academia está especialmente encargada de la confección del Diccionario de la lengua francesa, y hará, con relación al idioma, el examen de las obras más importantes que se publiquen en literatura, en historia y en ciencias. La colección de estas observaciones críticas se publicará cuatro veces por año.»

En cuanto al Diccionario, Littré ha publicado el suyo, que es el monumento más grandioso elevado á la lengua francesa; y la Academia está en la letra B del suyo, ha publicado una entrega de la A, y no ha aparecido aún el primer juicio crítico de la Academia.

La *Academia francesa* no abrió sus puertas á Alejandro Dumas, el gran vulgarizador de la historia de su país, el escritor más fecundo, el autor de mil novelas, entre ellas *El Conde de Montecristo*, de cien dramas, entre ellos *Catalina Howard*, y de otras tantas obras que llevaron el idioma francés á todas las regiones del mundo, despertando por él interés y simpatía; y las abrió á su hijo, porque en un drama, *La mujer de Claudio*, ésta muere á manos de su esposo por adúltera.

Littré, miembro del Instituto, y autor del *Diccionario de la lengua francesa*, fué rechazado por consideraciones é influencias ajenas á la ciencia. Creo que habiendo desaparecido esa influencia, la Academia ha reparado su falta.

Dejó de coronar una obra de Colmenín, el autor del inmortal libro de *Los oradores*, tan sólo por estar firmado *Timón*; y coronó siempre aquellos que nadie ha de leer por falta de interés.

La Academia es rica é influyente. Ella distribuye el premio que el noble filántropo Monthion dejó para recompensar *Al francés pobre que haya hecho en el año la acción más virtuosa*. Y en este palenque de generosidad, de heroísmo, de abnegación, de sufrimientos, en el cual salen á luz las más hermosas virtudes privadas y sociales, que sin él hubieran quedado ocultas,

y que van á encender el amor y la caridad en otras almas y á mantener el valor y la energía en los corazones que luchan contra el vicio ; en esta justa á que asiste toda la Francia, y en la cual los héroes ignoran que se trata de su propia gloria, y jamás aparecen ; en ese certamen famoso en el mundo, la Academia es justa, digna y elevada, y desempeña con imparcialidad su sagrada misión.

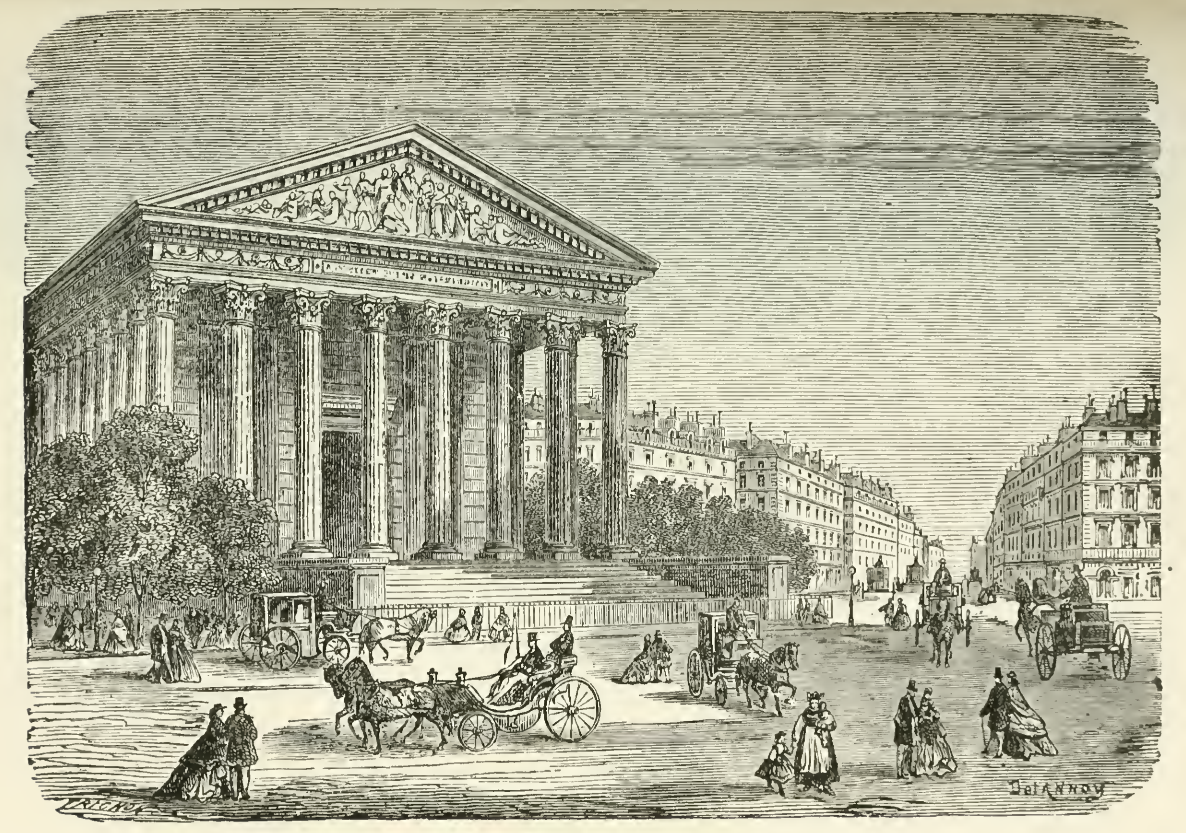
Pero cuando se trata de los premios de *Elocuencia* ó de *Poesía*, votados por el Gobierno, no sucede lo mismo ; se procura huír del presente ; nada de lo que entusiasma y apasiona á la Francia conmueve á la Academia, y se premia una cansada disertación sobre la elocuencia griega, ó una poesía que el público no admira ; así es que en las Cámaras se trata ya de suprimir este premio, pues la poesía hace mucho tiempo que huye de este concurso, y no se ocupa de los objetos que la Academia propone para ellos.

Con el premio fundado para *El libro más útil que se haya publicado en el año*, la Academia ha favorecido estudios serios sobre Menandro, sobre Tusidides, sobre Tito-Livio ; pero no ha levantado ni un Pestalozzi ni un Horacio Mann ; y parece haberse olvidado de las exigencias del siglo, que piden luz ! más luz ! luz para el pueblo ! luz para la multitud !

« Nosotros seremos los últimos académicos, » le decía el Duque de Broglie á Mr. de Saint-Beuve, otro *de los cuarenta ;* y éste le replicaba: « No; hay muy buenas razones para que la Academia subsista; pero importa que viviendo se rejuvenezca, que se mantenga en relación verdadera con la sociedad en que vive y que á cada momento cambia. La Francia, cualesquiera que sean sus gustos y sus votos por la libertad, es un país en el cual la autoridad, cuando está de su parte la antigüedad, tiene prestigio ; y en una Francia completamente democrática, como tiende á serlo más y más todos los días, la Academia francesa merece guardar su rango y puede tener una autoridad benéfica.

« Lo indispensable es que en presencia de las otras clases del Instituto, que trabajan mucho, ella se persuada de que no es un lugar de descanso ni una institución que se cree libre cuando da dos recepciones públicas por año.»

Pero no se necesita ser profeta para asegurar que en el nuevo diluvio democrático la Academia francesa se hundirá.



Templo de la Magdalena en Paris—Pag. 467.

CAPITULO XXVIII.

Plaza y templo de la Magdalena—Iglesia y Cementerio de San Medardo—La prensa.

A MI entrada á París, lo que más contribuyó á que la ciudad me pareciera de aspecto ateniense, fué el templo griego con que concluye la calle de palacios que llaman *boulevares;* y hoy nos toca visitarlo cuando el carro del sol aparece para alegrar con su luz á la naturaleza, que ríe y canta, y en la hora en que los mortales van á los templos á encender el fuego sagrado y á ofrecerles flores y sacrificios á los dioses.

¿ En dónde estamos ? En un espacio libre de edificios, adonde llegan grandes carros cargados de plantas aromáticas y llenos de flores; adonde afluyen muchas mujeres llevando cada una un ramillete de rosas blancas ó de flores de loto, niñas con guirnaldas y hombres agobiados bajo el peso de los ramos de laurel, ó niños que ofrecen el acanto, amado de los dioses. Los carros se descargan en el atrio del templo, que en el centro de ese recinto se levanta; allí colocan también los hombres sus fardos, las mujeres sus ramos y los niños sus coronas; y el recinto, más que un jardín, es un tapiz de flores, extendido en el atrio del templo.

El templo no tiene torres, ni campanario, ni arcos, ni cúpula, ni gran portada, como usan los cristianos en los suyos. Tampoco parece dedicado á una de las divinidades druídas del país, bajo cuya protección se había puesto la ciudad, porque sus líneas rectas y su elegancia revelan una civilización muy adelantada y un tipo aéreo que sólo en Grecia ha conquistado el arte.

El templo es pagano. ¿ A qué dios está dedicado ? Sin duda á Flora;

y por esto en vez de víctimas para los sacrificios, el vestíbulo está lleno de flores. Pero no. Los templos de Flora en toda la Ática tienen una rotunda descubierta para unir los sacrificios con los de la Naturaleza.

Veamos :

Para darle grandeza y majestad se ha levantado el templo sobre un atrio que lo rodea por los cuatro lados ; y así, de lejos es imponente, de cerca elevado, y tiene el aspecto del templo de Minerva levantado en Atenas sobre una colina que dominaba la ciudad ; pero es más grande que aquél, y el orden de columnas sobre que se levanta y el frontón triangular que éstas sostienen, lo asemejan más al Partenón.

Treinta y dos columnas, altas como las del templo de Júpiter, formando un paralelogramo cuadrado, sostienen el techo del templo, y por los cuatro lados hay iguales frontones triangulares con medios relieves, y entre las columnas y los muros se forma una galería espaciosa, embaldosada de mármol.

Entremos al templo por la puerta central que en medio de dos más pequeñas tiene, y que da al frente de la Plaza de la Concordia, que es el principal. ¡ Qué salón tan inmenso ! Y no hay ni un arco que lo sostenga ni una columna que apoye la techumbre! Es rectángulo, no tiene naves ni capillas laterales, reina en él la severidad y belleza del templo de Júpiter ; pero sus muros de mármol blanco, sus elegantes tribunas y sus medios relieves, que apenas se distinguen con la luz que viene del cielo, lo hacen más hermoso, más risueño y más encantador ; y el sentimiento que despierta no eleva el alma, pero encanta, seduce la mirada, hace gozar al corazón y comprender esa religión de cantos, amores, bailes, flores y perfumes que sedujo a los griegos.

Veamos por qué ese templo pagano está en París.

Napoleón había querido levantar un Templo á la Gloria, y se apoderó del lugar y de los restos de la antigua iglesita que antes había allí dedicada á la Magdalena ; y por decreto de 2 de Diciembre de 1806, fechado en Posen, en Prusia (primero estuvieron los franceses en Prusia que los prusianos en París), dispuso lo siguiente :

« Se levantará en la Plaza de la Magdalena un monumento dedicado al grande ejército, que llevará en el frontispicio :

« L' Empereur Napoleón aux soldats de la grande armée.

« En el interior del monumento serán inscritos sobre piedras de mármol los nombres de todos los hombres que han asistido á las batallas de Ulm, de Austerlitz y de Jena ; y sobre planchas de oro macizo, los nombres de todos los que han muerto en el campo de batalla.

« Al rededor de la sala serán esculpidos bajos relieves, en que estarán representados los coroneles de cada uno de los regimientos, con sus nombres, y agrupados en torno de sus generales de división y de brigada. Las estatuas de los mariscales serán colocadas en el interior de la sala.»

En fin, las armas, los cañones, las banderas cogidas al enemigo, debían formar el adorno del templo; y cada año únicamente debía abrirse éste para celebrar una fiesta militar el día del aniversario de aquellas batallas.

Este templo pagano fué, pues, dedicado á la Gloria; y por una rara casualidad, á su alrededor se ha establecido el MERCADO DE FLORES de París, en donde se ven tazas florecidas ya, flores de todas clases y colores, ramilletes ya hechos, y todos los adornos de verdura, musgo y flores que se emplean en las fiestas diarias de la ciudad.

En 1813 Napoleón ya no era el mismo. «¿ Qué haremos con el templo de la Gloria ?» le dijo un día á su ministro. «Nuestras grandes ideas revolucionarias se han extinguido en la nación. No hay hoy, en el estado en que están las cosas, otra creencia posible que el culto católico, y es á los sacerdotes á quienes debemos confiar el cuidado de los templos, pues ellos saben mejor que nosotros hacer las ceremonias y practicar el culto. Que el templo de la Gloria sea, pues, en adelante iglesia, porque es el único medio de conservar ese monumento. Más tarde también se dirá misa en el Panteón.»

La iglesia católica recibió el templo, lo apropió al culto, lo reformó, lo embelleció y lo llenó de imágenes sagradas y medios relieves que le quitasen su carácter profano y trajesen á la mente más piadosas ideas; pero no ha podido borrar el pensamiento pagano en él impreso, ni el aspecto ático que el edificio tiene, y que lleva el alma al culto de los griegos.

Permítaseme una nimiedad para seguir mi relación de viaje, que de otra manera no tendría encadenamiento. Desde muy niño he sentido el peso de una mano armada contra mí, y la inclinación en todo el mundo á hacerme el mayor mal posible en todas ocasiones. Resultado de esta creencia son estos versos, que compuse hace ya muchos años, empezando apenas la carrera de la vida, y de los cuales no tengo que borrar nada, porque he apurado mucha hiel :

Al sol de la mañana ave canora,
De blanca pluma, de gentil volar,
Levanta al cielo su canción sonora,
Y alegre canta de su amor la aurora
Y su querido hogar.

¿ Por qué dejó para cantar su nido,
Teniendo allí sus hijos y su amor ?
¡ Pobre infeliz ! su canto interrumpido
Será, sintiendo el corazón herido
De plomo matador.

Libre animal, feliz ciervo inocente,
Después que bebe en fresco manantial,
Por la pradera, altivo, independiente,
Con gallarda actitud, alta la frente,
Ostenta su ramal.
¡ Ay ! que de pronto rápida se lanza
Hambrienta jauria huchada contra él ;
Huye veloz, y el cazador lo alcanza,
Y sin rencor, sin odio ni en venganza
Lo degüella cruel.

Tímido el gamo, apenas pisa el suelo,
Deja su cueva y brinca un paso más,
Mira al redor, escucha con recelo,
Tiembla al mirar la claridad del cielo,
Y vuelve para atrás.
¿ De qué le sirve su carrera breve
Y ante el rumor de la hojarasca huir ?
En su caverna, cazador aleve
Un lazo puso, y allí terminar debe
Su tímido vivir.

Sobre la playa de la mar quemante,
Girando alegre en remolinos mil,
Mirando al sol con ojos de diamante,
Y de color cambiando á cada instante,
Vive el lagarto vil;
Y al mirarlo tan vivo y tan ligero
Correr, cruzar, volverse, ir y venir,
El ocioso, indolente marinero,
Por pasar un momento placentero,
Condénalo á morir.

Es que al nacer ya tienen su destino
El ave mansa, el gamo y el chacal ;

Es que ya vienes con funesto *sino*,
Y cuando el hombre busca su camino
Es para hacerles mal.
¡ Ay ! infeliz del hombre á quien preside
Este *sino* antipático al nacer !
Ponzoña y hiel por cántaros le mide
El mundo para que beba, y lo despide
Siempre con gran placer.

Más dichosos aquellos que la vida
Aterrados dejaron al dintel ;
Que ellos no sufren la constante herida,
Ni que apurar tendrán esa medida
De ponzoña y de hiel.
Que es tan triste mirar cuando uno es niño
Sencillo, alegre, bueno y juguetón,
Que los otros rechazan su cariño
Y le quitan su mora ó su mortiño
Por sólo diversión.

Más tarde ya, saber que sus iguales,
Con quienes quiere dividir su pan,
Los compañeros que juzgaba leales,
Emulos suyos son ; que son rivales,
Y á atormentarlo van.
Entrar al mundo lleno de poesía,
Lleno de amor el joven corazón ;
Sin distinción buscar con alegría
En todos amistad y simpatía,
Sincera estimación ;

Y el mundo en su carrera detenerlo ;
Dar pena á los demás verlo feliz ;
El que no es su enemigo, desear serlo,
Y otros dejar en su mejilla, al verlo,
Sangrienta cicatriz.
Tímido, audaz, gigante ó pobre enano,
El que trajo al nacer *sino* fatal,
Nunca en el mundo encontrará un hermano ;
Y cuando á él le tienden una mano,
Es para hacerle mal.

Náufrago, combatido por los vientos
De una constante y recia tempestad,
Que alegre vió la playa unos momentos,
Mas que después botáronlo violentos
Allá á la inmensidad :
En su triste abandono, en su agonía,
Debe confiarse sólo en su virtud,
Dejar que brame la tormenta impía,
Y en su dolor, llamando la poesía,
Morir con su laud.

La nimiedad consiste en haber creído de niño que el nombre con que fuí bautizado, nombre raro, poco conocido en mi país, cuyo santo nadie invoca, y que no tiene ningún templo en Bogotá ni creo que día en el calendario, contribuía á esta fatalidad.

A mi llegada á París, como San Medardo es francés, quise saber algo de él, y supe que era muy venerado, que había fundado una hermosa institución llamada *La Rosière*, que consiste en coronar en público, de rosas blancas, y como un alto honor, en cada aldea, el día 8 de Junio, á la doncella más virtuosa; y que esta institución había contribuído poderosamente al mantenimiento de las buenas costumbres en el campo, y servía de estímulo á las pobres labriegas.

Tuve, pues, simpatía por mi santo ; y como en París tiene una iglesia y un cementerio, me fuí á visitarlos ; y encontré que la iglesia de San Medardo es la más chiquita y la más pobre de las iglesias de París. Está situada en la calle Moufetard, existe desde el siglo XII, y en su recinto se libró un combate terrible entre los católicos y los hugonotes en 1561 ; y en 1795 fué entregada a los *Teofilántropos* y convertida en un templo al *Trabajo*.

Esta iglesita, restablecida para el culto católico, es hoy dependiente de la parroquia de San Esteban, y no posee más objetos artísticos que una *Santa Genoveva*, de Wateau, y el *Matrimonio de la Virgen*, de Caminodé; y es una iglesia cural de tercer orden.

El *Cementerio*, convertido ya en jardín, tiene una historia curiosísima, que paso á relatar :

Francisco París, hijo de un consejero del parlamento, renunció su herencia en favor de sus hermanos, se hizo diácono y se retiró á una casa en el barrio de San Marcelo, llevando allí una vida de humildad y penitencia, hasta que murió el 1.º de Mayo de 1727, cuando los *jansenistas*, á consecuencia de la bula *Unigenitus*, agitaban el país y producían por todas partes

tumultos. París fué enterrado en el cementerio de San Medardo, y los jansenistas hicieron de su tumba un objeto de devoción ; y entre los peregrinos, algunas muchachas que allí iban, empezaron á sentirse con convulsiones. Estas convulsiones fueron presentadas por los *jansenistas* como milagros del diácono, y todos concurrieron al cementerio ; pero las convulsiones eran contagiosas, y de las unas muchachas se transmitían á las otras; y el contagio era tan rápido, que al cabo de dos años ya ochocientas personas tenían convulsiones.

Unas muchachas mostraban una agitación violenta, hacían movimientos extraordinarios y daban vueltas, por lo que eran llamadas *las bailadoras*, y otras daban espantosos gritos ó imitaban los aullidos de los perros ó el maullido de los gatos, y recibieron el nombre de *maulladoras*.

Pedro Vaillant, fraile relapso y condenado por su obispo, se asoció á los CONVULSIONISTAS, se hizo el jefe, y por eso ese partido se llamó el *Vaillantista;* y el jefe anunciaba en sus sermones que el profeta Elías se levantaría de su tumba para convertir á los judíos y á la corte de Roma; y algunos aseguraban que él mismo era el profeta.

Agustín Darnaut apareció en el cementerio, y se presentó como el profeta Henoc.

Los *vaillantistas* y *agustinistas* se unieron á los *melangistas*, á los *marguillistas*, á los *figuristas* y á los *socorristas* y formaron un gran cuerpo de *Convulsionistas*. Los *melangistas* eran los que distinguían en las convulsiones dos causas: una mala, que producía acciones pueriles é indecentes, y otra buena,que producía acciones divinas y sobrenaturales. Los *marguillistas* eran los inspirados ; y los *figuristas* los que durante las convulsiones representaban las diversas escenas de la vida del Salvador.

Los *socorristas* eran los que prestaban á las convulsionistas sus servicios, rompiéndoles los dientes con piedras, macerándolas con disciplinas, hundiéndoles el pecho á golpes y cometiendo las más crueles barbaridades.

Desde la muerte del diácono París hasta 1731, las convulsiones en el cementerio de San Medardo aumentaron en número y en maravillas. Muchos pretendidos milagros y curaciones se publicaron; y las palabras dichas por las convulsionistas fueron recogidas y publicadas bajo el nombre de *Colección de predicciones interesantes hechas en 1733 ;* las convulsiones tomaron un carácter atroz, y los *socorristas* se convirtieron en verdaderos verdugos de esas mujeres enfermas, ilusas ó fanáticas, hasta que el gobierno tuvo que intervenir para impedir estos actos bárbaros y salvajes y evitar los escándalos, y para esto cerró el cementerio. El Arzobispo de París

prohibió también la adoración de la bóveda del diácono, y todo se acabó; pero los jansenistas pusieron en la puerta un cartel que decía:

« De par le roi défense à Dieu
De faire miracles en ce lieu.»

A los fisiologistas toca explicar los hechos históricos: yo no hago más que relatar.

La Prensa en Francia es casi libre para la publicación de libros, pero completamente esclava para los diarios y periódicos políticos, de tal manera que se creería estar en Turquía ó en Rusia al ver la multitud de condiciones y garantías que se exigen y las fórmulas que es preciso llenar para publicar un periódico; las medidas despóticas y arbitrarias á que está sometido, y las penas severas en que incurren el empresario, el editor, el redactor ó colaborador por cualquier artículo que aparezca en él y que sea, en concepto del gobierno, sedicioso, de la policía, contra la moral ó las buenas costumbres ó inconveniente, y del jurado, injurioso, calumnioso, incitativo al delito ó en algo agresivo contra una persona ó una institución social.

El doctor Ricardo Pereira quería fundar un periódico en español, que sirviera á los españoles y americanos residentes en Francia, y que al mismo tiempo se pudiera enviar después á América, como órgano de la política liberal y republicana de Francia, y que contuviera las últimas noticias de Europa; y con este motivo tuve ocasión de saber cuán difícil es fundar un periódico allí, y la poca libertad de que disfrutan.

Se bendice á Colombia, y se le ve un gran porvenir, al recordar en Francia nuestras instituciones liberales sobre la prensa, adoptadas por todos los partidos; y al ir de Inglaterra, en donde ella es la que gobierna el país como soberana, se comprende por qué en Francia no hay un gobierno firme ni un régimen duradero; pero admira uno también cómo el partido conservador del mundo no ha advertido que el mejor medio de dar estabilidad á un gobierno, bien sea monárquico, como en Inglaterra, ó republicano, como en la Unión Americana, sin que esté expuesto á las usurpaciones napoleónicas, á la *comuna*, ó á las revueltas, es el de dejar libertad á la prensa!

El Conde de Maistre, hablando de los gobiernos de Asia, dice que allá no hay más que absolutismo; que el pueblo le da á un hombre todo el poder social, y que cuando abusa el déspota ó de él se cansa, el pueblo lo apuñalea y pone otro en su lugar, con igual suma de poder.

El Conde no habría tenido necesidad de extender su mirada hasta Asia, pues en su propio país pudo hacer la observación de que los gobiernos pasan como las decoraciones de un cosmorama, uno tras otro, al

capricho del público, sin que ninguno tenga estabilidad, firmeza, opinión ni otros defensores que los que representan y figuran en la decoración; y que esto sucede porque no hay prensa libre que impida los abusos del poder ni las tramas de los revolucionarios.

Por fortuna la moda asiática de apuñalear á los déspotas no ha entrado todavía en Francia; pero tienen tanta fuerza las instituciones en ese país, como seguridad la vida de los tiranos en Asia.

En un siglo no se ha alcanzado á fundar una sola institución en el país; y de reacción en reacción han pasado, en el gran cosmorama, á los gritos de la multitud de ¡ Abajo los reyes !: 1.° la República de 89—¡ Abajo el *terror!* 2.° el Consulado—¡ Más esplendor ! 3.° el Imperio—¡ Abajo el usurpador ! 4.° la Restauración—¡ Abajo la reacción ! 5.° los *Cien días*—¡ Abajo el ogro de Córcega ! 6.° Carlos X—¡ Abajo los Borbones ! 7.° Luis Felipe—¡ Abajo los reyes ! 8.° República de 48—¡ Abajo los comunistas ! 9.° Napoleón III—¡ Abajo el cobarde ! 10. La República.......

Y mientras tanto la Inglaterra vive feliz bajo la autoridad de una mujer, y los Estados Unidos, con Presidentes que duran cuatro años, levantan el pueblo más grande, más ilustrado y más digno de la tierra, tan sólo porque en ambos países la prensa libre hace marchar al gobierno de acuerdo con la opinión.

Veamos lo que pasa en Francia:

Para fundar un periódico se necesita autorización ó licencia del Gobierno; y esto, como se ve, no es más que poner la prensa bajo el régimen del privilegio y del favor. Es natural que la administración guarde el privilegio para sus amigos y que no se lo dé á los contrarios. Todo régimen se cree de derecho divino y en posesión de la verdad; dejarle voz á los otros partidos, sería, en su concepto, armar á los *eternos enemigos del orden ; autorizar la vocinglería de los ambiciosos y turbulentos*, *y someter el país á rudas pruebas;* lo mejor es, pues, *mantener la armonía que dichosamente existe en la nacion*, y negar toda autorización.

En vano, á veces los católicos, á veces los republicanos y otras los napoleonistas, se quejan de este régimen y piden libertad; el Gobierno les hace ver que están *infatuados con las quimeras que han aprendido de Stuart Mill*, *y que ellos mismos serían las víctimas*, *más tarde*, *de un régimen más libre*, *si él no velara paternalmente por la salvación de la sociedad.*

El periódico sale si da bastantes garantías al Gobierno ; pero esto no basta: se necesita depositar, además, una fuerte suma en dinero como garantía del porvenir; y así, no pueden fundarse periódicos de opinión, sino por hombres ricos, y no para sostener una causa, sino como una especulación.

Supongamos que todo se ha allanado, que el periódico existe ya. El Gobierno tiene el derecho de *advertirlo* ó *prevenirlo* cuando se incline ó se desvíe algo, y de *suspenderlo* ó *suprimirlo* en el momento que quiera, arruinando así al empresario y haciendo callar al redactor.

A cada instante los periódicos reciben esas advertencias, que los hacen temblar, como temblaba Damocles debajo de la espada: *La Presse* estuvo suspendida por mucho tiempo; *L' Univers*, redactado por Luis Veillot, y órgano de los intereses católicos del mundo, fué suprimido; y lo mismo le pasó á *La Lanterne*, redactada por Rochefort.

Después de esto, si no hay una censura previa, hay, sí, un Código que castiga los *Delitos de la prensa* ; y ¿ qué no es delito en un escritor que contraría nuestras opiniones ó ataca nuestras creencias ? Ese jurado, á quien le presentan una ley rigurosa y escrita para que la aplique como venganza; que se reúne en medio de las agitaciones políticas, de las pasiones del momento, enconado él mismo y lleno de preocupaciones ¿ no es el verdugo de la nueva sociedad ?

El periódico perfectamente inocente quiere circular, pero no puede hacerlo sin haber pagado el derecho de timbre ; y no va por las estafetas sino pagando un fuerte porte de correo.

Todavía más: no puede ser ofrecido en las calles sino con previa autorización, ni vendido sino en los kioskos públicos que son del Gobierno, y por las mujeres que allí lo expenden, y que son sus dependientes.

Éstas son y han sido las leyes bajo todos los regímenes, y contra ellas claman en vano hoy los republicanos; pues estas leyes son las costumbres asiáticas de Francia.

Se creerá que la prensa extranjera suple la falta de la libertad en la francesa ; pero es necesario saber, para conocer la triste condición de aquel pueblo, que todo periódico es detenido en la frontera, y que no va á su destino sino después que el censor del Gobierno ve que no tiene nada de malo, y por eso lo deja pasar.

Contra este régimen tiránico luchan algunos espíritus generosos ; pero encuentran una resistencia tenaz en los partidos que suben al Gobierno apoyados en la ignorancia y las preocupaciones : estos partidos abusan ; los gobiernos, como es natural, se corrompen, y como no hay libertad, sus enemigos se hacen *conspiradores* y traman y traman hasta que tumban ese régimen. Hé aquí la causa de las eternas revoluciones en Francia.

A pesar de este régimen, hay en Francia tal espíritu y tanto vigor, que se han mantenido los siguientes periódicos :

DIARIOS OFICIALES.

Le Journal Officiel.
Le Moniteur Universel.

MONARQUISTAS.

La Gazette de France.
Le Constitutionnel.
Le Globe (consagrado á la Iglesia).
La Presse.
Le Siècle.
Le Monde (católico exclusivamente).
L' Avenir National.

BONAPARTISTAS.

Le Figaro.
Le Pays.
La Liberté.
Le Soir.
Le Petit Caporal.

REPUBLICANOS.

La Patrie.
L' Union.
L' Opinion Nationale (radical).
Le Temps.
La France (oposicionista).
Le Rappel (socialista).
L' Etendard.
L'Intransigeant (comunista, redactado por Rochefort).
Le Cri du Peuple (id.)
L' Epoque (noticioso).
L' Estafette.
La Tribune.
L' Avant garde (comunista).
Le Matin.
Le Petit Parisien (anti-clerical).
Le Petit Journal (noticioso).
Le Gil Blas (literario y noticioso).
Les Débats.

De estos periódicos, los que tienen mayor circulación son :

Le Siècle, que tiene cuarenta y cinco mil suscriptores; y *Le petit journal*, que tiene cincuenta mil, y es el periódico favorito de todos los talleres.

Los periódicos desempeñan briosamente su encargo en la esfera de su poder, son siempre muy bien redactados por hombres políticos de la más alta posición; y día por día se ocupan en todas las cuestiones políticas y sociales de su país, con tanta claridad y elocuencia, que con la colección de dos periódicos de contrarias opiniones, se tiene ya la historia contemporánea de Francia. En general los periódicos son pequeños, mal impresos y poco correctos.

Pero lo que hay admirable en ellos son los *folletines*, escritos por los primeros literatos como Balzac ó Federico Soulié, por famosos novelistas como Zola ó críticos como Saint-Beuve, ó por viajeros, que le dan á cada número del periódico el valor y el interés que jamás se halla en los periódicos ingleses.

En estos folletines se publican obras inéditas, que se compran muy caras á los autores; pero han de ser obras de sensación, capaces de mantener el interés y la espectativa de uno á otro número; mas como el director no tiene tiempo para leer la obra, y muchas veces ni el que aparece como autor la ha escrito, sucede con frecuencia que no pueden ponerse de acuerdo en el precio; y para obviar este inconveniente se inventó el pagar por *líneas* el folletín ; pero entonces á Federico Soulié se le ocurrió escribir así:

—¿ Me amas ?

—No.

—¿ Por qué ?

—¡ Traidor !

—¿ Cómo ?

—¡ Sí !

—¡ Ingrata !

—¿ Yo ?

—¡ Muere !

—¡ Ay !

....

....

Lo cual, visto por los empresarios, los obligó á ser más generosos con los literatos.

Para llenar el folletín de un periódico y llamar la atención de sus lectores, fué para lo que el Conde Gabriac escribió aquellos *Viajes* en que nos puso de vuelta y media y al nivel de los caníbales.

La Francia, sujeta por malos gobiernos, es la imagen de la Pitonisa sujetada por los sacerdotes sobre el fuego sagrado,y cuyos gritos de desesperación eran el oráculo de los dioses y la revelación de sus sentencias. La Francia lleva en los libros á todos los extremos de la tierra verdad, ciencia, poesía y el gusto literario; y el mundo entero se embelesa con lo que ella piensa ó con lo que ella canta.

Veintisiete lenguas de fuego, de diversas formas, salen de un volcán inmenso que se llama la prensa; unas son lava ardiendo que inflaman cuanto tocan; otras son como luz de bengala, que embellecen cuanto alcanzan á alumbrar; otras son meteoros que iluminan en un momento el sendero que la humanidad debe recorrer en un siglo; otras aclaran el camino que por entre tinieblas pasa; aquéllas penetran en el fondo de la tierra y muestran al hombre sus entrañas y los veneros de oro que se encierran; otras van al fondo del alma humana para hacerla visible; y confundidas en el espacio y mezcladas, forman el gran alfabeto cabalístico que se lee en los cielos, con tanto esplendor como el lenguaje de los astros.

Suprimid por un instante la prensa de Francia, y vendrá la oscuridad sobre el mundo, y todas las antorchas se apagarán en la tierra, las glorias de las naciones se extinguirán como si de repente se oscureciese el sol que hace brillar los mares y los lagos, que da luz al arco iris, hace alegre el amanecer y da su encanto misterioso al crepúsculo de la tarde.

Murió el latín, y se rompió con esto uno de los vínculos que en un tiempo unieron á la humanidad: la universalidad del lenguaje que transmitiera la tradición de la ciencia de una generación á otra, y comunicara las ideas de una á otra tribu, de una á otra nación, del uno al otro pueblo, de continente á continente.

¿ Cuál fué la civilización de los griegos ?

Francia tiene sabios que estudian á Tucidides, que adivinan á Sócrates, que traducen á Temístocles, que, como los habitantes de Atenas, se pasean bajo los plátanos de la Academia, y van á escuchar á Platón; y toda la sabiduría griega y su poesía divina las transmite la prensa al mundo en la lengua francesa, que ha venido á ser casi tan universal como el latín.

Bossuet, Segur y Anquetil son los que han enseñado á todos los países la historia del mundo. ¿ Quiere rivalizarlos César Cantú ? Preciso es, para que el mundo lo conozca, que abandone su patria, olvide el suave italiano y se haga ciudadano francés por la ciencia, y que su *Historia Universal* sea traducida para que el mundo la conozca.

¿ Quién es Humboldt ? No es necesario que vaya el americano del sur á buscar en los archivos de la sabiduría de Berlín su nombre glorioso; la

prensa francesa ha traducido sus obras y las envía á América, conquistándole la inmortalidad.

¿Qué enseña Kant? El resumen de su sabiduría lo lleva la prensa francesa á todas partes, para hacerlo universal.

¡Kepler, Leibnitz, Tico-Brahe, Herschel, entre las brumas del norte se hubieran perdido vuestros nombres, que, gracias á la Francia, hoy brillan en la constelación de los sabios!

¿Por quién conoce el mundo á *Fausto*, todas las concepciones admirables de Goethe y los cantos sublimes de Schiller?

¿Creéis, sabios ingleses, que podéis rehacer la cosmogonía del mundo? Demostradlo. Pero en francés, para que los habitantes de la tierra puedan reunirse en un gran jurado científico y salvar ó condenar vuestras doctrinas.

Tú, Darwin, ¿deseas saber por qué á tu cadaver se abrieron las bóvedas de Westminster? Es por tu sistema absurdo ó verdadero, divulgado en francés, porque en inglés sólo se leen las Gáitaras.

¡Stuart Mill! no fué para un pueblo libre y constituído ya para quien expusiste tus doctrinas y el resultado de tus investigaciones, sino para los pueblos esclavos ó las naciones incipientes; pero es á la prensa francesa á quien debéis la propagación de tu doctrina.

Francia es el gran corazón de la humanidad que atrae el calor, la electricidad, todos los elementos de que se compone la vida y que están esparcidos en el universo, y con generoso impulso los difunde después como sangre benéfica y restauradora.

Francia lo entregará todo: la libertad del pueblo á los Napoleones, el territorio de Alsacia y Lorena á los vencedores; París mismo á *los aliados* ó á los prusianos,—llorando, maldiciendo, protestando y esperando el desquite,—pero jamás entregará lo que ha conquistado con siglos de trabajo y de estudio: el *Cetro de la literatura.*

Si España produce al inmortal *Don Quijote*, Francia hace un supremo esfuerzo y nos da á *Gil Blas*; en los días de su grandeza aquélla tiene á Calderón de la Barca, y Francia levanta á Corneille, á Molière y á Racine; y luchando así en todos los siglos con la nación más avanzada en cada época, ha dado prosadores y poetas que mantengan la lid en ese circo intelectual al cual asisten los hombres civilizados, y que cada día se va agrandando, al mismo tiempo que se levanta mayor número de naciones rivales que le disputan el cetro y envían sus lidiadores; pero Francia ni se detiene, ni desmaya, y apropiándose las armas que traen, haciendo de ellas un pedestal para su gloria, envía á los lidiadores á su patria coronados de laureles.

Comenzando desde el siglo de Luis XIV por Malherbe ¡qué sin número de prosádores y poetas hasta la época actual! Pocos nombres bastan á llenar ese siglo: en él aparecen Molière y Corneille, glorias del arte escénico; Descartes y Pascal, de los cuales el uno estaba destinado á enseñar la filosofía bajo la más bella forma, y el otro la severa moral en el mejor francés que se haya escrito; Duchesne, llamado el padre de la Historia; Moreri, el Littré de su tiempo; La Rochefoucauld, cuyas *Máximas morales* pintan á la humanidad; Lafontaine, «quien escribió cosas inmortales creyendo perder el tiempo;» Racine, el más ático de los poetas clásicos; Boileau, cuyos versos han sido tan populares en el mundo; el célebre orientalista Herbelot; Madama de Sevigné, admirable en sus Cartas; Labruyère, que pinta á los hombres de todas las naciones en sus inimitables *Caracteres;* las voces de Bossuet, de Bourdalou, de Flechier y de Fenelón cuando hablaban en la cátedra sagrada conmovían todas las almas; Bayle, que fué el primero que llevó la libertad de pensar á todas las materias que abrazó su vasta imaginación; y con estos nombres se cierra este siglo.

En el siguiente la fecundidad de Francia se aumenta; pero el giro de la literatura cambia en la mitad de él, sintiéndose ya los síntomas de la gran convulsión con que habría de terminar.

En el primer período, Massillon, solemne y triste en sus oraciones sagradas; Le Sage, el rival de Cervantes; Vauvenargues, cuyas *Reflexiones* bastan para formar el alma de un hombre virtuoso, y Duchesne, que honró la magistratura y las letras.

Crebillon, que sostuvo el peso del teatro francés por mucho tiempo; Montesquieu, que reveló una sabiduría que parecía venir de otras regiones; Rousseàu, que fué el escritor más elocuente y más tierno del siglo; Helvecio, que empezó la tarea filosófica; Condillac, que interrogó los secretos del alma humana y dió al lenguaje la precisión lógica de sus reflexiones; Diderot, D'Alembert y Condorcet, que escribieron *La Enciclopedia*, monumento inmenso que encerraba toda la sabiduría humana; Buffon, que dió el encanto de la sublime poesía al estudio de la naturaleza, y Voltaire, que está en todas las bocas, que jamás será olvidado en el teatro, perdonado en filosofía ni criticado en historia; y con los nombres de otros muchos filósofos que prepararon la Revolución, cerró gloriosamente la Francia esa época literaria.

En medio de las tremendas convulsiones políticas, Francia no desmaya: Andrés Chénier, celeste inspiración de la melancolía y del amor, canta y escribe; Favart continúa con la tradición satírica de Voltaire;

Thouret recoge el pensamiento de Montesquieu; Florian escribe fábulas como Lafontaine; Barthelemy resucita la Grecia; Raynal es un historiador filosófico al estilo inglés; Beaumarchais, el espiritual autor del *Matrimonio de Figaro*, conquista un nombre inmortal; Marmontel escribe la famosa tragedia *Belisario*, y Delilie, con el canto de *La Marsellesa*, salva á la patria y da á la humanidad un himno de Libertad y de Victoria.

Pero la literatura de esa época grandiosa en donde está representada es en la prensa, que adquirió un vigor y un poder hasta entonces desconocidos, y en la tribuna política, empezando por los sublimes discursos de Mirabeau y concluyendo con la elocuencia fría, cortante y terrible de Robespierre.

Bajo el Consulado, la nación, agotada ó rendida, alcanzó á producir á Demourtier, el amable autor de las *Cartas á Emilia*, y á La Harpe, el Quintiliano francés.

El Imperio desoló el país con las guerras, llenó el mundo con su gloria y mató la prensa de Francia; pero aun así, el historiador Anquetil sobrepasó á todos en la extensión y sabiduría de su obra; Lebrun adquirió el título del nuevo Tácito, y José María Chénier escribió tragedias que mantenían en los franceses el amor de la libertad; Delille tradujo é hizo conocer en el mundo al divino Milton; Madame Stael elevó su sexo á regiones que hasta entonces sólo habían habitado las divinidades celestiales; y Bernardino de Saint-Pierre escribió lo que nadie ha dejado de leer llorando: á *Pablo y Virginia*.

Durante la Restauración, el Conde de Maistre levantó el último monumento monárquico en el mundo escribiendo *Las veladas de San Petersburgo*; Chateaubriand, con su genio incomparable, su constancia en el trabajo y su estilo florido, produjo obras como *Los Mártires* y *El genio del cristianismo*, que devolvieron á la religión todo su prestigio, y su belleza á las ceremonias del culto católico; Cuvier daba á la ciencia el colorido de la poesía y mostraba todos los encantos de la naturaleza; Arago, renombrado en la Europa entera como sabio, era, sin duda, entre los escritores de su siglo, el mejor, pues ninguno le aventajaba en la amplitud, suavidad y claridad de estilo, teniendo algo de deslumbrador que lo hacía adorar de la multitud y lo presentaba como uno de los más grandes vulgarizadores de la ciencia; Lamartine ya preludiaba en su lira de oro y de marfil esos cantos divinos que el cielo le inspiró; y Casimiro de la Vigne tenía «un himno para cada grandeza y una lágrima para cada dolor de Napoleón.»

El mejor gobierno que la Francia ha tenido en este siglo fué el de Luis Felipe de Orleans: durante él se fundó el sistema parlamentario, y en él

Casimiro Perrier, Odilon Barrot, el General Cavaignac y otros hombres políticos produjeron obras oratorias de un mérito admirable; la prensa adquirió un vuelo desconocido y, como era natural, la literatura produjo maravillas. Entonces fué la época de los historiadores Thiers y Guizot; de Alfredo de Musset, Jorge Sand, Michelet, Girardin, Beranger, Luis Blanc y Julio Favre; de los oradores sagrados Lacordaire y Lamennais, del viajero Lamartine, del dramático Alejandro Dumas, del novelista Eugenio Sué, del escritor de costumbres Balzac, del ingenioso Scribe, del crítico Saint-Beuve y del inmortal Víctor Hugo.

Olvidemos el Segundo Imperio, época de dolor para la Francia, y en la cual el brillo falso de un déspota no dejó brillar las glorias de aquella nación.

Actualmente, ¡ qué fecundidad ! Así como en nuestro país, cortado el vástago de un plátano, salen á su alrededor infinitos retoños, llenos de savia y de vigor, que crecen, se desarrollan y engruesan, y cada uno de esos vástagos da un racimo de frutos, hermoso, provocativo y suculento, así la República, pasando la cuchilla democrática, ha influído en la literatura francesa. Por dondequiera brotan los ingenios, salen los historiadores, se improvisan los escritores, adquieren fama los poetas ; Luis Ulbach, Emilio Souvestre, V. Sardou, Pablo Feval, Renán, Augusto Nicolás, Littré, Luis Figuier, Dupanloup, Eugenio Pelletan, Eduardo Fournier, Berthelot, Michelet, Pouchet, Guillemin, Peyronnet, Perdonnet, Michon, Laboulaye, Vallet, Huillard-Bréholles, Federico Morin, Vacherot, Eugenio Despois, Hauréau, Beulé, Amb.-Firmin Didot, Teófilo Gautier, Pablo de Saint-Victor, Pablo Mantz, Penguilli-L'Haridon, Leon Renard, Carlos Blanc, W. Burger, Alberto Jacquemart, Fernando de Lasteyrie, Arsenio Houssaye, P. Lanfrey, Eduardo Plouvier, Alfredo Assollant, Gabriel Guillemot, Edgar Quinet, Viollet-le-Duc, Atanasio Coquerel, Alejandro Dumas, Emilio Augier, Nestor Roqueplan, H. Taine, Ambrosio Thomas, Gustavo Chouquet, Alfredo Darcel, Federico Lock, Alfonso Carr, F. Copée, Octavio Feuillet, A. Daudet, E. Zola, Victor de La Prade, Javier Marmier, y otros mil; y todos juntos levantan un canto á la gloria eterna de Francia, que el mundo oye feliz y que lo transmitirá á las posteridad como el eco final de la voz de este siglo.



Arco del Triunfo en Paris-Pag. 485.

CAPITULO XXIX.

Baños—El Diorama—Arco del Triunfo—Jardín de aclimatación—Bosque de Bolonia.

HAY unos BAÑOS famosos en el Sena, llamados *La Samaritana:* al que tenga tentación de tomar allí uno, le aconsejo no lo haga, pues en París no hay agua ni para beber ; recuerde el lector aquel verso de Fray Gerundio :

«Español que á París vas,
Y á pedir agua te atrevas,
Te aconsejo *no la bebas*,
O te lleva Satanás »;

y sepa que la policía descubrió que la mantequilla era falsificada con las espumas grasosas que lleva el Sena; busque más bien una casa central de baños en tina, y tenga más precaución que la que yo tuve, para no dejarse engañar.

«*Baños á cuatro francos,*» dice el letrero de una casa de baños, situada cerca del Hotel de la Terrade, en los *boulevares;* y allí fuí yo, atraído por la elegancia y buen aspecto del establecimiento.

—¿ El señor quiere un baño *completo ?*

—Naturalmente, completo, dije.

Fuí conducido á un lindo retrete á media luz, en donde había un sofá espacioso, ropero, espejo y un baño de mármol blanco que recibía dos enormes chorros de agua, el uno de caliente, el otro de fría. Dos criados me atendían ; el uno había puesto una gran sábana blanca en el fondo del

baño y tenía las extremidades (muy buena precaución para no poner el cuerpo donde otros se habían bañado); y el otro tenía un montón de servilletas, una camisa con que yo debía entrar al baño, y otra para ponerme después; todo blanco, pulcro y caliente.

—¿ Quiere el señor su baño con agua de Colonia, ó prefiere vinagre aromático?

—Estoy por el agua de Colonia.

Vaciaron un frasco dentro del baño.

—Esto no es caro, francamente, decía yo para mis adentros, gozando de las delicias de mi baño perfumado.

—¿ El señor quiere que le frote las espaldas con esta esponja? Es muy agradable.

—Si usted se molesta, cómo no!

¡ Qué sabrosura! Deslizaba desde la nuca hasta los pies la suave esponja con un deleite supremo.

—¿ Enjabono á usted?

—Muy bien.

En el acto rompió el envoltorio de una pastilla de jabón de violeta, y me la disolvió en el cuerpo.—Esto es muy barato, francamente, repetía yo.

—¿ Le lavo y limpio á usted la cabeza?

—Vaya, pues.

En el acto un cepillo monstruo bajó del techo del cuarto, y manejado con rapidez por mi ayudante, me limpió la cabeza.

—Juzgo, me dijo el otro ayudante, que mientras usted reposa en el baño para que le haga provecho, yo pudiera hacerle la barba á usted.

—¡ Magnífico pensamiento!

—¡ Esto es baratísimo! me decía yo.

Salí del baño limpio y afeitado, me pusieron una camisa de lino abrigada, y mientras que uno de los asistentes me secaba la cara con una servilleta, el otro me enjugaba las espaldas con otra; y alternando emplearon hasta la última de la docena en los piés.

—¡ Esto es de balde!

Primer ayudante—Yo voy á cortar á usted las uñas.

¡ Qué obsequioso!—¡ Muy bien!

El otro.—¡ Ah! El señor tiene un callo que lo hará sufrir mucho en el invierno. Si me permite, yo lo extirpo en este momento.

—Convenido; pero que no me duela.

Segundo ayudante—Ah! ah! Le prometo á usted que nada sentirá.

Primer idem.—Voy á peinar á usted y á arreglarle la barba. El

establecimiento tiene la mejor...... (no sé qué) en botellas de madera, que se cierran perfectamente, para viaje; ¿quiere usted que le ponga un poco en el pelo ?

—Por complacer á usted....

Salió y trajo un frasco, un cepillo de marfil y un paquete de cosmético.

—Se conoce que el señor es muy delicado, y me he tomado la libertad de traer para usted este *cepillito*. Es tan desagradable para los señores usar lo del público !

—¡ Muy bien ! Muy bien !

Salí de allí fresco, limpio, joven y hermoso.

—Esto es suyo, me dijo el criado dándome un frasco, un cepillo de marfil y un paquete de cosmético; y presentándome la *petite* cuenta.

Un baño...fs.	4	...
Completo......	3	...
Agua de Colonia..	2	...
Servicio de frotar &c. &c	1	...
Enjugar...	...	50
Cortar las uñas...	...	50
Extracción de callos..	4	...
Afeitar	...	50
Peinar	...	25
Un frasco de ¡ Diablos !...	5	...
Un cepillo de marfil...	2	...
Un paquete de cosmético...	...	10
Total..fs.	22	85

¡ Santa Mónica de mi tierra !

¡ 22 francos 85 cs. !

Y nuestro *pourboire*, señor, *s'il vous plaît*.......

En un domingo durante mi permanencia en París nos convidámos el señor Pérez, el señor Parga y yo á una excursión al *Bosque de Bolonia*, y tomámos desde muy temprano un coche, encargando al señor Parga de los gastos comunes, por ser más juicioso y más práctico en la materia que mi otro amigo.

Tienen mal gusto los parisienses en no ser madrugadores, pues la mañana en el verano es risueña, y el sol, dorando los edificios y derritiendo el rocío que la noche ha derramado sobre los árboles y las flores, le da á

todo un aspecto radiante, que se pierde después entre el polvo que levanta la multitud.

Decir que París es un solo jardín, sería una exageración; pero asegurar que en la vía que tomámos, después de entrar á la *Plaza de la Concordia*, sólo jardines se ven, á derecha, á izquierda y al frente, y que los jardines no se sabe dónde principian ni dónde acaban, y esto por leguas enteras, no es mentira.

Atravesámos muy temprano la plaza mencionada, que termina, como he dicho, en dos enormes caballos de mármol, y entrámos á los *Campos Elíseos*, inmensa avenida de tres calles de árboles, grandiosa por su extensión y su amplitud, que á cada momento presenta una nueva decoración, á la cual vienen otras alamedas, y que en el espacio que hay entre las hileras de encinas que forman el camino y los palacios edificados á uno y otro lado, tiene *jardines ingleses* de sólo verdura; ó masas de flores unidas, surcos de geranios que con el olor de las violetas embalsaman el aire, círculos de rosas, senderos caprichosos, grupos de árboles que cortan la mirada y graciosos cenadores de enredaderas. Este es el sitio del bullicio y de la alegría de París ; de las iluminaciones *á giorno*, de las grandes revistas y el tránsito para el bosque de Bolonia.

A uno y otro lado hay restaurantes, cafés, teatros pequeños, barracas de madera donde se venden juguetes de niños, naranjas ó aguas frescas. Allí está el *Concierto Mozard*, á que asiste la aristocracia, el *Circo de la Emperatriz*, *Mabille* y el DIORAMA, al cual entrámos.

Este espectáculo, en el cual la ciencia ha logrado reunir todo lo que es preciso para engañar los sentidos á la luz del día, es uno de los más bellos que se exhiben en París, y creo que es único en el mundo entero.

Hay un edificio redondo, alto, al cual se sube por una escalera un tanto oscura, y al acabar de subirla se halla uno en presencia de *París durante el sitio.* Se ven el dombo del Panteón, las torres de Nuestra Señora, Montmartre &c., todas las calles que uno conoce, envuelto todo, eso sí, en humo, y la multitud que acaba uno de dejar alegre y bulliciosa, iracunda y furiosa, defendiendo la ciudad, llena de cadáveres; los cuerpos de guardia repletos de soldados acechando; los obreros rehaciendo las murallas; las Hermanas de la Caridad curando á los heridos; los cañones vomitando fuego, y el incendio invadiendo los edificios.

La ilusión es perfecta, se pasea uno en la rotunda, conversa con los espectadores, mira á uno y otro lado y siempre está delante *París incendiado*, de tal manera natural, que los franceses de las provincias lloran unos, otros se enfurecen y algunas mujeres, más impresionables, se desmayan.

Una hora habíamos pasado sin cansarnos, y el señor Pérez nos dijo:

—¡ Qué demonios ! Yo voy á descubrir en qué consiste la ilusión.

Se acercó á un extremo del espectáculo y tocó. Un cañón real y verdadero fué lo que encontró.

Fuése del otro lado, y se halló con un soldado vivo y armado. Entonces empezó entre nosotros y otros espectadores la chacota y el deseo de distinguir dónde acababa la realidad y dónde empezaba la mentira, y á apostar si un soldado que veíamos caminaba de veras ó era efecto de la luz; y como niños de escuela pasámos divertidos más de dos horas.

Mientras tanto el coche aguardaba en la puerta, ganándonos su alquiler, y feliz el cochero de que hubiera en el mundo hombres que hicieran tan bien su negocio. Seguímos nuestro paseo, y en el primer punto que nos detuvimos, á petición mía, lo despedímos, habiéndole pagado conforme á la tarifa y dádole su *pourboire*. Tomamos por economía otro coche, no por horas sino á la *course* (por la carrera); pero esto fué absurdo, pues en el primer punto que se me ocurrió desmontarme, la *course* estaba concluída y había que pagarle, darle el *pourboire*, y seguir á pie otra parte de nuestro paseo.

En Francia está todo reglamentado por el gobierno; todo es privilegio, todo es concesión; y el esfuerzo individual, la competencia, el estímulo no existen en el ejercicio de ninguna industria ni profesión, en lo que tenga relación con el servicio del público. Los ferrocarriles están sujetos á mil reglamentos y prevenciones para los pasajeros, que no existen en Inglaterra ó los Estados Unidos. Los ómnibus obligan al que los necesita á permanecer una hora en la oficina donde se expenden las boletas para tomar un puesto; y cuando el ómnibus pasa por allí, ya está *completo*, y tiene el pasajero que aguardar otras horas y correr la aventura de no hallar un lugar ni en la imperial; mientras que en Londres, al volver á mirar, ya se encuentran un ómnibus y un cochero solícito que lo invita á montar.

El servicio de coches en París no se hace por los particulares sino por una compañía poderosa que tiene el privilegio, mantiene los caballos y paga á los cocheros; y entre el gobierno y la compañía se han dictado reglamentos los más sabios para que el servicio sea caro, difícil y escaso. La verdad es que tratándose de cocheros, excepto en Bogotá (¿ por qué será ?), en todas las partes del mundo hay que sufrir por su rapacidad y malas maneras.

La mente humana está habituada á considerar los grandes monumentos siempre entre ruinas y levantándose á despecho del tiempo para transmitir la historia de generaciones que se extinguieron, de razas que pasaron, de héroes perdidos en la noche del tiempo, y esto quizá aumenta su majestad

y su prestigio. El Templo del sol nos lo imaginamos en medio de las soledades del desierto y entre las ruinas de Palmira; el Coliseo, entre las sombras de la noche, silencioso y solitario, y el Arco del triunfo de Trajano, revelando la grandeza de Roma, y en medio de una raza que ignora hasta su origen.

El grandioso ARCO DEL TRIUNFO, llamado *Arc de l'Etoile*, se levanta imponente para inmortalizar la gloria del pueblo francés, y para contar la historia contemporánea de esa nación de héroes, y en medio de los hijos de los gigantes, cuyos nombres están allí inscritos, y que inspirándose en esos recuerdos esperan también la hora del combate y de la gloria.

Este monumento es en verdad imponente; y allí la piedra ha tomado la majestad severa que caracterizaba los monumentos romanos, y los medios relieves inspiran las pasiones del patriotismo, de la gloria y la venganza que animaron á los grandes republicanos.

El *Arco del triunfo* fué mandado erigir por Napoleón á la *gloria del grande ejército* en 1805, y desde entonces se ha estado trabajando; pero un pensamiento más generoso hizo que se concluyese para todas las *glorias de la Revolución.*

Hé aquí las dimensiones de ese arco colosal y la descripción que de él puedo hacer :

Altura, ciento cincuenta y dos piés ; ancho, ciento treinta y siete; espesura del muro, sesenta y ocho piés. El gran arco ó entrada central tiene noventa piés de altura y cuarenta y cinco de ancho. Cada uno de los arcos pequeños que están á los lados tiene cincuenta y siete piés de alto por veinticinco de ancho.

Esta inmensa masa de piedra está en el centro de una plaza redonda, rodeada de palacios de príncipes, en la cual terminan los *Campos Elíseos* y doce *avenidas* más, que se abren en forma de estrella, llevando muy lejos sus alamedas de encinas y nogales. El arco es una portada maciza de piedra, que termina con una cornisa volada ; y es esto lo que limita los *Campos Elíseos.* Presenta dos grandes frentes y dos más pequeños á los lados, y da entrada á la *Avenida de la Emperatriz.*

En los muros de los dos grandes frentes hay cuatro medios relieves, de colosales dimensiones, admirablemente trabajados y de sorprendente efecto; cada figura tiene seis varas de grande, y cada grupo mide quince varas de extensión.

El de la derecha, á la entrada, representa *La Patria !*...El genio de

la guerra da el grito de alarma y muestra con la espada al enemigo. Es una mujer hermosa, enfurecida, que parece gritar :

¡ Quoi ! ces cohortes étrangères
Feraient la loi dans nos foyers !

....

Aux armes, citoyens ! Formez vos bataillons !
Marchons ! marchons !
Qu' un sang impur abreuve nos sillons !

El corazón de los colombianos es de estopa ; y el cuadro tiene tanta animación, tanta vida, que un movimiento común y espontáneo nos agrupó con el pensamiento en torno de Colombia.

El grupo que está del lado opuesto, representa *La Resistencia.*

Un soldado joven defiende á su país, invadido por el enemigo ; de un lado su padre, herido, le abraza las rodillas; su mujer quiere detenerlo, teniendo en los brazos un niño ; pero un genio simbólico impulsa al joven á la pelea.

¡ Ah dolor de las guerras civiles de Colombia ! ¿ Quién entre nosotros no ha visto á la mujer que llorando y con el hijo en los brazos quiere detener al esposo, el cual sin embargo se ve obligado á partir en defensa de convicciones que son á sus ojos la verdadera patria ? Extravío del patriotismo ! Fuego sagrado caído del altar que incendia el templo ! Ilusión que embellece el campo de la muerte ! ¡ Ojalá nunca vuelva el clarín de la guerra en mi patria á despertaros en el alma de los colombianos!

El grupo de la derecha representa *El Triunfo.* Napoleón, en pie, ocupa el centro, y está coronándolo la Victoria, mientras que la Historia escribe los hechos que la Fama publica.

Siempre que tres colombianos están juntos, hay tres opiniones diferentes, que se defienden con ardor, con pasión y con vehemencia. El señor Pérez era admirador de Napoleón, y se sentía entusiasmado ; y yo nunca lo he querido ni admirado ; y al pie del *Arco del Triunfo* se formó, acerca del grande hombre, una discusión tan acalorada como las que diariamente se presencian en el atrio de la Catedral de Bogotá.

Entretanto el señor Parga se había pasado del otro lado y contemplaba absorto el grupo de *La Paz.* Un guerrero guarda la espada, inútil ya, y á la derecha una madre dichosa, rodeada de dos niños, los mira enamorada. Un soldado vuelto á su hogar, y todavía con la blusa de la campaña, se ocupa en domar un toro para uncirlo á la carreta de trigo que está cerca.

Encima está Minerva, protectora del orden y maestra de las ciencias y de las artes.

—Esto es lo que á mí me conmueve y lo que quisiera para mi patria, nos dijo el señor Parga, cuando nos acercámos.

En la decoración exterior, treinta Victorias sostienen la cornisa; y en el interior ¡ trescientos veinticuatro ! nombres victoriosos de mariscales, de generales en jefe y generales de división, cada uno de los cuales realizó prodigios y es un héroe legendario, están grabados sobre la piedra.

—Hé aquí, decía yo, siguiendo como buen colombiano la discusión con el señor Pérez, que este arco es el símbolo de la historia de Napoleón apoderándose de la Francia por el entusiasmo, la que le da tres millones de héroes para la defensa común, haciendo suyas las glorias de trescientos veinticuatro generales, que valieron é hicieron tanto ó más que él desde el principio de la Revolución, alzándose con el poder y levantando para él solo un monumento que á todos pertenece.

Almorzámos en uno de los muchos restaurantes que en el tránsito hay, al aire libre, muchas cosas exquisitas y vino blanco.

—El día de gastar se gasta, nos decía el señor Pérez con su eterno buen humor, y haciendo alusión á un compatriota nuestro, que había dicho pocos días antes lo mismo, y había concluído por pedir, para obsequiarlos, entre dientes y para que no entendiesen, *Une demi bouteille du vin ordinaire* (media botella de vino común), que vale tres cuartillos.

Concluído el almuerzo, fuimos al Jardín de Aclimatacion, que se abre al principiar el Bosque de Bolonia, junto á la puerta *Sablons*. Es éste un establecimiento privado, fundado y sostenido por una compañía anónima; y cuyo objeto es mantener toda clase de animales raros para exhibirlos al público, aclimatar los de otros países que puedan ser útiles en Francia, y mantener y mejorar las razas de los animales domésticos del país. Colocado en un valle accidentado y lleno de árboles, atravesado por un riachuelo que se convierte á veces en lago, y lleno de un sinnúmero de animales mansos; de vacas hermosas que se dejan ordeñar y elefantes que reciben en la trompa los frutos que se les dan, de conejos que se cruzan, de pajaritos que se posan en el hombro, y de otros animales mansos, no diré yo que es el *Paraíso terrenal*, sino que se parece mucho al paisaje ideado por los pintores, en donde se representa á Adán dormido.

Pero más de cuatro mil niños que allí van de uno á otro lado, le dan pan al elefante, acarician los venados y se ríen de los micos, dejan ver que Adán despertó teniendo á su lado una bonita compañera, y que después por cuatro mil años á todos ha tocado una linda compañera. El jardín

produce de entradas ciento cincuenta mil francos, debido principalmente á los muchachos.

El que quiera gozar en este jardín y tenga hijos, que lea primero el divino canto de Víctor Hugo *Le poeme du jardin des plantes*, traducido por mi hijo José Rivas Groot, del cual es este fragmento:

Te quiero confesar, Juana querida,
Que con inmenso amor amo las fieras;
Te divierten al par que á mí me instruyen,
Y siento, al contemplar esas cabezas
Con terribles fulgores en los ojos
É hirsuta salvajez en las melenas,
Que Dios con algún fin puso en sus frentes
El claro oscuro de las hondas selvas.

Soy el bardo curioso que, nacido
Para creer y amar, busca y sondea
(Al ver el aspid que con giro mudo
Hasta la rosa por los tallos trepa,
Sin que la rosa su contacto esquive)
La ley contraria por la cual se ordena
Que no teman las flores á la sierpe
Y que las niñas al Demonio teman.

En tanto que cual reyes oprimimos
Con nuestras plantas la anchurosa tierra,
Y con lucha tenaz nos agitamos
En el pequeño afán de la grandeza;
Allá, como en un antro misterioso,
A nuestros pies, entre la vaga y negra
Confusión del no sér, un mundo extraño
Con el grave mirar de la sorpresa
Y el mudo asombro que el humano infunde
Nos mira; en tanto que la pobre bestia
Y el ignorante mónstruo á nuestro yugo
Con majestad humilde se doblegan;
Y al sufrir la maldad de aquel imperio
Y el dolor á que el hombre lo condena,
Siente el bruto que el hombre es un demonio
Y que el hombre es un dios el bruto piensa.

Oh! Cuán extrañas leyes busco y hallo
Al hundirme en la gran Naturaleza,
Y al detenerme extático y confuso
Del sagrado misterio ante la puerta!
Y cuánto asombro llena el alma mía
Cuando, á la luz tranquila de la ciencia,
Miro que el vientre de Behemot horrible
Un ángel lleno de dulzura engendra,
Y que se agita monstruo repugnante
En el seno de Venus Citerea!

Oh transfiguración! altura! abismo!
Mi espíritu arrobado te contempla;
Sé que por ti la repugnante larva
Se torna mariposa en primavera,
Y que por ti también el alma pura,
Cuando el harapo de las carnes deja,
Cobra sus alas, mira lo infinito,
Y el vuelo tiende á la ignorada esfera.

En fin, ya estamos en el renombrado BOSQUE DE BOLONIA; y allí vamos á pasar el día.

Éste es el jardín de Armida en la imaginación de todas las mujeres del mundo que han oído hablar de su belleza; pero en realidad de verdad, más que verlo, al oír contar que éste es el lugar en donde todos los lujos se ostentan, todas las elegancias se despliegan, todas las coqueterías se emplean para atraer, y todas las fantasías se mezclan para seducir, y que es el teatro de la belleza, yo creo que todas lo que desean es estar allí para ser vistas y recibir su tributo de admiración y los homenajes debidos á su hermosura.

El *Bosque de Bolonia* es un inmenso espacio, en donde hay un verdadero bosque de encinas seculares y de agrestes pinos; dos ó tres poblaciones como Passy, que son nidos entre el follaje; otras, como Auteville, compuestas de quintas fantásticas, veladas por cortinas de verdura y pabellones escondidos, como dispuestos para una luna de miel; que á lo lejos deja ver el campo abierto, y un circo para carreras de caballos, y que al mismo tiempo es un vasto jardín, en el cual se encuentran lagos espaciosos y cristalinos, un río que lo atraviesa en todas direcciones, formando aquí la isla de Calipso, más allá un recodo sombrío, atravesado por puentes de ladrillo ó rústicos de madera, ó simplemente por una vara, por la cual se empeñan

en pasar los amantes, diciendo: «el primer paso es el que cuesta trabajo,» con una magnífica cascada; kioskos chinos, senderos extraviados y todo cuanto pueda embellecer el paisaje y deslumbrar la mirada.

Siguiendo una de sus largas alamedas se va á la orilla amena y verde del Sena y á una vasta pradera en donde está el circo de las carreras. Nada más risueño y más encantador que este sitio. Todo está dispuesto para encantar la vista, que descansa sobre los paisajes más risueños y variados, de colinas caprichosas, de bosques y de prados, y cerrando la decoración un viejo molino rústico, cuyas paletas eternamente mueve el viento. De otro lado hay senderos embalsamados por el olor de las encinas empapadas de rocío; el murmurio que el viento produce al agitar las hojas de los árboles, el ruido amortiguado de la cascada y el lejano de la ciudad, resuenan en la sombra, y se ve allí paseándose una que otra pareja, que recuerda

«El dulce lamentar de dos pastores.»

El aspecto del bosque iba cambiando con las horas del día: apacible, sereno, tranquilo, por la mañana, sólo se veía atravesar á los caballeros y señoras de á caballo; á medio día alegres caravanas á pie, compuestas de jóvenes y señoritas, iban llegando y estableciendo su campo de placer. Una novia con el vestido blanco, el velo y la corona de azahares, á pie, de brazo con su esposo, y una larga comitiva de gentes de la clase de artesanos, daban vuelta al lago y se preparaban para una comida debajo de los árboles. Muchos hombres vestidos de marineros, con el cuello descubierto, gorro de paño en la nuca, riéndose con estrepitosas carcajadas, admirándolo todo, saludando á todo el mundo con cortesía, y marchando de dos en dos para tenerse mutuamente; y muchos ómnibus que llegan y vacian en distintos lugares familias que vienen á pasar el día, empiezan á animar el paisaje. Por la tarde, las avenidas, los caminos desaparecen, y sólo se ve un cordón de coches, como las cuentas de azabache de un collar, cordón que se extiende y prolonga por todas partes en eterno movimiento; y el campo cubierto por la multitud, vestida de abigarrados colores, que en grupos y esparcida en el inmenso campo, baila, canta y ríe.

Junto á la cascada, y oyendo su ruído armónico y monótono, teniendo delante este animado panorama, debajo de un emparrado, y al frente de un hotel de construcción morisca, comimos nosotros; y acabámos la comida ya de noche.

Nos fuimos entonces al Hipódromo, que está situado en una de las avenidas de la Estrella, y que es un vasto edificio de fierro, cubierto de cristal, que puede dar cabida á diez mil espectadores, colocados en anfiteatro,

y en cuyo centro está el gran circo hípico, lleno de arena y perfectamente iluminado.

Las más bellas mujeres, vestidas como castellanas de la Edad Media y manejando sendos corceles, cada una con un caballero vestido como el *Doncel de don Henrique*, fueron apareciendo, como salidas del fondo de la tierra, en uno y otro lado del circo, y colocándose una en frente de la otra las parejas, empezaron á bailar *los Lanceros*, yendo hasta el centro, haciendo *las cortesías*, para lo cual doblaban la rodilla los caballos; luégo *las visitas*, el *balancé*, cadenas al centro, cadenas de media, de una y de dos vueltas: luégo galopa, y por último, una figura linda en la cual, yendo unas parejas hacia un lado y otras por otro, al rededor del gran circo, pasando un caballo delante del otro y cediéndole el paso al que viene, forman una serpiente que se desenvuelve y hace brillar con acompasados movimientos las mil escamas de su piel brillante.

Después en coches dorados, tirados por cuatro caballos, traen al centro del circo á una mujer, vestida de luz, si es que está vestida, y saltando, de pie sobre un ligero y rápido corcel, hace admirables pruebas de agilidad y de destreza; salta cintas, obliga á su caballo á que pase por entre arcos por los cuales apenas cabe, lanzando adelante la cabeza y las manos, pasando ella por entre otros arcos incendiados; y devuelve al público una sonrisa y una cortesía cuando á cada una de estas pruebas la colman de aplausos.

Los payasos, originales y graciosos, hacen mil extravagancias y pruebas de una agilidad asombrosa, manteniendo la hilaridad en los espectadores hasta muy tarde, y llenando todos los intermedios de una variada función.

A lo último los *Carros olímpicos* van llegando á la escena. El uno es manejado por una diosa que lleva el tridente de Neptuno, y vestida como ondina; el otro carro parece de fuego y en él va Proserpina entre llamas. La orgullosa Juno aparece amenazante. El carro de Venus tiene la forma de una concha; y Ceres va con su haz de espigas en la mano ; y hasta veinte carros de formas diferentes, tirados por caballos de distintos colores y manejados por mujeres elegantes, en pie y con gallarda actitud, van pasando por delante del espectador; primero lentamente, después apurando el paso, luégo ponen los caballos al trote, más tarde los hacen galopar, y últimamente los lanzan á la carrera, se disputan el paso, van rápidos como el rayo, dan vueltas vertiginosas, se pierden, se confunden; y en un instante dado, los caballos se paran, y aparecen las diosas en fila delante de los espectadores.

Eran las doce de la noche cuando volvimos á París.

CAPITULO XXX.

Melancolía—Carta á un amigo—Murillo.

UNA profunda tristeza dominaba mi espíritu al día siguiente. La más negra melancolía invadía mi alma, como si una grave enfermedad moral me llenase de remordimientos; y recordaba en mi dolor las soledades desiertas del Magdalena, en mi patria, donde había pasado diez años de la vida consagrado al trabajo y feliz con la contemplación de la naturaleza, sin oír el ruido de las ciudades ni sentir el fastidio del placer.

¡Ah! ¡El placer! Mentido sueño de la juventud; atroz suplicio de la edad madura; imposible tormento impuesto al alma, que la degrada, esclavizándola en cierta edad!

Yo prefiero el trabajo que la purifica y la ennoblece, como purifica el fuego de los volcanes al formar el diamante.

De todas las filosofías la peor es la del deleite, que enerva el alma y lanza el espíritu, sin estímulo, en un mundo de pálidas sombras, á las cuales tiene que dar vida con su propio aliento, amortiguado ya.

No hay placer sino en el trabajo que fortalece, el cual en medio de ilusiones, engrandeciendo de día en día el horizonte, perfeccionando las facultades intelectuales, dando vigor al cuerpo y estimulando el corazón, ofrece goces que renuevan su belleza y su virginidad, como las huríes del paraíso de Mahoma. Imaginad un deleite, saboreadlo, repetidlo. Ya el placer pierde su intensidad; repetidlo aún, ya es insípido; repetidlo, ya se hace enojoso; repetidlo, ya es intolerable; dadle la forma de la eternidad y tendréis la

idea del infierno. Además, esas civilizaciones del deleite traen siempre la esclavitud y el cortejo de dolores y lágrimas de las víctimas á quienes sacrifica. En los triunfos de los emperadores romanos iban encadenados los reyes de los países extranjeros. La riqueza en Roma acumulada representaba el despojo de todas las naciones del mundo. La diversión del pueblo romano costaba la vida y la sangre de los gladiadores.

¿ Cuál es la víctima de la nueva civilización ?

Ay ! ¡ La mujer !

Este es un poema de dolores y lágrimas, para el cual ningún poeta ha encontrado ecos humanos, y que debe conmover todos los corazones y desgarrar las entrañas de todas las madres.

Un ángel coronado de la luz de la inocencia, rápido vuela en el espacio, y el esplendor de su belleza y el perfume que trasciende dejan en medio del firmamento una vía láctea, que en medio de la noche puede verse; y alegre y feliz es el ángel que canta esas canciones, que hacen sonreír á los niños en su cuna, y que son sólo los recuerdos del cielo. Siente el ángel como tristeza al verse solo en medio de los mundos, que giran luminosos y describen en los diversos cielos, con letras de fuego, el nombre de Dios, nombre que él puede leer, porque es espíritu puro, creado y destinado al servicio del Eterno ; siente como tristeza y quiere volverse á la mansión común de los ángeles, en la cual tenía su trono de oro, pero le falta aliento. Cansado, pliega las alas luminosas y siente que á su pesar va descendiendo á abismos desconocidos para él. Hace un esfuerzo, se detiene un momento, mira arriba y ve la gran portada de su hogar celeste; pero ¡ ay ! él está demasiado lejos, y nadie en la morada sabe que emprendió ese vuelo.

Más cerca está un mundo hermoso, que tiene verdes prados y murmurantes arroyos, en donde puede descansar, y á él emprende el vuelo; llega, sienta el pie, y sus alas se incendian espontáneamente, quedándole sólo su belleza suprema para encantar á todos, como encanta una mujer hermosa.

Volar ya es imposible, y la primera lágrima inocente que vierte es consagrada al recuerdo de su patria, que era el cielo, y á la cual jamás habrá de volver; y siente el dolor de todo desterrado que entre sueños de dicha ve á su patria.

Arde en su alma el fuego desconocido de las pasiones, mezcla de deleite supremo y de tormento indefinible, pero que la conmueven y la agitan, y á su pesar la impulsan por senderos desconocidos, en donde la luz que en la frente llevaba va extinguiéndose; y el dolor humano, en forma de espinas, la hiere y le desgarra los pies.

Lleva á la frente las manos como para buscar inspiración, y al solo

contacto de esa mano que tocó la tierra, estalla y cae en pedazos la corona inmortal que Dios le dió; y ya como reina destronada, los pies desgarrados, sigue por el mundo, dejando en los zarzales jirones de su vestido y parte de su belleza. Al extremo del camino se encuentra desnuda, y de misericordia pide la piel de una bestia para cubrirse, y como una bestia el mundo la ve pasar; pero ella conserva aún el recuerdo del cielo que perdió, y la inteligencia y la razón que le enseñan cuán triste y deplorable es su actual estado.

La bestia tiene sed y hambre; la bestia es perseguida y se enfurece, y se vuelve contra los que la persiguen, con la melena encrespada, el cuello recto, la mirada encendida y armada de garras formidables, como esas visiones del infierno, mitad mujeres y mitad monstruos, que beben ponzoña y que vomitan llamas.

Del un lado el ángel de Dios y del otro la furia del infierno; hé aquí el poema de la mujer escrito por esta civilización.

¿ De qué le sirve al padre que ve este poema escrito para su hija, la magnificencia del Louvre, el esplendor de Versalles ni el Arco de la Estrella? ¡ Maldita la civilización que no redime al esclavo, al mendigo y á la mujer perdida !

Profundamente disgustado con París, me fuí al Havre á desempeñar el destino de Cónsul que el Gobierno de Colombia me había dado, y escribí antes al doctor Manuel Murillo esta carta:

París, 15 de Abril de 1878.

Señor doctor Manuel Murillo.—Bogotá.

Mi querido amigo :

Estoy confundido y procurando explicarme por qué Francia, gobernada casi siempre por los hombres más ilustrados de su siglo y dominada sólo á veces por el espíritu militar, es una nación enervada, y Alemania, habiendo tenido gobiernos menos ilustrados y convertida siempre en una monarquía militar, es una nación joven y llena de esperanzas.

Todo el mundo sabe que el pueblo francés es más inteligente, más culto y más espiritual que el pueblo alemán. Francia es más rica que Alemania, y la propiedad y la riqueza están aquí mucho mejor repartidas que allá. ¿ De qué proviene, pues, la palpable decadencia de esta nación y el engrandecimiento de la otra ?

¿ De las escuelas ?

Indudablemente.

Pero es necesario reconocer que las escuelas no hace un siglo que

empezaron en Alemania ; y que ellas son más bien un síntoma de la civilización de un pueblo, que la causa primera que lo impulsa al progreso, al adelanto y al engrandecimiento.

Lo que hace á un pueblo grande y á otro débil, son, á mi juicio, *las costumbres*, y la diferente forma social que ellas producen.

Saber por qué se han formado diversas costumbres en el uno y en el otro pueblo, es resolver un mismo problema ; pero yo encuentro que hay una causa que de diferente manera ha obrado en las dos naciones y á la cual atribuyo en mucha parte su diverso modo de ser. Esta primera causa es la riqueza que ha pervertido á la una, y la pobreza que ha mantenido en el trabajo á la otra.

Siguiendo su consejo, busqué el París de la ciencia y he asistido á las conferencias de la Sorbona, en las materias que podía comprender. Dos sentimientos dominaron mi alma : el de una profunda admiración por el adelanto de las ciencias aquí, y el de una gran tristeza al ver lo inútil que es la ciencia, no sólo para hacer á las naciones dignas, sino también para salvarlas.

Los grandes problemas políticos y económicos son resueltos en esas conferencias con gran facilidad, con precisión matemática, y de una manera evidente. En las demás ciencias la Francia va á la vanguardia, y ninguna otra nación ha podido arrebatarle el cetro de la literatura. Y sin embargo, la Francia, como prueba de decadencia, ha sido batida por Alemania. ¿ Qué vale, pues, la ciencia ?

Había en el Bajo Imperio acumulada toda la civilización que Grecia y Roma habían creado, y las chispas que se desprendieron con el golpe de su caída bastaron para sacar á la Europa entera de la oscuridad de la Edad Media, y fueron la causa del *Renacimiento* de las ciencias, de las artes y de la literatura en todas las naciones. Pero el Bajo Imperio no podía subsistir ya por la corrupción de costumbres, por su degradación moral y por la enervación de sus hombres; y los turcos no lo conquistaron, sino que lo sometieron al yugo de la Media Luna.

Yo creo que hay algo de esto con la civilización moderna de Europa. Ella no puede contrarrestar la inevitable caída del régimen actual, pero á su caída la ciencia irá á fecundar todas las naciones del orbe.

Mi absoluta ignorancia en todas las artes produce en mí el fenómeno de que los grandes edificios no me sorprenden, y de que en los museos, pasmado de ver semejantes acumulaciones de cosas raras ó notables, no puedo, sin embargo, sacar provecho alguno de su visita. Por esta razón principalmente me he consagrado más bien al estudio social de las naciones por donde

paso, para ver si encuentro la causa de su diversa organización, y poder así apreciar los buenos y los malos elementos que han entrado en su constitución. Sin que niegue en absoluto la influencia de la raza sobre las costumbres, creo, sin embargo, que hay causas poderosas que modifican esta influencia hasta llegar á destruírla; y que todo pueblo, sea cual fuere la raza á que pertenezca, puede llegar á un alto grado de civilización y formar una nación libre y poderosa, si logra apartar los malos elementos que hay en toda sociedad, y si llama en su ayuda las fuerzas ocultas que impulsan á la libertad y al progreso.

Las instituciones políticas determinan la belleza de la forma ; pero la constitución de la sociedad se refiere á causas superiores y mucho más poderosas. En mi opinión, las convulsiones y las guerras civiles tienen origen en la falta de armonía entre la constitución social de un pueblo y sus instituciones políticas. En Inglaterra habría guerras permanentes si por casualidad un dictador arrebatase el poder público, ó si fuesen violadas las garantías individuales. En Francia, los tradicionistas, los imperialistas y los legitimistas harán siempre guerra á la República, y mantendrán el país en eterna ansiedad.

¿ Qué es, pues, lo que forma y caracteriza de distinta manera á los pueblos de Europa, que deberían formar una sola familia ?

Hasta ahora he podido descubrir dos influencias :

1.ª La religión.

2.ª La mujer.

La primera es universalmente reconocida ; pero en mi opinión, no se le concede toda la fuerza que en realidad tiene, sobre la moral, las costumbres, las ciencias, las artes y el porvenir de los pueblos.

Estudiando la religión de Egipto, leyendo su historia y viendo en el « Museo Británico » sus estatuas y muchos restos de sus monumentos ; y comparando estas muestras de la civilización egipcia con las que han quedado de la civilización helénica, he adquirido la convicción de que la religión *imprime carácter*, y que un pueblo, hasta en sus manifestaciones sobre la belleza y el gusto, se resiente de la idea religiosa.

Sobre la segunda influencia puedo asegurar á usted esto : allí donde la casualidad, los instintos generosos del pueblo ó la religión elevan á la mujer, la nación se engrandece; y por el contrario, la esclavitud material ó moral de la mujer trae la degradación inevitable de la sociedad que la esclaviza.

Veamos lo que pasa hoy en Europa :

En Inglaterra las costumbres tienden á hacer de la mujer un *traba-*

jador como el hombre en la obra de la civilización, y tiene su *tarea* y su *jornal.* En Alemania se quiere que sea *centro de la familia*, y tiene derechos que la ley y las costumbres reconocen. En Francia la mujer es una *cortesana;* en España es una *monja.*

La Inglaterra es la nación más rica, más industrial, más libre y más sólidamente constituída que hay en Europa; y bastará que acabe con sus leyes sobre la propiedad raíz y los mayorazgos para que pueda resistir impasible las más serias tempestades que se desencadenen aquí.

La Alemania crece, llena al Nuevo Mundo con su emigración, y la condición de las familias y el porvenir del pueblo mejoran cada día, á pesar de las enormes contribuciones de sangre y de dinero que el gobierno les exige.

En Francia la población se estanca, y no alcanzarían á salvarla ni la proclamación de la República ni sus leyes admirables sobre la propiedad, si hubiese una catástrofe. París es un monstruo que devora no sólo la riqueza, sino las víctimas que de todos los Departamentos envían como tributo á su civilización.

Es que la corrupción está en la médula de los huesos, y se necesitará una absoluta regeneración de su sangre para volver á aparecer en el porvenir.

La República, la prensa libre, el sufragio universal, los ferrocarriles, los telégrafos y cuanto la ciencia moderna ha inventado para hacer adelantar á las naciones, todo se ensaya en España, y esta nación vuelve siempre la vista al Escorial para saludar la sombra de Felipe II.

Hasta dónde llega la maléfica influencia de las tradiciones galantes de Luis XIV en Francia y la depravación de costumbres que enseñó Luis XV, no lo puede medir nadie sino es viniendo á París, y viendo al través de todos los encantos y refinamientos de la civilización, la cultura, la riqueza y la ciencia, una sociedad completamente estéril y sin conciencia de su situación, porque la corrupción, convertida en atmósfera, es respirada por todas las clases y en todas las condiciones de la vida.

La prostitución es la forma de la esclavitud moderna en la mujer. Y ¡venturosas las mujeres de Oriente que son esclavas de un solo hombre, y que tienen algunos derechos en la casa de su amo, ó en el harem de su señor! En Occidente la mujer es esclava del vicio, á nadie pertenece, todos son sus dueños; y ella, renunciando virtud, honor, familia, afectos, dignidad, pudor y cuanto es grato al corazón y forma el encanto de la juventud, tiene que pasar la vida en un mercado eterno, vendiendo su amor de hoy para vivir mañana.

Esta esclavitud, como la de los vencidos en Roma, como la de los

negros en América, no sólo clama al cielo por redención, sino que es un mal social inmenso que trae mil peligros para el porvenir.

Voy á hablar á usted de uno solo de ellos.

La sociedad se encarga de corromper cincuenta mil niñas de las más bellas y de las más graciosas que necesita París para sus placeres y sus casas de prostitución.

Para conseguirlas, le dice al oído á cada una de las jóvenes en las familias:

—¿ Queréis ser esposa y madre ?

—Sí.

—Es preciso entonces que tengáis dote ó que os preparéis para una vida de trabajo, de privaciones y de sufrimientos.

—En vez de pediros dote, los hombres os darán dinero, si sois artista, cantatriz ó *cocotte*. Pañolones de cachemira, trajes de seda, diamantes y joyas te sobrarán, y llevaréis una vida de fiesta, de alegría y de placer. Y quién sabe ! Quizás más tarde seréis duquesa de Inglaterra, princesa rusa ó Reina de Baviera. La *cocotte* ha sido todo esto ; y ella tiene á sus plantas el porvenir de las familias honradas.

O no les dice nada, y las niñas van, arrastradas por la miseria, por una desgracia, por la perfidia de un hombre ó por su propia espontánea voluntad ó mala inclinación, entrando día por día en el templo de la prostitución, de donde creen que jamás saldrán.

El tiempo pasa, y las mujeres que entraron jóvenes y hermosas, acostumbradas á la ociosidad y á los placeres, con necesidades exigentes, habituadas al licor, depravadas de alma y marchitas ya de cuerpo, son despreciadas y arrojadas á la calle, sin quien cuide de ellas, sin pan y sin asilo.

Estas cincuenta mil mujeres son entonces furias infernales, que viven del delito, del robo, del asesinato y del envenenamiento; y que aguardan un momento propicio para derramar el *petróleo* y ver incendiado á París.

El gobierno francés mandó por centenares á las *petroleuses* de la Comuna á morir sobre las costas de Nueva Caledonia; pero las *petroleuses* del porvenir las he visto yo en la Opera, en los teatros y en los *boulevares* de París.

En los desiertos de Africa, los habitantes de un oasis cubren sus palmeras para que el polen fecundante no vaya á las palmeras del oasis de sus enemigos, y que así, no produzcan frutos en el porvenir. Inútil empeño. Las palmeras aparecen siempre cargadas de racimos. Eso sucede en Francia, en donde se cree que el germen corruptor puede encerrarse en una sola

clase de la sociedad. Engaño. Los frutos de la corrupción se ven en todas las clases sociales.

Balzac escribió la *Fisiología del matrimonio* para demostrar que en la clase rica, elevada y distinguida de la sociedad, apenas una entre ciento de las esposas legítimas podían salvarse de la corrupción moral que las rodea. Y Alejandro Dumas hijo ha escrito el drama de *La mujer de Claudio*, para demostrar que hay derecho y deber en el marido de matar á la mujer adúltera ! ¿ Concibe usted que pueda subsistir semejante sociedad ?

Ésta es sólo una de las causas que, en mi opinión, empujan á Francia hacia un abismo, y he tratado de ella, porque el elocuente y sabio Monsieur Caro daba en la Sorbona conferencias sobre el matrimonio; y con gran sorpresa de mi parte, lo oí siempre hablar como si estuviese en la primitiva y severa Roma, sin volver jamás la mirada á la sociedad en donde vive, y en la cual apenas si una que otra mujer se casa, y los centenares de miles de desgraciadas nacen, viven y mueren sin que ni la ley ni la sociedad se cuiden de su suerte.

Yo le atribuyo una grande influencia á la mujer en la sociedad; y por lo mismo me preocupa mucho la posición de las de nuestro país, y verlas apartadas de los asuntos serios y en abierta contradicción con las ideas, creencias é intereses de sus padres, de sus esposos y de sus hijos. Porque el dilema es inevitable. O ellas caen del puesto que deben ocupar, y son miradas sólo como un objeto de amor, de ternura ó de placer, ó no ayudan á la marcha de la sociedad, y sufren con su nulidad. Y en uno ú otro caso graves conflictos se preparan para el porvenir.

A usted y á sus amigos de todas las épocas ha tocado la gloria de fundar la República democrática en nuestro país ; pero á la generación que viene le corresponde dirigir el movimiento social de la mujer, y asignarle su rango como en Inglaterra.

Para lograrlo, es necesario aclarar su espíritu y elevar dignamente su carácter. Lo primero será la obra lenta de la educación y del tiempo. Lo segundo depende enteramente de la posición que se le asigne en el hogar, y en el desempeño de deberes que á ella corresponden.

Esta será una reparación de la falta que todos hemos cometido con la mujer en nuestro país.

La mujer colombiana es de tan diversos tipos como son los climas en donde vive: generalmente hermosa, de ojos grandes, mirada lánguida, color de rosa, cuerpo esbelto y pie ligero, participa de la naturaleza vigorosa de nuestro suelo, tiene grandes pasiones, corazón ardiente, inteligencia pronta, viva y despejada, é instinto generoso para el bien; pero las

costumbres le tienen asignado un lugar ínfimo en la sociedad, haciendo estériles para el bien sus grandes dotes morales é intelectuales; y esto no es bueno para nuestro país.

Yo veo que el serrallo acabó con la civilización y el prestigio de los árabes; que la prostitución acabará con la civilización y la grandeza de los franceses; pero también veo que el aislamiento y la condición inferior de la mujer en nuestra patria no son los más propios para el desarrollo rápido de la civilización entre los colombianos.

Hacemos de la mujer, cuando el amor que ella inspira nos domina, una diosa á la cual rendimos adoración y culto, y le llevamos como ofrenda joyas, perfumes, flores y poesías; pero en la realidad de la vida apartamos la diosa de toda influencia en nuestro destino y de toda influencia en nuestro porvenir.

Nosotros, exagerando un amor y una ternura con los cuales hemos engañado siempre á la mujer, la hemos tratado en realidad como á un sér de cuya debilidad de espíritu y exagerada sensibilidad hay que preservarse.

¿ Cuál es el hombre que en Colombia ha asociado la esposa á sus negocios ? ¿ Cuál le ha mostrado, alguna vez, el estado de su fortuna ? ¿ Cuál, siquiera, la ha iniciado en los medios de ganar la vida y la ha interesado en el porvenir de la familia ?

En nuestro país los amigos de un hombre no son los amigos de la esposa de éste; ella de ordinario no los conoce, y no puede, por lo mismo, preservarlo de la traición, ni hacerse amable á los ojos de aquellos que pudieran serle útiles.

De toda reunión seria se aparta á la mujer; ella es extraña á toda conversación científica, y de la política apenas trasciende ella lo que el vulgo alcanza á comprender.

Si tenemos un compromiso de honor, lo ocultamos á nuestra esposa hasta que ella lo sabe por extraños ó porque nos ve cubiertos de sangre. Si la guerra estalla y es preciso ir á defender nuestro partido, nos cuidamos de que lo sepa la mujer, como nos cuidamos de un espía ; y hasta en la desgracia quizás guardamos nuestro dolor, más bien que pedirle á ella lágrimas y consuelo.

En la dirección de la familia el esposo es todo. En la educación de los hijos jamás se le consulta, y hasta en el desempeño de los deberes domésticos, su razón se extingue ante la obediencia pasiva á que vive sujeta.

La mujer así abandonada, degradada, si me es permitido usar esta expresión, sin ocupación seria para su inteligencia, sin encantos para su

corazón dulce y tierno, y sin quien la levante y la eleve hasta el cielo, no puede corresponder á su misión.

Siempre ha mirado usted con amistosa predilección mis ideas y ha leído con interés mis escritos. Esto explicará á usted la causa por que le dirijo esta larga carta, dándole cuenta de mis impresiones en Europa.

Soy su amigo siempre.

MEDARDO RIVAS.

En Colombia hemos abrazado decididamente la democracia; y en lucha á veces sangrienta con las antiguas instituciones, desmayando rendidos otras sus más fieles campeones, haciéndole traición muchos de los que ella levanta y coloca como jefes, y ahogando la riqueza pública y la fortuna privada las tempestades que levanta, hasta el punto de hacerse odiosa con las agitaciones en que vive; la democracia, sin embargo, avanza, y lo que fué un sueño al principio, después una esperanza, luégo el sentimiento y la obra de un partido, es hoy el espíritu de nuestras instituciones, y la gran base en que ha fundado la República su porvenir.

El primero en todas las luchas democráticas y en los grandes acontecimientos de la República fué MURILLO; y dejando que la historia, que demasiado pronto vendrá á juzgarlo á él y á esa generación que lo acompañó, estime sus virtudes, ó califique sus faltas, y que decida en nombre de las generaciones venideras si hicieron bien en defender y servir á esa causa con ardor y á veces con temeridad, ó si debieron dejar que el lento y espontáneo desarrollo de la civilización trajese el triunfo de la democracia, que tan vivamente ha herido á una sociedad que no estaba pronta para recibirla, quiero sólo dejar este recuerdo de amigo.

Un estudio profundo sobre el hombre ha demostrado que su genio y sus tendencias no son la obra del acaso, sino de las circunstancias que rodearon su niñez, de la educación moral é intelectual que ha recibido, y de la influencia social que desde niño ha pesado sobre él. Los desiertos convidan á la libertad, dijo Bolívar; y es un hecho acreditado por la historia, que los pueblos que viven en los desiertos, como los árabes, resisten por siglos enteros la dominación extranjera; y que donde hay ancho horizonte, vasto espacio, aire libre, y la naturaleza primitiva y hermosa se muestra sin límites, el hombre está mejor dispuesto para la libertad.

La civilización va acumulando sobre el haz de la tierra monumentos que, limitando el horizonte, limitan también la expansión del alma; y las convenciones sociales, los preceptos invariables y las reglas bajo las cuales se vive en las ciudades, forman un mundo moral al que despierta el niño, sometido ya á leyes que, sujetando las aspiraciones de su alma, la inclinan,

si no á la esclavitud, por lo menos al acatamiento respetuoso de lo que está establecido y encuentra ya fundado.

Murillo no nació en una rica y populosa ciudad, sino en un pueblo muy pobre y el más apartado del Estado del Tolima: en el Chaparral, lugar situado al pie de la gigantesca montaña del Barragán, y sobre una llanura que en inmenso horizonte se extiende, iluminada siempre por un sol abrasador. Y allí creció, llevando la vida libre de los niños de nuestras aldeas, que en presencia de la naturaleza, siempre sin calzado y mal vestidos, apenas conocen las conveniencias sociales, y sufren con pena el lazo que los retiene bajo el hogar, y la autoridad que los obliga á asistir á la escuela.

Hacemos notar esas circunstancias, porque cuando *Murillo*, casi niño, fué á Bogotá á estudiar las ciencias políticas, tenía su espíritu libre y no pesaban sobre él ningunas de las preocupaciones que rodean á los jóvenes criados en las grandes ciudades; y la ciencia que en los libros aprendía no estaba en contradicción con el mundo moral y social que hasta entonces había conocido. Y porque de aquí hacemos nosotros nacer la audacia con que después encabezó reformas y sostuvo el principio democrático, que tan en contradicción estaba con la sociedad á que dirigía sus escritos y sus predicaciones.

Murillo nació apartado de esa situación de la riqueza que coloca á los hombres en una de dos condiciones; ó de señores, inspirándoles instintos, hábitos y necesidades autocráticas, ó de criados, inspirándoles humildad y hábitos de obediencia.

Los que nacen en una elevada posición, de una familia distinguida y colmada de consideraciones, son muchas veces los mejores y los más fervorosos demócratas; lo son sólo por convicción; pero éstos son espíritus escogidos, y le hacen á la causa que aman y al partido que defienden, el sacrificio de sus instintos y de su posición.

Murillo fué natural y forzosamente demócrata; y al consagrar los recursos de su poderosa inteligencia y de su vasta instrucción al servicio de esa causa, lo hizo sin esfuerzo y en cumplimiento del deber que le dictaban su conciencia, la posición que ocupaba en la sociedad, y la convicción que el estudio le había inspirado.

El de los primeros años de su juventud fué asiduo, constante y fecundo; pues habiendo llegado muy pobre á Bogotá con este propósito, jamás lo distrajeron los placeres de la capital; y mantuvo siempre la convicción de que era preciso levantarse con sus propios esfuerzos, y que sólo la ciencia podía abrirle las puertas de ese mundo dorado que tan hermoso aparecía á sus ojos.

Por fortuna los dos colegios de la capital, San Bartolomé y Nuestra Señora del Rosario, jamás han cerrado sus puertas á los jóvenes pobres que, sedientos de ciencia y ansiosos de posición, han venido allí á buscarlas; y en ellos recibió *Murillo* la educación literaria y científica á que entonces podía aspirarse; y después de una larga y penosa carrera, fué graduado de doctor, y luégo recibió el título de abogado de los tribunales de la República.

¡ Admirable poder el de la ciencia para llevar á la República por el camino de la libertad ! Esos colegios de antiguas y atrasadas instituciones han sido siempre templos de donde han salido los hombres destinados á predicar la libertad y la democracia entre nosotros; y de los que allí se han educado, perteneciendo á posiciones distintas y á diversas familias, la mayor parte han sido republicanos sinceros, liberales decididos, y hombres llenos de abnegación y patriotismo. Todos los próceres de la patria fueron hijos de esos colegios, y los nombres de Santander, Soto, Azuero, E. Rojas y Florentino González y de otros hombres ilustres, forman en la historia política de Colombia una pléyade brillante.

En 1837 entró Murillo á la política, y los hombres que hacían la oposición lo recibieron como á un eficaz, inteligente y útil colaborador.

Entonces se asoció á los escritores de la oposición, que redactaban los periódicos *El Correo* y la *Bandera nacional;* y los escritos de *Murillo* en aquella época dejaban ver al periodista que más fama había de conquistar en el porvenir, y al que más servicios había de prestar á la causa democrática. Por aquella época escribió un opúsculo sobre la administración del doctor Márquez, que mereció el honor de ser combatido por los amigos de aquella administración, como una obra que se creyó del mismo General Santander.

La prensa ha tenido en nuestra nación, en la marcha política, una influencia sorprendente y poderosa, así para el bien como para el mal. La prensa periódica en este país, de vasta extensión y de difíciles comunicaciones, ha realizado milagros y contribuído poderosamente á la civilización. Ella ha difundido, más que los libros, las nociones sobre moral, política y administración que estaban en la mente de algunos hombres en la capital, y que han llegado ya á todas las poblaciones. La prensa ha dirigido á su voluntad la marcha política de la República, formando la opinión, tumbando las dictaduras, y ha constituído gobiernos, hecho revoluciones y mantenido la agitación constante en que hasta ahora hemos vivido.

Noble, filosófica y razonadora á veces; procaz, difamadora é insultante otras, siempre ha llenado su propósito, y se ha hecho sentir sobre los

pueblos, de manera que toda palabra escrita ha ido á formar una opinión, á iluminar una inteligencia, á promover un incendio ó á excitar una pasión.

Los gobiernos se han valido de la prensa más que de la fuerza para anonadar y aniquilar á sus enemigos; y la prensa de la oposición, haciéndose con frecuencia facciosa é incendiaria, ha armado á los pueblos contra los gobiernos.

Ni un día, ni una hora ha cesado la agitación de la prensa en su eterno oficio de recoger los votos de la opinión para devolverlos al pueblo, instruyéndolo ó apasionándolo; y la vida de los periodistas ha sido una vida agitada y tormentosa, que ha participado de las tempestades por que ha atravesado la República.

Murillo comprendió que los periodistas serían por mucho tiempo los jefes de los partidos; que gobernar el país, dirigir sus destinos y preparar su porvenir era escribir; y escribió siempre en favor de la democracia; y llevó la agitada vida del que identifica su suerte con una causa y se somete á los vaivenes del destino.

Sus escritos de todas las épocas son su vida pública. Todas las cuestiones políticas y sociales que han agitado al país, fueron tratadas por él con ciencia, lucidez, maestría y genio; y ningún problema se resolvió sin que la nación hubiese antes pesado su voto, emitido siempre con la franqueza y con la energía que cumple á un escritor republicano. En lucha abierta con los escritores más eminentes del partido contrario, nunca se le encontró débil, y sus trabajos estuvieron siempre á la altura de la situación.

Y tal importancia tuvieron sus escritos, que en épocas de embriaguez ó de cólera popular, sobre su persona se hizo pesar el odio que inspiraban las doctrinas que defendía, como si se tuviese la convicción de que persiguiendo al apóstol perecería la doctrina. Pero en cambio, el pueblo después tuvo fe en sus escritos; y la juventud, en las grandes crisis y en las épocas más notables, se apresuró á rodearlo.

Compárese la nación de 1848 con la nación de hoy: sígase lentamente la carrera de reformas que se han hecho en este tiempo; véanse los escritos constantes de *Murillo* en favor de cada una de estas reformas; mídase la influencia que ellos han tenido en el país, y así podrán estimarse sus trabajos políticos, buenos ó malos.

Los partidos en Colombia han mantenido un duelo perpetuo, habiendo sólo momentos de interregno, cuando el uno ha quedado debilitado por la guerra, mientras se repone, ó cuando la falta de opinión hace inútiles sus esfuerzos. Con justicia ó sin ella, cada uno ha hecho la guerra al que está en el poder, y ambos han arrastrado en sus revoluciones á los hombres que

les sirven, por enemigos que hayan sido de la guerra y de las revoluciones. Si hubiéramos de citar ejemplos, señalaríamos al señor José María Plata, muerto en el bando liberal, y al señor Juan Crisóstomo Uribe en el conservador, en la tremenda y asoladora guerra de 1860.

En la de 1840 fué envuelto Murillo, joven aún, entrando á servir como Secretario de uno de los caudillos.

Sometido al vaivén revolucionario, fué arrojado del uno al otro extremo de la República ; y ya la revolución agonizante, tocóle el honor de representar al Jefe Supremo del Atlántico en las negociaciones que para la pacificación se entablaron con el señor Stward, Ministro inglés que hacía de medianero.

Murillo no volvió á figurar hasta 1846, en que volvemos á encontrarlo.

En 1847 fundó en la ciudad de Santa Marta un periódico llamado la *Gaceta Mercantil;* y como todos estaban acostumbrados á que el movimiento intelectual y político fuese de la capital á las provincias, sorprendió la aparición de este periódico, verdaderamente iniciador de una nueva éra; y que escrito con brío, con talento y con moderación, venía á reivindicar los derechos del partido liberal, hasta entonces proscrito y privado de toda intervención en el manejo de los negocios públicos.

El sentimiento liberal se despertó: la prensa de la capital tomó una actitud favorable á este partido; y al cabo de dos años, el General José Hilario López, liberal, fué nombrado Presidente de la República.

Es necesario detenernos en esta época memorable, porque ha sido la más brillante de la República; porque jamás pueblo alguno había realizado tan colosales reformas en más corto período, y porque en ella ejerció una poderosa influencia *Murillo.*

El partido liberal, al llegar al poder no tenía entonces más que el instinto de sus grandes destinos, y la confianza en sus fuerzas de gigante; pero sus hombres públicos habían desaparecido durante los diez años anteriores; las grandes reputaciones políticas eran conservadoras; y en cuanto á la misión del partido, todos creían que sólo debía hacerse lo contrario de lo que el conservador había estado practicando, y afirmarse en el poder.

Murillo, que era ya personaje de grande influencia en el partido, por sus escritos y su conducta en las Cámaras, á las que había sido enviado en diversas ocasiones por las provincias de Mariquita y Santa Marta, fué impuesto por la opinión al mismo Gobierno; y con el apoyo de los representantes del pueblo y de una generación que acababa de educarse, y en cuya mente hervían las más generosas ideas, como en su corazón germinaban

los más bellos sentimientos, encabezó el movimiento democrático más radical y más enérgico que en la América se ha verificado. Un deseo ardiente, apasionado, de reformas, se apoderó de todos los ánimos; y hubo en el espíritu público un movimiento muy semejante al que había tenido lugar en Francia en 1789: confuso, indeterminado al principio, pero que encerraba evidentemente la idea democrática, de la que los jóvenes eran apóstoles y defensores.

Murillo llevó al Gobierno del General López ese espíritu; y pronto hubo una alianza íntima entre los jóvenes reformadores, el pueblo, que en los clubs manifestaba enérgicamente sus aspiraciones, y los hombres del partido liberal, que sin pretender que todo fuese innovado, ofrecieron, sin embargo, generosamente el decidido apoyo de la fuerza que poseían. Entonces el partido se sintió omnipotente; y audaz comenzó esas reformas que al principio se creyeron irrealizables, y que una á una han venido verificándose; y que hoy se imponen con la lógica de los hechos cumplidos.

Un Gobierno que se hacía liberal y que encabezaba él mismo las reformas; un partido que se lanzaba sin reserva por una vía hasta entonces desconocida; un pueblo que en vez de ser refrenado en sus aspiraciones era alentado por los que gobernaban el país; esto intimidó á todos. El partido conservador, con ese instinto infalible que le hace adivinar el peligro para precaverse de él, pone en contra todas las fuerzas de la sociedad; y los más eminentes escritores, como los señores Ospina, Cuervo, Gutiérrez Vergara y Caro, empeñaron una lucha á muerte contra el Gobierno y el partido liberal: combatieron las doctrinas, desacreditaron las reformas, excitaron las pasiones y proclamaron al fin abiertamente la revolución.

Jamás tempestad tan furiosa se había levantado contra un gobierno y un partido, como la que entonces levantaron estos valientes escritores de la oposición. Entonces el Gobierno fué combatido en nombre de la moral, porque, decían los escritores, ésta era la cuestión única, y el Gobierno y el partido liberal la conculcaban con sus procedimientos; en nombre de la religión, cuyas bases se desconocían por los volterianos del Gobierno; en nombre de la propiedad, que iba á ser destruída; en nombre de todos los principios fundamentales de la sociedad, porque la anarquía, y nada más que la anarquía, sería la consecuencia de las reformas que se anunciaban.

La prensa liberal, por su parte, encabezada por *Murillo*, continuó predicando reformas y defendiendo las doctrinas liberales; y tal talento, tanta erudición y genio tanto se mostró por una y otra parte en esta gran polémica política y social, que la prensa de aquella época estuvo á una

altura sorprendente para la América, y apenas en Europa se habría podido encontrar más luz y más elevación.

El partido conservador estaba en su derecho al hacer un supremo esfuerzo para mantener á la sociedad en las bases que él había establecido, y salvar así del impulso democrático el edificio en que tanto trabajo y tanto tiempo había empleado.

La esclavitud era la base social en Colombia ; y se proclamó por los liberales la inmediata libertad de los negros, desafiando la cólera y el encono de los amos.

La prensa estaba restringida, el pensamiento comprimido por la ley, la palabra calificada de buena ó de mala ; y se anunció la absoluta libertad del pensamiento en todas sus manifestaciones.

La instrucción pública había sido el privilegio de las clases acomodadas y la cuna de una aristocracia titular; y se atacaron las Universidades, se acabó con los títulos de doctores, y se fundaron escuelas de artesanos.

Se proclamó la justicia gratuíta.

Las revoluciones eran castigadas con la pena de muerte; con la muerte se castigaban la mayor parte de los delitos, y el Código Penal era muy severo ; y se empezó por combatir la pena de muerte en los delitos políticos para acabar proscribiéndola por completo en la República.

Por último, la sociedad política estaba basada en una Constitución central, en un gobierno fuerte, en un sistema tributario común ; y se predicó una reforma constitucional que levantase entidades políticas en el seno de la Nación, y que preparase al fin la federación ; se descentralizaron las rentas y se fundó la contribución directa, con la que los capitales acumulados y los grandes propietarios fueron gravados para los gastos públicos.

¿ Qué quedaba de la antigua sociedad ? Nada. Algunos baluartes que poco á poco fueron cayendo luégo en poder del partido reformista.

Como Pombal en Portugal, como Florida-Blanca en España, el Ministro *Murillo* cargó con la fama de todas esas reformas y con los odios de todos los hombres cuyos intereses ellas vinieron á herir.

La guerra estalló formidable, ayudada por el pueblo, predicada por los periodistas y hecha por el partido conservador en masa.

El que gobernaba desplegó entonces una actividad sorprendente, una energía pasmosa, y logró en pocos meses que el incendio que amenazaba devorar la República quedase completamente extinguido.

Vencida la revolución, *Murillo*, como hombre doctrinario, se hizo el

defensor y el amparo de los vencidos, contra los cuales se había levantado la cólera del partido vencedor.

En las grandes crisis, y sobre todo en las épocas revolucionarias, en que todas las malas pasiones se desencadenan, y en que el interés por la defensa común se confunde con el odio á los contrarios, la popularidad y el prestigio son siempre para aquellos hombres que representan los odios, las venganzas, el terror mismo de que está apoderado un partido; para los que presentan como medidas de salvación pública la violación de la ley, las horcas, la persecución, los fusilamientos en masa y el exterminio de aquellos enemigos sobre los cuales alcanza el poder social de que disponen. No de otra manera puede explicarse el prestigio de los hombres feroces que en la Revolución francesa se quedaban en París ordenando las matanzas, mientras que los verdaderos defensores de la libertad morían sin gloria y sin prestigio en defensa de las fronteras.

El inmenso bien que hacen los hombres como *Murillo* en estas épocas terribles, que arrostran la impopularidad pero desarman el brazo de los amigos, pronto á descargarse sobre los vencidos; que aparecen como débiles, pero que levantan el prestigio de la ley; que se dejan calificar como poco patriotas, pero que hacen que triunfe la razón y la justicia; el inmenso bien que hacen los que logran desviar los rayos de la cólera popular, en estas ocasiones sólo puede apreciarse por los que son vencidos en las revoluciones.

Ésta es la parte más gloriosa, que á nuestro juicio corresponde á *Murillo* en la historia de la República; porque á esa doctrina se debe la conservación de las instituciones, y el que los hombres que ayer fueron enemigos políticos, hoy puedan entenderse para trabajar en el desarrollo del bien público.

Las revoluciones pasan, las pasiones se extinguen, los ciudadanos vuelven á sus hogares, y nadie tiene en cuenta la sangre economizada, las lágrimas no vertidas y los dolores ahorrados; pero la Historia hará siempre justicia á los hombres que trabajaron por dar á la política esta dirección, evitando las ejecuciones sangrientas, las represalias feroces y el exterminio alternativo de los partidos; y preparando así la paz del porvenir y apartando la República del salvajismo en que otras han caído.

El General José Hilario López amaba la República como Lafayette la amaba, por lo que tenía de noble, de hermosa y de benéfica; y gustoso abrió la éra de la libertad y de las reformas, en la seguridad de que esto daba bienestar á los pueblos, brillo á la Nación y gloria á su Gobierno: esa gloria que deslumbra, que entusiasma y que atrae á los pueblos en torno del que sabe conquistarla. Pero cuando conoció que cada reforma traía una tempes-

tad, y que su administración se concluía sin una hora de sosiego y sin esa paz dulce y benéfica que trae la libertad y que él había deseado, pensó en consolidar las conquistas que se habían hecho, más bien que en seguir adelante en las reformas, y por consecuencia de esta nueva política, *Murillo* salió del ministerio.

Pero el impulso estaba comunicado y era imposible detener ya el carro revolucionario. Los jóvenes siguieron reclamando las reformas y escogieron á *Murillo* como jefe; le retiraron sus simpatías á la administración, y el partido que hasta entonces había obrado unido, se dividió profundamente.

La administración del ciudadano General Obando encontró así dividido el partido, y reinando una efervescencia y una agitación que él no podía dominar : las pasiones se agriaron, el ejército fué violentamente atacado por los reformadores, y la crisis terminó con la revolución del 17 de Abril, en la que el General Melo, Comandante general de la capital, apoyado en el ejército, se proclamó dictador y revivió la odiosa Constitución de 1843. Esta revolución, si hubiera tenido un carácter personal, se habría dicho que era contra *Murillo* ; pues en él estaban encarnadas las reformas que se iban á echar por tierra, su nombre era repetido con odio por los revolucionarios, y su persona buscada con ahínco.

La sociedad entera protestó contra la dictadura ; y el partido conservador, que dió entonces una prueba espléndida de que amaba más el régimen legal que la reacción ofrecida por la dictadura, la combatió con sus principales Jefes, y se puso al lado de los bravos Generales Herrera y Franco, que defendían la Constitución y que murieron gloriosamente en la contienda.

La dictadura no duró más que ocho meses ; y el 4 de Diciembre de 1854 las tropas constitucionales tomaron la capital. Entonces *Murillo*, que había llevado el curso vario de la revolución ; que había asistido al Congreso reunido en Ibagué, olvidando antiguos agravios, se hizo el defensor de los vencidos, contra los cuales había un encono terrible. Se opuso á que los prisioneros militares fuesen sometidos á los consejos de guerra, de cuyos consejos sólo habría salido la condenación á muerte para todos ; y trabajó incansablemente porque hubiese un indulto general.

Por consecuencia de los acontecimientos de 1854, el partido conservador volvió al poder á gobernar con la Constitución de 1853, y á cumplir las reformas que el partido liberal había iniciado; y la política se calmó durante la administración digna y prudente del señor Mallarino. Entonces el doctor *Murillo*, como periodista, se limitó á enseñanzas doctrinarias.

Fundada la Federación, *Murillo* fué el primer Presidente del Estado

soberano de Santander, cuyo honor él supo estimar más que todos los otros que después recibió; porque aquel Estado ha representado siempre al radicalismo puro y elevado, y allí ha tomado la República una forma enteramente de acuerdo con las tendencias democráticas, forma que más tarde habrá de extenderse á todos los demás.

El señor Mariano Ospina, jefe por muchos años del partido conservador, fué elegido Presidente de la República al tiempo mismo en que se planteaba la federación, y poco tiempo después sobrevino una revolución liberal.

Triunfante ésta, la República eligió para su primer Presidente constitucional, por el sufragio de los Estados, á *Murillo*. Fué ésta la época en que él desplegó sus grandes dotes de hombre de Estado.

La República había atravesado una época terrible; lo que necesitaba entonces era tranquilidad y quietud, y *Murillo* supo dársela. La República había hecho grandes reformas y muchas conquistas que no quería perder, y *Murillo* supo conservarlas, sin que durante el corto período de su administración, se diese un paso atrás, ni se cediese un palmo del terreno conquistado.

La República era víctima de los mil elementos de desorden que se habían agitado durante la revolución, y *Murillo* supo aplacarlos.

La República quería que hubiese una tregua entre los dos partidos que por tanto tiempo se habían despedazado, para que cada uno siguiese predicando sus doctrinas y sosteniendo sus principios, y *Murillo* inició esa reconciliación, siendo justo con el partido que no había obtenido la victoria.

La República quería que las instituciones se acreditasen y que fuesen aceptadas por el partido vencido; y *Murillo* obró de manera que el partido conservador comprendiera las ventajas que él podía obtener de las libertades concedidas, y que haciendo una egida de la Constitución, fuese al fin su más decidido partidario.

Y, sorprendente fuerza la de la justicia! Después de que la Nación, presa de un vértigo terrible, sólo pensaba en la guerra y en las batallas; cuando todo el país parecía arder con fuego inextinguible, de repente los ánimos se aplacan, sobreviene la calma y las revoluciones se estrellan ante la opinión que hace la fuerza del nuevo funcionario.

Es un hecho muy notable en la historia de nuestro país el que el gran reformador, el enemigo político más formidable de las ideas conservadoras, viniese á ser el hombre más simpático para ese partido; y esto sin que le hiciera ninguna concesión y sin que abandonara ninguno de sus principios. Pero este hecho tiene una fácil explicación; y es la de que sobre las aspiraciones de cada partido hay una aspiración común, y

sobre los intereses del momento, un principio que á todos los cubre y á todos los protege; y esta aspiración es la justicia que ampara los derechos, que guarda las garantías y que deja vivir en paz á los hombres pacíficos y trabajadores; y la justicia fué el carácter distintivo de *Murillo* como Magistrado.

En la política sur-americana guiada por grandes y generosas tendencias democráticas, pero llena de tempestades, de rivalidades de partido, de odios de raza, de mezquinas aspiraciones, de pasiones vulgares y de sangre y de lodo, hasta inspirar horror á los hombres que de lejos la contemplan; en esa política, que tantas cosas representa y tan pocas cosas realiza, se han llegado á asentar algunas máximas que tienden á perpetuar lo que tiene ella de odiosa, y á apartar la lucha leal, franca y decidida de los partidos que se disputan su dominio.

Y para impedir esta desgracia no hay más que un camino, fundar la República y sostenerse por todos, esto: libertad absoluta para que cada partido defienda sus ideas, sus principios, y hasta sus exageraciones, y para que busque los medios legítimos de conquistar la opinión y llegar al poder. Y cada partido debe realizar en el poder su programa y llamar á él á los que lo han defendido; sin más limitación que el respeto á los derechos y á la libertad del partido contrario, y á la intervención que á ambos les concede la constitución nacional en los negocios públicos.

Esta política fué característica en *Murillo*; pues inflexible en principios políticos, morales y religiosos, si jamás persiguió las ideas que profesaban los contrarios, tampoco llamó á éstos al poder, para que con su influencia hiciesen ineficaces las del partido vencedor.

Murillo fué nombrado más tarde Ministro de la República en los Estados Unidos del Norte y en Venezuela: logró en Washington, por sus eminentes capacidades, figurar con distinción en el Cuerpo diplomático, y que se tuviese la idea de que Colombia ocupaba un lugar muy elevado en las Repúblicas americanas, y que sus hombres públicos eran todos eminentes. En Venezuela fué altamente estimado; y en poco tiempo celebró todos los tratados que debían mantener las relaciones políticas y comerciales de los dos países.

Vamos á recordar un hecho que parecerá de poca importancia en la historia política del país, pero que para nosotros, que de lejos hemos observado atentamente su marcha, tuvo una influencia grande en los acontecimientos de aquella época.

El Gran General Tomás C. de Mosquera, reelegido Presidente de la República en 1864, tuvo á su vuelta de Europa una recepción tan

fervorosa como las que en la época de la gloriosa Colombia se le hacían al Libertador cuando volvía precedido de la fama de sus triunfos; y aquél abrigó la convicción de que era dueño y señor de la República.

La República se sentía humillada de tanto prestigio en un hombre que hacía oscurecer la faz serena de la misma, y temblaba de que la energía de ese hombre, que tan alto había sido elevado, intentase más tarde acabar con sus instituciones. No faltaban nobles caracteres que aguardaban sólo á que él diese el primer paso para detenerlo; pero nadie podía medir la fuerza moral y material de que dispusiese el Gran General; y reinaba un silencio profundo que hacía medir lo solemne de la situación.

Entonces *Murillo*, que estaba, después de haber sido Presidente, retirado de los negocios públicos, pero siguiendo atentamente la marcha de la opinión, y con la fe, que jamás le faltó, en el poder de la República, con motivo de una publicación de la prensa ministerial, volviéndose á Mosquera, le dijo: « Caudillo voluntarioso! si habéis encontrado á vuestro paso algunos hombres de rodillas, sabed que detrás está de pie, y armada, la dignidad de la Nación! »

Palabras tan oportunas y de tan poderoso efecto sólo se habían pronunciado por Mirabeau en la Asamblea francesa, cuando dijo al ministro de Luis XVI: « Id á decir á vuestro amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que sólo saldremos por la fuerza de las bayonetas.»

La vida pública de los hombres de América, brillante y pura en su principio hasta conquistar el amor y el entusiasmo de los pueblos, después se ve palidecer por el egoísmo, la ambición y el orgullo, y concluír en el olvido desdeñoso de sus amigos, ó execrada y maldecida por los pueblos; pues todos en el poder aspiran á la dictadura y se erigen en tiranos, asumiendo títulos pomposos de *Protectores*, *Regeneradores* ó *Salvadores* de la República.

Murillo, elegido por segunda vez Presidente de la Unión, fué el más puro, quizás el más bello modelo que haya habido entre nosotros del ciudadano que gobierna con la ley á sus conciudadanos, dejando funcionar ampliamente el sistema parlamentario, libre la prensa, reducido el ejército á setecientos cincuenta hombres esparcidos en la vasta extensión de la República, y atendiendo á las indicaciones de la opinión para arreglar la conducta del Gobierno.

Envuelto en la bandera tricolor, símbolo de la democracia en el mundo,—como en otro tiempo los Faraones, envueltos en el manto de púrpura real, eran sometidos á juicio después de su muerte,—*Murillo* aguarda hoy el juicio de la posteridad, porque él reinó sobre la juventud

por mucho tiempo, levantó tempestades populares con el prestigio de sus ideas, influyó poderosamente en el destino de su país en una larga época, y gobernó la República en dos períodos constitucionales.

Abone el porvenir la fe en su doctrina, que pudo guiarlo ciega ; la pobreza en que murió habiendo manejado los caudales públicos ; su respeto á la ley en América, que sólo engendra dictadores; y el hecho de que nunca con sangre manchó su mano, en una tierra conmovida por las guerras civiles, que piden siempre venganzas y levantan patíbulos.

CAPITULO XXXI

Salida de París—Los campos—Ruan—Agricultura—Frascati—Baños de mar—El Havre—Dos amigos—La *jetée*—Sainte-Adresse.

El viaje de París al Havre, atravesando la verde y fértil Normandía, es el más pintoresco que puede hacerse, pues el terreno es accidentado ; colinas elíseas dejan ver sus perfiles azulados ; valles risueños cubiertos de alisos, por donde corren arroyos cristalinos, recuerdan los de la patria ; *châteaux* y quintas colocados en los sitios más poéticos, y rodeados de jardines, se ven por dondequiera ; aldeas del más rústico aspecto se atraviesan volando ; bosques de corta extensión esmaltan la pradera ; dos ó tres ciudades se presentan de repente, ponen en espectáculo sus animadas calles, una iglesia gótica, un fantástico campanario, giran sobre sí y desaparecen; y el campo se ve todo cultivado y lleno de multitud de trabajadores que van, vienen y se agitan en diversas ocupaciones.

Es verdad que los ferrocarriles han quitado la poesía á los viajes, no porque ese medio de comunicación impida ver y admirar bien todas las cosas que al paso se presentan, sino porque habría encanto para el viajero que antes iba á pie ó en coche, en detenerse, mezclarse con las gentes, conocer sus costumbres, encontrarse en un mundo nuevo para él, y participar del bienestar ó de las incomodidades que tenían los lugares por donde atravesaba. Hoy viajar es salir del hotel de una ciudad inmensa, subir al carruaje, presenciar los cuadros de un esplendente y encantador panorama durante el día, é ir á dormir á otro hotel de una ciudad igualmente civilizada y grande.

De París en pocas horas fuí á RUAN, ciudad bonita, animada, poéticamente situada sobre el Sena, con un puente colgante moderno, una antigua Catedral, fábricas de muselinas, y muchos vapores en el río. Como peregrino de la democracia fuí á visitar allí la cuna de Armand Carrel; como enemigo de la pena de muerte me arrodillé delante del lugar en donde fué quemada una joven virgen que defendió su patria, y cuya muerte infame, más que las victorias anteriores, sirvió para arrojar á los ingleses de Francia, cargando con un crimen inútil; y siendo el martirio de Juana de Arco una lección histórica que debe aprovechar la América para saber que la ferocidad se engendra en todos los corazones, que sus voces jamás deben ser oídas como ecos del patriotismo, y que son inútiles é infames las hogueras, las horcas y los patíbulos que los perversos y sanguinarios levantan en las guerras civiles.

Como tenía libre el resto del día, me fuí á recorrer los campos: lleno de alegría empecé á observar esos bosques de manzanos y cerezos, y de todos los árboles frutales que allí se producen; fuí á mirar las casas de los trabajadores, á ver cómo araban sus tierras y á juzgar qué tan acomodados y felices vivían; de todo lo cual quedé sumamente contento. Lo mismo hice en el Havre durante un año que allí permanecí, logrando escaparme de la ciudad por días enteros para ir á los pueblecitos vecinos, juntarme con algunos trabajadores á tomar sidra, levantarme á ver ordeñar las vacas, y reparar todos los métodos de cultivo. En los diversos viajes que hice al través del territorio, me detuve también: hice lo mismo, ansioso de conocer algo de Francia que no se mostrase en la ciudad, y al cabo de dos años de residencia y de observaciones deduje la exposición que voy á hacer.

Dieu protège la France, dice el cordón de las monedas de este país; y tal era el lema del escudo real; y en efecto la protección divina como que empezó por dotar á Francia de un territorio admirable, entre el mar, los Alpes y los Pirineos, situado entre los 42° y 51° de latitud, á igual distancia del polo que del ecuador, con un clima templado y delicioso, que no participa ni del calor de Italia ó de España, en el verano, ni del frío de Alemania, en el invierno; territorio casi todo plano y suavemente inclinado de las montañas al océano, cruzado por grandes ríos navegables en toda su extensión, como el Sena, el Loira y el Garona; y país que cambia de aspecto, de producciones y de climas á cada grado que se avanza, cambiando por lo mismo los frutos y el cultivo, y los hábitos, costumbres, fisonomía y vestidos de sus habitantes.

Este vasto territorio que forma hoy una gran nación, estaba lleno de reinos pequeños que fueron incorporándose, y de condados, ducados y

marquesados que eran independientes y que sucumbieron en la común nacionalidad; pero no han podido las leyes unificar la raza, amalgamar los caracteres ni cambiar las costumbres: así es que viajar por Francia es atravesar naciones diferentes, ver poblaciones distintas, ciudades que en nada se parecen, y conocer una agricultura de frutos totalmente diversos.

Si la civilización que en París se ha acumulado deja mucho que desear al filósofo y al moralista, la Francia de los campos, la Francia joven, la Francia trabajadora, la Francia nacida de la Revolución, que unificó las leyes, dividió la propiedad y dió libertad á la industria y trajo la civilización del siglo, que todo lo mejora y todo lo embellece; esa Francia es el bello ideal para el poeta, para el filósofo y para todos los amigos de la humanidad.

Francia es un país esencialmente agrícola; la agricultura emplea veintidos millones de habitantes de los treinta y seis que componen la nación; y estos veintidos millones son libres, morales, honrados, y llevan una vida, si no espléndida, por lo menos sin grandes trabajos, sin sacar una tarea superior á las fuerzas humanas, sin morir por el rigor del frío ó el exceso del calor; y la dulzura de su carácter y su festiva imaginación dan á la vida un colorido poético que la hace llevar alegremente.

¿Cuál es el país más rico del mundo? Inglaterra. ¿Cuál es la nación más poderosa? Francia. Y esta diferencia depende de la diversa constitución de la propiedad en uno y otro país. En el uno se hacen acumulaciones inmensas de riqueza, fortunas colosales, que si contribuyen al aumento de la riqueza pública, en poco ayudan á la felicidad del pueblo y á la grandeza de la nación; y en el otro se difunden el bienestar y la riqueza en todas las clases y todos los individuos, se levanta un pueblo feliz y se forma con la fortuna individual, muy repartida, una masa inmensa de riqueza que derrama los beneficios en el interior y sostiene la grandeza de la nación en el exterior.

Gime la Francia porque su territorio está ocupado por hordas enemigas que exigen como rescate cinco millares de millones de francos; suma que jamás se ha contado, que nunca se ha reunido, que ninguna nación había poseído hasta el siglo pasado. ¿Qué hacer? Pedírsela á la Francia de 93, que acabó con los mayorazgos y las vinculaciones, los condados y los marquesados, y que puso la propiedad territorial en el comercio humano, permitiendo así que toda familia tuviese un palmo de terreno que cultivar y un pan para sus hijos; pedir esa inmensa suma á los pobres labradores que andan en *sabots* ó en zancos; y ellos, como por encanto, sacarán todo el oro necesario y libertarán el territorio.

Esta es la más bella apoteosis de Francia!

¡ Ah ! noble Francia, que hasta en las grandes desgracias eres maestra de los pueblos y tienes una lección que dar á las naciones !

Hay en Francia cuatro grandes zonas agrícolas, según la especie de cultivo más generalmente usado; y son tan diferentes los trabajadores de una y otra, que es imposible referir nada que en ellos sea común, sino es la sobriedad, la mansedumbre y una exaltación patriótica, que á cada momento parece que va á estallar en revolución.

La zona de los olivos y de los naranjos, al sur de Francia, ha producido una raza la más semejante á los antiguos trabajadores romanos. Creería uno estar hablando con un habitante de Túsculo al encontrar un hombre alto, moreno, de barba negra y prolongada, que lleva una especie de capa terciada como el antiguo manto, y los instrumentos de labranza con tanta gallardía como los haces romanos los soldados de César. Las mujeres tienen también aire arrogante, son altas, de facciones rectas, cutis pálida, ojos negros y carácter serio.

Esa región fué la que inspiró, sin duda, á Fenelón la descripción de la *Isla de Calipso* en el Telémaco; y comprende á Niza, el Delfinado, la Provenza y el Rosellón.

Imagínese el lector un pueblo que vive á la sombra de los olivos, cuyos frutos hacen su riqueza, y que son cultivados con el respeto con que los romanos cultivaban el laurel para el culto de los dioses, con el cariño que el salvaje de Colombia tiene á la mata de plátano que sombrea su choza y le da alimento á la familia, y con el interés que un padre de familia, civilizado, pone en lo que ha de ser el patrimonio de sus hijos. Las grandes ideas, las hermosas concepciones brotan allí naturalmente, como los naranjos y los limoneros producen naturalmente los azahares que embalsaman el aire, y dan frutos provocativos y excitantes. Un pueblo que anda por senderos sembrados de rosas á uno y otro lado : que tiene pasiones ardientes, altivez de carácter y que da á sus indómitos deseos, sobre todo al amor y á los celos, formas tales que á nosotros nos espantarían.

En la región del vino, que ocupa la mitad del territorio francés, un pueblo bullicioso, espiritual, fantástico, soñador, parece haber recibido de la Grecia las tradiciones del cultivo de esa planta, cuyos frutos se exprimían en Corinto y cuyo zumo transportaban los hombres al Olimpo, hacía gozar de los placeres de los dioses, y producía sueños inspirados por las divinidades protectoras de los hombres.

Dos millones y quinientas mil hectáreas están consagradas al cultivo de la vid; el cual da trabajo fácil á seis millones de personas, entre ellas á las mujeres, que vestidas con sayas cortas de vivos colores, gorrita coquetamente

puesta, delantal blanco, de tela fuerte y medias rojas, se las ve entregadas á su tarea ; mujeres pequeñas, de formas graciosas, que llevan en los carrillos la salud, en los labios la risa y en los ojos la pasión ; y á hombres robustos, gruesos, con vestidos algo parecidos á los de los andaluces, y que cuando no cantan están eternamente conversando.

Todo es fiesta, todo es diversión para este pueblo de viñadores. Parece que el vino, del que jamás abusa, le hiciera ver la vida fácil y sabrosa, y la existencia poética; y es sobre todo en los meses de la vendimia cuando se les oye cantar, y se les ve trabajar y reír á todos, hombres, mujeres, viejos y niños.

Vive la cidre de Normandie
Qui nous fait sauter comme ça !

dicen los alegres normandos y todos los habitantes de la REGIÓN DE LAS MANZANAS, de que se fabrica la sidra, la región de las cerezas y de todos los árboles frutales que se cultivan en Francia ; y donde hay vacas normandas rivales de las inglesas, caballos *percherones* mejores que los de pura sangre; y esos enormes caballos normandos que pueden arrastrar miles de arrobas.

En fin, los más alegres bailes á campo abierto, de mujeres preciosas, blancas y rubias como las pastoras de la Arcadia, y de hombres de una pureza de facciones que indican bien su origen del Norte, nos muestran LA REGIÓN DEL TRIGO, en donde se cultiva este precioso cereal, no en grandes extensiones como en Inglaterra, ni con sus máquinas poderosas, sino todavía arando la tierra con el tardo buey ó el gigante caballo normando ; haciéndose el corte por alegres segadores y llevando ellos mismos sobre los hombros los amarillos haces. Sólo allá en Bretaña ó en la temible Vendée hay una población huraña, esquiva y poco simpática.

Hay en Francia también grandes praderas en donde pastan tres millones de caballos; los elegantes *percherones* de tiro, los poderosos *normandos* para carro, los *bretones*, *loreneses y lemosines* de silla, y los de la Camargo, ágiles como los nuéstros. Cincuenta mil asnos, trescientas mil mulas y doce millones de vacas; treinta millones de corderos, dos de cabras, cinco de cerdos ; y tantos conejos, patos, gansos y gallinas, que hay para el consumo interior y para proveer los mercados de Inglaterra.

Los cultivos de muchas otras plantas útiles mezcladas con las ya mencionadas, y que forman las grandes siembras, como las amapolas para sacar opio, la linaza para el lino, el tabaco de fumar, las papas, cuyo cultivo aumenta de día en día, y el maíz, cuyos preciosos granos irán pronto á regenerar las poblaciones hambrientas del Viejo Mundo, son muy numerosos; y el siguiente rasgo característico completará este cuadro :

« Se calcula que hay dos millones de hectáreas de tierra en Francia, dice un estadista, destinadas al cultivo de hortalizas y empleadas en jardines.»

Números:

Los olivos dan cuatro millones de hectólitros de aceite; los naranjos producen frutos por cuatro millones de francos. Los viñedos ocupan dos millones cuatrocientas mil hectáreas de tierra, y producen un millar de millón y quinientos millones más. El trigo se extiende á quince millones de hectáreas, y su producto total se estima en seis millares de millones de francos.

Los prados artificiales y los naturales mantienen los animales que he mencionado y dan de producto aproximado tres millares de millones; y todos los otros productos de la tierra no se estiman en menos de diez millares de millones en un año.

La suma de estos millares de millones se reparte, si no equitativamente, por lo menos sin una monstruosa desigualdad, entre el poseedor de corto haber, que le hace producir á su tierra el doble de lo que dan las grandes propiedades en Inglaterra, y los jornaleros, cuya condición material, moral é intelectual va mejorando diariamente, gracias á las *escuelas* y á las *cajas de ahorros* que hay en todos los distritos, por lo cual al fin llegarán á ser los más firmes é interesados sostenedores del orden y de la propiedad contra las tentativas de los comunistas.

Hé aquí cómo se contienen los malos gérmenes que nacen en la sociedad: no es matándolos, sino fomentando y desarrollando los gérmenes benéficos que ella encierra y que impedirán los estragos de los malos.

Penetrar un poco en el fondo de la vida campestre es asistir á una comedia de Scribe, pues se encuentran todos los caracteres: el viejo trabajador y regañón; la vieja arreglada y tacaña; la muchacha coqueta y curiosa, y el enamorado rústico y majadero que ha de ser un buen marido. Se ve la familia, se ve el hogar; y el ánimo, sin la preocupación de un trabajo eterno que mata á los trabajadores, y una corrupción precoz que consume á las jóvenes, se siente feliz y se asocia á la suerte de los campesinos, y participa de sus placeres inocentes y sus fiestas llenas de sencillez y de alegría.

Mi llegada al HAVRE fué por la noche; y á la estación del ferrocarril salieron al encuentro de los viajeros muchos coches de los hoteles para llevárselos á ellos, disputándoselos. Entre los nombres de las fondas que pronunciaban los cocheros, me decidí por el de FRASCATI, llamándome éste

la atención porque en Bogotá había en otro tiempo una quintica en la alameda, que llevaba el mismo nombre.

El coche me llevó, atravesando la ciudad, á un hotel cuyo vestíbulo me sorprendió por su elegancia; y apenas me detuve vinieron á recibirme dos criados, de vestido negro y corbata blanca, y el conserje de la fonda, con casacón y calzón corto á la antigua española, instándome para que entrase y encargándose de mi equipaje y de pagar y despedir al cochero. Sorprendióme también, para una ciudad relativamente pequeña, la amplitud del corredor de la entrada y la vasta escalera que estaba al frente, llena de estatuas que sostenían las lámparas, en donde fuí recibido por el mayordomo; éste me condujo á un cuarto de primera, iluminado por dos candelabros de seis brazos llenos de bujías ardiendo; y que se componía de una pieza espaciosa, tapizadas las paredes de paño verde, con iguales cortinas y alfombra del mismo color, resaltando dos grandes espejos y el mármol blanco de la chimenea y de los muebles. Adentro había una alcoba que correspondía al salón, amueblada lujosamente.

La primera necesidad del viajero es siempre comer, y para eso me llevaron á un lejano y espacioso comedor de cristales, en donde había infinidad de mesitas, unas con caballeros, señoras y señoritas, y otras vacías; é instalado en una de ellas, fuí servido con cuantos platos y manjares quise, conforme á la *carte* (lista) que me pusieron para escoger. Estando en la comida principió en la pieza vecina un magnífico concierto de cuerdas, tocando cuadrillas y polkas. Era que comenzaba el baile del hotel, el cual fuí á ver después de la comida, encontrando una concurrencia numerosa de señoras y señoritas, con elegantes *toilettes*, y de caballeros de frac y corbata blanca, llevando en la mano, en vez del sombrero doblado como en París, un sombrerito de paja de Italia. Mas como ni tenía ánimo ni me creía convidado á la fiesta, fuíme á dormir.

Al día siguiente abrí la ventana de mi cuarto y... el mar inmenso, azul y solitario se veía en el horizonte; y al pie del palacio, entre los barquichuelos que pasaban, multitud de *ondinas* jugueteando con las olas, dejándose llevar voluptuosamente sobre su blanca espuma, y luégo arrastrar suavemente hacia la playa.

Tan sorprendente y raro era para mí este paisaje, que me frotaba aún los ojos para ver si dormía; y no me persuadí de la realidad sino mucho rato después que vi que las ondinas, casi todas blancas y rosadas, estaban pudorosamente vestidas con un traje compuesto de chaqueta holgada y ancho pantalón flotante, de merino azul, cuyo traje las cubría desde los pies hasta el cuello, y que llevaban una gorrita de género impermeable

para no humedecer los cabellos. Era que estábamos en el verano, y el Havre, así como Trouville, es una estación de baños muy concurrida, principalmente por familias inglesas ricas, que allí se trasladan con todos sus miembros, y que prefieren el hotel *Frascati*, por estar sobre la playa y ser allí más cómodos los baños. La fonda, para corresponder á los huéspedes, gasta un lujo regio, y da en sus salones conciertos y bailes, y en sus jardines retretas con la música militar de la guarnición.

La costumbre de bañarse las mujeres en público y delante de la ciudad entera, me sorprendió mucho; y sorprenderá también á las señoras de mi país, por lo cual voy á referir cómo sucede.

En la playa abierta del mar se cerca hasta cierta extensión un recinto, y esta cerca entra y se acaba en donde está hondo. En la orilla hay una larga barraca ó corredor de madera, con una sola entrada para las señoras, y dividida en muchos cuartitos. Las señoras entran, toma cada una su cuarto, deja en él sus vestidos, se pone el de baño y se deja resbalar entre las ondas que á sus pies llegan; avanza, y ya está en pleno mar y á la vista de todo el mundo.

La estación del verano es la de los baños, y entonces la ciudad está repleta de extranjeros; y las calles, llenas de mujeres elegantes, los parques de señoritos presumidos ó de gotosos acaudalados, y los paseos y los campos de lindas inglesitas, con sencillo traje de muselina, calzado grueso, sombrero de paja de anchas alas, y un ramo de flores rústicas en la mano.

Al primer soplo del viento frío todo desaparece como por encanto; y el Havre adquiere su carácter serio, industrioso y comercial que las fiestas le han quitado.

El Havre de gracia es hoy una ciudad preciosa; fué fundada por Francisco I al norte de la desembocadura del Sena en el mar, en 1537; y es de *gracia,* porque aquel monarca le concedió la de que ningún hombre refugiado allí pudiera ser ultimado; y después la humanitaria tradición ha impedido allí las ejecuciones. Es pues el Havre una ciudad simpática para los colombianos.

Es tan linda la ciudad, que Casimiro Delavigne decía:

Le Havre...... charmante ville,
Elle fut mon berceau: doux climat, sol fertile,
D'aimables habitants... Un site. ¡ Ah quel tableau !
Après Constantinople il n'est rien d'aussi beau !

La ciudad está situada sobre la ancha playa del mar, que la rodea por todas partes, viniendo las olas á morir á sus plantas; y el mar se entra en

sus calles por canales estrechos, y forma en las plazas fondeaderos profundos, siendo uno de los espectáculos más curiosos ver un navío á velas desplegadas atravesar una bocacalle de las centrales, ó un vapor que viene de América y que ha zozobrado, depositar los náufragos en el atrio del teatro. Sobre la ciudad está la costa formando colinas suaves y variadas, cubiertas de verdura y llenas de casas de campo y de aldeas pequeñas y que le da fondo al hermoso paisaje.

Al llegar los buques á la *jetée* ó muelle, los reciben como para darles la bienvenida, dos ilustres hijos del Havre : *Bernardino de Saint-Pierre* y *Casimiro Delavigne*, cuyas estatuas en bronce están al frente del Museo y mirando al océano.

La primera representa á un hombre bondadoso, dulce y tierno, que mira con amor de padre dos niños desnudos que duermen debajo de una mata de plátano, y que son *Pablo y Virginia.*

La segunda representa á un hombre de fisonomía espiritual, en cuya frente se ha modelado el genio, el cual está sentado en actitud de escribir con la pluma en la mano, la mirada en el sol como el águila, atento á recibir la inspiración.

Ser recibidos por huéspedes tales, es llegar á tierra de amigos, sea cual fuere el lugar de donde se venga; porque a todas partes y traducida en todos los idiomas ha llegado la preciosa novela de Saint-Pierre; y muy conocidos son los versos de Delavigne.

Al pie de la estatua de Bernardino de Saint-Pierre, pasaba yo horas enteras admirando el genio del artista que tan bien inspirado había sido al modelarla, recordando el poema de la inocencia y del amor ingenuo ; y todas las bellezas de ese idilio encantador.

« Si Pablo lloraba, le mostraban á Virginia, y viéndola sonreía y se apaciguaba. Si Virginia sufría lo sabían por los gritos de Pablo. Jamás llegué aquí, (dice el viejo) sin encontrarlos desnudos, según la costumbre del país, pudiendo apenas caminar, teniéndose de las manos ó abrazados, como representan la constelación de los Gemelos. La noche misma no podía separarlos y los sorprendía frecuentemente acostados juntos, mejilla contra mejilla, pecho contra pecho, las manos mutuamente pasadas en torno del cuello y dormidos el uno en los brazos del otro......»

Nada mas común que las novelas escritas para enseñar piedad, virtud, heroísmo y abnegación ; y en general, nada más infeliz que estas novelas que tienen un propósito deliberado; y tengo que confesar que hasta en la famosa *Fabíola* del ilustre cardenal Wiseman, me ha parecido

que los héroes se mostraban demasiado, y que hay algo de ostentación en sus virtudes y en su heroísmo.

La virtud, el sacrificio y el martirio se inspiran como en *Pablo y Virginia* haciéndolos amables y de manera que la sublime lección vaya entre las lágrimas de ternura que el relato precioso hace derramar.

Casto y puro es el amor que se pinta en estas líneas, en que Pablo animado con el fuego de la adolescencia, dice á Virginia :

« Dime Virginia, ¿ por qué encanto has podido tú hacer que te adore ? ¿ Por tu talento ? Nuestras madres tienen más que nosotros dos. ¿ Por tus cariños? Pero ellas me besan con más frecuencia que tú. Creo que es por tu bondad. Jamás olvidaré que tú fuiste descalza hasta el Rio Negro para pedir el perdón de una pobre esclava fugitiva.»

Virginia le responde:

« Yo quiero mucho á tu mamá y á la mía, pero cuando te dicen *hijo mío* las quiero todavía más. ¡ Me preguntas por qué me amas ! Porque todos los seres que juntos se crían se aman. Mira, los pajaritos, nacidos y criados en un mismo nido, se aman como nosotros y están como nosotros siempre juntos.»

Esta es la inocencia en el amor, y no la lección retórica de un novelista.

Como Bernardino de Saint-Pierre ha criado á Virginia, así todo padre puede formar á su hija, sin que jamás esté expuesta al peligro de las emociones violentas del corazón ni á las malas inspiraciones del amor.

Pero nos falta el sacrificio y el martirio. Qué espectáculo el de Virginia sobre la proa del navío en el momento de la tempestad y del naufragio, estando á los ojos de Pablo, en frente de su madre y sobre las playas de la patria, y pereciendo por un esfuerzo de su propia virtud, y por no faltar al pudor, y esto sin ostentación en su martirio !

Un marinero, que es el único que ha quedado con ella en el navío, se le acerca y le dice que arroje su vestido para salvarla, y ella lo rechaza; y todos los que en la playa están le gritan que se deje salvar. Nosotros también le habríamos gritado: « Desnúdate y sálvate, Virginia!» Pero ella, « viendo venir la onda terrible, pone una mano sobre sus vestidos, otra en el corazón, y levantando á lo alto sus ojos serenos parece un ángel que torna su vuelo hacia los cielos.»

Séame permitido contar una anécdota á propósito de *Pablo y Virginia.*

Vivía yo en Caracas, y era amigo mío un señor polaco, que había elegido por esposa á la muchacha más sentimental, más *romántica* y más extravagante del mundo; y su marido, queriendo desimpresionarla, me pidió consejo sobre una novela que la señora pudiera leer sin acabar de

exaltar su ya ardiente imaginación. Aconsejéle á *Pablo y Virginia;* y yo mismo le llevé la novela.

Pocos días después fuí á visitar á los esposos, y en el curso de la conversación le dije á la señora, en presencia de su marido:

—¿ Le gustó á usted la novela ?

—¡ Oh ! sí, me contestó. Es divina, arrebatadora; mas ¡ ay ! ¿ en dónde encontraré yo un Pablo ?

Va otra:

Cerca de la casa de mi familia, en Bogotá, vivía un matrimonio de dos viejos amantes, que salían siempre juntos y de brazo, y aunque el marido se llamaba Leoncio y la mujer Bernarda, el público dió en llamarlos *Pablo* y *Virginia ;* y como no tenían hijos, se habían dado á cuidar canarios, cuyas enfermedades conocían y sabían ya curar. Un día á mi sobrina Adela se le enfermó el predilecto canario, y en el afán se fué donde los vecinos, y desde el pie de la escalera les gritaba, confundiéndolo todo:—Don *Canario*, dígale á *Virginia* que me salve mi *Pablo !*

Esto les pareció una burla, se pusieron furiosos y dejaron morir al infeliz animalito.

El Havre tiene cien mil habitantes, como Bogota ; y ocupa dos veces la extensión de ésta; está dividida en dos: la *vieja ciudad*, de piedra negra, de calles angostas y dedicada á depósitos y almacenes de frutos tropicales y á habitación de constructores de buques, pilotos y marineros ; y la *nueva ciudad*, toda de palacios, casas elegantes y hoteles magníficos, atravesada por tres grandes *boulevares*, con calles anchas y rectas, y que es el sitio del comercio y la residencia de las autoridades y de los ricos armadores y grandes negociantes de frutos tropicales.

Pasé en el Havre un año entero sin volver á París y mi permanencia allí hubiera sido feliz, si mi familia hubiera estado conmigo ; pero envié por mis dos hijos que había dejado en Londres, los puse en una pensión inglesa en el campo, á donde podía yo ir todos los jueves en la noche á estar con ellos y siempre que tuviera necesidad; y ellos venían á la ciudad á pasar conmigo los domingos. En esa pensión no olvidaban el inglés, iban poco á poco aprendiendo el francés, y yo podía vigilar su educación. De las casas de educación en que estuvieron en Europa fué la que más me satisfizo.

Instaléme en la calle *Gustave Casavan*, bien central, en una muy bonita casa de esquina, en donde vivían dos señoras de quienes ya he hablado: Madame Augé y su hermana, sin otro huésped que un joven inglés Blumentall, de noble carácter y sencillas maneras ; y era asistido

por ciento ochenta francos mensuales (treinta y seis fuertes), teniendo una sala para el despacho del consulado, otra para recibir á mis amigos, una alcoba con muebles, ropa de cama, servicio, desayuno, almuerzo y comida con vino.

Puede juzgarse que por tan módico precio ni la comida sería abundante ni el vino bueno; pero yo lo encontraba siempre todo exquisito, pues las señoras me estimaron mucho: jamás tuvimos una disputa con ellas, y al cabo del año, en que nos separámos, éramos muy buenos amigos, y conservo de ellas una grata memoria.

Es el Havre el puerto principal de Francia, sobre el Atlántico, grande astillero y estación de los vapores inmensos y suntuosos que hacen la travesía entre Francia y los Estados Unidos. Además, es la plaza principal del mercado de café, después de Londres y La Haya, y de muchos otros frutos tropicales, todo lo cual produce grande animación y da vida cómoda al pueblo, compuesto de marineros, carpinteros y pilotos. Y para seguridad y acomodo de los buques se han hecho allí magníficos canales de piedra que van hasta el centro de la ciudad, y una obra llamada la *jetée*, que es una lengua de piedra que se avanza mucho entre el mar, viniendo las olas embravecidas á estrellarse contra la punta, y que está siempre bañada por las que llegan á uno y otro lado.

Allí iba yo á las seis de la mañana siempre, á respirar el aire vivificante del mar; á ver el sol iluminar y dar color de fuego á sus mil ondas; á ver entrar las barquetas de los pescadores que habían pasado la noche mar afuera echando sus redes y cantando; y sobre todo á ver llegar como fatigados, esos gigantes que venían del otro extremo de la tierra, naves de largo curso que parecían traer los recuerdos de sus maravillas y el eco del ruido de sus montañas.

Hay en la *jetée* una corneta enorme, que al impulso de una máquina de vapor da sonidos roncos y prolongados como el bramido de un monstruo marino, cuando el mar está agitado y el canal oscuro; sonidos que se oyen á cinco millas de distancia, y que indican á los bajeles dónde está el puerto, y que no cesan un punto mientras reina la oscuridad.

La casa de los pilotos está cerca de la *jetée*; todos ellos tienen en el gorro el número del bote á que pertenecen, y éste se halla listo en el puerto para ocurrir en el momento del peligro, según el orden que le corresponde; y todos los días tienen que entrar en batalla para cumplir con su deber, y alegres y contentos desafían la muerte.

Un día, yo lo presencié, la corneta sonaba sin cesar, pues el horizonte estaba oscuro y tenebroso. De pronto se oyó á lo lejos un cañonazo pidiendo

salvación. El capitán de los pilotos estuvo en el acto en el puesto; y al enviar el bote de salvamento y al ver el mar terriblemente embravecido, él, que estaba habituado á domar las tempestades, se sintió conmovido, y les dijo á los marineros:

—Valor y serenidad, muchachos! Yo quisiera irme con ustedes, pero no puedo. ¡ Valor ! ¡ Es preciso ! Adiós !

El bote estaba montado por doce marineros y un piloto.

Al día siguiente todos acompañábamos á la iglesia los féretros de los trece marineros.

El navío que habían ido á socorrer se había refugiado en Dieppe.

Se han levantado sobre la costa y en la colina de *Sainte-Adresse* dos torres elevadísimas, en las que se ha puesto un faro iluminado por luz eléctrica, producida por máquinas de vapor; y pude observar en un viaje que hice á Southampton, que el mar está de noche alumbrado y claro como si fuera de día, y en una extensión de más de una legua.

Sainte-Adresse es una aldea poética y sencilla que domina al Havre, y en la cual hay una iglesia gótica, erigida á *Notre Dame des Flots* (Nuestra Señora de las Olas): iglesia que está siempre como una capilla ardiente, por los mil cirios y bujías que allí van á encender las esposas de los marineros, por promesas que hacen con sencilla fe cuando están ausentes, y que juntos y gozosos van á cumplir á la vuelta; y los muros están completamente cubiertos de ex-votos, inscripciones en mármol y relación de los beneficios hechos por la Virgen cuando la invocan en el mar.

El camino que á *Sainte Adresse* conduce no tiene rival, pues se va ascendiendo lentamente: á la izquierda se divisa el mar, tranquilo ó agitado, siempre hermoso, los navíos que salen, ó los que entran á la ciudad, la playa llena de mujeres bañándose en verano, de pescadores que enjugan sus redes ó recogen cangrejos en la arena ó que se lanzan á las ondas en el invierno. Y del otro lado se ven quintas preciosas de todos los ricos de París que allí vienen á pasar el verano, ó de los comerciantes del Havre que allí viven; y cuyos jardines se pueden admirar al través de las verjas de hierro ó en las grandes portadas.

Allí tenía una casa rústica Alfonso Karr y un precioso *château* la Reina Cristina, de España, á donde se retiró después de haber gobernado en medio de la mayor grandeza y esplendor la hermosa Península.

Visité la primera por amor. Fuí al segundo (¡oh vanidad de vanidades!) por conocer al *Duque de Riánsales*, marido de la Reina, y hermano del señor don Juan Gregorio Muñoz y Funes, Ministro de España en Venezuela, cuando yo estuve allí, y mi amigo en una época en que yo, joven todavía,

creía que habría dicha y gloria para mí, y cuando no quise aceptar una condecoración ofrecida de buena voluntad.

En aquel tiempo España ya tenía tratados que le garantizaban la neutralidad con el Ecuador, Venezuela y el Perú; pero no los tenía con Colombia, en el momento en que Narciso López promovió una revolución en Cuba, que era favorecida por los Estados Unidos, y cuyo centro de expedición debía ser el Istmo de Panamá.

El señor Muñoz me propuso la celebración de un tratado igual al de Venezuela, cuyas bases redactamos *ad referendum*; yo lo sometí al Gobierno de Colombia, cuyo Secretario de Relaciones Exteriores era el señor Victoriano de Diego Paredes; y éste me contestó:

«Nuestro país no cree que por ahora le convenga ligarse con un tratado con España, cuando puede con su neutralidad ayudar á la libertad de su hermana la isla de Cuba.»

Cuando esta contestación me llegó, comprendí que había hecho una tontería.

Lo que sorprende más en estas quintas del Havre, es que durante la primavera y el verano los jardines están llenos de matas floridas, que ostentan sus colores y esparcen por el aire sus aromas; los senderos, formados por arbustos de mirto y de laurel, que son preciosos, y las alamedas están hechas de árboles gigantes á cuya sombra se come y se baila; y al comenzar el invierno, como una cortesana que guarda sus trajes de seda y sus adornos después de una fiesta, y de ella sólo muestra la fea desnudez, las matas son arrancadas, los arbustos guardados y envueltos en paja, los árboles se convierten en esqueletos y la tierra aparece en la más triste desnudez.

El paso sucesivo de las estaciones es un encanto y una maravilla para el hombre que ha nacido en un clima intertropical donde la naturaleza, igual eternamente, parece inmutable al influjo del tiempo. Ver, por ejemplo, al benéfico calor de un rayo de sol de primavera, la tierra cubrirse de hojas y de flores, el aire poblarse de aves canoras, desatar los peces sus ligaduras de hielo y juguetear en los torrentes, y la naturaleza entera reír y cantar; después, en el verano, cubrirse las praderas de mieses, los árboles de frutas, los bosques de venados y otros animales de caza; y al sólo influjo del sol, en el otoño, el verde de las hojas volverse rojo; ir éstas una á una desprendiéndose para perderse entre los rayos de un sol rojo también; sentirse en la naturaleza el cansancio del exceso en el deleite, dormida postrarse é indiferente ver sus flores marchitarse, sus encantos perderse, y así esperar la muerte que el *invierno* le trae, encargándose el mismo de envolverla en una sábana blanca y melancólica, todo esto es admirable.

Si de nuestra parte está la ventaja de una eterna primavera y la de tener flores y frutas juntamente, no debemos desperdiciarlas, dejando sin cultivo nuestros campos, y desierta, agreste y desapacible una región como la sabana de Bogotá: é incultos y salvajes esos paraísos de la tierra templada, en que la naturaleza es tan fecunda y tan hermosa.

Cuando en Europa se ve en el centro de la ciudad, y en la ventana de una buhardilla, á una pobre costurera cultivar con amor una mata de albahaca; cuando se ve felices á las familias que tienen media porción de tierra, con una casita que llaman *château*, cubrir de flores esa cuarta de tierra y pasar allí el verano cultivándolas; cuando se ve á las ciudades hacer costos enormes para mantener parques y jardines públicos, como una necesidad social, es cuando se comprende el poco amor que la naturaleza inspira á los colombianos, el salvajismo en que vivimos en los campos, y el repugnante aspecto de nuestras ciudades.

En el Havre hay varios parques; uno de ellos es espléndido, está al frente del *Hotel de Ville*, adornado con dos hermosas pilas, y en él, con sin igual esmero, se cultivan las flores de la estación; y es curioso ver durante una semana el jardín cubierto de anémonas, cuya vida es breve, y al domingo siguiente no encontrar sino rosas de todas clases y de todos los matices. Después venir los lirios, blancos y morados, y así sucesivamente variar de flores, hasta que con los últimos rayos del sol vienen las dalias.

Este parque tiene varias calles que, tomando diversas direcciones, convergen todas á un centro común ; y en él se ha levantado una plataforma, en donde la banda de la guarnición da retretas los domingos á las dos de la tarde, y todas las damas van allí, en su coche ó á pie, y asisten al concierto, paseándose por las diversas calles para lucir los trajes elegantes, ó sentadas en cómodas sillas de fierro que están repartidas por el parque.

Dale á la ciudad esta costumbre un aire de animación y de fiesta muy grato al extranjero, y con frecuencia da ocasión para que los amigos lo presenten á las familias con quienes se encuentran, aumentando así todos los días el círculo de sus relaciones.

Hay otro parque, siempre solitario, adonde apenas llega el rumor de la agitada ciudad, cubierto de árboles seculares, cuyas hojas, agitadas por la brisa que sopla del mar, producen el ruido melancólico que se oye en nuestros bosques; y allí, pensando en los seres amados que en la patria había dejado, pasaba yo largas horas haciendo planes de parques y jardines que había de levantar, y que habian de encantar las risas y los juegos de mis hijas.

CAPITULO XXXII.

Un colegio de Jesuitas—Iglesias—Matrimonios—Hoteles—Entierros—Comidas—Bailes—Teatros—Despedida.

EN el centro de un vasto parque de árboles frutales, y en medio de jardines tienen los padres Jesuitas el colegio de *San José*, en el Havre; mi balcón lo dominaba, yo me entretenía viendo á más de doscientos niños salir en comunidad á jugar y á divertirse: á un toque de la campanilla disolver la comunidad, dispersarse por el parque, dar vueltas al rededor, correr y saltar uno tras de otro y alcanzarse, mientras que dos padres vigilantes se paseaban por el centro del parque conversando y tomando un rayo de sol. Ninguno de los niños atravesaba un palmo más allá del recinto señalado á sus juegos, ninguno trepaba á un árbol ni cogía una fruta ; y en el momento en que el campanillazo sonaba dejaban todos interrumpidos los juegos y venían á tomar contentos su puesto en la comunidad.

Estos niños eran casi todos bonitos, estaban muy bien cuidados, dentro del colegio andaban con sus vestidos de paño gris bien arreglados; y los domingos salían de uniforme, consistente en una levita militar con botones dorados y una cachuchita de paño con el nombre del colegio bordado en letras de oro.

« Los padres de familia, me decía un amigo, que no quieren enviar sus hijos á los liceos y colegios que el gobierno sostiene, los mandan todos á los colegios de Jesuitas, que son los más aristocráticos, y que tienen sobre los privados las ventajas de que la educación que en ellos se recibe es más

clásica y más amplia, y que como tienen rentas cuantiosas no especulan con el infeliz colegial, quitándole por economía los alimentos necesarios ó privándole del fuego en el invierno. Además, apenas salido un joven del colegio, siendo digno, ya tiene una posición conquistada con el apoyo que le da *la Compañía* y con las relaciones que del colegio saca con los nobles y ricos del país que han sido sus condiscípulos.»

Dos grandes iglesias tiene el Havre: *Notre Dame*, situada en la calle de París, que es un templo latino, pesado, de arcos elevados y un arco toral muy atrevido, y que es la iglesia matriz; y *San José*, templo nuevo, de torres elegantes y muy hermosas pinturas, que es el de la parroquia, donde se practican todos los matrimonios y todos los entierros. Esta iglesia estaba frente á mi casa, y esto me dió ocasión para observarlo todo.

Siempre está guardada por un *suizo*, el cual, vestido de calzón corto, gran casaca y sombrero de tres picos, lleva una larga cadena de fierro al cuello; pero en los días de ceremonia este vestido está todo bordado de oro, como el de un general, el sombrero galoneado y con plumaje blanco, y la larga cadena es de plata, lo mismo que una gran maza que en la mano lleva.

Los MATRIMONIOS se celebran en Francia primero en la *Mairie* (alcaldía), á donde se dirigen los novios en un coche especial, según la riqueza; pero generalmente adornado de paño blanco con bordados, el cochero, con lujoso vestido, y dos lacayos de librea blanca.

Es preciso que las novias sean muy pobres para que no vayan vestidas de blanco (creo que habrá trajes de alquiler para la ceremonia), ó para que no vayan en coche; y detrás del de ella van el del novio, los de los padrinos, parientes, amigos y convidados á la boda. Como diariamente hay cincuenta ó sesenta matrimonios en la *Mairie*, todos de diversas condiciones y categorías, es de verse la entrada y salida de coches en el jardín, y el ruido y la algarabía que hacen los cocheros para mantener su puesto y estar listos para, cuando su respectiva pareja salga, seguir á la comitiva.

De la *Mairie* viene la comitiva á la iglesia para la celebración del matrimonio católico, ceremonia que por fuerza es la misma que en nuestro país se celebra; pero en algunos casos se hace con tal solemnidad y pompa que la iglesia se llena de convidados, se canta en el coro durante el acto, con orquesta magnífica; y en vez de un padrino y una madrina, cuatro caballeros y cuatro señoras vestidas de blanco desempeñan estas funciones. No siempre sigue, como entre nosotros, una misa á la ceremonia, acabada la cual, recoge la novia una colecta para los pobres.

Concluída la ceremonia, salen los felices esposos á celebrar *la noce* en su palacio ó en su casa, en un hotel ó en el campo, pues todo matrimonio

tiene fiesta: toda novia pasea en coche descubierto por la ciudad, ó á pie y precedida de violines por el campo; y hay hoteles en *Sainte Adresse*, que dicen «*Para novios*, almuerzos abundantes y con vinos exquisitos, á cuatro reales por persona.»

Los matrimonios en Francia, en general, no son la unión de dos amantes; la posición social, la fortuna, la conveniencia ó la identidad de profesión ó de intereses, entran por mucho en las uniones. Pero á despecho de Balzac y de todos los escritores de costumbres, yo creo estas uniones felices, porque se identifican los esposos en gustos, creencias y aspiraciones, de tal manera, que al cabo del tiempo el uno no podría vivir sin el otro; pues el hombre complace todos los deseos de su esposa y ésta se interesa vivamente en el porvenir y fortuna de su marido.

Habiendo tan distintos rangos sociales en Francia, que tienen costumbres tan diferentes, difícil es describir caracteres que puedan comprender á personas que pertenecen á estos rangos; pero exceptuando la nobleza y la *bourgeoisie* ó clase opulenta de la sociedad, en las otras esferas la esposa es una eficaz cooperadora de la suerte de su marido, y corresponde dignamente á su misión.

La esposa del comerciante va al almacén, lleva las cuentas, se interesa en los negocios y comprende que todo cuanto aquél gane es de la fortuna común, y que cuanto ella economice será más tarde patrimonio de sus hijos. Lo mismo le pasa á la del artesano, fabricante, &c.

El orden y la economía, virtudes tan absolutamente desconocidas entre nosotros, son cualidades distintivas del pueblo francés; y así como en Inglaterra los grandes capitales se deben á las empresas sobre la India ó sobre América, en Francia la fortuna pública está levantada sobre los ahorros acumulados por los particulares, que se van multiplicando repetida é infinitamente, y formando una masa inmensa de riqueza, debida principalmente á las mujeres.

Antes del matrimonio se otorga entre los que van á ser esposos la escritura de esponsales, en la que consta lo que cada cual lleva para ayuda de las cargas del matrimonio. Esto es un depósito sagrado contra el cual no atentará ninguno de los esposos; y calculada la renta que este capital ha de producir, agregado el trabajo personal cuando lo hay, se arregla el presupuesto de la vida de los esposos en el porvenir, ley que jamás se viola.

No se crea que hay avaricia en esto; no es un vicio lo que allí reina, es, al contrario, la virtud, grande en un francés, que ama el placer y goza tanto en él, de sacrificar algo de estos placeres, por la tranquilidad del porvenir ó la dote de su hija ó la educación de su hijo.

Las familias en Francia son limitadas, reducidas á uno ó dos hijos, así es que á pesar de que no hay una grande emigración, es el país de Europa en donde la población se duplica más tarde; y algunos de sus hacendistas erróneamente se vanaglorían de que por esta razón la Francia será siempre más rica que la Alemania, y de que estará menos expuesta á las convulsiones que la miseria y el pauperismo produzcan en Europa.

El amor á los hijos, instintivo en todas las criaturas, toma entre los hombres diversas formas, según las costumbres y la educación, sin que pueda asegurarse cual es la más benéfica para la humanidad.

Se interesan más los franceses en el porvenir de sus hijos que los colombianos, les hacen más sacrificios que los ingleses, son más entusiastas en su amor de padres que los alemanes, y sin embargo, de ellos se separan con más facilidad que todos los otros; y los confían de niños á las nodrizas del campo, y después los tienen en los colegios, liceos ó conventos como internos, y de allí no salen hasta que deban tomar estado ó abrazar una profesión.

Las niñas, en general, son educadas en los conventos de monjas, excelentes planteles de educación, que abrazan todos los ramos del saber útil á la mujer, y en los que se cuida á las niñas con amor y solícito esmero, cultivando su virtud y su inteligencia; y las madres ponen contentas en esos establecimientos á sus hijas, las cuales serían un grande embarazo en el hogar, porque hay que estar en la fábrica, en el taller, en el almacén, en la tarea diaria, sin poder atender á ellas; y las madres quieren educar bien sus hijas y luégo colocarlas lo mejor posible y que sean felices.

Ordinariamente, cuando la hija hermosa, culta y bien educada ya sale del colegio, es el encanto y la alegría del hogar. Para ella hay fiestas, bailes y diversiones, en los cuales casi siempre encuentra al hombre con quien se ha de desposar, y en el cual ya sus padres habían pensado.

Una niña que nada del mundo conoce, sencilla é inocente, que encuentra un hombre que la estima y la hace disfrutar de una vida sabrosa y de placeres que ella había imaginado, no concibe que haya otro amor ni le hace falta nada; y, como un dócil rosal, se deja guiar dichosa por este hombre, y toma la forma que él quiere darle, á fin de que sean uno en la vida, uno en el trabajo, uno en la gloria y uno en el dolor.

Aquí está la explicación de por qué los teatros y los restaurantes, los paseos y los conciertos están en Francia siempre llenos de gente gozosa y de parejas felices: porque el esposo jamás aparta sus placeres de los de su mujer; y porque su mujer, inteligente, espiritual y culta, realza su mérito y le ayuda á disfrutarlos.

Sea cual fuere la condición de la pareja, si no es la de la miseria, siempre hay tiempo de dar una vuelta por el parque de la ciudad ó de recorrer las calles iluminadas; y la pareja, antes de ir á su casa á dormir, se proporciona ese placer inocente, que juntos gozan y saborean. El marido y la mujer han trabajado cada uno en su taller hasta que oscurece, y en vez de ir entonces á prender candela la cansada mujer para hacer una mala sopa, se van á una *asistencia pública,* en donde por medio real encuentran dos tazas de caldo refocilante y nutritivo, que les devuelven las fuerzas.

Los consumos en común son más baratos, según lo enseñan los principios económicos; y en Francia se ha resuelto el problema de dar á estos consumos toda la comodidad, sabrosura y elegancia que se quiera, haciéndolos siempre más baratos que en las casas particulares.

Una pareja acomodada, en vez de mantener un sin número de criados, enojosos y muy caros, y de imponerle á la señora las indispensables molestias de la casa, come los más delicados manjares en la *Maison d' Or*, ó varía todos los días, á su capricho, de restaurante ; toma ricos vinos, está en agradable sociedad, y todo esto por un precio inferior al que le costaría uno solo de esos platos preparado en su casa.

Las costumbres, muy plausiblemente, autorizan la concurrencia de las señoras á los clubs, hoteles y restaurantes ; y los hay para todos los rangos, desde aquellos en que se sirve en porcelana magnífica y cubiertos de plata, como el *Frascati*, en el Havre, en mesas ó gabinetes especiales, hasta el *table d'hôte* (mesa redonda) de una cantina de marineros; desde el comedor fantástico, en donde come un lord con su familia, hasta el sencillo *Duval*, á donde va el literato con su amada mujercita á improvisar el folletín del día siguiente.

Hablemos del *Duval*. Un francés de este apellido observó que los espejos, los dorados, el lujo y la ostentación, que no se comen y que se usan en los hoteles, y sobre todo, el terrible *pourboire* encarecían mucho las comidas, sin provecho para los concurrentes ; y se propuso fundar restaurantes sin lujo, tan sencillos que la comida se sirve hasta sin servilletas, y por pobres muchachas que no aguardan el *pourboire ;* pero con carnes exquisitas, tortas deliciosas, vejetales frescos y vinos legítimos. Los *Duvales* se llenaron de todas las gentes que sí quieren comer bien y que no gustan de la ostentación. Duval hizo una gran fortuna, y los *Duvales* se han extendido por todas las ciudades de Francia.

Una mañana que amanecimos de buen humor el señor Caraballo, mi amigo en el Havre, y yo, resolvimos ir á almorzar á la *Asistencia pública;* establecimiento que tiene por objeto dar á los pobres de comer, á un ínfimo

precio, alimentos ordinarios pero sanos, y que se sostiene con sus propios recursos, ayudado sólo por las personas caritativas que en vez de dar limosna compran boletas de consumo y las regalan á los miserables.

Provistos de nuestras respectivas boletas para poder pedir los mejores platos, y regalarnos, entrámos, no sin aprensión, á un salón muy semejante á los antiguos refectorios de los colegios públicos de Bogotá, con bancos de madera para sentarse y mesas fuertes para servir la comida. Era temprano, todavía había poca gente, y sólo se notaba bullicio en el lugar en donde se expendía el caldo para la calle, pues allí muchas niñas estaban agrupadas aguardando impacientes, y hacían mucho alboroto.

En el salón, y en una mesa cerca á la que nos tocó, estaban un viejo militar, dos señoras pobres y una niña descolorida, conversando de las noticias del día, mientras les alcanzaban su caldo; y lo hacían con tal ceremonia, cultura y gravedad, como lo haría Mac-Mahon al lado de dos duquesas en el comedor del Elíseo.

En tazas de peltre le fueron alcanzando á cada cual una de caldo; servíasele éste sin agregado alguno al que presentaba una boleta por dos centavos; con un pedacito de pan al que la daba por valor de cuatro sueldos, y á quien la tenía por cinco, añadíanle un pedazo de carne en el caldo. Pero la conversacion no se interrumpió por esto, mezclando las palabras, los chistes y las sentencias del soldado á las cucharadas de caldo. Nada de glotonería ni de grosería entre estos mendigos.

Servido nuestro caldo, nos mirámos el señor Caraballo y yo; no tenía á la verdad mal aspecto ; pero lo que para nosotros iba á ser un sacrificio, para otros iba á ser una delicia. Yo ofrecí el mío á la niñita descolorida, y Caraballo á una cieguecita que llegó después.

Estábamos en medio de los mendigos, entre la última condición del pueblo ; y ni las personas presentaban aspecto repugnante, ni extrañámos el lenguaje y las maneras de la buena sociedad.

Otra noche nos fuímos al centro de la ciudad vieja, á una taberna en la que entraban artesanos con sus mujeres ; y nos encontrámos, como en los mejores restaurantes, una *dame de comptoir* (señora del mostrador), con la misma sonrisa y la misma elegancia de una dama de la aristocracia ; y criados que vinieron á preguntarnos qué queríamos tomar, con el mismo aspecto comedido que en otras partes.

Felices se reían en un grupo de diez personas, hombres y mujeres, oyéndole á un marinero contar anécdotas ; y cada vez que el narrador acababa con una, llevaban á los labios la copa del *delicioso licor* (horrible

tósigo que llamaban *vermouth*): lo saboreaban, lo ponderaban, y seguía el narrador con sus aventuras de mar.

En otra mesa todos hablaban, se arrebataban la palabra, se contradecían, hacían gestos, señas de horror y aspavientos. Era que conversaban sobre un ratón que había salido de entre el entablado á recoger las migajas que caían. Aquéllos tomaban entre todos una botella de vino tinto.

Retirado en un rincón estaba un ebrio, queriendo desenmarañar dc su cabeza algo como de política; y su mujer le hablaba al oído con tono misterioso y señalaba á los otros, como para indicarle que callase.

Tenía las manos juntas sobre el hombro de un joven de cachucha, pálido y extenuado, que parecía ser estudiante, una muchacha bonita; y sobre la mesa había dos copas, una con *ajenjos* y otra con una fruta en aguardiente, él bebía con frecuencia, ella le daba pequeños mordiscos á la fruta.

En varias mesas jugaban formalmente á los naipes, *ecarté*, grupos de cuatro personas como en el mejor salón de París; y se oía de vez en cuando que decían: el uno *¡Roi de trèfle!* el otro *¡Roi de carreau!;* y después de que contaban y arreglaban las cartas, el que perdía se levantaba y pedía que renovasen las copas.

Empeñados en un juego de *dominó* estaban otros; y supongo que el que lo perdía pagaba; pero lo jugaban tan despacio que no lo vimos acabar.

Muchos no tomaban, sin duda, porque no tenían con qué pagar; se paseaban en la sala, veían á los jugadores ó tomaban parte en sus conversaciones.

Una partida de marineros que entró haciendo sonar los cristales de la puerta, pisando recio y haciendo alboroto, apenas llamó la atención de los diversos grupos, que siguieron con sus respectivos entretenimientos.

Los marineros, por su parte, como si estuvieran ellos solos, tomaron sus bancos, pidieron coñac y empezaron á beber, á reír y á cantar.

Indudablemente el pueblo francés no es pendenciero ni beodo; y en la noche del *28 de Julio*, día de la celebración de la fiesta nacional, yo vi á todo el pueblo de París entregado á la más loca diversión, y no noté un ebrio ni presencié una sola pelea. Los franceses forman el pueblo más culto de la tierra.

Los ENTIERROS en Francia corren á cargo de una gran compañía encargada de las *pompas fúnebres;* y son más ó menos suntuosos, según el caudal del muerto y la vanidad de la familia; pero hay una costumbre muy bella que no la practica nuestro clero, y es la de que todo el que

muere, por miserable que sea, es conducido á la iglesia, donde le rezan un responso; y el sacerdote mismo le va pasando el hisopo de agua bendita á cada uno de los hijos del muerto para que, como de despedida mística y tierna, rocíe con el agua santa el cadáver del pobre.

En los entierros de los aldeanos en los campos, hay la rara costumbre de que el cadáver, llevado en hombros por los otros aldeanos, va precedido de un hombre tocando trombón ; y haber oído esos lúgubres sonidos en medio de la soledad, al atravesar un sendero cubierto de árboles sombríos, y ver el sencillo y triste cortejo, y escuchar el eco que se repite en las paredes del rústico cementerio, es una de las emociones más poderosas que mi alma ha experimentado.

El cadáver no se viste como entre nosotros, sino que es envuelto en una sábana blanca, lo que es más respetuoso ; y no se exhibe, sino que permanece en el lecho hasta que es puesto en el féretro para ser conducido á la iglesia. La sala mortuoria y la entrada de la casa se enlutan ; y en la puerta se pone una gran cortina de paño negro con las iniciales ó el nombre entero del muerto.

El cadáver es conducido á la iglesia, á la hora misma de la ceremonia, en un coche de luto, y tirado por dos ó más caballos negros con penachos de plumas en la cabeza.

La puerta de la Iglesia se cubre con una gran cortina de paño ó terciopelo negro con las iniciales del difunto; la iglesia se enluta, pero no hay la profusión de luces que se acostumbra entre nosotros. La ceremonia, en general, no es suntuosa ; pero la concurrencia aun de los entierros pobres, es muy numerosa.

Asisten todos los miembros de la familia y todos los parientes y amigos, que van llegando en su coche y tomando su puesto en la ceremonia. Mientras ésta dura, los coches están en la calle aguardando, los cocheros bebiendo y peleando ; y cuando se concluye la ceremonia, se colocan en orden. Va el coche mortuorio adelante, luégo el de la viuda, luégo los de los hijos: el médico, los parientes, los amigos y los convidados, formando una larga fila hasta el cementerio.

Allí, todos echan pie á tierra y van desfilando delante del hijo mayor ó del más próximo pariente, quien, parado en la puerta, despide el cortejo con tal serenidad y ceremonia como si estuviese en una recepción diplomática.

La suntuosidad en los entierros está en el lujo desplegado en la iglesia y en el mayor número de coches que forman el cortejo ; y según que las iniciales sean de plata ú oro, y la altura de los penachos que los caballos

del coche llevan, puede calcularse la fortuna del muerto. Pero todos los entierros tienen su tasa, su arancel limitado; y la *compañía de pompas fúnebres*, no puede hacer lo que *las agencias mortuorias* de Bogotá: pedir por un entierro lo que forma la fortuna de una familia.

Cuando yo refería en París que el entierro del señor Santamaría había costado quince mil francos en Bogotá, lo tuvieron todos por una exageración increíble de mi parte. Los entierros buenos y comunes cuestan allí cincuenta pesos.

Todo cadáver es enterrado en el suelo; el cementerio público queda fuera de la ciudad. Las familias ricas se hacen construír, en el suelo también, osarios sobre los cuales hacen levantar capillitas góticas; los acomodados cercan el recinto con una verja de hierro; y sobre las huesas de los pobres se pone una cruz.

Los cementerios están muy bien arreglados y cuidados; y como la costumbre de colocar coronas de inmortales, de abalorio negro con letras blancas ó de rosas sobre las huesas de las vírgenes, es muy general, el aspecto que presentan no es sombrío ni aflictivo.

Los hijos, la viuda ó los más cercanos parientes, reparten tarjetas en la ciudad y las envían fuera á todos los amigos, relacionados ó conocidos, dando parte del fallecimiento de la persona, con su edad, títulos y condecoraciones, si las tiene; y en muchas se indica también quién es el heredero del título ó el sucesor de las funciones de padre de la familia.

Las comidas en Francia son muy sabrosas, el pan exquisito y el vino delicioso; pero hay el pequeño inconveniente de que si el viajero se descuida, los alimentos no nutren, el pan no es de trigo ni el vino de uvas; y por esto la policía tiene que estar en las panaderías, en las bodegas y en los restaurantes, evitando las falsificaciones peligrosas y dejando correr las pegatas inocentes.

Almorzar, comer ó cenar en un buen restaurante, es un placer de gastrónomos, pues la cocina francesa, reunión de todas las del mundo, ha venido á ser la mejor. Cada plato, cada manjar, se prepara con arte: va con la salsa que le corresponde y es servido en la forma que conviene, caliente y entre llamas, ligeramente tibio, frio ó helado, siguiendo las diversas sensaciones del paladar, y satisfaciendo los caprichos del estómago.

El que quiera tomar *nidos de golondrinas* tan bien preparados como los que se le sirven al Emperador del Celeste Imperio, allí los encuentra: al que le gustan los caracoles, se los sirven tan frescos como los que hay en los campos de Fucha, y las ostras vivas y palpitantes se sirven en el fondo de la concha; pero el que quiera buen beafsteak, papas bien cocidas y sopa

suculenta, es igualmente bien atendido. El café es malo, el té no sirve; y el chocolate es delicioso.

Tiene el pan un precio señalado por el Gobierno, y siendo de superior calidad al nuestro, es más barato. Dos libras de pan valen un real; y se fabrican panes de una vara de largo, tostados hasta el centro y que se rebanan con facilidad.

El vino puro es el más difícil de obtener; pues los viñedos no alcanzan para el comercio del mundo, y el consumo interior es sacrificado. Cuesta una botella del legítimo ordinario, de dos á cinco reales. El fino es muy caro.

Las mismas cosas, é igualmente sabrosas, se sirven en otras fondas y restaurantes por la mitad y hasta por la cuarta parte del precio. ¿ Se puede hacer esa economía ?

La exquisita sopa de tapioca que allí sirven, no es precisamente de tapioca, sino de los restos del almidón que van en la ropa sucia y que las lavadoras no desperdician, ni los hoteleros tampoco. El delicioso pescado con salsa blanca, viene de los muchachos que por donde quiera buscan lagartijos y toda clase de animales. Las chuletas provocativas, no tienen del cordero sino los huesos que han servido para el uso de tres generaciones sucesivamente, y en los cuales todos los días se arman nuevas chuletas con los despojos de los otros hoteles ó de las casas particulares. Esas verdes aceitunas y alcaparras, son bodoques de masa con hueso ó semillas postizas, dado el color con óxido de cobre, y producen cólico. El conejo es gato ó ratón; el beafsteak es de carne de caballo ó de asno; el pan es de harina de papas inflada con soda; el vino, sumo de palo campeche de Colombia; el café, agua de chicoria quemada, y la mantequilla espumas del Sena.

Son tan generales las falsificaciones y tales los estragos que causan en la población, que el Gobierno mantiene en todas las ciudades un laboratorio químico, abierto constantemente, para que á toda hora del día y de la noche se puedan llevar allí los licores y alimentos que se expenden al público, á fin de que sean examinados, y se vea si contienen venenos ó sustancias dañosas, é impedir de este modo la muerte de muchas personas y el envenenamiento de las poblaciones.

Fué una fortuna para mí el que durante mi permanencia en el Havre, por no haber en la casa donde vivía mas que cuatro personas y entre ellas las dos señoras interesadas en los alimentos, y ser mesa común la que allí había, no me tocara comer estas porquerías, aunque la comida era muy ordinaria y muy sencilla.

Para complaceneia mía en la casa de la madre del señor Caraballo, á la

que con frecuencia era invitado á comer, encontraba todo lo exquisito de la comida francesa, y algunas veces platos á la *criolla.*

Era esta señora una mujer de sesenta años de edad, de carácter enérgico, franca como las americanas, de trato admirable: ciega, y madre de un jóven á cuyo cargo estaba el consulado de México, y que desempeñaba el de Colombia cuando los cónsules se ausentaban.

Su historia había sido bien triste. Nacida en la opulencia, en el seno de una familia de Santo Domingo, se enamoró de un español que á la isla llegó, casóse con él, tuvo una niña y luégo entregó su fortuna al marido. El español se fué á París, estableció un tren magnífico, y olvidóse de la linda criolla entre el juego, el champaña y los atractivos parisienses; pero ella le amaba mucho, fué á buscarlo, y logró atraerlo á su hogar. Era ya tarde, la fortuna estaba disipada, el vicio había gangrenado el corazón del esposo, tenía muchas deudas; y perseguido por todos, se levantó la tapa de los sesos, dejando á su señora próxima á un alumbramiento, y con una niña de cuatro años.

Encontróse en tierra extraña, sin parientes, ni amigos, echada de la casa en que vivía, embargados los muebles ; y sin amparo en la vida no hizo más que llorar, y de llorar se volvió ciega, antes de que viniera al mundo su segundo hijo. Cuando esto sucedió, hubo para ella, como una transfiguración en su espíritu: la débil y sensible mujer se hizo fuerte ; y la falta de la vista la suplió con los recursos de su fecunda inteligencia. Puso á la niña en un convento, y se estableció, con lo que pudo realizar de sus joyas, en una ciudad secundaria, atendió á su subsistencia y educó perfectamente á su hijo. La hija grande ya, no quiso dejar el convento y profesó.

El joven era, cuando yo lo conocí, un cumplido caballero español, con toda la cultura y elegancia francesa ; supo devolver á la madre en amor, atenciones y cuidados, el esmero que ella había tenido con él ; y en la casa de la ciega y del hijo, pasé mientras que estuve en el Havre las mejores y más sabrosas horas. ¡ Qué talento de mujer ! Indudablemente el cerebro americano está mejor organizado ó tiene más fósforo que el cerebro europeo; y esa espontaneidad del pensamiento, esa claridad de ideas, esa facilidad de comprensión, esa luz que despide en donde más se pueden apreciar es en una mujer como la señora Gordon de Jovec, olombiana que conocí en Caracas, ó en la señora Caraballo en el Havre.

La señora Caraballo tenía la particularidad de que ella misma, siendo completamente ciega, ayudada de una sirvienta, preparaba la comida con

que nos obsequiaba, adornaba la sala con flores, y hacía ramilletes para el centro de la mesa y para poner en el puesto de cada uno de los convidados.

Su gran placer era el que yo la sacase á pasear en coche, y cosa sorprendente ! no le gustaba ir por las calles de la ciudad, sino que la llevase al campo, y principalmente del lado de *Sainte-Adresse*. Me quería tanto, que prefería salir conmigo en un mal coche de alquiler, á ir en el landó de la señora Cravé, su amiga, muy rica, quien con frecuencia pasaba á invitarla.

Voy á contar una particularidad de uno de los caballos del coche de la señora Cravé. Cuando ésta entraba á hacer alguna visita, el caballo se estaba quieto por diez minutos, al prolongarse la visita, empezaba á dar golpes con la herradura en el empedrado, si continuaba la visita, mordía al otro caballo para que golpease también, y si no salía la señora, era un escarceo perpetuo que llamaba la atención de todos los transeuntes.

Los domingos del Havre los pasábamos siempre, con el señor Caraballo, en *Sainte-Adresse*, ó tomábamos puesto en uno de los ómnibus que van á Hanfleur; y en medio de los campesinos y tomando sidra con ellos, gozábamos mucho. En este pueblo hay una iglesita que tiene mil años de construída y que es primorosa.

Es la sidra un licor hecho del jugo de la manzana, y sabe al *guarapo* de miel que se usa en las tierras calientes de Colombia ; pero es tan lindo el color, tan provocativa la espuma y tan enérgico su efecto como el del champagne ; y hay que precaverse mucho de sus halagos tentadores.

Lo que más sorprende al viajero, halagándolo en Francia, es que apenas se sale de la ciudad, ya se encuentra con costumbres y vestidos completamente diferentes á los en ella usados, y que éstos son totalmente diversos, según el oficio ó profesión de las aldeas. Así, por ejemplo, á igual distancia, poco más ó menos, del Havre, están los pueblecitos de *Bolbec*, *Fecamp*, *Entreta* y *Lillebonne*, y el paseo á cada uno de estos puntos tiene encantos completamente diferentes. En *Bolbec* hay fábricas de muselinas y pañuelos ; y las mujeres blancas, vestidas de linón, con cofias elegantes y encaje y cintas, son cultas, graciosas y coquetas ; los hombres usan blusa de algodón, de color azul, y cachucha con visera puesta de medio lado, lo que les da el aire truhán de los parisienses. En *Fecamp*, las mujeres son membrudas, muy morenas, de largo cabello y ojos negros, usan una especie de túnica de lana gris que recogen á la cintura ; y los hombres, todos marineros, visten de chaqueta de paño y gorro azul, y andan descalzos; mientras que en *Entreta* los campesinos andan con *sabots* (zapatos enormes hechos de madera, que apenas pueden arrastrar), están vestidos de jubón

de pana y sombrero de anchas alas ; las mujeres redondas, cachetudas y frescas, usan zapato delgado, medias de listas rojas, traje que llega hasta la rodilla, corpiño ajustado por delante y una alta cofia almidonada. Estas son las más célebres y las que más me gustaron.

Los BAILES PÚBLICOS en Francia son muy frecuentes, se dan por el Gobierno en Versalles, por la Municipalidad en el *Hotel de Ville*, ó Casas Consistoriales, por el Presidente en el Elíseo, en París, y por muchas otras sociedades é instituciones en diversos lugares ; pero en ellos lo que hay de admirable es que jamás se confunden los rangos, ni las clases, ni las condiciones, y esto sin esfuerzo de la policía ni de las autoridades. No hay en ellos escándalos ni retraimiento de las señoras, ni preocupaciones sociales que impidan su concurrencia, ni nada de lo que existe en nuestro país y que contribuye á hacer de la ciudad de Bogotá, unas veces un monasterio, otras un cuartel y otras una penitenciaría donde sólo se ven hombres.

En el Havre fuí invitado á tres bailes públicos, de diversas categorías, de distinto círculo y con diversos propósitos; á todos los cuales concurrí.

Fué el primero un *Baile de caridad* dado por las autoridades en el Hotel de Ville para levantar un hospital; y al cual llevé á mis dos hijos para que vieran una fiesta suntuosa antes de volver á su país, y para contribuír á la obra de caridad. La boleta costaba veinte francos.

El Hotel de Ville es un hermoso edificio, cuya fachada ocupa más de una cuadra, teniendo en el medio una gran portada, por la cual pueden entrar y salir á un mismo tiempo muchos coches; y está situado en la parte oriental de un hermoso parque que tiene más de cuatro cuadras de extensión. Esa noche el parque estaba doblemente iluminado, y la fachada del edificio resplandecía de luz.

Nuestros coches (yo iba con la señora y señorita del Cónsul inglés, mis hijos con una familia inglesa, y el Cónsul inglés había cedido su coche á la señora de la pensión en que estaban mis hijos), se detuvieron al pie de la escalera, convertida en un recinto de luz; de ahí subímos á los vastos corredores, adornados de laurel y flores, y entrámos á los salones, suntuosamente preparados para la fiesta.

No había tenido hasta entonces ocasión de ver el lujo que en Francia se gasta en el vestido y en las joyas, el buen gusto de los vestidos y la riqueza en diamantes que cada mujer llevaba en el cuello, y quedé sorprendido. Trajes de terciopelo ó de moaré, colas que arrastraban más de tres varas, llevadas con majestad romana ; flores artificiales de admirable imitación; y cuanto la imaginación mujeril puede soñar para seducir y deslumbrar estaba allí reunido por las señoras de los ricos armadores, las

del cuerpo consular y las de los acaudalados comerciantes de café y palo de campeche, que viven en la costa.

Las tradiciones de trajes sencillos y vaporosos para las señoritas habían desaparecido; y ellas, como sus madres, llevaban ricos y costosos trajes; pero menos joyas ó ningunos diamantes.

La señora Bernal, esposa del Cónsul inglés, vestida de traje de terciopelo negro y cubierta de diamantes, puso una cuadrilla con el Prefecto del Departamento, el cual había venido de Ruan á la fiesta y estaba de grande uniforme; y la señorita Bernal, su hija, vestida de gró color de cereza, se hallaba al frente con el cónsul italiano, de edad de sesenta años.

Tan feliz se mostraba la señora, como satisfecha la señorita; porque las nociones sociales en Francia son totalmente distintas á las de mi país, en donde una señora casada no tiene puesto en los bailes, una de edad va sólo á la iglesia, y las chicas no gustan sino á los *pepitos* con quienes pueden coquetear.

En los intermedios cada caballero tomaba á la señora ó señorita que quería, daba vuelta por los salones, paseaba por los corredores ó la llevaba á tomar helados, dulces ó champaña á la cantina.

Esto último era más caro de lo necesario, y con hacerlo una vez, bastaba para arrepentirse de ser obsequioso.

Una copita de helado costaba un franco, y media botella de champaña, treinta.

Pasámos una noche muy sabrosa; el cónsul del Perú estuvo haciendo destapar champaña para obsequiarnos; y en uno de los intermedios le pregunté:

—Dígame usted, que es viejo de residir en la ciudad, ¿en estos bailes no se desliza una que otra de esas mujeres de dudosa ortografía, que teniendo los veinte francos para la entrada y diamantes para el cuello, pudiera conseguir una tarjeta de invitación?

—Jamás, fué su respuesta.

El baile produjo cuarenta mil francos libres.

En la *Logia* dieron otro baile los *Masones* con el propósito de socorrer á las familias de trece marineros que habían muerto ahogados por salvar un buque; y como el acontecimiento estaba reciente y había causado mucha impresión, todos los invitados dieron sus diez francos y concurrieron al baile.

El gran salón estaba lujosa y fantásticamente adornado y alumbrado, y las más bellas mujeres ricamente vestidas, parecía que se habían dado allí cita, pues la concurrencia era inmensa y se bailaba con una orquesta

deliciosa. La cercanía del mar, el mejor aire, ó quizás algo de sangre del Sur, hacen á las mujeres del Havre más atractivas que las de París, y esa noche me parecieron más hermosas.

Noté por primera vez en ese baile que en las piezas vecinas al salón donde se bailaba, había mesas de juego de naipe, en donde apostaban, á una especie de monte, piezas de oro. Me dijeron que ésa era una costumbre general en todos los bailes públicos en Francia.

No tenía visos de acabarse la función, y eran las tres de la mañana, cuando el señor Jean Couvert ofreció llevarme á casa en su coche, y acepté.

—Dígame usted, le dije en el camino, ¿cómo hace la policía para impedir que una mujer de malas costumbres vaya á rozarse con las señoras en estos bailes públicos?

—Ellas no vienen nunca; y la policía no tiene nada que hacer, me contestó.

Los dependientes de las casas de comercio, almacenes y tiendas, que son muy numerosos en el Havre, dieron, para divertirse, un baile que costaba la entrada cinco francos; y como el joven Blumenthall, mi compañero de habitación, era uno de los promovedores del baile, convidóme con instancia, y fuí también.

Si la fantasía de los americanos puede soñar, la imaginación de las mujeres francesas puede realizar sus sueños, presentando todo cuanto tiene de encantador, de dulce, de simpático el sexo llamado por su belleza, por su dulzura y por sus gracias á dominar la sociedad; y esa noche pude estimar más que nunca la superioridad de las señoritas francesas en el trato social sobre todas las otras del mundo.

Toda mirada era una caricia; la sonrisa amable y espontánea no se borraba de sus labios de rosa, y ese misterioso y suavísimo encanto del pudor sencillo, y no huraño ni salvaje, embellecía las sienes de más de quinientas señoritas, que se mostraban allí radiantes de alegría, de placer y de belleza.

O en Francia todos son ricos, ó pródigos, ó despilfarrados, decía yo entre mí, ó las francesas tienen el arte de lucir todo cuanto se ponen, pues no extrañaba allí ni los diamantes ni las ricas *toilettes* que había visto en el Hotel de Ville.

Volver á mi casa antes de que amaneciese, fué cosa imposible, pues presentado á todos los dependienticos por mi amigo Blumenthall, cada uno quiso obsequiarme, hacerse mi amigo en el porvenir y darme muestras de sus simpatías.

A uno de ellos pregunté:

—Querido, entre todas estas señoritas, tan amables y tan dulces, ¿no hay alguna así...... es decir, de las que van á los bailes del *Alcázar?*

—Ninguna, me contestó. Ni se le podría ocurrir siquiera semejante atrevimiento.

El *Alcázar* es un teatro de segundo orden en el Havre, donde se representaban las más célebres farsas, sainetes chistosísimos y al mismo tiempo había canto ó alguna diversión de novedad, pero al cual no concurrían señoras; y que con frecuencia era también convertido en salón de baile para diversos rangos sociales. Unas veces para las actrices y gentes que viven del oficio, y otras para gentes... *comme ci, comme ça.*

El TEATRO DEL HAVRE está situado en la plaza principal, queda al frente del mar y se halla rodeado de restaurantes espléndidos. Es un edificio de piedra que da cabida á más de mil espectadores; y en el interior no solo es elegante sino precioso. Hay en él funciones todas las noches; y como el Havre es rico, paga los mejores actores, y ofrece la ventaja de que las piezas se renuevan con frecuencia, lo que no sucede en París, en donde son eternamente unas mismas.

Tenía un famoso escritor dramático una pieza que ofreció al teatro de *Variedades* en París, leída la cual, fué aceptada para ser representada inmediatamente que se diera una opereta de Alejandro Dumas, llamada *La fille de madame Angot.* La opereta, sobre la cual ninguna esperanza se había fundado, se representó, gustó y se repitió. Esto pasaba en 1867, y en 1878 el autor del drama estaba esperando su turno. Representarse en París una pieza por cinco años seguidos, no tiene nada de particular; pero lo que es poco cómodo para el viajero es llegar á Londres, ir al teatro y encontrar que representan el *Correo del Zar;* seguir á París y encontrar de moda el *Correo del Zar;* ver en el Havre el *Correo del Zar;* salir para Alemania, y en Colonia encontrar que se le ha adelantado el *Correo del Zar;* ver todas las noches el *Correo del Zar* representarse en Hamburgo; y una vez que por casualidad se va á Bremen ser sorprendido por el *Correo del Zar* en su precioso teatro.

La soberanía popular no es efectiva en Francia sino en el teatro. Una noche en el Havre el director del teatro y luégo el alcalde tuvieron que salir á las tablas para dar satisfacción al público por haberse representado el drama de *Marçeau* sin el canto de la *Marsellesa.*

El *debut* de las actrices es otra prueba de esta soberanía. La mujer que quiere ser admitida como actriz en un teatro sale á representar en una pieza cualquiera, sustituyendo á otra actriz; y cuando la pieza se acaba, el telón se levanta de nuevo, y el director del teatro la presenta al público.

Unos gritan *no*, y silban, otros *sí*, y aplauden; la mayoría decide de la admisión ó rechazo de la actriz.

«Viajar, dice Madama Stael, es bien triste, pues se llega á una ciudad sin conocerla y sin placer ; y se la deja con amigos y con dolor.» Habiendo el Gobierno dado el cargo que yo desempeñaba en el Havre á otro caballero, dejé esa ciudad para seguir á Hamburgo á donde me habían destinado; y me despedí con dolor de mis dos viejas amigas y patronas, quienes lloraron por mí y me decían:—Los buenos ó se mueren ó se van. *Los buenos:* jamás título más lisongero me había sido tributado en la vida, y yo también lloré. Despedíme también con tristeza del señor Caraballo y su virtuosa madre, del señor cónsul Bernal, su digna señora y su encantadora señorita, quienes me habían colmado de favores, y del caballeroso joven Blumenthall.

¡ Adiós hermoso país, arrullado por las ondas y alumbrado por un sol suave y benéfico, donde sólo horas de sosiego pasé ! ¡ Adiós, poético Havre! Tu recuerdo será siempre para mí tan hermoso como los versos de tus cantores, y tan suave como el murmurio de tus brisas ! ¡ Adiós ! ¡ Adiós !

CAPITULO XXXIII.

El Rin—Edad Media—Colonia—Iglesias—*Rathaus* y *Gurzenich*—El Dombo de Colonia—Puentes—La *Patria común*—El Imperio alemán—*Kindergarten*—Escuelas—Música.

CUANDO se llega á una gran nación, vienen de repente al espíritu del viajero los recuerdos de la más venerable antigüedad, las épocas más brillantes de la historia de ese país; á la vez que se presentan el estado actual de su civilización, sus costumbres, sus hábitos, su vida política y literaria, y en tan atropellada confusión y en tal desorden, que es imposible dominar la emoción, quedando el hombre absorto y como anonadado por mucho tiempo.

El Rin inmenso y caudaloso, el histórico Rin, lleno de majestad y de grandeza, poblado de recuerdos y palpitante de inspiración y de poesía, corría á mis pies lento y perezoso, y en el murmurio de sus ondas cristalinas me contaba la historia de diez siglos de guerras y combates que habían ensangrentado sus orillas y teñido la pureza de sus aguas; me refería la crónica de cada uno de sus castillos arruinados, que adornan sus orillas, hoy envueltos por la hiedra y melancólicos, y en otro tiempo sitio de fiestas y placeres, de crueldades y crímenes; y por fin me relataba el poema de esa Alemania descuartizada, despedazada y repartida como presa sangrienta entre los déspotas que se habían levantado al otro lado de sus aguas, y que resucitada por la unión, joven y hermosa, pedía su puesto en el banquete de las naciones y deslumbraba por sus costumbres y su civilización.

El agua es siempre hermosa, tiene movimiento y voz, y el genio le da vida, recuerdos, ecos y suspiros: por eso el aspecto de un gran río como el

Rin, inspira siempre un sentimiento de admiración y de sorpresa, como el que inspiraban los dioses inmortales, al decir de los poetas; y es que los ríos son los dioses benéficos de la tierra, los que animan la industria y vivifican el comercio, y tienen para su historia la grandeza de la inmortalidad.

« Cæsar his de causis, quas commemoravi, Rhenum transire decreverat; sed navibus transire, neque satis tutum esse arbitrabatur, neque suæ, neque populi romani dignitatis esse statuebat.»

« César quiso pasar el Rin, pero pasarlo en naves ni era seguro ni digno de la majestad del pueblo romano.» (Comentarios de César.)

Y me parecía en aquel momento ver por primera vez sujeto el indómito Rin por leve puente, y creía yo ver atravesar por él, altivas y serenas, las legiones armadas de César, que dominada la Galia, iban á conquistar esas regiones desconocidas, habitadas por bárbaros germanos que vivían desnudos y en medio de las selvas primitivas de entonces.

Pero en vez de la sombra de los bosques agrestes, las aguas retrataban ahora los muros de una gran ciudad, y las torres de la basílica más elevada y más hermosa que los hombres han levantado, y que ha debido ser obra de muchos siglos, durante los cuales, sin notar los cambios sucesivos, las ondas de ese río han pasado reflejando la obra de los hombres.

Entre murallas de piedra negra, espesas y sombrías, se levanta á la orilla del Rin la ciudad de Colonia, tan antigua como la tradición del pueblo alemán, pues que los romanos con César fueron á protejerla; y que lleva impreso el sello de la Edad Media, que inspira ideas melancólicas al viajero, quien cree ver en sus calles angostas y torcidas una multitud de hombres vestidos de armadura y ocupados en la guerra, sus palacios de piedra habitados por príncipes y caballeros cruzados, que obedecen á la voz de su soberano el Arzobispo, á quien á cada momento con las vestiduras sagradas se le cree ver entrar bajo el soberbio dombo.

Este pensamiento viene siempre al visitar todas las ciudades de Alemania ; pues que dividida esta nación en otra época, en reinos, grandes-ducados, ducados, arzobispados, principados, margraviatos y electorados ; habiendo levantado ciudades rivales y poderosas en las diversas cortes, ciudades en las que se acumularon todas las riquezas y civilización de una época; parece que se hubiera dormido durante ocho siglos, sin que alcanzasen á sacarla de su profundo letargo los gritos del *Renacimiento*, hasta que llegó Napoleón y derribó sus murallas ; y luégo las escuelas la invadieron, y los ferrocarriles la atravesaron, llevando el ruído y la alegría de la nueva civilización.

Esa edad de fe, mística y devota, en que el pensamiento del cielo y la

esperanza en la otra vida eran un refugio de las imaginaciones aterradas por las pestes, las guerras, el hambre y la tiranía de los señores que ahorcaban y mataban á sus súbditos, como en Colombia matan hoy los generales verdugos en las guerras civiles; esa edad verdaderamente cristiana se ve en Colonia por todas partes. En las murallas, en medios relieves hay grandes cristos admirablemente tallados; en las puertas, á uno y otro lado, estatuas de piedra de los santos; en las paredes de los edificios, nichos en donde se colocaban las imágenes, delante de las cuales se encendía una luz por la noche: un calvario está á la vista del público al extremo de la calle, y la catedral, como un águila cubre el nido de sus hijos, cubre el recinto de la gran ciudad.

Colonia lleva de tal manera impreso el sello de la antigüedad, que de las doscientas iglesias que había al tiempo de su secularización en 1815, sólo quedan unas cincuenta, habiendo sido las otras convertidas en oficinas públicas, arsenales y almacenes, que conservan su aspecto exterior negro, secular y sombrío, y esas iglesias son tan antiguas, que apenas puede darse cuenta de ello un americano, cuya patria no había sido aún descubierta cuando fueron levantadas.

Santa Maria sub Capitole fué consagrada en 1049; y es una basílica de grandiosas proporciones, de pilares romanos que desafían la accion del tiempo; clara, sencilla, majestuosa y de un estilo que no se ve ya ni en Francia ni en Inglaterra, y que, sin duda, han olvidado los arquitectos de ambos mundos.

Aposteln-kïrche (la Iglesia de los apóstoles) es del año de 1200, tiene un aspecto imponente, una gran cúpula y tres torres enormes.

Saint Gereon es una iglesia la más particular que he visto; es un decágono irregular, rodeado todo de un coro casi circular, por lo cual más parece una pagoda que un templo cristiano, como los conocemos en nuestro país; es del año 1227.

Saint Cunibert, sobre el Rin, es una iglesia gótica del año de 1248.

Pero no son las iglesias, son las murallas, son los palacios, son las casas particulares las que cuentan por decenas de siglos la existencia; y las que mantienen los mismos balcones, los mismos caprichosos gabinetes y el aire triste, cauteloso y desconfiado de la Edad Media. Son también los edificios públicos: el *Rathhaus* (casa consistorial), que fué edificado en el siglo XIII, que tiene aún su inmensa torre y su ancho portal, que está hoy tal cual asistieron allí á la reunión primera los *margraves,* y en el cual se reúne hoy el concejo municipal; y el *Gurzenich*, el más imponente de los edificios profanos de Colonia, el cual tiene dos estatuas á la entrada, la de

Agripa y la de Marsilio, y es del siglo XIV; y en sus salones parecen resonar aún las espuelas de los arzobispos que allí se alojaron cuando iban á Constanza á juzgar á Juan de Hus.

Iba yo solo, acabando de visitar este edificio, completamente impresionado con tanta antigüedad, sin saber en qué siglo vivía, pues la imaginación me transportaba á otros muy lejanos, y veía á Carlo Magno, á Segismundo, al Emperador Enrique V, á Santa Isabel, á Federico Barbarroja; dirigíame á la catedral, cuando levantando la mirada leo sobre la puerta de una tienda *Joanes María Farina.*

—Contemporáneo! Compatriota, condiscípulo, compañero y amigo mío muy querido!—quise gritar al encontrar un nombre de esta época: nombre que había leído tantas veces en Colombia, que había vivido conmigo, en mi casa, en mi alcoba, sobre los frascos *de agua de Colonia ;* y entré al almacén, compré uno de la *legítima*, de la *véritable*, lo hice destapar, respiré su olor que me recordaba tantas cosas, y sobre todo, el bañador de mi esposa y su retrete siempre embalsamado; y para ella guardé el frasco que tantas emociones me había producido en Colonia.

La catedral, llamada en el mundo el DOMBO DE COLONIA, á nada es comparable ni admite descripción. Baste decir que es el más grandioso monumento gótico del mundo; que se comenzó el año de 1248; que todas las generaciones han ido trabajando en él y le falta aún mucho para su conclusión; que sus torres deben llegar á la altura de ciento cuarenta y nueve metros, y que tiene cinco naves y está rodeada de capillas laterales, cada una de las cuales es un soberbio templo.

Pero no es su grandeza lo que constituye el inmenso mérito de la obra, es su hermosa construcción: aérea, ligera, formada como de esbeltas columnas, terminando en agudas agujas en el exterior; y magnífica, imponente y severa en el interior. Es que cada una de las puertas de entrada es una obra gigante y portentosa; cada nicho una maravilla; cada arco un milagro, y cada piedra del edificio una escultura admirable; y el todo es armónico y grandioso y aparta el pensamiento de que sea obra de los hombres.

La portada del frente bastaría para justificar la fama de este templo, pues está formada de diversos arcos ojivos ; elevado, inmenso el primero; más bajo el segundo ; disminuye el tercero, y así van reduciéndose en tamaño y aumentando en grosor, dejando como cintas de piedra entre uno y otro, y formando todos lo que sería una magnífica capilla gótica, cerrada en el extremo por la puerta de bronce; pero esta capilla está formada de

estatuas silenciosas que leen en el libro eterno del Evangelio, y en cuyos rostros se refleja la unción y la piedad.

Más de cien estatuas forman el dintel de la portada, en cuya labor no puede haberse gastado menos de cien años; y todas las otras portadas y la iglesia entera está llena de estas estatuas, que representan personajes del Antiguo y Nuevo testamento y todos los ángeles y santos de la Corte celestial.

La catedral fué dirigida por el diablo, y él es quien impide que se acabe, según las consejas del pueblo.

Hé aquí la crónica:

El arquitecto, acostado en el medio de un prado, estaba contemplando el plano que tenía en la mano, cuando á él se acercó un caballero y le preguntó si él había trazado ese dibujo.

—Sí, le contestó el arquitecto, es el plano de un templo en que estoy meditando.

—No, le dijo el desconocido, es simplemente la capilla de San Humberto, pero más grande.

El arquitecto se fué á conocer la capilla, y vió que el desconocido tenía razón.

Trazó otro plano completamente distinto, y se lo llevó al gobernador para que lo aprobase; y estando examinándolo el gobernador, entró por casualidad un viajero, y al ver el plano dijo: « Esta es una copia de la catedral de *Westminster*.»

El arquitecto se enfureció, pero tuvo que reconocer la identidad.

Trazó otro nuevo plano, y orgulloso con él, deseaba que el impertinente desconocido viniese para ver qué defecto le ponía, lo que no dejó de suceder, pues un peregrino se acercó á él, y le dijo: « Vengo de la *Tierra santa*, y al pasar por Constantinopla he visto la iglesia de *Santa Sofía*; y traígo aquí la pintura, ¿ queréis comprármela ?» Y le señaló una iglesia igual á la que el otro había trazado.

Pasó el arquitecto diez años meditando un templo nuevo, y cuando concluyó el plano, lleno de orgullo dijo:

—Esto no lo ha concebido ni visto nadie.

—Yo, le dijo el impertinente desconocido, que se hallaba á su espalda. Tal es la *catedral de Strasburgo*.

—El diablo solo, exclamó desesperado el arquitecto, es, pues, capaz de inventar un nuevo templo !

—Exacto, le contestó el otro; y hé aquí el plano, añadió, enseñándole el de un templo que jamás se había visto ni soñado; pero, dijo el diablo,

encima del plano has de poner tu nombre, si lo quieres, en señal de que me das por él tu alma.

El arquitecto, deslumbrado, firmó lo que el diablo le puso, y alcanzó á ver escrito con letras de fuego el pacto más abominable que podía concebirse; pero por el plano empezó la iglesia y trabajó en ella cuarenta años, todos los días más enamorado de su obra. Por la noche temblaba al ver las letras de fuego del pacto con el diablo; y poco á poco fué arrepintiéndose, hasta que resolvió despedazar el plano y romper así el compromiso.

Apenas lo hizo, se le olvidó la dirección de la iglesia y murió de tristeza; desde entonces se ha trabajado en ella por ochocientos años, y sin esperanza de acabarla.

El Rey Guillermo de Prusia, hoy Emperador, sabiendo esto, ha dicho que va á ganarle al diablo; y en diez años de trabajos ha hecho más que en los cien pasados.

Lo único que hay nuevo en Colonia es el gran puente de fierro que atraviesa el inmenso Rin, tan ancho, que tiene cinco vías, una para los ferrocarriles, dos para los coches y dos para los transeuntes de á pie; tiene de largo seis cuadras, y parece sostenido en el aire. La estatua del Rey Federico Guillermo IV guarda la entrada por Colonia, y en el extremo opuesto está la del Emperador de Alemania Guillermo I.

Hay sobre el Rin otro puente, el más pintoresco, más original y más ingenioso que puede verse, que se llama el *puente de barcas*, y que está construído, en efecto, de muchas barcas que se mantienen flotando sobre el agua y unidas por cadenas; y sobre ellas se ha extendido el puente, tan fuerte, que por él pasan carruajes. Dicho puente fué por muchos siglos el único que comunicaba toda la población de Colonia.

La ciudad, que es hoy prusiana, tiene ciento cuarenta mil habitantes, es plaza fuerte del Reino y estación militar, y por sus calles sólo se ven los silenciosos y fríos soldados del Imperio.

Las pintorescas orillas del Rin; las muchas islas que forma éste y los valles cercanos, están llenos de castillos, rectos y severos unos, arruinados otros, que fueron edificados en remotas y olvidadas edades: mudos testigos de tiempos desvanecidos gigantes que han asistido á grandes batallas, han visto pasar muchos héroes y soportado la cólera de Carlo Magno, la cólera de Condé, la cólera de Luis XIV, la cólera de Federico II y la cólera de Napoleón; y hoy, desmantelados, sin guarnición y sin defensores, pobres viejos, ya sólo se levantan melancólicos en medio de la noche y á la luz de la luna, como para relatar á los hombres la historia de sus glorias, de sus proezas y de su desolación.

Dos hombres llenarán la historia de este siglo, pues son los únicos cuyos trabajos dejarán un recuerdo grande para la posteridad: Cavour, que unificó la Italia, y Bismarck, que hizo de todos los Estados alemanes una gran nación, bajo el amparo y por la influencia de la Prusia.

Los alemanes no tenían patria ni más vínculo común que el idioma; y siervos de infinidad de soberanos, seglares y eclesiásticos, de príncipes enemigos que los esquilmaban para sostener las guerras ó los vendían para las que hacían los países extranjeros; formando naciones distintas con fronteras fortificadas en cada territorio, aduanas distintas, moneda diferente, legislación opuesta é intereses rivales, apenas tenían la vaga aspiración á formar una sola y común nacionalidad, aspiración manifestada en la creación del *Sagrado Imperio romano;* pero esto no era más que una sombra; y el título de Emperador, tan sólo un honor concedido al más poderoso de los monarcas.

Entre los soberanos menores de Alemania había uno que no alcanzaba á ser rey, sino duque, y el territorio de sus dominios pertenecía á los caballeros templarios de los cuales era prior. Este soberano logró al cabo secularizarse y se alzó por completo con los Estados. En 1711 consiguió darse el título de rey de Prusia; y absorbiendo lo que estaba á su lado y usurpándose lo de otros, llegó á hacer grandes sus Estados; empero, no llamaba seriamente la atención del mundo, hasta que, á mediados del siglo pasado, el reino llegó á manos de un hombre llamado Federico II, espíritu inquieto y atrevido; hombre audaz y emprendedor, cuya política maquiavélica y genio militar habían de conmover el mundo.

Tan temido ó aborrecido llegó á ser ese rey, que en 1757 se unieron las dos emperatrices Isabel de Rusia y María Teresa de Austria al rey de Francia, y celebraron un tratado así concebido:

«No pudiendo estar seguro el reposo de la Europa, á menos que se llegue á quitarle al rey de Prusia los medios de turbarlo, sus Majestades imperiales harán todos los esfuerzos para hacer este servicio á la humanidad.»

La guerra duró *siete años*, Federico II triunfó sobre las emperatrices y la Francia; de lo cual provino la grandeza de Prusia, y por consiguiente, la de la actual nación alemana.

La guerra de conquista formó la Prusia; la guerra de defensa la hizo grande y poderosa.

En muchas de las naciones alemanas, cuyos nombres solos no alcanzaba á retener la memoria humana, y que estaban perdidos entre las brumas del norte, por un esfuerzo del indomable espíritu humano, se habían fundado

para el estudio de la teología, única ciencia de su tiempo, en Tubinga, en Heidelberg, en Leipzick, en Kænigsberg, en Jena y en Munich, Universidades que eran soberanas é independientes; y que llenas de estudiantes de todos los Estados, habían adquirido gran reputación y mantenido en todo el vasto territorio la unidad del lenguaje, el amor á la ciencia y la fraternidad entre todos los que en ella se educaban, fraternidad que reemplazaba á la común nacionalidad.

No teniendo los alemanes una agricultura fecunda, porque en general el terreno es estéril, estando entrabado y limitado el comercio, no llevando vida pública ni libertad política, la mente humana se concentró, sin duda, en las investigaciones filosóficas y científicas : la poesía y los libros fueron comunes entre los alemanes, las aspiraciones comunes ; y para satisfacer la necesidad común, Guttemberg inventó la imprenta y conquistó una gloria para todos.

La luz que ilumina la cima de los montes se refleja en los valles; semejantemente la ciencia que brillaba en las universidades fuese poco á poco reflejando en las escuelas, en donde se enseñaba en todas partes por unos mismos métodos: absurdos al principio, mejorados después, pero siempre uniformes.

En este estado de cosas llega Napoleón á Alemania, la encuentra dormida, hace y deshace reinos, vence á Prusia, que era la única nación capaz de resistirle, y se vuelve á París lleno de gloria.

« Todo cálculo de lo que nos pueda venir en el porvenir, decía en aquella época Elena Jacobi á su hermano, es imposible de conocer aun á los más hábiles políticos. No vemos más que la máquina que nos ha aplastado. Somos testigos del fracaso, estamos aplastados ó simplemente maltratados, según que las ruinas nos han caído encima ó más lejos, pero no nos queda más que una silenciosa resignación....»

« Todo está perdido, decía el rey de Prusia, único soberano que había resistido; ¿ de quién nos vendrá la salvación ? »

En los Estados menores, laicos y eclesiásticos, del oeste, del centro y del sur, no se tenía idea de la patria, ni se sabía qué cosa era la independencia nacional; el duque de Guttemberg se creía engrandecido porque Napoleón lo había hecho rey; y un famoso político escribía: «Ese hombre es demasiado fuerte para que podáis romper el círculo dentro del cual os ha encerrado.»

Pero en Berlín, después de haberse entregado á una profunda tristeza, el pueblo pasó del estupor á pensar en el porvenir; comprendió que había una cosa necesaria á los prusianos, y era la *Independencia nacional*, y algo grato á los alemanes, que podía ser la *Patria común.* El Estado había sido

abatido, pero la noción del Estado no se había extinguido. En Prusia tenían una reina encantadora, que por sí misma había pasado revista á sus tropas y á quien el pueblo amaba; una reina que, comprendiendo la situación, decía: « Nos hemos dormido sobre los laureles de Federico el Grande; hemos dejado de marchar, y el tiempo se nos ha adelantado ;» y en torno de ella todos se pusieron á reconstruír el navío que había naufragado.

Stain se consagró á regenerar el Estado, aboliendo privilegios, asegurando la propiedad, haciendo caminos, é interesando á los ciudadanos en la cosa pública; y reanimando el amor á las ciencias políticas, amor que se había debilitado pero no extinguido. Scharnhorst lo hizo mejor, creando un ejército democrático y nacional destinado á ser una verdadera escuela de patriotismo; y el efecto moral de esta institución se hizo sentir en toda la Alemania, pues llegaban de todos los ángulos á incorporarse á ese ejército prusiano que, según la expresión de la época, había hecho « de las galeras escuelas;» y Humboldt estableció en Berlín una nueva universidad, sobre la cual dice un historiador: « Napoleón era ciego cuando se trataba de cosas impalpables. Vigilaba con celo el levantamiento de tropas y los ejercicios militares, y no se preocupó con esa gran máquina de guerra que Humboldt y sus amigos levantaron en el centro mismo del reino derrotado.»

Toda la Alemania estaba llena de medios de resistencia, pero éstos estaban esparcidos, y era necesario agruparlos y concentrarlos; en los alemanes ardía el odio contra los franceses, pero eran impotentes para resistirlos; muchos sentían el amor á la patria, pero no había una patria común; y en medio de la desolación y de la rabia, todos se volvieron del lado de la Prusia, rodearon esa dinastía, concentraron sus recursos; y Fichte, extranjero en Prusia y creador de la regeneración alemana; Niebriht, del Holstein, Scharnhorst de Hanover, Savigny de la Hesse, y Stein de Nassau, todos esos grandes fundadores de la nueva nacionalidad, no vieron sino en la Prusia la salvación de toda la Alemania, y fueron á afiliarse bajo la bandera negra y blanca del águila de dos cabezas, y se apresuraron á ayudar al rey. Hael decía: « De esa dinastía que nos ha hecho conocer en Europa con Federico II nos ha de venir todo beneficio, y yo no me avergonzaría de besar la orla del vestido del rey.»

El sentimiento que distingue el patriotismo alemán de aquella época es el dolor, la rabia y el deseo de ser esencialmente prusiano.

Arndt compone entonces el himno patriótico que con música diferente se ha cantado por cincuenta años en toda la Alemania; Shenkendorf hace oír su *marsellesa* sentimental: «Libertad, dulce imagen de los ángeles, que vives en medio de las estrellas, á ti te invocamos.»

Kóerner pulsó la lira y empuñó la espada, y dejando á su amada fué á morir en la *banda negra*. Entonces el amor patrio ardió en los corazones de todos los alemanes, como la libertad había inflamado á los franceses en 1789. En un día se levantó un cuerpo de cazadores de trece mil jóvenes á la sola palabra de una mujer; los gloriosos cuerpos francos de Schill se formaron por todas partes para ser tratados y fusilados como *bandidos;* se organizó la *banda negra de la venganza*, que recorrió toda la Alemania; y el generoso niño Steps atentó contra la vida de Napoleón en medio de sus tropas.

He hecho estas reminiscencias para comprobar el dicho de Hildebrand: «¿Quién no ve que fué la invasión francesa ó, para hablar más exactamente, Napoleón quien hizo la Alemania?» Y para hacer notar que es á una segunda guerra de defensa á la que esta nación debe su existencia.

La idea de una común nacionalidad ha nacido del odio al extranjero; y un escritor contemporáneo decía entonces: «Cuando el Austria y la Prusia sucumbieron fué precisamente cuando mi corazón empezó á amar la Alemania con un amor verdadero, y á odiar á los franceses con verdadera cólera.»

«La lucha de las armas ha concluído, exclamaba Fichte, vamos á comenzar la lucha de los principios, DE LAS COSTUMBRES y del carácter;» y para triunfar se fundó la Universidad ya mencionada, se fomentaron las antiguas, y se establecieron escuelas por todas partes.

Así, pues, en una nación nacida de la guerra, creada para la guerra, constituída definitivamente en medio de la guerra con Francia en 1876, habiendo sido proclamado el Rey de Prusia en Versalles Emperador de Alemania el día 18 de Enero de 1871; en una nación que para regenerarse fundó una Universidad y *que debió sus últimos triunfos á las escuelas*, sólo debemos encontrar ejércitos, escuelas y universidades.

El IMPERIO ALEMÁN regido por la Constitución de 4 de Mayo de 1871 es una confederación, cuya soberanía hereditaria corresponde al Rey de Prusia, y á un Consejo federal compuesto de Representantes de cada uno de los Estados confederados del Imperio. El poder imperial está restringido por un cuerpo soberano y legislador llamado *Reichstag* (parlamento), compuesto de Representantes libremente elegidos por todo el pueblo alemán.

Forman el Imperio los siguientes Estados soberanos: Prusia, Baviera, Sajonia, Wurtemberg, Baden, Hesse, Mecklemburgo Schwerein, Sajonia-Weimar, Mecklemburgo-Strelitz, Oldemburgo, Sajonia-Meiningen, Sajonia-Altemburgo, Sajonia-Coburgo-Gotha, Anhalt, Schwarzburgo-Rudolstadt,

Waldeck, Reuss, Schaumburgo-Lipa; y las ciudades libres de Bremen, Hamburgo y Lubeck.

El Imperio alemán tiene su población distribuída de la siguiente manera:

ESTADOS.	POBLACIÓN.		TOTAL.
	Hombres.	Mujeres.	
Prusia	13.414,866	13.864,245	27.279,111
Baviera	2.578,910	2.705,868	5.284,778
Sajonia	1.445,330	1.527,475	2.972,805
Wurtemberg	951,600	1.019,518	1.971,118
Baden	765,310	804,944	1.570,254
Hesse	464,917	471,423	936,340
Mecklemburgo Schwérin	284,479	292,576	577,055
Sajonia-Weimar	151,063	158,514	309,577
Mecklemburgo-Strélitz	49,161	51,108	100,269
Oldemburgo	167,838	169,640	337,478
Brunswick	174,226	175,141	349,367
Sajonia-Meiningen	101,418	105,657	207,075
Sajonia-Altemburgo	75,784	79,252	155,036
Sajonia-Coburgo y Gotha	94,299	100,417	194,716
Anhalt	115,079	117,513	232,592
Schwarzburgo-Rudolstadt	39,144	41,152	80,296
Schwarzb.-Sondershausen	34,675	36,432	71,107
Waldeck	26,938	29,584	56,522
Reuss (línea principal)	24,984	25,798	50,782
Reuss (id. secundaria)	49,566	51,764	101,330
Schaumburgo-Lippe	17,732	17,642	35,374
Lippe	59,910	60,336	120,246
Lubeck	30,981	32,590	63,571
Bremen	75,593	81,130	156,723
Hamburgo	221,522	232,347	453,869
Alsacia-Lorena	770,108	796,562	1.566,670
	22.185,433	23.048,628	45.234,061

Distribución de la población según la profesión:

Agricultura	18.838,653
Silvicultura, caza y pesca	384,593
Explotación de minas, fábricas &c	16.054,291
Comercio	4.529,780
Trabajo doméstico	938,143
Servicio público, eclesiástico y profesional	2.223,184
Sin profesión	2.245,257
Total	45.213,901

Distribución de la población según los cultos:

	Evangelistas.	Católicos.	Otros cultos cristianos.	Judíos.
Imperio de Alemania.....	28.318,592	16.229,290	93,894	561,612

Prusia tiene pues una población de veintisiete millones de habitantes, la dirección de la política y el prestigio de la victoria; y el mayor de los Estados confederados, Baviera, sólo tiene cinco millones; los otros menores, en rivalidad constante y gobernados por jefes sin prestigio, no tienen influencia alguna, de manera que en realidad de verdad, Prusia es Alemania, y «el fundador de la unidad alemana, señor de Bismarck, como dice Karl-Marx, obtendrá siempre lo que quiera de una multitud de paisanos que tiemblan á la palabra guerra y que están siempre esperando la revancha de la Francia.»

Un cuartel y una escuela son en Alemania una misma cosa. Como en la antigua Lacedemonia, los niños no se educan sino para la guerra; y en las escuelas rurales apenas el niño empieza á hablar se le enseña el nombre del Emperador, y mostrándole el retrato se le pregunta:

—¿Quién es éste?

—Es su Majestad el Emperador de Alemania.

—¿Qué le debemos al Emperador?

—Patria y familia; y estamos obligados á prestarle obediencia, fidelidad y respeto.

Jahn, el vulgarizador de la gimnasia en Alemania, y á quien se ha levantado una estatua, á cuya inauguración enviaron diputados todas las ciudades del Imperio, cuando pasaba, antes de 1815, por la *puerta de Brandeburgo*, famoso arco de Berlín, preguntaba siempre á sus discípulos: ¿En qué pensáis? Si no le contestaban aprisa, los castigaba; y los discípulos habían de responder:

—En que somos hijos de los vencidos, y que nuestro deber será, desde que seamos hombres, ir á París á rescatar el *Carro de la Victoria* que Napoleón se llevó de esta ciudad.

El Estado es todo en Alemania; y los hombres son simplemente soldados del Estado. «Todo converge en la enseñanza, dice Víctor Tissot, hacia un objeto único, la sumisión ciega y absoluta al poder del Estado. No se habla jamás de Dios, de miedo de que le haga sombra al Emperador. Estudiando de cerca este sistema, llega uno á preguntar si el patriotismo de los alemanes no es un producto facticio, resultante de una exaltación de imaginación, cuidadosamente mantenida desde la niñez.»

Haya ó no exageración en este dicho de un francés, sí es preciso reconocer que el amor patrio es el sentimiento más vigoroso en el pueblo alemán, dispuesto siempre para la guerra y á cumplir voluntario y sin resistencia todas las leyes, que para otra nación serían opresivas, y que el gobierno dicta, á fin de inspirar este sentimiento desde la niñez por medio de la educación.

Esta principia en el niño ó niña en el KINDERGARTEN (jardín para los niños), en donde desde la edad de cuatro años lo deja la lavadora que se va al río, la obrera que va á la fábrica, la costurera que va al taller, la vagabunda que sigue en su camino de vicios, para que juegue con los niños de su edad, bajo la amorosa inspección de unas mujeres nacidas para amarlos, educarlos, formarlos y, sobre todo, para entretenerlos. Las niñitas, en diferentes grupos, según sus edades, juegan al *repollito*, á los *contados*, á la *mariposa*, á las *muñecas* ó les hacen vestidos, ó trabajan en el jardín. Los varoncitos echan barcos de papel en el estanque, hacen muñecos de cera, castillos de barro, corren y saltan, montan en caballitos de palo, ó sacan su tarea de desherbar en el jardín, y ganan con esto un dulce ó un juguete.

El ruído, la algazara, la gritería que hay en ese jardín con doscientos muchachos: todos hablando y riendo ; las peleas que se forman, los llantos que se escuchan, las caídas que se dan, las exigencias que hacen, lo comprenderán sólo las pobres madres de una familia numerosa, por lo que en sus casas pasa ; á todo atienden con solícitos anhelos esas mujeres encantadoras que los cuidan. Se hacen sordas, levantan al caído, impiden las peleas, corrigen á los indómitos, y llevan su mundo de muchachitos por un sendero de diversión y de placer.

Cuando el sol calienta, ó el frío aumenta, los recogen, en una gran sala: cada señora toma un grupo de niños, que nunca pasa de veinte, y los lleva á un rincón á conversar, á contarles cuentos ó á enseñarles algo, si ya están en estado de aprender.

Para los niños de Colombia, que tienen viva imaginación, que todo lo comprenden y que adivinan lo que no han comprendido, pero que olvidan en el acto lo que aprenden, este método de enseñanza sería enojoso; pero para los niños alemanes, de más difícil comprensión, y más reflexivos, y en cuyo cerebro se estereotipa todo lo que á él llega, el método es admirable.

—¿ Qué es esto ? pregunta la maestra á un grupo de niñitas.

—Una flor.

—¿ Qué flor ?

—Una rosa, dice la una ; un clavel, la otra ; una trinitaria, responde otra ; muchas no saben qué contestar, jamás han visto flores.

—Corrija usted, Lucía.

—Es una malvarrosa, usted nos la señaló el otro día.

—Muy bien. Mírenla todas.

—Voy á señalarles otra flor.

—Eso no es flor, gritan muchas voces á un tiempo.

—¿ No es flor ? María.

—Yo no sé.

—Repare bien.

—Eso es un animal.

—¡ Bravo !

—Juanita, ¿ qué animal ?

—Un pajarito.

—¿ Qué hacen los pájaros ?

—Vuelan.

—¿ Vuelan ?

—Sí.

—¿ Cómo ?

—Hagan todas.

Y la maestra y todas las niñitas se ponen á hacer que vuelan, y á dar vueltas por la sala para desentumir con el ejercicio las piernas y los brazos.

Los niños, entretanto, con su maestra están aprendiendo á hacer banderolas de papel; y cuando ya cada cual tiene la suya, se ponen á marchar al són de un tambor que ella va tocando, al mismo tiempo que cuida de que saquen el pie izquierdo primero y luégo el derecho; y cuando la tropa marcha á compás, ella grita, hurra ! y todos los niños contestan hurra !

—Ahora vamos á cantar ; y la maestra empieza, marcando el compás con las manos, canciones como ésta :

Mi taita,
Mi mama,
Mi hermanito
Y yo,
Comimos
De un huevo
Y la mitá
Sobró.

Los maullidos de los gatos durante una pelea son armoniosos en comparación con este canto ; pero todos levantan la voz y tratan de llevar el compás.

Nada se hace por más de un cuarto de hora, y variando de diversiones y de enseñanzas se pasan las horas de la mañana. Todos los niños salen al jardín á comer su almuerzo. ¡ Qué miseria ! Los más ricos tienen una tostada ó un salchichón para satisfacer un apetito voraz.

—Queridito, usted va á ensuciar su mantequilla con esas manos tan sucias. Vamos á lavarlas.

—¿ Por qué no me ha dicho usted que le corte las uñas ?

—Vamos á ver quién tiene las manos más limpias y las uñas mejor cortadas. El que gane se lleva este bizcocho.

Todos corren á señalar sus manecitas.

Si alguno es díscolo, la señora le dice : mañana no puede usted venir á jugar aquí. El niño llora, suplica y consigue que lo dejen volver al jardín.

Pasado el desayuno, en el cual pueden los niños, como si fuesen príncipes, gastar una hora, principian de nuevo los juegos; y ahora vamos á seguir á los más grandecitos.

—¿ Qué está usted haciendo, Francisco ?

—Una casita.

—¿ Con cuántas paredes ?

—Cuatro; pero no me alcanzan ni el barro ni los palitos para el techo.

—Es porque usted ha empleado muchos palos en las paredes, con cuatro en cada una basta. Vamos á hacerla de nuevo.

—¿ Usted qué hace ?

—Un muñeco de cera.

—Magnífico está; pero se le ha olvidado que los hombres tienen pescuezo, y usted le ha pegado la cabeza á los hombros. Vea cómo hago yo.

—Mire, señorita, grita uno, el molino de *Sans-Souci* que acabo de construir.

—Muy bien ! pero según ha puesto usted la rueda para moverla, era preciso que el agua corriera de abajo para arriba. Vamos á cambiarla.

—¿ Por qué ha hecho usted el molino de *Sans-Souci ?*

—Porque es una lección histórica.

—¿ La conoce usted ?

—Sí, porque usted la ha relatado cien veces.

—Acá todos, oigan este cuento que va á contar Fernando, y que es muy divertido.

Y el niño repite, palabra por palabra, la conocida historia de *Sans-Souci.*

—Pero ¿ quién era Federico II ? le pregunta la señora á otro niño.

—Era el rey más grande, más hábil y más benéfico que ha habido en el mundo, y ascendiente del actual Emperador de Alemania.

—¡ Viva el Emperador ! ¡ Viva el Emperador ! repiten todos.

Sobre un espacio cubierto de arena traza la maestra una *A;* y á todos pregunta:—¿ Qué es esto ?

—Una *A*.

—¿ Quién quiere hacer una parecida con este palito ?

—Yo. Yo. Yo, contestan cien voces infantiles. Todos cogen el palo, van á hacerla y no pueden. La lección se vuelve burla, risa y chacota.

Al oscurecer, la bandada de doscientos niños sale del *Kindergarten* alegre y gozosa, y con la esperanza de volver al día siguiente.

Cuando sobre mi sepulcro se hayan extinguido todos los odios de la generación actual, pueden mis hijos recordar con orgullo, que el primer artículo que al público di en Colombia fué sobre Casas de asilo; y que á la edad de veintiún años, profundamente afectado por la suerte de los hijos de las mujeres pobres de nuestro país, condenados á la ignorancia, á la ociosidad y á los vicios, soñé y propuse una institución semejante á los *Kindergarten*. Sólo el venerable señor Ancízar acogió y sostuvo mi pensamiento, los demás periódicos lo combatieron con este abrumador argumento: « Amparar y proteger á los hijos del vicio es quitarles responsabilidad y trabajo á las madres, quienes así con más libertad y más confianza se entregarán á él, y la sociedad se verá repleta de prostitutas, cuyos hijos llenarán los hospicios.»

Las escuelas son la institución fundamental de Alemania, el vínculo de su nacionalidad, la causa de su regeneración, el origen de su grandeza, y las que han formado sus costumbres y mejorado el carácter y la condición moral é intelectual del pueblo; y el Estado se ha apoderado de ellas para dirigir el gran movimiento, y para hacer que la nación no falte á su magnífico destino.

El niño ó niña que cumple siete años va irremisiblemente á la escuela, sea hijo de rico, ó de noble, ó de plebeyo: así el hijo del artesano como el del campesino; é inexorable á toda reflexión, el Estado lo empuja y le dice: ¡ A la escuela ! ¡ A la escuela !

—Mi hija es rica, le dice una amorosa madre, y en mi casa yo la puedo educar.

—¡ A la escuela !

—Es el hijo que me ayuda en el taller, y tengo una numerosa familia que mantener, dice un artesano.

—¡ A la escuela !

—Somos muy pobres, dicen padre y madre, y no tenemos alimentos que darle ni con qué vestir á nuestro hijo.

—¡ A la escuela !

—No quiero que mi hijo se corrompa en las escuelas del Estado.

—¡ A la escuela !

—Mi hija es muy delicada.

—¡ A la escuela !

Hambriento, haraposo y descalzo, el niño marcha á la escuela ; y la delicada niña se echa un morral á la espalda, toma el canasto de sus provisiones y á la escuela se va.

Los niños y las niñas andan en las ciudades de Alemania perfectamente solos; y todo escolar es conocido, porque el varón lleva una cachuchita especial, además del vestido más ó menos abrigado, y la niña una gorrita de paja ; pero ambos cargan á la espalda, sujetado por correas que les pasan por debajo del brazo, un morral en que llevan la pizarra, el papel y avío de escribir, y todos los libros y útiles que necesitan en la escuela y en los juegos y entretenimientos. Esta costumbre, además de que les da un aire encantador á las niñas, contribuye á que mantengan recto el cuerpo y á que sean fuertes.

Enfrente á mi casa en Hamburgo estaba el río *Alster*, del que se ha formado un hermoso lago en medio de la ciudad, y en él se ha levantado una casa de baños. En el verano era de ver á las niñas de todas las edades pasar por mi ventana con su morral á la espalda, sudando de calor, llegar cada una á la casa de baños, pagar sus cinco *phenis* (un cuartillo), y salir del baño frescas y lindas, con la rubia cabellera suelta y flotando sobre el negro morral.

La instrucción es obligatoria, gratuita y uniforme para todos los niños; pero hay diversas escuelas á las cuales pueden mandar los padres á sus hijos según sea su fortuna, á saber : las *Armen-skule*, para los miserables obreros ; allí algunas veces la caridad llega y les da alimentos ó viste á los niñitos ; las *Volk-skule* (escuelas populares), á donde va el hijo del artesano, y la *Burger-skule*, á donde va el hijo del que tiene con qué pagar; pero todas son escuelas públicas, sostenidas y vigiladas por el Gobierno y sujetas á unos mismos reglamentos y métodos. El Imperio sostiene inspectores que vigilan las escuelas en todos los reinos, ducados y ciudades libres que hoy componen la Alemania.

A Colombia alcanzó una ráfaga de la luz de las escuelas de Alemania, cuando en la progresista Administración del General Salgar se hicieron venir algunos profesores alemanes. Ya esa ráfaga se extinguió.

Nada hay más rudo, más desairado y más áspero que el niño alemán ; y sólo á virtud de los admirables métodos es como puede hacérsele concebir

ideas, estimular su apatía, vigorizar su cuerpo, corregir sus modales y mejorar su tendencia á formar querellas y peleas ; dejándole, eso sí, la más amplia libertad de acción.

Descuidado en el vestido, siempre mal calzado, parece que se complace en andar entre el barro, en caminar como tonto, en reírse sin conciencia. Esos tres botones que en el puño de las chaquetas militares usan los soldados prusianos, fueron invención de Federico II para quitarles la costumbre de sonarse con la manga de la chaqueta, y que al intentar hacerlo se lastimasen las narices. Y á todo tiene que atender el maestro, corrigiendo no una sino mil veces ; formando cerebro donde no lo hay ; completando la obra imperfecta de la naturaleza ; animando la circulación de la sangre ; enderezando los miembros, y lo que es más difícil, enderezando las malas tendencias de la raza é inculcando nociones morales que las contraríen.

Y esto ha de hacerlo el maestro jugando y riendo para que el niño no se fastidie, no se duerma, no se distraiga ni se enoje, y para que haga con gusto y no por mandato ni empleando el rigor, lo que el maestro le aconseja que practique ó que aprenda.

La antigüedad no tiene un modelo de la mujer que presentar igual al sublime modelo de la mujer maestra de Alemania. Madre amorosa y tierna de cincuenta niños, que le están encomendados, cuyos pasos vacilantes ha de guiar, cuyo tierno corazón ha de formar para la virtud y cuya alma ha de iluminar con los hermosos destellos de la ciencia, desempeña la más bella misión de la mujer.

Jamás la mujer se habia levantado á tan alta esfera; jamás había sido tan encantadora como es allí conquistando por la inteligencia lo que antes se debía solo á su belleza ; subiendo del serrallo al templo de la sabiduría, y mereciendo allí el culto y los honores que en otro tiempo se le tributaban á Minerva.

El mundo entero ha asistido á la gran transfiguración del genio en Alemania, en lo que la humanidad tiene de más hermoso, en la música, por consecuencia de la educación.

Italia, dotada por Dios de un suelo fértil, de clima dulce y donde un sol suave y benéfico derramaba tesoros de fecundidad sobre la tierra y encendía el fuego sagrado del genio en todas las almas; Italia, cuna de las bellas artes, donde todo hombre era un compositor y toda mujer una famosa cantatriz; y la música, los cantos y la armonía, de acuerdo con la naturaleza, resonaban al pie de los volcanes, y en los canales de Venecia, remedando los unos el estampido del trueno y la corriente de la lava, y los otros el amor de las ondas del Adriático, sus risas y sus lloros, su poesía y

sus deleites; Italia por muchos siglos fué la señora, la reina y la inspiradora de todo lo que el mundo adoraba como bello en música, porque allí la melodía era espontánea como su idioma; el genio, dón común que Dios les había dado, y la música, necesidad del alma como el aire, la luz ó los perfumes que embellecían la patria.

Avara la naturaleza, ninguno de sus dones había repartido más allá del Rin. El campo era triste; sombrías *selvas negras* se veían por todas partes; volcanes extinguidos comunicaban al vasto espacio el silencio de la muerte; el cierzo helado y el triste hielo reinaban como genios de la tumba; y en medio de esas soledades se levantó una raza guerrera, fuerte pero insensible á los encantos de la naturaleza, sin el estímulo del genio, que parecía refractaria á las bellezas de la música.

Por mucho tiempo Palestrina, Bellini, Donizetti y Paganini encantaron al mundo con sus óperas y sus creaciones divinas; la música italiana con sus dulces melodías, interpretada por mujeres inspiradas, se oía por todas partes; y sus ecos llegaron hasta las orillas del Elba, cuyos habitantes apenas se conmovieron con el divino acento.

—Enseñemos música en las escuelas, dijeron algunos espíritus entusiastas, quizás esto mejore la índole del pueblo; y á cada escuela llevaron un piano ó un armonium.

Y al poco tiempo el pueblo se transformó como por encanto; todo alemán fué músico, toda mujer, una cantatriz; en cada regimiento hubo una banda, en cada ciudad una academia, en cada pueblo un concierto, en cada casa un piano; y, ¡prodigio misterioso de la ciencia!, la música alemana fué la música clásica por excelencia, la ópera italiana se cerró en París; y Wagner con sus óperas *Thanhowser*, *Wallkures* y *Longegream*, llegó á ser el sublime maestro de su época y á fundar lo que él ha apellidado *la música del porvenir*.

Por unos instantes dejemos las escuelas para mostrarle al lector lo que, por consecuencia de ellas, hay en Hamburgo.

La opulenta y regia ciudad se ha dado el gusto de formar en medio de ella un gran lago, tan hermoso como el de Constanza, lago que llega á las principales calles, donde hay magníficos palacios, y se extiende á lo lejos hasta el campo en el cual están las famosas quintas de los potentados que han llevado de América sus millones; y en el extremo occidental del lago hay un gran parque, que de noche se ilumina, se llena de mesitas para servir refrescos y donde se da un magnífico concierto.

De todas las esquinas de las calles que sobre el Alster dan, sale cada quince minutos un ligero vapor iluminado que conduce á los que quieren

asistir al concierto; más de mil barquichuelos, unos con velas desplegadas y otros á remo, llevan allí alegres parejas; y algunas veces, además de la música, se dan fuegos artificiales sobre el lago.

En el otro extremo de la ciudad, la portada de luz que se divisa de todas partes señala la entrada de otro concierto á campo abierto, que se da en un jardín que tiene grutas con el encanto del amanecer, fuentes que por un juego maravilloso de luz brotan agua roja, y cascadas que eternamente caen. La música se instala en una plataforma que tiene la especialidad de llevar á lo lejos más recio el sonido que de cerca; y todas las noches se varía la naturaleza del concierto.

Dos magníficas *salas de concierto*, en cada una de las cuales pueden caber más de cinco mil concurrentes, se abren todas las noches. Digo concurrentes, y no espectadores, porque estas salas son soberbios comedores, grandes como una catedral, con tribunas y balcones, llenos por todas partes de mesas de mármol, sofás y asientos de terciopelo; y en todas estas mesas se cena ó se bebe mientras se escucha el compás armonioso de la orquesta.

En el Jardin Zoológico de día y de noche se alternan las bandas de música de viento, al frente de un palacio fantástico que se ha levantado ex profeso para esto.

Más de cincuenta *conciertos populares* cuya entrada cuesta medio real, se oyen en diversas direcciones; y en todas las calles hay un *café-cantante*, que dura abierto hasta la madrugada.

Esta es una especialidad de Alemania, que inútilmente Francia é Inglaterra han querido imitar, y que no pueden sostener porque por una parte exige abundancia de músicos y de cantores, y por otra necesita ponerse al alcance de los más pobres consumidores: Hamburgo es la ciudad que en esta materia sobresale.

En una sala vasta y elegante, ó estrecha, ahumada y miserable, según clase de concurrencia, se levanta en la testera del frente un teatro pequeño, al pie del cual hay una orquesta de muchos instrumentos de cuerda, un pianista ó un violinista, para acompañar á las cincuenta mujeres elegantes que están en el tablado, ó á la infeliz que con voz chillona y vestida de andaluza se muestra allí solitaria.

En la sala se come, se bebe y se fuma; y en el teatro las *diosas* cantan, unas veces en coro y otras en *sólos*, tratando cada una de llamar la atención de los espectadores.

Algunos de estos cafés son serios, mantienen una buena orquesta, famosas cantatrices, y á ellos van los nuevos *maestros* de piano ó de violín para hacerse oír y conquistar reputación; pero en otros las *diosas* toman á

presencia del público los vasos de vino ó de cerveza que los espectadores les envían, y aun *bajan del Olimpo* y vienen á brindar con ellos, vestidas de gasa y coronadas de flores.

En todos los teatros hay orquesta en los intermedios; y en las ciudades de Alemania hay innumerables teatros.

La Opera no es un soberbio templo de oro como la de París, ni tiene el lujo, el aparato y las mágicas decoraciones de ésta; pero en concepto de los conocedores, la orquesta es infinitamente superior y más crecido el número de los artistas, lo que da á los coros magnificencia regia.

El *viernes santo* se cerraron todos los teatros, y se cantó en la Opera el *Stabat mater*, de Mozart. Hasta entonces yo no tenía idea del poder de la música sobre el alma, ni de la influencia que la sagrada puede ejercer sobre los corazones entusiastas.

Como si lo que hay en Hamburgo no bastase para satisfacer la pasión de sus habitantes por la música, mientras estaba yo allí llegó á dar conciertos una compañía que contaba trescientos músicos, entre ellos los mejores profesores de toda Alemania, dirigidos en el piano por una señora ciega. El precio de entrada era el de cuatro *thalers*, (moneda que vale algo menos de un peso) y no se daban más que tres conciertos en toda la estación. Diez mil personas tomaron boletas de entrada; y para satisfacer las exigencias del público, la compañía convino en admitir á tres *ensayos*, á razón de dos *thalers* la entrada, y en cada uno de los *ensayos* se llenó el salón de espectadores.

Es tan abundante y tan barata la música en aquella nación, que habiendo hecho yo un viaje de Hamburgo á Bremen en compañía de los señores Eduin Isaacs y Aníbal Villegas, ambos amigos míos, cuando me retiré al cuarto de mi hotel á dormir, quisieron darme una sorpresa, salieron á buscar música, y á media noche, debajo de mi ventana, tocaba una magnífica banda piezas militares; y en español gritaban: ¡ Viva el General Rivas! Esta broma no pudo costarles mucho dinero.

Nos fuimos una mañana al campo, á una aldea pobre y retirada, con señoras, mis amigos Leigdig, Daitlezuait y yo, á pasar el día; y, como sucede siempre, las señoras quisieron bailar: á los pocos momentos se organizó en la aldea una orquesta de más de diez músicos, que tocó el día entero por sendos pesos.

Es tal la constancia de los alemanes en el estudio de la música, que por la noche, cuando se atraviesan las aldeas, se oye siempre el sonido de un clarinete, el bramido de un trombón, ó el silbo de un flautín, del

aprendiz que ensaya por sacar un són. Enfrente de mi casa vivía una señorita que salía al jardín común á tocar violín todas las mañanas.

Los vapores del Elba que llevan de Hamburgo á Blankenessi á los paseantes, conducen siempre á bordo una alegre banda, que busca quien la emplee durante el día, y que se alquila por muy poca cosa.

Una cosa curiosa. En una reunión que el señor Leigdig dió en su casa para obsequiarme, todas las señoritas tocaron y cantaron, después los hombres lo hicieron en coro, en todo lo cual hubo muy buen humor; y en un momento de silencio, una señorita se levantó y tocó, con muchos tropezones y dificultades, la *Oración de una virgen*. Los aplausos más estrepitosos y los más vivos *hurras!* cubrieron á la señorita.

Yo recordaba haber oído la pieza; pero no comprendía tanto entusiasmo.

—Es debido, me dijo mi amigo, á que ésta es la primera pieza que en todos los colegios les ponen aquí á las niñas, y la que tocan en todos los certámenes para complacer á los papás tal como ella, remedándolos, acaba de hacerlo.

Esa misma pieza la había oído yo ensayar en el Colegio de la Merced, de que fuí Inspector por mucho tiempo, y tocar en todos los certámenes. ¿No es una gran casualidad, y no indica cierta uniformidad en el gusto universal?

Volvamos á las escuelas.

En todas las ciudades, pueblos y aldeas hay el número que la población exige, y en los campos hay escuelas rústicas, cuando la del poblado queda distante á los niños; y estas escuelas son lo mismo en Berlín que en el último caserío, y lo mismo las de varones que las de hembras: hay algunas mixtas; los métodos son iguales, y se enseña lo mismo al habitante de la ciudad que al rústico campesino; y al decir lo mismo, entiéndase que no es solamente las mismas materias sino que lo mismo que lee un niño lee el otro; lo mismo escribe un alemán que su mujer; tanto sabe de hacer cuentas el uno como el otro, y al salir de la escuela, el hermano y la hermana llevan á su casa una misma tarea.

La asistencia diaria de los niños á las escuelas, desde la edad de siete á catorce años, es indispensable, sin que haya disculpa ni excusa, y no sólo deben ir todos los días, sino que es necesario hacerlo á la hora fija, con exactitud militar; y esto imprime un carácter de cumplimiento y formalidad, que de los niños ha pasado á las familias, de manera que en las casas, así del rico como del pobre, todo se hace con una precisión matemática.

Los maestros y maestras, en cuya formación tantos años ha empleado la sociedad, son los mejores del mundo; y no se crea que son sabios profundos,

nada de eso, son hombres y mujeres de conocimientos limitados, en general muy limitados, reducidos á saber los métodos, y de las ciencias, hasta donde deben enseñar á los niños. Ir más allá sería extralimitarse, para lo cual no tienen ni facultades ni tiempo, pues frecuentemente los maestros son de la clase pobre de la sociedad, y personas que se resuelven á llevar una vida monótona, triste é igual hasta morir.

Los métodos son todo, y examinados con paciencia y reflexión están reducidos á nada; pues ese todo consiste en el orden que reina en la escuela, y en la atención á que obligan á los muchachos, de manera que toda palabra del maestro es comprendida y toda acción imitada.

Enseñan en las escuelas á leer, escribir, contar, geografía, historia, botánica, zoología, física, dibujo, química y música; pero sólo un cuadro sinóptico de cada ciencia ó arte, sencillo, claro y exacto, de manera que el niño y la niña al concluir sus estudios escolares son personas aptas para seguir una carrera, profesión ú oficio, sin carecer de los conocimientos más necesarios en la sociedad.

Les dan en las escuelas una importancia grande á los ejercicios corporales, así es que en todas las escuelas de mujeres hay clases de gimnasia; y en las de hombres es más el tiempo que se emplea en marchar, jugar, saltar, dar volatines y aprender el ejercicio militar, que el gastado en estudiar.

Había en Hamburgo, en los extramuros, un *Liceo* ó escuela de hijos de ricos, en medio de un gran parque, donde se encontraban unos trescientos niños de varias edades, los cuales salían todos los días al parque para ejercitarse en la gimnasia en presencia del público.

La idea de los diablos desencadenados y entregados á las más locas diversiones y á los ejercicios más peligrosos se podría ver realizada allí. Los diablitos pequeños querían ser como los grandes, y hacían que los llevasen de la mano á hacer juegos de equilibrio en un palo, y al llegar á la mitad de éste, se bajaba, repentinamente, y tenían que saltar bastante para no romperse las narices. Los más grandecitos se divertían en hacer rodar toneles estando ellos montados ó de pié encima, y echaban así carreras y apuestas con los de su edad. Otros cogían varitas flexibles y jugaban unos con otros al florete, y se atacaban y se defendían, no sin peligro de ponerse un ojo negro. Más de cuatro trapecios se mecían en los aires con espantosa rapidez, mientras los maestros, haciendo el oficio de los payasos en los volatines, estaban debajo, previniendo los accidentes; y dondequiera había gritos y silbos como en una plaza de toros.

De todos los ejercicios el más sorprendente para mí fué el de los muchachos ya grandes, que tomaban una vara más ó menos larga, según

su edad, fijaban el un extremo en la tierra y apoyándose en el otro saltaban á lo ancho ó á lo alto distancias sorprendentes. La verja del colegio tendría tres varas de altura, y sin tocarla pasaban los muchachos del uno al otro lado, valiéndose de sus palos. ¿ Qué muro ó fortaleza no escalarán así cuando sean hombres ?

Los que así saltan, á medio descuido de los maestros se escapan á tomar un vaso de cerveza en la tienda vecina, ó le quitan por detrás las avellanas á la vieja que se ha embelesado en mirar; y trabajo cuesta á los maestros reunir la bandada de muchachos, que de todos lados vuelven con los vestidos rotos, y muchas veces con las narices reventadas, porque detrás de los cerezos se han cogido á puñetazos.

Al terminarse las tareas del día en las escuelas, y antes de separarse los muchachos, se cantan por todos y en todas las escuelas *himnos patrióticos*, de los cuales el gobierno ha formado una colección y repartido á las escuelas del Imperio, de manera que á una misma hora en el vasto territorio alemán cinco millones de niños pronuncian unas mismas palabras, entonan un mismo canto y están animados de unos mismos sentimientos patrióticos.

El tiempo de siete años para la escuela es, en verdad, demasiado largo para un país pobre, donde el jornal es muy barato, y donde las familias numerosas y una boca de más y dos brazos de menos para el trabajo, ponen en conflicto á los padres de familia; pero este sacrificio lo hacen ellos gustosos por el porvenir de sus hijos y la prosperidad de su país.

Como uno de los graves inconvenientes con que en mi país han encontrado las escuelas es la preocupación de que ellas harían inútiles á las niñas del pueblo, pues, educadas primero, no querrían después ser sirvientas ni ocuparse en oficios inferiores, voy á contar cómo era mi sirvienta en Hamburgo, pues la ocasión se presenta para acabar con esa preocupación.

A mi llegada á esa ciudad fuí á vivir al *Hotel de Francia*, que está sobre el lago Alster, en la calle principal, hotel que es muy elegante, pero muy costoso; y el excelente caballero Eduin Isaacs, de quien hablaré después, viendo que esto no me convenía, me buscó una linda casita, situada más abajo, también sobre el lago, sombreada de árboles, con vista por detrás á un hermoso jardín, construída casi toda de mármol: baja con sólo un pasadizo de entrada, una sala, una alcoba, un cuarto al frente que podía arrendar, y el servicio doméstico debajo. La casita estaba medianamente amueblada; y vino á servirme una muchacha de veinte años, fea como una araña y activa como una abeja.

Ella no sabía ni una palabra de castellano, ni yo una de alemán, y

sin embargo nos entendimos durante diez y ocho meses por señas, y ella me sirvió con solicitud y lealtad en ese tiempo.

Levantábase al amanecer y lavaba el exterior de la casa, las vidrieras y el enlosado de la calle con agua fría, y con caliente las baldosas de mármol de la entrada. Luégo sacudía las cortinas y muebles de la sala, y limpiaba la araña del gas.

A las siete de la mañana bajaba á la cocina y preparaba el almuerzo que servía á las nueve, y que bien podía enfriarse y dañarse si yo no me había levantado y vestido, ó si me dilataba en la calle. Mientras que yo almorzaba, ella cerraba las puertas de comunicación de la alcoba, abría las ventanas que daban al jardín, y empezaba el aseo con el rigor y la escrupulosidad más grande; levantando los colchones, quitando las tablas, frotando la madera y barriendo las alfombras. En vano, cuando yo había olvidado algo en la alcoba, llamaba ó golpeaba: ella estaba en su ocupación y no abría.

Debajo de la servilleta, y encima del plato sopero, estaba siempre á la hora de almuerzo la cuenta de los gastos del día anterior, escrita en una letra elegante, perfectamente detallada, y hecha la suma con exactitud. Esta era la única cosa que yo comprendía; porque los números son iguales en todos los idiomas, y sabía que las monedas corrientes eran *marks* y *phenings*. Jamás la cuenta alcanzó á cuatro *marcos*, ó sea un peso de nuestra moneda, y la comida era exquisita y sumamente variada.

A las cuatro de la tarde servía la comida, y concluída ésta, se entraba á arreglar sus cosas, según supongo; y algunas noches me pedía licencia para ir al teatro en que costaba un real la entrada. Tenía su libreta de la *Caja de ahorros*, en la cual se veía que mes por mes depositaba más de la mitad de su jornal; y me pedía con instancia que la trajese á Colombia. ¿ Sería malo para las señoras, ó perjudicial para la sociedad, el que las escuelas formaran entre nosotros criadas como la que yo tuve en Hamburgo?

Hay una edad para los niños en la que las escuelas se transforman; en las unas se enseña á las mujeres las labores y oficios propios de su sexo, y á los hombres, los ejercicios militares.

Para los jóvenes pobres, que después de tener catorce años quieren seguir educándose sin perder el trabajo del día, hay escuelas nocturnas de diversos ramos; y los jóvenes ricos pasan á los *Liceos* y *Escuelas politécnicas*. Colegios científicos, cuya reputación ha alcanzado á todos los países, y en donde, además de alemanes, se educan americanos, rusos, ingleses y daneses.

El gran número de alemanes que emigran de su país en busca de fortuna, y cuyo dato curioso quiero colocar aquí, aunque no es oportuno,

ha hecho que en las escuelas se les dé una atención preferente á los idiomas: en todas se enseña francés ; y de aquí depende que cualquier alemán sepa por lo menos dos idiomas (lo que no sucede ni en Francia ni en Inglaterra), y que los bien educados conozcan varios y los aprendan con facilidad.

La sociedad escogida de Hamburgo está formada por alemanes que, habiendo emigrado á países extranjeros, han vuelto allí opulentos; que despliegan un lujo de príncipes, y que en vez de ser ingratos con los países en donde han hecho fortuna, conservan de ellos buenos recuerdos, siguen cultivando relaciones comerciales con ellos, y aun envían á sus hijos para que trabajen allí. Entre éstos hay muchos que han vuelto de la América del Sur, y tal es la razón porque en los colegios se enseña español, y porque este idioma se ha generalizado tanto en Hamburgo, que en un banquete, en el cual fuí invitado á hablar, hubo más de treinta personas, entre caballeros y señoras, que entendieron mi discurso.

He aquí el dato exacto, formado en tres años consecutivos, de los alemanes emigrados:

Año.	Por Bremen.	Por Hamburgo.	Total.
1880........................	80,330	68,887	149,217
1881........................	122,767	123,181	245,898
1882........................	116,197	113,221	249,217
		En tres años...............	644,332

Teniendo en cuenta los datos de los años anteriores, se ve que han emigrado de Alemania cuatro millones de habitantes en diez años, de los cuales el cincuenta por ciento han ido á los Estados Unidos; un veinticinco por ciento al Brasil; diez á Australia, quince á Sur América, y unos pocos á Africa y Asia.

De las personas que habiendo estado en Colombia se han establecido después en Hamburgo, está en primer lugar el señor Eduin Isaacs, caballero distinguido, hombre acaudalado que tiene el mayor afecto por nuestro país, que abre crédito ilimitado en su casa de comercio á los colombianos, y que cuando á Hamburgo llegan éstos los colma de obsequios y les brinda en su casa una espléndida hospitalidad.

Este caballero se encarga del Consulado de Colombia cuando los cónsules están ausentes; es él quien da los datos que los negociantes necesitan sobre el comercio y condiciones de nuestro país; lee todos los días el « Diario Oficial,» de Bogotá; tiene el salón de su casa adornado con la

bandera de Colombia, y celebra el *20 de Julio* con el entusiasmo con que en otro tiempo lo hacían en Bogotá.

Tiene una amable y simpática señora, que habla francés y algo de español, y que hace admirablemente los honores de la casa, en donde pasé deliciosos días. Ésta se halla situada sobre el *Alster*, y pasaría por palacio en cualquiera otra ciudad.

El señor Eduin Isaacs fué mi amigo íntimo en Hamburgo: debíle toda especie de obsequios y atenciones; el haberme relacionado con muchas de las familias respetables del país; conocer los templos y edificios públicos de Hamburgo y de Berlín, y haber sido iniciado en las costumbres y hábitos del pueblo alemán.

Voy á contar una trama urdida contra mí, de la que me salvó el señor Isaacs:

Un día recibí una esquela en español, en la que se me decía que una señora que había estado en América como sirvienta, y que estaba enferma en esos momentos, quería saludarme; al día siguiente fuí á la casa que me indicaba. Encontreme una buena y gorda señora que hablaba mejor que yo el español y que me recibió con un abrazo, y me contó que desde niña había pasado á México, que había regresado á su país y lo encontraba todo feo, y que sólo quería á los americanos.

Propúsome ir á casa como sirvienta, hacerme todo á la americana y acompañarme mientras estuviese en Hamburgo. Le di las gracias y le dije que mi criada estaba comprometida hasta el día 1.º de Noviembre, pero que después tendría mucho gusto. Preguntóme cuánto ganaba la criada, le dije que sesenta marcos, y ella se apresuró á decirme:

—Ah! yo me comprometo con usted por cincuenta. ¿Le parece bien?

—¡ Magnífico!

Convidóme á comer *puchero* dos ó tres veces en su casa y con amigos; hablaba de nuestros proyectos, y yo, encantado, nada le contradecía y me dejaba cuidar. Vino á visitarme con dos amigas más, vió un cuarto desocupado y dijo: aquí me instalo yo, y quedo como una princesa.

Yo la creía un poco locata y alborotada, por lo que ni se me ocurrió darle entrada en casa.

Pasaron los meses, y yo olvidé á la *americana;* pero el día 1.º de Noviembre, al volver del paseo, encuentro la casa llena de baules, catres, petacas, mesas, sillas y muebles de toda clase, de tal manera llena, que no tengo por donde entrar; y á la *americana* instalada y previniéndole á mi criada que desocupe en el momento.

Aquello me pareció una mala visión, y en el acto le hice comprender su atrevimiento y la despedí con cajas destempladas.

Inmediatamente la *americana* me demandó ante los tribunales. Por *daños y perjuicios* me exigió su abogado seis mil marcos; y según la relación que presentó, yo estaba obligado á pagárselos, pues tenía las declaraciones de que yo no había dicho *no*, y algunas veces *sí*, á todo lo que ella me había propuesto. No había remedio, debía pagar esa suma á la bondadosa señora gorda que tanto quería á los americanos.

El señor Isaacs intervino y preguntó al abogado:

—Dígame usted, ¿el señor Rivas dió á la señora delante de testigos el thaler, que es la señal del compromiso con una sirvienta?

—No señor.

—Entonces no hay contrato.

Así me salvó de la trama de esa buena y gorda señora que tanto quería á los americanos.

Colombia estaría representada dignamente nombrando como Cónsul general permanente al señor Isaacs en Hamburgo; y como ha sido agente de la emigración á la República Argentina, pudiera dirigir su corriente benéfica sobre Colombia.

CAPITULO XXXIV.

Hospitalidad—Morir de amor—Doctores—Universidades—Estudiantes—La cerveza.

EN Alemania la hospitalidad, virtud de los pueblos antiguos que aliviaba la suerte del proscrito y consolaba al desgraciado peregrino, tiene aún una hermosa significación; la acogida cordial, sincera y franca que al extranjero se le da en la familia, ó la serie de atenciones y agasajos que recibe de los caballeros del país.

Los señores Julio y Guillermo Daitellzuait vinieron casi niños á Colombia, aquí se acabaron de formar, hicieron parte de nuestra sociedad, se identificaron con nuestras costumbres, ejercieron el comercio por muchos años y ganaron una gran fortuna, de que disfrutan ahora en Hamburgo. Como hablan con igual facilidad el español que el alemán y tienen nuestras maneras y nuestros gustos, cuando uno está con ellos en Hamburgo cree encontrarse entre compatriotas; y ellos hacen por su parte cuanto es posible para que sea agradable al colombiano su residencia en aquella ciudad.

Presentóme Guillermo en su casa, donde fuí muy obsequiado, á su anciana y venerable madre, á dos primorosas hermanas suyas y á su linda hija, encantadora criatura, que nació en Bogotá; Julio me llevó á todos los teatros, á todas las fiestas que había en Hamburgo, dióme banquetes; y siempre, fino y generoso, no sabía cómo distinguirme y darme pruebas de su amor á Colombia.

Como prueba de la misma hospitalidad fuí invitado por el señor Fernando Cugellmann, caballero comerciante de Hamburgo, que negocia

en taguas, y otros artículos de mi país, á pasar un día de campo en Reimbeck, en su compañía, la amable del señor Aníbal Villegas y su encantadora esposa, el Cónsul italiano y de varios otros señores extranjeros y nacionales.

El señor Cugellmann es aún joven, pero serio y reflexivo, tiene una hermosa figura española y es muy fino y afectuoso. Nos dió una linda fiesta. La comida fué bajo los árboles y reinó la mayor alegría.

Es Reimbeck un lugar situado á corta distancia de Hamburgo, terreno accidentado, suelo verde y aire puro. Tiene un castillo, una hermosa floresta de robles, un lago coqueto, un río que murmura, y esparcidas y graciosamente colocadas lindas *villas*, ó quintas, rodeadas de esmerados jardines.

A Reimbeck van á pasar el verano muchas familias de Hamburgo, que habitan sus *villas* ó viven en los magníficos hoteles allí establecidos. Es un lugar de fiestas, paseos, bailes, conciertos, amores, citas y escándalos.

Allí conoció en una de las alegres temporadas el joven doctor Karor á la señorita Emilia Pardo, hija de un acaudalado comerciante de Curazao, residente en Hamburgo; y concibió por ella una de esas pasiones que nacen de una mirada, que se anidan en el alma, que se identifican con nuestro corazón y colman de desgracia ó hacen venturosa toda la vida de un hombre.

El joven Karor era aún estudiante cuando se enamoró, no tenía porvenir, y la desigualdad de condiciones parecía poner una barrera impenetrable entre él y el angel de sus adoraciones ; y cuando retirado, solo, con el libro en la mano, en Reimbeck, veía á Emilia pasear en su coche ó cruzar la pradera á caballo, le parecía un sueño; y estático se quedaba contemplándola. Jamás cedió en su amor : verla de lejos, adorarla en secreto, y tributarle culto y adoración, hé aquí su presente, su porvenir, su dicha y su esperanza.

El genio en él se encendió con el fuego de ese amor supremo y divino; y tras largos años de un estudio fervoroso y entusiasta como su amor, se hizo *Doctor*, fué nombrado Juez, y adquirió una reputación grandísima en Hamburgo.

La señorita Pardo había, sin duda, notado al joven que de lejos la seguía siempre : que la miraba con pasión y que era el primero á quien encontraba en la estación del ferrocarril cuando á Reimbeck iba á pasar una temporada, y el último que divisaba al irse para Hamburgo. En la última primavera, cuando á ella se acercó el joven, elegante y hermoso, fué recibido con agasajo.

Un día la Fortuna llamó á la puerta del joven sabio y le trajo por

esposa á la mujer amada, y por dote la inmensa fortuna que el señor Pardo había llevado de Curazao.

—¡ A Reimbeck ! ¡A Reimbeck vamos! le dijo á su novia, que allí, donde he vivido sufriendo, allí quiero morir de amor.

La joven esposa notaba que las manifestaciones de dicha y de ternura de su marido eran exageradas, las miraba con sorpresa, y hasta llegó á tener miedo cuando con él se encontraba sola.

La tarde que comíamos en Reimbeck con el señor Cugellmann, era espléndida y serena, la brisa apacible estaba impregnada de las aromas del jardín ; las nubes de Occidente formaban como bajeles de fuego navegando en un cielo de luz, iguales á los que sueñan los amantes ; empezaba á salir la luna por Oriente, y todo convidaba á la dicha melancólica y dulce del amor.

El joven Karor toma á su tierna esposa entre los brazos, la contempla con muda admiración, le da un beso en la frente, luégo la deja, y como si fuese á cumplir un voto ó un terrible sacrificio, se arroja adelante del tren del ferrocarril que en ese momento cruza, y es despedazado......

Ya que he referido la historia de este infeliz *doctor*, indicaré que este título es una gran cosa en Alemania desde muchos siglos atrás, como si el pueblo hubiese comprendido que la ciencia era la columna de luz que había de guiarlo, y que los hombres que al cabo de muchos años de meditación y de estudio, siguiendo el curso de los astros, sorprendiendo los secretos de la naturaleza ó buscando las plantas que habían de aliviar los dolores, tienen algo de divino, los ha mirado siempre con veneración; y el personaje legendario que Goethe puso en escena, *El doctor Fausto*, vive en la mente de todos los alemanes.

En Colombia también la Ciencia ha precedido á la Libertad. La « Expedición botánica » dió los próceres de la Independencia. Los hijos del Colegio del Rosario murieron en los patíbulos, y á los *doctores* de la Universidad se deben hoy las instituciones liberales que son el orgullo de América.

Más de cincuenta mil jóvenes buscan en Alemania el título de *doctor*: los unos en Derecho, otros en Medicina, en Teología, en Ciencias naturales, en Filología, en Literatura, &c., &c. ; formando todos una gran *República literaria*, que vive en medio de las monarquías, y con costumbres y hábitos que es preciso describir.

Las Universidades de Alemania, fundadas la mayor parte en los siglos XIV y XV, (la de Heidelberg lo fué en 1336) eran cuerpos soberanos é independientes al principio, y han conservado muchos de sus

privilegios y entre ellos el de administrar justicia á sus *súbditos*, los estudiantes; mantienen intactas sus Constituciones; y los estudiantes de hoy son lo mismo que fueron los de las generaciones que han pasado, sin que para ellos haya llegado el siglo XIX.

Las *Universidades* gozan de tal prestigio que el Rey de Prusia, el de Sajonia y el duque de Baden, están á la cabeza de estas *Repúblicas*, y llevan el título de *rector magnificentísimo;* pero el verdadero Jefe de la Universidad es el *Rector magnificus* que es *elegido*, como en el Colegio del Rosario de Bogotá, por los profesores y el *claustro*.

La ciencia en nuestro siglo vive en las Universidades de Alemania; de allí el inglés la toma y la engrandece, el americano la hace útil, y el francés la lleva á recorrer el mundo. Los profesores de las Universidades son los más profundos sabios en sus respectivos ramos, y estos ramos forman en la Universidad de Berlín, servida por los hombres más eminentes, que no tienen otra aspiración ni más gloria que la de enseñar, trescientos treinta y cinco *cursos*, á saber: cuarenta y cuatro de *filosofía* y *filología;* ochenta y tres de *ciencias naturales* y *matemáticas;* treinta y siete de *teología;* sesenta y uno de *derecho*, y ciento diez de *medicina;* y en las otras Universidades, en donde existe mayor número de estudiantes, hay más abundantes cursos, y entre ellos los de ciencias que apenas principian á conocerse y que serán después las más importantes para la humanidad, como la *biología* y la *sociología*. La *Universidad* de Berlín cuenta para los estudios con un *Museo zoológico*, que tiene ciento treinta y dos mil animales; un *Gabinete de mineralogía*, el segundo en el mundo, y en el que están todos los objetos que el Barón de Humboldt llevó de Colombia y del resto de América; un *Museo de Anatomía*, que tiene veinticinco mil objetos diferentes; un *Museo cristiano*, en donde están reunidas copias de todos los monumentos cristianos del orbe; y una *Biblioteca*, que encierra noventa mil volúmenes y doscientos setenta mil manuscritos.

La Universidad de Heilderberg tiene una *Biblioteca* con doscientos mil volúmenes y ciento ochenta mil manuscritos; un *Museo arquelógico;* un *Jardín botánico* y otro *zoológico*. En la de Leipzick, en la grande *aula*, además de las colecciones dichas, hay magníficas estatuas de Leibnitz y de Goethe y de otros sabios, y cuatro soberbios medios relieves que representan las principales faces de la civilización del mundo, y una *Biblioteca* con cien mil volúmenes; y así, todas las otras Universidades cuentan con *Observatorios astronómicos*, *Gabinetes de química*, *Museos de cirugía*, *Anfiteatros*, instrumentos y colecciones de cuanto puede acumular la ciencia.

Los cincuenta mil estudiantes matriculados forman la *República lite-*

raria de Alemania, república que es federativa, pues aunque hay diversas Universidades, ellos forman un solo cuerpo y tienen unos mismos derechos, exenciones, usos y costumbres en cada una de ellas, lo que ha contribuído poderosamente á formar la nueva nacionalidad.

No hay alumnos internos en las Universidades, y el estudiante *matriculado* no depende del padre, ni del tutor, ni está sujeto á otra autoridad que á la del *Rector*, ni tiene otros jueces que los *bedeles*; y desde que tiene su matrícula en la Universidad es libre é independiente para llevar el género de vida que quiera, según sus inclinaciones y sus recursos.

Repetiré aquí lo que tantas veces he dicho: sólo refiero en mis *viajes* aquello que he presenciado, sin decir si es bueno ó malo, y velando únicamente aquello que el pudor exige, por lo cual no he contado nada de la vida de los estudiantes en París, y sí voy á referir la de los de Alemania.

Los jóvenes prefieren *matricularse* en las Universidades de Jena, de Heilderberg y otras, situadas en pueblecitos pequeños, que viven de la misma Universidad, más bien que en las de Berlín ó Leipzick y las grandes ciudades; porque en las primeras están más á sus anchas y viven más pobremente, pues allá, como en todas partes, decir estudiante es decir pobreza, hambre y desnudez; pero allá, como en Colombia, esos desamparados que á todo se sujetan, vienen á ser después los primeros hombres del país.

El estudiante compra una cachucha de ceremonia y un gorrito para el diario; una chaqueta de ceremonia, que generalmente es de terciopelo, y una levita de bayeta para el diario; un ceñidor de cuero y unas botas eternas, dentro de las cuales mete no solo las piernas sino todo el cuerpo; y así prevenido, desafía las estaciones, y empieza su vida universitaria, que dura largos años y que no tiene igual en el mundo.

Los estudiantes lo son por vocación, y al entrar á la Universidad y durante todo el tiempo que allí están no dejan de tributarle culto á la ciencia; pero tampoco pierden ninguna fiesta, ninguna feria, ninguna diversión; andan por todas partes en bandadas, se embarcan en el Rin, van á la *selva negra* en busca de aventuras, atraviesan los caminos á pie para asistir á la inauguración de un monumento, están en todos los tumultos populares, en todos los conciertos públicos, y dondequiera que hay algún espectáculo.

El estudiante no es una persona, no es más que un estudiante; y armado de su matrícula, que le sirve de pasaporte, con su vestido tradicional, pasa por todas partes sin ser notado; él no tiene pretensiones de ninguna naturaleza, y si comete falta en una reunión lo echan sin escándalo, y si comete un delito, en cualquiera parte que sea, la policía lo empaca y lo

remite á su Rector, para que sea juzgado conforme á las leyes de la Universidad.

Viven los estudiantes en cuartos que alquilan juntos dos ó tres, y hacen soportar á los nuevos todos los trabajos domésticos ; comen siempre mal y beben mucho. Forman distintos cuerpos que denominan *Verein* ó *Burschenschat;* y estos cuerpos tienen su bandera, su banda de música, un color distintivo y un lugar llamado *local*, donde pueden reunirse en sesiones solemnes ó juntas generales, como las que se celebran para la elección del Rector, la del Presidente del gremio, el natalicio de cada uno de los socios, la entrada de uno nuevo, ó con motivo del grado obtenido por alguno de ellos, ó la muerte de un compañero ; pero de tal manera están distribuídas estas funciones, que el estudio no se perjudica.

Los que hayan asistido á las *aulas* de una Universidad en Alemania, habrán reparado que los profesores tienen la cara llena de cicatrices, un ojo de menos ó los labios cortados ; y deben saber que esto depende de la costumbre del duelo á espada entre los estudiantes; de que el recién llegado está obligado á batirse con todos los que quieran desafiarlo; que entre los diversos *Verein* y *Burchenscaft* hay frecuentes rivalidades que se deciden en un duelo, y que diaria y constantemente están riñendo dos estudiantes á espada, y por la noche se oye en medio de las calles y al volver de todas las esquinas el ruído que hacen al cruzarse los aceros.

No se ve á los estudiantes en íntima sociedad con las mujeres ; pero todos viven enamorados de un ideal, de una niña que en su pueblo dejaron, de la hija del tabernero, de la dama de un castillo á quien de lejos vieron; y entregados á este amor fantástico ó real, pasan la vida componiendo versos, dirigiéndole endechas y hablando de sus amores con loco entusiasmo.

Porque decir estudiante es decir poeta, soñador, romántico, más que Espronceda; y cada uno, llevado de *su destino*, hace de su vida un poema que quisiera realizar con grandes hechos, con acciones heróicas, con cosas extraordinarias; y sintiendo el vacío á su lado, mientras que el cerebro las concibe, pone en verso el poema y pasa las noches escribiendo y los días leyendo sus creaciones.

El *local* de sus reuniones está adornado con las banderas del gremio, con bustos de Goethe y de Schiller, de los grandes maestros muertos ya y de los más famosos contemporaneos. En algunos están los bustos del Emperador y de Bismarck ; en otros están proscritos, pues los estudiantes en general son republicanos ; y en el *local*, con diversas ceremonias, según la fiesta que se celebra, se reune el gremio á cantar, á beber, y á fumar de una manera bárbara.

« Gaudeamus igitur
Juvenes dum sumus,
Post exactam juventutem,
Post molestam senectutem
Nos habebit humus.
Vivat academia,
Vivant profesores.»

Los estudiantes alemanes tienen cantos latinos tradicionales como el anterior, con los cuales se abre la sesión, según el caso, cantos alemanes, también tradicionales, al amor, al vino y á la cerveza, é himnos patrióticos que entonan en las grandes solemnidades de *pro patria.*

—*Silentium !* grita el presidente cuando ya todos los estudiantes están sentados al frente de los bancos de madera, donde lucen, repletos de cerveza, enormes jarros de peltre.—*Silentium !...* y empieza á cantar él sólo:

« A la salud de los Renanes sajones y brandeburgueses también. Vamos, suave y rubio color ; corre en nuestras gargantas y danos nuevas fuerzas. Es así como debe beberse (vacia su jarro). Arriba, hermanos, cantemos en coro, y que los que puedan digan: Juchhe Burrhe, Juchhe Burrhe. Sa ! Sa ! Sa ! Sa !»

El coro repite:

«Sa! Sa! Sa!»; y canta:—«Hermanos alemanes, lanzad un gozoso grito, cantad vuestras canciones más alegres, y que todo el que pueda que grite, aquí en medio de los vasos de cerveza: Sa ! Sa ! Aquí se consuela el corazón, el corazón enfermo. Oh buena y fermentada cerveza ! Delicia de la vida ! Tú nos procuras cien mil goces ! Sa ! Sa ! Sa !»

Entonan otra canción en latín, imposible de entender; pero cuyo estribillo, que todos repiten á cada estrofa y en coro, es: *¡ Sic vivimus !*

« Joven novicio,» cantan en la recepción de un estudiante, «bueno y piadoso hijo de Alemania, corazón ingenuo, indomable valor, sin hiel y sin veneno, yo te reconozco. Delante de la joven inocente, ¿ por qué tu mirada se dulcifica ? El espíritu de Alemania habla en ti, y la Alemania es casta.»

Canciones, viejas como las Universidades, canciones absurdas que nada dicen para el extranjero, y que para el alemán están llenas de filosofía; canciones que son cuentos de fantasmas de edades pasadas; canciones locas y desenfrenadas, tales son las que se cantan y se repiten en todas las fiestas, apurando vasos de cerveza; y pasados los años de dos estudiantes que juntos entraron á la Universidad y se metieron en idénticas botas, el uno puede ser un gran borracho y el otro el primer sabio de su siglo.

En la muerte de un estudiante, después de haberlo conducido al

cementerio celebran como los antiguos griegos el *banquete fúnebre:* se reúnen los del gremio en el local con las banderas veladas y el asiento del amigo vacío, y hay discursos en honor del genio y de las virtudes de su compañero.

A veces, pero esto es muy raro, se encuentra á media noche un estudiante extraviado que entona esta canción :

« Salgo de la bodega, pero ¡ qué aspecto tan raro ha tomado la calle ! La busco á la derecha, la busco á la izquierda, y siempre se me escapa. Infame calle ¿ estarás achispada ? Y tú luna ¿ por qué me miras así ? ¿ Por qué tienes un ojo abierto y el otro cerrado ? ¿ Es porque has bebido mucho, mi vieja amiga ? Luna anda á acostarte, que yo me voy también.»

En un *local* de una taberna en Leipzick, hay un viejo tonel con esta inscripción: « En esta época el *doctor* Fausto se escapó de la bodega de Auerbach á caballo sobre este tonel de vino que habían antes visto muchos mortales. Hizo esto por sortilegio, y el diablo le recompensó.—1505.»

La lucha por las Costumbres, empezada al tiempo de la invasión de Napoleón, como recurso para salvar la patria, ha durado por setenta años con perseverancia y eficacia, y ha logrado la regeneración del pueblo alemán en todos sentidos; en moralidad, cultura, elevación de carácter y nobleza de sentimientos; y en nada se parece la cuasi-bestia que en aquel tiempo cuidaba los cerdos de Westfalia, comiendo de unas mismas bellotas y lanzando gruñidos como para querer hablar, al ciudadano de Hamburgo de nuestra época, que en la fábrica, en el taller, en el escritorio ó en el mar, es siempre el más inteligente de los trabajadores; que tiene una esposa digna de su cultura, una familia numerosa y bien educada, y que estudia y comprende todos los problemas políticos y sociales de su patria.

En honor de la Alemania es preciso decir que la aspiración generosa de los amantes de la humanidad, de vulgarizar la virtud, la ciencia y las artes, hasta llegar á hacerlas el patrimonio común del pueblo, es allí donde ha empezado su camino : que por todas partes se encuentran familias honradas y con sólidas nociones de moral; que entre los campesinos se estudia y se reflexiona ; que aquel es un pueblo de músicos, de cantores y de pintores, que lo hará todo mal, si se quiere, pero que lo hace todo; y que el nivel moral é intelectual sube todos los días más, aumentando el círculo de sus beneficios entre los miserables.

La pobreza, hija de las contribuciones y exigencias del gobierno, es la gran dificultad del pueblo alemán ; pero la emigración le ha abierto la puerta de oro de América, y en América es donde los alemanes van á

fundar la nueva sociedad, trayendo sus hábitos de orden y de trabajo y encontrando amplia libertad á sus esfuerzos.

Pero ¡ ay ! el amor á la cerveza no ha podido extirparse ni entre los estudiantes ni entre las clases elevadas de la sociedad; el pueblo se embriaga como antes, y para los hombres de Estado este vicio, que no han podido extinguir, es motivo de gran preocupación, pues amenaza de serio la prosperidad de la Alemania.

En Alemania se bebe cerveza á todas horas y en todos los lugares; y en vez de los elegantes y lujosos cafés de Francia, á donde concurren gentes de todas las condiciones á conversar, hay allí unos salones debajo de la tierra, más ó menos lujosos, según para quienes están destinados; pero todos sombríos y oscuros de día, medianamente alumbrados por la noche. Si los salones son para los elegantes y los ricos, son de madera de encina, admirablemente tallada, adornados con magníficos cuadros al oleo, mesas de nogal esculpidas y asientos de marroquí oscuro; y si para el pueblo, dejan ver desnudas las vigas del techo, negras las paredes; las mesas son sencillas, y los asientos, bancos de palo. Allí van llegando los comenzales, al anochecer, unos con sus mujeres, que se ponen á *tricotear*, y otros, más generalmente solos ; toman un asiento, y en el acto reciben en un enorme jarro de loza con tapa de peltre la cerveza, encienden un cigarro ó la pipa, y sueñan. Pasa un cuarto de hora y cada uno apura el jarro de cerveza, que inmediatamente es renovado; pasa otro cuarto de hora, y cada cual consume la cerveza que tiene delante, la cual instantáneamente es renovada, y así hasta que dan las doce de la noche. Si hay cien concurrentes, todos ciento hacen igual cosa ; todos serios y taciturnos, al través de la atmósfera de humo que los envuelve; y sin que se cruce entre ellos un chiste ni una palabra alegre. En algunas de estas tabernas se permiten *convents*, ó sociedades de amigos, que van allí á tomar; y entonces los salones resuenan con cantos parecidos á los de los estudiantes.

No se ven en Alemania los restaurantes y cafés repletos de mujeres elegantes, más ó menos hermosas, ostentando sus encantos y sus trajes, como sucede en Francia, ni alegres grupos de amantes comiendo y bebiendo juntos; porque las costumbres son completamente distintas en el uno y en el otro país, mostrándose en el segundo la relajación en el amor y en el primero el exceso en la bebida.

CAPITULO XXXV.

Moralidad—Carácter y costumbres: fiestas de familia—Hogar—Banquetes—Mis amigos—Bremen—El señor Leigdig.

EN cuanto á MORALIDAD y consiguiente fecundo desarrollo de la población, el siguiente cuadro estadístico, comparado con los de igual clase en Francia, habla muy alto en favor de Alemania, y le promete un grado de prosperidad y de grandeza á que en vano aspira su vecina rival, dejando con esto justificado mi pensamiento en la carta que dirigí al doctor Murillo desde París, y colmados los votos de los patriotas que iniciaron la lucha de LAS COSTUMBRES en Alemania en 1845.

Movimiento de la población en un año.

ESTADOS.	Matrimonios.	Nacimientos.
Prusia	209,585	1.054,639
Baviera	35,538	211,205
Sajonia	25,881	129,932
Wurtemberg	12,294	79,729
Baden	10,028	57,172
Alsacia-Lorena	10,051	52,051
Hesse	6,423	32,323
Otros Estados	29,108	131,595
Total en el Imperio	338,909	1.748,686

Todavía un dato más para demostrar cuánto *las costumbres* son las que deciden de la suerte de las naciones. Hay en Francia un nacimiento por cada treinta y cinco habitantes y en Alemania uno por cada veinticuatro ; y lo que es más notable aún, por consecuencia de las diferencias de las costumbres de las madres en Francia y Alemania. Calculando sobre mil habitantes, ésta es la proporción de los niños en las dos naciones:

	Francia.	Alemania.
De 1 á 10 años	880	999
De 10 á 15	881	972
De 15 á 20	832	846
De 20 á 25	802	754

Atendido el aumento progresivo de la riqueza en Alemania, la extensión que toma su comercio día por día, la mejora intelectual y física de los pobres, lo que aumenta el desarrollo de la población, por consecuencia de las *mejores costumbres*, dentro de cincuenta años la Alemania tendrá cien millones de habitantes y la Francia cincuenta, con lo que terminará toda lucha entre las dos rivales.

Y los datos que acabo de presentar son tanto más de apreciar, cuanto que Francia tiene un clima suave y Alemania ingrato ; la primera un suelo fértil y la segnnda uno estéril ; la una es rica y la otra es sumamente pobre. A Francia van los extranjeros por miles, á consumir riquezas y á buscar los artículos de su preciosa industria, y Alemania tiene que mandar sus hijos fuera del país á buscar mercados para colocar sus malos artefactos, obra de la imitación y frecuentemente falsificados.

« Los vicios de la humanidad, dice Edgar Bourlaton, son comunes desgraciadamente, y sólo se puede decir que en Alemania están menos generalizados en la clase media, que ha conservado mejor las antiguas tradiciones y las viejas *costumbres*, más bien que en las clases superiores que copian brutalmente la ligereza de las costumbres extranjeras, sin tener, para ser preservados contra sus groseras inclinaciones, un gusto y una delicadeza naturales.» Y yo debo añadir que con excepción de las grandes ciudades, la corrupción de las costumbres no se ve por el extranjero, lo que prueba que no está en el germen social, y no se ostenta impúdica como en otros países.

Es tan difícil describir el carácter de un pueblo, que al hablar de Alemania los viajeros, desde Madame de Stael hasta nuestros días, han hecho de esa nación una pintura diferente; y, vanidad sería en mí decir

que lo había comprendido mejor, por lo que me limitaré á decir: el pueblo alemán es naturalmente frío, de lenta concepción, muy reflexivo, tranquilas pasiones, corazón bueno, poco generoso, adherido á sus hábitos y tenaz en sus resoluciones; las virtudes que en él resaltan, como el entusiasmo patriótico y el amor á las artes, son obra de la educación, y sus defectos: el disimulo, la desconfianza y la querella son obra de la miseria, de la competencia con los más afortunados, y de la bebida, que enciende sus pasiones.

Todo en Alemania, el clima frío y destemplado, la naturaleza melancólica, el largo invierno, todo prepara para la vida íntima, para la vida de hogar, para la vida de familia; y este sentimiento, piadosamente mantenido y fomentado, es el que caracteriza más al pueblo alemán. Ni la vida de los *lazzaroni* de Nápoles podría llevarse en Alemania, ni el mar inmenso y abierto allí provoca, ni puede pasarse allí una noche como en Granada, riendo y cantando al aire libre, bajo el cielo estrellado. Sólo en el hogar, en el hogar caliente y abrigado, y en el seno de la familia, conversando con la esposa y entretenido por los hijos, concibe el alemán la felicidad; y el aspecto de los pueblos lo revela bien: en esos muros negros se abren pequeñas ventanas, y tras de ellas se ve la familia venturosa; y salir de allí es exponerse al frío y no encontrar más que soledad y tristeza en derredor.

En ninguna parte de Europa se ha conservado, como en Alemania, la vida primitiva de familia, con todos sus encantos y toda su belleza, así en los campos entre los rústicos trabajadores como en las ciudades entre los artesanos y los ricos; y allí es donde se ve cuánto el amor embellece la vida, y da resignación para sobrellevar una existencia de trabajo, de necesidades y dolores.

La Alemania en general es pobre, las familias son numerosas y el jornal barato; puede calcularse, pues, lo duro de la existencia para el padre que tiene que trabajar sin descanso y sin misericordia, á fin de que sus hijos no carezcan de lo necesario; la labor infatigable de la madre para levantar esa familia y hacer agradable su hogar, y las escaseces con que se criarán esos niños, mal vestidos y apenas alimentados con las más sencillas cosas; y sin embargo, allí se anida la felicidad.

El joven del pueblo desde temprano tiene *amores platónicos* con una muchacha de la escuela, de la fábrica vecina ó de la lechería; y juntos buscan la ocasión de mirarse ó de hablarse. El estudiante ha dejado en su pueblo *sus amores;* el dependiente de comercio tiene los suyos con la hija del patrón, y el soldado va á la campaña pensando en su querida; pero

esto en tan temprana edad en las muchachas, que sorprende cómo ellas son listas, en un país en donde las pasiones se desarrollan muy tarde, por lo que habrá de reconocerse que estos amores son pura fantasía.

Cuando el joven tiene ya edad, aunque no tenga con qué casarse, pide á la muchacha, y si le otorgan su mano, *cambian argollas* con toda solemnidad en presencia de las dos familias, se les da parte á los amigos; y desde ese día forman una pareja que apenas se separa para el trabajo, pero que vive en una dulce intimidad, aprendiendo á conocerse, á amarse de veras, y sus caracteres, apenas formándose y flexibles aún, tienden á identificarse para el porvenir.

Al campo, al lago, al concierto, al baile, y en ciertas clases del pueblo también á la taberna, van siempre juntos y solos, sin que nadie los vigile, y confiada la familia en la promesa que el joven hizo de casarse; pero al verlos parecen mas bien hermanos ó ya viejos casados.

Gustan mucho los alemanes de la pesca, y los amantes se van siempre los domingos á un río ó á un estanque á divertirse. El saca y prepara su anzuelo y lo bota al agua, ella se sienta á su lado y saca unas medias de lana que está acabando. El fija la atención en las ondas, ella en los puntos que hay que hacer. Pasa una hora de profundo silencio, y el amante dice entre dientes *¡ pica !*; la amada vuelve á mirar con curiosidad el extremo del anzuelo, y si sale pescado se apresura á quitarlo, lo pone á un lado, y continúa cada uno su diversión. Han pasado seis horas, el sol provoca y se sientan á almorzar pan y salchichón que ella ha traído, y cerveza que él carga. Ya oscurece, habiendo pasado doce horas en muda diversión; juntos y de brazo se vuelven á la ciudad; y cada uno se va para su casa, después de un día de amor y de felicidad.

Los alemanes son lentos en sus cosas pero tenaces en sus resoluciones; estos *compromisos* duran uno, dos, cinco, diez años; nada importa el tiempo á los amantes ni á las familias ; pero jamás los compromisos se rompen; ¿ por qué ? ¿ para qué ? El hombre encuentra generalmente en su prometida lo que desea, y ella no quiere á otro ni se le ocurre siquiera. Además, la ruptura traería malas consecuencias para el hombre y deshonra para la mujer.

Cuando ya están en posibilidad de casarse, juntos buscan y compran las cosas para el matrimonio: juntos preparan el hogar; y ni gastan más de lo que pueden, ni la mujer sueña con las galas de boda, ni con las sorpresas que el novio le ha de tener, y que son la ruína en otros países, y uno de los inconvenientes de los matrimonios en las clases acomodadas de mi patria.

Hay una excepción á esta costumbre, y es la siguiente : Los militares

tienen mucho prestigio en Alemania. Un subteniente vale más, á los ojos de las muchachas, que un banquero ; pero los militares no pueden casarse sin acreditar que tienen todo lo necesario para el matrimonio y renta de qué vivir ; y por esto las muchachas que se casan con militar tienen además del dote que llevan, que ponerle casa, muebles y alberos ó limpiones *con monograma;* y el novio no lleva más que su persona, su sable, su uniforme y su caballo.

Esto de los *limpiones con monograma* se refiere á lo que pasó en Bogotá hace poco tiempo. Una joven llena de amor iba á casarse con un caballero rico, y una amiga común era la confidenta de las cosas que el novio le tenía en su casa. Una tarde entra la jóven á la pieza de la madre, desolada y llorando y se arroja en sus brazos. En vano la madre le ruega que le confíe el fatal secreto, la muchacha no hace más que llorar, y un triste pensamiento lo entenebrece todo. El padre ocurre lleno de inquietud y de tristeza.—¿ Qué es, hija mía? le dice. Ese infame......

—No ha marcado mi monograma en los limpiones que me ha puesto en la cocina, dice al fin la niña ¡ Qué cosa tan terrible !

El matrimonio se hace en Alemania siempre en fiesta y con alegría; y es la última á que asiste la pobre mujer, para quien comienza una vida demasiado dura, teniendo que llevar un trabajo quizás excesivo y mantener el equilibrio necesario entre una pequeña fortuna, ó un pobre jornal, por una parte, y la moralidad, brillo y posición de la familia por otra; pero, ¡ cuántas compensaciones para su corazón !

El esposo la ama, marchita y acabada ya, con el mismo amor puro y sencillo que tuvo por ella en la juventud; y para ella, él es el mismo que vió al salir de la escuela, el mismo de los paseos al campo y de los conciertos y placeres, y el que ahora como entonces sólo piensa en hacerla dichosa. La gran mesa cubierta de frugales alimentos preparados por ella, está rodeada de niños gozosos, consuelo de sus horas penosas; y en el extremo de la mesa está ya su hija mayor jugando con el que ha de ser su novio.

En el seno de la familia hay mil fiestas que alegran el hogar ; el *santo del padre* es celebrado con una solemnidad casi religiosa por la mujer y por los hijos, y el de ella, con comida y con música ; y sobre todas está la de NOCHE BUENA, fiesta de los hijos y la más linda que se celebra en Alemania.

Ocho días antes comienzan los preparativos, en medio de la ansiedad y alegría de los niños, que entonces son formales, y que todo lo atisban y quieren saberlo, pero á los que todo se les oculta para aumentar la sorpresa. Se ve salir á la mamá á hora inusitada ; la sala se cierra con llave, ó hay

un rincón en la choza al que no pueden penetrar. Misteriosos paquetes circulan por todas partes. La mamá entra á escondidas, é indiscretas criadas cuentan en el mayor secreto que ha de venir un hombre á traer un arbol con cositas para los niños formales. Llega la noche deseada, el misterio se aumenta, la mamá se ha perdido, la ansiedad crece en los niños que se agolpan á la puerta de la sala, laque, abriéndose al fin, y dejando ver el interior espléndidamente iluminado, muestra á los niños, maravillados, deslumbrados, sobre una mesa cubierta de golosinas, el *arbol de nochebuena* cargado de juguetes, lleno de luces, el cual tiene en las ramas, en vez de frutos, zapatitos, anillos, collares, trajecitos, libros, en fin, todo lo que los niños han deseado más durante un año!

Se cena, se canta, se juega y se baila hasta que la niñita se queda dormida en un sofá, con la muñeca abrazada; el muchacho tirado en un rincón, sin querer soltar su caballito de palo; la niña de quince años, cansada de bailar, suelta la blonda cabellera; la madre, fatigada del trabajo del día, con el niño al pecho; el padre soltando la última carcajada, y todos soñando con la felicidad.

En la semana se trabaja, pero el domingo se descansa, y hay un paseo de toda la familia que no falla nunca. El protestantismo de Alemania, menos riguroso que el de Inglaterra, no obliga á pasar el domingo en la iglesia, y permite toda distracción que no sea una bulliciosa diversión. Nada más original y extravagante, pero nada más hermoso á mis ojos, que los diversos grupos de artesanos de Hamburgo que por el frente de mi ventana veía pasar los domingos, y que llevaban el propósito de pasear y de lucir al propio tiempo la elegancia de sus vestidos; grupos en los cuales iban la abuela, la madre, el padre, todas las niñas y niños y hasta el último que se estaba criando. Pero lo que había que ver eran los vestidos, las gorras y los chales que parecían desenterrados de donde habían sido escondidos en el tiempo de la *Santa Alianza;* y las casacas cuyos faldones daban hasta los pies. A la ida todos van formales y con aire de ceremonia, cual si todas las miradas se fijasen en ellos. El padre muchas veces lleva hasta guantes de lana; la madre á cada paso le endereza á la hija mayor el cuello que se ha torcido ó le compone las plumas del sombrero, que son incomponibles; el niño cojea porque los zapatos le aprietan, pero disimula delante del público; el de pechos, como que conoce que va de fiesta, está silencioso y luciendo una cofia de raso rojo; y la abuela va como un trompito adelante, encabezando la comitiva. Pero á la vuelta, cuando empieza á anochecer, ¡ay! ¡Dios mío! El marido de banda á banda, lleva á remolque á la pobre abuela, que no puede dar

un paso por fatigada y rendida. La hija mayor viene con su consabido, riendo á carcajadas; el muchacho, con los zapatos en la mano y aire compungido, se ha prendido de las faldas de la mamá para poder caminar; la niñita de cinco años llora del otro lado y la madre la lleva de la mano, y el de pechos viene emperrado.

Es de repetir aquello de

«¡ Jesús Dios santo !
¡ Qué algarabía !
¡ Qué gritería !
¡ Qué confusión !»

Por desgracia un carrito cargado de potes de cerveza, y tirado por dos perros que vienen ladrando, se atraviesa por el medio del grupo, espanta á las dos niñitas que cojidas de la mano iban adelante : éstas gritan y se vuelven; la madre quiere ampararlas, y el muchacho y la otra niña que de ella vienen prendidos van á dar lejos. El marido se encoleriza contra el carretero, suelta á la abuela y se le va encima; los perros laten con más furia; los hombres juran y se amenazan, el novio de la niña huye y la deja sola, y ella lo llama y le increpa su cobardía ; la madre quiere meter paz y no puede, y un concierto infernal de llantos y de gritos se levanta hasta el cielo.

Desde que uno llega á Colonia empieza á encontrar multitud de carros tirados por uno ó dos perros, y destinados á llevar las provisiones á las casas: carbón, carne, leche, legumbres, cerveza, &c.; y sorprende la fuerza de esos animales y la docilidad é inteligencia con que cumplen su tarea. Les enseñan la mala costumbre de ir ladrando, mientras que van arrastrando su carrito ; pero lo llevan alegres y aprisa, y al llegar al frente de la casa, el carretero apega la correa con que guia el carrito, toma lo que ha de entregar, y los deja solos. Los perros se están quietos y mudos mientras su amo vuelve.

Los buhoneros llevan todas sus baratijas á la vista del público, en carritos largos cubiertos de cristales, tirados por perros, que se detienen á cada momento, y permanecen solos en tanto que el comerciante en el interior de las casas hace su negocio.

Generalmente el carretero va á pie al lado de los perros, los dirige con una correa y los estimula con un látigo ; pero hay muchos carritos en que montan los niños, y los perros van solos, adelante, y otros en que el jayán que reparte la leche por las mañanas, monta como un cochero en el pescante y guía los infelices perros cual si fuesen caballos.

También se usa mucho en Alemania de las vacas en el tiro de carros pequeños y de resorte : vacas á las cuales enseñan á trotar como los

caballos; y en Baden-Baden vi una pareja linda, que tiraba un carro de paseo al campo, con los cuernos y cascos dorados.

El hogar de un pobre en Alemania sería la envidia de un rico en cualquiera otro país: tal es el orden, la economía y el contento que la mujer ilustrada y trabajadora mantiene en él á todas horas y sin que decaiga un momento.

Ante todo diré que la mujer alemana, noble ó no, rica ó pobre, de cualquiera condición que sea, vive trabajando, ricos encajes, objetos de fantasía, muñecos de cartón, en compañía de otras, para pasar la noche, ó tejidos de medias de lana; en la visita, en el coche, en el paseo, en el restaurante, dondequiera que vaya lleva su entretenimiento y saca su tarea. He visto atravesar el jardín de Hamburgo á una nodriza llevando en los brazos á un niño, mientras empujaba á otro que iba en su cochecito, en tanto que ella tejía un objeto de lana.

Conocí la casa de un zapatero en Hamburgo, y la conocí íntimamente, porque en Alemania la acogida del extranjero es cordial y franca, y su esposa era hermana del dueño de la casa en que yo vivía, de quien fuí amigo también, y éste me relacionó con aquella familia.

Vivía en una calle muy retirada y en una casa que sólo tenía el zaguán, que era el taller de zapatería; una sala y una alcoba; en la chimenea de la sala se hacía la comida, por la mujer, ayudada de una hijita de cinco años.

La sala tenía dos ventanas á la calle, y en ellas había dos cortinas de linón blanco y dos tazas de porcelana con flores, y todo el día permanecían abiertas; veíase, además, en el interior, un sofá, dos mesitas, una grande de caoba, y un armario. La alcoba tenía una cuja de madera de siglos anteriores, que apenas cabía en la pieza, el lavabo de la señora, el del esposo y uno de las niñitas; un escaparate grande y dos baules.

El maestro trabajaba y la señora hacía la compra de los útiles de zapatería y de alimentos para la casa. Cuando una obra estaba concluída, ponía ella la cuenta, en papel timbrado al efecto, y llevaba las botas al que las había mandado hacer.

Mientras tanto el niño de pecho dormía, y si se despertaba, lo arrullaba en la cuna la niña que se había quedado preparando la comida; y el padre vigilaba, sin interrumpir su trabajo, á otro niño que la madre había dejado entre un canasto colgado del techo, del cual no podía salirse el chico, que hacía esfuerzos para caminar, y sacudía unos cascabeles que estaban sobre su cabeza.

Era la señora rubia, fresca, hermosa y de mirar dulce y tranquilo. Usaba para salir un pañolón de cachemira muy grueso, traje gris, gorra de paja

y calzado muy fuerte. Siempre cargaba un canastico en el brazo, y en el bolsillo un atado de lana por lo que pudiera suceder.

A la vuelta abría con estrépito la puerta, pasaba por delante del marido y le daba una cachetada burlona, le extendía una cereza al niño que estaba en el canasto, le daba un beso y otra cereza á la niñita mayor.

Todo esto lo hacía hablando y dándole cuenta al marido de su comisión, y contándole las noticias de la ciudad; en dónde había estado, cómo la habían recibido y si le había ó no gustado la obra al comensal.

¿ Cuándo enseñó al niño de la cuna á que no llorara en su ausencia, al más grande á que estuviese en su canasto, y á la mayorcita á preparar los alimentos y á permanecer quieta ? ¿ Cuándo se ponía brava ó regañaba ? Yo no vi; y estuve en su casa á diversas horas.

El día era para su oficio, pero la noche era para su diversión. Ella, después de que había dormido á los niños, se sentaba á descansar, y cogía una pila de retratos de fotografía, una caja de colores y unos pinceles y empezaba á iluminarlos, burlándose de la fisonomía de todos los que coloreaba, mostrándoselos al marido para que admirase su habilidad, y escuchando con viva atención lo que el esposo leía. Llevaban siete años de casados, y ni una sola noche habían salido de su casa.

Enfermó el marido, é inmediatamente ella fué á buscar el carruaje que debía llevarlo al hospital. Buscó un oficial que trabajara, y todos los domingos iba con los niños á ver al zapatero, hasta que éste se repuso.

La señora hablaba francés; era muy superior en inteligencia é instrucción á su marido ; y había la circunstancia rara de que el hermano y su señora, que eran comparativamente ricos, frecuentemente iban á pasar con el zapatero y su esposa las noches y á tomar un *buterbroad* (pan abierto y relleno de mantequilla y de alguna carne) y un vaso de cerveza. Algunas noches yo los acompañaba.

Nada sorprendería más á nuestra sociedad que la sencillez de costumbres en Alemania; la facilidad con que todas las puertas son abiertas al extranjero; la naturalidad con que lo invitan á participar de sus comidas, y lo poco ostentosos que son los alemanes en sus fiestas y en sus obsequios, lo cual contribuye sobre manera á cultivar las relaciones y á facilitar reuniones, paseos y bailes, de los que se carece absolutamente en Bogotá, donde todo el mundo quiere pasar por príncipe; y prefiere morir de tristeza y de hastío á dar en la casa una sencilla fiesta ó invitar á comer á un amigo con la familia.

Los BANQUETES en Alemania son suntuosos, pues el orgullo de los ricos está en tener una abundante vajilla de oro y plata, que de ordinario

se muestra en un aparador de rosa y de cristal, en el salón principal; y ese día se baja al comedor, que resplandece de flores, plata y cristalería: empiezan ordinariamente á las seis de la noche y concluyen á la una de la mañana; y durante todo ese tiempo se están sirviendo manjares y cambiando vinos; pues en la infinita variedad de éstos, unos helados y otros calientes, ácidos y dulces, tokay y champaña, muchos de Grecia y todos los de España, está el lujo de las comidas.

Gustan mucho los alemanes de los discursos y *toasts*, tánto, que con excepción de los banquetes demasiado ceremoniosos, el dueño de casa brinda primero ofreciendo el banquete á los convidados, y cada uno de ellos, á su turno, dice un brindis, que es fervorosamente aplaudido. Una costumbre muy cordial y muy bonita es la de que, cuando un orador ha pronunciado un brindis bueno, las señoras que quieren se levantan y van á tocar su copa con la del orador en señal de simpatía.

Cuando la comida es de confianza, á cada brindis aplaudido cantan en coro las señoras y los hombres, lo cual da á la fiesta una alegría que de otro modo se haría intolerable, pues es muy larga.

Al acabarse el banquete todos los convidados se dirigen al asiento del anfitrión, le desean *malhzeit* (buen provecho), y todos, unos á otros, dándose la mano, hacen lo mismo, de manera que se forma, como en los *lanceros*, una cadena de hombres y señoras al rededor de la mesa.

Otra costumbre rara para nosotros, es la de que en las comidas y fiestas de familia ó de mucha confianza, al acabarse, los convidados bajan á la cocina y cada uno hace un obsequio á la cocinera. Todo esto manifiesta la sencillez y cordialidad de las relaciones amistosas, de las que no hay una sombra siquiera en las costumbres bogotanas, donde la etiqueta se ha conservado con todo el rigor de la corte de Felipe IV, quien murió incendiado por el fuego de un brasero, porque ninguno de los cortesanos, que temían faltar á la etiqueta, se atrevió á retirarlo, no estando allí el encargado de esa función.

Cuando yo era niñito, la etiqueta, aun en las comidas de familia, exigía: dejar de todo manjar más de la mitad en el plato (dejar la etiqueta), no tomar agua en medio de la comida (no faltar á la etiqueta), rechazar por tres veces todo manjar ofrecido (cumplir con la etiqueta) y dejar la política (la mitad del pan al lado del plato). Lo que ahora exige la etiqueta no es menos ridículo.

En Alemania después de la comida se pasa al salón, las señoras cantan, los hombres tocan piano, y ordinariamente se concluye *con baile* á las seis de la mañana.

El orgullo de un anfitrión queda satisfecho cuando los transeúntes se detienen por la mañana á ver la larga fila de coches de los convidados que esperan todavía á la puerta.

Tuve la fortuna, cuando permanecí en Hamburgo, de que allí estuviese de Cónsul del Perú el distinguido joven diplomático Aníbal Villegas, casado con una compatriota estimabilísima y hermosa, la señora doña Dolores Vallarino, nacida en Panamá y educada en los Estados Unidos. Su casa fué mi casa, jamás nos separámos ; y siendo ellos amigos también del señor Isaacs, juntos íbamos á los bailes, á los banquetes y á las diversiones ; y aunque las fiestas eran agradables y sabrosas, los comentarios que por ocho días seguían sobre ellas, en las casas tomando el te por la noche ó una copa de vino debajo del emparrado del jardín á las dos de la tarde, eran mejores.

La idea elevada del carácter de la mujer de Sur-América, que todos abrigamos, se realizaba en la señora de Villegas ; pues era esposa solícita y amante; madre tierna y cuidadosa de su familia ; á la vez tenía la seriedad de las costumbres *yankees*, la suavidad encantadora de una francesa, y era sencilla y dulce como nacida en Alemania. Nadie, al verla, dejaría de quererla ; nadie en el mundo, sino su esposo, se atrevería á amarla; y tan hermosa pareja formaban él, instruído, generoso y caballero, y ella, culta y hermosa, que en Hamburgo llamaban la atención; y su posición y el lujo que gastaban los hacían convidados de todas las fiestas.

Honráronme haciéndome el padrino de un niño; y no solamente les debí el más tierno cariño, sino la amistad con otras muchas familias respetables, entre ellas la del señor Shullce y su esposa, y la de la mujer más interesante que conocí en Europa.

Esta *Strobitve* (*viuda de paja*),—así llaman en Alemania á las mujeres cuyos maridos permanecen ausentes de ellas por mucho tiempo en América—había nacido en Arequipa, y á su padre, noble peruano, lo habían matado en sus brazos durante una guerra civil, cuando ella tenía quince años, por lo que temblaba siempre que hablábamos de nuestras contiendas civiles delante de ella; y cuando tenía diez y ocho se casó con un alemán rico, quien la trajo á Hamburgo y la estableció muy bien.

Después de cinco años de casados, dejando dos niñas, el esposo, por causa de negocios, tuvo que volver á América, y retenido allí para salvar su fortuna comprometida en la guerra entre Perú y Chile, la esposa vivía siempre pensándolo y consagrada personalmente á la educación de sus dos hijas.

Fué mi compañera en el bautismo del hijo del señor Villegas; y sabiendo

que yo había escrito un libro titulado *Conferencias sobre la educación de la mujer*, me lo pidió; con este motivo muchas veces hablámos sobre la condición social de la mujer en el mundo, y descubrí, bajo el encanto de la modestia, el espíritu más elevado, la capacidad más clara y la instrucción más vasta que una mujer pueda tener. Delfina Gay, Madama Stael, Marta Hael, apenas serían iguales á ella en agrado é ilustración ; pero la señora N...... tenía sobre ellas el mérito de que á sus dotes intelectuales les daba una aplicación práctica en la educación de sus dos hijas.

Inseparables Villegas, Isaacs y yo, fuimos juntos á Bremen, ciudad libre de Alemania, cuyo nombre han oído todos los cosecheros de tabaco del Magdalena, porque á esta ciudad se envió por muchos años el que allí se producía; porque es el primer mercado de tabaco en el mundo; porque el precio que allí tiene es el que decide del de todas las otras plazas, y porque muchos de Bremen fueron á establecerse en Ambalema. Como todas las esperanzas de Colombia, la de un porvenir con las cosechas de tabaco, se desvaneció también ; y ya en Bremen no hay una paca de tabaco de nuestro país, ni los capitales de ese centro vienen, como en otro tiempo, á fecundar nuestra industria.

Yendo de Hamburgo, Bremen parece un pueblecito; sus calles silenciosas, y su comercio muerto; pero encanta ver sus casas blancas y preciosas, sombreadas por árboles en todas las calles, una hermosa alameda que sube en anfiteatro de la ciudad á una colina; el aseo en todo y por todas partes, y los extramuros llenos de salas de concierto á cielo abierto, de jardines públicos y de parques convertidos en restaurantes, llenos de un pueblo alegre. Y, sin embargo, Bremen, que es la segunda de las ciudades anseáticas, tiene noventa mil habitantes, un comercio sumamente activo, pues es la segunda plaza de Alemania; y es en su puerto de Bremenhaven donde se embarcan la mayor parte de los emigrados que van para América.

Muchas viejas construcciones en la *vieja ciudad ;* murallas derruídas y una estatua de piedra, enorme, de Rolando, manifiestan la importancia que tuvo, como ciudad guerrera en otro tiempo; y los magníficos edificios, la soberbia *Bolsa*, los suntuosos hoteles y lujosos restaurantes de la *nueva ciudad*, manifiestan su importancia comercial actual y su riqueza.

Los edificios notables en Bremen son el *Rath-house* (casa de ayuntamiento), levantado en 1410, el cual se conserva como fué construído desde un principio ; tiene en el salón la estatua de un emperador y de siete electores, todo con tal aire de antigüedad que sorprende. La Catedral, templo gótico del siglo XIII, cubierta con un techo de plomo, tiene la particularidad de que en una capilla ó sacristía adjunta los cadáveres se

conservan sin corromperse, por siglos enteros. Allí se nos mostraron muchas momias intactas, y entre ellas la del arquitecto del templo.

Parece que hombres dados al comercio y constantemente preocupados con la ganancia no tuviesen afición ni tiempo que destinar á las ciencias y á las artes, y sin embargo, la *Bolsa* está adornada con un inmenso cuadro al oleo que costó cuarenta mil pesos: que representa á los primeros misioneros que en Alemania predicaron el cristianismo y bautizaron á los convertidos. Hay una *Sala de bellas artes*, con soberbios cuadros modernos y muchas esculturas; y en los paseos, varias estatuas levantadas, una á *Gustavo Adolfo* y otras á los poetas del país.

La maravilla de Bremen es el *Rathskeller* (bodega del distrito). Desde tiempo inmemorial el Consejo de Bremen hizo por cuenta de la ciudad el comercio de *vino del Rin;* y para su expendio por mayor y por menor, mandó construír un edificio subterráneo, que tiene una grande extensión y la forma de un templo, sostenido por columnas: con sus naves, capillas independientes y piezas aparte como las sacristías. Este edificio contiene toneles enormes, en donde caben en cada uno diez ó doce mil botellas de vino de todas las edades y calidades ; cada uno está en una nave distinta, entre una verja de hierro, y lleva escrito en grandes caracteres el año en que se llenó. Las paredes del edificio están cubiertas con frescos muy buenos é inscripciones latinas; y muchos toneles tienen esculpidos Bacos y ninfas coronadas de pámpanos. El efecto que producen esos monstruos tendidos y repletos de vino, que han visto pasar tantas generaciones y embriagado tanta gente, tiene algo de mitológico. *El Baco* contiene vino de 1655; *Los doce apóstoles*, de 1666, y el de *La Rosa*, que es el *tesoro del templo*, y á cuyo tonel no se llega sino con muchos requisitos, es de 1624.

Una botella de este vino, suponiéndole el precio de un peso cuando se vació, calculados los intereses y acumulados éstos, no hubiera con qué pagarse; y sin embargo, sin fraude ni engaño puede conseguirse una por veinticinco pesos ; voy á decir por qué. Cada año se sacan de este tonel cien botellas de vino que tiene trescientos años y quedan en él nueve mil novecientas ; estas cien botellas se reemplazan con el vino que tiene *San Pedro*, y que cuenta doscientos cincuenta, éste se llena con el de *San Juan*, que tiene algo menos; y así sucesivamente se va trasegando el vino más nuevo á los toneles más viejos, sin que su calidad ni su vejez se alteren.

Llamándose el tonel maravilla *Rosa*, tal cual está escrito y como se pronuncia en español, creíme obligado á comprar una botella y á satisfacer un capricho, yo que no he satisfecho ninguno en mi vida, y la pedí ; pero

en el instante reflexioné que con esta suma podía proporcionarme en Bogotá un placer común á mi esposa y á mis hijos; y arrepentido, cambié el pedido por una docena de botellas de buen vino que traje á Bogotá, y que abrimos el día del matrimonio de mi hija mayor.

El señor Leigdig y su linda señora vivían en Hamburgo en una quinta pequeña en el extremo de la *grande avenida*, que es la calle más ancha que hay en Europa, pues tiene tres vías ó alamedas de árboles, y luégo á uno y otro lado el ancho de una calle común. Ellos tuvieron la fineza de dar una fiesta en mi obsequio, á la que invitaron á los miembros de las dos familias y muchos amigos de confianza.

Estábamos en pleno verano, el día concluía á las nueve, y la fiesta comenzó á las seis, habiendo colocado debajo del emparrado un armonium, y en todo el jardín mesitas con vinos y bizcochos, á las que eran conducidas las señoras, que repartidas en diversos grupos, conversando unas, jugando éstas, y corriendo otras, andaban por debajo de los árboles ó entretenidas en la puerta viendo á los que pasaban.

El armonium no cesaba un momento, y todo el que algo sabía ó pretendía saber, iba allí; tocaba bien y era aplaudido, ó mal y lo levantaban entre estrepitosas carcajadas, quitándole otro el puesto, quien á su turno lo cedía al que se creía más hábil; y como entonces estaba en toda Europa de moda la opereta de *Las campanas de Corneville*, cuando alguno acertaba á tocar el acompañamiento de un coro, todas las señoras cantaban, se ponían como en el teatro y remedaban á las actrices.

Jamás había presenciado una fiesta tan alegre, tan divertida, tan culta y tan sabrosa, pues todo el mundo reía, cantaba, bailaba ó conversaba en medio de una atmósfera de placer y de confianza que hacía á todos felices. Cuando oscureció entramos á la sala, y allí la señora se sentó al piano y tocó una magnífica obertura, que todo el mundo escuchó con un silencio y una seriedad que contrastaba con el bullicio y la alegría del jardín. Después de ella siguió otra señorita, luégo hubo una pieza á cuatro manos, y por último un caballero, que tocó lo que él mismo componía, y que fué muy aplaudido. A la música se siguió el canto, y casi todas las señoritas cantaron, unas solas, otras á duo y muchas acompañadas por caballeros.

Eran las doce de la noche, ya habían pasado algunas sonatas alegres que habían devuelto el buen humor, y se habían entonado festivos coros. La señora tomó el asiento del piano y el señor Leigdig repartió á cada uno de los concurrentes un juguete de niño, de los que suenan: pitos, corneticas, gallitos, cascabeles, &c., y rompiendo con una marcha, todos á compás

acompañaban haciendo sonar su instrumento, y formando la orquesta más variada y más original que pueda concebirse.

En medio del ruído de todos los instrumentos y de todas las voces, pues á un tiempo se hablaba y se cantaba, se abrió la puerta del comedor y dejó ver la mesa de la cena ya servida, y un barril de cerveza al frente, presidiendo la fiesta.

Si alegre había sido la ncche, ¿ cómo sería la cena ? Se comía, se conversaba, se reía, se brindaba y se cantaba ; pero el encanto de la cena estaba en ese barril de cerveza al que todos tendían su vaso de plata y que, inagotable, llenaba el de todos de un licor de oro rebosante de espuma.

Cuando de lejos se ve la patria, tiene un encanto misterioso que atrae y que seduce : sus defectos se borran, su ingratitud se olvida ; y el fuego de los rencores en que arde, parece que se ha extinguido ; y volver á ella, traer todo lo que pueda engrandecerla, ilustrarla, enriquecerla, es la ambición de todo desterrado.

La pintura que de ella se hace en el extranjero, es quizás exagerada en bien ; y habiéndome pedido el señor Leigdig informes sobre Colombia, se los di exactos, según lo que entonces creía ; y ellos lo determinaron á trasladarse á Colombia para trabajar en el comercio, que yo creía muy productivo.

El señor Leigdig vino á Bogotá á fundar una casa de comercio, con el ánimo de establecerse con su preciosa familia, y preparó todo para que encontrase su esposa una residencia agradable: se amaban tánto ! Él salió de Bogotá y ella de Hamburgo para encontrarse en Barranquilla. El día que el vapor llegaba á nuestras costas, desde muy temprano la señora vistió á sus hijos, se engalanó como una novia, se puso sus mejores joyas para recibir á su esposo ; y cuando el remolcador de Sabanilla se acercaba al vapor, ella batía su pañuelo blanco para saludar al amante que salía á recibirla. El remolcador llega y su marido no parece...Estaba ya en el cementerio de Barranquilla, muerto de la fiebre hacía dos días.

En el mismo buque, sin pisar tierra colombiana, se volvió viuda y desamparada la que venía feliz y llena de ilusiones.

CAPITULO XXXVI.

Berlín—Puerta de Brandeburgo—*Kaiser gallerie*—Federico II—Palacio imperial—Arsenal—Biblioteca—Castillo real—Columna de la paz—Museos—Plaza Schiller—Clubs de señoras—El Krol—Salones de baile—Perversión—Caridad.

BERLÍN es la capital más moderna de Europa y por lo mismo todo en ella es nuevo y magnífico. Hasta 1713, cuando ya Federico I fué declarado Rey, no tuvo la ciudad importancia alguna; y fué en este año en el que, declarada capital del reino, y habiendo dado refugio á los asilados franceses, empezó á tener cultura y algunos buenos edificios como la *Iglesia francesa* y el *Arsenal*; tenía entonces veinte mil habitantes. Federico II hizo edificar *La Opera*, *Los Inválidos* y la *Iglesia católica*, y á su muerte ya la población contaba ciento catorce mil habitantes; y de ahí para acá duplicando su población cada cuatro años, ganando en importancia comercial y política, tiene hoy un millón de habitantes y es la digna capital del vasto y próspero Imperio alemán.

A lo lejos, por la noche, desde unas diez leguas antes de llegar á Berlín, se alcanza á ver como una aurora boreal que se levanta muy alto en el cielo con vivo resplandor, y que no es mas que la luz del alumbrado de aquella hermosa ciudad, cuya entrada impone por su regio aspecto y por la majestad de sus edificios.

La parte más suntuosa es la que se extiende de la *Puerta de Brandeburgo* al *Castillo real*, pues allí están los mejores edificios, los más ricos hoteles, los almacenes más lujosos y todo cuanto hay de espléndido y soberbio que admirar.

La *Puerta de Brandeburgo* es un soberbio arco de triunfo sobre el modelo de los *Profiles* de Atenas; tiene veinte metros de alto, sesenta y dos de ancho, y está coronado por el *Carro de la Victoria* en bronce.

Se entra por él al *Unter den linen* (bajo los tilos), famoso *boulevard* como no lo hay en París, formado de cuatro alamedas de bellísimos árboles, el cual tiene cincuenta metros de ancho y doscientas cuadras de largo; está rodeado de palacios de piedra, comunica los lugares más importantes, y de noche se halla espléndidamente iluminado.

Nótase soledad en Berlín á pesar de su millón de habitantes; porque todo allí es grande y está construído como para una población cuatro veces mayor, así es que le falta vida, animación y alegría en los paseos, en los parques, en los jardines, en los pasajes y hasta en las calles del comercio.

Se va de la *Puerta de Brandeburgo* por entre árboles y palacios á la *Kaiser gallerie* (galería del emperador), pasaje de cristales que tiene más de una cuadra de largo, de grandiosa y aérea construcción, sobre columnas de fierro doradas; de dos pisos, con ricos almacenes de joyas y objetos de lujo á uno y otro lado, un restaurante donde se puede servir á diez mil personas á la vez, una gran sala de conciertos, y la *Exposición de estatuas de cera.*

Se entra allí á un salón vacío, y en todas direcciones se abren puertas, por las cuales, si se va á penetrar, un gran cristal lo impide. Se mira al frente y se ve real y positivamente una virgen extendida sobre el Ganges, víctima sacrificada al fanatismo religioso, que llena de unción y de mansedumbre, atada á un tronco, se deja arrastrar por las ondas del río; ó una oveja cuyo hijito ha muerto, y que rodeada de cuervos que vienen á comérselo, pone sobre él el pie para defenderlo, lanza un balido y mira al cielo para pedir amparo; ó aquel antiguo cuadro romano de un león que en medio de la ciudad toma á un niño en la boca, y la madre se arroja á defenderlo.

De esta sala se pasa á otra llena de estatuas de cera que representan los emperadores, reyes, guerreros y personajes ilustres de Alemania, con sus vestidos de la época; los grandes hombres del mundo y personajes célebres, y entre todos éstos que se muestran con vestidos fantásticos, de oro y pedrerías, está San Ignacio de Loyola, con su sotana negra y sombrero de anchas alas.

Tres maravillas hay en este museo: la más linda mujer que puede verse, acostada en su cama, con las sábanas hasta el pecho, las cuales parece que se levantan junto con los encajes del cuello al tranquilo y apacible compás de la respiración. Un turco moribundo, en agonía cruel, el

cual arroja sangre por la herida, vuelve los ojos y levanta el vestido con la fatiga; y una linda muchacha, que tiene una espada vertical, con la punta en la frente, y que se vuelve de un lado y de otro, y agacha ó levanta la cabeza, según se va la espada para el uno ó el otro lado.

FEDERICO EL GRANDE tiene un soberbio monumento, de trece metros de altura, al extremo de la alameda, y es uno de los más bellos de la capital. Sobre un pedestal anchísimo, sostenido por estatuas de sus generales, con medios relieves de sus victorias, está la estatua de bronce; pero Federico no está como lo conocemos todos, con el sombrero atravesado, peluca y casaca de largas faldas, abrochada, sino á caballo, con corona y manto real.

El PALACIO IMPERIAL es muy vasto; pero no tiene de notable sino un espléndido jardín de invierno, especie de templo hecho de cristales y lleno de palmas, helechos y parásitas, y un gran parque con árboles corpulentos que forman un bosque en medio de la ciudad.

El ARSENAL es el principal y más imponente edificio de la capital. Es un cuadrado de piedra negra, de cien metros por cada lado y de tres pisos; con manoplas, escudos de armas, cascos y cimeras, y figuras de combatientes moribundos, pintado en el semblante el dolor y la agonía, en medios relieves, y un pórtico sobre el cual hay una inscripción que dice: «Estas armas sirven sólo para la defensa de la patria; jamás para guerras injustas ni para oprimir á otros pueblos.»

En medio del patio está un león que era de Dinamarca, llamado de Flensburgo; y tirados, como los caimanes en las playas del Magdalena, cañones de todas las épocas y de diversos tamaños: despojos todos de las victorias obtenidas por Prusia desde la *guerra de treinta años* hasta el formidable cañón del Monte Valeriano, tomado en la guerra contra Francia en 1871.

Entre las antigüedades de este museo llaman la atención dos enormes cañones mandados construír por Federico II, y tan largos que parece imposible que los hayan podido vaciar; y una culebrina llamada *La paloma*, regalada al mismo Rey por la ciudad de Magdeburgo. Los medios relieves de esa poderosa arma son hechos á cincel; tiene cien figuras de los guerreros de aquella época, y las abracaderas están formadas por grupos de combatientes. Todos los cañones antiguos tienen inscripciones poéticas, siguiendo la costumbre pagana de espiritualizar la materia, y de darle á la muerte una corona de flores.

Más de cien mil armas hay en los salones altos: desde el rudo arcabuz y el cañón de cuero hasta el *fusil de aguja* y el formidable *Krupp*. Allí esta escrita en bronce la historia de Prusia, nacida de la de la guerra é hija de

las victorias ; y quiera Dios que la historia de Alemania se encierre en la inscripción que he citado, colocada en la puerta del Arsenal.

La biblioteca está al frente del Arsenal; y sobre su fachada hay esta inscripción : Alimentum espiritus ; y siendo tan moderna es de admirar que cuente ya con setecientos mil volúmenes.

La Ópera en el otro frente de la plaza, es una elegante y sencilla construcción, en la cual se dan las obras maestras del siglo con un lujo de cantores y tan grande y numerosa orquesta que á veces se siente temblar todo el edificio.

Joyas son de inimitable belleza, la *Iglesia católica de San Hedurg* y la *Evangélica*, que como dos hermosas rivales están luciendo en una misma plaza; la primera es una filigrana de oro del Panteón de Roma, la otra tiene en el vestíbulo, en medio relieve de piedra, grabado : *á Jesús en el sermón de la montaña*, obra que parece trazada por el buril de Fidias ó por el de Miguel Angel.

Recordando las guerras de 1813, 1814 y 1815, están las estatuas de *Blucher*, *Guisaneau*, *York*, *Bülou* y *Shamhorsto*, las tres primeras de bronce, y las otras en mármol, al rededor de la plaza. Hay estatuas de otros guerreros, enfrente del *Cuerpo de guardia;* otras también de guerreros, en medio de la plaza llamada *Lostergarten*, donde se hace el ejercicio y está la ecuestre de Federico Guillermo III ; y no hay calle, sitio público ó plaza que no esté adornada con un monumento conmemorativo de una batalla, ó la estatua de un general, pues Berlín es una tienda de campaña en piedra, y todo respira guerra.

El Puente del Castillo está sobre un brazo del *Sprée* que atraviesa la ciudad, y es solo un monumento levantado á la guerra, en ocho grandes grupos de mármol, que representan: 1.º La Victoria enseñando á un niño la historia de los héroes; 2.º Palas mostrándole de lejos, y para provocarlo, las armas á un niño ; 3.º Palas armando a un joven combatiente; 4.º La Victoria coronándolo vencedor ; 5.º La Victoria levantando á un guerrero herido; 6.º Palas excitándolo de nuevo á la pelea ; 7.º Palas protegiéndolo en el combate; y 8.º Iris conduciendo al guerrero muerto al templo de la inmortalidad.

El *monumento de la Victoria* en medio de la *Kœnispatz* (plaza real) tiene cincuenta y ocho metros de elevación; después de una escalera circular de granito está un zócalo cuadrado, con medios relieves destinados á representar la campaña de 1870 ; sobre el zócalo está un pórtico rodeado de columnas, con los nombres de las batallas; y encima una columna de bronce,

hecha con los cañones tomados á los enemigos, y sobre ella se levanta la *Victoria.*

Ya he hecho notar que en Inglaterra y Francia hay monumentos iguales vaciados con *cañones cogidos al enemigo;* y permítaseme el chiste de un colombiano al ver el enorme ángel que está colocado sobre la columna, casi horizontal y sumamente pesado. Se quedó pensativo viéndolo, y cuando nosotros esperábamos alguna reflexión sobre el costoso horror para el pueblo de la gloria nacional, volvióse á nosotros y dijo:

« Este es el angel patudo,
Que fué á volar y no pudo.»

El CASTILLO REAL, habitación del príncipe heredero, más imponente que el del emperador, tiene ciento cuarenta y cuatro metros por cada lado; tres grandes entradas por distintas calles, siendo la principal un arco de triunfo, tan soberbio como el de Septimio Severo en Roma, y la parte de atrás da sobre el río, al cual se llega por magníficas escaleras. Así el hijo del Príncipe Federico, heredero del Imperio, puede desde su balcón contemplar este puente; al frente el *Arsenal*, á un lado el *Cuerpo de guardia*, del otro lado la plaza llena de estatuas de guerreros; á lo lejos el monumento de *Federico el Grande;* los soldados que vienen á mudar guardia, y las banderas prusianas, á las que se les rinden honores divinos en medio de una marcha triunfal. ¡La guerra! ¡la guerra! ¡la guerra! por todas partes!

No hay en Berlín más que un monumento en donde la mirada pueda descansar de los horrores de la guerra; y es preciso confesar que es el más suntuoso y quizás el más bello que en este siglo se haya levantado en Alemania: *La Columna de la Paz*, que está en el medio de una inmensa plaza, cuatro veces el tamaño de la de Bogotá, y encerrada dentro de una verja de hierro dorado.

Forma el pedestal un gran círculo, y la base es de mármol oscuro y el centro blanco, de donde se asciende á un corredor circular, formado por mosaicos de diversos mármoles, tan admirablemente mezclados, que representan cuadros alegóricos de la paz; del medio se levanta una elevadísima columna de granito rojo, terminada por un capitel de mármol blanco y coronada por una enorme estatua de oro, la cual representa *La Paz* en forma de diosa con una palma verde en la mano.

Es necesario reconocer que la Alemania es arrastrada por dos instintos que son contrarios y que ella sola sabe armonizar: el instinto guerrero, al que debe su existencia, y el de la razón y de la ciencia, al que se consagra

cual ninguna otra nación en el mundo, llevándose en filosofía y en historia la primera palma, sin abandonar ninguna de las otras ciencias. En Berlín, pasada la primera impresión, se ve representado este último sentimiento en la *Universidad*, en el *Viejo* y el *Nuevo Museo*, en el *Observatorio astronómico*, en las *Academias*, en las *Galerías de esculturas*, de *pinturas*, de *maravillas*, de *curiosidades;* en el *Jardín zoológico*, en el *Museo de antigüedades* y *etnológico*, en el *Acuarium* y en las *Escuelas de arquitectura*, de *música*, de *dibujo*, de *pintura* y de *canto*, sostenidas por el gobierno.

El *Museo viejo* no data sino de 1824; es la obra más gigantesca de Berlín. Está precedido de un pórtico de diez y ocho columnas jónicas; es en su conjunto completamente griego, y muy superior en la parte material al *Museo británico*. Al frente tiene esta inscripción:

«FRIDERICUS GUILELMUS III STUDIO ANTIQUITATIS OMNIGENÆ ET ARTIUM LIBERALIUM MUSEUM CONSTITUIT.»

Sorprende hallar allí tantas maravillas reunidas, y gusta encontrar en la *Galería de estatuas*, griegas y romanas, muchos dioses, que sin duda en otro tiempo recibieron culto y adoración, y los simulacros de los emperadores que aspiraron á que á sus imágenes se les rindieran también homenajes divinos, y que hoy están reducidos á formar la decoración de una sala, en la cual entra atrevida y sin respeto la multitud; y el viajero admira cómo los reyes de Prusia, sin soltar un momento la espada ni faltar al ejercicio de sus tropas, han podido consagrar tiempo y dinero para buscar estatuas de Nínive, mausoleos de Persia, medios relieves de Grecia, esculturas romanas, y pinturas de todos los países para dar á su capital la importancia que una serie de siglos, de trabajo y de acumulación les habían dado á las otras capitales de Europa.

La Catedral es espléndida; y ha querido dársele aspecto de antigüedad haciéndola gótica y poniendo al rededor un *Campo santo*, imitación del de Pisa, que debe ser el panteón de la familia real.

La *Friederichsstrace* (calle de Federico) es el centro del comercio, de la actividad y del movimiento; allí la gente se junta en coches, en ómnibus ó á pie; se agita, se atropella y produce de lejos el ruído de la cascada del Tequendama, y de cerca parece que todos están agitados por un furor de ganancia igual al que los lleva á la guerra y á la conquista. Esta calle tiene más de una legua de largo, está toda llena de almacenes, bazares y tiendas, y hay tal regularidad en la construcción, que equivocando una cuadra puede andarse todo el día buscando inútilmente el almacén que se desea.

El señor Vengoechea compró en un almacén un teléfono, nos fuimos

á un restaurante inmediato á almorzar, y cuando volvimos encontrámos cien almacenes iguales, donde vendían teléfonos, y ninguno era el que buscábamos.

De esa calle se pasa á la *Plaza Schiller*, en donde hay un magnífico teatro, enfrente del cual está el monumento erigido al poeta, adornado el pedestal con medios relieves que representan alegorías de las principales de sus poesías, y encima la divina estatua en mármol de Carrara. En todas las ciudades de Alemania que visité hay estatuas erigidas á Schiller, á Goethe, á Klopstock y á otros muchos poetas ; y es preciso reconocer que si los alemanes tributan honores á sus guerreros, es culto lo que rinden á sus poetas ; y que más que en Inglaterra, en Francia y en Italia, el genio es divinizado en Alemania, y por donde quiera el pueblo encuentra estatuas que le recuerdan sus poetas, sus sabios y sus músicos.

Es una especialidad de Berlín la de tener *clubs* exclusivamente de señoras, á donde concurren, según el club, literatas, maestras de piano, actrices, *doctoras* ó profesoras de artes y oficios, á tratar de literatura, á recitar versos, á ensayar piezas de música ó á charlar sabrosamente, haciendo los tejidos de lana las madres de familia que han acabado sus tareas domésticas.

No referí al hablar de las Universidades de Alemania, que la mujer en ese país, no solamente en las escuelas le ha ganado el puesto á los hombres, sino que á las *aulas* de la Universidad concurren muchas señoritas, principalmente á las escuelas de ciencias naturales y de medicina; que ellas son el ejemplo y estímulo de los jóvenes; que los profesores las estiman profundamente, y que muchas han recibido ya su título de *doctor*, y principalmente las médicas han merecido un general aplauso por su habilidad, consagración y caridad.

Ah ! Tener una hija consagrada al alivio de los dolores de sus hermanas, llevando iluminada su sién por el fuego de la ciencia, y verla entrar al hogar entre las bendiciones de los pobres y los aplausos de sus comprofesores es una visión magnífica, que sólo á los alemanes Dios ha concedido !

París con sus jardines y diversiones se ha quedado como en mi país tal cual niña de familia antigua, que de chica se llama la *niña*, á los quince años la *niña*, á los veinte la *niña*, y que á los cuarenta, cuando para todos es una vieja, para la familia es la *niña*. Voy á decir por qué.

El Krol en Berlín es un jardín de más de diez cuadras de extensión, lleno de árboles magníficos y flores bellísimas, cual ninguno otro hay en París. Por la noche lo iluminan espléndidamente: unas alamedas con

bombas azules, otras con rojas, y este color se transmite á los árboles y les da un aspecto fantástico; en el medio hay una corona imperial de luz, y encima de ésta una bola que gira y lanza resplandores á las extremidades del jardín; en senderos angostos y sombríos la luz es verde y pálida, y en grandes círculos formados por árboles corpulentos las luces están entre las ramas, formando todo un juego encantador de claridad y de tinieblas.

Cuatro mil mesitas colocadas debajo de los árboles, junto á los estanques, en lugares apartados, entre grutas de hiedra, aguardan á los convidados; y la música militar hace resonar los contornos, mientras que en un extremo del jardín, en un bello teatro, se representan óperas italianas.

—*Mabille! Mabille!* dicen en todas partes los que han ido á París y vuelto á su patria, porque no han estado en Berlín.

Cada nación tiene una diversión favorita, una pasión que lo domina, un placer especial. Entre los españoles es la corrida de toros, y la plaza de toros en Madrid ni tiene rival ni pueden dejar de visitarla los viajeros, por más que abominen esa diversión. El baile es la diversión favorita de los alemanes; y los SALONES DE BAILE de Berlín ni tienen iguales en el mundo ni puede el viajero privarse de concurrir á ellos.

Lo que en París se ve cada año, en Berlín se ve todas las noches en diferentes partes; y el *Coloseum*, el *Ateneum*, la *Villa colona*, &c. &c., son salones magníficos de baile, en donde con un esplendor regio, con una orquesta escogida, las mujeres hermosas bailan hasta el amanecer.

Es imposible para el viajero conocer las costumbres de un país con sola una visita; y refiriéndome á lo que me dijeron, expondré que hay salones á los que, en días señalados, concurren señoras y señoritas á bailar; que con frecuencia las parejas comprometidas se convidan á divertirse en uno de estos salones, y no se encuentra en ellos una sola persona de edad; que hay salones más ó menos aristocráticos, salones decentes y salones *mal famés*; y hay bailes de la medianía, de las costureras, de las cocineras y de las que pasan la vida bailando, que son los más comunes.

Mis compañeros y yo fuimos al *Coloseum*, que es un grande edificio redondo, lleno de dorados y de espejos, con dos pisos y galerías en derredor: un jardín detrás, hermosamente iluminado, y gabinetes para cenar. Habría en el salón seiscientas parejas y se veía desierto, porque este salón es el más grande y más caro de Berlín; cuesta un peso la entrada; y el consumo de champaña y refrescos vale el doble que en los otros salones.

Un director de danza, con frac, guantes y corbata blanca, y una cadena de oro al cuello, dirigía las cuadrillas y organizaba la fiesta. Casi

todos los caballeros estaban también de guantes blancos y decentemente vestidos.

¡ Qué belleza ! ¡ qué juventud ! ¡ qué frescura en las mujeres ! Casi todas eran rubias y de una blancura de nieve. Mucho lujo, muchas joyas y trajes más bien fantásticos que elegantes ; y sobre el terso entablado se oía el *tan*, *tan* de los tacones, más como el compás acentuado de la música que como el ruído de las pisadas.

Del placer al vicio hay un escalón, de ahí al crimen se resbala el pie fácilmente; y en Berlín la sociedad tiene que luchar con ebrios consuetudinarios que forman una inmensa masa que la agobia, y con ladrones y criminales, no astutos como los de Francia, sino brutales, que acostumbrados en los campamentos á dar y recibir la muerte, hacen lo mismo en el ejercicio de su profesión, matando sin misericordia á niños y á mujeres, si es preciso, y presentándole á la policía verdaderas batallas en los cuarteles de la ciudad.

En el viejo Berlín, dicen, pues no tuve ocasión de visitarlo, que la miseria es espantosa; que el hambre devora infinidad de niños, y que mil escenas de horror pasan todos los días en presencia de la sociedad. Esto es natural y lógico. La Alemania es pobre, y sólo un trabajo asiduo puede salvar al hombre de la pobreza; y el que en un momento se descuida, cae para no levantarse nunca. Las familias que apenas ganan lo necesario, poco pueden destinar para la caridad. El gobierno quita al hombre los mejores años de su vida para el ejército y consume en su mantenimiento lo que pudiera destinarse á la asistencia pública ; y por último, á Berlín ha ido de toda la Alemania una población flotante, de esa que vive en la ociosidad, en el vicio y que lo espera todo de la casualidad ; y la ciudad no puede atender con sus propios recursos á las víctimas de esta corrupción.

Las tradiciones de Santa Isabel, Reina de Hungría, y de las princesas palatinas, se conservan en la familia real de Prusia ; y la Emperatriz es infatigable en su misión benéfica y caritativa: en trabajar para que se establezcan prisiones dignas, en fundar hospitales y hospicios para niños, pues se asegura que estos desgraciados son los que tienen predilección en su alma generosa. Entre ella y las señoras de la Corte, sin ostentación ni aparato, se han distribuído la vigilancia de los hospicios, los que son visitados con toda regularidad, y cuando pueden, buscan medios de suplir las faltas que notan. El contacto entre la opulencia y la miseria hace siempre nacer la caridad, y al fin la mujer que se ocupa en hacer el bien, les toma amor á los que proteje, como le toma amor á la vida disipada la que sólo vive en los placeres, las modas y los galanteos.

Dicen también que se debe á la misma Emperatriz el que su esposo haya indultado, siempre que ha estado en sus facultades, á los criminales y desertores condenados á la pena de muerte; y por esta razón, venerándola yo, para que mis hijos la conocieran, compré en Berlín su estatua.

La Emperatriz ha sido una Reina virtuosa, una esposa modelo y una madre admirable. Ni se ha mezclado, á semejanza de María Teresa de Austria, en la política, ni ha empleado la riqueza sino para hacer el bien. Es tan tolerante en materias religiosas, que los protestantes aseguraban que era católica y que protejía en secreto á sus correligionarios, siendo, como es, sinceramente evangelista.

Hay una costumbre alemana, hermosa como todo lo que tiende á santificar la familia, y que consiste en coronar con corona de plata á los esposos que han sido felices á los veinticinco años de casados; y con corona de oro á los que cumplen cincuenta de matrimonio. El Emperador y la Emperatriz recibieron la de plata, y la de oro les fué ofrecida luégo por todos los pueblos de Alemania.

CAPITULO XXXVII.

Ciudades principales—Munich—Francfort—Leipzig—Estrasburgo.

ALEMANIA es una gran confederación; y la población, la riqueza, la civilización, el comercio y la cultura están por todas partes. El sentimiento comunal ó el amor á la ciudad natal, al ducado ó electorado está muy arraigado; la idea de la independencia germina al lado del deseo de una patria común; el hábito de manejar los negocios públicos existe en las Ciudades libres y en todos los reinos constitucionales, y el grado de cultura á que ha llegado el pueblo todo, es favorable á este pensamiento; pero hasta ahora la confederación ha sido de los reyes y duques, por la necesidad de satisfacer el sentimiento de una patria común, y el complemento de la grandeza de ese país será la confederación de los pueblos, que indudablemente vendrá.

Yo admiro la Prusia por haber realizado, á fuerza de constancia, de habilidad y de trabajo, el gran pensamiento de la unidad alemana que tanto bien ha hecho á los pueblos; admiro el genio del señor de Bismarck, bajo cuya dirección la obra se ha consumado, y le perdono sus resabios tiránicos, su odio á los parlamentos y el sacrificio de derechos sagrados que ha hollado en medio de la crisis; pero es preciso no equivocarse. Si de la Alemania sólo se hace un vasto y poderoso imperio que equilibre al austriaco, al ruso y al gobierno central que se levante en Francia, sea reino, imperio ó república, nada se ha ganado, y la posteridad nada tendrá entonces que agradecer á sus fundadores; pero si, como es natural y lógico, la Alemania forma una

grande y libre confederación, sí merecerán muchas bendiciones, porque de allí saldrá más tarde la república y la libertad en Europa.

Berlín es Hércules en la cuna, que revela apenas las fuerzas del porvenir, y nadie puede imaginar á dónde llegará su grandeza; pero Berlín no es Alemania, como París es Francia; pues por donde quiera en ese país hay ciudades rivales que valen más que ésta, que tienen mejores museos, universidades más acreditadas, más culta sociedad ó un comercio más activo; y á Berlín se va de toda la Alemania, no á gozar, sino por negocios políticos y militares, de que es el centro.

Hé aquí la población de las principales ciudades de Alemania:

Hamburgo	463,127
Breslau	272,912
Munich	230,023
Dresde	220,818
Leipzig	149,081
Colonia	144,772
Kœnigsberg	140,909
Francfort del Mein	164,697
Hanóver	122,843
Stuttgard	117,303
Bremen	112,453
Dantzig	108,551
Estrasburgo	104,471
Nuremberg	99,519
Magdeburgo	137,135
Barmen	95,941
Dusseldorf	95,458
Chemnitz	95,123
Elberfeld	93,538
Stettin	91,756
Altona	91,047

Y cien ciudades más en el Imperio, que tienen, cada una, más de veinte mil habitantes.

De estas ciudades hay algunas como Munich, que es una gran capital, corte de los reyes de Baviera, quienes tienen palacios superiores á los del Emperador, adornados con las mejores pinturas y ricos muebles, tan ricos, que el tálamo nupcial vale ochocientos mil florines, y las tapicerías no las tiene iguales la Reina de Inglaterra. Sus *Residencias* superan en magnifi-

cencia á las de los sultanes, y la corte de grandes y de nobles que los rodea recuerda á la de Francia en tiempo de Francisco I.

La ciudad es grande, hermosa, con calles anchas y plazas y jardines por todas partes, y estos jardines están llenos de estatuas y fuentes de bronce; pues la *Fundición de estatuas* de bronce de Munich es sin rival en el mundo; y antes de que en Francia se fundiera la de la *Libertad*, que será el faro de Nueva York, Munich tenía ya la *Baviera*, la cual tiene cuarenta y cinco metros de altura, y representa una hermosa mujer coronada de pámpanos.

Como sería Florencia en tiempo de Lorenzo de Médicis, así es hoy Munich bajo los reyes católicos: todo esplendor, lujo y magnificencia. Los *Museos* son los primeros en Alemania; los teatros, los primeros en Alemania; las *Escuelas de bellas artes*, las primeras en Alemania; y tiene templos, catedrales y basílicas de todos los estilos: del bizantino, como *San Miguel*, del romano, como *Nuestra Señora*, y del gótico, como la *Catedral*. Allí el culto católico se practica con una pompa sorprendente; y después de Roma es la ciudad del mundo donde con más solemnidad se celebran las ceremonias de la semana santa; allí oí, en la iglesia de *San Miguel*, que estaba iluminada por una cruz que tiene ochocientas luces, entonar el *Miserere*, de Alegri, por quinientos cantores.

La *Puerta Victoria* es un soberbio arco de triunfo como el de Constantino en Bizancio, coronado por un grupo de bronce, compuesto de cuatro leones que tiran de un carro triunfal, en que se levanta Baviera; y la *Vieja Residencia* es un palacio deslumbrador, cuyo aspecto transporta al viajero dos siglos atrás, pero que encierra todo el bullicio y la animación que en aquella época pudo tener.

Todo en Baviera tiene una fisonomía distinta al resto de Alemania; las ciudades, los habitantes, las costumbres, y se nota mucho del carácter francés, no del de la época, sino del tiempo en que todo en aquella nación era caballerosidad, valor, temeridad, galantería, perdición y arrojo; y puede asegurarse que este reino, si no es como confederado real y positivamente, no permanecerá mucho tiempo sujeto al Imperio alemán.

FRANCFORT, rico, elegante, bien situado, sobre el Mein, río que está siempre cubierto de vapores, residencia de los millonarios de Alemania, la tercera *bolsa* del mundo y el primer mercado de dinero del Norte, nada tiene que envidiarle á Berlín.

Era en Francfort y en el edificio llamado *Koemer*, donde se hacía en otro tiempo la elección de los Emperadores del *Sagrado Imperio*; y en la plaza que está al frente, donde se les proclamaba. El *Koemer*

está destinado hoy á las sesiones del Consejo; y conserva todavía la mesa forrada en cuero, al rededor de la cual se reunían el Arzobispo de Maguncia, que presidía, el de Treves, los electores de Bohemia y Sajonia, el Arzobispo de Colonia, el príncipe Palatino, el elector de Brandeburgo, el duque de Brunswick y el rey de Baviera ; y se ven los nueve blasones de estas casas reinantes intactos. El conjunto es austero, imponente y grandioso.

Como el ateniense que ha debido ser el primero en su patria, porque Dios le dió genio, el estudio ciencia y la moral valor para cumplir con todos los deberes sociales, que dolorosamente se resignaba á formar en las filas de la multitud para adorar el éxito; así se halla Francfort, que habiendo sido grande desde su nacimiento, grande en la historia é incansable en el trabajo por no perder su categoría, no podrá resignarse á tener una posición secundaria formando en las filas de los que admiran á Berlín.

Francfort vale como gran centro de riqueza más que Berlín, Viena y San Petersburgo; ningún empréstito se lanza en Londres sin haber sido antes consultada su lonja; y es la ciudad donde la raza judía ha mostrado más claramente los beneficios que la sociedad puede sacar de sus tres cualidades eminentes: trabajo, orden y economía. Las casas en donde viven los judíos hoy no son ruinas abandonadas, ó de triste apariencia como en la Edad Media, sino palacios de la mayor suntuosidad ; y puede asegurarse que de toda la Alemania es la ciudad de mejores construcciones y más elegantes calles.

Víctor Hugo, viniendo de París, quedó sorprendido de la magnificencia de las casas particulares de *Francfort;* llamóle mucho la atención el que todas estén construídas con cariátides que forman el vestíbulo, adornan los balcones, ó sostienen sobre su cabeza los diversos pisos: unas como ninfas, llevando un cesto de uvas que las agobia; otras como Hércules, levantando el enorme peso en las recias espaldas, y otras como ancianos que parecen ceder y doblarse bajo tan inmensa pesadumbre; y por la noche soñó que todas esas cariátides se habían pasado la voz de insurrección, que habían conspirado contra su destino, y que habiendo levantado la cabeza á un mismo tiempo, la ciudad entera se había derrumbado. Sin duda soñaba el gran poeta con la conspiración de los pueblos contra su actual destino, á los cuales sólo les falta levantar la cabeza para arruinar las monarquías.

En *Francfort* está de Cónsul de Colombia el señor Jacobo Stiebel, quien por su mérito, posición y fortuna, honra á nuestro país: dicho señor ha enviado ricos regalos á nuestra biblioteca, y tiene una buena casa, una hermosa familia, y entre sus hijos á la linda Julia, cuyo retrato conservo

con el de todos los miembros de la familia, en el álbum que me regalaron y que es una divinidad.

Hacía mi segundo viaje al través de Alemania, y me había propuesto recorrer todo el territorio comprendido entre Estrasburgo y Hamburgo, el cual tiene más de cien leguas; y como viajero inexperto, quise visitar todas las ciudades que hay allí fundadas, que son innumerables; estaba fatigado de ver iglesias sorprendentes por su magnitud y su antigüedad; grandes plazas; edificios enormes, estatuas de bronce de los héroes de cada una de esas ciudades ó de hechos conmemorativos de la guerra; y afligido por la soledad y el aislamiento en tantos días, llegué á Francfort, creyendo encontrar una de las tantas ciudades como había visto, y fuí agradablemente sorprendido al encontrar un París pequeño.

Dirigime á la casa del Cónsul colombiano, el caballero Stiebel, *caballero* de carácter y de título, quien estaba ausente; pero me recibió una niña ó ángel, tan linda así me pareció, que viendo mi embarazo para hablar alemán y que no entendía tampoco lo que ella me decía, me preguntó en inglés si yo hablaba este idioma, volviéndome con esto el alma al cuerpo; y estuvo tan amable que no me dejó ir hasta que su padre se halló de regreso.

Cuando el señor Stiebel entró, ella le dijo en alemán, sin duda, quién era yo; y él me extendió la mano como á un viejo amigo, me saludó en francés, idioma en que continuó la conversación con la jóven y con toda la familia, que luégo me fué presentada.

—Usted nos pertenece, me dijo el buen caballero, mientras esté en Francfort; y ahora mismo voy á mandar al hotel por su equipaje. ¿En qué hotel se ha alojado usted?

Yo había escogido el más pobre y más retirado, y por no confesarlo, rehusé enérgicamente la generosa oferta, y convinimos en que pasaría sólo el día con la familia.

—No hay que perder tiempo, pues, muchachas: á arreglarse pronto, y vamos á llevar á este señor á visitar cuanto hay en la ciudad digno de llamar la atención.

En cinco minutos estuvieron listas dos de las señoritas; y al tiempo de partir dijo el dueño de la casa á la señora en francés:

—Para este huésped deberíamos preparar un *festín* en nuestro hogar; pero como sólo va á pasar el día con nosotros, comeremos con él en familia, á las seis de la tarde.

Pusieron el coche y fuimos á visitar el *Jardín de las palmas*. Imagínese el lector un recinto donde se respira el aire de los climas templados, impregnado de los olores de las parásitas y flores propias de esos tempera-

mentos; alfombrado de un verde húmedo y brillante, cubierto con un cielo de cristal y lleno de palmas y de flores; y suponga cuánto placer no sentiría yo allí teniendo á mi lado una linda mujer que, por traerme recuerdos de mi patria, me llevó á unas matas y me dijo:—Este es el helecho de Colombia; y esto en tan buen español como lo hablaría una bogotana.

Refiero esto para probar cuánto interés tenía el señor Stiebel en representar bien á Colombia, haciendo que su hija aprendiese el idioma de *su país*, como él lo llamaba, y cuánto era ella interesante.

Leváronme á conocer el *monumento de Guttemberg*, que es magnífico y que se compone de tres estatuas: la de *Guttemberg*, la de *Faust* y la de *Schoeffer*, inventores de la imprenta, colocadas sobre un pedestal adornado con medallones de las armas de Maguncia, Francfort, Estrasburgo y Venecia, ciudades en donde primero se hizo uso de este arte divino. Ante ese monumento irá más tarde la humanidad entera iluminada, levantada, salvada por estos tres hombres, en peregrinación; y yo, lleno de veneración y profundamente conmovido, recordando allí que en la imprenta he pasado largos años de mi vida, y que á ella debo el pan de mis hijos y la educación de mi familia, no pude menos de descubrirme y exclamar:—En nombre de mi patria, que goza ya de vuestros beneficios, en nombre de mi familia, que holgadamente vive, y de los míos que me aman, Guttemberg, ¡ bendito seas!

Por la noche, después de comer, fuimos con toda la familia al hermoso puente sobre el *Mein*, que atraviesa la ciudad y que estaba en todas sus orillas espléndidamente iluminado, dejando ver mil buques, unos atados á la orilla y otros cruzando veloces las ondas. Y el recuerdo de esa ciudad de cariátides de piedra, de ese *jardín de Armida*, de esa preciosa familia, de esa niña encantadora, y de ese río majestuoso y sereno, ha quedado en mi alma como se ven en una noche en tierra caliente, brillar los cocuyos en el espacio, lucir por el suelo las luciérnagas, y sobre esa atmósfera iluminada levantarse soberbio el estrellado cielo.

Leipzig vale intelectualmente más que Berlín, es la capital científica y artística de la Alemania; la gran fábrica de objetos útiles á las ciencias, la gran prensa del mundo, la gran librería de Europa, el gran depósito de textos de enseñanza, de muestras de dibujo, de pizarras, de lápices, de tableros, de tiza y de cuanto se necesita para la enseñanza de los niños; y allí se publican y de allí salen corrientes de libros en alemán, en inglés, en francés, en griego, en ruso, en italiano y en español; y de todo libro que en el mundo llama la atención, se hacen allí unas ediciones tan abundantes que á todas partes llegan.

Leipzig es una nueva Babel, donde se habla, se escribe y se imprime en todos los idiomas ; pero no en horrible confusión, como en la ciudad bíblica, sino tan claramente y con tal perfección, que del fondo del Indostán puede salir un habitante y encontrar que los encargados de la publicación del libro de Brahma ó de los comentarios al *Ramayana*, saben tan bien el sanscrito como los antiguos sacerdotes; y el judío halla allí su biblia igual á la que se leía en el templo de Jerusalén, cuando fué cercada la ciudad por Tito y Vespasiano.

Montañas se ven en las librerías de Leipzig, hechas con *Don Quijote;* las *Cartas de Santa Teresa* están en varias ediciones, y los clásicos españoles nítidamente impresos; y puede preguntarse por cualquiera libro publicado en cualquiera parte del globo, y en Leipzig se lo enseñarán ; pues además de lo mucho que allí se publica, es el *entrepont* intelectual del mundo, á donde se mandan todos los libros y se piden todos los que se necesitan.

Ofrecióme un librero por la *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada, por el Dr. Lucas Fernández de Piedrahita*, edición de Amberes de 1688, sobre la cual hice después la nueva edición en Bogotá, doscientos pesos; y por el primer tomo del *Padre Simón*, ciento.

Leipzig vive solamente del comercio intelectual y crece rápidamente, habiendo duplicado una población rica, culta y bien alojada, en el espacio de doce años ; y siguiendo rápidamente en su desarrollo, y llamando á sí y dándoles productiva ocupación á todos los grabadores, litógrafos, pintores y cajistas que necesita para su gran tarea, es seguro que dentro de poco tendrá medio millón de habitantes.

El vuelo que las ciencias han tomado en Alemania durante los últimos treinta años, es sorprendente, sobre todo en lo que se refiere á las ciencias intelectuales ; lo que en Alemania se escribe no puede referirse; y de lo que se imprime hé aquí algunos datos :

Hay cuatro mil trescientas sesenta y nueve *librerías* y *casas de edición* ; de éstas, mil setenta y cuatro son de obras comunes ; ciento setenta y tres, de obras artísticas ; dos mil sesenta y ocho, de obras extranjeras; noventa y tres, de música; ciento diez y siete, de grabados, y ochenta y seis, de libros antiguos.

En cuanto al balance intelectual de Alemania con relación á todos los otros países, es fácil encontrarlo en el *Catálogo* publicado cada año por el señor *Heinrichs* de Leipzig: de él aparecía, cuando yo estaba allí, que se habían publicado en alemán doce mil setecientas obras diversas en un año, lo que da, aproximadamente, mil por mes, y cuarenta por día.

Para producir este número de obras se ha necesitado que seis mil escritores, por lo menos, hayan estado diariamente ocupando las imprentas.

Agréguese á esto el sinnúmero de periódicos diarios, semanales y mensuales que se publican ; las *revistas* y *memorias* científicas que sobre todos los ramos del saber humano aparecen allí ; y lo que los alemanes publican en los Estados Unidos, y se formará una idea cabal del poder intelectual de esa nación.

Por desgracia el idioma alemán no es agradable, ni es fácil, ni tiende á generalizarse como el francés ó el inglés, y lo que en alemán se escribe no lo conoce el mundo sino algún tiempo después, cuando lo traduzca un sabio francés que se ocupe en los mismos estudios, y consulte en sus investigaciones esa fuente.

Estrasburgo es la capital de Alsacia y Lorena, antiguas provincias francesas incorporadas á Alemania por el tratado de Francfort de 1871 ; es una gran ciudad, aunque triste, antigua y poco activa ; y si bien es eminentemente alemana, habiendo vivido independiente por varios siglos, mira hoy con despecho la dependencia de Berlín, y aspira también á una existencia más libre bajo la forma federal.

La Catedral de Estrasburgo es uno de los templos renombrados en el orbe cristiano: excede en realidad á su fama y es una obra inmortal del siglo XII ; pues presenta con toda claridad la fe que en aquella época dominaba, y que inspiraba al creyente esos sueños místicos sobre el cielo y la eternidad, magníficos y pavorosos, luminosos y oscuros á la vez, que los arquitectos realizaban con piedra para perpetuarlos al través de los siglos. Si la majestad impone allí, el silencio y la oscuridad aterran; el hombre se empequeñece al pie de esas columnas gigantes, severas y retorcidas sobre sí mismas, se pierde en el laberinto de arcos ojivos y de criptas inmensas; las estatuas de piedra que forman los muros y dividen las naves tienen ojos sombríos que miran á lo invisible, llevan en los labios un verbo mudo, y le hablan lenguaje misterioso; el órgano resuena á lo lejos y las salmodias se oyen como un eco de la eternidad: de esa eternidad que no acabará nunca y que será de horribles tormentos para él, si no consigue rescatarse por una vida devota, de expiación y de tristeza; y es para orar, para suplicar, para llorar sus culpas y las de toda la humanidad, para lo que se le abre ese inmenso templo, en donde, á lo lejos, como única esperanza, y en medio de dos luces, alcanza á ver la imagen del Crucificado.

El cuerpo de la iglesia sólo está iluminado por una claraboya que hay sobre la puerta, y la luz pasa allí al traves de un cristal que tiene veinte varas de grande, y representa una gran rosa mística y simbólica: cada

hoja de la rosa es una rosa más pequeña, y está ésta formada de diversas rositas.

«Esta rosa, dice el conde de Maistre, es el símbolo del gobierno que debe tener y al que al fin llegará la humanidad. La gran rosa es el gobierno del Papa, que todo lo abarca y todo lo comprende; las rosas que la forman, las grandes monarquías; y las pequeñas, los condados, ducados y baronías que los estados forman; y todo iluminado por la luz del *derecho divino.*»

Hay en esta iglesia una cosa terrenal pero preciosa, y que manifiesta que el amor y el genio tienen algo de divino y digno de la mirada de Dios. Mientras que el arquitecto *Steinbach* levantaba el templo, su hija *Sabina* lo llenaba de estatuas admirablemente esculpidas, y trabajaba todo el día á su lado. Los siglos pasaron, y en el XIX la ciudad agradecida les erigió al padre y á la hija dos estatuas, que están colocadas en la entrada del sur; los pobres, los ignorantes llegan allí y se arrodillan y los adoran como si fuesen santos, y en verdad adoran el genio.

La torre de la Catedral es el edificio más elevado de Europa, pues tiene desde el suelo á la veleta 500 piés, pero no sólo el más elevado, sino que es aquélla tan esbelta y aérea que parece suspendida en los aires, y la cruz se pierde entre el azul del cielo.

Esta cruz fué doblada por una bala de cañon en el sitio que los alemanes pusieron á la ciudad en 1871; pasado el cual, los habitantes que quieren tanto su iglesia, sólo pensaban en cómo habían de reponer el daño. Fijaron sus miradas en el modesto albañil Hulz, el más hábil de Estrasburgo; pero este maestro desapareció, y fué preciso valerse de otro, quien con andamios, escaleras y cuerdas logró subir hasta la cúspide y reparar el daño de la cruz.

El maestro Hulz, que por miedo se había escondido, tuvo vergüenza cuando salió y se lo dijeron; y resolvió darle una espléndida desmentida á todo el pueblo de Estrasburgo. Un día, delante de la multitud, se subió como gato hasta el pie de la cruz, á donde el otro maestro había subido con todos los aparatos necesarios; é inflamado por el orgullo quiso hacer más, trepó por la cruz y se puso de pie en la veleta, con pasmo y horror de la multitud que de abajo lo veía. Pero la veleta principió á dar vueltas con el peso del hombre, y ni un momento se detenía para permitirle bajar; y al infeliz no le quedó otro recurso que abrazarse del palo de la cruz y dejar que la veleta girase.

Este terrible espectáculo llenó de horror á la población; y el gobierno dispuso que los más hábiles hombres subieran á la torre, que otros treparan á la cúspide por cuerdas para detener las vueltas de la veleta, y que otros

cogieran como pudieran al infeliz maestro, á quien lograron al fin salvar, pero ya loco.

En la iglesia de *Santo Tomás*, en el lugar donde debería estar el altar mayor, hay un monumento de mármol blanco, el más grande en su género y más original que he visto; es el erigido por Luis XV de Francia al *Mariscal de Sajonia*. En la obra se emplearon veinte años de trabajo. Vese allí al Mariscal en grande uniforme descender impávido las gradas del sepulcro.

Estrasburgo es la plaza fuerte más formidable de Alemania, está sobre el *Il*, á una hora del Rin; habiendo sido considerada como un gran punto estratégico, desde el tiempo de Maximiliano, que la llamaba la *llave del Santo Imperio*, y habiendo Francia aumentado las fortificaciones de esa plaza, de manera que en 1871 presentó una resistencia formidable, los alemanes han gastado mucha parte de los *cinco millares de millones* que le exigieron á Francia por indemnización, en adelantar las mismas fortificaciones, reforzar las que encontraron débiles, levantar las que destruyeron y en poner la plaza en estado de resistir el ataque de un ejército de medio millón de soldados.

En *Estrasburgo* sólo se ven castillos, fuertes, puertas de fierro, murallas, ciudadelas, cuarteles, garitas, cañones, soldados, y un movimiento tal, y tal regularidad en el servicio, como si el enemigo estuviese al frente y al día siguiente hubiese de darse una batalla.

Estrasburgo no es la única plaza fuerte del Imperio, lo son también, é igualmente resguardadas, Coblenza, Maguncia, Ulm, Metz, Colonia, con otras ciento de orden inferior en las fronteras, y muchas más en el interior, que forman cuadriláteros de defensa ; y toda ciudad está guarnecida de manera que pueda resistir un largo sitio, y toda estación de ferrocarril, construída de manera que es una fortificación y está en contacto con las otras ; pues como tengo dicho, el Imperio alemán es sólo una monarquía militar, su vasto territorio un cuartel, y su población un ejército disciplinado, siempre sobre las armas y pronto para la lucha.

CAPITULO XXXVIII.

Organización militar del Imperio — Educación del soldado —Disciplina—Cuadro del ejército—Marina—Escuelas militares—Estado Mayor.

LA ORGANIZACIÓN MILITAR de Alemania, sobre la cual, como hombre de guerra en mi país, quise hacer observaciones cuidadosas, es la obra más perfecta de la sabiduría humana; y como hija de la necesidad, de la constancia y la experiencia, satisface completamente la aspiración ambiciosa de la Prusia y el sentimiento generoso de toda la nación. Es una organización muy superior á la organización militar de Roma, constituída en *legiones* que formaban un cuerpo separado del pueblo con aspiraciones y deseos distintos, y que con frecuencia se imponían á la nación en las revueltas, ó eran el instrumento de los tiranos y opresores.

En Alemania el pueblo es el ejército, por lo mismo éste es eminentemente democrático; el ciudadano es el soldado, y ni apoya la tiranía ni tiene interés en sostenerla; la nación está armada, y el César no puede levantarse con las legiones; el ejército es alternativo y temporal y no hay ni puede haber *genízaros* al servicio del despotismo; y á una voz del señor de Moltke, dada en Berlín, cuatro millones de soldados estarán al día siguiente sobre las fronteras, cuatro en las guarniciones, y otros cuatro en los cuarteles haciendo el servicio de reserva, con la regularidad que se hace al frente del enemigo.

Veamos cómo puede suceder esto, sin que haya apresuramiento, sin afán y sin que la industria sufra, ni la agricultura se atrase, ni el comercio

se retarde, ni las escuelas se cierren, ni la población padezca tanto con la guerra como en las otras naciones, y principalmente en nuestro país.

Todo alemán es soldado á los veinte años, y dura en el servicio activo hasta los veintitrés. No hay más excepción que para los jóvenes que sabiendo el manejo de las armas con perfección, y teniendo algunos otros conocimientos necesarios en la milicia, se ofrecen como *voluntarios*, presentan un examen al año de servicio, y se les concede entrada al *Landwehr*.

El soldado que entra al servicio, está sujeto á la más rígida disciplina: tan rígida que al cabo de seis meses está convertido en una máquina que gira sin conciencia, á derecha, á izquierda, ó marcha, ó dispara el fusil, según el toque que escucha. A los seis meses se le deja un instante de reflexión para que piense cómo acertará mejor á colocar una bala en el pecho del maniquí que tiene á tres cuadras de distancia ; pero si por tres veces yerra el tiro, se le castiga.

La educación del soldado raso, por otra parte, se hace rápidamente: desde niño el alemán ve marchar y hacer ejercicio; desde la escuela aprende algo; siendo instruído, y colocado en medio de soldados que conocen la instrucción completa, pronto adquiere los hábitos de orden, de exactitud y de obediencia, que constituyen la disciplina, y por esto las deserciones y faltas son relativamente pocas.

Todos los años el Coronel de un batallón escoge el soldado más inteligente y que tiene mejores notas, y lo manda á Postdam ó Spandau á la *Escuela de tiro;* soldado que vuelve á enseñar á sus compañeros á apuntar con matemática precisión, con el fusil ó con el cañón.

La práctica ha demostrado que son poco más ó menos iguales el *chassepot*, el *peabody*, el *Henry-marti* ó el *fusil de aguja;* y que más ó menos la ligereza en el disparo nada importa, porque ni el hombre ni el fusil pueden resistir después de cierto número de tiros ; pero desde la victoria de Sadowa se pudo apraciar que la seguridad y certeza en el tiro del soldado prusiano era una ventaja inmensa en favor de su ejército, y por esto de día por lo regular, y de noche en el invierno, los soldados están siempre apuntando al blanco.

La gimnasia es otro de los ramos de la educación militar : está en los cuarteles bajo la dirección de un maestro especial; todos los días se hace ejercicio tanto de cuerpo como con el arma ; y como los norte-americanos son en esto superiores á los alemanes, son enviados de Alemania á Nueva York jovenes á que se perfeccionen en el arte.

La caballería tiene su escuela especial en Hanóver, y la artillería en Berlín.

La instrucción general del ejército está bajo la inspección de una comisión que recorre el país, y advierte las faltas que en los diversos cuerpos se cometen.

Familia, amores, amistades, licor, placeres, una alegre conversación, todo le está prohibido al soldado ; y es más animada una cartuja que un cuartel en Berlín, en donde sólo se oye el lento y acompasado marchar de los reclutas, y sólo se ven los sombríos soldados limpiando su cuadra ó componiendo sus vestidos.

La disciplina militar es muy rigurosa ; pero según la expresión de un político, es un escudo y no un yugo para el alemán, y manteniendo la dignidad humana en el subalterno, le enseña que la violación de sus reglas traerá el castigo para él y quizás la derrota para su regimiento, por lo cual son pocas las infracciones.

El castigo militar previene á los jefes que ni juzguen ni castiguen por sí mismos. Las penas contra los soldados, son : reprensión, arresto, servicios forzados y muerte, según los casos y los delitos. *Las penas de azotes y de palos no se conocen en el ejército, pues fueron abolidas desde el año de 1812.*

A los tres años de servicio activo y riguroso el alemán pasa por otros tres al *Landwehr*, ejército organizado en los diversos departamentos del Imperio, de manera que todos los de un reino, ducado ó ciudad libre, pertenecen á un mismo cuerpo de ejército: el *Ejército del Rin*, el *del Mosela*, el *del Elba*, por ejemplo. Cada batallón se compone de los individuos de una misma ciudad ó sus alrededores, y todos los de un pueblo ó aldea forman una compañía ó una cuarta. Este ejército tiene una perfecta organización : su general en jefe, y en servicio activo, el cuadro de jenerales, jefes y oficiales necesarios; y los soldados ni se pueden ausentar ni dejar de concurrir á los ejercicios generales.

Concluídos los tres años del servicio en el *Landwehr* pasa el alemán por cinco años al *Ejército de reserva*, el cual tiene la misma organización que el anterior ; pero los soldados pueden ausentarse, y no son llamados al servicio sino en caso de guerra.

De allí entra el alemán al *Landstraun*, que pudiéramos llamar la Guardia nacional, en la cual tiene que servir hasta la edad de cincuenta años; y que es llamada al cuartel y á hacer la guarnición de las ciudades, en caso de invasión del país, cuando ya todos los otros cuerpos del ejército han salido á campaña.

CUADRO DEL EJÉRCITO EN TIEMPO DE PAZ.

	Batallones.	Escuadrones.	Baterías.	Cañones.	Oficiales.	Hombres.	Caballos de servicio.
1. Estado Mayor......	...	......	......	......	2,032	4	......
Infantería...........	484	......	......	......	9,529	278,822	....
Cazadores.	20	......	......	......	424	11,120	....
Cuadros de batallones	275	......	......	......	326	4,764	....
2. Infantería..........	779	......	......	......	10,279	294,706	....
3. Caballería	...	465	......	......	2,358	64,699	62,550
Artillería de campaña	...	......	341	1,374	1,801	34,817	16,591
Artillería de á pie.	31	......	......	......	729	16,349	....
4. Artillería...........	31	......	341	......	2,530	51,166	16,591
5. Guías................	21	......	......	1,374	406	10,840	....
6. Tren................	18	......	......	......	200	4,905	2,457
7. Especiales	...	......	......	......	313	954	....
Total...........	849	465	341	1,374	18,118	427,274	81,598

A este cuadro hay que agregar mil seiscientos noventa y ocho médicos, seiscientos diez y ocho veterinarios, setecientos ochenta y dos comisarios pagadores, seiscientos cincuenta y seis armeros y noventa y tres guarnicioneros.

Tampoco están comprendidos los Jefes y Oficiales que forman el cuadro del *Landwehr*, el cuerpo de *cadetes* de las *Escuelas militares* ni la MARINA que consta de

NAVÍOS DE BATALLA.	Cañones.	Toneladas.	Caballos.	Hombres.
7 fragatas blindadas	85	50,224	43,100	3,931
5 corbetas acorasadas	32	33,210	25,400	1,647
Coraceros.				
10 corbetas de puente cubierto	158	29,794	28,500	3,848
8 corbetas de puente descubierto.	76	16,062	15,500	1,919
4 cañoneras (sistema Albatross)	18	3,128	2,400	450
5 cañoneras de primera clase	19	2,232	1,590	365
Guardacostas.				
1 navío acorazado	4	1,583	1,200	127
11 cañoneras acorazadas	11	12,199	7,700	704
15 torpedos	...	490	4,290	91
1 cañonera de segunda clase	3	129	140	42
8 avisos	29	7,605	13,550	734
2 transportes	...	498	320	....
Navíos de escuela.				
1 navío de artillería	23	3,333	2,000	202
1 fragata de vela	10	1,290	......	220
3 corbetas de puente cubierto	27	6,500	4,100	382
2 corbetas de puente descubierto.	17	2,921	2,900	229
2 tenders	4	580	960	79
3 bergantines de vela	18	1,748	......	234
89 navíos	525	173,526	153,650	15,204

Lo que es admirable es que la Alemania, pueblo laborioso, activo, económico, mire con una especie de veneración religiosa la organización militar á que está sometida, de tal manera que á ningún padre le viene el pensamiento de sustraer á su hijo del servicio, ni éste va á él forzado; el primero inspirado por el amor á la patria, cual si cumpliera un voto religioso, se desprende de él contento; el segundo, sabiendo desde niño que nació para ser soldado, y educado para esto, ni le tiene miedo al cuartel ni le cuesta trabajo entrar en él.

Por el contrario, gusta á los jóvenes vestir el uniforme, y muchos se presentan antes de la edad á que están obligados; y como el servicio se presta en la *propia patria*, en la misma ciudad, en el hogar paterno, por decirlo así, la familia, que todos los días ha visto salir al hijo para la escuela no extraña ni se aflige el día en que lo ve salir para el cuartel, en donde también están los parientes, los condiscípulos y los amigos del joven.

Los nobles son generalmente los Oficiales del ejército, no por derecho divino, sino porque recibiendo todos una educación brillante, y no estando

en las costumbres el que ejerzan el comercio ni ninguna otra profesión, no tienen otra carrera abierta que la de las armas; y luégo que prestan su servicio obligatorio por un año, que conocen el servicio y que presentan su examen, se quedan voluntariamente, y van ocupando los puestos vacantes y ganando sus grados por rigurosa escala.

Otros entran á la *Escuela Militar*, en donde hacen largos y científicos estudios sobre táctica militar, construcción y defensa de fortificaciones, estrategia, marchas y acantonamiento de los ejércitos, sobre las campañas de César, Federico II y Napoleón, y sobre las grandes batallas de la historia; y salen de allí á mandar una compañía para ser después los más grandes Generales de Europa.

Hay seis escuelas militares en el Imperio : Postdam, Erfurt, Neisze, Engers, Hanover y Cassel; y cinco de cadetes: Ulm, Postdam, Wahlstaht, Bensberg y Berlín.

Los más favorecidos, los que se distinguen por mucha capacidad ó un genio especial para acumular datos, reunir números, formar situaciones ó en los que se descubre un genio especial para la guerra, pasan á formar y á aprender en el *Estado Mayor*, cuyo Jefe es el Mariscal Molke.

El Estado Mayor alemán es la Prusia, es la Alemania, es la Europa entera, en mi concepto; porque de su organización, de su sabiduría, y de sus providencias, han dependido y dependen el engradecimiento de la Prusia, el triunfo de la Alemania en todas las guerras ; su influencia política en todas las cuestiones, y por consecuencia la paz ó la guerra entre todas las naciones, según que cuentan con su neutralidad, su alianza, ó su enemistad. Y á decir verdad, los grandes triunfos en la diplomacia del señor de Bismark, se deben no sólo á su habilidad, sino á la del Mariscal Molke en el Estado Mayor.

Esta grande oficina tiene tantas secciones como exige el conocimiento perfecto de las fuerzas y recursos del país para una guerra inmediata, y el de los ejércitos, recursos, fortificaciones y lados débiles de todas las naciones con quienes puede Alemania entrar en guerra al día siguiente. Así, hay dos grandes secciones en primer lugar, las cuales se subdividen en muchas especiales en cada ramo, y sus trabajos concentrados diariamente se presentan á la vista del Jefe.

La situación del ejército extendido en todo el vasto territorio está formada todos los días á las nueve de la mañana en Berlín, con los detalles más minuciosos sobre cada uno de los cuerpos ; pero como por un admirable orden en su organizacíón, cada cuerpo tiene ya su destino, á la *situación* se acompaña un cuadro de los carros de ferrocarril listos para transportarlo

al Sur, si la guerra es con Austria, al Norte si es con Dinamarca, ó á tal ó cual fortificación si es con Rusia ó con Francia, y de las municiones que se tienen y de los recursos de que se puede disponer.

En la movilización del ejército alemán estriba, sin duda, la razón de sus victorias; y por esto durante la paz, al principio de cada año, los cuadros de movilización se preparan en el Ministerio de Guerra: estos cuadros indican precisamente en cuántas horas, qué número de hombres pueden ser transportados á las fronteras, desde cada una de las plazas del Imperio; y á la primera señal telegráfica se ponen en movimiento, sin que pueda haber de parte de los subalternos minutos de retardo. Respecto del *Landwehr* bastan dos semanas para que la infantería esté completamente organizada, y seis para que la caballería esté montada, y ambas enfrente del enemigo.

Esto último parecerá exagerado no sabiendo que cada soldado del *Landwehr* tiene su fusil y su vestido de campaña en el cuartel; y que todos los caballos de cada distrito están numerados y valorados de antemano por el gobierno, y que basta pedir los números que se necesitan para que antes de veinticuatro horas estén reunidos.

La otra sección, la del exterior, lleva la relación minuciosa de los Ejércitos y Marina de las otras naciones; las altas y bajas en cada año, el estado de sus fortificaciones ; medios de transporte y armas y municiones con que cuenta ; pero no se crea que esto es sólo con relación á las grandes potencias, también es en cuanto á las más pequeñas, y aun de aquellas respecto de las cuales ni remoto riesgo hay de que tengan guerra con Alemania, como son las de la América del Sur.

Los más famosos geógrafos están empleados en el *Estado Mayor*, y dibujan mapas especiales con los caminos delineados, las ciudades con el número de habitantes, los ríos con expresión de los puntos vadeables y los puentes; y marcados todos los obstáculos que un ejército puede encontrar. Además, al pie se registra el número de cabezas de ganado que hay, y se expresa la cantidad y calidad de provisiones de toda clase de que el ejército puede disponer. Cuando un mapa está completo, se sacan de él muchas copias para distribuír á los Jefes del ejército en caso necesario.

En la última guerra con Francia los jefes de batallón llevaban mapas topográficos exactos de los lugares por donde expedicionaban; el Feld Mariscal Molke daba las batallas sobre el mapa, en una casa cerrada; y en Metz le dieron al general enemigo razón exacta de sus tropas y de los recursos con que contaba. Esto desesperaba á los franceses, quienes acusaban de espías á los alemanes pacíficos establecidos en Francia, y se creían llenos de traidores en sus mismas filas, sin recordar que desde tiempo atrás

la Alemania se estaba preparando para esta guerra. No deja de ser cierto que Alemania compra traidores, cuando no puede menos, así como los planos de los castillos y fortificaciones de las otras naciones; pero esto lo hace en tiempo de paz, sin causar alarma ni ruido.

El Rey de Prusia es el *Generalísimo* del ejército de Alemania y el feld Mariscal de Molke es el *Jefe de Estado Mayor.* Verdadero soldado de genio, de origen danés, nacido pobre, educado á fuerza de trabajo, puesto después al servicio de Alemania, convertido en alma de su ejército y hecho autor de todas sus victorias, es modesto, sencillo, bueno, y ni tiene la arrogancia del Señor Bismarck, Canciller del Imperio, ni ha recibido del Emperador tantas pruebas de generosidad.

Feld Mariscal general del ejército, el Príncipe Federico de Prusia.

Jefe de Estado Mayor, Conde de Molke.

Coronel general del Estado Mayor, el Príncipe de Wurtemberg.

General de caballería, el Duque de Brandeburgo 1.º

General de caballería, el Duque de Brandeburgo 11.º

Teniente general, Enrique VII, Duque de Reus 11.º

Primer Ayudante Mayor del Emperador, Enrique XIII, Príncipe de Reus 1.º

Ayudante de campo, Enrique XVIII, Príncipe de Reus 11.º

Inspector general del 5.º cuerpo del ejército, el gran Duque de Baden.

Comandante general del primer cuerpo de la guardia, Duque de Brandeburgo 11.º

Comandante del 10.º cuerpo del ejército, el Príncipe Alberto de Prusia.

Comandante de la 25.ª división del ejército, el Duque de Hesse.

Comandante del 22.º cuerpo del ejército, Príncipe heredero de Sajonia.

Comandante del 15.º cuerpo del ejército, el Rey de Baviera.

Pero hay muchos generales y jefes nacidos del pueblo.

En todas las ciudades de Alemania hay un cuartel con una guarnición; se ven á cada instante cruzar por los ferrocarriles, de una á otra plaza, los regimientos: todas las mañanas salen los batallones con música de viento á hacer ejercicio, ó los hulanos á ensayarse en la carrera; en todas las fortalezas se montan sin cesar los cañones que salen de las fundiciones del gobierno; y con diversos pretextos, como la visita de un Rey extranjero, el cumpleaños del Emperador ó el aniversario de una batalla, se concentran las fuerzas y se pasan grandes *Revistas;* así es que el viajero llega á creer que se intenta una repentina invasión á otro país, ó que el gobierno hace preparativos para una guerra de defensa inmediata; y esta vida de guerra permanente es la vida normal de la nación.

CAPITULO XXXIX.

Ferrocarriles—Baden-Baden—Un encuentro casual—República de Hamburgo.

LOS FERROCARRILES de Alemania son los mejores y los más baratos de Europa; un coche de *segunda* en aquel país equivale á uno de *primera* en Francia, y esto se tiene en cuenta al comprar la boleta de viaje, cuando se pasa de uno de estos países al otro: en los coches de *primera* clase en Alemania sólo los personajes elevados viajan; la *tercera* clase es como la *segunda* en Francia, y hay además una *cuarta* clase, que permite hasta á los más infelices viajar en ferrocarril, lo que no sucede ni en Francia ni en Inglaterra. El pasaje de Hamburgo á París, que es un trayecto como de doscientas leguas, atravesando por la Bélgica, y pudiendo detenerse un mes en el camino para visitar todas las ciudades, cuesta cien marcos, ciento veinticinco francos ó doce pesos. Y daré una idea de la rapidez del viaje, refiriendo que habiendo tenido noticia de que mi hijo Evaristo se hallaba enfermo en París, tomé en Hamburgo el tren á las nueve de la noche, y andando desde esa hora, al día siguiente por la noche, antes de las doce, llegué á París. Los trenes en Alemania caminan á razón de veinte leguas por hora, y se detienen cada quince minutos á tomar pasajeros en las mil estaciones de ladrillo rojo, las cuales tienen un reloj blanco al frente, y son de idéntico tamaño y forma en todo el Imperio. En Francia no hay regularidad en las estaciones, generalmente son de ciudad á ciudad, y los ferrocarriles andan más aprisa; y en Inglaterra son muy frecuentes los trenes expresos de uno á otro punto y caminan treinta leguas por hora.

Viajar en ferrocarril por Inglaterra y Francia es muy agradable, porque van reunidos caballeros y señoras, se conversa en común, se contraen relaciones, se hacen amistades, y algunos viajeros cuentan que hay también aventuras; pero en Alemania las señoras van en distinto coche que los hombres, porque éstos no pueden renunciar un solo instante al placer de fumar; y el extranjero tiene que optar entre el papel, algo ridículo, de ir sólo entre mujeres, ó entre una atmósfera de humo que lo asfixia.

En Alemania en los lugares en donde el tren se detiene hay restaurantes con mesa común; la comida está servida ya para los que quieran, con vino tinto ó del Rin á discreción, y en el centro de la mesa, indicado el precio de la comida, que se paga al acabar. A propósito, la sopa es muy caliente, y se nota cierta lentitud en el servicio; las pasas, almendras y demás cositas de que pudiera uno proveerse están en la mitad de la mesa, de manera que es preciso llamar á un sirviente, y mientras tanto el tiempo pasa.

Viajar por Europa debe ser muy barato para los prácticos y conocedores, pero á los que no lo son les hacen el viaje caro todos los que se consagran á explotar su ignorancia, su vanidad ó su condescendencia, haciéndoles pagar multitud de servicios inútiles, tomar habitaciones caras, vinos ricos, y obligándolos á gastar en mil prodigalidades en que jamás entran los hijos del país.

Donde más se ve esto es en BADEN-BADEN, lugar de baños en Alemania, sitio de recreo y residencia en verano de la clase más elevada de Europa. La población radicada sólo será de diez mil habitantes, pero van allí á bañarse, á divertirse y á gastar, cien mil personas cada año ; y la grande habilidad de los empresarios, hoteleros, cocheros, &c., es que el que llega gaste lo que lleve en el menor término posible, quedando satisfecho y contento.

Baden-Baden no es ciudad sino un paraíso; allí sólo hay alamedas, jardines, casas de baños, hoteles y lugares de recreo y sitios de expedición y de paseo; nadie tiene ocupación, todos hablan francés, y desde las seis de la mañana hasta la misma hora del día siguiente, la ciudad está igualmente animada y rebosando de gente; unos pasean, se bañan y se divierten durante el día, y otros conversan, juegan y bailan durante la noche.

La URSPRUNG es una fuente de agua caliente ; brota al pie de una roca, y hay encima una cúpula romana; y por mil conductos va el agua á las innumerables casas de baños que hay, más ó menos lujosas, pero todas elegantes y aseadas.

LA CASA DE CONVERSACIÓN está situada en el medio de un bosque de

encinas; y es tan grande como el templo de la Magdalena en París; tiene un espléndido vestíbulo y corredores en todo el rededor; un inmenso salón para la conversación y para los bailes, adornado con lujo, cubiertas las paredes de cuadros al oleo y espléndidamente iluminado por la noche. Salones de lectura, salones de juego de billar, restaurante, salas para beber cerveza y fumar, y gabinetes de una elegancia y riqueza admirables para el servicio de las familias nobles.

A las seis de la mañana están las señoras, principalmente las inglesas, paseando á pie en el parque en frente á *trinkhanhale* ; los caballeros, principalmente los rusos, luciendo en las alamedas magníficos carruajes ; y las señoritas, principalmente las francesas, en expedición á las montañas; y como si fuera el único día de esa fiesta, todo el mundo corre, se afana, se apresura y hay ruido y animación por todas partes.

A las doce del día Baden-Baden está desierto, y solo se ven en los jardines y en los paseos procesiones de nodrizas, vestidas todas con trajes originales, y llevando los niños alzados, en cochecitos ó enseñándoles á correr. Gusta mucho á los soldados de guarnición pasear también á esa hora; y hay una caricatura muy original en un hotel que representa á un soldado prusiano, gigante y formidable, al rededor del cual están mudos contemplándolo muchos niñitos, y al pie dice: « Dejad que los niños se acerquen á mí, pero con sus nodrizas.»

A las tres de la tarde empiezan á salir las lindas bañadoras ; á las cuatro el salón de conversación no cabe de hombres que hablan de finanzas, de política, de negocios, de juego y se proyectan expediciones para el día siguiente. A las cinco los jardines, los paseos, las calles, toda la ciudad, se mueve y está repleta de mujeres vestidas de los más ricos trajes, elegantemente adornadas, formando círculos según su rango y amistades, paseando de brazo con los caballeros ó arrastradas en coches descubiertos y sobre cojines de seda blancos; y las de mala condición entrando y saliendo á los cafés, salas de juego, tabernas y cantinas, llamando la atención por su lujo, desenfado y belleza. A las siete de la noche se come en público bajo los emparrados y cenadores de los jardines, en el hotel en común ó en los gabinetes privados; y se consume todo el vino que producen las riberas del Rin y del Mosela, más el de los valles de Champaña. El concierto ó el baile principia á las diez de la noche; y el resto hasta el amanecer es para los de vida disipada.

Si hay soledad sombría es la que se pasa entre una multitud alborozada ; y si hay algo en el mundo que produzca profunda tristeza, es la alegría de los otros, incomprensible para una alma afligida. Por esto yo

extranjero, lejos de todos los míos, sin un amigo y sin halago alguno, estuve en Baden-Baden más triste que en ninguna otra parte ; y me fuí de allí lo más pronto posible.

Después de tres meses de conocer todos los días una nueva ciudad, de ver todos los días un nuevo paisaje, de dormir en distinto hotel, de encontrar caras desconocidas y hombres indiferentes, y de hallarme sólo como en el mar, entre ondas de gente que pasaban á mi lado, suspiraba yo por mi casita de Hamburgo, por la estatua de Schiller que al frente de ella estaba, y que me era querida, por los buenos amigos y por una compatriota negra que había encontrado de una manera casual ; y la cual teniendo como yo, necesidad de todo lo que le recordara la patria, me había mostrado gran cariño. Voy á contar cómo fué nuestro encuentro.

Altona es una ciudad de ochenta mil habitantes, unida á la de Hamburgo ; pero que siendo prusiana, tiene leyes, costumbres, hábitos y población completamente diferentes ; y como cada una de estas dos ciudades tiene su puerto sobre el Elba, no tienen entre sí más comunicación que la del ferrocarril que á ambas atraviesa. Llegó á Altona una compañía de ópera italiana, y anunció el *Barbero de Sevilla* ; oír italiano cuando sólo se está oyendo alemán, es una felicidad ; ver el *Barbero* que ya había visto en Bogotá, era ver algo de mi tierra, y oír á don *Geovani* era recordar á Honorato Barriga.

Convidé al señor Kugellman á la ópera, tomámos el ferrocarril y á la hora estábamos en la puerta del teatro de Altona; y como la función había principiado ya tomámos los primeros puestos que se nos ofrecieron, los cuales estaban á la entrada en el primer palco á la izquierda, en donde había ya varias personas sentadas. En el segundo acto oí furiosas y francas carcajadas á mi lado y á una señora que dijo ¡ Chusco ! ¡ Chusco ! ¡ Chusco ! Volví á mirar sorprendido, y me hallé con una negra con motas, muy bien vestida y entregada á la más loca alegría, escuchando á *don Geovani*.

—¿ Habla usted español ? le pregunté.

—¿ Y usted ? me preguntó ella, como con sorpresa, y sin reflexionar que en este idioma era en el que yo la había interrogado.

—Sí. ¿ Es usted española ?

—No, soy americana del Sur.

—¿ De qué país ?

—De Panamá.

¡ Paisana !

—¿ Usted también es de Colombia ?

—Sí, soy el Cónsul en Hamburgo.

Inútil será referir su alegría y mi contento. Contóme que se había casado en Panamá con un médico alemán, quien la había traído á Altona, donde hacía diez años vivía, sin oír á nadie español ni encontrarse con ningún compatriota. La señora Vandek, así se llamaba, convidóme para el domingo siguiente á su casa; y ese día, á las dos de la tarde, exacto á la cita, tocaba yo la campanilla.

Abrióme una criada, me introdujo á una salita, en la cual apareció al cabo de un momento una negrita clara, celebrísima, que salió de la alcoba, quien no me saludó; y luégo, como resunta de escuela, en el peor castellano imaginable, y en medio de las carcajadas que detrás del bastidor de la alcoba se oían, empezó á relatar:

« Copiado con letra clara
He recibido *El Desvelo*
De Gabriel García Tasara,
Mas te digo sin recelo,
La ofrenda pasa de rara.

« A una niña de estos días
Lo sabes tú, mi querido,
Habiendo confiterías
No se le mandan poesías,
Porque este es tiempo perdido.»

Interrumpiéndose á cada instante y con mil dificultades relató todos los versos de esta composición, que yo había escrito hacía más de veinte años.

Mi paisana salió de detrás del bastidor, y apenas pudiendo contener la risa, me dijo:

—Estas niñas ya no quieren hablar español, pero yo las obligo á que lean; y entre los libros que trajimos de nuestro país hay uno con versos, que se llama *La Guirnalda*, y en ese libro están esos versos de usted, que yo he obligado á esta niña á que aprenda de memoria.

Fuimos excelentes amigos, y al tiempo de venirme me encargó que le mandara todos los versos que se publicaran en Colombia. ¡ Imagínense qué comisión !

Los que desconfían de la República y les temen á las tempestades de la democracia, deberían, para salir del error, visitar la *República de Suiza*, ó ir á Hamburgo para conocer cuán sencilla es la máquina republicana, cuán benéfica la democracia y cuán apacible la vida bajo un gobierno sin corte, sin aparato ; sin rivalidades de dinastía, y sin la policía suspicaz é infame de los déspotas.

Hamburgo desde tiempo atrás fué una ciudad anseática y una pequeña república, sin Presidente ; y debe á esa forma de gobierno la paz de que ha gozado y la prosperidad que ha alcanzado. Haber fundado la más amplia libertad de cultos de que hay ejemplo en Europa, haber traído á su seno á todos los hombres industriosos, y hecho de su puerto el primero, después de Londres y Liverpool; el Elba se muestra allí cubierto de bajeles que le traen tributos de América y de Oceanía, y la ciudad se levanta hermosa y llena de riquezas á esfuerzo de sus hijos.

Antes de la incorporación en el Imperio, Hamburgo tenía ya una Constitución modelo, conforme á la cual el Poder Legislativo es ejercido por el Senado y una Cámara de la *bourgeosie*, y el Ejecutivo sólo por el Senado. El Senado se compone de diez y ocho miembros de los cuales nueve son *doctores* en derecho ó en finanzas, mientras que los otros nueve deben ser comerciantes. El Senado elige en votación secreta un primer y un segundo Burgomaestre, nombrados por un año, á quienes delega respectivamente las funciones administrativas, bajo su inmediata dirección. Al Senado ayudan dos Síndicos y dos Secretarios.

El cuerpo de la *bourgeosie* se compone de ciento sesenta miembros, de los cuales ochenta son elegidos en las elecciones generales y por escrutinio secreto, y los otros ochenta se componen de cuarenta propietarios elegidos por los propietarios mismos, y cuarenta entre los que han sido antiguos Jueces ó Administradores del común. Los Jueces son elegidos por el Senado.

Hamburgo ha vivido sin la inquietud por las alianzas en que viven las dinastías; no ha tenido *comuna*, ni *protectores*, ni *salvadores*, ni *tiranos* de la sociedad; ha resistido un incendio que la devoró en este siglo, y espera en paz el porvenir. Debo hacer notar que en la época en que yo estuve allí los *doctores* eran burgomaestres, síndicos y presidentes, tenían mayoría en las cámaras y ejercían la justicia.

La República de Hamburgo tiene solo cuarenta y ocho kilómetros cuadrados y una población de cuatrocientos cincuenta y tres mil ochocientos sesenta y nueve habitantes, lo que da mil ciento catorce por kilómetro. De estos habitantes, viven sin disenciones, sin perseguirse y sin odiarse, en tan estrecho recinto, cuatrocientos mil *protestantes* de diversas sectas, predominando la *evangélica*, trece mil *católicos*, novecientos sesenta y siete *griegos cismáticos*, diez y seis mil *judíos* y cinco mil de otras religiones ó que ninguna practican.

La *Sinagoga* de Hamburgo, que visité para dar de estos templos alguna razón, es un edificio imponente, con una nave central y dos laterales formadas de arcos, sobre los cuales hay corredores ó tribunas destinadas

para las mujeres, que al entrar al templo se separan de los hombres. Los muros del templo están estucados de un verde claro, y en ellos se ven escritos versículos de la biblia.

De los muros salen unos garfios de fierro largos, á cuyo extremo cuelgan arañas de metal, de forma muy rara. No hay imagen alguna de Dios, ni altar, ni púlpito; pero á la cabecera del templo está una gran mesa cubierta de terciopelo rojo con largos fluecos, y encima un enorme candelabro de bronce ó de oro, de siete largos brazos, y un incensario; y más adentro hay una verja dorada, como si hubiese un recinto reservado.

Nadie oficia, hace ceremonias ni predica; dos de los asistentes, vestidos de una especie de bata verde y con sombrero de copa alta en la cabeza, van cerca de la mesa, toman unos como ciriales de plata, en los cuales hay largos rollos de pergamino, envueltos y escritos; el uno va desenvolviendo los rollos y el otro leyendo, y juzgo que lo escrito está al revés de lo común, pues de otro modo no pudieran leer. Concluyen un rollo y empiezan otro y otro; todos en hebreo.

Entre tanto los otros judíos, con el sombrero puesto, permanecen sentados, delante de mesitas como los pupitres que se usan en las escuelas modernas, cada uno aparte y leyendo la biblia. Jamás se descubren, jamás se arrodillan ni dan la menor muestra de adoración; y mudos, absortos, pasan largas horas en contemplación, y descifrando las *profecías* ó interpretando la voluntad de *Jehová* en la biblia.

No sé qué misterio, revelación, ó instruídos por quién, en mi país, en el recinto en donde colocan el *Santísimo*, el jueves santo, llamado *monumento*, ponen á veces la decoración de un templo, y éste fué el que se me representó en la simagoga de Hamburgo; y el aspecto de los judíos de barba larga y facciones pronunciadas, orando silenciosos, y la majestad severa del edificio, todo me transportó á Jerusalén al tiempo de la venida del Redentor.

Hay dos iglesias protestantes muy buenas en Hamburgo : *San Nicolás* que es toda de ladrillo, y cuya torre ha de tener cinco metros más que el más alto edificio del mundo, y *San Pedro*. En la primera me sorprendió ver la fachada y la torre adornadas con estatuas de bronce negro de varios santos, principalmente de los apóstoles. En la segunda presencié la ascención de una campana que pesaba ochenta mil kilogramos ; para introducirla en la iglesia tuvieron que rebanar la portada y abrir un hueco enorme, y luégo fué por medio de máquinas de vapor levantada en el aire y colocada en el lugar donde debía quedar. Apenas colocada echaron á vuelo la campana, y la población lo celebró como una gran fiesta.

Los católicos tienen varias iglesias, entre ellas la de *Santa Catalina*, que es donde se celebra el culto con mayor magnificencia; y como de la América del Sur han vuelto ha establecerse en Hamburgo muchos alemanes, casados con suramericanas, el catolicismo se extiende, y gusta mucho su pompa aun á las señoras amburguesas protestantes.

Ni los sacerdotes católicos llevan vestido talar como en Francia; ni los ministros protestantes la levita y el cuello blanco, que los distingue en Inglaterra; ni los rabinos vestiduras bíblicas por la calle; y en nada se diferencian los ministros de los cultos del resto de los ciudadanos.

La armonía que reina entre todas las religiones; la seguridad personal que la constitución garantiza; la forma de gobierno republicano que allí existe; las costumbres democráticas de la ciudad; el espíritu de adelanto que la anima; el progreso que se ve; la buena condición del pueblo, que tanto complace el ánimo; mis buenos y generosos amigos; la sociedad á que concurría y cuyo círculo se iba aumentando de día en día; la belleza y suntuosidad de la ciudad; el espléndido lago; y mi casita blanca á sus orillas; todo allí tenía encantos para mí, y lo recuerdo aún con placer.

Todo me era grato en Hamburgo, como le es grato á la golondrina extraviada en el invierno, cuando va á morir de frío, el recinto que encuentra, donde hay paz y calor, pero que sigue adelante porque no están allí su amor y sus hijos.

CAPITULO XL.

Bélgica—Ceremonias católicas—Agricultura—Bruselas—Anvers—Waterloo.

ANTES de volver á París quise conocer á BÉLGICA, y quedé encantado de encontrar un país muy hermoso,algo accidentado y el más cultivado y más poblado de Europa. Bélgica no tiene más que veintinueve mil kilómetros cuadrados de superficie y cuenta cinco millones de habitantes, ó sean ciento setenta habitantes por kilómetro; y tiene dos mil quinientos distritos. Así es que los campos se ven cubiertos de cultivadores, los ríos y canales llenos de buques, los caminos repletos, los distritos y las parroquias unidos unos á otros, y las grandes ciudades están tan inmediatas las unas á las otras, que con frecuencia los habitantes de una van á la misa ó al teatro de la otra sin la menor dificultad.

En el espacio que dejan las ciudades, hay bosques de pinos: en los valles praderas artificiales, en las alturas, molinos de viento. Los antiguos castillos son fábricas de herramientas, los collados se cultivan, las canteras se explotan para mandar piedra á París, las minas de hierro son ya inmensos socavones, de las de carbón se proveen algunos países extranjeros, de las arenas de los ríos se hacen vidrios planos y cristalería para el mundo entero ; y las fábricas de paños y de encajes finos mantienen su antiguo esplendor y son dignas de su fama.

En Bélgica todo es alegre, todo es risueño y hace contraste con Alemania ; las casas de campo son blancas y con tejados rosados; las fábricas coquetas, los molinos pintorescos, los pueblos aseados, las ciudades

espléndidas y la población feliz, debido todo á la paz que le proporciona un gobierno constitucional y bien establecido.

La población de Bélgica es católica en su mayoría; pero hay muchos judíós y protestantes. Tiene un arzobispado, el de Malinas y cinco obispados.

Asistí á una misa pontifical en la antigua y gótica iglesia de *Saint Rambeau* en Malinas, cosa que había deseado mucho, pues todos los templos góticos que había visitado, ó eran ya iglesias protestantes, ó había sido en las horas en que estaban vacíos.

El inmenso templo de bóvedas sombrías, estaba lleno de gente en todas sus naves, y al extremo se veía el altar mayor resplandeciente de luces; y orando y arrodillados en el presbiterio muchos sacerdotes vestidos de albas blancas. A un lado del altar estaba el trono pontifical ó solio de terciopelo rojo, sostenido por dos leones de oro, y tan alto, que parecía perderse en la bóveda de la iglesia. Sentado debajo del solio en una silla dorada estaba el Arzobispo, con vestiduras moradas, una alta mitra bordada de piedras preciosas que devolvían los rayos de la luz del altar, y con zapatos blancos bordados también. Al frente del solio dos sacerdotes asistentes tienen una gran cruz de plata y el báculo episcopal de oro.

Cuando el Arzobispo se pone de pie, cien sacerdotes se levantan también, como levitas, inclinada la sien, bajos los ojos y llenos de unción y de respeto. La inmensa multitud guarda un respetuoso silencio y en todos los semblantes se lee la piedad y la devoción. En medio del silencio y reinando en el templo la majestad de Dios, el prelado entona en latín una oración que se oye en todos los ámbitos de la iglesia y que todos escuchan como el eco de la palabra divina. El órgano con cien voces humanas y una orquesta celestial contesta desde el coro, y la iglesia parece temblar en sus cimientos.

Después, tres sacerdotes con dalmáticas y capas pluviales de brocado y de oro, ocuparon el altar mayor y cantaron una misa solemne, acompañada con la orquesta, oficio á que los fieles asistieron con gran devoción. En ciertos momentos los sacerdotes dejan el altar y se sientan en sillas doradas en frente del solio episcopal, en otros los asistentes traen el incensario, que se bate delante del Arzobispo, y éste inclina la cabeza. Al fin el Arzobispo, revestido de una casulla suntuosa y teniendo en la mano izquierda el báculo, de pie, al frente del presbiterio, extiende la mano y bendice al pueblo. Todos doblan la rodilla, inclinan la cabeza y reverentes la reciben.

¡ Qué solemnidad ! ¡ Qué lujo ! ¡ Con qué magnificencia se adora á Dios en aquella iglesia !

La agricultura en Bélgica es floreciente; todo el territorio es un jardín,

y las alamedas en los caminos públicos y como división de las propiedades, la embellecen mucho. Produce trigo suficiente para su inmensa población, mantiene un millón y quinientas mil reses de raza holandesa ; medio millón de caballos; dos millones de ovejas y quinientos mil puercos.

Si los campos están bien cultivados y llenos de gente, las ciudades están repletas, y se mantienen de infinitas fábricas de toda clase, principalmente de máquinas, instrumentos de fierro, cristalería, objetos de zinc, jabón y velas esteáricas; y Bruselas, muy particularmente, de la impresión y comercio de libros.

Bélgica, que no tiene más de doscientos setenta y siete kilómetros de Sur á Norte y ciento sesenta de Este á Oeste, tiene siete mil kilómetros de caminos carreteros y tres mil cuatrocientos de ferrocarriles en todas direcciones, de manera que está cubierta como de una red, y se puede recorrer todo el territorio en un día y conocer todas las ciudades.

En Bélgica está la famosa Universidad de Lovaina, donde tantos sabios en la antigüedad concentraron la ciencia que había en Europa, y de donde salieron muchos Papas.

En Bélgica, más que en ninguna otra parte de Europa, se observa que la antigua sociedad se extingue; que el carácter distintivo de los pueblos se está acabando; que la historia de las naciones en Europa está concluyendo un período manifiesto; que se ha efectuado un cambio más notable de 1780 á 1880, es decir, en cien años, que el que se verificó del año de 800 al de 1800, es decir, en diez siglos; y que al principiar el venidero no quedarán más que los edificios como testimonio del pasado de esas naciones.

Nadie que visite hoy la Bélgica puede creer que sea la patria histórica de Carlos V, ni la herencia que por parte de la madre le tocó; *Flandes*, á donde iban las expediciones españolas á disfrutar como de país conquistado, y de la cual los que volvían contaban maravillas de las mujeres tapadas y de los muchos monjes, es el *Waesland* de hoy, el país más alegre, más poblado y mejor cultivado de Europa; y *Anvers*, puerto sin animación en otro tiempo, poblado de rústicos pescadores, famoso por su inmensa catedral, la patria melancólica de Van Dick, rodeada de murallas y destinada para resistir los sitios, es hoy *Antroerpen*, elegante y magnífica ciudad, llena de joyerías y de almacenes, donde una multitud ocupada recorre las calles, llevando y trayendo las mercancías al puerto el cual está lleno de buques, que lucen todos los pabellones de la tierra.

Bruselas es una linda capital, miniatura en rico esmalte, de París; pero como Bélgica es un reino pequeño, tiene que suplir la capital en aseo y buen gusto lo que Francia da á París en riquezas para que gaste; además,

el buen rey no tiene una corte ostentosa, el presupuesto votado anualmente por las Cámaras limita sus gastos, y como la ciudad no es centro del mundo para el placer y la diversión, allí se vive más en familia, teniendo todos la cultura intelectual y moral que tanto llama la atención de los extranjeros que van á Francia.

Además de sus antiguos templos, de sus palacios reales y de sus hermosas plazas y alamedas, visité en Bruselas el *Palacio de las Cámaras*, que es de construcción moderna y el edificio más á propósito para su objeto que se ha levantado en Europa, siendo la sala más elegante y más lujosa que el pueblo haya levantado para sus Representantes. El palacio en Gante de Carlos V está hundiéndose; el Escorial de Felipe II desierto y solitario, y Versalles es un museo; y en vez de estos asilos del despotismo de otro tiempo, la *Casa del Parlamento* en Londres se levanta magnífica; en la construcción del *Palacio del Reichstag* en Berlín se gastan millones de marcos por año, y el *Palacio de las Cámaras* en Bruselas es espléndido. La soberanía del pueblo tiene ya sus palacios.

En el colegio tuve un condiscípulo á quien le dió por usar guantes y cuello recto, afeitarse todos los días y caminar despacio. Empezó por ir á la herrería de un inglés, Frenche, que vivía junto á su casa, dió en cultivar la amistad de los ingleses, olvidó su idioma y todos los otros estudios; tomaba té y renunció al chocolate; apretó las quijadas y logró al fin persuadirse de que era inglés; y logró aun más, que los otros convinieran en eso. Llamábase Latorre. En mi país *crestones* se llaman unos gallos ordinarios que no sirven para la pelea, y *crestón* llaman por burla, y en lenguaje figurado, á los hombres majaderos y tontos. Mi amigo Latorre fué llamado por los condiscípulos *lord Créston*, haciendo grave la palabra; el nombre se generalizó y con el vivió y murió.

Esto es lo que ha pasado con la gran batalla que los ejércitos aliados, bajo la dirección de lord Wellinton, le ganaron en Bélgica á Napoleón en el monte *Saint Jean*. Se propusieron hacerla inglesa, darle un nombre inglés, y lo lograron al fin: hoy se dice y así será conocida en la historia: la Batalla de *Waterloo*. En este campo histórico hay un enorme león que parece, en medio de la soledad, pedir más sangre para saciar su sed.

CAPITULO XLI.

París qui pleure—Asistencia pública—Hospicios—Prisiones—Hospitales—Institutores sordomudos—Colegio de ciegos—Casas de locos—*Hotel de los Inválidos*—Tumba de Napoleón.

AL volver á París quise hacer algunos estudios sociales y conocer si la población ganaba ó perdía con lo que se llama el progreso de la civilización ; porque mi aversión por el Imperio Romano ha nacido siempre de que su decantada civilización no fué otra cosa que el monopolio del poder, de la dicha, del bienestar, de la fortuna y de cuanto debe estar repartido entre todos, que como despojo de los pueblos hizo la eterna ciudad, para el placer, el lujo y la ostentación de unos pocos; despojo hecho con tanta crueldad como se sacrificaba la vida de los hombres.

En París, la hermosa y alegre capital del mundo entero, la de los jardines, los paseos y las fiestas, donde todos van á gozar y donde parece que todos ríen y se divierten, hay otro París que trabaja, que sufre y que llora.

En todas las naciones la diosa Miseria ha tenido sus dominios, y pálida, hambrienta y desencajada en frente de la Opulencia, ciega y loca, le ha hecho guerra cruel ; y ganándole batallas, quitándole súbditos por el vicio, la prostitución, la ociosidad y las inicuas instituciones, ha logrado al fin arruinar los imperios y escribir con lágrimas la historia de la humanidad.

Yo quise, pues, saber si la civilización era ó no benéfica en París ; y sin cuidarme de las fiestas, de las diversiones, de los museos y de los palacios, que nada valen y para nada sirven, me mezclé con el pueblo

trabajador, procuré conocer las familias de los obreros, exploré las regiones de la miseria, y fuí á contemplar los sufrimientos y á presenciar los dolores de los que lloran.

Hasta ahora la humanidad se ha dividido en dos razas, la favorecida y la maldita, compuesta ésta de seres oscuros, que se reproducen fatalmente para vivir trabajando y obligados á la prostitución y á los vicios, seres que, cuando el trabajo falta un día, ó por consecuencia de la ignorancia se abandonan, el hambre viene y los consume, ó las enfermedades se ceban en ellos, ó las pestes los hacen sus víctimas. El problema social está en confundir las dos razas, balancear la suma de bienes y dolores para todos, y en que ya que no se puede quitar la desgracia del camino de la humanidad, hacer por lo menos que el que cae herido por ella, no sea abandonado por todos en la vera del camino. Problemas son éstos que no me propongo resolver, pero que agitan profundamente las entrañas de la sociedad de Europa.

La condición de la clase trabajadora en París, es preciso reconocerlo con verdadero placer y como un consuelo para la filantropía, es la mejor en Europa; y hombres y mujeres ganan un jornal que alcanza para sus gastos, y tienen un trabajo que no es excesivo ni cruel. La civilización ha sido, pues, benéfica para los trabajadores.

En cuanto á los miserables, de los que hay una gran masa en París, que aterra, que espanta y que llena de aflicción al viajero; es preciso reconocer también que Chanfort, en 1789, decía: « Es una verdad incontestable que hay en Francia siete millones de hombres que piden limosna, y doce que no pueden darla, y todos se vienen sobre París»; y el Duque de la Rochefoucauld, decía en plena Asamblea: « Que en París más de la décima parte de la población vegetaba en la desnudez más absoluta.» Las cifras siguientes son aterradoras, pero no iguales á las de las épocas pasadas. Hay ciento diez y ocho mil necesitados, y diez mil vagabundos que la policía no alcanza á sujetar. Entre estos necesitados están los miserables heróicos, inválidos del trabajo; los mutilados por la guerra; los niños expósitos; los Ícaros que soñaron con gloria y con fortuna, y que cayeron por tierra; las mujeres que París daña y pervierte; los que el genio ó la desgracia extravía; y, en fin, están todos los despojos de los vicios que son tantos en tan rica capital.

Estas cifras, repito, no son consoladoras, pero es necesario reconocer que la civilización ha disminuido el número de los miserables, y que la condición material de estos desgraciados, ha mejorado con las reformas que la civilización ha introducido en las costumbres, y debido á los esfuerzos de la caridad cristiana.

Hoy hay más niños expósitos que en otra época; pero es porque antes eran tirados en las calles, devorados por los animales, ó recogidos, y á veces comprados, por los que les sacaban los ojos, les quebraban la cintura, les cortaban los labios ó les convertían el cuerpo en úlceras para inspirar compasión y recoger limosna; ó para exhibir espantosos *fenómenos*, y atraer así la atención pública los saltimbanquis por todas las ciudades.

San Vicente de Paul se hizo el protector de los niños; los recogió, los puso bajo el amparo de las hermanas de la caridad; los redimió, por decirlo así. Fundó hospitales para crearlos, que existen hoy, y que han sido extendidos y mejorados ; y ya los niños no son devorados por los perros ni despedazados por los hombres. Bendito sea aquél santo! Bendita sea la nueva civilización !

Los miserables mendigos en otro tiempo eran completamente abandonados por la sociedad, perseguidos por los edictos reales, asesinados en masa como sediciosos ó echados en una prisión á que muriesen de hambre, para libertar á la ciudad de las escenas desagradables y repugnantes de la mendicidad. Hoy todos los necesitados pueden presentarse á las *Oficinas de Beneficencia pública*, y recibir un auxilio para no morir de hambre; además de los esfuerzos que el gobierno hace, las *Sociedades de beneficencia* y las almas caritativas se ocupan en buscar trabajo para los obreros, en difundir nociones de moral en los niños, y en establecer cajas de ahorros; con todo lo cual el número de miserables va disminuyendo, su condición siendo menos cruel, y ahorrando á los pobres dolores y lágrimas.

La organización social es siempre la causa de la miseria en un país, y la caridad no puede hacer otra cosa que aliviar los dolores individuales de las víctimas de esa organización. Hé aquí un ejemplo que todos han presenciado en mi país. Los indios eran dueños de una porción, más ó menos grande, de terreno en el pueblo donde nacían, y la ley, buena ó mala, les dió licencia para vender ese terreno. Esa ley echó sobre la sociedad medio millón de miserables, y la caridad no puede hacer más que socorrer y dar limosna á cada uno de estos infelices.

La organización social en París produce ciento veinte mil miserables, que sin la *Caridad cristiana* se arrastrarían por las calles, mostrando inútilmente sus dolores, morirían de infinitas y multiplicadas enfermedades en oscuros tugurios, se lanzarían desesperados y llenos de rabia contra la sociedad, y cansados de llorar, renegarían de Dios en su infortunio.

Veamos primero lo que la civilización ha conseguido en favor de los que lloran, y luégo lo que la caridad practica diariamente para enjugar sus lágrimas.

Para que los miserables no caigan en el delito ó no cometan crímenes, hay una policía vigilante y severa, invisible y visible, que está en todas partes, espía todas las acciones y descubre todos los secretos; y esta policía logra destruír las tramas, desbaratar las confabulaciones, detener en su camino al que empieza, y aun parar el puñal del asesino. Esta policia benéfica no sólo salva la sociedad sino que ahorra penas, dolores y lágrimas á los miserables.

Las cárceles, mansión obligada de éstos, eran en otro tiempo horribles antros en donde, confundidos los sexos, mezclados criminales é inocentes, como bestias feroces, eran encerrados al capricho de un juez ó la voluntad de un alguacil, multitud de seres humanos que se debatían furiosos, hambrientos, y de los cuales ninguno salía sino para ir á la horca ó á ser despedazado.

La Revolución redimió á los miserables del capricho de la arbitrariedad, y nadie es detenido hoy sino con justa causa; las casas de detención son edificios decentes y cómodos; allí nadie se corrompe, y sobre todo para las infelices mujeres hay prisiones que son verdaderas escuelas de moralidad y de buenos ejemplos.

No está en París el sistema penitenciario á la altura de las *Casas de Cincin* en Nueva York ó del *Panóptico de Filadelfia*; pero la suerte del delincuente ha mejorado, las prisiones son sanas, no hay crueles castigos; y la *pena de muerte* si no está abolida, pues aun queda algo del antiguo régimen conservador, ya la sociedad la rechaza horrorizada.

Hay en París ocho prisiones: unas preventivas y otras que son casas de corrección; son distintas las de hombres de las de mujeres y las de niños, y en cuanto es posible se ha establecido la separación por clases y delitos. Visité la prisión de *Sainte Pelagie* para hombres, aseada y decente, pero me pareció que reinaba un desorden funesto para la moral, proveniente de la comunicación diaria y frecuente entre los presos y los que los visitan; no obstante, ¡ alivia tanto los dolores el estar con los que nos aman !, que yo disculpo este desorden. También fuí á *Saint Lazare*, prisión de mujeres, que más parece una casa de campo ocupada por quinientas mujeres buenas y apacibles que por delincuentes y criminales. No estampa sobre la mujer francesa sus espantosas garras el crimen; y más bien parece un ángel caído que inspira compasión.

Los paganos tenían horror á todo sufrimiento, á todo lo que era débil y enfermo. Los cristianos aman el dolor y compadecen á los débiles y á los enfermos. La pobreza era un oprobio á sus ojos; los pobres son los hijos de Dios para los cristianos; el sufrimiento ajeno era un placer para ellos unas

veces, como en los juegos de los gladiadores y el combate con las fieras, y otras un escándalo que se debía ocultar; el que sufre tiene para los cristianos abiertas las puertas de la Bienaventuranza; el sufrimiento ajeno conmueve su alma y despierta sentimientos generosos. Para que hubiese orden, paz y belleza en las ciudades se desterraba á los pobres, á los enfermos, á los leprosos y á todos los que sufrían y lloraban, cuando no se les mandaba degollar; los cristianos levantan para ellos palacios, y llenos de amor y de abnegación, se consagran á su servicio y los cuidan como á hijos. La civilización actual es, pues, mejor que la antigua, para los que sufren y lloran.

En la hora común de los mortales, ó cuando la enfermedad inevitable viene, no sólo los ricos, los trabajadores, los inocentes, sino los pobres, los ociosos, los culpados, en una palabra, los miserables de París, son atendidos y encuentran compasión: la ciudad paga *Salas de consulta* gratuitas; y todos los días de las nueve á las diez de la mañana, un médico competente, en cada sala, acompañado de un cirujano, les da sus consejos á los infelices, les hace operaciones ligeras cuando es necesario, y los citan para los días siguientes si la enfermedad lo requiere. Conocer el remedio para calmar el dolor es ya un consuelo; y no estar obligados á hacerse lo que la ignorancia aconseja como tal, y que frecuentemente no sirve sino para prolongar la enfermedad y exacerbar el dolor. En un año se despacharon en las diversas salas de consulta ciento cincuenta y ocho mil doscientos tres enfermos.

Si la enfermedad puede aliviarse con un ligero tratamiento, se le ofrece también gratuitamente; y en *Saint Luis*, por ejemplo, hay baños y remedios para los que sufren de la piel, y después de recibirlos, vuelven á sus casas.

París tiene para los pobres quince Hospitales, de los cuales siete son generales y ocho para enfermedades netamente definidas; el *Hotel Dieu* que tiene ochocientos treinta y cuatro lechos de dolor; *Notre Dame de la Piété*, setecientos veintiseis; la *Charité*, mil seiscientos sesenta y seis; *Saint Antoine*, quinientos noventa y cnatro; *Necker*, cuatrocientos cuarenta y cinco; *Cochin*, ciento noventa y siete; *Beajun*. cuatrocientos diez y seis; *Lariboisière*, seiscientos treinta y cuatro. A estos hospitales hay que agregar el de *mujeres incurables*, que tiene quinientas treinta camas.

Los siete *Hospitales especiales* son: *Saint Luis*, fundado para los pestíferos y destinado hoy para las enfermedades de la piel, que tiene un servicio á propósito y ochocientas veintitres camas; *Le Midi*, para hombres pervertidos, trescientas treinta y seis; *Lourcine*, para las mujeres perdidas, doscientas setenta y seis; *Les enfants malades*, refugio santo y conmovedor,

para los niños enfermos, y en el cual son recibidos y salvados los de los pobres obreros y los de las madres desamparadas, con seiscientas diez y ocho camas; *Sainte Eugénie*, para los expósitos, con trescientas cuarenta y cinco camas; *La maternité*, fundado por la Convención, con trescientas camas; y en fin, *Cliniques*, una especie de enfermería para los casos de enfermedades extraordinarias, con ciento cincuenta y dos. Así, los *Hospitales* ponen á la disposición de los pobres un total de siete mil seiscientas noventa y tres camas, donde son atendidos cien mil enfermos en el año, salvándose generalmente de ochenta á noventa mil, y muriendo en medio de cuidados y con los consuelos de su religión, de diez á doce mil.

Es siempre triste la mansión del dolor, de la agonía y de la muerte; pero la *Caridad cristiana* parece embellecerla, por lo menos á los ojos del filósofo, que ve aliviados en parte estos dolores y quitado á la muerte su horror con la esperanza; y cuando se visitan los Hospitales de París y se ven los jardines que los rodean, como para alegrar á los enfermos; las salas inmensas, blancas, aseadas, ventiladas y llenas de luz; las cortinas en las ventanas, como para hacer agradable la mansión; las camas separadas, limpias y provistas de todo lo necesario y los enfermos asistidos por los primeros médicos de la capital; y cuando al propio tiempo se ve á las religiosas deslizarse como sombras benéficas, llevando el bálsamo de salud á todos los labios ó acompañando en el trance terrible al que se va; cuando todo esto se ve en un conjunto poético de amor, de ciencia, de piedad y de religión, el corazón se levanta gozoso y repite muchas veces ¡ Bendita y alabada sea para siempre la Caridad cristiana !

Mejor que los hospitales tiene París una institución de que debe enorgullecerse, y que no vi en Inglaterra ni en Alemania; hablo de la *Asistencia en el domicilio*, ó sean los socorros médicos que la sociedad lleva á a choza del labriego, al hogar del artesano, al lecho del paralítico, dejándolo al cuidado de su esposa, de sus hijos, sin el dolor de la separación de la familia, y fomentando en ella los sentimientos generosos de amor y de piedad para los nuestros. Esta institución admirable en su fin, admirable en su organización y admirable en sus resultados, debería servir de modelo en mi país, donde la limosna es generosa, pero inútil y corruptora, y debería extenderse á todas las ciudades y aun á las aldeas.

Esta institución, enteramente civil, está dirigida por un Consejo, compuesto del Alcalde, de doce administradores, de un número ilimitado de comisarios, que son generalmente las señoras caritativas, de un secretario y de un tesorero. Cada consejo tiene un médico, un cirujano, comadres y las hermanas de la caridad que puede sostener; y está establecido en una

casa, donde tiene servicio permanente y los medicamentos que puede conseguir con sus propios recursos. El elogio de esta institución está en las siguientes cifras, que da una de las últimas estadísticas: durante diez años las asistencias á domicilio han servido á 421,000 enfermos en su casa; de éstos 230,000 se curaron, 52,000 murieron, 102,000 tuvieron que pasar á los hospitales; y 13,000, que se creían inválidos ó inútiles para trabajar, se vió que sólo necesitaban un baño, un ligero ejercicio ó mejorar su espíritu, para continuar completamente buenos y alentados.

Fuí á visitar en la iglesia de San Roque la tumba del Abate L' Epée, el padre, el compañero y el amigo de los *sordomudos*, quien á fuerza de estudio, de amor y de paciencia, logró del cielo que les devolviera el lenguaje que la naturaleza les había quitado; y después de arrodillarme ante esa tumba, donde más tarde se levantará un altar, fuí á visitar la *Institución de sordomudos* de la ciudad.

El director actual del colegio de sordomudos es el señor Claudio Forestier, sordomudo él mismo, de un talento superior á lo humano, y que, como ningún otro podría hacerlo, cumple su misión, y auxiliado por su esposa que habla, pero que es hija de sordomudos y está llena de inteligencia y de virtud.

Se calcula en veinticinco mil el número de sordomudos que hay en Francia, cifra extraordinaria; y se sabe también que es mayor el número de varones que de hembras que se hallan en esa desgraciada condición.

Siendo la inteligencia de los franceses más viva que los de raza inglesa y más expresiva su fisonomía, los *sordomudos* de París parecen mejor educados que los de Nueva York; pues sorprende la viveza de su espíritu, la rapidez de comprensión y la facilidad con que lo hacen todo. Pero estudiando detenidamente ambas instituciones, se comprende que la de París es admirable, pero que la de Nueva York es mejor para hacer de los pobres *sordomudos* hombres útiles á la sociedad.

Los que envueltos en eternas tinieblas empiezan la vida sin ver la sonrisa amorosa de la madre; los que siguen á tientas su camino de penas, sin disfrutar jamás de la contemplación de la naturaleza, sin poder admirar una flor, una mujer hermosa ni el estrellado cielo; aquellos que privados están de la luz, fuente de toda alegría y de todo placer; los infelices ciegos no han sido olvidados en París por los dichosos, y hay una *Institución para los jóvenes ciegos*, situada en el Boulevard de los Inválidos, en cuya portada, parecida á la de un templo, hay un magnífico medio relieve que representa á *Haüy*, inspirado por la Caridad, instruyendo una multitud de muchachitos ciegos. Templos como éste y el elevado á San Vicente de

de Paul, serían los que debería levantar la humanidad; y no á Osiris, á Júpiter ó á Brama.

Fué Haüy, un filántropo de los muchos que produjo el siglo anterior y oriundo de Picardia, á quien primero se le ocurrió educar á los niños ciegos, aliviar su suerte y hacerlos aptos para prestar algún servicio á la sociedad; tomó en 1784 un niño que pedía limosna á la puerta de la iglesia, y que parecía idiota, y al poco tiempo había formado de él un niño inteligente, vivo y dócil. Tan sorprendente resultado, hijo de la meditación, llamó la atención de la sociedad filantrópica, y con suscriciones se formó el primer colegio, cuyos alumnos fueron presentados al Rey Luis XVI, quien bondadoso y sensible los recibió y agasajó.

La Asamblea Constituyente decretó la fundación del colegio de ciegos y le asignó fondos, honrando cual merecía á Valentín Haüy; pero éste era republicano, los ciegos no servían para la guerra, y el gran pagano, el César de este siglo, desterró al fundador, la institución periclitó y los ciegos fueron echados á la calle.

En 1815 la institución fué confiada de nuevo á Haüy, y desde entonces para acá, amparada por la sociedad y protegida por todos los gobiernos, ha ido ensanchándose y mejorando, y hoy es un magnífico establecimiento en donde se educan, separados los niños de las niñas, hasta ochocientos ciegos

Son notables en el establecimiento la *Sala de lectura* y el *Salón de conciertos*. Los niños ciegos, por medio de una impresión realzada, leen correctamente, y en música alcanzan un vuelo poderoso, siendo muy hábiles artistas en todos los instrumentos, y estando sus composiciones impregnadas de una sublime melancolía.

La casa de los *Quinze Vingts* (los trescientos ciegos) parece un cuento y es una realidad.

Al volver de Palestina San Luis, entre los restos de su infeliz cruzada para rescatar el Santo Sepulcro, resultaron trescientos caballeros ciegos á causa de los reflejos de las arenas del desierto, y el Rey acogió á todos sus compañeros de desgracia, los alojó en un palacio y los mantuvo con el honor y decencia que merecían. Los caballeros iban muriendo, pero su puesto lo iban tomando los militares que volvían ciegos de la campaña, á éstos sucedieron otros, y así ha llegado hasta hoy esta casa, que tiene tal aspecto de antigüedad y de grandeza, que al entrar cree uno encontrar á los valientes inválidos *Caballeros cruzados*.

La razón humana, fuego que Prometeo robó á los cielos, que levanta al hombre sobre todo lo creado, y que, como luz divina, le muestra su misión y su camino; á veces quema el cerebro que la encierra, á veces

vacila y se extingue; y otras, lanzando pálidos resplandores, envuelve el mundo en vago é incierto color, que hace imposible distinguir la triste verdad de la expléndida mentira, y confundir la *locura* con el genio.

La *locura*, ese vértigo que todos sentimos en los momentos de una suprema desgracia; esa sublime enfermedad del espíritu, que á cada instante á todos nos amenaza, y que es peor que la muerte; ese extravío á que todos nos sentimos inclinados; esa hija, pálida y sombría, de la meditación y el aislamiento que viene á acompañarnos; esa maga fantástica y mentida que viene cuando se van las ilusiones del amor engañado ó las esperanzas del genio coronado; esa mujer macilenta, los cabellos erizados y la faz espantosa que corona los vicios; la locura á que tan propensa está la humanidad, en París, gracias á la filosofía y á la ciencia, pierde sus dominios; y en los lugares á donde son recogidas sus víctimas, se alivia en gran parte el horror de su situación; y muchas de ellas vuelven al mundo de la realidad y al seno de sus familias.

«En vano, dice el doctor Linas, se buscara en los anales ó en las calles de París el recuerdo de un establecimiento hospitalario, especialmente consagrado á la locura. La institución de los *Asilos* ó *Manicomios*, sólo aparece en este siglo, y no ha recibido su consagración legal y su carácter definitivo sino desde la ley de 1838, obra de la sabiduría y del progreso.

« En una época no lejana de nosotros, muchos locos eran tratados como criminales y arrojados en calabozos oscuros; otros exorcisados como endemoniados ó quemados vivos como hechiceros. La mayor parte erraban á la ventura, siendo triste juguete de crueles burlas, hasta que en algún monasterio eran recogidos por piedad. En Bicetre y en la Salpetrie, si algunos había, los dementes y los locos furiosos confundidos con los mendigos y los criminales, eran agarrotados en sombrías jaulas subterráneas, húmedas y frías, cargados de cadenas y ahogados con collares de fierro. Un médico Tenon y un constituyente La Rochefoucault Liancurt, denunciaron á la compasión pública la lamentable situación de los locos y prepararon la inmortal reforma que Pinel, otro médico, inauguró en 1792: obra magnífica de la filantropía; y sin contradicción una de las conquistas más sólidas, y también una de las menos conocidas de nuestra gran Revolución.»

¡ Gloria inmortal en ambos mundos á la obra de la Revolución !

Hay en París seis *Asilos públicos para los locos :* La *Salpetiere*, *Bicetre*, *L'Asile Clinique*, *Ville-Evard*, *Vauclase* y *Charenton ;* y todos ellos, colocados en distintos lugares, según que son idiotas, dementes, monoma-

niáticos, melancólicos ó locos furiosos, son curados por diversos métodos y atendidos con cuidado, esmero, caridad y amor.

Como al llegar á Roma lo primero que se divisaba era la *Casa de oro* de Nerón, así el dombo de oro del *Hotel de los inválidos*, muestra de lejos al viajero en dónde está la ciudad imperial.

El *Hotel de los inválidos*, dice Montesquieu, «es el lugar más respetable de la tierra.» «De todos los monumentos con que París se honra y se glorifica, dice Honrier, éste el que excita más vivo interés, y despierta más la curiosidad y la admiración de los extranjeros.» Después de haber visitado la mansión de los inválidos de la naturaleza, de los inválidos de la industria, de los inválidos del vicio, fuí también á visitar el *Palacio de los Inválidos* de la gloria.

En una hermosa explanada que da al Sena, se levanta este edificio grandioso, precedido de un jardín, en donde antiguos cañones, despojos de la guerra, muestran sus enormes gargantas al viajero, y amenazan al enemigo ó al pueblo que quiera rebelarse; en el vestíbulo hay dos hombres mutilados haciendo centinela; al uno le falta una pierna y al otro el brazo derecho; el primero está sostenido en una pierna de palo, y el otro tiene el enorme sable levantado en el brazo izquierdo; ambos están vestidos con un largo levitón azul, abrochado, dejando ver en el pecho la cinta tricolor de la *legión de honor*, una cachucha de paño achatada, y calzón grueso. Están mudos, serios y cumplen su consigna como la cumplieron la víspera en la toma de Constantina ó en Magenta y Solferino. Todo desde la entrada previene el ánimo é inspira al que ha sido militar un profundo respeto por esos restos humanos, que en servicio de su patria y por la gloria de su bandera desafiaron la muerte, y que cayeron entre el fragor de la metralla, y envueltos en el humo del combate, los unos defendiendo un cañón y los otros subiendo á la trinchera.

La gloria militar con su prestigio eterno, con su mágico irresistible poder, deslumbradora, joven y hermosa, la que en otro tiempo guió al guerrero en su camino de triunfos, ahora viejo y mutilado ya, lo recoge en este templo de cúpula de oro, le cuida las heridas y lo cubre con sus alas. ¡Esto es magnífico en la nación francesa!

Del vestíbulo se pasa á un gran patio, donde está la estatua de Luis XIV, rodeado de anchos corredores, como los de los antiguos conventos españoles; y en el patio, calentando sus mutilados miembros al sol y conversando de las viejas campañas, están los veteranos; ó sentados en bancos de madera que hay en los jardines, leyendo, los que pueden, las últimas noticias de la guerra. Hay tres patios. El edificio tiene dos pisos.

En el primero está el *parque*, la batería de defensa, el comedor y todo el servicio del cuartel, y en el segundo las habitaciones de los inválidos, claras, aseadas, abrigadas y sabrosas.

Al redoble del tambor tocando fagina, es de ver á esos soldados, ciegos unos, otros mancos, en muletas los más, formar filas, hacer frente, pasar lista, y marchar desfilando por la derecha, y al *tum*, *tum* del tambor, llevar el paso y entrar al comedor, en donde cada uno, según su grado, tiene su puesto; y al frente un plato de sopa caliente,buena carne, pan y una botella de vino. Todos fuman después de la comida, y para sacar candela en el yesquero que aun conservan, ó para encender un fósforo, toma el uno la cajetilla en una mano y el otro rastrilla ó refriega la cerilla. Y los cojos pasean abrazados, sacando el uno la pierna derecha y el otro la izquierda para hacer un par. Los inválidos se burlan de su mutilación y se divierten con los extranjeros y provincianos, para sacarles dinero para tabaco, que es su pasión, su única distracción y su sólo vicio. Hacen delante de los niños, absortos, ejercicio con la pierna de palo, prodigios de habilidad con la *mano que les falta*, ó se desbaratan en su presencia ; y sobre todo tienen la *Historia del inválido de la cabeza de plata*. Un soldado recibió un machetazo en la cabeza, y para remediar esto el Barón Rarey hizo que labrasen un casco de plata, el cual le acomodó al soldado ; el craneo se fué carcomiendo y el Barón aumentando cascos de plata hasta que el hombre quedó con una completa cabeza de plata, que se la quita cuando quiere, y que por consiguiente lo ha hecho inmortal.

Verlo es difícil, sobre todo caro, y á los niños y á los provincianos por mucho favor, y por un real se les muestra de lejos entre los árboles del jardín.

Del *Hotel de los inválidos* se pasa á la iglesia, adornada con las banderas y trofeos, bajo las cuales oyen misa los inválidos, con música militar; y unido á este edificio se halla el GRAN DOMBO, bajo el cual está la TUMBA DE NAPOLEÓN.

Es éste un templo muy raro cuya entrada la forma una portada de cincuenta metros de ancho, levantada sobre el suelo, por una escalera vastísima de cinco escalones de piedra; y el vestíbulo, formado de cuatro enormes columnas jónicas que sostienen un frontón triangular. Esta fachada, la de la izquierda, la de la derecha y la puerta que comunica con la iglesia forman un cuadrado perfecto, igualmente hermoso por todos lados ; y viéndose encima, brillante y adornada con cascos y emblemas guerreros, la gran rotonda, deslumbradora y maciza.

Al entrar, en vez del cuadrado exterior se encuentra una gran cruz

griega, sosteniendo la rotonda cuatro macizas columnas; y por todos lados la mirada se extiende y al frente se muestra la iglesia, imponente y severa, y á los lados las capillas circulares, que forman nuevos templos.

Iglesia católica; templo á la Gloria; altar de adoración cristiana; monumento erigido á Napoleón; basílica suntuosa; mausoleo imperial; lugar de culto; recinto de recuerdos; la piedad y la fe religiosa están allí mezclados con la antropolatría y el paganismo, y han formado un conjunto maravilloso, indefinible, que más que todo, representa el carácter, creencias y sentimientos de la Francia.

La media naranja tiene pintados los cuatro Evangelistas derramando la luz del cristianismo, y á *Clodoveo*, *Carlo Magno*, *Enrique IV* y *Luis XIV*.

Entre los brazos de la cruz griega se han edificado cuatro capillas, destinadas á San Gregorio, San Jerónimo, San Agustín y San Ambrosio, todas adornadas con medios relieves místicos; pero en ellas están colocados el monumento de Turena, que representa al héroe cayendo en los brazos de la *Inmortalidad:* el que encierra el corazón de Vaulan, con las estatuas de la *Ciencia* y de la *Guerra*, y el de Jerónimo Napoleón, Rey de Westfalia.

El altar mayor está en alto, y lo forman cuatro columnas de mármol negro, de siete metros de alto, retorcidas, levantadas sobre una base de mármol también, las cuales sostienen una cornisa saliente de alabastro, y en el medio está un Cristo de bronce, melancólico é imponente.

A uno y otro lado grupos de mármol blanco, que representan ángeles rindiendo al Cristo adoración.

En el centro del templo, debajo mismo de la rotonda, cuya luz la ilumina, hay una cripta de seis metros de profundidad, rodeada de una balaustrada de mármol; y que es un nuevo templo subterráneo, más original y más suntuoso que el primero.

Hay en torno del templo una galería sostenida por doce *Victorias*, y los muros de la galería son bajos relieves de batallas y de triunfos; y del techo están suspendidas lámparas sepulcrales que arrojan en medio del día una luz pálida y triste. El piso de la cripta circular forma una aureola de mármol amarillo de oro, cuyos rayos parten de una corona de laurel hecha en mosaico de mármol verde.

La entrada de la cripta, que está al pié del altar, es una gran reja de hierro guardada por dos estatuas de bronce negro, la *Fuerza militar* y el *Poder civil;* y por los sepulcros de los Generales Bertrand y Duroc. Reinan allí un silencio y una majestad imponentes, como en ningún otro templo; y se ve en el medio de la cripta sombría un enorme monolito de mármol rojo. Allí está Napoleón!

CAPITULO XLII.

La Pensión Dupont Touffier—5 Place d'Eyleau, número 5, París.

ESTANDO en Francia, lo natural es hablar de Inglaterra, así como los bogotanos llevamos libros siempre que salimos al campo, como los jóvenes quieren parecer serios y melancólicos en medio de las diversiones, y como á los colombianos les gusta pasar por aristócratas en Europa.

Digo, pues, que la ley de mayorazgos y vinculaciones en Inglaterra, haciendo que toda la fortuna de una familia vaya al mayor, quedándose los otros miembros *per istam*, á quienes más mal causa es á las pobres mujeres; primero, porque los *segundones* se van al ejército ó no se casan, quedando por lo mismo vacantes las que debían ser sus respectivas esposas; y segundo, porque las hermanas del noble, desheredadas también, no se casan tampoco por falta de dote.

De aquí proviene la infinidad de *Miss* que hay en el mundo,.y se encuentran por todas partes: *señoritas* inglesas, más ó menos jóvenes, más ó menos bonitas; unas literatas, otras pintoras, todas aseadas, sentimentales y amables.

Estas *Missis* aman mucho á la *noble Inglaterra*, pero jamás van á ella, y se contentan con leer en el *Times*, que todas reciben con la mayor exactitud, así en la China como en Patagonia; se contentan, digo, con leer allí cuándo su amada reina está en Windsor ó en la Corte.

Todas las *Miss* que por el mundo andan viven de alguna pensión que sus familias ó relacionados les asignan; viven tan cómodamente como

pueden, con esta pensión; y no hay un ejemplo de que tomen fiado en los almacenes para no pagar, como lo hacen las mujeres de otros países, ni de que hayan dejado un hotel sin haber saldado antes su cuenta.

De las *Miss*, las más ricas viajan alojándose en los mejores hoteles y cambiando de lugar según las estaciones. Van á los baños de Baden-Baden en verano; á Roma en la semana santa; á Viena en el otoño, y á Niza en el invierno. Algunas hacen expediciones hasta Moscow y Jerusalén, pero el centro de todas ellas es París.

Otras *Miss* se limitan á salir de su *native country* y establecerse en cualquiera otro país de más dulce clima y más suaves costumbres, esperando vivir y morir con una modesta renta.

De ellas unas viajan por instruírse; observan todo con atención, visitan los monumentos públicos, van á los museos, hacen apuntamientos y escriben viajes y obras importantes sobre los países que recorren, con lo cual conquistan fama literaria. Otras viajan sólo por conocer y ver cosas que no hay en su país. Se las encuentra siempre en los teatros, mezcladas con los hombres, van á Mabille y á todos los bailes públicos, y entran á los cafés cantantes y aun á lugares menos dignos.

Hay algunas que buscan en los baños de mar, en la casa de juego del principado de Mónaco ó en las expediciones á Suiza, el marido que están seguras de no encontrar en la vieja Inglaterra; y para conseguirlo emplean todo el talento que tienen y todos los medios de seducción que la libertad en que viven les concede, hasta obtener una promesa de matrimonio, y conseguida ésta, ¡ay! infeliz de quien esta promesa tome á broma! Lágrimas y ruegos, amenazas é injurias, visita de la policía, juicio ante los tribunales por daños y perjuicios, y últimamente una serie de duelos en que toman parte desde los hermanos hasta los más remotos parientes de la *agraviada*: esto se le espera al que pretenda divertirse con ella.

Otras aman por amor platónico, ideal y nebuloso. Tienen las mujeres inglesas fama de ser de hielo; yo lo niego, pues conozco algunas que viajan sólo por tener emociones y correr aventuras, sin que jamás las mueva el interés ni las halague la esperanza de hacer fortuna. Una trenza de cabello regalada por conseguir la fotografía de un *Amadís de Gaula*: una cita misteriosa debajo del emparrado del jardín, para decirle *my sweet heart*, *my beloved*, *my sowl*, hé aquí á todo lo que ellas aspiran. Porque es preciso reconocerlo, el romanticismo, ideal, fantástico, soñador y sublime, se ha refugiado hoy en el alma de las inglesas.

Si hay en los *baños* ó en la *pensión* un italiano ó un español, si es ó ha

sido militar, si tiene bigotes y deja ver al descuido el puñal, hé aquí un hombre afortunado entre todas las *Miss* cuarentonas de la casa: todas lo festejan y se lo disputan.

Las *Miss* se distinguen á leguas por el vestido, ó demasiado serio ó muy extravagante; por su caminar desairado, *comiéndose* el traje por detrás, y dejando ver un pie largo y una pantorrilla seca, y por la manera especial de ponerse el sombrero ó gorra, que va diciendo por todas partes *soy inglesa.*

Debo sí decir en desagravio de las inglesas, que después de haber conocido á las francesas, elegantes y vestidas como muñecas, con pelo, carnes, cejas y colores falsos; á las españolas, graciosas, provocativas y picantes, pero incultas; á las alemanas, rubias, frescas y amables, pero de movimientos y facciones duras, y á otras muchas mujeres de diversos países, he encontrado que el tipo de la belleza en nuestro siglo está en la mujer inglesa, y que nada hay más encantador que el vestido sencillo, el peinado modesto, la *toilette* pulcra y el aire virginal de una señorita inglesa.

La *pensión* DUPONT TOUFFIER, en París, de que hablo, fué establecida para la instrucción de los jóvenes extranjeros que vienen á estudiar allí; ha tenido mucha reputación, y deja comprender que la fundación fué un buen pensamiento como especulación. Está en la Plaza de Eyleau, cerca del Arco de triunfo, en una casa construída en forma de castillo; tiene un vasto jardín y al lado un grande edificio, en donde habitan los alumnos del establecimiento.

Empezó por dar alojamiento en la pensión á algunas madres de los alumnos que había en el colegio, la mayor parte ingleses, y concluyó por ser una *pensión* en donde se recibe á todo el mundo, pero en donde predominan las mujeres inglesas.

No me detendré á hablar del colegio, que era como todos los de Francia, y al cual me dirigí porque me fué recomendado.

Puse en él á mis hijos, y para inspeccionarlos tomé allí una pieza, donde dejé mi equipaje; y me suscribí como pensionista.

La noche de mi llegada encontré instalada en mi cuarto una inglesa vieja, flaca y avellanada, que llevaba una cofia blanca, alta y almidonada, y un pañolón rojo, la cual vieja me disputaba formalmente la entrada, hablándome en un inglés del que yo apenas le comprendía algunas palabras, según la rapidez y la furia con que las pronunciaba. Yo le contestaba en el mismo idioma, pero sin duda tan mal, que no hubo forma de entendernos por más de un cuarto de hora, durante el cual combatímos en la puerta del cuarto en la que ella había puesto por barricada una silleta. Al fin quiso

arañarme, y abandoné vergonzosamente el campo, yendo á buscar justicia ante el director del establecimiento y á quejarme de que había sido despojado violentamente de mi domicilio, y pidiendo *interdicto restitutorio.*

El director vino conmigo. La inglesa se había encerrado por dentro á dos llaves ; fué preciso amenazarla con que romperíamos la puerta para que ella se resolviese á abrir; y al cabo el director logró calmarla y convencerla de que era mi pieza.

—« Me he equivocado de cuarto,» nos contestó, quedándose con esto muy satisfecha, y saliendo con aire de triunfo.

Esta inglesa era *Mistress* Good, quien al día siguiente muy temprano volvió á mi cuarto á decirme que su hijo acababa de llegar de Inglaterra, que quería dormir y que era preciso que me levantara sin hacer ruído y sin pasearme en el cuarto, porque las pisadas se oían en el suyo y podían despertar á *su niño.*

La exigencia me pareció fuerte, pero en obsequio de la buena armonía que entre vecinos debe reinar, me sometí á ella, tanto más cuanto que se trataba de conservar el sueño de un níño, que yo me imaginaba blanco, rubio, gordo y hermoso.

A la hora de almuerzo, bajó mi vecina con *su niño.* Era el tal un jayán inglés, más tieso que un estoque, más grande que una torre, y que olía á cochero por más que se daba aires de lord; y que se hacía servir vino, champaña, de lo cual no participaba su amante madre.

Él llegaba siempre á la mesa, en donde reinaba la más cordial armonía, no saludaba á nadie, hablaba en muy mal francés, y con aire altanero á los sirvientes, y se levantaba cuando la gana le daba. Simpático era el niño!

Acabado el almuerzo, subí á mi cuarto y ya estaba allí Mrs. Good. ¿ Una nueva querella ?

—Vengo, me dijo, á ofrecer á usted el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo en español.

—Mil gracias, mi señora, por el obsequio.

—¿ Es usted cristiano ? ¿ En las Indias occidentales hay cristianos ?

—Unos pocos. Así, en fín...

—¿ Cristianos evangélicos ?

—No, en mi país son católicos.

—¡ Oh ! ¡ Que compasión !

—¿ Cómo ? ¿ Cómo es eso ?

—La única iglesia de Jesucristo, respondióme, es la *evangélica.* Todas las otras están en el error, y son obra de Satanás.

—Eso es un poco fuerte, atrevíme á contestarle.

—En esto no hay duda, y yo quiero que usted tenga una serie de conferencias conmigo para que se convierta.

—Yo no tengo tiempo, mi señora ; pero le agradezco mucho su buen deseo. ¡ Si estaré predestinado !

Media hora después Mrs. Good en mi cuarto.

—Vengo á suplicarle á usted el favor de que esta noche éntre más temprano á la casa, porque una de mis niñas está indispuesta y necesita reposo.

—Eso es más fácil que mi conversión, le repliqué entre dientes, sometiéndome á su voluntad.

Lo extraño en dicha señora era que siendo madre de una numerosísima familia, según fuí viendo, no la tenía toda reunida, sino que iban llegando de Inglaterra los hijos y las hijas por entregas, y partiendo de la pensión en la misma forma. Y cada vez que le llegaba un hijo ó una hija me hacía el honor de una formal presentación, y conté hasta diez presentaciones diplomáticas.

Esta familia era muy severa de costumbres. Sus hijas no bailaban, no tocaban el piano ni cantaban; y se retiraban del salón apenas se iniciaba juego de cartas ó la más inocente diversión.

—¿ Me da usted su niño mayor para que vaya al sermón conmigo ? me dijo un domingo.

—Con el mayor gusto, le contesté, siempre que él tenga placer en ir; pues es su día de diversión, y tiene libertad.

—*Ah! the holy sabbath! for amusing !* contestóme. Ah ! divertirse en domingo ! Esto lo inspira Satanás ! (El tal Satanás trabaja como un diablo, según esa señora.)

Mi hijo desapareció apenas olió la cosa del sermón, sustrayéndose así al amable convite.

—¡ Que se muere Luisa ! gritaba Madama Moureau, mitad en español, mitad en francés, á la puerta de mi cuarto, la segunda noche de mi llegada á la pensión.

Abrí la puerta lleno de espanto, y me informé de lo que pasaba.

Un joven colombiano, que su padre había enviado á estudiar á París, había llegado á esta pensión ; había conocido en ella á *Miss* Luisa Hacher, se había enamorado de ella, había pasado un año en el paraíso, y después de haberse comprometido á casar, se iba esa noche para Colombia, de donde debía regresar á los seis meses, rico ya, á cumplir su palabra.

La señorita era de Nueva York, vivía con su madre, y el negocio les

había parecido muy hacedero. Luisa era jovencita aún, muy linda, completamente yankee, pero no tenía carne para un pastel, y tan delicada, que parecía á cada momento que iba á quebrarse por la cintura. ¡ Admirable esposa para un hijo de las montañas de Colombia, obligado á hacerla montar en mula, y á habitar en casas de primitiva rusticidad !

Pero la madre y la hija se habían formado un idilio en la cabeza, y ya tenían gorras ó sombreros á propósito para el campo ; habían comprado abanicos para el calor de Facatativá; y soñaban con verse extendidas en hamacas, debajo de los naranjos, respirando el perfume de los azahares; tomando helados para refrescarse, y recibiendo las visitas de todas las señoras de las otras plantaciones de café, que en sus ligeras calesas irían á visitarlas.

¡ Qué lindas flores sobre los ricos jarrones ! ¡ Qué paseos á caballo por las hermosas alamedas de cocos y plátanos que rodean á Facatativá ! Ya habían mandado hacer sus trajes de amazonas, y tenían intención de recibir lecciones de equitación en el Hipódromo. ¡ Oh ! ellas amaban mucho, según decían, la vida del campo, los *pikniks* sobre el prado, las reuniones íntimas, las comedias caseras, la pesca en el río ó en el estanque, las expediciones en barcos pequeños por el lago, y todos los placeres de que está llena la vida del campo.

Ellas mismas, decían, que irían á presidir la recogida del café, para que no se desperdiciara ; y ayudarían al joven esposo en todas las agradables ocupaciones á que da lugar su cultivo. La señorita iba á formar una colección de mariposas que traería á Europa cuando volvieran á establecerse definitivamente ; y la señora prefería recoger de las minas de oro de Bogotá los más hermosos granos y pepitas.

¡ Qué sueños ! El joven se iba ya, y era conducido por sus amigos al coche ; pero se arroja de él y vuelve al lado de Luisa, quien yace desmayada. Jura que no partirá y protesta contra la tiranía paterna que lo obliga á marchar, y llama á sus amigos monstruos crueles y feroces.

La escena es desgarradora. Los amigos logran al fin llevárselo para el ferrocarril; y yo me quedo administrándole éter y agua de Colonia á la infeliz Miss Luisa.

A las ocho de la mañana están ya instalados en el salón y en el lugar más cómodo Miss Kate y otro joven, mi paisano C..., apostando una partida de ajedrez, que no termina sino muy tarde de la noche, y que da lugar á tempestuosas escenas, en que están mezcladas las recriminaciones del amor y el despecho del gladiador vencido.

Miss Kate es una inglesa de edad indefinible, usa risada peluca de

pelo rojo, debajo de la cual yo he visto cabellos completamente blancos. Tiene la cutis hermosa, trasparente, blanca y fresca; se viste con la mayor extravagancia, canta bien y habla varios idiomas.

El joven C..., mi paisano, fué enviado por su padre á estudiar medicina, cuyo estudio deja siempre para el año entrante, contentándose en el presente con sus amores y sus triunfos en ajedrez.

Mrs. Horne es espiritista: pálida, nerviosa y de aire enfermizo y soñador, y el cabello siempre es espantoso remolino. Es un *medium* excelente, y Stuart-Mill le hace, dice ella, frecuentes revelaciones, que manda imprimir y reparte entre sus amigos. Consulta los espíritus para todo; ellos le aconsejan lo que debe hacer y la recetan, lo cual en mi opinión desacredita mucho á dichos señores espíritus, que cada día agravan más á la enferma, y temo mucho que jamás se cure. Por la noche la oigo pasear por su cuarto, agitada, víctima sin duda de los espíritus malévolos, pues grita como endemoniada.

Me ha proporcionado billetes gratis para asistir á las grandes sesiones de espiritismo en la Rue Viviene (que no son más que una farsa); y me ha cogido mucho cariño.

Se creerá que es mentira, pero juro que es la verdad. Me ha señalado una carta seria de su marido, escrita en Nueva York, en la que le dice, que *lo acompaña un espíritu materializado en el cuerpo de una joven hermosa;* y ella está muy contenta y no tiene celos.

¿ Por qué la señora Maureau la noche de la despedida dolorosa del joven colombiano me hablaba la mitad en francés y la mitad en español? Porque esta señora es la estimable y honrada viuda de un ingeniero francés que residió por muchos años en España, donde aprendió algunas palabras que emplea siempre que puede, y de donde trajo algunos recuerdos, de los que habla con frecuencia.

Hoy es profesora de piano en la pensión, y tan buena, que á mi hijo José ha enseñado en pocos meses, y á Evaristo, lo que es un prodigio, también lo ha adiestrado en el arte; da algunas lecciones en la ciudad, y tanto le hemos ponderado *la Colombie*, como se llama por aquí mi amada patria, que está resuelta á embarcarse para allá.

Ignora, por supuesto la señora, que llegando á la costa de Colombia no ha llegado á ninguna parte; ignora lo cruel del viaje por el Magdalena, en un vapor que se vara á cada instante; ignora los tres días que hay que andar en mula para ir de Honda á Bogotá, pues el amor patrio nos ha impedido hablarla de esto.

Su hijo, René Maureau, apreciable joven, reside en la misma pensión

le hace la corte á la señorita Carolina Tirrel, quien simpatiza con él á tal punto, que se pone á aprender también español, y tiene en perspectiva viaje á Colombia, en el supuesto caso de que la familia Maureau realice el suyo.

El español *hace furor* en la pensión, todas las señoras y señoritas quieren aprenderlo ; todos somos profesores de español, y no se oye más que «Buonos días, signorrr. ¿ Cómo está usteddd ? » «Yo soy buena perra, mamá mucho mala.»

Es mi primera discípula Miss Stevens, quien con su respetable y anciana madre, ha venido de Boston á vivir en París, porque es la prima del Ministro de los Estados Unidos, cuya gloria se refleja sobre ellas, cuya importancia creen que les alcanza, y de quien hablan día y noche en inglés, francés, español y tres idiomas más.

En su calidad de prima diplomática, Miss Stevens asiste á los banquetes y recepciones del Elíseo y á los que su pariente da ; y su inocente placer es deslumbrarnos á la llegada de uno de esos banquetes, entrando al salón, en donde todos estamos reunidos, quitándose la capa que la envuelve, como lo haría Cleopatra con el manto real, y ostentando su rico traje y espléndido tocado.

El entretenimiento de enseñarle español, grato para mí al principío, se ha convertido en una verdadera esclavitud, de la cual la discípula abusa sin misericordia, pues mientras ella está en casa soy cosa suya. No puedo conversar con las otras señoras, participar de los juegos que hacen la diversión común, oír la música y el canto, ni estarme sabrosamente, quieto, al lado de la chimenea sin que en el acto me reclame y se queje de que la he abandonado.

Debo confesar que sus derechos nacen de que mis servicios no son enteramente gratuitos, pues me lleva á las recepciones del Ministro americano, en donde se esmera en obsequiarme y cuidarme, y á las del General Grant, de quien me ha hecho grande amigo; y juntos vamos á pasear en su coche por los campos Elíseos, autorizados por la libertad que las costumbres conceden á las señoritas norte-americanas.

Un coche atraviesa la verja de hierro de la pensión y hace crugir la arena de las avenidas del jardín. Todos corremos á las ventanas del salón para observar. El coche viene cargado de baúles, y detrás viene otro igualmente atestado de un grande equipaje. Debe ser una larga familia la que llega.

Nada. Del primer coche sólo salta una dama, alta, gruesa, blanca, rubia y fresca; que habla, acciona, llama, grita y mete en el vestíbulo de

la escalera un ruido como el que haría un escuadrón de cosacos al quererse instalar con sus caballos, sus monturas, sus armas y sus despojos en el apacible hogar de una familia.

Las cajas y los baúles no caben, á causa de su enorme tamaño, por la estrecha escalera, y la señora recién llegada regaña al sin número de criados que han salido á recibirla; y dirige la operación de entrar el equipaje, como un jefe de tribu dirigiría un campamento, animando á los unos, ayudando á los otros, impidiendo que se extravíen algunas cosas, y haciéndolo todo por medio de señas y de gritos.

La señora ha tomado la pieza más espaciosa de la casa, y sin embargo su equipaje no ha cabido en ella, muchas cajas quedan en los corredores obstruyendo el paso; y como todas parece necesitarlas á un tiempo, las abre, las cierra, hace meter unas, sacar otras, y por más de dos horas dura el ruido de su instalación.

Serían las ocho de la noche cuando la casa toda fué invadida por un perfume como el incienso, más suave pero más sofocante; perfume que á todos gustaba, aunque á todos oprimía los pulmones y les producía una especie de vértigo delicioso pero aterrador.

—¿Qué es esto? preguntaron los más enérgicos.

—Es que Mrs. Eagleton (éste era el nombre de la recién llegada) está perfumando su cámara.

Mrs. Eagleton era la viuda de un acaudalado herrero de Nueva York, de quien había heredado su inmensa fortuna; ella, á falta de otra cosa en qué gastarla, había resuelto despilfarrarla en viajes insensatos, sin objeto ni propósito; y en esos momentos venía de Oriente. En dos meses que allí había pasado había adquirido todos los hábitos y costumbres de las mujeres orientales, tan contrarios á los de las mujeres yankees, con las que se había criado, formado y vivido. ¡Qué prodigio!

En la mañana del siguiente día (al revés de lo que pasa en el Congreso de Colombia, para cuyas sesiones pocas veces hay *quorum* á la hora precisa), desde muy temprano había en la sala de la pensión sesión plena, aguardando todos con la mayor ansiedad que Mrs. Eagleton bajase al almuerzo; y cuando se presentó hubo un rumor como el que se escucha en un panal de abejas hurgado por un muchacho.

Mrs. Eagleton era más grande, más hermosa, más dura, más original y más tonta que todas las otras mujeres de la pensión, y esto bastaba para que en adelante fuera objeto de todas las atenciones, de todas las críticas y de todas las burlas de aquella sociedad.

En el almuerzo pidió dos botellas de champaña, que se tomó en menos

que me limpio un ojo, pues no vi cuándo las apuró, sin embargo de que estaba á mi lado: circunstancia que me favoreció para adquirir su amistad, recibir de ella muchos obsequios, y merecer su retrato á la turca, que aun conservo.

Una noche fuimos admitidos á su intimidad Madame Moreau y yo, habiéndonos invitado á tomar dulces.

Al abrir la puerta la encontrámos envuelta en humo, y por en medio de las nubes de incienso que salían de un pebetero que estaba sobre una mesita redonda, la descubrímos tendida en un sofá, del que había hecho diván; vestida con un calzón bombacho blanco, un dolman ajustado, chinelas coloradas y turbante, del que se desprendían sus dos hermosas trenzas rubias. ¡ Qué extravagancia ! Quiso que tomásemos *hatchis*, unas almendras que usan los orientales y que embriagan y adormecen; pero Madama Moreau y yo preferímos comernos los higos de Esmirna y los dátiles que traía de Marruecos, con vino Jerez, que en España había comprado; y á la sazón que fingía dormir, ó dormía de veras, nos deslizámos paso entre paso, ansiosos de respirar aire puro.

La pasión de Mrs. Egleaton era la de los trajes. Viajaba por saber cómo se vestían las mujeres en las diversas partes del mundo ; en todas compraba los trajes nacionales, con los que gustaba mostrarse, y prometióme ir á Bogotá cuando yo le hice la pintura de la saya y la mantilla que las señoras usan allí.

Había venido por tercera y última vez á París á completar su *trousseau*, es decir, á comprar los trajes con que pensaba deslumbrar en Nueva York; y desde el día de su instalación en la pensión, era un entrar y salir de sastres, modistas, zapateros, floristas y joyeros, que continuamente estaba sonando la campanilla de la puerta, y toda la casa estaba repleta de cajas de cartón y de los baúles de su equipaje.

¡ Humana naturaleza, tan vana y tan ridícula ! Toda persona cree ser el tipo de la belleza perfecta, ó al menos que no tiene ningún defecto físico que llame la atención de los otros. Mrs. Egleaton era hermosa en verdad, pero tenía unos pies desmesuradamente largos y feos, y con todo le gustaba que yo se los viese, con el pretexto de consultarme sobre el gusto de los botines, botas y zapatos que mandaba hacer ; y en el retrato que me regaló, vestida á la oriental, deja ver con cierto desenfado sus enormes pies.

Miss Pettit era una dulce y encantadora pobre niña, cuya alma noble y abnegada se revelaba en sus apacibles y serenos ojos; yo le tenía compasión al lado de tantas inglesas cuya vanidad y lujo me inspiraban desprecio.

Era Miss Pettit la hija de un pintor de paisajes en Londres, quien

vivía modestamente con su arte, educando con el mayor esmero su familia, compuesta de dos señoritas y un niño. Su esposa había muerto años antes ; y él fué repentinamente atacado de parálisis y se quedó inútil y enfermo, aunque con el uso completo de su razón.

Para hacer frente á la enfermedad y á las necesidades de la vida, vendió sus cuadros, luégo los dibujos y croquis que aun no había pasado al lienzo, después los objetos artísticos que tenía, y por último todos sus muebles, quedando reducido á la miseria.

Las dos hermanas formaron el proyecto de que la una se quedase cuidando al padre y la otra saliese á trabajar, dando lecciones de piano y de francés para subvenir á los gastos.

En esta época un noble francés que había perdido á su esposa, solicitó á Miss Pettit en calidad de aya para su hija; y como era muy rico le ofreció las mayores ventajas y un salario mensual que podía enviar á su padre.

Miss Pettit partió para Italia con la niñita, en donde perfeccionó su educación, al mismo tiempo que cuidaba á la niña con el mayor esmero, habiéndole tomado un cariño entrañable.

En la época en que la conocí, la niña tendría nueve años: era una linda criatura, hablaba igualmente el inglés, el francés y el italiano, tenía unos modales primorosos, y *Miss*, que así la llamaba la chica y así nos acostumbrámos á llamarla todos en la pensión, era como una madre tierna y una hábil institutora, pero su suerte era muy triste.

El noble francés se había arruinado por el juego y había falsificado unos documentos, por lo cual no podía entrar en Francia, á donde había enviado á su madre y á su hijita al cuidado de *Miss* Pettit, dándole al principio algunos recursos, que se habían agotado ya, y sin enviar después más que promesas que jamás se cumplían.

La madre del noble era una vieja necia, inútil, impertinente, que regañaba constantemente á *Miss* Pettit, como un desahogo de su mala situación, pues habiendo vivido en la abundancia, carecía entonces de lo necesario, y exigía que la niñita estuviese siempre vestida con elegancia y lujo. Debía ya *Miss* Pettit muchos meses de pensión, y por lo mismo pocas ó ningunas consideraciones merecía, y de día en día empeoraba su suerte.

Era cruel su situación. Su padre carecía de todo, lo mismo que su hermana, que se había quedado cuidándolo; pero ella amaba con el cariño de madre, con ternura, con idolatría á la niñita confiada á su cuidado, y lo mismo la niñita á ella, y sabía que abandonándola se moriría de miseria y de tristeza. Además, el noble le rogaba que no la dejase, ofrecía pagarle

pronto lo que le debía, con lo cual aliviaría la suerte de su padre, y en cada carta se mostraba más agradecido y era más explícito en sus promesas.

Dura era la situación de *Miss* Pettit; y sin embargo, cuando bajaba al salón, su blanca frente no revelaba las tempestades de su alma, su mirada encantadora á todos halagaba y su sonrisa amable, llenando á todos de gozo, hacía olvidar que su corazón palpitaba entre hiel.

¿No ha visto el lector una bandada de palomas, blancas y amorosas, arrullar sobre la era, revolotear gozosas, y dichosas vivir de la mañana á la tarde, y al escuchar un tiro, huir todas aterradas, en diversas direcciones, sin que nadie sepa adónde van, yendo cada una á formar su nuevo nido y un diverso hogar? Esta fué la suerte que cupo á la pensión Dupont Touffier de la Place d'Eyleau. El propietario quebró, y una mañana el comisario embargó todo, y las blancas y amorosas *Miss* se dispersaron por el mundo.



Nuestra Señora de Paris–Pag. 671.

CAPITULO XLIII.

La República en Francia — Gambetta — Notables suramericanos — Varela — Sociedad politécnica—Notre Dame—El Louvre—Exposición universal.

ABRÍANSE á mis ojos nuevos y hermosos horizontes en Francia, al contemplar de cerca esa lucha gigantesca de la República contra todos los elementos reaccionarios que, unidos, vengativos y furiosos la atacaban, sin que de su parte tuviese más defensores que algunos espíritus generosos consagrados á esa causa, y la voluntad del pueblo, que hoy la ama con el mismo entusiasmo con que la adoptó en 1792.

El drama era imponente. Cuarenta millones de habitantes : ilustrados los unos, con instintos serviles los otros, jugaban su libertad, su porvenir y la gloria de la nación contra todas las tradiciones históricas, contra todas las preocupaciones sociales, contra la nobleza, las clases privilegiadas, el derecho de los reyes, el prestigio militar de los Césares, la fuerza pública organizada, y la esperanza de los dictadores.

La Europa monárquica contemplaba absorta y temerosa el principio de este drama, que podía acabar con una guerra continental y la caída de las dinastías : Inglaterra desconfiaba de que la *Comuna* no levantase de nuevo su odiosa cabeza ; Italia lo miraba con alborozo, pero sin darle un voto de simpatía ; Alemania temía la *revancha* ; Austria y Rusia preparaban los nuevos *aliados* que habían de colocar otra vez á los Borbones en la persona del Rey Enrique V en el trono de sus mayores ; y el mundo entero aguardaba saber si la reacción volvía á entenebrecerlo, ó si la libertad daba un paso en su carrera de triunfos.

Presenciar de cerca este drama interesante para la humanidad entera, asistir á cada una de las escenas palpitantes que se desarrollaban en Francia, participar de su ansiedad, de sus temores, de sus esperanzas, era para mí, viejo republicano de América, en donde reconocemos á Francia como á nuestra madre, era, digo, un atractivo mayor que el de todos los otros placeres que París podía ofrecerme, y á la política consagré todos mis instantes.

Gambetta tenía en sus manos el destino de la nación, no arrebatado por la fuerza como los Napoleones, sino conseguido por el prestigio de su talento, de su genio, de su abnegación y de su habilidad. Gambetta, como Murillo el colombiano, le tenía horror á la sangre, detestaba la violencia, temblaba ante las revoluciones, le disgustaban los escándalos, y lo esperaba todo de la paz, del aplomo en la marcha de la democracia, de la voluntad indomable del pueblo y de su propio genio.

Las grandes dificultades que la reacción ponía en el camino de la República él las salvaba dando un rodeo; todo desafío de la fuerza lo aplazaba con calma para el porvenir; á toda situación difícil daba solución con una palabra oportuna; todo temor lo calmaba desacreditando á los alborotadores; toda coalición la desbarataba haciendo resaltar los intereses encontrados de los coligados; y á toda ambición oponía la ambición de sus rivales: y así, sin fuerza, sin violencia, sin haber levantado un cadalso, abierto la puerta de una prisión ni proscrito del territorio francés á ninguno de los ambiciosos, logró que la República se instalara y funcionara en Francia; que fuera un hecho consentido por las potencias monárquicas que la rodean, y que como gobierno de orden y de paz fuese sostenido en el interior por los mismos que antes la temían ú odiaban su dominio.

Entonces la Cámara de Diputados estaba en Versalles y se instalaba en el antiguo teatro de Luis XIV. Cien años habían bastado para que el pueblo, que en tumulto había venido á amenazar allí á sus soberanos, tuviese ya el dominio soberano de ese palacio, que sus representantes estuviesen allí instalados con pleno derecho, y que fuesen los antiguos señores los que entonces conspiraban para reconquistarlo.

Era interesante ver en aquel recinto, lleno de dioses, de ninfas y de cupidos, al pie de Melpomene y de Talía, á los hijos de la democracia disponiendo de los destinos de la nación, con tanto ó más poder que cuando los dioses gobernaron el mundo, ó los reyes, para quienes ese templo se había levantado; y se gozaba en mirar todas esas maravillas, que eran símbolo del pasado, con el desprecio con que eran tratadas todas las tradiciones allí representadas.

Cada dia se libraba un nuevo combate contra la República, unidos los retrógrados legitimistas, los pérfidos orleanistas y los perjuros napoleonistas, con la esperanza de obtener una victoria, alcanzar un triunfo, lograr una arbitrariedad en el gobierno ó promover un escándalo; porque todos vivían de la esperanza y lo aguardaban todo de las agitaciones, de las violencias y de los tumultos; pero Gambetta, superior á todos ellos, prevenía las tempestades, y sin detenerse ante las provocaciones, iba descartándose de esos miembros perniciosos en el gobierno, y haciendo imposible toda coalición.

La República se había salvado desde que había muerto á la *Comuna*, restañado la sangre, protegido las personas, garantizado las propiedades y probado á la nación que jamás volverían el *comunismo* y el *terror*, fantasmas con que al pueblo asustaban los absolutistas, y cuyo recuerdo se había venido confundiendo desde hacía un siglo con la idea de la República.

Ella, es verdad, prometía una era de igualdad, de justicia y de providencia para la clase inmensa y desheredada del pueblo; pero ni daba pábulo á las quejas de éste ni fomentaba sus prevenciones; y proclamando en alto la propiedad, la inviolabilidad de los capitales, la libre estipulación entre éstos y los trabajadores, no solamente había calmado al pueblo, sino introducido en la sociedad una gran masa de razón, de luz y de moralidad con que jamás habían contado los gobiernos anteriores.

La República radical de Gambetta no era un trastorno general en Francia, que pudiese inquietar al mundo, era sólo el advenimiento de un gobierno sin Césares ni Reyes; regular en su forma y en su desarrollo democrático; un progreso en el camino que todos los pueblos venían siguiendo, desde hacía tiempo, así en Alemania como en Italia ó Inglaterra; camino seguro para llegar á gobernarse por sí mismos y atender á sus propios intereses.

La guerra, en opinión de Gambetta y de sus compañeros, era un instrumento de ruina para la libertad, y no sólo le repugnaba por el derramamiento de sangre inocente (punto de vista filosófico y moral que ellos no abandonaban, como el más elevado en la justicia de la política), sino también porque sabían, por una dolorosa experiencia, que la guerra engendra el entusiasmo, anima los odios, crea las pasiones, y que sobre este monumento se levantan los dictadores y los Césares.

Tenía Gambetta una figura arrogante, cara hermosa, aunque muy grande para su cuerpo; una cabellera poblada que dejaba sumamente larga, y una sonrisa de audacia y de desprecio que hería y humillaba profundamente á sus contrarios.

Alzarse un hombre con el poder, reunir en torno de sí todas las fuerzas reaccionarias para que lo apoyen, valerse del prestigio militar de que está rodeado, de la influencia que la casualidad le proporciona, emplear el tesoro público en hacer de los ciudadanos serviles instrumentos, colocar en los puestos públicos á los miserables que lo apoyan, es el camino común, la carrera que va de César á todos los tiranos de la Edad Media en Italia, á Napoleón en Francia, al negro Soulouque en Haiti ; al feroz Rosas en Buenos Aires, al estúpido Vallivian en Bolivia, al sombrío García Moreno en el Ecuador, al indio Carrera en Guatemala, al *pequeño* Napoleón en Francia, al audaz Guzmán Blanco en Venezuela y al último alcalde ó al más despreciable alguacil en Colombia. Todo el que tiene en sus manos el poder ó la fuerza se cree *instrumento de Dios*, *hombre providencial*, tiende á alzarse con el poder y encuentra miserables que reconocen *su misión divina* y le ayudan en sus iniquidades. Este, como decía Rousseau, es el *puente de los burros* por donde todos pasan. Gambetta había comprendido de otro modo la grandeza y la gloria, y era asociando su nombre á una obra gigantesca y haciéndose inmortal con la fundación de la República. Él lo esperaba todo del tiempo, y el tiempo lo ha justificado. Ya no hay *Jefe de la Casa Real de Francia*, es decir, ya no hay *legítimo Rey*, desde la muerte del Conde de Chambord. Ya no hay un Napoleón *legítimo*, desde la muerte de Napoleón IV en manos de los Zulues. Queda sólo la dinastía de los regicidas de los Orleans, nietos del *Ciudadano Igualdad*, en cuyo *derecho divino* los pueblos ya no creen, y quienes todos los días pierden prestigio y posición. A Gambetta se le debe haber salvado á Francia de una guerra civil, la paz que por quince años ha disfrutado la nación, y el establecimiento pacífico y definitivo de la República.

Durante mi permanencia en París tuve la fortuna de conocer algunos sur-americanos, hombres sumamente respetables, que se interesaban, como yo, vivamente en la marcha de la República, y esto estrechó nuestras relaciones ; se contaba entre ellos el señor Lastarria, de Chile, quien me hizo el honor de ofrecerme su obra sobres Estudios sociales, que iba á publicar en francés, para que le hiciese un prólogo, lo que verifiqué en efecto, encantado como quedé del autor y de su obra. Estaba yo equivocado cuando al juzgar la *Colonia Americana* me detuve sólo en los ricos de otras Repúblicas que á París van á despilfarrar sus inmensas fortunas y no tuve en cuenta á muchos hombres distinguidos que hay también allí establecidos, y á los cuales no me fué dado conocer sino en mi segundo viaje á aquella capital, cuya sociedad me fué muy grata. Habíame prometido al ir á Europa encontrar allí á mi eminente amigo Héctor F. Varela, con quien

me ligaban las más vivas simpatías; pero en su ausencia fuí el amigo de sus amigos.

Varios de ellos, con quienes había estado en íntima relación republicana, tuvieron el pensamiento de que fundáramos un periódico democrático en español, para enviar á la América; y lo que para un pobre colombiano era motivo de orgullo, fuí designado como redactor; y lo que para el que está acostumbrado á luchar con las dificultades y la miseria es un portento, lo vi realizado en pocos días, á saber que se reunió un fondo de cien mil francos para los gastos del periódico.

No me desdigo en cuanto al esfuerzo que en el mundo hacen los colombianos para brillar y conquistar posición, y su inclinación á los estudios; antes bien diré que en París han fundado y sostienen la muy notable SOCIEDAD POLITÉCNICA, cuyas secciones se ocupan en diversos estudios científicos y sociales, con gran provecho para sus miembros y adelanto para la facultad; asociación que tiene sucursales en Bogotá y en algunas otras capitales de América.

Esta Sociedad estuvo conmigo benévola y generosa, y le debí el regalo de varios libros, con dedicatorias tan lisonjeras como ésta:

«L'ART D'ÊTRE GRAND-PÈRE.

«*Sociedad Politécnica de Colombia.*

«La Sección de París ofrece respetuosamente este libro al eminente ciudadano señor General Medardo Rivas, cuyos trabajos han dado renombre á las letras colombianas.

«El Secretario, *Ignacio Gutiérrez Ponce.*

«París, 1.° de Enero de 1879.»

« MON JARDIN.

« *Sociedad Politécnica de Colombia.*

« La Sección de París ofrece respetuosamente este libro al ilustre escritor colombiano señor General Medardo Rivas.

« El Secretario, *Ignacio Gutiérrez Ponce.*

« París, 1.° de Enero de 1879.»

« PHILOSOPHIE DE L' HISTOIRE.

« *Sociedad Politécnica de Colombia.*

« A nuestro amigo y compatriota doctor Madardo Rivas, por sus trabajos filosóficos, tenemos el honor de ofrecerle este obsequio.

« Por la Sociedad Politécnica,

« El Secretario, *Ignacio Gutiérrez Ponce.*

« París, 1.º de Enero de 1879.»

Yo había llevado de Colombia todos los libros que sobre ciencias, gobierno y literatura se habían publicado, y que logré reunir en muchos años de trabajo, abrigando el pensamiento de hacer conocer á mi país en el extranjero, y principalmente en las otras Repúblicas sur-americanas, con publicaciones tomadas de estos libros; al venirme de Europa, organicé y clasifiqué esos libros, y con el nombre de *Biblioteca colombiana* los ofrecí á la Sociedad Politécnica como un tributo de admiración; y para que allí quedasen en un centro común donde todos los americanos pudieran ir á consultarlos: durante la *Exposición universal* varios americanos tomaron en esa Biblioteca datos estadísticos de la *Memoria de Hacienda* del doctor Parra, y del *Anuario estadístico* del señor Galindo.

En los años que había yo pasado en Europa mis hijos habían aprendido varios idiomas y recibido una educación bastante completa. Mas teniendo que volver á Colombia, se me presentó el difícil problema de si los dejaba allí á que concluyesen su educación ó regresaba con ellos al seno de la familia y á su patria.

La educación en Europa, sea cual fuere la carrera que un joven quiera seguir, es, sin duda, mejor y más fácil que la que en Colombia puede recibir; y en el interés de ellos estaba quedarse. Pero ¿debe un joven educarse y formarse lejos de su patria, y habituarse á una civilización superior á aquella en que va después á vivir? ¿Compensa para su felicidad la mayor ciencia que adquiere con la pérdida de las ilusiones para toda su vida, y el no encontrar en su país ni en su familia nada de aquello que la civilización ha acumulado, y que es ya una necesidad para su alma, para su corazón y para sus aspiraciones?

¿No se extingue en mucho el amor de la familia durante el tiempo de la niñez á la juventud, viviendo ausente de ella el hijo; no participando de sus afanes, de sus alegrías y de sus dolores? ¿Para quien se educa en París, es esa tierra lejana y bárbara, cuyos recuerdos va perdiendo en su alma, y cuyas costumbres primitivas le espantan, es su patria tan querida como es

para nosotros esta Colombia que hemos visto desde niños, que nos parece hermosa, y cuya nacionalidad hemos ayudado á constituír libre y altiva para que sea una patria digna de los republicanos ?

Otra consideración fué la que decidió mi ánimo vacilante entre los diversos conceptos de mis amigos, y fué la de que: no tenía yo valor para presentarme á los ojos de mi esposa sin llevarle sus dos hijos.

Resuelto el viaje con mis hijos, me propuse mostrarles todas las maravillas de la civilización: todo cuanto el hombre ha creado á fuerza de trabajo y de inteligencia, y que no hay en nuestro país, pero sin ofrecerles aquellos placeres frívolos que crean necesidades, y de que habían de carecer después; y empecé por las grandes basílicas, monumentos que muestran el adelanto de otras épocas, en que el genio del hombre trabajó con más esmero y más constancia y por más tiempo, con el propósito de levantar un lugar de adoración á Dios, á quien consagraba entonces lleno de fe la vida entera que era efímera, para merecer la eterna y perdurable.

Notre Dame es la mejor iglesia de París, y al entrar, el primer sentimiento que en mis hijos se despertó fué el de la inmensidad, que por todas partes se extiende, pues no hay nada que detenga el pensamiento ó la mirada. En la nave del medio la vista se pierde en la oscuridad del santuario, y más allá y á los lados sólo se ven arcos ; y así la imaginación se extravía en un sinnúmero de recintos misteriosos, en donde arrodillados y orando levantan los fieles su mirada al cielo. El segundo pensamiento fué el de la inmortalidad, al contemplar esas columnas macizas y esos muros gigantes, levantados diez siglos antes, resonando con el eco de las mismas salmodias, y que trasmiten vivo el sentimiento místico de entonces, perpetuado en aquella inmensa basílica, imagen fugaz de la verdadera eternidad; y el tercero fué un vuelo religioso del corazón, mezclado de terror, porque el arte allí se ha mostrado magnífico á la vez que severo, y es fuerte y poderoso aunque sombrío.

Después que visitámos á Santa Genoveva, San Germán y San Sulpicio, mis hijos me decían :—La humanidad era más grande en la Edad Media y en la época de fe religiosa que ahora, porque entonces levantó esos monumentos, que no tendrán rivales en la posteridad, y que demuestran una sabiduría que se ha perdido, puesto que todos los templos son antiguos.

—El pensamiento humano, les decía yo, realiza portentos siempre que es dirigido y fuertemente concentrado á un objeto; y cuando la fe lo inspiraba, y sólo tenía una grande y única manifestación por todas partes, levantó esos monumentos que hoy nos asombran, porque extinguida la fe, ha buscado otras manifestaciones.

Llevélos á visitar el palacio del LOUVRE, y al entrar en esa gran ciudad de piedra, magnífica, igual, sombría; al atravesar los vestíbulos y portadas que conducen á patios tan grandes como las más grandes plazas, rodeados de una columnata armoniosa y elegante, donde por miles se cuentan las estatuas de los personajes históricos, y al ver esculpida en piedra la historia del gran Rey, y por donde quiera la **N** coronada y el águila imperial, absortos, maravillados, apenas podían creer que aquello fuera una realidad de piedra, y creían que más bien fuera una ilusión como la que produce el diorama ó una fantástica é inmensa decoración de teatro.

Penetrámos en sus soberbias galerías, subímos la espléndida escalera, monumento suntuoso del tiempo del Imperio, y entrámos en los regios y dorados salones, que empiezan en el que vivió *María de Médicis:* caminámos por entre muros dorados y bajo cielos admirablemente pintados con pasajes mitológicos unos, con historias guerreras otros; y después de tres horas de discurrir por diversos salones, de distintas formas y tamaños, entre columnas doradas ó pilastras esculpidas, y sin tiempo para admirar tantas maravillas, fatigados nos sentámos al pie de una de las ventanas que dan al Sena, sorprendidos de tanto lujo y tanta magnificencia.

Los ingenieros y los artistas pasan la vida entera contemplando y estudiando las diversas maravillas del arte en el *Louvre*; los viajeros tienen que contemplarlas un año al menos para conocerlas, y nosotros sólo podía mos disponer de tres días.

El *Louvre*, antigua mansión de los Reyes de Francia, unido hoy á las *Tullerías*, otro gran palacio, rodeado de jardines que alcanzan hasta la plaza de la Concordia, ocupa una extensión de diez manzanas, da al Sena, y está formado de diversos *pabellones* de distinto estilo, cada uno de los cuales es un palacio inmenso donde pudiera alojarse con toda su corte el más poderoso monarca de la tierra; y esos cien palacios son otros tantos museos de escultura y de pintura donde se han reunido por miriadas las mejores producciones del arte.

En el piso bajo de uno de esos palacios hay una representación de la Grecia en mármol de Paros; está la *Venus de Milo* (la mejor creación del ingenio humano), la Venus Púdica, la Venus Califia; y en fin, todo lo que forma la más espléndida manifestación de la divinidad pagana, tan poética y tan dulce.

Al subir una de las escaleras, la escena cambia, y de repente al divino Olimpo suceden las creaciones de la fe: santos y santas cristianos, pintados más bien por inspiración devota que por el pincel humano, se presentan en los lienzos. Siguen después inmensos salones llenos de pinturas de diversas

épocas, de diferentes escuelas y de distintos maestros; y allí los artistas encuentran las tendencias del espíritu, el carácter de los pueblos, las ideas de cada siglo y el estilo de cada pintor, formando todo un magnífico monumento levantado por la pintura al genio de la humanidad.

Gozaba mucho mi hijo José, quien ha heredado de su abuelo materno el amor á la pintura, y mientras que yo había recorrido dos ó tres salones, él se había quedado mirando un solo cuadro; y como yo no conozco nada de arte sólo diré que los cuadros que más me gustaron fueron : La *Joconda* marcada con el número 462; *Un retrato* del Ticiano; *El entierro de Cristo*, por el mismo; *El suplicio de Cristo*, id.; *La Caridad*, por Andrés del Sarto; *Un paisaje* de Salvator Rosa; *La Aparición de Samuel*, y *Susana en el baño*, de Robusti ; *Retrato del Tintoreto*, por el mismo; *El Cristo*, de Velázquez; *La Concepción*, de Murillo; *La Anunciación*, *La Virgen y El niño*, *Cristo* y *La Samaritana*, *Ecce-Homo* y *La Magdalena*, de Guido Reni; *El sueño de Jesús*, de A. Caracci; *La Santa familia*, de Cantarini; *La comida de Simón el leproso*, por Caliari ; *Las bodas de Canán*, por Pablo el Veronés ; *Cristo llevando la cruz*, de Morales; y *El robo de las sabinas*, por David.

Cuando hubimos visitado éste y otros museos de pinturas, me decían mis hijos :—El genio se extingue en la humanidad : la época de las bellas artes ha desaparecido para siempre, los grandes pintores, los famosos arquitectos, los divinos estatuarios, los escritores clásicos, se fueron para no volver; y este siglo no cuenta ni un Murillo, ni un Rafael, ni un Miguel Angel, ni un Racine, ni un Corneille, ninguno de esos genios que dieron al arte un sello de grandeza, y esa fecundidad que produjo las obras maestras que hoy están repartidas y que son la admiración del mundo.

—La verdad es, les decía yo, que el espíritu humano en épocas pasadas concentrado y estimulado por el sentimiento estético, y sin tener otra manifestación que la poesía y las bellas artes, produjo maravillas que no se repetirán, porque el genio es como el sol de América, que arroja sus rayos y por la mañana dora las cimas de las colinas nevadas de nuestro país, y por la tarde inunda de luz los valles por donde corre el turbio Magdalena.

Vivíamos en el verano en Enghien con mi amado hermano Ricardo y mi inteligente sobrino Carlos de la Torre. Dicha ciudad, con un hermoso lago, muchas alamedas, hermosas *villas* y espaciosas *casas de baños* de aguas sulfurosas, á donde concurren todas las parisienses á dar brillo á la piel, á extinguir cualquiera mancha en la cutis, á pasear y á gozar, sólo está á doce leguas de París.

En tiempo de la Reina Ana de Austria, mujer de Luis XIII,

Buckingham, Embajador del Rey Jacobo I de Inglaterra, que de ella estaba enamorado salió de Enghien á las seis de la mañana con pretexto de ir á cazar á Montmorency, fué á París, se vió con la Reina; y al día siguiente los ministros del Cardenal de Richelieu aseguraban á éste que tal cosa no podía haber sucedido, porque Buckingham estaba en su jardín, y que ir á Enghien y volver de la misma ciudad á París en veinticuatro horas no era humanamente posible.

La Exposición Universal estaba abierta, y para esta fiesta de la industria se había levantado en tres meses un palacio de piedra en el *Trocadero* y otro de cristal sobre el Sena, y formado en el *Campo de Marte* un recinto que más bien parecía que el genio de cada una de las naciones del mundo la había transportado allí con sus ciudades, sus monumentos, y su civilización tocando el suelo patrio con la vara mágica del estímulo, más parecía esto, digo, que ser obra de los hombres, en el más adelantado período de la civilización.

En una hora recorrimos, á impulso del vapor, el espacío que Buckingham había atravesado en doce; y el ferrocarril nos condujo al *Palacio de la Exposición*, que en vano yo intentaría describir, porque allí estaban reunidos los productos de todas las zonas y de todos los temperamentos ; el oro de Australia, el hierro de Vizcaya, la plata de Méjico, el níkel de Alemania, el arroz de Bengala, el trigo de Polonia, la carne de Buenos Aires y el maíz del Mississipi, asegurando á la humanidad que jamás el hambre volvería á diezmarla en ninguna región, por apartada que fuese, porque allí los capitales y la industria en pocos días llevarían los productos de regiones nuevamente descubiertas y los de las antiguas donde los productos eran diez veces mayores que antes ; y que California, Méjico, Australia y Buena Esperanza daban el oro necesario para comprar esos frutos, pues las minas daban también diez veces más que antes ; y que todo esto iba á repartirse entre la humanidad.

España estaba muy bien representada: en el recinto que le tocó había levantado con botellas de vino un alcázar morisco del más bello aspecto, y el sol que por las claraboyas entraba hacía brillar como topacios, rubíes y amarantos los vinos de Jerez, Manzanilla y Alicante, mostrando así al mundo que también con su industria ayudaba al mantenimiento y á la dicha de la humanidad.

Los Estados Unidos ostentaban las pacas de algodón de rico y blanquísimo vellón, producido en la Virginia, y en suficiente cantidad para ocupar todas las máquinas del mundo.

Las máquinas de tejidos de Inglaterra, Holanda y Bélgica, mostraban

con cuánta rapidez hilaban y tejían ese algodón, asegurando á la humanidad que ya no andaría desnuda, y que estaría á cubierto de los rigores del frío y de la intemperie en todas partes.

Todo resultado feliz en agricultura, toda perfección en la maquinaria, todo éxito obtenido en la locomoción, todo adelanto en los infinitos ramos de la industria humana estaba allí exhibido, formando un conjunto verdaderamente maravilloso y muy superior á lo que la imaginación puede soñar.

La más codiciada y hermosa perla de Golconda, el más grande diamante del Brasil, el más rico pañolón de Cachemira, el más sencillo método de pescar la ballena en los mares del Norte, y la más cómoda hamaca del salvaje del Nuevo Mundo, todo estaba allí reunido con la última máquina de coser, la última estatua cincelada, el último descubrimiento geográfico y la última palabra de la ciencia. Tanta belleza y armonía tan grande, formaban un templo augusto, majestuoso, lleno de luz, donde resplandecía el genio y sólo era adorado el trabajo.

¡ Pobre patria mía, ni un grano de oro de las arenas de tus ríos, ni una esmeralda de tus ricas minas, ni la quina de que Dios pobló tus bosques, ni obra alguna de tu industria, ni un rasgo de tu carácter! ¡Vives borrada del rol de las naciones civilizadas, desolada por las guerras y entregada á la barbarie y á los odios!

Era de noche y el Shah de Persia, sentado en uno de los salones de la Exposición, daba por el *telégrafo* á sus Ministros de Consejo en Teherán, capital de su reino, á cuatro mil leguas de distancia, sus órdenes, las que llegaban allí seis horas antes de que él las hubiese dado en París. Envuelto en una aureola de luz, como la del sol en el zenit, aparecía á los ojos del pueblo, y esta luz que cambiaba de colores y de belleza á cada instante, la producían dos carbones que la *máquina eléctrica* hacía rozar. Sus palabras quedaban estampadas en el aire por la *máquina italiana*, al pronunciarlas, y en el instante mismo eran impresas en millones de hojas que se repartían al pueblo de París; su imagen era reproducida á cada movimiento por la *fotografía* como en un espejo mágico y repartida á la multitud.

El Shah se *fastidia* y es preciso *divertirlo*, no ya como lo hacían los antiguos reyes y lo hacen todavía los dictadores en América, derramando sangre, sino que le traen una corneta de marfil del *teléfono* que aplica al oído, la que le deja gozar los cantos de las famosas cantarinas que en ese momento dan en la Opera *La Africana;* y el Shah se ríe y se divierte como si estuviera en el teatro.

—Pedid lo que más os haya gustado en París, le dicen.

—La *Concepción de Murillo.*

Y como por encanto van saliendo, de la *oleografía*, una en pos de otra, mil imágenes todas iguales entre sí é iguales á la que está en el Louvre.

De repente el Shah se levanta sorprendido, casi aterrado, porque está solo y una voz á su lado le habla en lengua persa, imita su voz, remeda su acento y repite sus palabras.

—¿ Qué es ésto ? pregunta al Director de la Exposición.

—Es el *fonógrafo*, le contesta éste. Llevad ese instrumento, y cuando queráis tener un recuerdo de París, él os repetirá en francés el discurso que esta mañana oísteis al Presidente de la República.

—Mi Imperio, decía el Shah, el más poderoso en tiempo de Darío, no conserva de su antigua grandeza, más que las suntuosas pagodas, las soberbias mezquitas y los regios palacios de cuya magnificencia y lujo no tenéis ni idea en Occidente ; su clima es dulce, el suelo fértil, está rodeado de seguros puertos de mar, cruzado de ríos, y tiene una población diez veces mayor que la de Francia, pero esa población se muere á veces de hambre, otras es devorada por las pestes, y vive en la indolencia y la pereza. Yo quiero hacer algo por que mi nación sea grande como las vuestras, y nada encuentro que alcance á realizar mi pensamiento.

El Ministro norte-americano le dijo, señalando á un yankee :

—Llevaos ese hombre, que es *Constructor de ferrocarriles.*

—Tomad esta mujer, le dijo el Embajador de Alemania, que es *Maestra de escuela.*

—Os doy estos dos *Médicos* que conocen la higiene y la medicina : ellos preservarán vuestras ciudades de las pestes y salvarán á vuestros súbditos de las enfermedades, le dijo el Presidente de la República.

—La Italia os presenta el inmortal libro de *Becaria* sobre *Delitos y penas:* arreglad á él vuestra justicia.

—Otorgad, como ésta que os doy, una *Gran Carta*, y dad libertad á vuestro pueblo, le dijo el Embajador de Inglaterra.

—No obliguéis á nadie á ir á la pagoda para adorar á Brahma y dejad que á su lado se levanten altares á Cristo, le dijo el Rey de Holanda: así levantaron mis antepasados la grandeza de un pueblo que vivía entre pantanos y que le robó al mar la tierra que hoy habita.

—A las conquistas emprendidas por vuestros padres para aumentar el territorio, llevando la ruina y la desolación á los reinos vecinos, le dijo el Ministro de Suiza, sustituíd ahora las conquistas sobre la moralidad, cul-

tura y elevación de vuestro propio pueblo. Así es como nosotros hemos vivido en libertad por tanto tiempo, y por esto valemos, cuatro millones que somos apenas, más que vuestro numeroso imperio.

—Verdaderamente mi Imperio será transformado y regenerado en medio siglo, dijo el Shah de Persia. La civilización del siglo XIX realiza prodigios que no se registran en la historia de los Imperios; y jamás ha sido más inteligente, más poderosa, más rica, más moral, más digna y más libre la humanidad en todo el mundo.

Haber conocido la ciudad de Atenas en todo su esplendor, en el siglo de Pericles; haber visto al pueblo más inteligente de la tierra reunirse en la plaza pública á decidir de los negocios del Estado, á declarar la guerra ó á ratificar la paz, movido por la elocuencia de sus oradores; haber visitado la Academia, contemplado las estatuas de Fidias y asistido á las suntuosas ceremonias, en los templos de mármol y oro, del culto griego tan lleno de poesía, es un sueño natural en el joven que estudia la historia de aquel pueblo portentoso, y que llega á amarlo con el cariño con que amamos á nuestros progenitores.

Y como es imposible que la historia se repita, y el hombre busca siempre en la humanidad algún rastro de lo que hubo en otro tiempo, yo, ya viejo, en París hallé esta semejanza; y dejar la culta ciudad donde viva y palpitante estaba la República naciente, era para mí, no un dolor, porque iba para mi patria, sino un desconsuelo como el que se siente al dejar en el camino la familia que nos ha brindado en su casa una espléndida hospitalidad.

Todos los viajeros que parten de París, quieren gozar de él hasta la última hora, hasta el instante mismo de partir el último tren que ha de llegar en el momento en que sale el vapor para América. Un accidente imprevisto, el retardo de un coche, la pérdida de algún objeto del equipaje hacen á veces que el viajero llegue tarde, el cual tranquilizando su conciencia, disculpándose consigo mismo ó con las personas de quienes depende, se *resigna* á quedarse otro mes en ese París encantador.

Para evitar esta debilidad marché con mis hijos á *Saint Nazaire*, puerto de embarque, dos días antes del en que debía partir el vapor *Lafayette*, de la línea francesa, que iba á conducirnos á Colombia. Coloqué con anticipación en el camarote nuestro equipaje; y desconfiado siempre de mi destino, temiendo alguna contrariedad que nos detuviese en tierra, no estuve satisfecho hasta que no atravesé la tabla que unía la playa con el buque, y no sentí que se estremecía bajo mis pies, y que poco á poco iba alejándose de las playas de Europa.

¡ Privilegio admirable el de esa tierra de Francia ! Como María Estuardo, llorando, no quería apartar los ojos de sus riberas hermosas, cuando iba á tomar posesión de un reino, así se alejan todos los viajeros, sea cual fuere su patria, que la Francia dejan; y en el momento en que el vapor partió, los que en él venían estaban conmovidos, las mujeres lloraban, y todos decían con más ó menos dolor : ¡ Adiós Francia ! ¡ Adiós París !

Sólo unas religiosas de *San José* que estaban sobre el puente, permanecían tranquilas y ni una lágrima se desprendía de sus ojos, ni un ¡ ay ! salió de sus labios. Esto conmovió profundamente mi espíritu.

El *Lafayette* era un hermoso buque, mejor que el *paquete* inglés en que habíamos ido á Europa. Como ya habíamos viajado por algún tiempo el idioma nos era más familiar, y las costumbres á bordo conocidas; el servicio era excelente, las comidas muy ricas, y como entre los quinientos pasajeros había algunos amigos y además muchas señoras y señoritas francesas, agradables en extremo y con quienes era fácil entrar en relaciones, nos prometímos una sabrosa navegación. El primer día, en efecto, fué un encanto ver el comedor lleno de señoras hermosas y elegantemente vestidas, un banquete espléndido servido con esmero, las copas rebosando de vino y la animación en todos los semblantes.

Nos habíamos embarcado en el invierno, hacía un frío glacial, el cielo estaba sombrío y el mar, de color de plomo, aumentaba el horror de su inmensa soledad, por lo cual nadie salía sobre cubierta, y el salón común era centro de conversaciones, de juegos y de placeres ; pero al tercer día, estando todos reunidos, las señoras empezaron á palidecer y á retirarse precipitadamente á sus camarotes ; los hombres quisieron resistir, pero les fué imposible, pues la más furiosa tempestad se desató en el mar, y el enorme buque era juguete de las olas, y se levantaba hasta los cielos y descendía á los abismos.

Mis hijos y yo agonizábamos en nuestro camarote, víctimas del más horrible mareo. El sofá que Evaristo había escojido como lecho, á cada momento se volvía al revés y lo arrojaba al suelo. José y yo nos golpeábamos las cabezas contra las tablas del buque, sin poder evitarlo ; una sed ardiente nos devoraba, hacía diez horas que esperábamos algún socorro, y nadie venía; llamábamos con la campanilla y no contestaban ; y cuando á la vida volvímos y pusímos el oído, sólo escuchámos el mugido de las ondas y el bramar del viento.

Una idea terrible me vino á la imaginación: ¡el buque ha sido abandonado por todos, próximo á naufragar, y nosotros hemos sido olvidados ! El pensamiento de la muerte súbita, y sin poder salvar á mis dos hijos, me

aterró y despejó mi cabeza. Hice un esfuerzo, me arrastré hasta la puerta del camarote y di un grito tan espantoso que debió oírse en medio de los truenos de la tempestad. Pasaron unos instantes de angustia suprema. Luégo oí las pisadas de un hombre que se acercaba al camarote.

—Es imposible prestar ningún servicio. Esa voz volvió la vida á mi corazón.

—Agua ! le grité al que se acercaba.

—No se puede traer !

Volvimos á ese letargo pesado, angustioso del mareo, y en él permanecímos no sé por cuántas horas hasta que entró un hombre como ebrio, teniéndose de las paredes, cogiéndose de las tablas del camarote, y nos ofreció agua de limón y sopa.

—Maldito tiempo ! nos dijo, no se puede caminar, ni hacer comida, ni servir á nadie ; el teniente se ha roto una pierna, yo estoy bien aporreado, y no hemos tomado en veinticuatro horas más que pan, queso y coñac. Esto va largo, coman aprisa lo que puedan, pues yo tengo que andar á gatas para atender á todos.

La tempestad duró tres días, y de la altura de las Azores nos arrojó sobre el golfo de Gascuña; y durante este tiempo nadie salió de su camarote. Los más valientes aparecieron dos días despues; pero los efectos del mareo habían sido tales, que á los diez dias fué cuando principiaron á salir sobre cubierta, como esqueletos, las señoras, sosteniéndose penosamente de los caballeros para poder andar.

Por muchos días el cielo estuvo encapotado y el mar tranquilo, pero tan melancólico, tan triste, que pudiera decirse que estaba vestido de duelo; y aun cuando el cielo aclaró después, su soledad aterradora, su eterno gemir, sólo despertaban en mi alma ideas sombrías y pensamientos tristes.

He tenido un corazón entusiasta, pero una alma enferma desde la niñez; y nada me ha entristecido tanto como la soledad. Del Evangelio la escena de Cristo en el Monte de los Olivos, solo, sin que nadie comprenda su dolor, ni participe del cáliz de su amargura, me ha parecido siempre la más conmovedora. Yo me hubiera vuelto loco encerrado por tres días en una celda, y de la muerte lo único que me aterra es la soledad de la tumba.

Siéntome como si tuviera miedo de mí mismo, ó como si la visión de un destino implacable me siguiera siempre y me diera terror; y quizás por esto me he lanzado en los peligros de la vida militar, en las vorágines del mundo y en placeres bulliciosos, para sentirme rodeado de soldados,

oír el bullicio y la algazara de la multitud, ó tener la compañía del canto y de las risas de una alegre fiesta.

Suspendido entre el cielo y el abismo por un hilo etéreo que el hombre no ve y que está en la mano de Dios; llevando incierto rumbo, atormentado por la soledad, sin esperanza en el esfuerzo, é impotente la voluntad para seguir camino cierto, el poder del alma fatigado, lleno de vastos pero vagos pensamientos, y triste, desconsolado, buscando una patria ideal, un amor imposible, una aspiración infinita, así vive el hombre en la tierra, y así estaba yo en alta mar cuando compuse estos versos.

El ancho mar océano cruzando en débil barca
Buscando voy, sin rumbo, el suelo do nací;
Y sigo á la ventura. Mi vista sólo abarca
El mar inmenso y solo, y el palio de turquí.

A veces la onda leve se arrastra perezosa,
A veces nos agita revuelta tempestad;
Y siempre cielo y agua en torno, y espantosa
Doquiera nos circunda desierta soledad.

Jamás se oye otro ruido que el fúnebre lamento
Que lanzan, junto al buque, las olas al pasar ;
O el ¡ ay ! que entre las velas murmura triste el viento
Que va por el espacio desierto de la mar.

Ni con alegres notas el pajarillo trina,
Ni el vuelo de un insecto se escucha en derredor ;
Tan sólo sigue al buque la triste golondrina
Que abandonó en la playa sus hijos y su amor.

Una onda tras otra onda corriendo eternamente,
Y así millares de ondas en loca confusión,
En el inmenso océano de una agua transparente
Es cuanto mira el hombre perdido en la extensión.

Ni selva amena y fresca, ni fuente cristalina,
Ni el prado verde y húmedo, ni la temprana flor,
Ni el árbol que sombrea la choza campesina,
Nada contempla el hombre de lo que inspira amor.

El sol igual por siglos se eleva en el oriente,
Recorre los espacios con muda majestad ;
E igual por siglos muere radiando en occidente,
Sin que su luz alegre jamás la soledad.

Imagen del destino igual é inexorable
Que dominó mi vida, que consumió mi fe,
El mar entre su abismo, oscuro é insondable,
Encierra hondos arcanos que el hombre nunca ve.

Severo, cruel, terrible, el dios que hizo el oceano
Unióle con la muerte, y allí su altar alzó ;
La muerte aquí es quien manda, aquí es el soberano;
Y aquí tributo eterno del hombre recibió.

La muerte en la flotante espuma navegando,
Recorre el mar oscuro con fúnebre altivez ;
La muerte en los escollos y riscos aguardando
Está á los navegantes con triste palidez.

Por eso es siempre triste el mar estando en calma,
Mientras la barca rueda perdida en la extensión ;
Por eso en la tormenta medrosa tiembla el alma
Y el hombre encuentra en todo fatal desolación.

Si acaso mi destino se rinde aquí á la muerte,
Si acaso una ancha fosa me ofrece el hondo mar,
Que sea sobre una costa le pediré á la suerte,
Donde, muriendo, pueda mi patria contemplar.

Entre las hojas de mi cartera he encontrado una tarjetita que dice « S. Houregot, Trésorier des Finances á St. Pierre de Martinique»; y al encontrarla he recordado que éste era un viejo gordiflón, rubicundo y mofletudo que venía á bordo, y que se enamoró locamente de una linda y rubia señorita de Chile, parecida á la que es hoy la señora Manuela Rivas de Ruiz. El gordiflón y su amor fueron la especulación de mi hijo Evaristo, y la diversión nuestra por muchos días.

La señorita no sabía ó fingía no saber francés, y el enamorado pretendía saber español: se hacía añicos por hablarle, enviarle billetitos y componerle

versos; y escogió á mi hijo Evaristo por confidente, maestro y director, por lo cual no faltaron á éste los bizcochos y demás obsequios durante todo el tiempo de la navegación. Al respaldo de la tarjeta está una estrofa que el enamorado Houregot había compuesto para su dama y dádome á que limara; héla aquí en toda su originalidad:

« Más dulce su voz que la de Gabriel ;
Son sus ojos lindos cual los del angél
Bailando, sus pies son de pajaritos,
Felíz el señor de tantos merítos.»

Pasados los estragos del mareo, las diversiones volvieron á bordo, y el fino trato del capitán, la cultura de los oficiales franceses, la escogida sociedad que á bordo había, hicieron menos penosa la navegación, que duró otros quince días, sin ver más que cielo y agua.

¡ TIERRA DE AMÉRICA !

Ya el pálido y sombrío cielo del Norte, que como una inmensa bóveda de plomo cubre la tierra, mientras que las brumas interceptan los rayos de la luz del sol que muy de lejos vienen, se muestra con más brillo; y de momento en momento se aclara el horizonte, como la razón despierta y fulgura después de un sueño pesado y melancólico producido por el narcótico.

La sangre helada en las venas empieza voluptuosamente á correr: la alegría vuelve al corazón, y se siente un bienestar supremo que inunda el alma.

Día por día la nave que en el desierto inmenso del océano fluctúa, va acercándose al ecuador, y mientras más avanza, el cielo es más brillante y bello; y en el zenit lleno de luz, de rayos, de majestad y de gloria, el sol, dios del mundo, lanza sus rayos del uno al otro extremo.

¡ Qué suntuosidad ! ¡Qué belleza ! El alma absorta, enajenada, admira, goza y sueña, y une á la adoración del sol el canto sublime de la naturaleza.

El horizonte se ensancha, se extiende; y parece que la mirada más allá de los reflejos celestes, y al través de la atmósfera clara y luminosa, puede descubrir la inmensidad.

Ni una nube en el espacio que limite la mirada ; la nave como en el centro del universo, flotando en un océano sin fin, azul, brillante, cuyas ondas serenas ruedan, pasan, se van y se pierden junto con la mirada en

la bóveda de cristal azul del cielo, que á igual distancia y en un círculo inmenso y movedizo se levanta.

Al declinar el sol, rosados arreboles se forman en el Occidente, y del fondo de las aguas salen algunas nubes de color de oro ó de fuego: vagos, informes, entre reflejos de luz se ven los lineamientos de un templo que abre sus puertas al sol ó de un mausoleo de nácar alzado para que sea su tumba.

Por el despejado y brillante azul del cielo, el ojo avizor del experto marinero cree divisar una sombra más azul, hacia el lado del Sur; sombra que lentamente se aumenta, hasta que al fin es visible para todos, y el grito alegre lleno de esperanzas y de alegría sale de todas las bocas: ¡Tierra! Tierra!

¿No es ilusión? ¿Al que atraviesa el desierto, rendido de cansancio, muerto de sed y casi ciego por los reflejos del sol sobre la arena, el deseo, la ilusión, no le hacen ver espléndidas ciudades, rodeadas de muros, con elevadas torres y hermosos miradores; ciudades que se le escapan y se le van cuando ya cree que va á pisar su suelo?

¡No. ¡Esto es verdad! El suave perfil que limita el cielo hasta entonces vacío, es tierra, y tierra de América!

¡Salve, bella región de luz, de vida y de poesía! ¡Salve, tierra de promisión y de abundancia! ¡Salve, mansión de la República y patria de la Libertad!

Todo en ti es grande como tus destinos, suntuoso como debe ser la morada del hombre libre de Colombia; bello como los sueños de sus próceres entusiastas, poético como la creación del genio. Y tus mares, donde se desencadenan las tempestades, los volcanes, que hacen temblar el continente y cubren de llamas y de ceniza el espacio; tus ríos, que en gigantes y estruendosas cataratas se desprenden, ó atraviesan solitarios las desiertas selvas; y sobre todo, tu cielo, donde brillan de noche millones de antorchas que alumbran como el sol, todo es digno del hombre en la bendita América.

La barca avanza, y ya toca en una playa desierta al pie de magníficas, colosales montañas cubiertas de guayacanes seculares, y brillantes con la nieve de sus cimas. Yo te bendigo, magnífica y fecunda tierra. ¡Hermosa Colombia! ¡Patria mía!

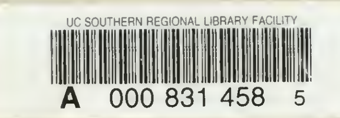
Como tributo te traigo de lejanas tierras mis dos hijos, para que conmigo te amen y te sirvan. No ante el altar sagrado, como Amílcar, quiero que juren odio y guerra, sino paz y amor; pero ¡oh Destino manifiesto, protector de Colombia, presérvalos también, y no dejes que sean perseguidos

por el feroz salvajismo, ni devorados por el monstruo adueñado de América que la guerra civil mantiene, y que se llama la Discordia !

Patria de mis padres, cuna de los amigos de la libertad, aquí donde no hay ni Rey, ni esclavos, ni el hombre ni la justicia pueden derramar la sangre humana, ni perseguir al que piensa, ni herir al que no sabe ; en medio de tus bosques solitarios, mis hijos, con esa generación que se levanta amando la libertad, vienen á trabajar en la obra de tu civilización y tu grandeza; y antes de que para mí venga la eterna noche de la muerte, espero verte ¡ oh Patria mía ! próspera y feliz ; tomar tu puesto entre las naciones civilizadas con el brillo con que la estrella solitaria tiene su puesto en el inmenso espacio y arroja ahora su luz sobre tu hermoso suelo.

FIN.

ÍNDICE.


UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 831 458 5

